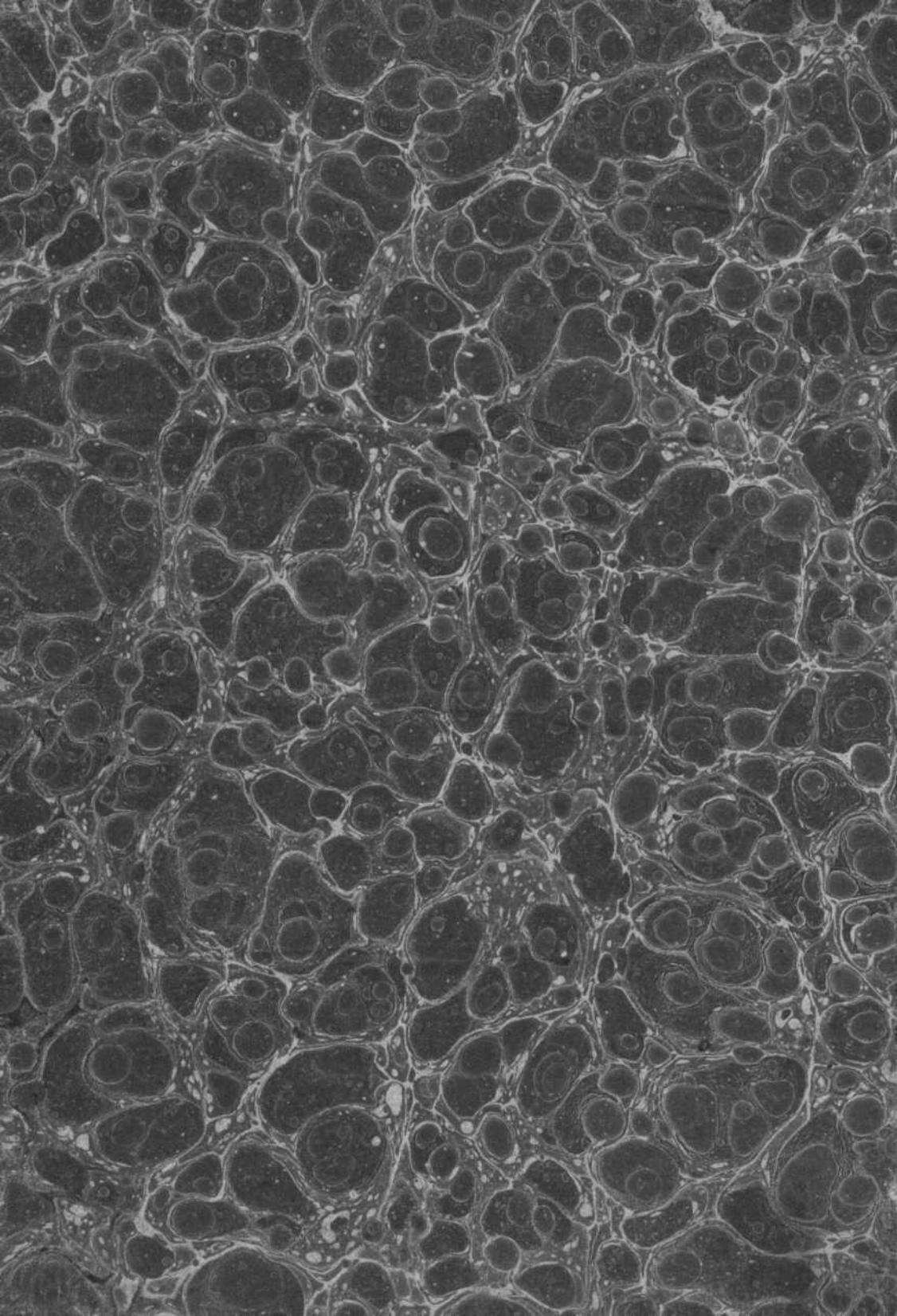
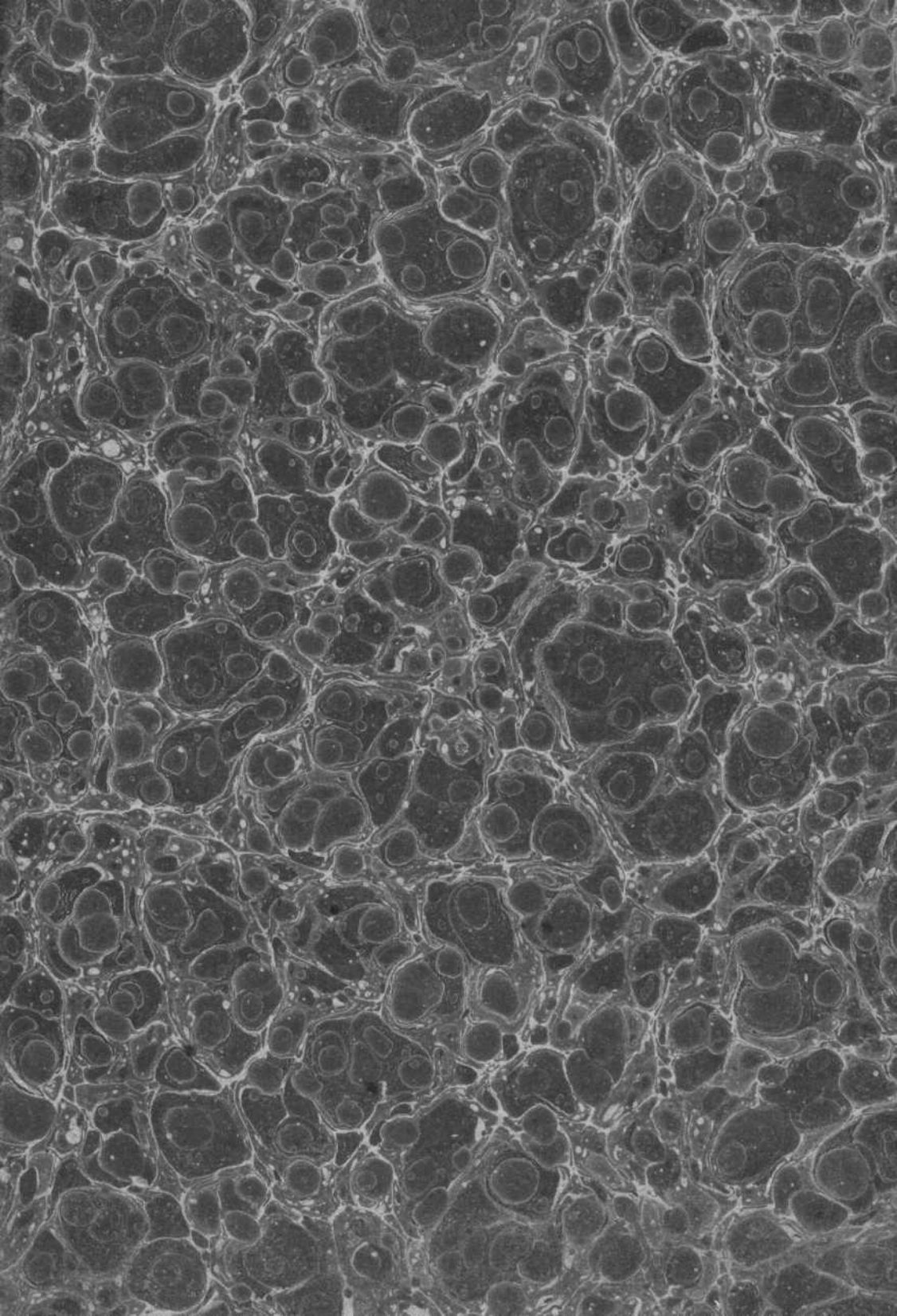
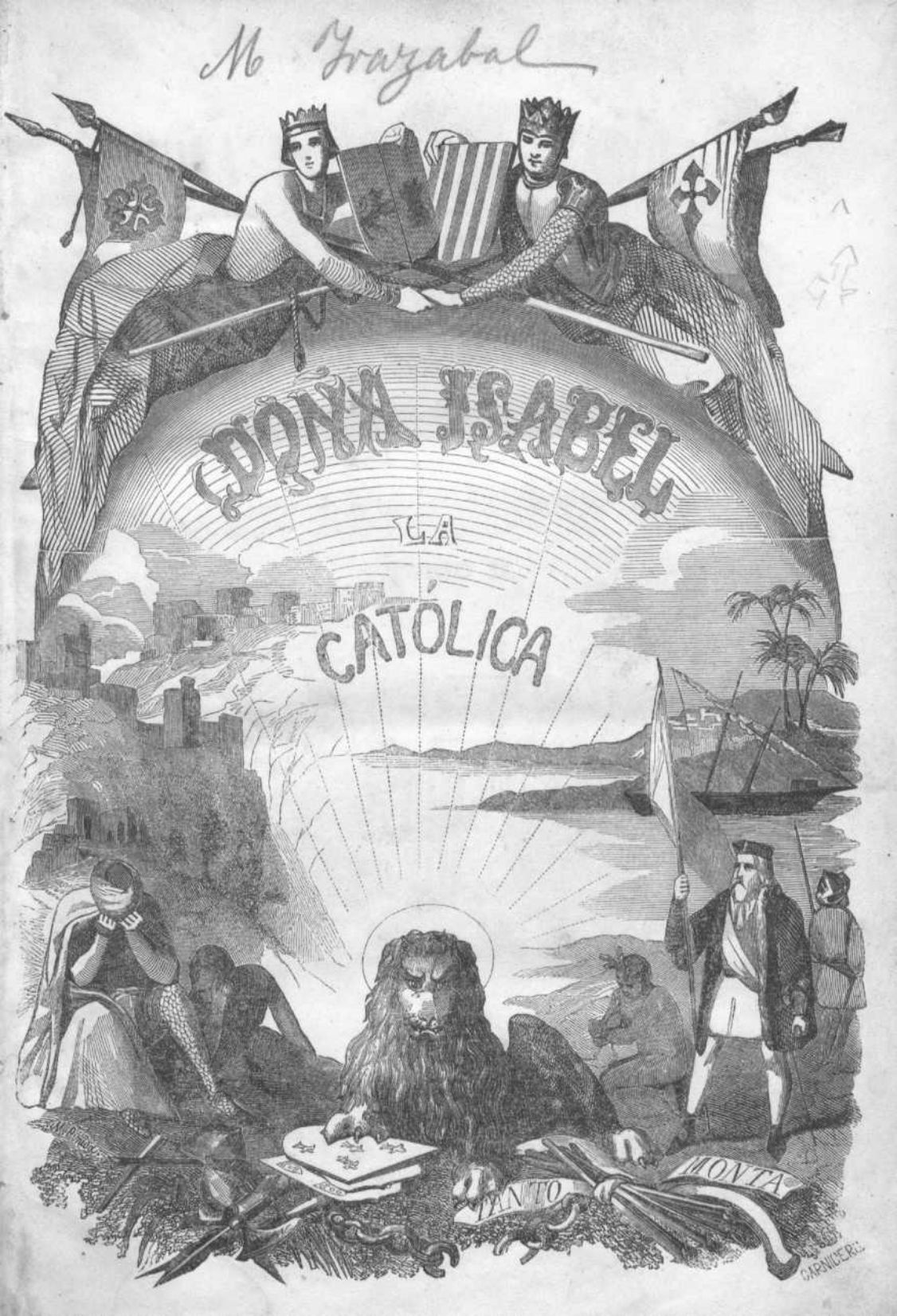




DGCL
A

+. 165594
C. 1212619

M. Irazabal



DOÑA ISABEL LA CATÓLICA,

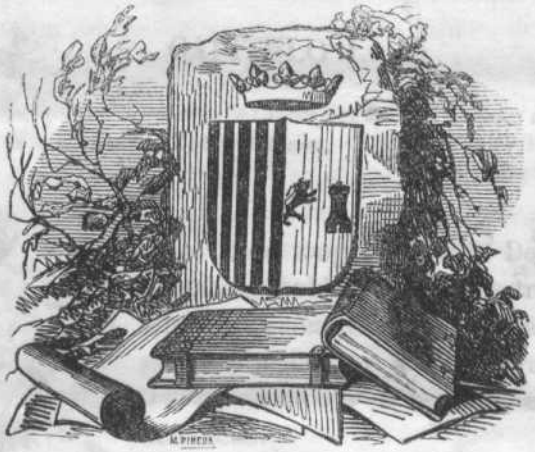
NOVELA HISTORICA

POR

D. MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

Publicacion de los Sres. Cabello y hermano.

TOMO II.

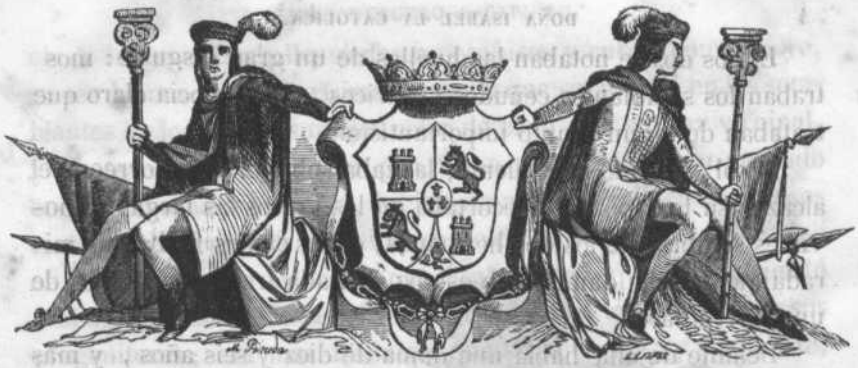


MADRID:
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE A. VICENTE, CALLE DE LAVAPIES, NÚM. 10.

1852.

Es propiedad de los editores.

R. 131062



LIBRO III.

La destitucion de Avila.

CAPITULO I.

De cómo se encontraba Beltran de la Cueva nueve años despues de los acontecimientos en que terminó el libro anterior.

ERA el 2 de mayo de 1465. Dos hombres paseaban, hablando con muestras de gran interés, en una galería del alcázar de Segovia. Aquellos dos hombres eran el maestre de Calatrava y su hermano el marqués de Villena.

Los nueve años que habian pasado por ellos en la alternativa de una contínua lucha, siendo ya amigos, ya rebeldes al rey, no habian alterado en nada su aspecto; parecia que el tiempo no habia transcurrido para ellos; únicamente don Pedro Giron parecia mas feroz y don Juan Pacheco mas astuto.

En los dos se notaban las huellas de un gran disgusto: mostraban los semblantes ceñudos y tétricos, y se conocia claro que trataban de algun asunto importantísimo.

El sol, cercano al poniente, lanzaba sobre el gran torreon del alcázar su luz rojiza, y recortaba en los muros las largas y movibles sombras de los dos hermanos, en los cuales fijaba una mirada atenta una dama, que estaba sentada tras las ventanas de una torrecilla.

Delante de ella habia una dama de diez y seis años, y mas allá un niño de once: en el fondo de la habitacion, otra dama como de veinte y ocho años, jugaba y se reia con las malicias de un jóven paje.

La primera dama, la que observaba desde la ventana á los dos hermanos, era una magnífica hermosura, grave, pálida y melancólica, pasada ya de la juventud, pero como estacionada en ese estado en que la muger es mas incitante, mas irresistible que nunca, cuando sus miradas han contraido la grave profundidad de la esperiencia, cuando la vida crece y las pasiones se desarrollan y se fijan; como si se obstinasen en no pasar el límite mas allá del cual vienen las arrugas y las canas, en que se aspiran con avidez los últimos perfumes de esas delicadas y febles flores que se llaman ilusiones, como el moribundo aspira con ánsia los últimos reflejos de un sol poniente que no ha de volver á nacer para él. Aquella dama, cuya edad parecia ser la de treinta y ocho años, y cuyo semblante mostraba la espresion de un padecimiento agudo y tenaz, era doña Mencía de Padilla, camarera mayor de la infanta doña Isabel, que era la jóven dama que hemos dicho estaba sentada junto á ella.

En el juvenil rostro de aquella niña, habia una espresion tal de languidez y de sufrimiento, que hacia pensar en que debia haber pasado por graves desgracias. Sin ser una hermosura estremada, la noble magestad de su semblante, la purísima luz de sus ojos, su leve y vaporosa palidez, y la triste y lánguida sonrisa de su labios, la hacian simpática é interesante, al par que no podia prescindirse ante ella, de ese profundo y noble sentimiento de respeto que inspira la grandeza.

Y luego sus cabellos sedosos, profusos y rubios como el oro, su tez blanca con la purísima frescura que se admira en los semblantes de los niños, sus ojos color de cielo con su paz virginal, y su espresion cándida y al par firme y pensadora; su mórbido cuello, y su naciente seno, hacian de aquella jóven uno de esos seres en que creemos ver el trasunto de un ángel.

El infante don Alonso, que era el jóven que estaba junto á ellas, destellaba de sí la bravía grandeza de todos los reyes sus progenitores; era mas hermoso que su hermana, y mas triste, mas lánguido que ella, como si una fatalidad incontrastable pesase ya, con un presentimiento funesto, sobre aquella frente de niño.

La otra dama que mas retirada, como por respeto, jugaba con el pajecillo, lindísimo niño de nueve años, era doña Beatriz de Bobadilla, marquesa de Moya, y esposa de Andres de Cabrera, que al ser elegido maestre de Santiago Beltran de la Cueva, habia tornado á su antiguo oficio de mayordomo del rey.

En cuanto al paje, se llamaba Pedro de Carrillo, y se le tenia por hijo de doña Mencía y del capitan de la guarda morisca del rey.

Doña Mencía miraba á los dos nobles profundamente abstraida; doña Isabel esplicaba, en un ejemplar de Horacio, su leccion de latin á su hermano don Alonso, que parecia prestar poca atencion á las dulces correcciones de su hermana, y lanzaba de vez en cuando una mirada instintiva á don Pedro Giron; y la marquesa de Moya, ajena á todo esto, lanzaba sonoras carcajadas producidas por las malicias infantiles del parlanchin paje.

Asi pasó algun tiempo, el sol se puso enteramente, y el crepúsculo envolvió en su ténue luz la torrecilla, impidiendo á los dos hermanos que se paseaban en la galería, ver lo que pasaba en la cámara de la infanta á través de su enorme ventana bizantina.

Siguieron sin embargo paseando y hablando en voz mas baja á medida que su conversacion era mas interesante y acalorada, á juzgar por los ademanes.

Entre tanto se levantó el tapiz de la puerta de la cámara de la infanta y asomó por ella una cabeza de hombre.

«Da licencia vuestra señoría al capitan Hernando de Carrillo, dijo una voz mesurada.

—Entrad, caballero, contestó la infanta, que aplicada en demasía seguia leyendo á Horacio, á pesar de que ya no se veia bien.»

Adelantó Hernando de Carrillo, que él era, hincó una rodilla delante de la infanta y la besó una mano.

«Alzad, alzad, caballero. ¿Desde cuando aca se dobla la rodilla á los infantes en estos reinos?

—Quiero ser el primero, señora, dijo Hernando de Carrillo en voz tan baja que apenas fue oida por doña Isabel y doña Mencía, en rendir pleito homenaje á la que ha de ser reina de Aragon y de Navarra.»

A haber habido mas luz, hubiera podido notarse el encendido color que tiñó el semblante de la infanta.

«No os comprendo, caballero, contestó con voz firme; no puedo comprenderos, á no ser que seais enviado de los reyes don Juan y doña Juana de Aragon.

—Vengo de Maqueda, señora, dijo Hernando de Carrillo siempre en voz contenida.

—¡De Maqueda! esclamó la infanta con una ardiente avidez: ¡venis de Maqueda! ¡habreis visto á mi madre! ¡como está! ¡llora! ¡sufre! ¡hace un año que está separada de sus hijos!»

El infante don Alonso, que habia escuchado estas palabras, saltó de su sillon y se avanzó al cuello de Hernando de Carrillo.

«¿No os ha dado para mí un beso mi buena madre, caballero? le preguntó fijando en él con ansiedad sus hermosos ojos negros.

—Su alteza besa por mi boca y bendice á vuestra señoría, contestó Hernando de Carrillo.»

El infante le presentó la frente y el capitan selló en ella un beso respetuoso.

Antes de pasar adelante debemos poner al corriente á nues-

tros lectores en las variaciones que se habian operado en Hernando de Carrillo.

Imposible era ya reconocer en él al rudo soldado, que presentamos al principio de nuestro libro, en casa del arcediano: doña Mencía le habia educado, y el amor verdadero ó aparente de aquella admirable y desgraciada muger, habia dulcificado, transformado, por decirlo asi, no solo el carácter sino el semblante de su marido; le habia imbuido su astucia, su tacto, hasta su talento en cierto modo, y hacia mucho tiempo que don Juan Pacheco y los de su bando no le miraban ya como un instrumento, sino como un sócio: por otra parte, la ambicion de Hernando de Carrillo se habia circunscrito al amor de su muger, y era un conspirador harto barato, puesto que nada pedia: en una palabra, Hernando de Carrillo era el inteligente brazo del gran pensamiento de su muger, que habia tenido la fortuna ó la habilidad de amar ó de fingir amor á su marido, sin ocultarle su rabiosa sed de venganza contra Beltran de la Cueva.

Hernando de Carrillo, que nunca habia querido bien al favorito, antes de que lo fuese, y que siéndolo, por el amor de su muger habia llegado á aborrecerle de muerte, solo esperaba un momento en que su muger le dijese por segunda vez ¡mata! para esterminarle como al arcediano: con la diferencia de que si para aquel por las condiciones de su edad y de su estado necesitó de unas escaleras, para Beltran de la Cueva podia apelar á su espada y satisfacerse matándole en duelo á buena ley.

Pero doña Mencía de Padilla miraba su venganza desde una esfera mas elevada, y en vez de estimular la cólera de su marido, le habia obligado á que se mostrase con el favorito del mismo modo que siempre, mas como amigo que como adversario.

Beltran de la Cueva por lo tanto despreciaba á Hernando de Carrillo, como todo hombre desprecia al marido de su amante, que ve, oye, y calla, y este desprecio, que no pasaba desapercibido para el bravío capitan, habia llegado á refinar su ódio de un modo tal, que el contenerlo era la mayor muestra de respeto y de adoracion que podia haber dado á doña Mencía.

Esta siguió dirigiendo su intriga particular por medio de la maraña de intrigas de la corte, y decidida á herir á Beltran en su ambicion y en su amor de padre, habia jurado que jamás doña Juana la Beltraneja seria reina de Castilla.

Asi, pues, se habia hecho nombrar camarera mayor de la infanta doña Isabel, habia entablado relaciones con el rey de Aragon y de Navarra, habia llevado sus intrigas hasta Granada, y habia apurado en fin, cuantos medios estaban á su alcance para contrariar los proyectos de Beltran de la Cueva.

Hernando de Carrillo, pues, volvia de una de las espediciones diplomáticas á que con frecuencia le enviaba su muger.

Anudemos el diálogo.

«Suplico á vuestra señoría, dijo Hernando de Carrillo, que haga por quedar sola conmigo y con mi esposa.

—Mi amado hermano, dijo doña Isabel al infante, doña Beatriz Galindo, nuestra aya, esperará sin duda en mi recámara: vé, suplícala que espere un momento: que te acompañe la marquesa de Moya: vé, el señor capitan del rey necesita hablarme á solas.»

Doña Isabel no sabia mentir: en cuanto á don Alonso, respetaba á su hermana, la besó en la boca, y salió.

Quedó, pues, sola con doña Mencía y su marido: un maestresala entró luces, cerróse la ventana, y los tres personajes de nuestra accion se sentaron alrededor de una mesa á invitacion de la infanta.

«¿Qué me envia con vos su alteza, capitan? dijo doña Isabel.

—La reina, mi señora, os envia la espresion del mas profundo dolor por la separacion á que la condena don Beltran de la Cueva.

—No he podido acostumbrarme nunca, dijo doña Isabel palideciendo á impulsos de una cólera reprimida, á creer que un vasallo pueda usar y abusar del poder real: no comprendo á los reyes dominados..... decid que mi hermano recela injustamente..... que teme que las maledicencias de los que llaman bastarda á mi sobrina doña Juana, contribuyan en el ánimo de mi noble madre para lanzarla á rebeldías imposibles..... porque la reina

doña Isabel jamás, la conozco bien, alentará un pensamiento de traidora ambicion contra la descendencia del rey; no es pues don Beltran de la Cueva.....

—Tened en cuenta, señora, que si la reina, que si vuestra señoría, no creen en lo ilegítimo del nacimiento de doña Juana, lo cree el reino, lo creen sus cortes, y que mañana la sentencia de un tribunal competente escluirá de la sucesion en el trono á doña Juana, y hará jurar heredero á su señoría el infante don Alonso.

—¡Eso será matar á mi pobre hermano! esclamó con la firmeza de la conviccion doña Isabel.

—Vuestra prudencia, señora, vuestra admirable perspicacia, dijo doña Mencía cruzando una rápida mirada con Hernando de Carrillo, abulta los temores del porvenir..... no hay motivos..... los señores mas poderosos del reino, nuestros amigos, don Pedro Giron y don Juan Pacheco, nos ayudan.

—¡Oh! ¡don Pedro Giron! ¿y qué fé podemos tener en un hombre que deshace hoy lo que hizo ayer? ¿que atento siempre á su ambicion, solo á ella mira, importándole poco el género de medios que le sea necesario usar para llegar á su objeto? Ese hombre me irrita, y si no le temo es porque confio en el favor de Dios y en la fuerza de mi corazon. Pero ese hombre se ha atrevido á decir amores á mi madre, á la viuda de su rey, y rechazado por su virtud, ha sido audaz y miserable lo bastante para elevar sus miradas hasta una doncella noble y honrada á quien la desgracia ha aleccionado; hasta una hija de reyes, hasta mí. Si vuestra confianza acerca de la suerte del infante don Alonso estriba en ese hombre, haceis lo mismo que quien confia en el viento..... no, no: ese hombre nos será fatal..... pero, ¡guay! puede suceder que un dia, cansado Dios de sufrir, humille á los fuertes y ensalce á los débiles, ¡guay de ellos y de los traidores que les ayudan si llega ese dia!»

Doña Mencía y Hernando de Carrillo, miraron con respeto y aun con temor á aquella jóven que mas que una infanta abandonada, parecia una reina poderosa en medio de su consejo.

«Me habeis saludado como reina de Aragon y de Navarra,

caballero, dijo despues de un momento de pausa doña Isabel cuyo acento al hacer esta pregunta se mostraba ligeramente conmovido, ¿qué fundamento teneis para esa profecía?

—Su alteza la reina doña Isabel, contestó Hernando de Carrillo, ha tenido á bien confiarme estas letras para vuestra señoría.»

El capitan sacó de su escarcela un pergamino y le entregó á la infanta, que al ver la letra de su madre, le besó, rompió el sello y leyó:

«Isabel, querida hija mia, decia aquella carta; en la triste »soledad en que me encuentro, gastada y enferma por veinte »años de luchas, no tengo otro consuelo que el saber que mis »hijos deben á Dios un corazon fuerte, como el mio, para resistir »la adversidad. Pero tiemblo por vuestra suerte. Los leales ami»gos que os guardan, son pocos, nuestros enemigos numerosos, »fuertes, avezados á la traicion, capaces de todo. Los Mendozas, »esa noble familia en quien se fundaban mis mas firmes espe»ranzas, respecto á mi dignidad y á la felicidad de mis hijos, »desde el momento de que los del bando de don Juan Pacheco »han tomado nuestro nombre para sus asuntos, se han hecho »nuestros enemigos y han abrazado con entusiasmo, con todo su »poder, la causa de la infanta doña Juana, de cuya legitimidad »yo, que conozco las infamias de la corte, no me atreveré á du»dar. Solo nos queda de esa familia el obispo don Pedro Gonza»lez de Mendoza, y aun así, harto circunspecto y contenido en »su amistad. Mi confesor fray Francisco Gimenez de Cisneros, »ese santo y noble varon, que parece traido providencialmente »por Dios á estos tiempos de calamidad, cree que ya es hora de »obrar, y por su consejo no he dudado en ponerme en inteligen»cia con la reina de Aragon y Navarra. Ellos piensan en tí. Acaso »preveo una ambiciosa mira, acaso debia evitar á todo trance »tu enlace con el infante don Fernando de Aragon, á que me »inclinan aun tiempo mi amor hácia ti, conveniencia y nece»sidad. Para que yo te haya avisado de esto, he necesitado cerrar »los ojos cuando he mirado á Navarra. Creo que sobre su trono »pesan la sangre de Cárlos de Viana, de la infeliz Blanca de Na-

»varra, y de Leonor de Foix. Sospecho y tiemblo por mi hijo, »por tu hermano don Alonso. La ambicion humana es insacia- »ble. ¿Será posible que doña Juana Enriquez al pensar en tí, no »haya tenido otro objeto que traer sobre la frente de su hijo, el »infante don Fernando, las coronas de Castilla y Aragon? El no- »ble Cisneros á quien he consultado estas dudas, me ha repren- »dido ágriamente por lo que llama *mi horrible perspicacia*. Me ha »convencido de que es imposible que haya un padre, que por la »ambicion de una segunda esposa y por la suerte de un cuarto »hijo, se tiña en la sangre de otros tres, y piense en la muerte »de un pobre niño, en la deshonra de una reina y en la desgra- »cia de una infanta, porque para que tú fueses reina de Castilla, »era necesario que doña Juana de Portugal fuese declarada adúl- »tera, é ilegítima la infanta su hija; era necesario que muriese »tu hermano..... Esto es horrible, y sin embargo, aunque parece »que Dios no puede permitirlo, me estremezco y dudo. Al fin »fray Francisco triunfó de mi irresolucion y me atreví á enviarte »el retrato del infante don Fernando que me habia sido enviado »de Navarra y á trocarle con el tuyo que fue á manos del infante. »Don Luis de Beamonte, irritado con la muerte de don Cárlos y »de doña Blanca, ha llegado á vislumbrar algo de esto y ha avi- »sado á Beltran de la Cueva. Esto ha dado por resultado la pro- »puesta del rey indicándote por esposo á su cuñado el rey don »Alonso de Portugal. Tú has respondido lo que debias, y esto ha »conjurado por un momento la tempestad, avisándonos de que no »debemos andar remisos. El rey no ha podido contrariar tu dicho »acerca de que las infantas de Castilla no pueden darse en ma- »trimonio sin el consentimiento de los nobles del reino. Pero ma- »ñana, esos nobles reunidos en cortes, vendidos al favorito, ó á los »bandos, aprobarán ese casamiento, y nos será necesario para »evitarlo una ayuda poderosa, que podemos encontrar en el rey »don Juan de Aragon y de Navarra. Consulta tu corazon, Isabel; »á juzgar por el mio, tu decision será favorable al infante don »Fernando; es jóven, mas jóven que tú, gentil, hermoso, va- »liente, y parece, á juzgar por la espresion de su semblante y »lo grave de sus palabras, destinado á un gran porvenir. Debe

»añadirse á esto, que el infante no ha podido ver mucho tiempo »tu retrato, ni oir cuanto de tu prudencia, de tu virtud y de tu »firmeza se cuenta, sin sentir por tí un principio de amor. En »cuanto á mí, perdida la esperanza en los hombres de hoy, pido »á Dios, si llegas á ceñir la corona de un reino, te dé vasallos »mas nobles y leales que los que han rodeado al rey don Juan »tu padre y á don Enrique tu hermano. Esta carta es ya larga, »y conozco que no la terminaria nunca: mientras te escribo me »parece que te tengo delante y que te hablo. Pero es necesario »concluir. El capitan Hernando de Carrillo, que me ha sido en»viado por don Juan Pacheco, tiene el tiempo medido. Es un »leal y buen servidor, en el que puedes confiar. Guárdete Dios, »hija mia, y no olvides cuanto te digo en esta carta que debes »destruir por prudencia. Adios: tu pobre madre te bendice y »te envia sus lágrimas. Nada digas á tu hermano, pero bésale »por mí, protéjele, hija mia, ya que no puede protejerle su ma»dre=*La reina Isabel.*»

La infanta leyó por dos veces esta carta, y luego la quemó á la luz, y se volvió á Hernando de Carrillo.

«Su alteza la reina, me decia en esa carta algo que justifica vuestra profecía, caballero, le dijo: ademas me recomendaba el que confie en vos. ¿Teneis algo que decirme, caballero?

—Tengo que prevenir á vuestra señoría que no se asuste, que nada tema, á pesar de lo que dentro de poco pueda suceder.

—¿Se trata de alguna nueva rebeldía?

—¿Ha visto vuestra señoría los dos hombres que se paseaban ha poco en la galería de enfrente?

—Ha poco, caballero, antes de vuestra llegada, me ocupaba de mi leccion de latin.

—Eran el gran maestre de Calatrava y el marqués de Villena, dijo doña Mencía.

—En efecto. ¿Y no ha reparado vuestra señoría, en cierto movimiento mas animado que otras veces entre los hombres de armas del alcázar?

—¿Se trata de prender al rey?

—Se trata de destituirle.

—¿Y quién piensa en eso?

—¿Quienes han de ser, sino sus señorías?

—¿Don Juan Pacheco y don Pedro Giron? ¿Con qué es decir que el sosiego y la suerte del reino están en sus manos? ¿Con qué es decir, que de nada sirven las leyes? ¿Con qué aquí cualquier noble es bastante para invadir el alcázar de sus reyes, apoderarse de ellos, dictarles condiciones, esclavizarlos, destituirlos, deshonrarlos?..... ¡Oh! es imposible que esto continúe así..... imposible de todo punto..... llegará un dia en que los pueblos, dominados, azotados, robados por esa insaciable nobleza, se unan, por interés, al trono, le robustezcan, se apoyen y se levanten con él: llegará un dia en que no haya mas que un señor en cada reino, como no hay mas que un Dios en los cielos..... llegará, os lo juro.

—Llegará si vuestra señoría es reina alguna vez.

—Paréceme, mis buenos amigos, que habeis tomado por empeño el que yo piense en una corona que está muy lejos de mi cabeza.

—No tan lejos como piensa vuestra señoría. O por vuestro hermano, ó por vos misma, gobernareis en Castilla, porque la Beltraneja no será reina, lo juro por la salvacion de mi alma..... no será reina, porque yo no lo quiero, esclamó con arranque doña Mencía.

—¡Vos tambien sois uno de esos vasallos poderosos que quitan y ponen reyes! observó con un dulce acento de reproche la infanta.

—En el estado en que se encuentra Castilla, una muger como la mia, señora, puede revolver un reino; contestó Hernando de Carrillo.

—Pues bien, dijo con una firmeza que no era de esperar en sus pocos años doña Isabel; quiero que en las intrigas que adivino, no se tome para nada mi nombre..... lo quiero, y será: de lo contrario abandono el alcázar, y si no me permiten ir á á Maqueda con mi noble madre, me encerraré en un convento.

—Tal vez, señora, no os sea posible elegir un partido: ya os dije que no os asustaseis por lo que pudiera acontecer, porque

no se trata de prender al rey, sino de arrebatar á vuestras señorías del alcázar: las cosas han llegado á punto de rompimiento. Don Juan Pacheco, desde el momento en que se ha arrancado al infante don Alonso el maestrazgo de Santiago, del que él era administrador durante la menor edad de su señoría, está furioso. Por otra parte, el aspecto que han tomado las cosas de Navarra, no permite los términos medios. Es necesario obrar y obrar pronto, y de tal manera está preparado el plan, que antes de un mes la infanta doña Juana será declarada ilegítima, destituido el rey y proclamado el infante don Alonso. Esto es cierto, inminente, y esta noche habrá lo que Dios fuere servido que haya en el alcázar.

—¿Y quién será quien se atreva á poner su mano en los hijos del rey don Juan?

—Podrá suceder que yo llegue á vuestra señoría, y la suplique que se digne dejarse conducir á Maqueda.

—Creo que al hacerme esta manifestacion cumplís un encargo.

—Sí, señora, ciertamente: cumplo un encargo de su alteza la reina, madre de vuestra señoría.

—Que en verdad, nada de esto me decia en su carta.

—Un hombre puede ser acometido, herido ó preso, y jamás se espone á esas eventualidades un papel de tamaña importancia: pero si no recuerdo mal, su alteza la reina me dijo que recomendaba á vuestra señoría el que confiase en mí.

—No estrañeis, señor Hernando de Carrillo, dijo la infanta, el que no comprenda el aspecto de doblez de vuestra conducta. ¿Hay algo de comun entre la reina mi madre, el maestre de Calatrava y el marqués de Villena?

—Su alteza tiene una conviccion profunda acerca de la intimidad de la reina y de don Beltran de la Cueva, y esa conviccion la debe á mi esposa; y ahora, señora, que ya he puesto en vuestras manos las letras de la reina y que os he avisado, permítame vuestra señoría que vaya donde me obliga una palabra empeñada.

—Id, id en buen hora; pero os advierto que habeis hecho muy mal en revelarme esa conspiracion.

—Vuestra señoría obrará como mejor crea, pero nuestro deber es arrancar á los nobles hijos de nuestros reyes de la vergonzosa tutela en que se les tiene; nuestro deber es salvar al reino de su miseria y de su degradacion, y tened en cuenta que si esto os digo, lo digo con referencia á don Pedro Gonzalez de Mendoza y á fray Francisco Gimenez de Cisneros. Meditad, señora, lo que haceis, y ved que solo una lealtad acendrada, un afecto á toda prueba, es el que ha podido hacer que se revelen á vuestra señoría secretos de tal importancia; de lo que suceda esta noche dependen la paz y prosperidad del reino. Vuestro hermano y vos sois su única esperanza. Ahora, que Dios guarde á vuestra señoría.»

Hernando de Carrillo se levantó, besó la mano á la infanta, y salió.

Apenas habian quedado solas doña Isabel y doña Mencía, cuando se abrió la puerta y apareció Beltran de la Cueva.

Hacia mucho tiempo que doña Mencía no le habia visto; entrambos habian esquivado el encontrarse; comprendian demasiado que no podian verse á sangre fria, y contenido cada uno de ellos en el círculo de sus proyectos, evitaban un escándalo. Muy grande debia ser el motivo que obligaba á Beltran de la Cueva á entrar en un lugar donde sabia que debia encontrar necesariamente á su antigua amante.

«Creo que acaba de salir de aqui el señor Hernando de Carrillo, dijo desde enmedio de la cámara.

—Asi es, caballero, contestó doña Isabel; el señor capitan del rey acaba de salir de mi cámara; pero nunca creí que se pidiesen cuentas de sus audiencias á una infanta de Castilla.

—Perdóneme vuestra señoría, pero á veces.....

—A veces y no á veces, sino desde hace mucho tiempo y contínuamente, sucede, segun me han dicho, que nunca falta junto á nuestros reyes un poderoso vasallo que entra francamente en lo mas vedado del alcázar. Puesto que es necesario sufrir esas demasías, decidme qué me quereis, caballero.

—No soy yo, noble señora, quien quiere. Su alteza el rey

es quien me manda suplicar á vuestra señoría se traslade á su cámara con su señoría el infante don Alonso.

—Decid á su alteza.....

—Tengo encargo de manifestar á vuestra señoría que para acompañarla hasta el rey esperan en la antecámara el mayordomo mayor, Andrés de Cabrera, marqués de Moya y algunos doncelos.

—Vamos, pues, doña Mencía, contestó la infanta mordiéndose impaciente el labio inferior.

—Me pesa advertir á vuestra señoría que el rey ha mandado espresamente que no la acompañe otra persona que doña Beatriz Fernandez de Bobadilla.»

La infanta palideció, dos brillantes lágrimas asomaron á sus ojos arrancadas por la indignacion; ahogó en su alma un impulso de resistencia, y luego fue á la puerta de la habitacion por donde antes habian salido don Alonso, doña Beatriz, y el jóven Pedro de Carrillo, y desapareció por ella. Poco despues volvió cubierta con un manto, llevando á su hermano de la mano, y seguida de la marquesa de Moya.

«Henos aqui, señor conde de Ledesma, dijo gravemente, podeis cuando os plazca entregar vuestros prisioneros á sus guardianes.

—¡Señora!....

—Testificad al rey nuestra sumision, caballero, y concluyamos.

—Vuestra señoría cree que me valgo de un pretesto.

—Lo que creo es que Castilla está abandonada del amparo de Dios.

—Señor marqués de Moya, dijo Beltran de la Cueva no insistiendo por respeto, acompañad á sus señorías á la Torre del Homenaje donde se encuentra su alteza.»

Andrés de Cabrera apareció en la puerta, adelantó, se inclinó ante la infanta y la dijo rápidamente al oido.

«Seguidme, señora, y doblegaos á las circunstancias si quereis salvaros: se trata de una horrible trama.»

Despues de esto precedió á doña Isabel y salió con ella.

Quedaron solos Beltran de la Cueva y doña Mencía.

Por un momento, la situacion escéntrica en que se encontraban los contuvo en un silencio embarazoso; despues doña Mencía se volvió bruscamente y se encaminó á una puerta. Beltran de la Cueva llegó á ella, la asió por una mano, la atrajo á sí, la llevó á un sillon, y la dijo:

«Sentaos; necesito hablar con vos.

—En ocho años no habeis tenido necesidad de hablarme, Beltran; en ocho años, constantemente hemos pasado el uno junto al otro como sino nos hubiéramos conocido..... porque llegó un dia en que entrambos nos desconocimos, y nos separamos..... seguid pues vuestro camino y dejadme seguir el mio.

—¡Vuestro camino, señora! ¡es decir, el camino de vuestra venganza!

—¡De mi venganza! ¡creeis que yo tengo motivos para vengarme de vos!

—No recordemos, señora, cosas que debiamos haber olvidado.

—¡Que debiamos haber olvidado! ¡sí, es verdad! hay cierta clase de gentes, que hollan y pasan sobre lo noble, sobre lo grande, sobre lo santo, sin reparar en ello, porque van mirando adelante: pasan y se olvidan de las lágrimas, de los dolores ó de la rabia que han dejado tras sí: hay hombres para quienes el orgullo y la ambicion lo son todo: destruyen y olvidan lo que han destruido: y aun sucede que tienen la vanidad de creerse fuertes para no temer la justa venganza del que ha sido engañado, herido, deshonrado..... Sí, teneis razon, caballero: olvidemos..... yo he olvidado..... me he olvidado absolutamente de aquel niño con quien cometí algunas locuras, porque aquel niño era un fantasma: pero tengo siempre delante de mí al noble, altivo y poderoso señor, que se cree bastante fuerte para decir sin peligro á una muger escarnecida: ¡olvidemos!

—Ciertamente, señora, no habia venido á escuchar de vos tardías recriminaciones por acontecimientos en que no tuvo parte

alguna mi voluntad: si os he dicho olvidemos, es porque debemos olvidar. Conozco vuestro carácter, y una palabra imprudente daria lugar á un escándalo que debemos evitar. Me haceis la guerra de una manera terrible, lo sé: lo habeis olvidado todo por vuestra venganza, habeis hecho uso de vuestros encantos, de vuestro ingenio, de vuestro oro, para procurarme enemigos y lo habeis conseguido: pero vuestro bolsillo se ha agotado y ya os habeis arrancado vuestra primera cana: entre todas las amarguras de mi privanza, creedlo, señora, vuestros dolores ocupan el primer lugar, porque no puedo dejar de ser agradecido, porque os debo lo que soy, porque os amo todavía.

—¡Que me amais! esclamó doña Mencía lívida de cólera; ¿y os atreveis á decir que me amais aun?

—No solo me atrevo á decirlo, sino que lo afirmo; y no solo lo afirmo, sino que puedo aseguraros que vuestro amor es para mí un acerbo, un cruel remordimiento.»

Beltran pronunció estas palabras conmovido, con una profunda amargura.

«Creo, caballero, que aleccionado con las infamias de la corte, me necesitais para algo, y juzgándome débil, probais el camino de una infamia.

—Pluguiera á Dios que jamás nos hubiéramos conocido, doña Mencía, repuso Beltran de la Cueva: hubiera muerto en la oscuridad de mi miseria, porque no hubiera podido resistirla; pero hubiera muerto tranquilo. Hoy soy el primer noble del reino, soy conde, duque, maestre, tengo el señorío de media España, mi hermano es obispo y mi padre ha muerto bendiciéndome..... pero tras esta grandeza tengo el corazon hecho pedazos, sangriento, cubierto de podre; bajo estas grandezas devoro mi dolor, ahogo mis gritos desesperados, y no duermo, ni aliento, ni vivo. Si os atreveis á querer mas venganza, pedidla; no sé que me podais hacer mas desgraciado. Vuestros esfuerzos para ello serian impotentes..... no hay mas allá; he apurado toda la hiel de mi copa: me he vendido á Satanás y me cobra su precio.

—¡Mentís! lo que sentis no es desesperacion, sino miedo.

—¡Miedo! ¿y de qué? sí, teneis razon: tengo miedo por vos, por mi hijo.....

—¿De qué hijo hablais, Beltran? dijo doña Mencía pronunciando con acento apagado y tembloroso estas palabras.

—Hubo un tiempo en que yo creia amores, señora..... la locura de aquel amor misterioso.....

—¡Ah, teneis un recuerdo de mi hijo! ¿entra en vuestro plan el mostraros padre amoroso cuando en nueve años ese inocente no os ha merecido ni una mirada, ni una palabra? Al oiros hablar como padre creí escuchar en vuestros labios el nombre de la infanta doña Juana.

—¡La infanta doña Juana! la inocente que vos habeis deshonrado, á la que habeis hecho llamar por el vulgo la Beltraneja.....

—Y á la que encerraré en un convento en compañía de su madre, caballero.

—Y decidme, ¿qué culpa tiene su madre de que mi corazon haya conocido que su amor estaba representado en ella, que antes habia creido amor lo que no era otra cosa que deseo, orgullo, vanidad? ¿Por qué habeis de culparme por haber sido desgraciada en vuestros amores conmigo? ¿Acaso se manda al alma? ¿ó quereis que yo hubiera sido tan vil, que os hubiera engañado á las dos por miedo á vuestros celos? yo no se mentir, señora: perdido en mis primeros años entre visiones tentadoras, con el corazon abierto al amor, corrí tras todo lo hermoso, tras todo lo rico, tras todo lo grande. Me enamoré de Mencía de Mendoza, y creí poseerla cuando os poseia: os revelasteis á mí en una ocasion solemne, y me deslumbrasteis, lo confieso: erais ambiciosa, y estimulasteis mi ambicion: vos misma os heristeis entregándome á don Juan Pacheco, porque ese hombre.....

—Os utilizó..... bien lo sé..... os hizo concebir esperanzas que entonces eran insensatas, y que hoy se han realizado..... y bien, ni vos, ni don Juan Pacheco..... la guerra será larga, tenaz, sangrienta, pero triunfaré.

—Ved, señora, que esos hombres matan.

—Esos hombres, como vos, no son mas que simples instru-

mentos; yo os desprecio como les desprecio á ellos, y me valgo de todos, porque todos me servis; cuanto puede suceder lo preveo, y os anuncio que vos llevareis la peor parte: cuanto os elevé, os hundiré, tenedlo presente. Sin mí nada hubiérais sido, sin mí nada sereis..... y puesto que entre nosotros no puede mediar mas que ódio, ahorremos palabras enfadosas..... seguid vos vuestro camino; yo sigo el mio..... veamos quien llega primero, don Beltran..... si me venceis no tengais compasion de mí, porque yo no la tendré de vos.

—Será lo que Dios quiera, señora; pero á pesar de vuestro encarnizamiento conmigo, no puedo dejar de seros leal.... quiero evitaros una vergüenza, acaso un remordimiento, á vos que sois tan noble, tan generosa, á vos á quien tanto he amado y á quien, lo repito aun, amo todavía..... no con ese amor de amante que vos alentábais y que Dios no ha querido por desgracia que arda de igual modo en nosotros dos, sino con un amor de hermano.... si despues de la prueba que voy á daros de mi sinceridad, no me apreciais en lo que valgo, será necesario creer que la pasion os ciega.

—¿Y de qué remordimiento podeis salvarme, caballero?

—La reina doña Isabel ha confiado á vuestra lealtad el cuidado de sus hijos, ¿qué diriais á esa noble señora, si mañana se encontrase muerto al infante don Alonso, y deshonrada y en poder de don Pedro Giron á la infanta doña Isabel?»

Doña Mencía palideció intensamente.

«Eso es horrible, Beltran; esos hombres son infames, rastreros, capaces de todo..... pero es imposible que alienten tan negros pensamientos; eso seria desafiar la justicia de Dios.

—El arzobispo de Toledo y sus sobrinos están ya cansados de intrigas, de guerras, de rebeldías, en que vienen perdidos allá desde los primeros tiempos de la privanza de don Alvaro de Luna. Lograron dar en tierra con el condestable, encontraron resistencia en doña Blanca de Navarra, y la arrojaron vergonzosamente del tálamo de don Enrique: creyeron á propósito á doña Juana de Portugal, y la casaron con el rey: me creyeron bueno para esclavo, y me elevaron, me colocaron junto á la

reina, me deslumbraron pensando tener en mí un hombre, del que, despues de dar un infante al reino, seria fácil deshacerse, y destituir al rey, gobernar como regente, en nombre de ese hijo postizo, el reino. Se engañaron; doña Juana es una gran muger, y yo soy un hombre que no se deja arrebatar fácilmente su presa: la lucha se ha hecho cada dia mas encarnizada: han logrado que tome parte en ella la reina viuda, la habeis tomado vos por vuestra venganza..... y allá, en Granada, otra muger.

—¡Blanca! esclamó profundamente doña Mencía. Hé ahi otra de vuestras obras.

—Decid mas bien una víctima de vuestros celos.

—Una pobre niña inocente y cándida, que os ama, á quien vuestro amor llevó al lugar de donde fue robada por los moros para ser esclava del infante Abou'l Hassam; que adorada por ese hijo rebelde á su padre, ha llegado á ser reina de Granada al subir al trono su amante..... hoy, esa pobre niña, esa que en el espacio de veintiun años se ha llamado sucesivamente Blanca, Isabel de Solís y Zoraya..... esa muger á quien inspirasteis sus primeros amores, y á quien habeis destrozado el corazon y perdido el alma, puesto que para ser sultana, para tener honra como muger, para ser la esposa de un señor brutal que abusó de su cautiva, se ha visto precisada á renegar de su Dios; hoy, esa muger os odia como os odio yo, porque como yo, os debe todos sus dolores; esa reina, nieta de reyes, es mi amiga aun, y me ayuda con su oro y con sus ginetes granadinos. Sí, teneis razon; allá, en Granada, hay otra muger que os combate con todas sus fuerzas, que me da medios para sostener contra vos en el reino la guerra civil, y que os distrae haciendo que incesantemente rompan los ejércitos de su esposo por las fronteras del reino de Granada.

—Complaceos en vuestra horrible obra, señora, esclamó con amargura Beltran de la Cueva: vuestra venganza se practica de una manera grandiosa: por ella se hacinan cadáveres sobre cadáveres, y se destrozan tres reinos, Navarra, Castilla y Granada: allá, los Enriquez, alentados por vuestros amaños, han herido sucesivamente y encerrado en la tumba á doña Blanca,

á don Cárlos, á doña Leonor..... aqui, los bandos se desbordan, el hambre y la miseria crecen; la corona de un rey vacila; se cierne la muerte sobre un infante, y un miserable bastardo piensa, aprovechando estas revueltas y por medio de un golpe atrevido, subir á un trono deshonrando una infanta; al otro lado, en el reino moro, la familia real lucha de una manera horrible, y los caballeros granadinos se dividen en bandos encarnizados, sirviendo los ódios de la antigua sultana Aixa la Horra, que levanta en sus brazos, como una bandera, al infante Abu-Abd' Allah, mientras la segunda esposa entrega á los Zegríes y á los Gomeres la causa de sus hijos los infantes Sidi Yayahai y Sidi Al-hamar. Tres guerras civiles, tres guerras de frontera, tres horribles semilleros de crímenes, y todo eso es obra vuestra, señora..... matáraisme satisfaciendo vuestro ódio, y ahorrarais á la historia de apilar tanta sangre y tantos horrores en sus páginas..... hubiera preferido una puñalada, un tósigo, un patíbulo, al remordimiento de haber sido la causa fatal de tanta desventura.

—¿Y decís que soy yo quien produce el estado ruinoso y horrible en que se encuentra España? esclamó doña Mencía. Sin duda necesitais abultar las faltas agenas, para aminorar las vuestras.....

—¡Poder de Dios! no es necesario esforzarse mucho para probaros que lo que ha sostenido el bando de don Juan Pacheco, han sido en gran manera vuestras influencias en la corte. Sin vos, hace ya mucho tiempo que yo hubiera cortado la cabeza á esos dos revoltosos nobles, y hecho dar un tósigo á ese arzobispo insaciable. Vos los habeis sostenido, y ellos, adheridos hoy á un pensamiento, mañana al otro, partidarios tan pronto de Navarra como de Portugal, han alentado la ambicion de la reina doña Juana y del rey don Alonso, hasta el punto en que, pensando la una en la union de las coronas de Castilla y Aragon, por medio del enlace de su hijo el infante don Fernando con la infanta doña Isabel, haya hecho morir á los tres hijos de su marido el rey don Juan y de la reina doña Blanca de Navarra; y que por otra parte el rey de Portugal, olvidándose de lo que debe á su propia

sangre, haya contribuido á que se conozcan mis amores con la reina doña Juana su hermana, con la torcida mira de que la infanta su hija sea escluida de la sucesion del reyno, y llegar á mandar en Castilla uniéndose con la infanta doña Isabel. Don Juan Pacheco ha conocido que hasta ahora, creyendo trabajar por sí, no ha hecho otra cosa que trabajar por otros, y ha pensado en que ya es tiempo de obrar por sí mismo. Ahora no se trata del casamiento de la infanta con el rey de Portugal, ni con el infante de Aragon, sino con el maestre de Calatrava don Pedro Giron. De todos modos, el infante don Alonso que promete en su vigorosa juventud alcanzar una larga vida, está interpuesto como un obstáculo á estos proyectos, y es una cabeza sentenciada por tres ambiciones, y que si no cae hoy, caerá mañana. Ved ahí lo que habeis hecho ayudando á los Pachecos en contra mia..... os lo repito, sin esos hombres no sucederia nada de lo que sucede, y yo no me hubiera visto obligado á escitar la indignacion de doña Isabel, que se cree presa, ni á venir á hablaros, cuando irritado por vuestro odio habia jurado no volveros á hablar en mi vida, para libraros de un remordimiento. En cuanto á mí, me habeis colocado en una posicion en que, os lo confieso, ni veo, ni se donde estoy, porque lo que sucede en España es semejante á una tromba oscura, revuelta, que muge y truena sin direccion fija: vamos de una manera fatal hácia un abismo, y es necesario hacer un esfuerzo poderoso para no caer en él. Bien se que si por vuestra causa y de una manera fatal se ha vertido sangre, vuestro corazon la repugna y vengo á pediros ayuda para impedir el que se vierta mas sangre ilustre. Vos me ayudareis..... lo espero..... esto no es pediros una paz que sé que no me concederíais, si no una tregua necesaria..... Aceptadla, porque vos sois la única á quien se puede confiar en Castilla la suerte, el honor y la vida de los hijos del rey don Juan.

—Si siempre hubiérais obrado con la nobleza que hoy creo encontrar en vos, ni vuestro corazon ni el mio guardarian tantos dolores y tantos remordimientos, pero creo que exagerais el peligro.

—No hay en el alcázar un solo hombre de armas, si se es-

ceptúa mi servidumbre, que es reducida, que no esté á la devocion de don Juan Pacheco.

—Y bien: todo se reduce á que el rey sea destituido.

—Si esa gente logra haber á las manos á los infantes, todo está concluido: una guerra horrible, mucho mas horrible que la que ya está empeñada, destrozará á Castilla, y el infante don Alfonso muere.

—Sabeis mas que yo.

—En el castillo de Simancas espera á don Pedro Giron y á don Juan Pacheco el arzobispo de Toledo. Se dirá que don Alonso ha muerto de miedo, se dará un escándalo que obligará á doña Isabel á darse la muerte ó á casarse con el maestre, que ya ha tiempo por influencia de su tio don Alonso de Carrillo tiene en su poder la dispensacion de los votos de freire por el papa, se declarará adúltera á la reina doña Juana, se me cortará la cabeza, se encerrará á la infanta en un convento, y don Pedro Giron se proclamará rey de Castilla. Yo velo y no vivo mas que para observar: para sorprender tramas; gasto mis tesoros, y como hay siempre hombres del temple del difunto arcediano, mi antiguo maestro, lo se todo. Ahora, ved si quereis ayudarme, concederme una tregua de quince dias, porque, os lo juro, no he venido á otra cosa, señora.»

Meditó un momento doña Mencía, y luego dijo.

«Si guardais en vuestra alma un pensamiento de traicion, que os perdone Dios..... y si sois leal, que Dios me ilumine para que yo pueda perdonaros el mal que me habeis hecho. Acepto esa tregua.

—Gracias, doña Mencía, gracias: me habeis arrancado un horrible peso del corazon. Pero es necesario no perder tiempo. La rebelion debe alzarse al toque de queda y aun falta una hora: los infantes están en la Torre del Homenaje. Al pié de ella, junto á un postigo, aguardan tres caballos enjaezados y un resguardo de cuarenta lanzas. Corred toda la noche, tomad la vuelta de Madrid y haceos fuertes en el alcázar en que he puesto por alcaide á Pelayo de Rivera con cuatrocientos ballesteros y tres tiros gruesos.

—¿Y no habeis creido oportuno serviros de mi esposo?»

Beltran de la Cueva hizo un movimiento de disgusto.

«No, no; el capitan de las lanzas que os servirán de resguardo, es Diego de Varela y no necesitais á nadie: dejadnos por acá al señor Hernando de Carrillo y á mí. Hace mucho tiempo que nos aborrecemos.»

Doña Mencía se levantó y buscó su manto.

«Esperad un momento, señora, la dijo Beltran. ¿Qué hareis de vuestro hijo?

—Pedro de Carrillo es paje de la infanta doña Isabel, y me seguirá.

—Mi hijo, se quedará conmigo, señora.

—¡Quereis tener rehenes! esclamó soltando su manto de sobre el sillon de donde le habia tomado doña Mencía.

—Ese niño es mi hijo, señora, y no hay padre que consienta, que pueda hacer que su hijo se ponga en peligro. ¡Hacerme rehenes con mi propia sangre! ¡Qué concepto tan horrible os hace tener de mí vuestro ódio!

—¿Acaso no os he visto sobreponeros á todo hollando el corazon de tres mugeres por llegar á vuestra ambicion?

—Una muger puede abandonarse, pero jamás se abandona un hijo, señora; tomad vuestro manto y dejaos conducir..... yo no os ódio..... aunque debiera odiaros, porque me habeis hecho mucho daño, y si he dejado de amaros por otra muger, no me culpeis..... Satanás se ha apoderado de mí, y esa muger me hechiza, me esclaviza, me mata; pero ¿por qué, señora, no comprendeis en todo su valor mi palabra: olvidemos? ¿por qué os negais á ser mi hermana, mi querida hermana?»

Beltran de la Cueva asió una mano de doña Mencía, y antes de que pudiera retirarla enteramente, se la estrechó y estampó en ella un suspirante beso; aquel beso corrió como lava á lo largo del brazo de doña Mencía, y quemó su corazon haciéndola ahogar un gemido.

«¡Olvidemos! ¡olvidemos! señora, esclamó Beltran de la Cueva: ya que somos desgraciados no exacerbemos nuestros dolores. ¡Oh! quien sabe si un dia.....

—La muerte, solo la muerte, esclamó doña Mencía dominando á duras penas lo trémulo de su voz, podrá unir el abismo que nos separa, un abismo escavado por mi ódio, por mi rabia.... no hablemos mas de esto..... jamás podré olvidar que me habeis vendido infamemente; vuestra presencia me lastima, vuestra voz me hiere..... ¡quereis mi hijo!.... tomadle, mientras yo guardo á los infantes..... pero ¡ay de vos, si, como temo, quereis separarme de él! Estoy dispuesta á seguiros.

—Seria imprudente que nos viesen juntos, señora, y todo lo he prevenido; ¡hola! ¡capitan Alfon de Vidaura!»

Oyóse crujir un arnés en la antecámara, y á poco se presentó en la puerta un hombre armado hasta los dientes, y vestida sobre la armadura una rica cota de armas con el blason del ducado de Alburquerque, bajo el cual asomaban los rojos brazos de una cruz de Santiago.

«Conducid esta dama, le dijo, á la Torre del Homenaje; tomad estas dos llaves: la una es la de la puerta del caracol que da al postigo del Norte, y la otra la del postigo. Obedeced á esta señora como á mí mismo. ¡Que os guarde Dios, doña Mencía! vais bien guardada y no debeis tener recelo.

—¡Que os guarde Dios y os ayude don Beltran! dijo doña Mencía envolviéndose en el manto y saliendo de la cámara precedida del capitan.

—¡Oh! murmuraba para sí ella con las lágrimas agolpadas á los ojos: ¡todavía! ¡todavía!»

Y como si el mismo pensamiento hubiera inspirado á Beltran de la Cueva, que tenia fijos los ojos en el tapiz por donde habia desaparecido doña Mencía, esclamó:

«¡Todavía me ama!»

Ahogó un suspiro convulsivo, entró en la recámara de la infanta doña Isabel, y se detuvo delante del pequeño Pedro de Carrillo, que dormia sonriendo en un sillon.

«¡Ah, pobre hijo mio! esclamó Beltran de la Cueva, mirándole profundamente conmovido. Esta es la primera vez que tu padre te vé sin testigos importunos, ¡y qué hermoso eres! ¡hermoso como tu madre cuando me sonreia enamorada! ¡Oh, esto

es horrible! ¡amar y tener que contenerse! ¡sacrificarlo todo al amor de otra muger! ¡no poder librarse de él! ¡sacrificarle la honra, la conciencia, hasta la eternidad! ¡oh, reina doña Juana! ¡mucho necesitas amarme para recompensar lo que por tí he pasado, para pagarme el infierno que arde por tí dentro de mi cabeza!»

Despues de esto, miró por un momento en silencio á su hijo, le besó en la boca, y esclamó conmovido:

«¡Pobre hijo mio! ¡quiera Dios que las culpas de tus padres no caigan nunca sobre tu cabeza!»

Luego salió, atravesó la cámara y la antecámara, y dijo á la servidumbre que estaba en ella:

«Conducid al señor Pedro de Carrillo, paje de su señoría la infanta doña Isabel, á la cámara de su alteza la reina.»

Poco despues, sus pasos se perdian á lo largo de las galerías.

CAPITULO II.

De como don Juan Pacheco y don Pedro Giron dieron un nuevo golpe en vago, y del partido que tomaron en consecuencia.

En una cámara del alcázar de Segovia, situada al estremo opuesto al que ocupaba la de la infanta doña Isabel, se paseaba el rey don Enrique IV asido familiarmente al brazo de otro hombre, con el que reia á grandes carcajadas.

Era este el condestable Miguel Lucas de Iranzu, hombre de baja estofa, que habia subido á grandes cargos en el principio del reinado de don Enrique por su habilidad en servir sus vicios y sus sórdidas inclinaciones. El aspecto de Miguel Lucas era torbo, audaz y feroz, cuando no bajo y socarron, como el de un hombre de la plebe. El rey le amaba como amaba sus excesos y no sabia separarse de él, lo que daba á aquella especie de favorito de segunda órden una audacia estrema respecto de los demas y aun del mismo Beltran de la Cueva, que le toleraba para hacerle servir ciertos bajos oficios á que jamás se hubiera prestado el orgulloso jóven.

«¿Con que dices que don Juan Pacheco está en el alcázar? dijo el rey cesando en sus carcajadas, cuando se atravesó por incidente el nombre del marqués de Villena en cierta aventura escandalosa que le relataba Miguel Lucas.

—Y no solo don Juan, sino su hermano don Pedro, los condes de Alba, Plasencia y Benavente, una jauría entera de rebeldes..... en Simancas, los Manriques, los Laras y el arzobispo

de Toledo, y en Maqueda con la reina viuda, don Pedro Gonzalez de Mendoza, ese fraile endiablado Jimenez de Cisneros, y el arzobispo de Sevilla don Alonso de Fonseca, con gran número de caballeros y gentiles-hombres de su casa..... pero esto no importa para nuestro cuento; deciamos que el marqués adelantaba, rebozado y sin saber donde se encontraba, hácia la alcoba de su querida, que de la misma manera esperaba, no pensando que fuese su viejo amante....

—Mira, mira, Miguel Lucas, le dijo el rey con una gravedad que no acostumbraba; dejemos ese lance para otra ocasion..... no sé por qué hayan de estar todos esos caballeros en mi alcázar sin que yo lo sepa..... esto es estraño..... ¿no te parece que se trata de algo?»

Miguel Lucas cambió de semblante, y contestó con cierto misterio.

«¡Ya se ve! mientras ciertos hombres esten apoderados del gobierno, y cieguen los ojos de vuestra alteza.....

—Te advierto, Lucas, que no quiero que se me hable mal de don Beltran, que es un buen servidor.....

—Dicen que sirve á vuestra alteza demasiado bien ocupando su lugar en algunas cosas que.....

—Mejor seria que siguieses el cuento del marqués de Villena y de su querida.

—Es que su querida y el cuento vendrán á parar á lo mismo, señor.

—Siempre á don Beltran.

—Como que don Beltran era el que ella esperaba.

—¿Y don Beltran, fue?

—Don Beltran creia encontrar á cierta alta persona á cuyo nombre, por falta de otra mejor ocasion, se le habia avisado.

—¿Y conocia don Beltran á esa alta persona?

—Ya lo creo, como que hace ocho años que es su amante, y dos que segun dicen maldicientes tiene de ella una hija.»

Mordióse el rey el labio inferior, y se desasió del brazo de Miguel Lucas.

«Esto habia sido una intriga infernal del arzobispo de To-

ledo, que es revoltoso donde los hay. Necesitaba lanzar á su sobrino á un lance grave, y no encontró otro medio mejor que hacerle encontradizo con Beltran de la Cueva en la misma cámara de su manceba.

—¿Y se encontraron?

—Ciertamente. Sucedió que todos se dieron por sorprendidos; doña Luz se vió obligada á llamar á sus dueñas, á reprenderlas ágriamente, y apostrofar á Beltran de la Cueva por haber entrado como un ladron en un sitio donde segun ella nada se le habia perdido; don Juan Pacheco, por el buen decir de las gentes, tuvo necesidad de disculparse, protestando que se habia equivocado de puerta, tomando por suya la puerta de la habitacion de doña Luz, en lo que por cierto no mentia, y se retiró suplicando á don Beltran de la Cueva que le acompañase.

—¿Y cuándo sucedió eso?

—Anoche.

—¿Y qué aconteció despues?

—Don Juan Pacheco que no sabia la intriga, y que es receloso como un lobo, temió que Beltran de la Cueva no hubiese penetrado en el aposento de doña Luz como amante, sino como espía.

—¡Como! ¿doña Luz?.....

—Doña Luz es la camarera mas traviesa de su alteza la reina; lo observa todo y lo vende todo al que mas le paga..... he aqui en lo que consiste el recelo de don Juan Pacheco. En fin, sucedió lo que debia suceder..... Beltran de la Cueva y el marqués pasaron de las palabras graves á las intenciones ágrias, y de estas á los reproches y á las amenazas, hasta el punto de esclamar en voces destempladas y tales, que pudimos oirlos yo y Cáceres que andábamos en este enredo y les seguiamos á la larga, pudiésemos oir.....

—Creo que tú y mi mayordomo Cáceres, y todos los que andais á mi alrededor, os poneis al sol que mas calienta..... ya estoy cansado y aburrido..... no tengo á mi lado mas que bribones, esclamó el rey con acento ronco.

—Vuestra alteza nos ofende: Cáceres y yo somos dos leales servidores.....

D.N BELTRAN DE LA CUEVA.

—Que andais en pasos algo torcidos.

—Si no engañáramos á los enemigos de vuestra alteza, no os podriamos revelar ciertas cosas que importan demasiado, como por ejemplo, lo que se dijeron, fuera de sí, el conde de Ledesma y el marqués de Villena.»

El rey que casi habia adivinado de lo que se trataba, y que no queria escucharlo, nubló el semblante al conocer que Miguel Lucas estaba decidido á hacerle tragar la pócima.

«¡Oh! ¡verdaderamente que es horrible la audacia de esos señores! esclamó el condestable, ¡atreverse á calumnias!....

—Creo que tu audacia no les va en zaga, Miguel Lucas.

—Yo señor, nunca hubiera dicho lo que aquellos dos hombres, á voces, en una galería del alcázar: ¡os juro que vuestra hija no será reina de Castilla! esclamó el marqués: ¡que mi alma se pierda en los infiernos, replicó don Beltran, si vuestro hermano don Pedro Giron se casa con la infanta doña Isabel!»

El rey habia adivinado la primera esclamacion, pero al escuchar la segunda no pudo contenerse en su aspecto de reserva.

«¡Por san Lázaro y todos los santos habidos y por haber! ¿Qué quiere decir eso de casamiento entre el maestre de Calatrava y mi hermana?»

El rey habia pronunciado estas palabras de una manera descompuesta.

«Esto significa, señor, dijo una voz firme á la puerta, que se os atreven, y os ponen la mano en la corona.»

Era Beltran de la Cueva que entraba.

«¡Ah! ¡ah! tú sabes ademas de lo que sabe el condestable, que se piensa en.....

—En que dejeis de ser rey, señor.

—Pues mira, don Beltran, esa es una cosa en que se piensa mucho tiempo hace.

—Creo que de esta vez.....

—¿Va de veras? ¿no es verdad? pues mira; componte como otras veces.

—Es que no hay composicion posible, señor, puesto que si

antes vuestra alteza servia de medio, de pretesto, ahora sirve de estorbo.

—¿Y quiénes con ellos, don Beltran?

—Suplico á vuestra alteza, que mande á su señoría el condestable guardar las puertas de esta torre.

—¿Y con qué gentes, si os place decírmelo, señor duque de Alburquerque? dijo con una risita falsa é insolente Miguel Lucas.

—¡Cómo! ¿asi estamos? esclamó el rey. ¿No nos quedan hombres que nos defiendan?

—Hace mucho tiempo que se deben sus soldadas á la guarda morisca, dijo Miguel Lucas, y á mas de eso, su capitan es marido de doña Mencía de Padilla.

—A pesar de eso, señor Miguel Lucas, encontrareis abajo, en el patio, cien buenos arqueros, que estan bien pagados, dijo Beltran de la Cueva.

—Entonces, deben ser de vuestra mesnada, señor duque.

—Ello en fin, es que contamos con cien hombres, dijo el rey.

—Con cien hombres que se dejarán matar antes de que los rebeldes toquen á un solo caballo de vuestra alteza, repuso Beltran de la Cueva mirando fijamente al rey.

—Sea lo que quiera, dijo este dirigiéndose al condestable, creo que no estamos para perder nuestro tiempo. ¡Oh, oh!.... se trata de llegar hasta nos..... ve, ve, mi bueno y leal condestable, cubre el adarve con esa gente, y déjate matar si es preciso.

—Os juro, señor, que en esta ocasion probaré á vuestra alteza hasta donde llega mi lealtad, dijo Miguel Lucas haciéndose reacio.

—Decididamente, dijo el rey dando suelta á su impaciencia, te empeñas en saber lo que tiene que decirnos su señoría el maestre..... Haces mal, condestable, haces mal: en la corte cuantos menos secretos se saben, tanto menos se arriesga.

—Juro á vuestra alteza.....

—Y yo te juro Miguel Lucas, que en esta ocasion me estas dando tormento.»

Era esto tan claro, que el condestable no tuvo medio de insistir. Saludó profundamente al rey, lanzó una mirada rencorosa á Beltran de la Cueva, y salió.

«Habeis hecho mal en ofender el orgullo de ese hombre, señor, dijo Beltran.

—¿Pero en tal estado estamos, que no tenemos poder ni aun para librarnos de las importunidades de un vasallo?

—Estamos en el peor estado posible.

—Sí, sí, ya que ese oso salvaje, ese don Pedro Giron, ha acabado por soñar en mi corona....

—¿Quién os lo ha dicho?

—¿Acaso no se dijo eso anoche á voces en el alcázar?

—Pues bien, señor, los nobles del reino, menos la familia de los Mendozas, se han coligado contra vuestra alteza.

—¿Y qué quieren esos nobles?

—Una destitucion.

—¡Ira de Dios! ¡quieren destituirme! ¿no les basta el haberme dejado sin un cornado; el haberme obligado á tener demas, como una cosa inútil, el oficio de repostero, de copero, de halconero..... sin contar con el de tesorero; no les basta el haber reducido mi caballeriza á cuatro malos rocines y hacerme andar de contínuo con ropas raidas como esta, (y el rey agitaba una especie de balandran talar que vestia) quieren mas..... lo quieren todo, lo único que me queda, una corona sin fuerza y sin brillo: ese don Juan Pacheco es un miserable á quien hace mucho tiempo debiamos haber cortado la cabeza. Pero todavía no es tarde..... dejadlos venir..... dejadlos entrar..... todo se reduce á que mandeis venir á mi verdugo!

—Eso es imposible de todo punto, señor..... no tenemos quien nos ayude.

—¿Es decir que nos entregaremos?

—Hasta cierto punto.

—¿Y qué punto es ese, amigo mio?

—Creo, señor, que estamos obligados á doblegarnos.

—Nos hemos doblegado tanto, Beltran, que si hacemos un esfuerzo mas, nos romperemos.

—El reino os acusa, señor.

—Sí, ya se que el reino hace caer sobre mí las culpas de los que me rodean. Antes nada se pedia á los reyes; se les consideraba como una cosa necesaria para completar un cuadro; como una figura puesta en lo alto: creo que los tiempos han variado y hoy se quiere que el rey gobierne; á pesar de esto, no se le deja poder: quisiera yo ver lo que haria un rey en mi lugar, abrumado por bandos y por ambiciones.

—Pues bien, tomad pretesto de esto: el primer cargo que os hacen es el de incapacidad.

—Y bien, sí, tienen razon: yo no tengo capacidad..... no comprendo lo que sucede á mi alrededor, ni lo he comprendido nunca: cuando yo era don Juan Pacheco, es decir, cuando don Juan Pacheco estaba apoderado de mí, jamás hice otra cosa que doblegarme y consentir cuando me decia: señor, conviene hacer esto ó lo otro. Ahora que soy don Beltran de la Cueva, tampoco podria decir otra cosa..... porque no tengo capacidad, porque no veo: pues la mayor parte de esas buenas gentes, que se rebelan contra mi nulidad, deben á esa misma nulidad, todo lo que son, y aun la lengua con que se quejan..... yo debia haber tenido una sola capacidad: la de cortar cabezas..... y esto, tenedlo presente, hubiera sido ser capaz lo bastante para que me hubieran respetado. Tienen razon, soy nulo, y por lo tanto me veo reducido á apelar á vos, que en esta ocasion sois mis manos y mi cabeza. Dobleguémonos, pues, don Beltran.»

El rey habia pronunciado estas palabras con una volubilidad sarcástica, que demostraba que conocia demasiado su verdadera situacion, y que solo su indolencia invencible y su sensualidad eran las que se oponian á que gobernase bien ó mal el reino.

«Acusan ademas á vuestra alteza de engaño.

—¡Ah! dicen que yo engaño..... ¿y á quién?.... ¿sabeis quién es el engañado, don Beltran?

—Quien os acusa y quien se llama engañado, es el reino.

—Pues mirad, el reino no tiene razon; que se vuelva á otra parte..... si el reino está sufriendo engaños y picardías, no los sufro yo menos.

—Es que, señor, el reino dice que le habeis engañado haciendo jurar heredera á la infanta doña Juana.

—A don Juan Pacheco con eso, á don Juan Pacheco. Hubo un tiempo en que el buen marqués me dijo: es necesario que tengais un sucesor, señor. Yo consentí en tener un sucesor, y nació por cierto despues de algunos años de espera, no sé cómo ni por qué medios, la infanta doña Juana. Creo que á don Juan Pacheco no convenia ya el que yo tuviese hijos, y tú fuiste el que me dijiste entonces: vuestro decoro, señor, y el honor de la reina, exigen que esa niña sea jurada como hija vuestra, y lo fue..... el reino no tiene razon, no, ciertamente: debia dirigirse para esa clase de quejas á los altos y poderosos señores marqués de Villena y duque de Alburquerque.

—Pero en último resultado, señor, el reino se abstiene de no reconocer por vuestra hija á la infanta..... Se proyecta un proceso, y ese proceso es necesario evitarlo á todo trance.

—Evitémosle.

—Para ello, señor, es necesario que desheredeis á vuestra hija.

—¿Y con qué pretesto? esclamó el rey mirando fijamente á Beltran de la Cueva.

—El pretesto debe encubrir.....

—¡La verdad! ¿no es esto? ¿Sabes que despues de haber abusado de mí á vuestro antojo, me habeis llevado al último estremo posible..... á la deshonra?.... Poco importa que yo haya sufrido y callado, porque se me deje en paz, lo que á veces cuando me acuerdo de ello, me avergüenza: era preciso que esa vergüenza me hubiese sido echada á la cara por el reino..... que se me hagan confesar miserias, que me resigne á una reprension, á una amonestacion pública..... que me retracte y me confiese embustero, y me ponga, en fin, en la posicion de un rey de limosna, de un rey á quien se atreverá hasta el último pelon de Castilla. Pues bien, retractémonos, deshonrémonos, envilezcámonos, puesto que no podemos resistir; dobleguémonos, y si es necesario dejemos nuestra corona y metámonos

fraile en el Abrojo. ¡Y quiera Dios que aun asi el reino nos dejase en paz!

—No, no es necesario tanto, señor. Vuestra alteza abulta las cosas; ademas, no es el reino quien grita, sino los bandos.

—Lo que monta lo mismo, puesto que no tenemos fuerza para resistirlos..... es inútil, pues, que te esfuerces; bien sé que tú y yo somos una misma cosa, y que no es á mí, sino á tí, á quien se hace la guerra..... pues bien, concluyamos, fuera de rodeos; estás atormentándote inútilmente, mi buen Beltran, cuando sabes mejor que yo lo que se debe hacer, puesto que yo no sé nada.

—Es necesario contraminar los proyectos de los rebeldes: es necesario que no nos dejemos despojar.

—Pues ahora es cuando no te entiendo; de lo que acabas de decir á doblegarse, hay una gran distancia.

—Tened presente, señor, que no he dicho aun á vuestra alteza.....

—Y bien, concluyamos, concluyamos.

—Dentro de poco, los rebeldes inundarán de hombres de armas el alcázar, gritarán, se ensangrentarán tal vez en mis hombres de armas.

—¿Pretenden esos hombres concluir de una vez? dijo el rey palideciendo.

—En cuanto á eso, estad tranquilo, señor: no se atreverán á tanto..... ni aunque se atreviesen podrian llevarlo á cabo..... lo que quieren es robar á los infantes doña Isabel y don Alonso, y en cuanto á esto, darán el golpe en vago, porque á estas horas estan sus señorías corriendo en salvo con un buen resguardo sobre el camino de Madrid.

—¡Ah! ¡quieren destituirme y poner en mi lugar al infante!

—Cabalmente, señor..... pero nos anticipamos, si invalida vuestra alteza el juramento prestado á la infanta doña Juana, y reconoce y hace jurar heredero de la corona al infante don Alonso.

—Ya te habia dicho que nos hemos doblegado tanto, que para ir mas allá, seria necesario que nos rompiésemos.

—La violencia que acompañará á este acto, justificará una protesta, una anulacion.

—¡Ah! una protesta..... despues..... si nos dejan, ó por mejor decir, si te dejan rehacerte.

—Entonces si podemos dar un golpe de repente..... de una manera imprevista.....

—Si, eso es; arrojamos al verdugo una docena de cabezas.

—Vea vuestra alteza como lo que hacemos no es mas que doblegarnos.

—Si, pero la manera es dura..... será necesario que alguien caiga..... la reina..... la infanta..... estoy viendo venir un divorcio..... un nuevo escándalo.

—Por el contrario; nunca debeis reconocer con mas fuerza á la infanta doña Juana.

—Pues no veo..... no..... decididamante..... mientras mas me empeño en aclarar estos embrollos, menos los entiendo. ¿Cómo, pues, escluir de la sucesion á una hija mia, sin que se me tache de arbitrariedad, de injusticia, de crueldad.

—Tened presente, señor, que la corona de Castilla es esencialmente electiva, y que, si hace muchos siglos que se viene heredando la corona de padres á hijos y de hermano á hermano, no hay una ley que evite el que la sucesion en línea recta, se rompa una vez por convenir asi á los intereses generales. En Castilla las cortes pueden hacerlo todo con el rey. Asi, pues, podemos tomar un pretesto en vuestra salud quebrantada, en la tierna edad de la infanta, y en los males que una larga minoría traeria sobre el reino. A mas, Castilla es una nacion belicosa que se halla mal bajo el mando de una hembra, y recibirá con júbilo á un príncipe ya crecido y que dentro de poco podrá tomar las riendas del gobierno. Lo que importa por el momento es hacer dar un golpe en vago á esa gente, y vuestra eleccion voluntaria, recayendo sobre el infante don Alonso, les dará un golpe de muerte.

—Pero pone el gobierno en sus manos.

—Por el contrario, el infante quedará en nuestro poder: la mayor parte de los parciales de don Juan Pacheco, lo son por envidia á mí: cuando esa envidia por.....»

Beltran de la Cueva se detuvo irresoluto.

«Por la esclusion de tu hija, duque, dijo el rey con el descaro del cinismo, ¿para que es dar tormento á las ideas?.... esta es la verdad, á menos que tú no estes mas engañado que yo.

—Pues señor, la esclusion de doña Juana les hará creer que yo estoy en desgracia, y que si se me conserva al frente del gobierno, es solo por cubrir las apariencias: esto robará muchos parciales á don Juan Pacheco.

—Pues mira, Beltran, en cuanto á mí estoy decidido; pero no has tenido en cuenta que existe otra persona á quien no será tan fácil reducir como á mí.

—¡La reina!

—Mira, Beltran, ¿por qué no vas á entenderte con ella?»

Beltran de la Cueva comprendió que el rey deseaba terminar de cualquier modo aquella escena.

«La reina, señor, se doblegará á las circunstancias.

—La reina será capaz de dar un escándalo.

—La reina no tiene en el mundo mas arrimo que yo.

—Pues bien, dijo el rey, preciso será que al menos se la prepare.

—Veo, señor, que os molesto.

—Dices bien, Beltran, me molesta todo lo que huele á gobierno..... por concluir pronto siempre he dicho sí á todo lo que me han aconsejado..... consiento en todo..... si tienes medio de avisar á los rebeldes de que todo está preparado para que puedan representar su comedia, avísales y..... ¡concluyamos! ¡concluyamos! ¡concluyamos!

—Creo que no se harán esperar mucho..... y puesto que ya os he avisado..... puesto que yo no debo estar aqui, para que tenga mas apariencia de libre la decision de vuestra alteza, os dejo, señor.»

Salió Beltran de la Cueva, y el rey quedó pensativo y abismado.

«¡Ira de Dios! dijo: esos hombres no se paran en nada y serán capaces..... ¡oh! ¡oh! pues se engañan: antes la guerra civil..... si siendo rey me tienen sin un escudo, mañana que no lo

fuera me dejarian morir de hambre..... sí, Beltran tiene razon: es necesario doblegarse, pero de tal modo, que luego podamos levantarnos como una tempestad..... por lo demas, esta noche habrá algun ruido en el alcázar..... ha pasado eso tantas veces junto á mí, que ya no lo temo..... caerán algunos pobres diablos, ¡y bien! ¿qué importa? ya han caido otros.»

Un ¿quién va? lanzado por una voz robusta, interrumpió el monólogo del rey. A aquel grito de vigilancia sucedieron algunas voces acaloradas, y seguidamente se escuchó el toque de queda.

Como si la voz de la campana del alcázar hubiera sido una señal, oyóse de repente ruido de armas, voces confusas, y son de trompas de guerra. El rey, á pesar de estar avezado á estos acontecimientos, que habian sido muy frecuentes en su reinado, se estremeció de miedo al encontrarse solo, y se volvió azorado hácia una puerta inmediata.

Pero al llegar á ella, se le atravesó un hombre armado de punta en blanco y apoyado en su espada. El rey retrocedió espantado, sin volver las espaldas á aquel fantasma de hierro, que tenia la visera calada, y, retrocediendo, tropezó en su sillon.

«Ved, señor, que no traigo en mi coselete la cabeza de Medusa, dijo tranquilamente el armado, cuya voz retumbaba ahuecada dentro de su yelmo.

—¡Ah! ¿eres tú, Pimentel?

—Yo soy, señor.

—¿Y qué quieres?

—Nada, absolutamente nada; guardar esta puerta para que no podais salir por donde yo he entrado.

—¡Ah, ah! pues mira, sabia que eras una buena lanza, dijo el rey, retrocediendo de soslayo para ganar otra puerta; pero no habia llegado á mi noticia que fueses escalador..... ¡ah! tambien por aqui, añadió el rey, viendo que en la puerta hácia la cual se dirigia habia aparecido otro armado; tú serás, lo menos, Alba ó Paredes; lo conozco en lo fuerte y pesado de tu arnés. ¡Eh! sin duda, ¿no es verdad?

—Soy Plasencia.

—¡Ah, ah! es verdad. Tú tambien eres forzudo como un asturiano, mi buen Zúñiga, contestó el rey, yendo ya con cierta desconfianza hácia otra puerta, en la cual, antes de que llegara, aparecieron otros dos caballeros, uno de los cuales atravesó un ángulo de la cámara, y fue á cubrir la puerta de entrada, mientras el otro permanecia inmóvil.

—Hé aqui, mis buenos caballeros, dijo el rey encontrándose acorralado entre aquellas cuatro estátuas de hierro, que se trata sin duda de alguna invencion tan buena como vuestra, solo que no adivino..... El ruido de espadas que retumba allá abajo, hácia el patio, es lo único que da á todo esto un color un poco oscuro, un color de traicion..... pero ¡bah! ya sé que entre nosotros nada tengo que temer. ¿Eh?»

Los cuatro nobles guardaron silencio, y el imperceptible punto de dignidad que conservaba el alma del rey, se sublevó.

«Esto es ya demasiado, esclamó lanzando una mirada profunda en torno suyo, ¡hola! ¡mis donceles! ¡mis gentiles-hombres! ¡á mí! ¡al rey!

—Inútil es, señor, que llameis, dijo uno de los dos armados que se habian aparecido en la cámara. Ya no se escucha tan lejos el ruido de las armas, ni tan nutrido. El señor condestable se retira, y en cuanto al conde de Ledesma, cuida sin duda de que no se desmaye la reina, ni se asusten las infantas.

—¿Tú tambien, Pedro de Velasco, señor de Haro, tú, á quien llaman el buen conde en Castilla, asaltas por las ventanas y al descuido la cámara de tu señor?

—Era necesario que esto concluyese alguna vez, dijo el cuarto armado.

—¿Tú tambien, don Juan Ponce de Leon, conde de Arcos y señor de Marchena, escalas mis paredes y desnudas tu espada, tu noble y valiente espada, contra un rey que tanto te ha amado, que tanto te ha favorecido?.... acabad de una vez, adelantad, llegad, prendedme..... si es que no os basta mi cámara.....

—Nos satisface, señor, el que no salgais de aqui, dijo el conde de Arcos.

—¿Y á qué esperais?.... paréceme que habreis venido para algo.....

—Indudablemente, señor; hemos venido á guardaros, dijo el conde de Benavente.

—¡Ah! en ese caso..... no hay por qué me queje; sois unos escelentes guardas mayores, amigos mios, pero si os fuera lo mismo podriamos variar de lugar..... es decir, podriais dejarme llegar hasta mi lecho, y alli poneros á sus cuatro esquinas..... estoy cansado y no me gusta reposar sino cómodamente. Os juro que nunca estará mi sueño mas noblemente guardado..... ¡pardiez! es mucho rey el que puede contar con tales monteros de Espinosa.

—¡Dónde están! ¡dónde están! esclamó una voz al parecer desde la puerta de la antecámara.

—¡San Lázaro y Castilla! contestó el conde de Haro que cubria la puerta por aquella parte.»

Habia cesado de todo punto el ruido de las espadas, y solo se oia el crugir de los arneses y el retumbar de los pasos de muchos hombres que se acercaban.

El rey palideció porque habia reconocido la voz del marqués de Villena, que poco despues, precedido de dos pajes que traian hachas, entró en la cámara y la abarcó con una sola mirada.

«¡Dónde están los infantes! esclamó encarándose con el rey.

—¡Los infantes! ¡ah! ¡eso es! esclamó el rey profundamente.

—He dicho mal, ¿dónde está el rey?

—Haces bien, Villena, en preguntar dónde está el rey, porque menguado rey es el que está á merced de sus vasallos, el que como yo no se encuentra seguro, ni en su misma cámara, de la rebeldía.

—¡Por Santiago de Compostela! don Enrique, que nos habeis jugado una de vuestras tretas: peor para vos. Esto será cosa de encerraros en la Torre del Homenaje, con un buen resguardo, y de dar caza á vuestro don Beltran.

—Dispensaos de eso; y vos, dejadme pasar, caballero, quien quiera que seais, dijo Beltran de la Cueva, á la puerta que

guardaba el conde de Paredes. Vengo á constituirme preso con el rey.»

Estas palabras fueron pronunciadas con un profundo sarcasmo, y antes de que se hubieran terminado, el conde de Paredes se encontró sujeto por cuatro hombres de armas y apartado de la puerta, por la cual se precipitó Beltran de la Cueva seguido de una veintena de hombres.

Fue tan imprevisto, tan rápido aquel suceso, que el marqués de Villena se encontró cercado antes de que tuviera tiempo de desnudar la espada y á punto que don Pedro Giron entraba en la cámara.

«Evitemos un escándalo, caballeros, dijo Beltran de la Cueva antes de que los conjurados tuviesen tiempo de volver de su sorpresa, y cuando digo que evitemos un escándalo, digo mal; he debido decir: basta con lo hecho; no pasemos adelante, y entendámonos lisa y llanamente, con las espadas en las vainas y los semblantes descubiertos.

—Paréceme que hablais muy alto, don Beltran, esclamó don Pedro Giron, adelantando y señalando la antecámara llena de hombres de armas.

—En buen hora, replicó Beltran, contestando no á la palabra sino al ademan del maestre; la cámara real ha sido convertida en un campo que puede llegar á serlo de batalla: pero tengo una cabeza en mis manos, la cabeza de don Juan Pacheco. ¿Me comprais esa cabeza, señor maestre de Calatrava?»

Don Pedro Giron envainó su espada y adelantó hácia Beltran de la Cueva, que le salió al encuentro envainando tambien la suya. El aspecto que presentaba la cámara era estraño. El rey, pálido, marcada en el semblante una espresion de repugnante miedo, miraba alternativamente á todos aquellos hombres cubiertos de hierro, y se asia á un brazo de su sillon para disimular su temblor. Delante de la mesa, don Juan Pacheco, sombrío, tembloroso por la cólera, estaba rodeado por veinte hombres atléticos é inmóviles, con las espadas desnudas, encerrados herméticamente en sus dobles y brillantes arneses, de los que

arrancaban rojos destellos las antorchas de los pajes del marqués de Villena, que estaban transidos de terror. Los condes de Alba, de Haro y de Benavente, cubrian, en una actitud amenazadora, sus respectivas puertas, y en aquella en que habia sido sorprendido el conde de Paredes, y en la de la antecámara, se agrupaban dos masas compactas de soldados armados hasta los dientes.

Don Pedro Giron y Beltran de la Cueva se encontraron en medio de la cámara; lo grave de la situacion habia producido un profundo silencio, y aunque fueron pronunciadas en voz baja las palabras del maestre, se escucharon perfectamente.

«Vuestra audacia y vuestro orgullo, os pondrán un dia bajo nuestros pies, conde de Ledesma, le dijo.

—Vuestras rebeldías, don Pedro, acabarán con vos, contestó con acento profético Beltran.

—Entre tanto, tenemos mútuamente prendas.

—Troquémoslas y entendámonos.

—Creo, caballeros, dijo el rey algo mas tranquilo al escuchar estas palabras, que estamos cometiendo una ridiculez; os tenemos preso, es decir, tenemos vuestra vida en nuestras manos, señor marqués de Villena: habeis dado un golpe en vago, y esto no es estraño en vos, porque siempre os ha sucedido lo propio: habeis tenido la desgracia de dar con gente dura, y jamás habeis comido el fruto, sino cuando se ha caido del árbol de viejo. ¡Por San Lázaro! casi estoy por hacer una valentía..... una valentía, que vos no esperariais en mí..... esto es..... dar fin de vos delante de vuestros deudos y de vuestros amigos..... ¿eh? ¿no hariamos bien en eso, don Beltran?»

Don Juan Pacheco se sonrió con desprecio, y don Pedro Giron adelantó hasta la mesa, tomó una pluma y un pergamino, y los presentó al rey.

«¿Qué es esto? preguntó don Enrique retrocediendo un paso.

—Otorgad vuestro seguro real á los rico-hombres que están presentes, y nuestros soldados desaparecen.

—Empecemos por eso, señor maestre, dijo el rey.»

Don Pedro Giron llegó al conde de Haro, y le dijo:

«Es necesario ceder un tanto. Don Beltran nos ha sorpren-

dido, se ha hecho con una prenda, y le creo capaz de llegar hasta la sangre; se ahoga y se agarra á un clavo ardiendo. Id, mi buen Velasco, retened esa gente, pero tomad las salidas. Lo que no ha sido hoy será mañana.

—¡Ay si ese mañana llega! contestó el conde envainando su espada y encaminándose á la puerta de la antecámara.»

A una seña del maestre, Alba y Benavente le siguieron. Poco despues, desaparecieron de la antecámara los hombres de los conjurados, y solo entonces don Enrique, tomó la pluma y escribió lo siguiente:

«Don Enrique por la gracia de Dios, rey de Castilla, de »Leon, de Toledo, de Galicia, de Sevilla, de Córdoba, de Mur»cia, de Jaen, de Algeciras y del Algarbe, señor de Vizcaya y »de Molina. Por cuanto don Juan Pacheco, marqués de Villena, »y don Pedro Giron, maestre de Calatrava, y don Rodrigo »Alonso Pimentel, conde de Benavente, y don Pedro Fernandez »de Velasco, mi camarero mayor y de mi consejo, y don Pedro »Manrique, conde de Paredes, adelantado de Cazorla, me han »demandado seguro y salvo conducto, para poder libremente »partirse de nuestro alcázar de Segovia, donde han venido á »tratar con nos ciertos asuntos y dificultades concernientes al »gobierno de estos reinos, es nuestra merced concederles y »otorgarles dicho seguro y franquicia para sí, y para los que »con ellos sean, por término de treinta dias, contados desde »el en que en esta nuestra carta real es fecha y otorgada: »siendo asimismo nuestra voluntad, que durante el término de »dicho seguro, puedan libremente vivir en estos reinos; á lo »cual nos obligamos, y votamos, y juramos, y hacemos pleito »homenaje, de guardar y cumplir, segun en lo escrito se con»tiene. Y mandamos á nuestras justicias y cualesquiera oficiales »altos ó bajos, que tengan poder de embargar, ó prender, ó »detener, que no puedan proceder contra sus personas, bie»nes, dignidades y oficios, durante el dicho plazo de treinta »dias. De todo lo cual, les damos esta carta firmada con nuestro »nombre y sellada con nuestro sello. Dada y fechada en nuestro »alcázar de Segovia á dos de mayo, año del nacimiento de Nues-

»tro Señor Jesucristo, de mil cuatrocientos y sesenta y cinco »años.=*Yo el rey.=Yo, don Beltran de la Cueva, duque de Al-»burquerque, conde de Ledesma, maestre de la órden de la caba-»llería de Santiago, del consejo y cámara del rey, la refrendé por »su mandado.*»

Como lo espresaba el contesto del seguro, Beltran le refrendó á falta de un secretario, le selló, y le entregó á don Pedro Giron.

Beltran de la Cueva hizo retirar á sus gentes, y quedaron solos el rey y los tres nobles.

Beltran se levantó y cerró todas las puertas, el rey respiró mas libremente, y al fin se sentó haciendo sentar alrededor de la mesa á los demas.

«Ya que estamos libres de importunos, Pacheco, dijo el rey, sepamos á qué fin se ha movido este alboroto en el alcázar.

—Ello hubiera sido mas barato, señor, contestó el marqués de Villena, que las cosas hubieran sucedido, como debieron suceder.

—Esto es, que me hubierais preso.

—Nos hubiéramos escusado de decir frente á frente cosas que siempre repugnan.

—¡Ah! pues me parece que en otro tiempo no te andabas con tantos miramientos.

—Entonces poseia la gracia de vuestra alteza.

—Gracia que no he podido conservarte buenamente, Pacheco, porque el estar tú en mi gracia, no me ha producido mas que desgracias.

—Os encontrais sin duda mejor con otros hombres, que con tal de que se les deje andar su camino, se prestan á todo, dijo el maestre mirando de una manera espresiva á Beltran de la Cueva.

—Si se refiere á mí vuestra señoría, dijo secamente Beltran de la Cueva, me permitirá que le diga que este no es lugar, ni la ocasion propia, para reproches personales: se trata de que el alcázar ha sido invadido, violada la cámara del rey, ofendida su magestad: á eso se pretesta que hay ciertos motivos; vengamos á esos motivos.

—Sí, vengamos á esos motivos, sepamos qué se quiere de mí, dijo el rey.

—Pues lo quereis, señor, sea, dijo el marqués de Villena sacando un largo pergamino de su escarcela; he aquí los cargos que hace á vuestra alteza el reino, señor rey don Enrique IV de Castilla y de Leon.

—¡Ah! ¡se me hacen cargos!.... pues bien, leed y veamos si podemos descargarnos.

—En primer lugar el reino, oido el parecer de personas doctas y graves, tacha al rey de impotente.

—¡Ah! ¡ah! ¡el consabido estribillo!.... esclamó el rey concluyendo con una sucesion de vulgaridades que nos abstenemos de espresar por decencia.

—Sea como quiera, dijo el maestre, estos son los cargos, y continúo:

«Vista y reconocida la impotencia del rey, se declara adúl»tera á la reina é ilegítima é incapaz de suceder á su hija doña »Juana.»

—¡Ah! ¡han llegado hasta eso..... ó por mejor decir, os habeis atrevido á tanto!.... esclamó el rey á cuyo rostro asomó el color de la vergüenza.

—Me habeis lanzado un guante á la cara, esclamó Beltran de la Cueva levantándose sin poderse contener, y os respondo llamándoos miserable, calumniador y embustero, don Juan Pacheco.

—Recoged en buen hora ese guante, don Beltran, puesto que malas lenguas sin duda creen que os pertenece. Pero dejemos las bravatas para otra ocasion. Mucho me engaño si no tenemos tiempo y lugar bastantes para probar nuestras fuerzas.

—Seguid, dijo el rey.

«Vista y reconocida la incapacidad del rey para el gobierno; »los abusos cometidos durante su reinado; la falta de justicia »que hace que los agravios jamás se remedien; la adulteracion »de la moneda, que hace embarazoso y difícil el comercio; la »escandalosa diminucion de las rentas reales que obliga á que »de dia en dia se aumenten los tributos; la escandalosa prodi-

»galidad con que se enriquece y se honra á ciertos hombres, y »la insoportable tiranía que sufren estos reinos, se destituye »al rey.»

—¡Se me destituye en nombre de la justicia y de la prosperidad pública! esclamó colérico el rey; ¿y quién viene á anunciarme esa destitucion? ¡eres tú, tú Juan Pacheco ayer, don Juan Pacheco hoy! ¡tú, que eras hace veinte años un pobre y miserable criado de un condestable que subió como has subido tú, por amaños, y que nada serias mas que un bastardo vil, si hubiera habido en tus tiempos la justicia que hoy reclamas!.... ¿Y tú eres quien me destituyes porque te he quitado la administracion del maestrazgo de Santiago, porque te he alejado de mí cansado de sufrirte, porque he encontrado servidores mas nobles y leales que tú? ¿Y te atreves á lanzarme á la cara, vicios que tú mismo has hecho nacer en mí, pensando aprovecharlos, y despues de haberme reducido á un estado miserable te atreves á insultarme? Pues te anuncio que todo lo sufriré, todo, menos el que me azotes el rostro y me arrojes de mi silla. Si soy rey ó no lo soy, lo veremos, Pacheco. Y una vez que las espadas se compran en Castilla, yo buscaré oro, otorgaré mercedes, emprenderé de nuevo la guerra, y veremos, veremos si tú me destituyes ó yo te corto la cabeza, ó te ahorco, ¡vive Dios! porque no mereces morir sino como un perro pendiente de un dogal.

—En el punto á que han llegado las cosas, son inútiles los dicterios y las amenazas, don Enrique, dijo el marqués de Villena conteniéndose; don Beltran piensa sin duda como.....

—Pienso que debemos concluir pronto y bien, don Juan; todo cuanto sucede lo tenia previsto, y os lo confieso, gozo en anunciaros que os he hecho dar un golpe en vago. Habeis escudriñado el alcázar hasta en la cámara de la reina, y no habeis encontrado á los infantes; habeis pretendido haceros rehenes con el rey, y vos habeis caido en rehenes. Si os obstinais, nada conseguireis por el momento: empeñareis una guerra en que no sabemos si sereis vencido, porque para el primer empuje cuento con mas fuerzas que vos, y solo necesito un plazo corto para

comprar espadas, como dice muy bien su alteza. En cuanto á los infantes, dentro de algunas horas estarán en tal lugar y guardados por tal gente que no os sea cosa fácil acercaros á ellos ni á diez tiros de ballesta de sus muros.

Miráronse uno á otro, como consultándose, don Pedro Giron y don Juan Pacheco.

«Es inútil todo lo que penseis, mis nobles señores, dijo Beltran de la Cueva; os lo repito, habeis dado un golpe en vago, y tales golpes son siempre fatales en asuntos de la importancia del que nos ocupa. ¿Quereis que sea rey el infante don Alonso? Séalo en buen hora: ¿quereis que yo deje de tener la administracion del maestrazgo de Santiago? vuelva al infante don Alonso. Pero que el rey sea insultado, vilipendiada la reina, manchada la infanta..... eso no lo espereis mientras yo viva.

—Pues bien, la guerra..... esclamó levantándose don Juan Pacheco.

—La guerra en buen hora, señor marqués de Villena.»

Don Pedro Giron contuvo con una mirada á su hermano.

«¿Decís que don Alonso?....

—Será rey cuando Dios fuere servido que herede por muerte de su alteza ó por abdicacion voluntaria.

—Es decir que su señoría el infante don Alonso será declarado y jurado heredero por esclusion.....

—Por casamiento con la infanta doña Juana, legítima heredera de estos reinos, que renunciará en su esposo sus derechos. Esta es la última, la irrevocable decision de la reina, á quien he consultado antes de venir á veros.

—¡El infante don Alonso será declarado y jurado heredero del reino siempre que case con la infanta doña Juana y por cesion de esta! dijo acentuadamente y como quien pesa una condicion, don Juan Pacheco.

—Asi, y solamente asi, contestó Beltran de la Cueva.

—Esto no es conceder nada; por el contrario, es reconocer la legitimidad de doña Juana, que ahora tiene solos tres años, y que habiéndose tratado esto en su nombre, tendrá mañana derecho á negarse, á invalidar lo pactado.

—Siempre tendremos lugar de presenciar nuevos escándalos, don Juan.

—¿Y el maestrazgo de Santiago?....

—Desde este momento podeis empezar á administrarle de nuevo don Juan Pacheco.

—Nuestras seguridades.

—¿Es decir que consentis? dijo el rey.

—Consentimos.

—Pues bien, yo consiento tambien, repuso don Enrique, mañana se convocarán las cortes que hayan de tratar este asunto.

—Pues hasta mañana, señor.»

El rey no se tomó el trabajo de contestar, se levantó y se encaminó á su dormitorio, en el que se entró solo.

«Habeis vencido, don Beltran, dijo don Juan Pacheco; pero este es un triunfo del momento.

—Es un triunfo que me da por plazo la duracion de unas cortes.... escuchad y tened muy en cuenta lo que os digo. Vuestro sol ya se ha puesto. Dejad las cosas como están y podreis pasar una noche tranquila. De lo contrario, os aseguro una noche de tormenta, en que podreis estrellaros contra algun escollo, singularmente vos, don Pedro Giron.»

Tras estas palabras, Beltran de la Cueva salió por una puerta y los dos hermanos por otra.

CAPITULO III.

De como se prepararon grandes fiestas en la villa de Madrid.

Las capitulaciones que, de una manera tan violenta, se asentaron entre el rey y los conjurados, se ratificaron, esplanaron y formalizaron algunos dias despues. Obrábase por entrambas partes de mala fé, y se prescindió de las córtes, que hubieran dado una sancion estable á aquello, á que se dió un colorido de arreglo de familia; para terminar las diferencias que pudieran sobrevenir, se nombraron cuatro jueces árbitros, dos por parte de los confederados, y dos por la del rey. Los coligados señalaron por jueces al marqués de Villena y al conde de Plasencia, y el rey á Pedro Fernandez de Velasco, hijo del conde de Haro, y á Gonzalo de Saavedra, que eran enemigos declarados de don Juan Pacheco. Para decidir en las cuestiones en que hubiese empate, nombróse por quinto juez á don fray Alonso de Oropesa, general de los gerónimos, y la corte se trasladó al alcázar de Madrid, donde el infante don Alonso fue entregado á los confederados.

Por algunos dias, todo pareció marchar bien: el rey afectaba descuido, y se iba con frecuencia á caza á los montes del Pardo; la reina se mostraba mas circunspecta, y doña Mencía de Padilla se doblegaba al fin á saludar de una manera indiferente á Beltran de la Cueva cada vez que le encontraba en una galería ó tránsito del alcázar.

Entonces no era Madrid lo que es ahora, ni se habian fundado la multitud de oratorios, conventos, iglesias y cofradías, que aun á principios de este siglo la erizaban con las agujas de sus campanarios, muchas de las cuales han desaparecido bajo el espíritu de reforma, que desde la invasion francesa de 1808 viene operándose en nuestro pais: entonces, lo que hoy llamamos viejo, aun no habia nacido, y el muro de la villa, que aun no era corte, se reducia por la parte del norte á un recinto almenado y torreado, que apoyándose en el alcázar, subia al monte de Leganitos, se prolongaba hasta la Puerta del Sol, torcia á Puerta Cerrada y á Puerta de Moros, seguia á las Vistillas de San Francisco, y desde allí, salvando un barranco donde ahora está la puerta de Segovia, subia al cubo de la Almudena y se cerraba al fin contra el alcázar, que, situado exactamente en el mismo sitio que ocupa hoy el palacio real, se alzaba sobre un áspero repecho, mas allá del cual se tendia el Campo del Moro, hasta una alameda que corria á lo largo del Manzanares. A pesar de esto, tenia ya dos conventos de hombres: el de San Martin, abadía benedictina, y el de San Francisco, de religiosos de la Observancia: dos de mugeres: el de Santo Domingo el Real y el de Santa Clara, y doce parroquias: Santa María, que era entonces colegiata y cuya antigüedad se remonta á los primeros tiempos del cristianismo, si hemos de dar crédito al manuscrito de que estractamos estas noticias, la de San Martin, la de San Ginés, la de San Nicolás, la del Salvador, la de San Juan, la de Santa Cruz, la de San Pedro, la de San Andrés, la de San Miguel, la de Santiago y la de San Justo.

Madrid, pues, era una gran villa, que no por ello dejaba de ser fea y destartalada, de casas antiquísimas y ennegrecidas, con callejas estrechas y tortuosas, cuyos nombres se han perdido en la oscuridad del pasado, y con un célebre coso, situado en el mismo sitio en que hoy se estiende la Plaza Mayor.

El dia 15 de Mayo de 1465, el tal coso estaba animadísimo; no se escuchaba en él otro ruido qne el del hacha y el martillo, ni se veian mas que maderas hacinadas, carros de bueyes pesadamente cargados de ellas, que entraban y dejada su

carga tornaban á salir, en un contínuo tráfago, y carpinteros, herreros, y otros oficiales que se ocupaban en aserrar, pulir y arreglar aquellas, para un objeto que la multitud desconocia. Habianse levantado ademas cadalsos delante de las puertas del Sol, de Moros, de Segovia y del alcázar, y se habian hecho algunos arcos de ramaje, coronados de banderas y pendoncillos, desde el alcázar á la Puerta del Sol, casi por el mismo sitio que hoy ocupa la calle del Arenal, y desde allí, á todo lo largo de la calle Real, hasta el alcázar, cuya calle correspondia á la Mayor, la de Platerías y la de Santiago.

Hervia la villa en aventureros de mala traza, en altivos caballeros y en hermosas damas, que habia traido como un aluvion la córte; los palacios que algunos ricos-hombres poseian en la villa y que hacia largo tiempo estaban deshabitados y guardados, cuando mas por un viejo mayordomo, se habian llenado de repente, y fluia de ellos una servidumbre, un boato y unos trenes verdaderamente régios. Aquellos palacios, colocados en la parte mas alta de Madrid, entre las Vistillas de San Francisco y las parroquias de San Andrés y San Pedro, eran pesados y sombríos edificios, de los cuales nos queda aun una muestra en el que, confinando por una parte con la iglesia de San Andrés y por otra con la de San Pedro, del que solo la separaba, como hoy, una pendiente calleja, sirvió algunos años despues de morada á los Reyes Católicos, y está hoy convertido en depósito de bagajes, y transformados sus salones superiores en dependencias de un teatro de sociedad.

Aquel palacio ha sufrido, desde la época en que le citamos, grandes innovaciones; antes que le adoptasen por morada los Reyes Católicos, es decir, en los tiempos de nuestro relato, era una especie de fortaleza enclavada entre las casas de la villa, por cima de las cuales asomaba sus almenados muros de piedra; despues, deteriorado por el tiempo, fue en parte derribado, y en parte reconstruido, edificándose en él el ancho patio, que aun existe, de arquitectura del renacimiento, y en el cual se ve en los basamentos de las columnas de la galería, alternando entre sí, el yugo y el haz de flechas, y el conocidísimo y jactan-

cioso *Tanto monta*, mote y divisa predilecta de los Reyes Católicos.

A este palacio, que entonces pertenecia á la corona, se habia trasladado, desde Maqueda, la reina viuda doña Isabel, y como si Enrique IV hubiera querido, por una vez al menos, demostrar respeto y consideracion hácia la viuda de su padre, se habia cuidado de exornar el alcázar, se habia dejado en él de una manera independiente, asistida por una guardia de honor y por la servidumbre del rey á la infortunada reina, y se la habian dado sus hijos, dejándola, al parecer, libre de entregarse al trato de las pocas personas en quienes depositaba su confianza: parecia, en fin, segun lo avenidos que andaban todos, que, olvidados antiguos rencores, aparecia una aurora de paz y de bienandanza para Castilla.

Enriquez del Castillo, el gruñon cronista, escribia á toda prisa haciendo profecías y deducciones: Rodrigo de Cotta confeccionaba una loa, Hernando de Carrillo montaba placenteramente sus guardias, y don Pedro Gonzalez de Mendoza frecuentaba amigablemente á sus hermanos, con quienes se habia mostrado un tanto duro y circunspecto desde el momento en que se habian declarado en favor de la infanta doña Juana: don Juan Pacheco por su parte afectaba una gran confianza, y don Pedro Giron frecuentaba mas de lo que parecia consentir el respeto de vasallo, la cámara de la reina viuda, de la que constantemente, á su llegada, se alejaba la infanta doña Isabel, acompañada de su fiel camarera doña Beatriz Fernandez de Bobadilla.

El arzobispo de Toledo parecia perfectamente reconciliado con el rey y con Beltran de la Cueva, decia galanterías á doña Juana de Portugal, besaba y tenia sobre sus rodillas á la Beltraneja, y envidiaba al infante don Alonso para diez años adelante, en que afirmaba que la dicha infanta seria la doncella mas garrida y *fermosa* de Castilla.

Solas dos personas no se deslumbraban ni fingian contento con estas apariencias: eran estas fray Francisco Gimenez de Cisneros y el cronista Alonso de Palencia: conocian que tras aquel

aspecto de paz se ocultaban profundas maquinaciones; las preveian, y preveyéndolas callaban.

«¿Qué decís de todos estos preparativos, señor? preguntaba un dia el cronista al religioso.

—Creo que en vez de estrados para damas debia el rey levantar tajos para nobles.

—Si algun dia mandais, fray Francisco, sereis implacable como el fuego y purificareis como él, pero destruyendo, esclamó en acento profético el cronista.

—Jamás he pensado en mandar, mi buen amigo Palencia; además me he consagrado á Dios, y si alguna vez me obligasen, lo resistiria con todas mis fuerzas.

—Sois jóven aun, y vuestro ascetismo, lo profundo de vuestras creencias religiosas, y la esperiencia que habeis adquirido con vuestros estudios y vuestros viajes, hacen de vos un hombre casi enteramente apartado de las cosas terrenales. Sin embargo, fray Francisco, habeis encontrado en vuestro camino una reina desgraciada y dos infantes desvalidos, y los habeis seguido en su destierro.»

El enjuto y severo rostro del fraile palideció, y repuso gravemente:

«Cuando la reina doña Isabel muera, cosa que segun lo debilitado que está su cuerpo por los sufrimientos no tardará en acontecer, se habrá apartado de mi corazon todo lo mundano que en él existe, y me volveré convertido ya en un cadáver á mi ermita del Castañar.

—¿No pensais que algun dia una noble y santa ambicion, la de hacer bien á vuestros semejantes, os aparte de la vida penitente?»

El fraile movió fatídicamente la cabeza.

«Para estirpar la corrupcion que hoy gangrena á la corte, dijo, seria necesario que Dios enviase una lluvia de fuego; y si no, mirad.»

Paseaban á la orilla del Manzanares, por entre los árboles, y habian desembocado de repente en una espesura, en medio de la

cual el rio habia formado una transparente laguna. A una orilla, tendidas sobre la yerba, habia una muger medio desnuda, rodeada de doncellas que reian á grandes carcajadas, y mas allá dos jóvenes de la alta nobleza, sostenian una conversacion agriada y punzante.

Por pronto que Cisneros y Palencia quisieron alejarse de aquel cuadro que se habia presentado de una manera tan imprevista á sus ojos, no pudieron evitar el ser vistos por la dama.

«He ahi dos buenos jueces para dirimir vuestra controversia, caballeros; el uno es cronista y el otro teólogo. Acercad, mis buenos señores, acercad.....»

Los dos paseantes se acercaron por una curiosidad instintiva.

«He aqui el caso, mis buenos señores, dijo la dama, que era muy jóven y enérgicamente hermosa. Figuraos que yo, viendo que hace un apacible dia, pido licencia á la reina mi señora, monto en mi hacanea, y seguida de estas doncellas y de dos rodrigones, me aventuro en la alameda, sigo, veo este hermoso estanque que me brinda al deseo, pienso que es bastante para guardar mi recato la espesura, y adelantándome á la estacion.....

—Esto quiere decir, doña Luz, que habeis hecho una locura, de la cual puede muy bien resultar un pasmo.

—Y un duelo.

—¡Un duelo! esclamó en acento casi ininteligible Cisneros.

—He aqui el hecho, dijo uno de los dos jóvenes: cabalgaba yo por la espesura, cuando escuché voces de muger: adelanto, llego, veo una deidad desnuda dentro del líquido cristal: á doña Luz.

—Esto es, á Diana sorprendida en el baño por dos cazadores, porque es de advertir que mientras por un lado asomaba el señor Diego Manrique, desembocaba por el otro el señor Pedro Fernandez de Velasco.

—Asi es, señor Palencia: ahora bien: mi amigo Manrique y yo nos hemos enamorado súbitamente, de una manera que esta dama desconoce..... y estábamos en dos disputas nacida la una

de la otra: á saber, si es posible concebir en un momento un amor ardiente, infinito, devorador, á la vista de ciertas bellezas.

—Yo digo que sí, contestó Velasco.

—Y yo soy del mismo parecer, esclamó Manrique.

—Y yo digo, añadió la dama riendo, que no puedo amar á dos, ni aunque los ame, partirme, al ver la desesperacion de estos caballeros. A mas, que necesitaria para ello de una licencia.

—O de dos licencias, dijo Manrique.

—¿Y quien sabe si de tres? añadió Velasco.

—Ayudadme, pues, señor Palencia, dijo la dama acabando de vestirse, y ya con alguna seriedad, y vos tambien, padre, porque el último resultado de todo esto es que una palabra mia, ligera é impremeditada si se quiere, ha puesto á punto de armas á estos dos caballeros.

—¿Y cuál ha sido esa palabra, señora? dijo Alonso de Palencia.

—¡Ay Dios mio! una cosa bien sencilla, señor: al verme requebrada por estos dos señores, me lamenté de que hubiesen aparecido á un tiempo, porque esto me ponia en un verdadero conflicto; si hubiesen llegado uno despues de otro, ya era distinto..... estos caballeros han creido pues que sobra uno; el señor Manrique ha tenido la ligereza de decirlo, y el señor Velasco la tontería de ofenderse. He aqui lo que ha promovido una ágria disputa que yo os ruego, señores, que termineis declarando que.....

—Que todos sois unos locos y locos de atar. Ni vos, señora, habeis debido.....

—Pero esto era irremediable, ¿quién habia de preveer?....

—Esto, señores, dijo Velasco esforzándose por reir, no es otra cosa que un encuentro fuera del alcázar, y en cierta situacion un tanto estraña entre tres personas que son muy conocidas, y aunque enemigas ayer, por pertenecer á partidos opuestos, amigas hoy: es cierto que se han cruzado algunas palabras imprudentes, pero parece disculparlas la ocasion: por lo demas, siento en gran manera, por mi parte, que vuestro grave y santo carácter de sacerdotes, se haya visto contrariado

en una aventura mundana. Por lo tanto, señores, podeis, si os place, continuar vuestro camino, seguros de que doña Luz queda libre de nuestras importunidades, puesto que nosotros nos alejamos unidos, sin rencor en el corazon, y como deben dos nobles que no tienen motivo alguno para odiarse.»

Dicho esto, Velasco tendió la mano á Manrique, que se la estrechó sonriendo; pero aquella sonrisa era sesgada.

Entre tanto, doña Luz, ya completamente vestida, llamó á sus escuderos, subió en su hacanea, montaron en las suyas sus damas, saludó graciosamente á los cuatro personajes, y se alejó riendo descaradamente.

«No dirá que no le sirvo bien don Juan Pacheco, Clara, decia á una de sus doncellas; aprovecho hasta las casualidades: esos dos nobles señores, estoy segura de ello, reñirán; pero son demasiado discretos para decir el motivo: su duelo, perteneciendo ellos como pertenecen á dos bandos opuestos, podrá muy bien servir de pretesto para dar un golpe. En todo caso, nosotros tenemos la delantera.»

Aquella muger y su comitiva salieron de la espesura, atravesaron el rio, y se dirigieron al galope hácia la puerta de Segovia.

Entre tanto, Velasco y Manrique, á caballo, atravesaban la alameda; mientras estuvieron á la vista de Palencia y de Cisneros, fueron hablando de una manera amistosa; pero apenas los perdieron de vista, cuando dijo el primero al segundo:

«Esta noche, á las doce, junto á las tapias de San Martin.

—¿Solos?

—Solos.

—¿Qué armas?

—Daga y espada.

—No faltaré.»

Despues de esto, se saludaron ceremoniosamente y se apartaron.

Al mismo tiempo Palencia y Cisneros seguian á paso lento su paseo.

«Paréceme, dijo el cronista, que la falta de pudor de esa ramera va á apresurar el rompimiento entre esa gente que se ve todos los dias con las espadas en las vainas y estrechándose la mano á duras penas.»

—Esto no tiene remedio, contestó gravemente Cisneros; la gangrena está en el corazon.»

El fraile y el cronista siguieron su camino, profundamente abstraidos; pero al llegar á la puerta de Segovia, no pudieron menos de tornar en sí al estruendo de clarines, trompetas y atabales que resonaban tras ella.

«El pregon, dijo Alonso de Palencia retirándose un tanto al lado del camino para no ser envuelto por la multitud que desembocaba por la puerta; siguióle Cisneros, y vió que tras una turba de muchachos, soldados, mendigos y gente baja, salian por la puerta formados de ocho en ocho, á caballo, con paramentos y dalmáticas de gala, pendoncillos en los clarines y coberturas de oro y seda en los atabales, hasta veinte y cuatro músicos; detras de ellos cabalgaban veinte lanzas de la guarda morisca, mandadas por el señor Hernando de Carrillo; en pos, el alférez mayor del rey, don Juan de Silva, conde de Cifuentes, armado de todas armas, sobre un caballo encaparazonado de batalla, y seguido de sus pajes y escuderos, marchaba lentamente llevando afianzado en alto el estandarte real. Detras de él, precedido por heraldos, igualmente á caballo, con las mazas de oro al hombro, venia el rey de armas Portugal en un magnífico caballo con paramentos de damasco rojo y blanco, á dos colores, calado el birrete heráldico, y vestida sobre la armadura, que era de unas riquísimas platas, la cota de armas, distintivo de su cargo, cubierta enteramente por detras y por delante y en las mangas cuadradas por los blasones de Castilla y Leon. Traia un pergamino enrollado en las manos, y llevaba á la derecha á Alvar Gomez, secretario del rey, señor de Maqueda y de Torrejon de Velasco, lujosamente vestido con un sayo de brocado corto, á la francesa, sobre un caballo engualdrapado de damasco; y á la izquierda, vestido de negro con una ancha hopalanda y un bir-

rete de justicia, á Pero Rodriguez Delena, escribano, notario mayor del rey, viejo ya en demasía, sobre una mula no muy jóven con paramentos negros; seguian cuatro farautes, cuatro persevantes, y tras estos una veintena de lanzas reales.

Aquello era magnífico; fulguraba el sol sobre las bruñidas armaduras; ondulaban al viento pendones y penachos; recreábase la vista en los variados colores y en los ricos bordados de las vestas, y el pueblo miserable y harapiento que encerraba como en un marco repugnante aquel cuadro deslumbrador, establecia con él un tristísimo contraste: la corte parecia repleta y ahita, mientras el pobre pueblo se mostraba pálido, flaco y hambriento.

Los soldados de la guarda morisca abrieron plaza de una manera brutal, sin cuidarse de atropellar ó no entre la confusion á algun tardo ó descuidado; hicieron, unidos con las lanzas reales, un ancho círculo, dentro del cual quedaron los funcionarios del pregon, que empezó por tres clamores heridos de las trompetas, los clarines y los atabales.

Despues de esto, y en medio de un profundo silencio, el rey de armas, levantándose sobre los estribos, empezó su *grida* ó pregon en estos términos:

«Portugal, rey de armas del muy alto, temido y poderoso »señor el rey don Enrique IV de Castilla, en nombre de su alteza, »á todos los presentes, salud.—Sepan todos los caballeros y gen»tiles-hombres presentes y porvenir, como el rey nuestro señor, »con ocasion de la jura de su señoría el príncipe don Alonso, ha »ordenado y ordena se hagan justas, en el coso de esta muy »noble y leal villa de Madrid; las cuales justas empezarán en »tres dias contados desde hoy al nacer el sol, y fenecerán cuando »trasponga. Y sea asímismo notorio á todos los caballeros y »gentiles-hombres, tanto de la esclarecida corte de su alteza, »como de esta noble villa, ó de los lugares comarcanos, ó á »cualesquiera, de cualquier tierra ó nacion que sea, á cuya no»ticia llegue esta grida, que serán mantenedores de estas justas, »su señoría el alto y poderoso señor don Pedro Giron, maestre

»de la órden de la caballería de Calatrava, y el muy escelente »señor don Beltran de la Cueva, duque de Alburquerque, conde »de Ledesma y del consejo y cámara de su alteza; y el alto y »poderoso señor don Rodrigo Alonso Pimentel, conde de Bena»vente; y el noble, honrado y virtuoso caballero Hernando de »Carrillo, guarda mayor de su alteza, su capitan de armas y de »su consejo y cámara. Los cuales cuatro caballeros, romperán »por el asta lanzas con hierro de Milan en arneses doblados con »cualquier caballero que probarse quisiere, salvo que haya de »manifestar quién es y de donde viene. Asímismo sea notorio á »todos que habrá cuatro premios para los cuatro mejores caba»lleros, segun resultase de testimonio de los jueces, los cuales »premios serán: el primero una hermosa rosa de oro; el segundo »una rica espada dorada; el tercero un lazo de argentería, y el »cuarto una paloma de plata. Todo lo cual será ajustado á los »capítulos siguientes.»

Desarrolló en esto el rey de armas el pergamino que llevaba en la mano, y leyó los capítulos ó leyes de la justa, cuyo estracto damos á continuacion por no hacernos difusos con el interminable fárrago de la fórmula.

«Estableciase: que no entrarian en pruebas ni el rey ni el infante don Alonso; que cualquier caballero que entrase cuarenta pasos dentro de la liza, perderia la espuela derecha, si rehusaba romper al menos tres lanzas con cualquiera de los mantenedores, entendiéndose que no podria jamás llevar aquella espuela si no se probaba en armas de la manera sobredicha: que el que primero llegase, y sucesivamente, podria probarse, sin que se le antepusiese otro, por autoridad ó calidad: que ningun caballero podria elegir singularmente para probarse con él á ninguno de los mantenedores, sino que se probaria con el que le tocase; que si alguno rompiese una ó dos lanzas, y rehusase romper la tercera, se le tendria como sino hubiese corrido ninguua, y no se le devolveria la espuela: que ningun caballero podria justar con arnés, caballo ni lanza propia, para quitar la ventaja, sino que alli se le darian tales armas, caballo y lanza, que no tuviese

temor de probarse con ellos: que se entendian por tres lanzas las que se rompiesen entre dos justadores, dándose por rota la que descabalgara ó hiciera sangre: que no se demandaria á ningun caballero la muerte ó herida que causase, y últimamente, que se libraria testimonio cabal y bastante de lo que en verdad en armas hubiera hecho, al caballero que lo demandare.»

Leidos estos capítulos, el rey de armas los entregó á un faraute, que acompañado de algunos hombres de armas, salió del círculo, llegó á la puerta, y lo hizo clavar en su hoja derecha por un escudero, para que pudiese ser leido públicamente, y luego se volvió á su puesto, sonaron otras tres veces los clarines y demas instrumentos, y se revolvió la cabalgata, desapareciendo poco despues á lo largo de la calle de Segovia, seguida por la multitud.

En aquel lugar, antes tan concurrido, quedaron solas dos personas: Alonso de Palencia y fray Francisco Gimenez de Cisneros.

«Se gastarán algunos millares de escudos, dijo Cisneros; se verterá alguna sangre, se doblarán los impuestos para que los pobres paguen en su pan de cada dia, por espacio de muchos meses, fiestas que durarán algunas horas, y de las cuales solo gozarán el ruido, á la manera que el perro solo goza de las migajas y los huesos roidos que le arroja su amo: nada importa con tal de que la corte se divierta: se engañará á algunos sastres, á algunos bordadores, á algunos mecánicos, que esperarán mucho tiempo á que se les pague el fruto de sus sudores: entre tanto, el rey se divierte, la corte se divierte, y todos nos divertimos con relumbrones que cubren podre. Os digo, Palencia, que la gangrena está en el corazon: para cada muger honrada hay cien rameras en la córte, como la que acabamos de ver allá abajo; por cada corazon noble y leal, mil corazones corrompidos, vendidos á infame precio. Sí, teneis razon, señor Palencia; para purificar esto seria necesario destruir mucho.

—Todo muere, señor, todo muere, contestó con un acento de profunda fé el cronista; esta corrupcion es ya tal, que no

puede vivir mucho; la muerte de la corrupcion es la pureza, la virtud..... Dios proveerá.

—Solo Dios, contestó gravemente Cisneros metiéndose las manos en las mangas de su hábito, y entrando acompañado de Palencia en la calle de Segovia, por la que entrambos se perdieron.»

CAPITULO IV.

De como la mala fé obraba de igual manera inspirando idénticos pensamientos á los dos bandos.

Era ya bastante avanzada la noche y el alcázar estaba silencioso y oscuro como boca de lobo, si se nos permite este dicho vulgar. Parecia que todos en él estaban entregados al sueño; pero si bien acontecia esto en las habitaciones de la servidumbre, habia cierto lugar en el alcázar en que se velaba, y á mas de velar se conspiraba.

Por una estrecha y tortuosa galería, situada al norte, adelantaban tres hombres cuidadosamente embozados, precedidos por una muger que llevaba una lámpara en la mano y se cubria enteramente con un manto. Aquellas cuatro personas siguieron la galería adelante, llegaron á una puerta, que la muger abrió, y entraron.

«Esperad aqui, señor Pero Rodriguez Delena, dijo el mas alto de los tres hombres á otro, que por razon de su edad, iba un tanto rezagado; no os durmais, y estad atento.

—Descuide vuestra señoría.

—Adelante, dijo el mismo hombre que habia hablado.»

La muger abrió otra puerta, que tornó á cerrar por dentro asi que pasaron sus acompañantes, hizo igual operacion con otras tres, y se descubrió al fin, arrojando su manto sobre un sillon, en una cámara cuyo adorno era rico, aunque antiguo. Los que la acompañaban, se descubrieron tambien: eran el maestre de Calatrava y el marqués de Villena. En cuanto á ella,

era la misma doña Luz que aquella mañana habia tenido el capricho de adelantar la estacion de los baños, y la mala intencion de contrapuntear á dos nobles enamorados.

Hemos nombrado ya, refiriéndonos á cierta intriga, á esta muger, y creemos oportuno decir algo de su físico y otro poco de su carácter.

Doña Luz Osorio, hija bastarda de don Alvar Perez Osorio, marqués de Astorga, era una dama como de veinte años; su hermosura era mas bien atractiva que estremada: sus ojos negros, aunque pequeños y como adormidos tras unas larguísimas y sedosas pestañas, se sonreian y halagaban de una manera tal, que era casi imposible descubrir tras la fascinacion que causaban su profunda y maliciosa intencion; tenia largos y profusos cabellos castaños y ondeados; era blanca y levemente sonrosada, y como para indemnizar lo un tanto grande de su boca, poseia una hechicera y espiritual sonrisa que prodigaba sin duda para dejar notar el purísimo esmalte de su preciosa dentadura; tenia el rostro oval, el cuello voluptuosamente modelado, alto el seno, redondos los hombros, gentil el talle y magestuoso el andar; tenia las manos pequeñas y bellas, y cuando como al descuido dejaba asomar un pié bajo su saya, no podia concebirse nada mas encantador: doña Luz, en fin, era una de esas damas que han nacido para arder en el amor y hacerlo sentir á los demas; alma ansiosa de placeres y pródiga de ellos; cortesana en quien mas acaso que en ninguna otra se reconocia el tipo corrompido, sensual y veleidoso de las mugeres nobles del siglo XV.

Pero en doña Luz habia al menos el mérito de la franqueza: si estaba contaminada con la corrupcion de su época, no podia decirse que era hipócrita. Amaba y hacia conocer su amor, le ofrecia, le pagaba, si era necesario. Vendiase á las intrigas y á los bandos, poniendo en ellos por capital su hermosura, y haciéndola pagar á crecido precio de mercedes é influencias cuando el amante era viejo ó no de su agrado. Doña Luz en fin era un precioso agente para cierto género de asuntos de corte, como espionajes, confidencias, celadas y engaños. Don Juan Pacheco la esplotaba con una habilidad suma, y aunque estaba enamorado

de ella, posponia sus celos á sus intereses y se desentendia de los galanteos y de las travesuras y escándalos amorosos de su manceba.

Esta era, pues, la muger con quien se habian encerrado don Pedro Giron y el marqués de Villena.

«Son las once, dijo doña Luz dejando la lámpara sobre una mesa; á estas horas, su alteza se hace desnudar, se acuesta y despide á su servidumbre, á la cuál no llama despues para volverse á vestir y salir á cierta puerta escusada.

—¿Pero estás segura, Luz?

—Lo he visto con mis mismos ojos, y con gran interés por cierto.

—¡Ah! con gran interés.....

—Como que estaba un tanto enamorada de don Beltran.»

Don Juan Pacheco frunció el entrecejo.

«No hay por qué os disgusteis, caballero; vos me hicisteis pensar en ello, despues me disteis licencia, y al fin me incitasteis. Don Beltran tiene treinta años, lo que quiere decir que ha nacido otros treinta despues que vos; es hermoso, y sobre todo, es magnífico, nada celoso, dulce y complaciente..... si os descuidais, ó por mejor decir, si él se cuida mas de mí, sois hombre desahuciado por mi parte..... pero esto mismo os sirve de mucho, porque he tenido celos, y los celos me han hecho ver mas de lo que vosotros hubierais nunca pensado.

—Sábese demasiado, por mas que de ello no se dé muestra y de que el rey lo encubra cuanto puede, que don Beltran es amante de la reina y padre de doña Juana.

—Pero no se sabe que la reina es la dama mas honrada y de mas corazon de Castilla.

—Dícese que tiene tanto corazon, cuanto basta para dar de él á todos, y para que sin embargo le quede una gran parte, dijo don Pedro Giron.

—Sin embargo, caballero conozco yo que ha pretendido y de una manera harto ruda, tener parte de ese corazon, y ha recibido un no ha lugar en forma, repuso doña Luz sonriendo maliciosamente y mirando de soslayo al maestre; y se hicieron

torcidas proposiciones, y se aseguró que la infanta seria reina, y la protestó..... cuando en lo que verdaderamente se pensaba era en dar un golpe de gracia á la reina y á la infanta, para dejar desembarazado el camino á otra infanta, á quien ahora se acosa con miradas, y suspiros, y músicas de noche, ¿eh? ¿qué os parece de esto, señor maestre?

—Paréceme que sois fina de olfato, y sabeis apostaros perfectamente, doña Luz.

—Mil mercedes por vuestro cumplido soldadesco, don Pedro: os anuncio que si no os domesticais, y procurais dorar lo deslustrado de vuestro semblante y de vuestros cincuenta años, os vereis reducido á proveeros de montañesas ó recien llegadas, ó á ser un álamo solo, seco y deshojado. Teneis, ni mas ni menos, el mismo lenguaje que un alférez de peones.

—Estais tremenda esta noche, mi hermosa doña Luz, y con vuestras repasatas os olvidais sin duda de algo que os ha sucedido hoy y que á mi parecer nos interesa mucho.

—¡Ah! ¿os han contado ya lo de mi baño y mis dos amantes?

—Si tal, y os confieso, segun lo que se me ha dicho, que habeis estado admirable.

—¿Os ha referido acaso el suceso el buen fray Francisco Gimenez de Cisneros?

—Lo he oido de la misma boca de uno de los querellosos.

—¿De don Pedro Fernandez de Velasco?

—Cabalmente.

—Creo que tendremos duelo.

—Duelo que yo he alentado, y al que se dará cierto color: cualquiera de los dos que en ese lance muera, tiene parientes poderosos y es lo mas fácil del mundo un rompimiento..... ya veis, mi hermosa Luz: somos con vos francos y leales.

—El servicio que os hago bien merece esa franqueza.

—El servicio que nos hareis, esclamó don Pedro Giron: ¿quién os responde de que no demos un nuevo golpe en vago?

—El amor de don Beltran..... pero ya es hora y os dejo..... volveré dentro de un momento.»

Doña Luz salió y dejó solos á los dos nobles.

«¿Está todo dispuesto, Pedro?

—Todo: Pedro Fernandez de Velasco no llegará á las tapias de San Martin.

—¿Y son valientes y esperimentados los otros?

—De esta vez el golpe es seguro.

—¿Y tienes confianza en lo bien fingido de la carta?

—El señor Pero Rodriguez Delena cuenta cuarenta años de escribano.

—Silencio..... me parece que se acerca doña Luz.

—Lo que me parece, Juan, es que tienes miedo..... nada se escucha.....

—¡Miedo! sí, un miedo horrible..... Doña Mencía nos ha hecho una vez traicion, vendiéndonos á ese hombre..... sin ella ya estarian los infantes en nuestro poder..... temo que doña Luz nos venda tambien..... ¿por qué crees se presta á servirnos?

—Yo la he prometido un mundo.

—Y mas que ese mundo han hecho los celos que la causa don Beltran.

—¡Pero ese hombre, señor, es el adonis de la corte!

—Nuestras damas, Pedro, son en estremo antojadizas..... y demos gracias á nuestra buena suerte por ello: las damas han elevado á ese hombre, y las damas darán en tierra con él; son mucha cosa las mugeres cuando se las sabe manejar: y si no acuérdate: una muger dió al traste con don Alvaro de Luna: lo que no pudo toda la nobleza de Castilla, lo pudieron los hechizos y las artes de aquella muger.

—¿Pero concluiremos de esta vez?

—Todo lo que puede suceder es que tengamos una guerra civil: á propósito, ¿con cuántas lanzas contamos para pasado mañana?

—Con las de Benavente, con las de Paredes, con las de Plasencia.....

—El número, el número.

—Quinientas, sobre poco mas ó menos, toda gente dura y esperimentada.

—¡Oh! pues entonces..... estoy impaciente, me tarda..... ¿y

lo de la infanta?.... eso es mas duro..... mucho mas duro..... es necesario impedir á todo trance.....

—Un castillo y una cámara de la que yo tenga las llaves, Juan, y todo está concluido..... por lo demas todo seria inútil, doña Isabel ama ya.....

—¿A su primo el infante don Fernando?.... ¡bah! ¿y no ha quedado en Navarra algun tósigo del que se dió á don Cárlos de Viana?

—El conde de Lerin es mas hombre de espada que de amaños, Juan; será necesario que nos resignemos á ir ganando el terreno palmo á palmo; pero por la parte de Castilla es otra cosa: es necesario cuidar de que el infante no pueda pasar la frontera aunque sea á costa de una guerra.....

—¿Y qué, crees que esa guerra no será?

—Una guerra, Juan, seria ahora mas que nunca aventurada.

—Tengamos una vez la corona en nuestras manos, y luego, Dios dirá.»

Oyéronse entonces pasos recatados, se abrió una puerta, y apareció doña Luz.

«Ha llegado la hora de que llameis á vuestro notario.

—¡Cómo! ¿ha entrado ya don Beltran?

—No, pero es lo mismo: la reina ha ido en su busca.»

Don Pedro Giron se levantó, abrió sucesivamente las puertas, y volvió á entrar con Pero Rodriguez Delena, que temblaba de una manera visible.

«Supongo que el miedo no os hará perder la vista ni el oido, le dijo don Juan Pacheco.

—Descuide vuestra señoría, contestó el cartulario; pero en cuarenta años que llevo de oficio no me acuerdo de haber practicado una diligencia mas delicada que esta.

—Trátase solo de que veais y oigais y testifiqueis en verdad acerca de lo que hayais visto y oido.»

Despues de esto, guiados por doña Luz, aquellos tres hombres atravesaron á oscuras algunas habitaciones, y se detuvieron detras de un tapiz, tras el cual esperaron en silencio.

Por sus aberturas veian una cámara ricamente alhajada,

alumbrada por dos bugías puestas sobre una mesa; en el fondo se veian un reclinatorio y un lecho que parecia acabado de abandonar por una persona.

Algunos momentos despues brilló una luz tras el tapiz de una puerta colocada frente á frente de aquella tras la cual observaban el marqués de Villena y el maestre, que preparados á todo trance tenian las manos puestas en las espadas. Pero Rodriguez Delena seguia temblando, y doña Luz de Osorio, asida fuertemente á los tapices, miraba con ansiedad á través de una de sus aberturas.

Levantóse al fin el tapiz, y apareció la reina, tras la que venia Beltran de la Cueva.

Ella estaba sumamente pálida, él profundamente preocupado.

Doña Juana de Portugal no era ya la vaporosa y esbelta jóven que habia venido diez años antes á Castilla soñando ilusiones: su ligera sonrisa habia sido sustituida por una grave espresion de languidez que la hacia mas hermosa: habia engruesado, y ya hacia mucho tiempo que el rey miraba con cierto deseo la altura de su seno y la redondez de su cuello y de sus hombros. La reina se habia desarrollado, y era por aquel tiempo una magnífica hermosura.

Beltran de la Cueva se habia tambien transformado. No era ya el adolescente imberbe, sino un hermoso señor pálido y grave, tras cuya profunda y límpida mirada se concebia lo grande de sus pensamientos. Era un modelo de caballeros: galan, bizarro, fuerte, audaz sin imprudencia, valiente sin temeridad, hombre de consejo y hombre de espada; si no era un favorito tan terrible como don Alvaro de Luna, era en cambio menos odioso, y tenia por lo tanto mas desembarazado su camino.

Apenas dejó la reina la lámpara sobre la mesa, cuando se acercó al sillon donde se habia sentado Beltran, se sentó en sus rodillas, rodeó los brazos á su cuello, apoyó la cabeza en su hombro, y rompió á llorar desconsoladamente.

«Juana, dijo Beltran separando con dulzura de su hombro aquella hermosa cabeza, doblemente embellecida por el llanto; ya sabes cuánto las lágrimas me hacen sufrir: me desgarran el

corazon, me acobardan cuando necesito de toda mi fuerza, de todo mi pensamiento, de toda mi audacia.

—¡Ah, Beltran, Beltran mio! ¡cuántas veces por no hacerte sufrir devoro mis lágrimas! tú me amas, ¿no es verdad? ¿me amas como aquella noche fatal en que por primera vez te conocí noble y grande? no sé por qué algunas veces dudo..... me parece que cansado de mi amor, vas á buscarle en otra..... creo que esa doña Mencía de Padilla vuelve á mirarte con amor, y tengo celos..... luego, cuando me veo reducida á ir vergonzosamente á abrirte una puerta para ser feliz un momento á tu lado..... cuando pienso que podrian sorprendernos..... hasta ahora, ninguna prueba tienen de nuestro amor, y le dicen en pública plaza..... si la tuvieran, la pondrian como un cartel por las esquinas..... esos hombres son capaces de todo.

—Que pidan ayuda á Dios ó al diablo, porque de esta vez los tenemos en las manos.

—¡Oh, Dios mio, Dios mio! si no estuviéramos cercados de miserables y de ambiciosos, cuán grande seria nuestra ventura..... y mira, yo no tengo mas ambicion que el que llegue un dia en que no tenga que recatarme para decirte ¡yo te amo!... mira, yo quisiera ser una simple dama, aunque nuestra hija no fuera reina..... ¡ay! la desdichada heredará una guerra á la muerte del rey, que es demasiado débil y miserable para no defender ni aun su honor: el dia que menos lo esperemos, como ha reconocido por su heredero, con pretestos fútiles, al infante don Alonso, me declarará adúltera, me repudiará..... y mentirá, porque yo no he pertenecido á nadie sino á tí, porque yo soy mas honrada, mas pura que la dama mas recatada y mas rígida de Castilla, y no me veo obligada á avergonzarme ante Dios..... y me deshonrarán esos mismos hombres que me enlazaron á ese rey de lodo..... y me llamarán adúltera..... y me despreciará la historia..... esto es horrible, cruelmente horrible, Beltran.

—Pero eso no sucederá, luz de mis ojos. No sucederá, porque no lo quiero yo.»

Oyóse entonces un golpe recatado á la puerta de la cámara que servia de comunicacion con la del rey.

La reina se levantó de un salto de sobre las rodillas de don Beltran, y este se puso de pié.

«¡Don Enrique! esclamó la reina con la voz trémula y el semblante lívido.....»

Volvieron á llamar con mas fuerza.

«Vete, Beltran, vete..... esclamó doña Juana.

—No, basta con que me oculte..... no quiero dejarte abandonada; el rey es un miserable, y le creo capaz de todo..... capaz de dejar á los Pachecos que traigan una miserable intriga hasta tu misma cámara..... no, me ocultaré..... allí..... y señaló los tapices del lecho de la reina.

—¡Oh! ¡llama otra vez!

—Pues bien, ábrele..... que entre quien sea..... y suceda lo que quiera; estoy resuelto á todo menos á perderte.»

Beltran fue al lecho, corrió los tapices, y se ocultó tras ellos. La reina fue á la puerta, la abrió, y entró Enrique IV embozado en una capa y calado un gorro de paño negro hasta las narices. Adelantó al centro de la cámara y miró con recelo en torno suyo.

«¿Dónde está don Beltran, señora? preguntó á la reina con acento perfectamente seguro y reposado.

—¡Don Beltran, señor! contestó la reina, ¿me preguntais en mi misma cámara, á media noche, por vuestro favorito?

—Creo, señora, que vos le favoreceis mas que yo, y aun mas que á mí.

—No comprendo.....

—No comprendo yo tampoco, señora, de quién es una hija vuestra que ha nacido en el alcázar sin que yo jamás haya ocupado vuestro lecho; será preciso para creer en vuestra estrañeza creer en un misterio.

—Pero jamás me habeis hablado así, señor; ¿sabeis que vuestros escesos.....

—No necesitais disculparos, señora, puesto que nadie os culpa; solo se trata buena y simplemente de saber si podriamos hablar en secreto á don Beltran..... es necesario recatarse en los tiempos que corren, y yo creo que no tendreis espías como

yo hasta dentro de vuestra cámara, aunque no seria estraño que llegasen hasta ella los oidos y los ojos de don Juan Pacheco.

—Os repito, señor, que no está en mi cámara don Beltran... si dudais, vedlo por vos mismo.....

—Decididamente estais resuelta á sostener vuestro misterio, aunque sabeis que puede serlo para todo el mundo menos para mí..... y como sé por esperiencia que teneis una gran firmeza, me limitaré á dejaros para él un mensaje. Decidle que esta noche, en San Martin, se reunen todos los amigos, segun me ha asegurado el señor condestable..... que con un centenar de lanzas habrá bastantes para reunirlos de una manera mas segura en el castillo de Tordesillas..... añadidle que si por acaso se le escapasen los dichos amigos, que pasado mañana tenemos justas, que para no dejarlos salir del palenque serán necesarias mas lanzas, pero que no importa..... mañana estarán aqui las de Segovia; decidle ademas que para dar mas confianza á los confederados, se deje ver mañana y pasado mañana en todas partes menos en el alcázar, ó yo donde esté para inspirarles mas confianza..... Decidle, y no olvideis nada de esto, que el rey está resuelto á protestar de la violencia con que se le hizo reconocer al infante don Alonso por heredero en daño de *nuestra muy querida doña Juana*..... y ved si me intereso por vos..... por lo tanto, no olvideis nada..... estoy cansado ya; necesito cortar algunas cabezas; que me ayude. Y con esto, señora, adios. Veo que mi presencia os lastima.

—¡Señor!....

—Adios, adios..... y el rey escapó.»

La reina permaneció inmóvil un momento en medio de la cámara, y luego apagó las bugías, dejó solamente la luz de la lámpara, fue al lecho, abrió los tapices, y desapareció tras ellos.

Por algun tiempo el marqués de Villena y el maestre de Calatrava esperaron. El tapiz no se movió. Entonces se retiraron en silencio y entraron en la cámara de doña Luz que tenia el rostro desencajado.

—Certificad, certificad, señor Pero Rodriguez Delena, acerca de lo que habeis visto..... esclamó el marqués presentando un

pergamino al escribano que seguia temblando de miedo al verse metido en aquel laberinto.»

A pesar de esto estendió un testimonio en forma, que entregó al marqués que le firmó como testigo; de la misma manera firmaron don Pedro Giron y doña Luz de Osorio.

«Ahora, Pedro, ve, le dijo el marqués entregándole el pergamino, ve, avisa á nuestros amigos..... esa gente parece que previene nuestros deseos; si presentan un combate, acéptalo. Es preciso concluir.

Don Pedro Giron y Pero Rodriguez Delena salieron; don Juan Pacheco se quedó en la cámara de doña Luz, como Beltran de la Cueva se habia quedado en la de la reina.

CAPITULO V.

De lo que aconteció aquella noche dentro y fuera de San Martin.

San Martin, por aquellos tiempos, era un edificio inmenso, del cual nada queda ya, ni aun los límites: la plazuela que hoy lleva su nombre, y la mayor parte de las calles circunvecinas, estaban comprendidas dentro de sus muros: porque es de advertir que el abad de san Martin era entonces un alto y poderoso señor, con jurisdiccion, vasallos y bandera, y que la abadía no era ni mas ni menos que uno de aquellos templos castillos tan comunes en la edad media.

Enclavada dentro de la villa, no por esto se crea que estaba sujeta á autoridad ó persona alguna: en Madrid habia entonces tres poderes: á saber: el alcaide del alcázar y de su jurisdiccion, el corregidor en la jurisdiccion de la villa, y el abad de san Martin en el término de su abadía.

Por lo comun aquel edificio estaba sombrío y silencioso; un soldado viejo y un monge, guardaban generalmente como porteros su poterna, y solo en las grandes solemnidades salian á relucir las corazas de la armería, sobre los pechos de los hombres de armas, para dar la guarda de honor al señor abad. Parecia pues el mas pacífico monasterio señorial del reino, pero á pesar de esto tenia cierta fama de rebeldía que le hacia respetable: mas de una vez se habia visto obligado un rey á otorgar en su recinto peticiones humillantes á una nobleza en demasía exigente, y si bien es verdad que rara vez habia llegado hasta

allí el ruido de las armas, tambien es cierto que con mucha frecuencia retumbaban voces sediciosas en su sala de capítulo.

El abad, don Ferrante de Silva, hermano bastardo del conde de Cifuentes, era un varon de cuarenta años, de seis pies de altura y tres de grueso, forzudo y feroz, lo bastante para acogotar á un toro, y de una facha y de unos hechos esencialmente anti-apostólicos y antimonásticos: al ver sus encendidos mofletes, sus ojos bravíos, sesgados, maliciosos y lúbricos, se concebia de una vez al hombre incontinente, sensual, avaro y soberbio: tenia barragana fuera, y pajes, cuyo sexo estaba encubierto por un trage masculino, dentro: contínuamente su ronca y estentórea voz tronaba por claustros, cámaras y galerías: azotaba á sus esclavos, aterraba á sus monges, hacia dar un trato de cuerda por cualquier motivo á sus hombres de armas, y ahorcaba á sus villanos con poca razon que viera para ello: hablaba con gran desacato del rey, murmuraba de una manera escandalosa de la reina, braveaba contra el favorito y decia horrores de las damas de la corte, permitiéndose cuentos un tanto picantes y escandalosos acerca de la ceguedad ó de la paciencia de sus maridos: sustentaba con el puño lo que decia con la lengua, y por las cosas profanas tenia en un absoluto olvido las cosas divinas. Era grande amigo de don Pedro Giron, guardaba un silencio de tolerancia segun él, respecto á las cosas de don Juan Pacheco, y adulaba, cuanto le era posible doblegar su carácter indómito, al arzobispo de Toledo, teniendo siempre en cuenta cobrarle estas adulaciones con una mitra de obispo. Era en fin uno de los mas poderosos elementos de rebelion que existian constantemente por aquellos tiempos en Castilla, y asi es que cuando la corte se trasladó á Madrid, la abadía de san Martin fue el punto de cita, el centro de los confederados.

La abadía, por lo tanto, salió de su silencio; hubo ruidosas orgías: los monges olvidaron el coro y la Biblia, y el despensero se presentó un dia, compungido, al abad, anunciándole que si duraba mucho aquello, no tardaria en imperar el vacío en sus almacenes, antes maravillosamente provistos.

El abad echó, por única contestacion, mano á su bolsa, á lo cual el despensero nada tuvo que decir, salvo para sus adentros, que, cuando el abad, generalmente escatimador y miserable, se permitia aquel monstruoso esceso, debia tener para ello un poderoso motivo. Siempre que don Ferrante se habia mostrado generoso, habia acontecido en la abadía algo espantable.

Aquella noche, pues, el abad velaba sentado junto á una enorme mesa, y uno de aquellos pajecillos de sexo ambiguo, dormitaba en un sillon, sentenciado á hacerle compañía. Un moceton fornido, armado de todas armas, con una banda de capitan al pecho, estaba de pié delante de él, respondiendo á las preguntas del noble abad.

«¿Con que decis, Felipe, que ya adelantada nuestra obra?

—Si señor; un cadalso de veinte pies de altura: trabajo ha costado que el corregidor permita dejarle construir junto al cadalso de la villa.

—El señor Cristóbal de Balboa es un golilla insufrible, á quien será necesario demostrar lo que valen los puños de un abad, esclamó don Ferrante soltando en el mas estendido diapason de su cólera su tremenda voz, que hizo despertar despavorida á la muger paje.

—El corregidor conoce demasiado cuánto vale vuestra señoría, puesto que al fin.....

—¡Nos ha hecho merced de un pedazo de terreno en lo que llama su jurisdiccion!... bien, le pagaremos dejándole poner una silla por bajo de la nuestra, el dia que cantemos *Te Deum laudamus* por haber metido el cuchillo de nuestro ejecutor en la garganta del privado, y haber echado á latigazos del trono á ese rey de copas y á esa mugerzuela que se atreve á llamarse su muger. ¿Habeis tenido buena cuenta de que nuestro cadalso sea capaz de tener buenas tripas?

—Hemos invertido en él cien carros de pinos del Pardo.

—Pues que no dejen la obra de la mano. ¿Han venido ya los arneses que esperábamos?

—Si señor: de buen hierro de Vizcaya; cada uno en su

caja, relucientes y acicalados, que da contento verlos. Ha habido una ligera disputa con el enviado del maestro.

—¡Cómo!

—Se negaba á entregarlos sin recibir antes el precio.

—¡Ira de Dios! ¿Piensa ese vizcaino que no vale nuestro nombre lo bastante para responder de doscientas armaduras?

—Es, señor, que se le deben aun los tres mil hierros de lanza que envió el año pasado.

—Con los cuales le pagaremos lo pasado y lo presente, si se insolenta con nosotros. ¡Hola! ¿qué quieres, Persevant? esclamó el abad viendo en la puerta de la cámara un escudero que adelantaba gorra en mano.

—El alto y poderoso señor maestre de Calatrava acaba de llegar á la poterna con doscientos caballeros de la órden y trescientas lanzas.

—¡Cómo!... ¡qué! ¿y os habeis atrevido á detener, bergante, á un señor tal como don Pedro Giron?.... esclamó el abad levantándose y empuñando un largo baston que tenia junto á sí, al alcance de su mano.

—Es, señor, que al mismo tiempo ha llamado por el postigo doña Angélica.

—¡Oh, oh! pues bien, abre el postigo y la poterna. Con la diferencia de que llevarás á don Pedro Giron y á sus caballeros á la sala de capítulo, y á doña Angélica la traerás á mi cámara.»

Partió el escudero, y el abad se encaró con el capitan Felipe.

«Paréceme, le dijo, que viene acompañado de muchas lanzas su señoría para que no suceda algo estraordinario. Me parecen demasiadas precauciones para una reunion de nobles, á no tener un poderoso motivo. ¡Eh, garzon! esclamó sacudiendo al paje; id á mi cámara, y suplicad á la dama que encontrareis en ella, que me espere..... cuidad de regalarla y servirla, y vos, Felipe, venid conmigo..... es necesario saber á qué atenerse y armarse, ya que tan armados vienen nuestros amigos.»

El paje salió por una puerta, y el abad y el capitan por otra. Era cerca de la hora de maitines, y á lo largo de las gigantes-

cas y oscuras galerías se veia de tiempo en tiempo la blanca figura de un monge que salia de su celda, y con la cabeza inclinada y las manos perdidas en las mangas de su túnica, se encaminaba al coro.

Don Ferrante llegó á la puerta de su cámara y entró en ella: era un espacio inmenso, de aspecto magnífico, enriquecido con todo el lujo de ornamentacion de la arquitectura gótica, con alta bóveda ojiva, y profusamente exornado con severas estátuas de piedra, representando el apostolado; en los lados del salon y á los estremos, habia, en dos altares, una estátua de la Vírgen y otra del Salvador; multitud de lámparas encendidas detallaban el prominente recorte de las pilastras de los cornisamentos, de los rosetones de la bóveda, y de los botareles y doseletes, puestos á los pies y sobre la cabeza de cada estátua: al estremo superior del salon, al pié del altar en que estaba representado el Salvador, se veia una larga mesa con tapete de terciopelo blasonado, sobre el cual se veian recado de escribir, libros y pergaminos; detrás de ella habia cinco sillones esculpados y blasonados, y á lo largo de los muros y algo separado de ellos, sobre una alfombra de lana, habia una hilera de escaños formando cuadro: la luz de la luna, que penetraba por cinco grandes ventanas, daba un aspecto romancesco á aquel conjunto, contrastando su luz pálida con el blanco reflejo de las lámparas.

Cuando el abad entró, la cámara estaba desierta: poco despues se escuchó el estruendo de los pasos de muchos hombres armados á la puerta, y luego entró don Pedro Giron seguido de una nube de caballeros de Calatrava, cubiertos con sus hábitos blancos y sus birretes, y armados de todas piezas.

El abad le salió al encuentro y le tendió la mano.

«¿Y asi estais, don Ferrante? le preguntó el maestre.

—¿Pues cómo diablos quereis que esté, don Pedro? ¿acaso pretendeis que esté eternamente metido en el arnés, aun dentro de mi cámara?

—Ved que el lobo acecha, y que podrá hacer con nosotros algo que nos pese, si nos coge desarmados.

—¡Oh, oh! pues por eso no quede, dijo el abad; ya lo ois,

capitan; hacemos mal en estar desarmados; y ya que tenemos esos arneses de Vizcaya, hacedlos probar á nuestros hombres.»

El capitan salió en virtud de aquella órden.

«Un esfuerzo no mas, don Ferrante, y triunfamos..... El rey será destituido, declarada ilegítima la infanta.

—Ya, y vos con la otra infanta.

—¡Silencio! ¿no veis que traigo á mis gentes como hato de ovejas? es necesario dar á las cosas cierto sabor grato que las haga tragar sin trabajo.

—¿Con que creeis que puede haber dificultades?

—No solo lo creo, sino que esas dificultades existen: muchos de esos hombres que están conformes con hacer la guerra á la Beltraneja y á su madre, retrocederian tratándose del rey.

—Y bien, esa dificultad existirá siempre.

—No tanto, yo creo que esta noche sucederán aqui tales cosas.....

—Puede haber una batalla.....

—Y eso que seria una prueba de mala fé, podria robustecer otro acontecimiento, que no probaria mucho en favor de las buenas intenciones del rey..... ó de don Beltran, que es lo mismo.

—Ello en fin es cierto que es necesario obrar con gran arrojo.

—Y con gran prudencia.

—El alto y poderoso señor conde de Benavente, dijo á la puerta un paje.»

Guardaron silencio los dos interlocutores y se adelantaron á recibir á don Rodrigo Alonso Pimentel, que entraba acompañado de algunos caballeros de su casa.

En aquel momento retumbó el toque de maitines.

«¿Qué acontece de nuevo, mis nobles amigos? dijo Benavente, que tan armada veo la gente de la abadía.

—¿Qué, don Rodrigo, nada habeis visto en la villa que justifique ese cuidado?

—La villa está desierta y tranquila.

—Nunca se muestra la naturaleza mas silenciosa que antes de estallar una tempestad.

—¡Ah! ¿tendremos tempestad?

—De seguro.

—El alto y poderoso señor conde de Plasencia, gritó de nuevo el paje.»

Adelantó don Pedro de Zúñiga, y despues de algunas preguntas y respuestas, aseguró tambien que no se movia una mosca en la villa.

Sucesivamente el paje anunció ricos-hombres y caballeros, y en pocos minutos el salon estuvo lleno, y fue necesario añadir escaños.

Madrid dormia tranquilo, como en otras muchas ocasiones semejantes, en que en medio de su reposo, y protejida por él, ha velado una conspiracion en su seno, que á veces ha inundado las calles convertida en insurreccion. Los hombres de gobierno de entonces lo sabian como lo saben los de ahora, porque la policía, con nombre ó sin él, ha existido siempre, y como siempre el gobierno callaba, estaba atento y preparado, y esperaba. Era ni mas ni menos una situacion muy semejante á las que con tanta frecuencia se repiten en nuestros dias: ahora se dice poner las tropas sobre las armas; entonces se decia: tener los rocines apercibidos; el patio y la planta baja del alcázar estaban henchidos de hombres de armas, y el corregidor tenia atraillados al alcance de su mano á los alguaciles, apercibida la horca y el tajo para poder armarlos en una hora, y preparado el verdugo de alta y baja justicia de la villa.

Entre tanto, seguia trabajándose con ardor á la luz de hogueras y antorchas para los festejos reales.

Una casualidad podia apagar con sangre aquellas hogueras, y arrastrar con un aluvion de combate aquellos preparativos; los confederados lo sabian, y estaban prevenidos.

Agrupados en círculos particulares en la cámara de capítulo de la abadía, solo se esperaba una persona para constituirse en lo que llamaremos sesion.

Pero aquella persona, que era don Juan Pacheco, no parecia, y el maestre, asomado á una ventana que daba sobre un callejon formado por el muro y las tapias de los huertos cercanos,

prolongaba hablando tiradamente con el abad aquella espera, sin dejar por esto de arrojar de tiempo en tiempo una mirada cuidadosa al fondo del callejon.

De repente, y poco despues del toque de maitines, oyóse á lo lejos ruido de espadas, como de muchos hombres que reñian; luego se aproximó, y al fin los caballeros, que al ruido se habian asomado á las ventanas, vieron á un hombre solo, y sin mas armas que una espada, defendiéndose desesperadamente y retrocediendo delante de diez hombres, que á juzgar por el reflejo de la luna, iban armados de cascos y coseletes.

El acometido no pudo pasar mas allá del lugar colocado bajo la ventana en que estaba el maestre; le habian cercado, y aquello era cosa concluida.

«A mí, caballeros, á mí, dijo el hombre que se defendia en la calle al oir las voces de los caballeros que desde las ventanas amenazaban á los acometedores..... enviad vuestras gentes..... me matan..... ¡ah! ¡asesinos! ¡asesinos!»

El ruido de las espadas cesó: oyóse la carrera de los matadores que huian, y al mismo tiempo la voz del conde de Paredes que gritaba desesperado:

«Seguidme, caballeros, seguidme: es mi sobrino don Diego Manrique: veamos si aun se le puede salvar.»

Cuando el conde llegó al callejon, estaban ya en el lugar del suceso el marqués de Villena, que pasaba por aquel sitio para dirigirse á la abadía, Pedro Fernandez de Velasco, con la espada desnuda, pálido y desencajado, y algunos hombres de armas con antorchas, enviados por el abad.

«¡Mi sobrino, mi pobre sobrino! esclamó el conde de Paredes mirando el cadáver ensangrentado del jóven..... ¿y habeis sido vos, caballero, vos que teneis la espada desnuda y sangrienta? esclamó el conde echando mano á la suya y encarándose á Pedro de Velasco.

—Los de la casa de Haro no asesinan, don Pedro Manrique, esclamó el jóven con nobleza y amargura. Es cierto que tenia plazo á muerte en este sitio con vuestro sobrino, y que si he tardado, ha consistido en que yo tambien he sido villa

namente atacado junto á san Ginés, y á no ser por don Juan Pacheco que pasaba á punto con sus gentes, hubieran dado fin de mí.

—Esto es verdad, dijo gravemente don Juan Pacheco: esto significa que en las inmediaciones de la abadía hay apostadas gentes que acometen á los nobles que encuentran desbandados.»

Don Pedro Manrique estaba inclinado sobre su sobrino, y lloraba.

«¡El último de la familia de mi hermano! decia; ¡una de nuestras esperanzas!.... ¡y muerto!.... ¡asesinado!.... ¡ira de Dios!.... ¡y asesinado acaso por ese don Beltran!....

—Ved, señor, esta carta que he encontrado en el suelo, dijo á punto uno de los criados de don Juan Pacheco.

—¡Una carta! esclamó el conde de Paredes.

—Sí, dijo friamente don Juan Pacheco que la examinaba á la luz de una antorcha; he aqui el hilo que puede guiarnos en este laberinto. ¿Conoceis esta letra?

—¡La letra de Beltran de la Cueva!.... pero faltan su firma y su sello.

—Estas cosas no se sellan. Esta es una lista que se entrega al verdugo para que no olvide ninguna cabeza. Hemos andado un tanto torpes y han cobrado una.... yo deploro que haya sido la de vuestro valiente sobrino, don Pedro Manrique, pero esto os hará pensar en la venganza..... en cuanto á vos, señor Pedro de Velasco, y en cuanto á vuestro padre, el conde de Haro, esto os demostrará que debeis cambiar de camino.

—Sí, venganza, y venganza horrible, esclamó el conde de Paredes con ese doloroso arranque del momento en que acontece una horrible desgracia: Juan, mi buen Juan, añadió volviéndose á uno de sus escuderos, corre, vuela, que se armen mis hombres, que se despliegue mi bandera.....

—Y que vengan á la abadía, pero en silencio, añadió don Juan Pacheco devorando el gozo que le causaba el buen resultado de su sangrienta intriga.

—Sí, venguémonos, dijo Pedro Fernandez de Velasco; yo te juro, Manrique, añadió inclinándose sobre el cadáver, yo que

era tu enemigo, no envainar mi espada hasta teñirla en sangre de tus asesinos.

—Y sobre la sangre de ese infortunado, dijo el conde de Paredes tendiendo su mano al hijo del conde de Haro, olvidemos nuestros ódios para pensar en una sola cosa: en la libertad del reino.»

Don Juan Pacheco, mas sereno que los otros, hizo cargar con el cadáver á sus escuderos, y se dirigió á la poterna de la abadía; poco despues no quedaba en el callejon otra cosa que la sangre de Diego Manrique, mientras el marqués de Villena, con la cabeza baja y descubierta, entraba en la sala de capítulo seguido del cadáver, al que conducian sobre un pavés cuatro escuderos. Cuando dejaron en el centro de la cámara á Diego Manrique, se notó que desde la puerta hasta alli habia quedado sobre la alfombra un ancho rastro de sangre.

Se habia calculado perfectamente aquel horrible efecto; la cámara, poco antes tan ruidosa, estaba dominada por un silencio profundo; todos los nobles estaban descubiertos y con la palidez de la cólera fija en los semblantes; el marqués de Villena atravesó grave y sombrío por medio de aquella multitud, y fue á sentarse en la mesa entre su hermano y don Ferrante. Los escaños se llenaron instantáneamente, y se cerraron las ventanas. Empezaba la sesion.

«Prelados, señores, caballeros y gentiles-hombres, dijo don Juan Pacheco levantándose: nos habiamos convocado á este lugar para tratar de la sucesion del reino. Hasta ahora no teniamos mas que la certeza del adulterio de la reina con don Beltran de la Cueva, de la impotencia del rey, y por lo tanto de lo ilegítimo de la Beltraneja. Pero á esa certeza faltaba una prueba, y esa prueba está aqui.»

Don Juan Pacheco tomó de las manos de don Pedro Giron el testimonio librado por Pero Rodriguez Delena, y se leyó enmedio del mas profundo silencio, al que concluida la lectura sucedió un tumulto difícil de describir.

«¡Fuera, fuera la Beltraneja! ¡viva el infante don Alonso! ¡fuera el rey! gritaron algunas voces.

—¿Quién grita fuera el rey? esclamó levantándose con arranque el buen conde de Haro. ¿Acaso no es nuestro legítimo señor?

—Pero señor que asesina á los caballeros por el capricho de un favorito, esclamó levantándose á la par el hijo del conde, Pedro Fernandez de Velasco; señor tirano que no piensa mas que en sus vicios; señor que despedazará á Castilla sino se le destituye.»

No esperaba por cierto tanto don Juan Pacheco: parecia que habia comprado á buen precio al primogénito de los Haros, cuando todo consistia en que su farsa habia causado la mejor impresion que podia desear para sus negocios en el ánimo del conde.

«¿Y es mi hijo, esclamó don Pedro de Velasco, el que oigo con la voz levantada contra sus reyes?

—Vuestro hijo, señor, repuso el jóven, ha estado á punto de ser asesinado por las gentes del rey como ese desdichado que tenemos sangriento entre nosotros.

—La prueba, la prueba, esclamaron, no solo el conde de Haro sino tambien los caballeros del bando del rey.

—¿Quereis una prueba clara, terminante, indudable, de que se quiere esterminar todo lo noble, todo lo leal, todo lo valiente, todo lo fuerte del reino, para destrozarlo á mansalva?....

—Sí, sí, la queremos, gritaron todos.

—Pues bien, caballeros, escuchad, continuó el marqués de Villena sacando un papel de su escarcela y mostrándole á los confederados: he aqui esta lista que se ha encontrado junto al cadáver del señor Diego Manrique, y que ha sido sin duda perdido en la refriega por alguno de los asesinos. Oid, señores, oid.»

Y el marqués leyó en voz grave y lenta.

«Nombres de los caballeros y gentiles-hombres que se han de juntar esta noche en san Martin y que han de morir en las avenidas.»

Alzóse un murmullo de indignacion que interrumpió al marqués.

«Las palabras que acabo de leer, continuó, están escritas de

la misma mano del rey. Oid ahora, caballeros, y si falta alguno de los ricos hombres y señores presentes, en esta lista, á ese podrá decírsele que ha sido protejido por un poder superior.»

Despues leyó uno tras otro los nombres de mas de cien nobles; aquella lista era un sangriento proyecto de esterminio.

«¿Quereis mas pruebas, señores, añadió don Juan Pacheco? Acercaos y ved este escrito; todos habeis recibido cédulas y mercedes, todos sois de la corte, todos conoceis la escritura del rey y de don Beltran de la Cueva: vuestra sentencia está escrita por la mano del primero, vuestros nombres han sido lanzados á los asesinos por la mano del segundo; y si este crímen no hubiera sido previsto, todos hubierais caido; á pesar de esto, ese noble mancebo que yace entre nosotros sin vida, y el ilustre primogénito del conde de Haro, son una muestra de que este papel no se habia escrito en vano: venid, señores, venid y juzgad.»

Todos se agolparon á la mesa, y el papel corrió de mano en mano; lo perfecto de la falsificacion, y lo escaso de los conocimientos caligráficos de aquellos nobles señores, sirvieron de tal modo los intentos de don Juan Pacheco, que á juzgar por los semblantes podia asegurarse que no quedaba en la cámara un solo amigo del rey.

«Y bien, ¿hay ahora alguno que no crea justo el librar al reino de un tirano tal, que para servir la ambicion de un favorito, y dejar franco su trono á la hija de una adúltera, no vacila ni ante el asesinato?

—No, no, gritaron algunas voces, mientras otras mas irritadas esclamaban: ¡abajo el rey! ¡fuera el rey! ¡muera don Beltran!»

Don Juan Pacheco se veia precisado á hacer violentos esfuerzos para contener su gozo. El golpe estaba dado, aunque á buen precio, de una manera segura.

«Jurad, caballeros, jurad sobre estos Santos Evangelios, dijo el abad estendiendo su poderosa voz sobre el tumulto, negar al rey vuestro pleito homenaje, encarcelarle, juzgarle y sentenciarle en nombre de la ley y de la justicia del reino.»

No hubo uno solo de aquellos hombres que no pusiese la

mano sobre los Evangelios y jurase. Acabado el juramento, don Juan Pacheco se levantó, y despojándose de su gorra, dijo en acento de aclamacion:

«Viva el rey don Alonso XII de Castilla y Leon.»

Todos, aun los que antes se habian mostrado fieles al rey, contestaron de una manera espontánea.

«Y bien, caballeros, dijo el arzobispo de Sevilla, don Alonso de Fonseca, ¿cómo haremos para arrancar al infante de las manos de don Enrique? Segun se me ha asegurado, el alcázar está bien apercibido, y desde esta noche se han encerrado en él, arrancándolos del lado de su madre la reina viuda doña Isabel, á los infantes sus hijos.»

Miró don Juan con un tanto de recelo al arzobispo, cuya pregunta tenia algo de insidiosa.

«Rogad á Dios, santo prelado, dijo, que nos ilumine; hasta ahora no hemos tenido tiempo de otra cosa que de prevenir el golpe..... despues, es necesario pensar la manera de librarnos de la tiranía; pero confiad, don Alonso, en que el rey será destituido, y ahorcado el favorito; que volverán la paz y la prosperidad al reino, y que haremos grande el nombre de nuestro jóven rey..... y ahora, caballeros, unámonos, juremos venganza sobre esa inocente sangre vertida, y que el alma de Diego Manrique, que sin duda está en los cielos, puesto que ha sido un mártir, pida á Dios un castigo terrible contra aquel de nosotros que fuere traidor.

—Amen, esclamaron todos los nobles rodeando á don Juan Pacheco, que habia adelantado hasta el cadáver.

—¡Infortunado sobrino mio! ¡pobre hijo de mi hermano! esclamó el conde de Paredes desnudando su espada y arrojando lejos de sí la vaina; yo te juro por la sangre del Redentor, no comer á manteles, ni reposar en lecho, ni holgar, ni dejar el luto, ni rasurarme la barba, hasta que haya vengado tu sangre con sangre de los asesinos.»

Brillaron todas las espadas, y todas las bocas repitieron el mismo juramento. Los prelados, uno despues de otro, bendijeron el cadáver, y despues de una ligera deliberacion, se mandó

á los escuderos que levantasen en hombros el pavés, y Diego Manrique, seguido de todos los conjurados, fue conducido á la iglesia, en donde retumbaron muy pronto los salmos penitenciales que se rezan por los difuntos.

«Es necesario confesar, decia don Ferrante de Silva á don Juan Pacheco y á don Pedro Giron, que estaban en el coro apoyados en los brazos de su sillon abacial, que lo habeis preparado todo perfectamente; pero esto es muy largo, y ya sabeis que nos esperan.

—¿Y quién, si os place, don Ferrante? dijo el maestre.

—¿Quién ha de ser sino doña Angélica?

—¡Ah!»

Aquel ¡ah! era una de esas profundas esclamaciones que estremecen mas que cien terribles palabras, porque tras su lúgubre esclamacion se vislumbra un horrible crímen.

—Y bien, dijo don Juan Pacheco que habia escuchado perfectamente aquellas palabras y aquella esclamacion; haced que se cercenen algunos salmos y algunas aspersiones: el chico era buen cristiano y ha menester sin duda menos intercesiones que otros para salvarse..... con que concluyamos, don Ferrante, concluyamos.»

El abad hizo de modo que el oficio se redujera á la menor espresion posible; ahorráronse misereres y responsos, y al fin en breve tiempo se sepultó el cadáver en la misma iglesia delante del presbiterio; salieron todos los conjurados, y solo quedaron con don Ferrante el marqués de Villena y el maestre de Calatrava, que se encaminaron á buen paso á la cámara del primero.

—Esperad, esperad, les dijo este, doña Angélica es quisquillosa y asustadiza, y no seria prudente que os presentáseis; será mucho mejor que esteis en acecho tras una puerta.

—¡Ah! vuestra barragana es hipócrita, dijo el marqués.

—No conozco manceba de clérigo que no lo sea, pero las de los frailes no se contentan con tan poco, necesitan pasar por santas: respetad pues el pudor de una vírgen consagrada á Dios, y puesto que lo que necesitas saber podeis oirlo del mismo modo,

y acaso mejor ocultos que presentes, permaneced aquí, señores, y escuchad.»

El abad abrió una puerta y la volvió á cerrar con llave. Los dos hermanos quedaron tras ella, y procuraron ver lo que pasaba en el interior á través de sus rendijas: nada sin embargo lograron, porque aquella era una maciza puerta frailuna, perfectamente ensamblada y enlazada; el ojo de la llave era lo único que hubiera podido servir de mira, y estaba tapado por la parte de adentro.

«¿Sabes, Pedro, que será necesario al fin acogotar á ese abad salvaje, le dijo el marqués, á pesar de ser tan tu amigo?

—¡Bah! nos sirve bien; por lo demas, los frailes son escesivamente celosos; apostaria á que esa muger que asi nos oculta, ni se llama Angélica, ni es nada de lo que nos ha dicho.

—¡Calla! me parece que hablan.

—Y yo apuesto que no nos dejarán oir mas que lo que les convenga.

—Pues bien, oigamos.

—Me habeis tenido esperando de una manera horrible, decia una voz de muger que evidentemente se afectaba para no ser conocida.

—¿Y qué quereis? hemos tenido muerte, gritos, juramentos y responsos. ¿No habeis oido el órgano, señora?

—Juraria que he oido tambien estocadas en la calle.

—Es cierto, y he ahí la causa de que haya sido mas larga vuestra espera..... pero en fin, vuestra venida debe ser.....

—Mi venida es para deciros que desde ahora hasta que caiga de su privanza el señor Beltran de la Cueva, no salgo de vuestra cámara.

—En lo que me haceis sin duda el mas feliz de los hombres..... pero no se trata ahora de eso..... aquel hombre.....

—¿Cuál?

—Un hebreo, un médico.....

—¡Ah! sí, una especie de envenenador.

—Me habeis comprendido..... ¿en qué estado estais con ese hombre?

—Cuando se gasta el oro, siempre se está bien con todo el mundo.

—Pero, en fin.....

—En fin, traigo conmigo algo que merece.....

—¿Un abrazo?

—No, una abadía.

—¡Cómo! ¿quereis ser abadesa?

—¿Pues no sois vos abad?

—¡Diablo! eso embrollará nuestros negocios.

—Por el contrario, eso los facilitará.

—Bien pudiera ser: sí, en efecto, una abadesa nos podrá servir de mucho, ¿y qué regla habeis elegido, señora?

—Me importa poco la regla.

—¿Y cuándo quereis?

—Lo que quiero por ahora es la promesa.

—Pues bien, si nosotros mandamos contad con ello: ahora, sepamos lo que traeis.

—Tomad.

—¿Y esto es activo?

—He hecho la prueba en uno de mis halcones.

—Bien, señora, bien. Ahora, será necesario que os volvais.

—¿Y asi me despedis?

—¿Pues cómo?

—Otras veces no habeis sido tan breve.

—¿Qué quereis? el tiempo aprieta: esta noche se abrevia todo: pero descuidad, que yo iré á veros otra noche, y con harto espacio, á vuestra casa.

—Pedid á Dios que no tengais un mal encuentro.

—Con don Beltran, ¿eh?

—Don Beltran os quiere harto mal.

—En cambio, yo no quiero á su señoría muy bien.

—Puesto que estais tan de prisa, adios.

—Adios, pues, doña Angélica, y no veais en esta perentoria despedida otra cosa que el imperio de la necesidad.

—Creo que tendremos mas espacio cuando yo sea abadesa, porque entonces solo serviré á vos.

—¡Plegue á Dios que eso sea pronto, porque entonces tendremos tiempo y paz!»

Los dos hermanos creyeron escuchar, desde su acechadero, un ruido semejante al de un beso contenido, y luego pasos que se alejaban y una puerta que se cerraba. Despues resonaron de nuevo pasos, se abrió la puerta, y el abad introdujo á sus nobles compañeros en su cámara.

«Todo marcha á las mil maravillas, don Pedro, dijo al maestre mostrándole un paquetito cerrado.

—¿Qué es esto?

—Lo que me habeis pedido.

—Si ello nos sirve, llegará el caso de que podamos haceros obispo.

—Ya habeis oido que he hecho á doña Angélica la promesa.

—Esa promesa se cumplirá cuando os demos la mitra: pero aun nos queda que hacer.

—Yo por mi parte he mandado construir en el coso un cadalso de 20 pies de altura y he traido 200 arneses de Vizcaya.

—Por nuestra parte tenemos seis mil lanzas en los alrededores de Madrid.

—Bien, muy bien, pero para obrar con energía es necesario descansar y ya va amaneciendo, mis nobles amigos.

—Teneis razon: habiamos olvidado que sois fraile.

—¿Ireis hoy al alcázar?

—Como si nada hubiera acontecido, ¿y vos?

—De seguro. Tengo que predicar al rey un sermon contra la lujuria.

—En lo que estareis admirable, observó don Juan Pacheco, porque, ó mucho me engaño, ó vos conoceis en demasía ese pecado. Y adios, pues; no queremos privaros del descanso y de la meditacion, que os son tan necesarias.»

Los dos hermanos se despidieron del abad y salieron de la abadía. Don Juan Pacheco iba tan meditabundo, que no pudo menos de reparar en ello el maestre.

«Y bien, hermano, le contestó el marqués de Villena; es que voy creyendo en la conciencia..... matamos demasiado.»

Don Pedro Giron no contestó, pero se estremeció ligeramente y apretó con un movimiento convulsivo el paquete que le habia dado el abad y que llevaba aun en la mano.

Poco despues los dos hermanos se separaron y se encaminaron á sus respectivas posadas.

Aquel mismo dia, despues de los oficios en la capilla real, el príncipe don Alonso fue jurado por el reino, sucesor inmediato de la corona, en el salon de embajadores del alcázar, y luego se hizo solemnemente la proclamacion á son de trompeta y por boca de heraldos en los tablados que se habian construido en los sitios mas públicos de la villa.

CAPITULO VI.

De como acabaron las justas y las fiestas reales.

Y hubo danzas, y máscaras, y encamisadas, y toros con maroma. Se dió de comer á algunos pobres, se indultó de la pena de muerte á algunos criminales, y todos andaban satisfechos y carialegres, porque todos creian que las cosas, harto torcidas hasta entonces, se enderezaban al bien de una manera indudable.

Asi es que el buen pueblo de Madrid se encaminó el dia de las justas, contento y regocijado al coso, que mas estenso entonces que la Plaza Mayor de hoy, estaba destinado desde tiempo inmemorial á esta clase de festejos.

El palenque que se habia alzado en medio de él, era lo mas magnífico que habian visto en toda su vida los viejos de entonces: tenia quinientos pasos de largo, y doscientos de anchura: podia darse en él una batalla. Su barrera, sus andamios y poternas estaban pintadas de rojo y amarillo: á los dos costados, y á lo largo de la tela, habia diez cadalsos ó tablados, nueve de los cuales estaban cubiertos de tapices, y coronados de barandillas doradas. En los ángulos de estos tablados habia altísimas astas en que estaban enarbolados los estandartes de las ciudades de Castilla, de Leon, de Andalucía y de los Algarbes. A los costados de estos cadalsos habia escaleras que descendian á la liza, por medio de pequeñas poternas abiertas en la barrera, escepto en el estrado real, del cual, á su frente, en toda su anchura, descendia una gradería alfombrada. En este frente no habia barrera,

pero á sus costados y debajo de él, se veian dos poternas por las cuales podian salir dos hombres á caballo. Este estrado, que estaba alzado en el mismo sitio en que hoy aparece la Casa Panadería, era altísimo, igual en magnitud al colocado enfrente de él, en el cual se veia una gran poterna sobre la liza, y en sus ángulos el estandarte duplicado del abad de san Martin con un pequeño dosel en el centro como en señal de señorío. El dosel y el aparato del estrado real, eran ostentosos y riquísimos: bajo un pabellon de damasco rojo, bordado con castillos y leones, habia siete sillas, tres de las cuales estaban mas altas que las otras; aquellas sillas, colocadas á un estremo de la derecha, eran las de los reyes, y la de la reina viuda doña Isabel de Portugal; la que seguia, la del infante don Alonso; la quinta, la de la infanta doña Juana; la sesta, la de la infanta doña Isabel; la sétima, colocada en lugar mas bajo y sin blason real en su respaldo, la destinada á Beltran de la Cueva, mientras no justase. A los costados del dosel estaba el lugar destinado á la diputacion del reino, á los altos oficiales de la casa real y á los donceles; delante del dosel, en un semicírculo, abierto en el centro para dejar paso á la gradería, habia una sucesion de almohadones destinados á las damas de la reina.

Los otros ocho cadalsos, eran exactamente iguales entre sí: el situado á la derecha del estrado real, era el en que debian colocarse los jueces del campo, el rey de armas, los escribanos, los farautes y los trompeteros encargados de dar la señal de arremetida ó de alto; el de la izquierda, aquel en que debian estar los mantenedores que no justasen, y sus padrinos: el de la derecha del estrado del abad de san Martin, aquel en que se habian de colocar el corregidor y los regidores perpétuos de la villa: el de la izquierda el que se concedia á los caballeros que viniesen á probarse para ver desde él las justas y esperar su vez de entrar en liza: en fin, los otros cuatro cadalsos debian ocuparse con las damas y caballeros de la corte y de la villa. Al pueblo se le habia dejado franco entre los claros contenidos de estrado á estrado, todo el terreno hasta la barrera, que estaba guardada de trecho en trecho por un ballestero del rey.

Del lado que corresponde á Platerías, y dentro del palenque, se habia levantado una magnífica tienda, lujosamente alhajada en su interior, destinada á los mantenedores: junto á ella, á la derecha, clavado sobre un pedestal de piedra, habia uno de esos monstruosos lanzones de liza que se ven aun en la Armería Real, y enarbolado en él el estandarte real. Detras de la tienda y cerrando por aquella parte el palenque, habia una fuerte empalizada, con poterna y rastrillo. Mas allá, fuera, se habia construido una ancha sala de madera, ricamente entapizada y alfombrada, con mesas estensas cubiertas de viandas y bebidas. Tras esta sala habia otra barrera, y en el espacio contenido en ellas multitud de tiendas pequeñas que le hacian semejante á un campamento.

El otro estremo del palenque mostraba otra tienda exactamente igual á la de los mantenedores, destinada á los caballeros que viniesen á probarse en armas: junto á ella se alzaba otro lanzon con el estandarte real, y mas allá de la empalizada que tenia asimismo poterna y rastrillo, habia tres salas de madera: en la una, consagrada por el arzobispo de Toledo, cubierta de ricos tapices de Flandes, habia un altar con un crucifijo de bronce, y un sagrario, para que pudiese administrarse á los caballeros que fuesen heridos de muerte, y esta especie de templo de campaña, estaba servido por capellanes reales. A la derecha de esta sala habia otra con lechos, cirujanos y medicinas, y á la izquierda otra en que estaban herreros, guarnicioneros y enastadores de lanzas, con los útiles de sus oficios.

Nada se habia olvidado. Todo estaba previsto.

Al amanecer, dos banderas de ballesteros y un estandarte de lanzas reales entraron en la liza, estendieron por ella sus gentes, guardaron las poternas y rodearon el palenque; despues entraron los capellanes, escoltados por una guardia de honor, y se instalaron en la capilla: vinieron despues los cirujanos y los menestrales; luego los escuderos fueron á servir las dos tiendas de los mantenedores y de los conquistadores: las demas tiendas del lado de Platerías se llenaron de caballos y arneses; delante de cada lanzon en que estaba enarbolado el estandarte real, se situó un alférez de la guarda morisca á caballo, armado de todas

armas, con la adarga embrazada y la espada desnuda, teniendo á su espalda cuatro hombres de armas con las lanzas afianzadas; paseaba delante de cada tienda un ballestero con la maza de armas al hombro: en fin, en el estrado real, se colocaron á cada costado, al nivel del dosel, cuatro donceles con arneses de corte, cota de armas y almetes empenachados: en los dos ángulos superiores de la gradería, dos heraldos con las mazas de oro al hombro: los peldaños de la gradería, desde el sesto en descenso, y dejando en el centro una calle, se cubrieron de ballesteros del rey, y en la arena se alinearon, en triple fila, todos los ginetes de la guarda morisca.

El estrado real era un erizo de lanzas, espadas y ballestas, entre las cuales quedaba vacío y desierto el lugar que habia de ocupar la corte.

Entonces se abrieron las poternas de la barrera esterior del palenque, y se permitió la entrada al pueblo, que inmediatamente llenó los claros. Pobláronse asimismo los cuatro estrados destinados á los caballeros y damas de la corte y de la villa; se cubrieron de una multitud deslumbrante de galas y preseas; luego vino la villa con sus maceros, y despues el abad de san Martin con su estandarte, sus hombres de armas y su servidumbre.

A punto de salir el sol, sonó por tres veces el ronco son de una trompa de guerra junto á la poterna de los mantenedores, y luego se oyó el son de los timbales, de los añafiles y demas instrumentos, tocando una marcha de honor. Poco despues aparecieron en la barrera trompeteros y timbaleros á caballo; detras de ellos el alférez mayor del rey con el estandarte real, seguido de sus pajes, sus escuderos y sus lanzas; luego la alta servidumbre de palacio en dos hileras, á caballo, las damas en sus hacaneas, los infantes en literas, el rey y la reina en una magnífica carroza tirada por seis caballos blancos con gualdrapas de brocado y penachos de ricas plumas, llevado cada uno del diestro por un escudero; detras, en guarda de honor, los ricos-hombres, los caballeros y los gentiles-hombres; luego, los donceles del rey, con su estandarte, y al fin las lanzas de don Beltran de la Cueva con su pendon señorial.

La comitiva régia atravesó el palenque, subieron el estrado los reyes y los infantes; colocáronse las damas en sus almohadones, la diputacion del reino y los caballeros y altos funcionarios de la córte á los costados del dosel; solo quedaron dos sillas vacías, la de la reina viuda, y la de Beltran de la Cueva: la primera habia pretestado una indisposicion para no asistir, y el segundo debia entrar en la liza ocupando su lugar de mantenedor.

Retiróse, despues de haber dado una vuelta al palenque, el acompañamiento, los músicos subieron al estrado de los mantenedores, y la liza quedó limpia, desierta, refractando bajo los primeros rayos del sol la menuda y blanca arena con que se la habia cubierto.

Era aquello magnífico: á doquiera que se volvian los ojos no se encontraba mas que un mar de destellos, esmaltados con los colores de sedas, paños, tapices y terciopelos; de trecho en trecho se veia una mancha opaca, en los lugares ocupados por el pueblo, que no tenia galas, ni dinero, ni otra cosa que ojos para mirar, boca para murmurar en voz baja del escandaloso lujo de la corte, y pies bastante fuertes para soportar un planton de algunas horas.

¡Ay! la civilizacion, ó por mejor decir el tiempo, ha matado todo lo romancesco, todo lo bello, todo lo noble, todo lo bravío de la edad media; hoy, para encontrar el empañado cuadro de aquellas fiestas tan caballerescas, tan magníficas, tenemos que revolver el polvo de archivos abandonados, como un desvan en que se guardan muebles viejos, y lanzar los ojos al pasado para levantar de su inercia con la punta de la pluma un mundo de fantasmas, que sin duda no sabemos describir bien, porque el tiempo, que todo lo gasta, que todo lo corroe, ha gastado los recuerdos consumiendo de dia en dia y reduciendo á la nada la tradicion; cuando despues de haber anegado el espíritu en el contesto de esos viejos pergaminos, cuando despues de haber vislumbrado la verdad de entonces se vuelven los ojos á la verdad de hoy, el entusiasmo vuela, envuelto en un suspiro, y pasamos desalentados y con la cabeza baja por medio de la generacion raquítica que nos rodea.

. . . . . .

. . . . . .

Un momento despues de la llegada de la corte, retumbó de nuevo el son de la trompa en la poterna de los mantenedores, se abrió esta, y aparecieron los mismos que habian proclamado las justas en la Puerta de Segovia, como dijimos anteriormente, escepto el capitan Hernando de Carrillo, que como mantenedor, habia sido reemplazado por un alférez. La comitiva rodeó el palenque, saludó á la corte, y luego el rey de armas Portugal dió su grida en los mismos términos anteriores, y leyó los capítulos de las justas. Despues de esto, el rey de armas, los farautes, el escribano y el secretario del rey, subieron al estrado de los jueces, se retiró el acompañamiento, y seguidamente tras otro clamor de trompa, el faraute encargado de la poterna de los mantenedores, atravesó el palenque al galope, para pedir al rey licencia para entrar en él en nombre de los padrinos de dichos mantenedores.

Otorgóla el rey, volvió el faraute, y luego al son de la música entró la comitiva siguiente:

Venian primero cuatro heraldos á caballo, despues timbaleros y trompeteros, y seguidamente el rey de armas, Portugal, el secretario del rey, Alvar Gomez, y el escribano Pero Rodriguez Delena, todos magníficamente ataviados: seguian los condes de Alba y Haro, jueces del campo, con vestiduras talares, sobre briosos caballos engualdrapados de seda: rodeábanles por honor multitud de caballeros, y los escoltaban algunas lanzas de la guarda morisca. Despues de esto entraron músicos y danzantes, en muy vistosa postura, tañendo y danzando; seguian con sus libreas blasonadas, una nube de pajes de don Beltran de la Cueva, y luego en fin su bandera señorial, su capitan de armas, sus escuderos y sus persevantes. Despues, llevados del diestro por escuderos, doce caballos negros con paramentos fuertes de guerra, y tras ellos, en un poderoso caballo armado de todas piezas, Beltran de la Cueva entre sus padrinos el duque del infantado y el conde de Fuensalida: venian tras él gran número de caballeros de su casa, y luego seguia la bandera de don Pe-

dro Giron, que apadrinado por su hermano el marqués de Villena y el conde de Osorno, pasó con igual aparato: luego entró de la misma manera y llevando por padrino al conde de Plasencia y al mariscal Fernando de Rivadeneyra, el conde de Benavente; y últimamente, con no menos ostentacion que los anteriores, aunque era menos rico, entró nuestro buen Hernando de Carrillo, del cual eran padrinos el conde de Rivadeo y el marqués de Moya. Cerraban en fin la marcha dos banderas de ballesteros y piqueros, entre los cuales iba un carro cargado de lanzas, que fueron puestas para servir en las justas, en un largo astillero junto al cadalso de los jueces.

Toda esta comitiva dió una vuelta al palenque, pasó por delante del estrado real, en muestra de honor, y salió como habia entrado despues de haber dejado á los jueces, al rey de armas, á los farautes, á los secretarios y á los trompeteros, en el cadalso que se les tenia destinado, y á los mantenedores en su tienda.

Todo presagiaba que las justas serian lo mas famoso que se habia visto hasta entonces, atendida la gran reputacion de los mantenedores y los nombres de los caballeros que se murmuraba debian probarse.

A pesar de esto, el rey estaba un tanto inquieto y se preguntaba para qué podia haberse hecho el anchísimo portalon que se veia debajo del cadalso del abad de san Martin, del mismo modo que no sabia esplicarse la razon de ciertas pisadas de caballo, y de cierto rumor de voces contenidas que se escuchaban debajo del estrado real: pareciale ademas que se habia puesto mucha gente de armas en su gradería tratándose de una pacífica fiesta, y estaba inquieto hasta el punto de hacerlo notar: la reina parecia mas serena, pero estaba notablemente pálida: la infanta doña Isabel se mostraba como siempre grave y circunspecta, y en cuanto al príncipe don Alonso, su juvenil y alegre semblante, mostraba cierta impaciencia porque se empezasen las justas.

Al fin el rey estendió su baston sobre la liza, y en el momento resonaron añafiles, pífanos, atabales y dulzainas: los jueces, acompañados de sus asistentes, bajaron al palenque, le exa-

minaron en todas sus partes para ver si el terreno era firme, igual y á propósito para pruebas de armas; reconocieron las lanzas, declararon á son de clarin que en lo que habian examinado no habia dolo, se retiraron á su cadalso, y luego el arzobispo de Toledo apareció rodeado de su clerecía y acompañado de la música de la capilla del rey, y bendijo el palenque, despues de lo cual el rey de armas Portugal, mandó á un faraute que diese una grida por la cual se establecia: que cualquiera que durante un paso de armas alentase con la voz ó hiciese señal á cualquiera de los contendientes, por hablar se le cortaria la lengua, y por señalar, la mano; salvo si el delincuente fuese pechero, en cuyo caso, por cometer cualquiera de los dos delitos espresados, moriria de muerte de horca.

Llenadas estas precisas condiciones, solo faltaba para empezar el que se presentase un conquistador, y esto no tardó en acontecer: sonó por tres veces una trompa de guerra en la poterna por donde debian entrar los conquistadores, y un faraute partió desde allí á caballo, llegó al galope delante del estrado real, y pidió licencia al rey en nombre de don Diego de Zúñiga, conde de Miranda, para entrar en el campo por conquistador. Otorgóla el rey, y poco despues entró un caballero jóven, ginete en un caballo negro, con ropas y paramentos de seda, saludó al rey y fue á tomar armas y caballo en la tienda destinada para este objeto, segun los capítulos, apareciendo al poco tiempo bizarramente armado, y despues, como mantenedor, el capitan Hernando de Carrillo.

Su muger doña Mencía que estaba entre las damas de la reina, lanzó una mirada cuidadosa al adversario de su marido: era difícil de deslindar si aquella mirada la inspiraba el amor de la muger que teme por el hombre á quien ama, ó el interés de un conspirador que desea no se le rompa un instrumento precioso.

Don Juan Pacheco, que estaba en el cadalso del abad de san Martin, apoyado en los brazos de su sillon, examinó con el mismo interés, y con una mirada profundamente inteligente, las armas y los caballos de los dos justadores.

«Creo, dijo á don Ferrante, que el conde de Miranda viene buena y lealmente á justar, y no á otra cosa.

—El conde de Miranda es harto presuntuoso y vano para que pueda confiársele nada. Viene, pues, como aventurero.

—Pues mala aventura le prometo: mi primo tiene mas fuerzas que un toro, mas intencion que un lobo, y sobre todo, es diestro y esperimentado; veamos, ya han reconocido los jueces sus armas y sus caballos, les han partido el sol, y los padrinos de entrambos se retiran. ¡La señal! Ved qué bien toma campo mi primo. Ved que encuentro. ¡Poder de Dios! Volveos por acá dentro de un año, don Diego de Zúñiga, si es que para entonces ha logrado componeros las costillas vuestro barbero. ¡Cuando yo os digo, don Ferrante, que mi primo es todo un Aquiles!...»

La corte, los caballeros, el pueblo entero, victoreaban á Hernando de Carrillo que se paseaba engreido alrededor de la barrera, mientras sus escuderos recogian de la arena á su malparado señor. Hernando de Carrillo le habia encontrado con una pujanza estraordinaria, y habia roto su lanza, falseándole la adarga, y desguarneciendo la guarda del brazal izquierdo y el piastron, arrojándole como un copo de lana por la grupa del caballo.

Dieron los jueces por cumplidas las armas del capitan del rey, que se retiró á la tienda de los mantenedores.

Seguidamente, el mismo faraute fue á pedir licencia para don Alvar de Meneses, conde de Castrofrio, que entró, saludó á los reyes, se armó, y rodeado de sus padrinos se colocó frente á la tienda de los mantenedores, de la que salió á poco el maestre de Calatrava con una magnífica comitiva.

«Esto va á ser maravilloso, dijo don Juan Pacheco; mi hermano y don Alvar son amigos, y vienen aleccionados, justan bien, tienen buenos puños y buenas rodillas, y romperán cuantas lanzas quieran sin moverse de los arzones. Ved la primera carrera. ¡Bien! ¡cuerpo del diablo! ¿no os lo decia yo? las dos lanzas rotas por el asta sin falsear ni una pieza. Otra vez toman campo. ¡Magnífico! otras dos lanzas. ¿Qué hacen esos jueces que no dan sus armas por terminadas?

—Los jueces saben lo que se hacen, contestó don Ferrante; esto pasará por olvido, y habrá lugar de una ágria disputa cuando otros, fundándose en este hecho, pretendan correr mas lanzas que el número determinado en los capítulos. ¡He ahí! han vuelto á romperlas. Van seis y no debian ser mas que tres. Al fin los jueces dan sus pruebas por concluidas. Mirad, el rey parece que conoce de lo que se trata. ¿Tendremos combate?

—¿Y qué nos importa?

—Nada en verdad; con eso tendremos ocasion de probar el temple de los arneses que acaban de venir de Vizcaya.»

Habia pasado segun lo habian espresado en su diálogo el abad y el marqués de Villena: el público, por decirlo asi, habia quedado altamente satisfecho, á juzgar por lo ruidoso de las aclamaciones, de la destreza de los justadores, y estos, noblemente acompañados, y al son de todas las músicas del palenque, entraron en la tienda de los mantenedores.

Seguidamente se presentó en la liza por conquistador Juan de Céspedes, señor de Carcasona, y por mantenedor Beltran de la Cueva.

Despues de llenas las precisas fórmulas, las trompas dieron la señal, el faraute dió su grito de arremetida, tomaron campo los caballeros, y se encontraron en medio de la liza, entre una nube de polvo. Doña Mencía de Padilla habia palidecido; la reina, con la boca árida y entreabierta, miraba temblando el encuentro; el rey mostraba una atencion lúgubre, y el silencio general era solemne. Cuando se desvaneció el polvo, se vió que entrambos caballeros habian roto sus lanzas. Beltran de la Cueva habia desguarnecido la arandela á Céspedes, y este le habia falseado el brazal izquierdo, rasgándole un magnífico lazo que llevaba sobre él, con los colores de la reina.

Diéronles nuevas lanzas, volvieron á encontrarse, y Céspedes pasó sin encontrar, mientras Beltran de la Cueva rompió su lanza contra la babera del almete de Céspedes.

A pesar de haber roto tres lanzas, Beltran de la Cueva tomó otra de manos de los escuderos del campo, y Céspedes iba á empuñar la que le presentaban, cuando los jueces enviaron un

faraute á decir que las armas estaban terminadas entre los dos caballeros.

Beltran de la Cueva arrojó la lanza y rodeó su caballo, levantándose la visera para ir á saludar á los reyes; pero Céspedes, espoleando al suyo, le atajó el paso.

«¿Qué es esto? dijo de una manera brusca, ¿vuestra señoría se niega á seguir justando conmigo, cuando me lleva ventaja?

—Obedezco, no me niego, caballero, contestó severamente Beltran de la Cueva.

—Obediencias hay harto sospechosas, replicó acreciendo su dureza Céspedes.

—¿Creereis que rehuso por temor?

—Creo que cuando acaba de darse un ejemplo de infraccion de las leyes de la justa en beneficio del gran maestre de Calatrava y del conde de Castrofrio, creo, digo, que podemos exigir se haga con nosotros igual escepcion.

—Sea, esclamó montado en cólera Beltran de la Cueva por el acento descortés de Céspedes; pero os juro que no os igualareis en lanzas con los caballeros anteriores, porque pienso castigaros con una sola.

—Sabia que erais soberbio, pero no que fueseis insolente.

—¡Afuera! ¡afuera! gritó Beltran de la Cueva; ¡una lanza, y pronto! gritó á los escuderos. ¿No lo ois? ¡una lanza!»

Los jueces habian previsto esto, y se habian lanzado á la arena.

«El campo que pedis, no os lo podemos conceder, caballeros, dijo el conde de Alba, don Garci-Alvarez de Toledo; lo impiden los capítulos que estamos obligados á sustentar.

—Yo tengo derecho á ser tratado de una manera igual á como se trate á otros, y acaban de romperse entre dos solos caballeros seis lanzas.

—Ha sido un descuido, y aunque nos sea duro confesarlo, hemos faltado, señor Juan de Céspedes, dijo don Pedro Manrique: estamos dispuestos á dar nuestros descargos por esa falta, pero esto no impedirá el que cumplamos por esta vez con nuestro deber.

—Quien una vez ha faltado á él.....

—Mentís como un villano, esclamó el conde de Alba, si nos acusais de malicia, Juan de Céspedes.

—Y yo me propongo castigaros á muerte, por lo injurioso de vuestras palabras, añadió el conde de Haro.

—Primero con don Beltran, luego con vosotros, gritó Juan de Céspedes.

—Bien..... pero ahora salid de la liza, replicó el conde de Alba.

—No será ¡vive Dios! Tenemos campo y armas á la mano, y si los capítulos de la justa lo impiden, ahi está, en su dosel, el rey, que dará licencia de buen grado á cuatro caballeros que necesitan medirse en duelo.»

Y picando al caballo, fue al estrado real; pero el rey, que estaba prevenido y comprendia perfectamente de lo que se trataba, se levantó, y estendiendo el brazo hácia Juan de Céspedes, gritó:

«Prended á ese perturbador.»

A la palabra del rey, las lanzas de la guarda morisca se cerraron en círculo, cogieron dentro de él á Juan de Céspedes, le desarmaron, le prendieron, y le sacaron fuera de la liza.

Beltran de la Cueva que estaba atento á todo, palideció de cólera; el rey acababa de cometer una imprudencia; era aquella ocasion de contemporizar, no de irritar, y la prision de Juan de Céspedes era dar un pretesto á los confederados; pronto en el pensamiento y en la accion, se puso al frente de la guarda morisca desnudando su espada; hizo abrir las poternas que estaban á los dos costados del estrado real, y salieron por ellas hasta doscientos ginetes: al mismo tiempo se abrió el portalon situado bajo el cadalso del abad de san Martin, y se precipitaron en la liza doscientos hombres de armas, al mismo tiempo que las lanzas de los confederados penetraban por ambas poternas en la liza.

Trabóse un combate sangriento; el rey, la reina, los infantes y las damas se vieron rodeados de nobles, que gritaban de una manera furiosa: ¡Viva el rey don Alonso XII! ¡abajo don Enrique!

Beltran de la Cueva se precipitó al estrado real, y solo llegó á tiempo de interponerse con sus hombres á las espadas que amenazaban al rey, y de recibir entre sus brazos á la reina desmayada. En cuanto al infante don Alonso, estaba en manos de los confederados, que le habian puesto á buen recaudo entre sus gentes.

Los tratos, hasta entonces tan amistosos en apariencia, se habian roto de una manera ruda. Fue necesario un poderoso esfuerzo de parte de Beltran de la Cueva para que lograse sacar del palenque y conducir á salvo al alcázar á lo restante de la familia real, y esto no fue sino rompiendo á punta de lanza por las avenidas del alcázar, y ya á puestas del sol.

Entre tanto, los confederados habian sacado de la villa al infante don Alonso, y la liza habia quedado cubierta de cadáveres y moribundos.

Tal fue el fin que tuvieron las justas y las fiestas reales por la proclamacion de príncipe heredero del infante don Alonso.

CAPITULO VII.

Lo que eran un abad y una cortesana.

En verdad que eran aquellos unos tiempos calamitosos en que el gobierno estaba en manos del mas fuerte ó del mas astuto, y en que el trono era una sombra débil, degradada y flotante al impulso de los embates y de las intrigas palaciegas.

Con los acontecimientos anteriores, Castilla quedó mas que nunca dividida en bandos. Tomóse pretesto en la rebeldía de los confederados, y el rey, desde Salamanca donde se habia trasladado la corte, convocó cortes, para declarar que cuanto habia hecho en la declaracion de heredero del infante don Alonso, habia sido por la fuerza, que nunca habia sido su voluntad desheredar *á su legítima hija* la infanta, y últimamente, para pedir al reino un servicio de hombres y dinero contra los rebeldes.

No toda la nobleza habia tomado parte en aquel hecho escandaloso, que era el resultado inmediato de las maquinaciones de don Juan Pacheco y de sus deudos; los señores que, mirando á su honor y á lo que á su lealtad debian se habian sostenido fieles al rey, corrieron á él con cuanta gente hallaron á las manos. Estos nobles, cuyos nombres ha guardado la historia, eran don Luis de la Cerda, conde de Medinaceli; don Pedro de Mendoza, señor de Almazan; don Juan de Valenzuela, prior de san Juan; don Miguel Lúcas de Iranzu, condestable de Castilla; don Pedro de Córdova, conde de Cabra y sus hijos; don Martin

Alonso, señor de Alcaudete; la familia de los Mendozas y otros, entre los cuales, reunidas sus mesnadas, tuvo el rey ochenta mil peones y catorce mil ginetes, gente dura y aguerrida, con la cual, en una brevísima campaña, hubiera podido castigar á los rebeldes, é imponer temor á los que en adelante hubiesen pensado en nuevos desafueros.

Pero Enrique IV era impotente de cuerpo y de alma; y del mismo modo que en su correría en la Vega de Granada habia rehusado constantemente empeñar una batalla, rehuyó ir en busca de los confederados, y se redujo al cerco de algun castillejo desmantelado ó mal defendido: entre tanto, don Juan Pacheco, don Pedro Giron y el arzobispo de Toledo, que con el infante estaban en Avila, se apresuraron á dar el último y mas escandaloso paso de aquel nauseabundo drama.

El dia 5 de junio de 1465, los buenos vecinos de la ciudad de Avila presenciaron un espectáculo imponente. La noche anterior habian estado abiertas las puertas, y se habia trabajado con una actividad infinita en la construccion de un tablado fuera de los muros. Desde antes del amanecer, fuertes escuadrones de ginetes habian rodeado la casa del obispo, donde con don Juan Carrillo y don Juan Pacheco vivia mas como prisionero que de buen grado, el infante don Alonso.

Era la casa del obispo un edificio tétrico, estenso, chato, si se nos permite esta frase, acogido al cimiento de la catedral, como un hongo al pié de una encina. Arrojado de él el obispo por su afeccion al rey, aquella casa se habia ocupado, por decirlo asi, militarmente: donde antes se albergaban las pacíficas mulas de don fray Lope de Acuña, se habian alojado los caballos de una inmensa soldadesca; aquellos claustros, silenciosos poco antes, apenas turbados por el ruido de la pesada planta de un clérigo, resonaban de contínuo por el ferrado crugir de los arneses, y las voces desenfrenadas de pajes, escuderos y mozos de espuela: en la parte superior, en la cámara del obispo, se habia aposentado el abad de san Martin con su cohorte de pajes-hembras, sus perros, sus halcones y sus monteros: no lejos, en una cámara con comunicacion secreta á la del abad, habitaba una

dama, que nadie habia visto, y vivia en compañía de doña Luz de Osorio, que habia acompañado al marqués de Villena: últimamente, este y su tio el arzobispo ocupaban el lugar destinado antes á los canónigos, y en la sala de capítulo, en una cámara improvisada con tapices, vivia contínuamente vigilado por don Pedro Giron, el infante don Alonso.

Aquel amanecer, pues, en la habitacion que ocupaba doña Luz Osorio, acompañada de esta, y servida por doncellas, habia una dama como de veinticuatro años, ocupada en engalanarse. Delante de ella, sentado en un sillon y apoyado en la mesa que servia de tocador á aquella dama, estaba don Ferrante de Silva, profanamente vestido con un trage de corte.

La presencia de un hombre en aquel lugar y en aquella situacion decia lo bastante acerca de la honestidad de las mugeres que alli se encontraban, á juzgar por el estado de media desnudez en que el arreglo de su atavío tenia á la dama de que vamos hablando.

Era esta una de esas mugeres de estatura épica, si se nos permite esta frase; es decir, que en cuanto al aspecto hubiera podido representar dignamente en nuestros dias á Agripina, á Niobe, ó á Lucrecia: la cabellera que tenian entre sus manos las doncellas era tan profusa, que á no haberla sostenido hubiera arrastrado cumplidamente, y tan rica, que apenas la peinadora podia abarcarla en la mano izquierda, mientras con la derecha perdia en ella un ancho peine de oro; bajo aquella negrísima cabellera resplandecia un semblante blanco, con ese tono un tanto dorado de la blancura de las andaluzas, que tanto se distingue de la blancura nacarada y fria de las mugeres del norte: en aquel semblante, la armonía de unas formas poderosamente bellas constituia un todo encantador. Singularmente sus ojos garzos, contínuamente velados por unos espesos, larguísimos y convexos párpados, tenian tal espresion de ardiente avidez, de lánguido cansancio, que era necesario tener un alma decrépita para no sentir la impresion del flúido envenenado que brotaba á torrentes de ellos; su boca, puramente sonrosada, de labios finos y divinamente dibujados, parecia formada únicamente para ins-

pirar deseos; y su cuello, su seno, sus manos, pertenecian á esa musculatura desarrollada, pero mórvida, suculenta, por decirlo asi, de tez densamente compacta y tersa, y de una limpieza admirable: últimamente, su pié y parte de su pierna que se ocupaba de calzar otra de las doncellas, eran de esas formas que si se ven por acaso en una muger al vuelo indiscreto del viento que levanta y descompone una falda, hacen correr una aventura á uno de esos amantes de apostadero que andan á caza de gangas y que tan comunes son en las grandes poblaciones.

Este tesoro de encantos, estaba como hemos dicho, poco recatado, en una especie de bata de seda, ante los ojos de un hombre, y en presencia de mugeres, sin que ni el mas ligero asomo de empacho ni de rubor se notase en su dichosa poseedora, lo que demostraba por sí solo que aquella muger no podia ser otra cosa que una cortesana.

Don Ferrante la miraba de una manera tan natural ó por mejor decir tan indiferente, que en vista de ello podia asegurarse que por la saciedad se habia familiarizado con aquella magnífica coleccion de bellezas, de la misma manera que nos acostumbramos á la vista de un hermoso mueble.

«Acabad de una vez, Linda, decia, en el mismo punto en que levantamos el telon de nuestro escenario para presentarla á nuestros lectores, á una preciosa doncella que la peinaba; nunca habeis estado tan torpe: paréceme que creeis tener entre las manos la cabellera de una montañesa.

—Vuesamercé se ha destrenzado esta noche, y ha debido tener un sueño muy inquieto: teneis enmarañados los cabellos.

—¡Ah, es verdad! Luz, añadió volviéndose á su amiga: yo apostaba á don Ferrante que para cubrirme de pies á cabeza no necesitaba mas ropas que mis cabellos: la apuesta fué aceptada y me ví en la necesidad de destrenzarme.

—¿Y qué apostásteis?

—Esa misma cabellera, que serviria, á perder la apuesta, para airon en el almete de guerra del abad, contra un prendido de perlas.

—¿Y quién ganó?

—Mi cabellera está todavía en mi cabeza y las perlas del abad están en ese cofrecillo, dispuestas para entrelazarse á mi peinado.

—En verdad que doña Angélica podia hacer una Eva casta en un paso de corral, con tal de que se compusiese los cabellos como esta noche; era un fantasma enteramente negro y reluciente, del cual no se veia otra cosa que dos lindísimos pies, á pesar de que estaba enteramente desnuda. Pero doy por bien empleada la pérdida de esas perlas.

—Se dice, sin embargo, que sois un tanto miserable, don Ferrante, observó doña Luz.

—Aborrezco los gastos dispendiosos, amiga mia; gastos que conducen con una celeridad horrible á un dia en que no se tiene nada que gastar; pero cuando esos gastos no son gastos sino siembras.....

—¡Ah! sembrais.....

—Para coger ciento por uno.

—Y el terreno en que sembrais ¿es á propósito?

—Acabo de andar sobre él, y aunque es un tanto seco y fuerte, le he visto ceder, y ablandarse al arrojar sobre él la primera semilla..... arraigará, no lo dudeis, y tendremos un fruto ópimo.... pero por Dios, mis queridas niñas, sois curiosas, y por escuchar lo que jamás entendereis, descuidais el tocado de doña Angélica. Concluid, por caridad, que ya adelanta el dia y es necesario que vuestra señora esté ataviada antes de la salida del sol: hoy es un dia de un tráfago terrible: yo no sabia que fuesen necesarias tantas formalidades, tantas palabras inútiles, y tanto aparato para destituir á un rey.

—¿Con que al fin es hoy, dijo doña Luz?

—Y para qué, si no, nos habiamos de afanar tanto: hoy tendremos un rey, un pequeño rey de once años, á quien es necesario que parezcais muy bien, doña Angélica..... vamos, hijas mias, vamos, acabad por Dios esas trenzas..... asi..... agrupadlas bien; como un velo que se enrolla sobre la frente de una vírgen..... eso es..... ¿Sabeis doña Angélica que la sultana de Granada envidiaria para turbante vuestros cabellos?

—A quien vos dais mas valor sin duda por las perlas que os cuestan.

—Estais admirable, en verdad, con ese peinado..... ahora, corderas mias, procurad no ser muy tardas en apretar los cordones del justillo, y en ceñir sobre ese hermoso cuerpo la túnica que tiene entre las manos Alicia.... Va á hacer un hermoso dia, añadió el abad que se habia levantado y estaba en una de las ventanas.

—Muy bello debe ser, para que parezca tal á través de esos estrechos patios tan sucios, tan denegridos, tan tristes, dijo doña Angélica. ¿Sabeis, señor abad, que me habeis tenido emparedada durante quince dias en una verdadera gazapera?

—De la cual saldreis á una clarísima luz, hermosa señora, ¿habeis concluido ya, palomas mias?

—Sí, dijo doña Angélica; solo falta el manto y yo me lo prenderé. Dejadnos solos.»

Las doncellas salieron.

«Aun falta algo, María, dijo el abad dando otro nombre, acaso el verdadero, á aquella muger apenas quedaron solos, sin otros testigos que doña Luz. El señor Mosen Pierres de Peralta, es un enviado como nadie, y la reina de Navarra una reina como ninguna; ¿qué decis de este collar, prenda mia?»

El abad sacó una caja de terciopelo carmesí de su escarcela, la abrió, y á la luz de las bugías que aun ardian sobre la mesa, brotaron de aquella caja millares de fúlgidos destellos.

«¡Oh! ¡y qué magnífica alhaja!

—Como que es nada menos que un regalo del rey de Francia al de Navarra, que este traspasó á su esposa. Esto es una muestra de lo mucho que debeis esperar de esa noble reina si la servis bien.

—Ya sabeis todo lo que quiero.

—¿Persistis aun en lo de la abadía?

—Sí.

—Pues bien, sereis abadesa, lo que nada impide que tengais joyas: en las abadías acontece que suelen hospedarse con frecuencia caballeros estraviados de noche á intento, y esto es mu-

cho mas frecuente, cuanto mayor es la fama de la hermosura de una abadesa: sucede que á veces, en medio de la noche, esa misma abadesa se engalana, entra como por equivocacion en el aposento del gentil caballero, que finge creer que la que asi se le presenta, no es otra cosa que una dama que anda en busca de su Rolando por el mundo, y no la noble abadesa, que se oculta para todos y que por lo tanto debe ser horriblemente vieja y fea: esta equivocacion hace que el hermoso caballero permanezca algun tiempo en la abadía..... os conozco bien María..... estais poseida del demonio de los placeres, y de la hipocresía.... pues bien, procuraos á fuerza de buenos servicios esa feliz posicion..... para ello seguid bien los consejos de vuestra buena amiga doña Luz.

—¿Decís que la reina de Navarra necesita de mí?....

—Un doble servicio.

—¿Y cuál es?

—El infante don Alonso que hoy será rey, está apartado de su madre y de su hermana..... sed vos para él.....

—¡Cómo, señor! ¿quereis que envenene el alma de un niño?

—No tan niño, no tan niño, María; el infante don Alonso es un leoncillo, que mucho me engaño si no muestra las garras antes de tiempo..... ademas, aunque el infante no está aun en la edad del amor, vuestra dulce y suspirante hermosura le agradará, porque los niños aman esencialmente lo bello: dormidle en vuestro regazo, embriagadle con vuestros besos, dejadle ver vuestros encantos, adelantad para él esa época en que el corazon arde y se dilata al choque de una mirada..... las cosas de Castilla andan harto oscuras y revueltas..... y ¿quién sabe? ¿quién sabe si con el tiempo llegarás á ser la favorita de un rey?

—De un rey de trece años ó de un rey de cincuenta.

—¿Quién sabe, quién sabe? en todo caso, ahí esta vuestra abadía. Entre tanto, cuidad de ocultar los resabios que os quedan aun de vuestro orígen: no pronuncies nunca ese hermoso nombre de Angélica, que yo os he dado para que no podais ser conocida: conservad el vuestro: María. Es tambien un hermoso

nombre. Ahora, antes de que salga el sol, y por el postigo, entrareis perfectamente rebozada en vuestro manto en una litera, é ireis á la casa que os tengo preparada, cuya servidumbre no os conoce, y que espera en vos á doña María de Castro, prima por parte de madre de doña Luz de Osorio, y viuda del noble caballero Alonso Dávila, señor de unas tierras en Sicilia. Afortunadamente os habeis criado en un convento, del que yo os saqué y nadie os conoce. Vamos, pues, mi buena hija: doña Luz sabe lo que debe hacer despues con vos..... hoy es para vos un gran dia, un dia de presentacion..... vamos..... estoy gozando ya con el efecto que vais á causar en la corte del rey don Alonso.»

Dicho esto, las dos mugeres se envolvieron completamente en sus mantos, y precedidas por el abad salieron de la cámara. Apenas habia quedado libre aquella, cuando se levantó un tapiz, y apareció un hombre atlético que adelantó hasta el sitio donde habian quedado las ropas de María.

Aquel hombre era un tipo completo de los rudos caballeros de la edad media; su semblante, cuyas formas eran de una hermosura bravía, tenia sin embargo ese tinte de distincion y de astucia inseparable de todo el que ha estado muchos años ocupando altos oficios de corte: su trage era rico, su poblada cabellera estaba peinada con esmero, cuidadosamente aliñada su larga barba negra, y todo lo que constituia su aspecto era distinguido, fuerte y feroz á la par.

«En verdad, no creia que hubiese una muger tan hermosa en Castilla, dijo demostrando con estas palabras que habia presenciado oculto la escena anterior; doña María ó doña Angélica vale tanto como la mas hermosa hija de nuestras montañas..... estos diablos de abades lo entienden; se tratan como cuerpo de rey, que tiene la fortuna de que sus nobles le dejen tratarse bien. ¡Diablo! si yo hubiera estado alguna vez enamorado, creeria que esta muger podia dar conmigo al traste; pero ¡bah! hemos venido á servir á la reina doña Juana Enriquez, y es necesario no cometer locuras que podian ser en su deservicio. Ese don Luis de Beamonte, conde de Lerin, quisiera verme ahorcado, y yo por mi parte tengo unos grandes deseos de apoderarme

de su baston de condestable. Prudencia, pues, y perseverancia, y Dios dirá.»

Al acabar este hombre su soliloquio, entró de nuevo el abad en la cámara.

«Y bien, ¿qué pensais de lo que habeis visto, Mosen Pierres de Peralta?

—Pienso, que siendo vos tan viejo en esto de amaños, lo habreis preparado todo perfectamente en provecho de mi señora.

—Sí en verdad; pongo una serpiente en el seno del infante don Alonso, y un lazo á los pies de don Pedro Giron.

—¡Las mugeres y siempre las mugeres!

—¡Oh! una muger discreta y hermosa vale para ciertos asuntos todo el oro que pesa.

—Pues no dejaria de ser razonable el valor del oro que contrabalancease el peso de doña María. ¡Hermosísima muger!

—Oid: hombre habrá que si le proponeis honores, poder, riquezas, á trueque de servicios, resista á todas estas tentaciones: pero muy pocos que no enloquezcan y se tornen imbéciles si doña María se propone apoderarse de ellos. Esa muger es un tesoro.

—¿Y dónde habeis encontrado ese tesoro, don Ferrante?

—Es una historia que data de cuatro años: toda una aventura, Mosen Pierres: pero venid conmigo á mi cámara: alli nos tienen preparado un buen almuerzo, con el que creo oportuno que nos fortalezcamos para sufrir sin impaciencia las ceremonias de la destitucion y de la proclamacion, que serán largas y enfadosas.

—A propósito: no os habreis olvidado de enviarme á mi aposento el arnés de uno de vuestros hombres, dentro del cual, y con la visera calada, pueda ver sin ser visto lo que hoy se haga: presentar yo mi rostro seria lo mismo que si asistiesen los reyes de Aragon y de Navarra, lo que podria alterar mucho las cosas, haciéndolas variar de rumbo.

—El arnés está en mi cámara, y vuestro caballo con los mios: saldreis acompañándome, y nadie creerá sino que sois uno de mis soldados á quienes por capricho he mandado calar las vi-

seras: nadie os ha visto en tres dias que hace que habeis venido; atravesamos á la sazon un corredor secreto; mi cámara está cerrada tres puertas mas allá de ella, y nadie nos servirá el almuerzo. Hénos ya aquí. He mandado preparar viandas sólidas y vino de vuestro apellido: esto es, el mejor Peralta que se encuentra en Castilla. Sentaos y servios sin miramiento: este gigote es escelente, y estos ánades cebados á mano.»

Sentáronse amigablemente el abad y el navarro, uno frente á otro, y empezaron á comer y á hablar á un mismo tiempo.

«¿Quereis saber dónde encontré hace cuatro años á doña María? dijo el abad; pues bien, la encontré en un convento: de ahi proviene el que la chica, que sabe perfectamente cuanto vale en estos tiempos ser abadesa, tenga una decidida vocacion al claustro.

—Hay quien dice que aqui los claustros no lo son.

—¿Y qué quereis que hagan esas pobres mugeres, solas y desamparadas en estos tiempos de revueltas? necesitan hacerse amigos protectores, y la amistad no se robustece lo bastante habiendo de por medio rejas: á mas, no puede culpárselas, puesto que el daño, si lo es, no viene de ellas: no hace diez años que el rey hizo á una de sus mancebas, á doña Guiomar do Sousa Coutiño, abadesa de un convento de Toledo: mas cerca aun, la fundacion del monasterio de san Gerónimo del Paso, se debe á una galantería escandalosa de don Beltran de la Cueva para con la reina, galantería que hizo tanta gracia al rey, que no supo como solemnizarla sino fundando un monasterio de Gerónimos. Así va ello.

—Pero en fin, ¿cómo fue vuestro hallazgo?

—Yo, bueno es que lo sepais, Mosen Pierres, he procurado gozar siempre de la vida cuanto me ha sido posible, y he sido hombre de aventuras: evitando siempre cuidadosamente los escándalos, he sido dos en uno: durante el dia, delante de la comunidad, un abad como yo comprendo que debe ser un abad; tremendo, rígido, observador de la regla, é intolerante en los abusos: á solas en mi cámara, que habia cuidado de proveer de una escalera escusada y de un postigo que daba á una ca-

lleja, servido por gentes discretas, un hombre de vida alegre, siempre que no hayan podido fijarse en mí los ojos del mundo. Cuando llegaban esas oscuras y tempestuosas noches de invierno, en que no se ve un bulto á quince pasos, ensanchaba el círculo de mis placeres, esto es, los iba á buscar por sorpresa fuera de la abadía.

»Aconteció, pues, que una de esas noches, salí yo á punto del toque de queda de la abadía, cumplidamente rebozado en un tabardo y calada hasta las cejas una gorra, en demanda de la casa de una tal Teresa, muger de brios, y de carnes, colorada, fresca, y un tanto desvergonzada, que por aquel tiempo era una de mis sanguijuelas.—Comed de este jamon, Mosen Pierres, es esquisito.»

Hizo aquí una pausa el abad, para vaciar el vino contenido en un enorme cubilete de plata.

«¿Y sin duda fuísteis vos el sorprendido?

—Así es: la Teresa cenaba alegremente con cuatro rufianes, y yo, que siempre he tenido gran confianza en mis puños, y que soy poco sufrido, envistí con ellos. Pero es el caso, que ellos á su vez envistieron conmigo, me llevaron por delante á estocadas, porque eran cuatro demonios, en cuyas manos no quedé por un milagro: la casa de la Teresa estaba junto á las tapias de santo Domingo el real, y como los rufianes me acosasen hasta ellas, dí sin pensarlo de espaldas contra un postigo, que cedió á mi empuje, y se abrió: los rufianes que temieron que yo hubiese retrocedido de intento para meterlos en una celada, se hicieron atrás, y yo que habia probado la fuerza de los puños con aquellos bribones que me habian obligado á desplegar toda mi destreza, tuve por conveniente cerrar el postigo, corriendo sus cerrojos: encontreme pues, en la huerta del convento.

—Y en la huerta, con María que esperaba á alguno, observó Mosen Pierres.

—No menos que al sacristan de las monjas, contestó el abad; el tal mancebo era una especie de tuno que habia encontrado demasiado hermosa para monja á María, y habia tenido medio

de decirla que poseia la llave del postigo. La muchacha era materia dispuesta, y el diablo hizo que cuando acudia á la cita del mozo, se encontrase conmigo. Puesta entre un sacristan y un abad, debeis presumir que su eleccion recaeria en mí. Por lo tanto, la saqué del convento, al que no ha vuelto, la deposité en una casa segura, hice dar una paliza á la señora Teresa, y me entregué enteramente al amor que María me habia inspirado, y del que me ha curado el tiempo: pero en ese tiempo he descubierto que la tal moza vale un tesoro: tiene el corazon mas duro que una coraza de Milan, es astuta como una serpiente, lasciva bajo un velo de hipocresía impenetrable, á propósito para cuanto se exija de ella. Confiad, Mosen Pierres.... el infante don Fernando de Aragon será rey de Castilla, porque la mano de María cumplirá lo que está escrito en los astros.

—¿Y esa muger no tiene nombre?

—Ni padres: la dejaron hace veinticuatro años recien nacida en el torno de las monjas una mañana, y desde entonces acá, nadie se ha presentado á reclamarla por hija. Ahora que ya sabeis la historia de esa muger, y que hemos concluido el almuerzo, bueno será que os armeis, para lo cual yo mismo os serviré de escudero.»

Levantóse el abad y llevó al navarro á una habitacion inmediata, donde arrojadas sobre la alfombra se veian todas las piezas de un arnés de punta en blanco.

«Ahora, le dijo el abad cuando estuvo armado, desafio al mas lince que os conozca: ¡hola! gritó llamando.»

Entró un escudero.

«Acompañad á este hidalgo, le dijo, señalando á Mosen Pierres que tenia la visera calada; llevadle á las caballerizas y entregadle el caballo que os he dicho: luego cabalgad á su lado, y servidle.

—Muy bien, señor.

—¿Han salido ya nuestras lanzas?

—Si señor.

—¿Y el infante don Alonso?

—Está acabando de engalanarse.

—Bien, pues hasta luego, añadió el abad estrechando amigablemente la mano de Mosen Pierres de Peralta, que estaba cubierta por una fortísima manopla.»

El navarro y el escudero salieron; el abad dió la última mano á su atavío, se rodeó de sus pajes y de su servidumbre, y fue á la cámara del infante.

CAPITULO VIII.

De lo que hicieron algunos nobles de Castilla con la estátua de Enrique IV en los campos de Avila.

Fuera de los muros de la ciudad, como hemos dicho, se habia levantado un tablado altísimo cubierto de tapices, y en medio de él, sobre un estrado, se habia puesto una silla real que estaba vacía. Alrededor de aquel cadalso, se habian puesto estrados para damas y nobles, y el pueblo habia llevado carretas para ver mejor encaramado sobre ellas. Desde muy temprano la llanura se habia henchido de gente, no solo de la ciudad si no tambien de los pueblos comarcanos, un bosque de lanzas rodeaba el cadalso y los estrados, y los ardientes rayos del sol hacian brillar, de una manera deslumbrante, una muralla circular de yelmos y coseletes.

Era cerca del medio dia: los estrados de la nobleza estaban cubiertos de damas que levantaban sobre sus cabezas para guarecerse del sol sus ventalles de plumas, y de caballeros que ardian al par bajo la doble influencia de las miradas de las damas y del calor de la estacion.

Sobre aquella multitud volaba un marcado rumor de impaciencia, porque ya era el medio dia y aun no se habia empezado el auto sin ejemplo que se esperaba; al fin de la parte de la ciudad resonaron trompetas y atabales, y por medio de la multitud que abrió calle, llegó hasta el cadalso un largo cortejo.

Abria la marcha un escuadron de lanzas del marqués de Villena; despues, en unas andas, rodeada de multitud de nobles á caballo, venia la estátua del rey Enrique IV, sustentada por cuatro rico-hombres; seguia un aparato de corte, entre la cual, sobre un magnífico caballo blanco, cuyas riendas llevaban á pié dos infanzones, venia el infante don Alonso ricamente ataviado, acompañado del marqués de Villena, y del maestre de Calatrava, cada uno de los cuales llevaba sus respectivas insignias de los grandes maestrazgos de Santiago y Calatrava; delante del infante iba precedido por reyes de armas el alférez mayor del reino con el estandarte real desplegado; seguíanle cuatro altos funcionarios que ejercian los empleos de condestable, almirante, gran escudero y alcaide de los guardas mayores. Inmediatamente, bajo palio, revestido con los ornamentos pontificales y rodeado de su alta clerecía, marchaba don Alonso Carrillo, arzobispo de Toledo y gran canciller de Castilla, tras el cual marchaban sus gentiles hombres, sus pajes, sus escuderos, su bandera señorial y sus ginetes. Despues venian armados de todas armas el conde de Plasencia, el maestre de Alcántara, el conde de Medellin, el obispo de Coria, el conde de Benavente, el de Paredes y el de Haro, Diego Lope de Estúñiga, y otros muchos caballeros y gentiles hombres. Seguian, reunidas en escuadron, las banderas de todos estos señores, y tras ellas, mezcladas como en muestra de union y alianza, las lanzas de sus mesnadas, tras las que venian sus ginetes, sus peones y sus tiros de artillería; el campo parecia cubierto de hombres armados, y era aquel un respetable ejército, puesto que ascendia á ocho mil caballos, treinta mil peones, y veinte lombardas.

Toda aquella gente se estendió bajo las murallas de Avila en muestra de batalla, y el cortejo adelantó y entró en el círculo demarcado por los hombres de armas en derredor del cadalso donde estaba la silla real, en la cual fue colocada la estátua del rey con manto, corona, cetro y espada; seguidamente el marqués de Villena, el gran maestre de Alcántara, el conde de Medellin, el comendador Gonzalo de Saavedra, y el secretario Alvar Gomez, llevaron al infante á gran trecho del cadalso, donde ya ha-

bian subido los reyes de armas, los farautes, los trompeteros, dos secretarios, el arzobispo don Alonso Carrillo, don Alvaro de Zúñiga, conde de Plasencia; don Rodrigo Pimentel, conde de Benavente; don Diego Lope de Estúñiga, y otros altos oficiales.

Entonces el arzobispo de Toledo dió un pergamino rollado y sellado al rey de armas Monreal, que se adelantó á un ángulo del tablado, y despues de haber sonado con gran estruendo por tres veces clarines y timbales, el dicho rey de armas leyó lo siguiente:

«¡Atended! ¡atended! ¡atended! Por cuanto conviene para la salud de estos reinos, acabar las causas que son en su perdimiento y daño, los rico-hombres, prelados y caballeros que abajo signan, reunidos en la ciudad de Avila: visto que el rey don Enrique el IV no pone enmienda en sus tiranías, cohechos, dispendios y dolos, declaran que el dicho rey es incapaz de reinar por cuatro causas: primera, por injuriar la justicia y los fueros de estos reinos, permitiendo que se cometan desafueros de todo género por los traidores que están apoderados del estado y casa real, en mengua y deservicio del reino, por lo que suceden grandes calamidades, disturbios y guerras civiles, por lo cual debe quitársele la administracion de justicia; segunda: que siendo claro y notorio á todos por sentencia de tribunal eclesiástico que se pronunció en otros tiempos para el repudio de la princesa doña Blanca por impotencia debida á hechizos, ha osado dicho rey á hacer jurar princesa heredera á una infanta que por dicha impotencia, que aun no ha sido contradicha, no puede ser su hija, merece por esta razon se le despoje de la gobernacion del reino, de la que abusa á su antojo; tercera: que estando escandalosamente empeñadas las rentas reales, y disipadas sus mercedes entre hombres bajos, que le ayudan en sus tiranías, merece perder la administracion del reino; y cuarta: que teniendo entregados su poder y su honra á su privado don Beltran de la Cueva, al que ha ennoblecido, enriquecido y honrado con daño y ofensa de la justicia y de la conveniencia pública, debe perder el trono y el asentamiento de rey. Otro sí, que no pudiendo subsistir el reino sin cabeza que le rija; no teniendo herederos

legítimos el dicho rey don Enrique IV, y quedando de la descendencia del señor rey don Juan el II (que gloria haya) su señoría el infante don Alonso, los nobles que esta carta firman, han acordado, en nombre del reino y mirando á la conveniencia pública, destituir, exonerar y lanzar del reino al dicho rey don Enrique por las causas sobredichas, y levantar al trono á su señoría el infante don Alonso. Todo lo cual será confirmado luego por las córtes del reino. Dada en la ciudad de Avila á cinco de junio de mil y cuatrocientos y sesenta y cinco años.»

Despues de esto, el rey de armas leyó con voz fuerte, lenta y campanúda los nombres de los nobles confederados.

Dominaba entre el concurso un silencio de asombro, casi de miedo; era aquel un hecho sin ejemplo en los anales de Castilla, y que se llevaba á cabo por los rebeldes con un atrevimiento infinito.

Seguidamente el arzobispo de Toledo se acercó á la estátua y la arrancó la corona de la cabeza: el conde de Benavente le quitó el baston, el conde de Plasencia el estoque, y en fin, don Diego Lope de Zúñiga la despojó del manto y la arrojó de la silla, y luego del estrado al suelo rodando por la gradería.

En el momento, los grandes que acompañaban al infante le llevaron al cadalso, le revistieron de las insignias reales, le levantaron sobre sus hombros y los heraldos gritaron mientras el alférez mayor tremolaba el estandarte real:

«¡Castilla! ¡Castilla! ¡Castilla! ¡por su alteza el rey don Alonso el XII!»

Sentáronse en la silla, y uno tras otro subieron los nobles y las damas, que se hallaban presentes, al cadalso, juraron en las manos del arzobispo de Toledo, sobre los Santos Evangelios, pleito homenaje y fidelidad al nuevo rey, y sucesivamente le besaron la mano como en señal de vasallaje.

Entre aquella corte deslumbrante de galas, los ojos del jóven rey se fijaron en una hermosa dama que posaba en él una mirada maternal, dulce, amorosa, como la de una muger que sonrie al fruto de sus amores; aquella muger magníficamente ataviada, acompañada de otra, adelantó al llegar su turno al estrado real,

se arrodilló y estrechó contra sus lábios la pequeña mano que don Alonso le habia tendido: el dulce fuego de aquella boca hechicera hizo sonreir de una manera dulce y lánguida al jóven príncipe, en cuya hermosa frente parecia fija por el destino una marca fatal.

«¿Quién sois, señora? la dijo, mirándola con ese dulce afecto que es el amor de los niños.

—Soy doña María de Castro, señor, contestó la dama, viuda de Alonso Dávila, y prima de doña Luz Osorio.

—¿Y estais para mucho tiempo en la corte?»

María destelló una tímida y ruborosa mirada sobre don Alonso, que á pesar de sus pocos años se sintió dominado.

«Permaneceré en ella, dijo María, cuanto tiempo quiera vuestra alteza.

—Y yo os procuraré el medio de que permanezcais, señora.»

María pasó con doña Luz haciendo una profunda reverencia al rey y este suspendió por un momento el besamanos para dirigirse á don Pedro Giron que estaba junto á él.

«Quiero pedirte un favor, maestre, le dijo.

—El rey mi señor, puede mandar al mas fiel de sus criados.

—Estoy solo, bien lo sabes, Giron; y me consumo de tristeza.

—¿Y no hay algo que pueda aliviar de esa dolencia á vuestra alteza?

—Mira: aquella dama (y señaló á María), me parece tan dulce al mirarme como la reina mi madre.»

El maestre miró profundamente á María y palideció de emocion; los ojos de la cortesana fijaban en los suyos una mirada satánica.

—Esa dama es maravillosamente hermosa, dijo.

—Yo no sé, maestre, pero quisiera que estuviese en el alcázar entre mi servidumbre. ¿No se acostumbra eso?

—No sereis, señor, el primer rey, en cuyo alcázar haya vivido una dama ocupada espresamente en su servicio. Esa dama, si se presta á ello, os servirá.

—Haz lo que sea necesario que se haga: mientras esté separado de mi madre y de mi hermana....

—¡Ah! ¡señor! esa dama pasado algun tiempo podrá ser mas que vuestra madre.»

El rey, cuya alma no se habia abierto aun á eso que se llama mal y que no es mas que una condicion de la naturaleza humana, miró de una manera vaga á don Pedro.

«No te entiendo, maestre, le dijo.

—Seguid, seguid, señor..... luego yo os esplicaré..... por ahora la corte nos observa; concluyamos.»

El besamanos siguió: cuando hubo concluido, el rey, la corte bajaron del cadalso y con el mismo órden que habian traido volvieron á la ciudad.

El pueblo se dispersó descontento: hay una intuicion que habla á las naciones y las revela como un instinto supremo cuanto atenta á sus derechos, y esa intuicion les decia que aquella traicion de la nobleza era un insulto hecho al pueblo: al pueblo, en quien reside de una manera invariable la soberanía nacional: al pueblo, en quien refluyen directamente los males ó los beneficios de una administracion: la destitucion de Avila está reconocida por la historia como un acto abusivo, como una rebeldía, como un desafuero. El pueblo lo sentia asi, asi lo han sentido las generaciones subsiguientes, y el rey don Alonso XII, elevado á un trono fantástico por la faccion de don Juan Pacheco, no ha logrado ser inscripto en la cronología castellana.

Sin embargo, aquel reinado ilusorio sirvió de mucho para los acontecimientos políticos de Castilla, como verán nuestros lectores en las páginas subsiguientes.

CAPITULO IX.

De como el maestre de Calatrava cayó al fin bajo la influencia del diablo del amor.

Celebróse con gran pompa en la casa del obispo, convertida en alcázar por las circunstancias, la proclamacion del infante don Alonso.

Hubo aquella tarde sortijas, toros y cañas en la plaza de Avila, y al toque de queda, cansado el infante, se retiró á su cámara, donde quiso que le sirviesen solo la cena.

Durante toda aquella tarde el maestre habia sostenido con el jóven rey una plática que le habia hecho sonrojarse mas de una vez: el maestre, advertido por don Ferrante de Silva acerca del influjo que podia ejercer en el jóven, que aunque apenas habia cumplido los doce años, estaba prematuramente desarrollado, la hermosura de María se habia ocupado en rasgar ese cándido velo de inocencia, que hace un ángel de un niño, y que al desvanecerse solo deja tras sí una existencia combatida por las pasiones.

Si la noble reina doña Isabel de Portugal hubiera visto á su hijo entregado á las pérfidas sugestiones de un cortesano tan corrompido como don Juan Pacheco, se hubiera estremecido de terror.

Don Alonso, cuya inteligencia alcanzaba á un grado estraordinario, comprendió cuanto el maestre habia querido que comprendiese: supo que existia un ser por el cual se afana el hom-

bre, por el que lo emprende todo; pensando en el cual corre tras la riqueza, tras el poder, tras el mando: la muger. El maestre habia velado estas revelaciones tras la necesidad de que don Alonso contrajera un enlace para dar un sucesor á su corona: asi es que cuando el rey encerrado en su cámara vió que quien le servia la comida era María, no la consideró como antes como una madre ó una hermana, sino como aquel ser magnífico de que le habia hablado el maestre; como el ángel humano, cuyos brazos recompensan dulcemente las penas de un corazon que late, y cuyos labios recogen los suspiros de un alma que adora. La situacion en que se encontraba don Alonso era una de las mas peligrosas situaciones en que puede encontrarse un adolescente, cuya alma está vírgen, y lo ve todo tras un velo mentiroso que sublima lo bello, lo encantador.

María era una de las mugeres mas á propósito para envenenar el alma de un adolescente: el vicio era en ella la vida; pero estaba encubierto con una apariencia tal de pureza y de candor, que el candor y la pureza debian necesariamente por simpatía adherirse á ellos: los pajes y los servidores estaban fuera, las viandas solo eran servidas á don Alonso por María, por disposicion del maestre de Calatrava y de don Juan Pacheco.

Si la pobre reina viuda hubiera visto en aquella situacion á su hijo, acaso con su invencible fuerza de carácter le hubiese salvado; pero el príncipe don Alonso estaba solo, en poder de la traicion y entregado á Satanás.

Debemos justificar la influencia de una muger de veinte y cuatro años en un niño de doce, con respecto al amor: tememos que al decir que el alma de don Alonso se envenenó en las miradas y en los encantos de María, se nos tache de exagerados; y sin embargo, hay una edad cuyo recuerdo hace suspirar al hombre por sus rosadas ilusiones perdidas, en que el sol tiene color de oro; en que la primavera habla al alma con un lenguaje eminentemente puro y poético; en que, en fin, se vive: entonces la sensibilidad es mas esquisita por cuanto está menos gastada y la naturaleza obra con una fuerza inesplicable porque está vírgen.

María no sabia esto, pero lo comprendia: la hermosura de

don Alonso hablaba de una manera demasiado alta á su sensualidad: el jóven rey era tan hermoso como una muger: el abad de san Martin habia corrompido el alma de María: era rudo, feroz, crecido en años, y la jóven tenia sed de amor: sintió un deseo impuro por don Alonso, vió en él un hermoso juguete y le ambicionó. ¿Qué la importaba romperle despues? Nunca las miradas de una muger fueron tan mortíferas; jamás un hombre gozó tanta felicidad. Apenas se habia concluido la comida, y ya don Alonso espresó su deseo de no separarse de María. Esta despidió á la servidumbre, y se quedó sola con él; sin embargo, habia una persona que la espiaba detrás de los tapices de la cámara: aquella persona era don Pedro Giron.

«¿Teneis algo que ordenarme, señor? dijo á don Alonso María, cuando acabó de servirle la comida.

—¡Mandaros, señora! yo creo que vos sois aqui quien puede mandar; dijo ruborizándose don Alonso.

—Sois el rey de Castilla, señor.

—Mirad, soy muy jóven, dijo don Alonso; pero creo que lo que se ha hecho hoy va á traer muchos males. Me dan miedo todos esos nobles que me andan alrededor. Solo me encuentro bien desde que estoy junto á vos, no sé por qué, pero cuando pienso en que he de dejaros de ver me aflijo, temo: mi madre me hablaba de un hermoso ángel que está encargado de guardar las almas de los hombres: yo creo que vos sois para mí un ángel, señora.

—¡Oh, y qué hermoso es! esclamó María dejando escuchar al príncipe estas palabras mientras sus ojos estraviados por un pensamiento impuro devoraban á su vez la mirada de don Alonso.»

El jóven no supo qué contestar á estas palabras, eran para él un lenguaje desconocido.

«Decidme, señor, esclamó María acercándose á él, y asiéndole una mano, ¿cómo me mirais, cómo una hermana?

—No, no; os miro de otro modo que á la infanta doña Isabel.

—Rey don Alonso, esclamó María, ¿sabeis lo que es una muger que ama?

—¡Oh! yo no sé, yo no sé si no que me haceis daño, señora, pero un daño que me hace gozar.

—¿Pero me amais?

—¡Amaros! ¿que si os amo? sí, yo quiero teneros siempre junto á mí; sois muy hermosa, señora.

—¡Oh! señor abad de san Martin; me habeis entregado un niño con cuerpo de hombre y con una hermosura que deslumbra para que le despedace..... Pues, bien, ese niño, me inspira.... no sé..... pero es mio y no le soltaré, pensó para sí María; es rey..... rey de farsa..... pedid á Dios que yo no le haga rey de hecho..... amor, placer y ambicion á un tiempo.... pues bien.... suceda lo que quiera: tiempo es ya de que yo sea feliz alguna vez.

—¿Os vais, señora? dijo don Alonso, no sabiendo interpretar de otro modo el silencio de María.

—¡Ah! señor, ¿sentiríais que me fuese?

—Me encuentro bien junto á vos.

—Pero vuestra alteza comprenderá que no está en uso el que una dama sirva inmediatamente en su misma cámara á un rey.

—Es, señora, que yo soy un niño.

—Comprendeis ya, dijo con estrañeza María, que un niño pueda ser tratado por una muger de distinta manera que un hombre.

—Don Pedro Giron, señora, me ha hecho comprender muchas cosas: me ha dicho que una muger no es solamente para un hombre, una madre, una hermana ó una amiga: me ha dicho que se puede esperimentar junto á ella una felicidad mayor, y yo comprendo esto mas bien que por sus palabras por el bienestar que siento junto á vos; me mirais de otra manera que mi madre, y como la suya, vuestra mirada es tierna y dulce: yo amo á mi madre y á mi hermana, y os amo tambien, pero de distinto modo.

—Sois rey, señor, y pensarán en casaros.

—¿En casarme, señora? aun no es tiempo.... acaso como os he dicho y como dicen ¿no soy todavía un niño?

—Pero vuestra juventud, señor, no va al igual con vuestra

inteligencia, que escitada por las desgracias es ya la inteligencia de un hombre. Conservais esa inmaculada pureza de la infancia, de que ha querido en vano despojaros de una manera ruda el maestre de Calatrava, porque esto conviene á sus intereses, y me han arrojado junto á vos para que os envenene el alma. ¡Líbreme Dios de ello! Vos crecereis..... los años tal vez os hagan conocer que habeis tenido junto á vos un corazon leal y acaso.... acaso....»

María se detuvo respetando el pudor de aquel pequeño rey.

«¿Acaso qué? dijo con una curiosidad infantil don Alonso.

—Acaso, cuando vislumbren que yo no sirvo sus villanos intentos, me separen de vos; dijo María dando otro giro á sus palabras.

—¡Separarme de vos! ¿acaso me han hecho rey para que no tenga voluntad propia? esclamó con un valiente y generoso arranque don Alonso.

—¡Ah, señor, por Dios! no os mostreis nunca delante de esas gentes tal como os acabais de mostrar delante de mí.

—Ellos me han robado del lado de mi madre: ellos me han obligado á ser rey, ellos me han jurado pleito homenaje: son mis vasallos, y yo su señor.

—Pero señor que nada puede, porque está en manos de traidores: si comprenden que no pueden hacer de vos lo que quieran, os matarán..... y eso seria horroroso.....

—¡Cómo! ¡esa gente!....

—Los que se han atrevido á destituir á su rey, atentarán mañana contra vos..... doblegaos, señor, esperad, creced, robusteceos, y cuando podais, herid de una vez, y solo una vez: entre tanto para estas gentes no sois mas que un medio.... seguid mis consejos, y sereis rey.»

Don Alonso fijó sus hermosos ojos en María, dudó un momento y al fin dijo:

«Pues bien, me entrego enteramente á vos, doña María: sed mi madre ya que el cielo me ha separado de la mia..... yo os amaré y os obedeceré.

—Pues bien..... prestaos á todo..... disimulad vuestro enojo

cuando la conducta de esos hombres os contraríe.... si os levantais ahora, jóven, sin esperiencia, sin mas consejos que los de la cándida virtud que os ha inspirado vuestra madre, caereis..... sí, caereis dejando el reino en que habeis nacido, y por el que debeis sacrificaros, entregado al poder de ambiciosos y traidores. No olvideis cuanto os he dicho, señor, y ahora dejadme partir; una larga permanencia en vuestra cámara podria hacer sospechar de mí á esas gentes. Adios, señor.

—Id con él doña María, y estad segura de que os obedeceré.»

María se arrodilló, besó una mano á don Alonso y salió de la cámara; fuera de ella la esperaban sus pajes y sus dueñas.

«Yo respetaré la pureza de ese niño, pensaba la cortesana: esperaré tres años..... y entre tanto me apoderaré de tal modo de su corazon, que seré la reina verdadera, por mas que arrojen en su tálamo una infanta.... pero es necesario luchar de astucia contra astucia; pues bien, lucharé.»

Al salir á las galerías adelantó hácia ella un hombre; aquel hombre era el maestre de Calatrava que la ofreció su brazo.

«Y bien, señora, la dijo: ¿qué pensais de nuestro leoncillo?

—Pienso, señor, que es un niño que solo sabe hablar de su madre.

—Yo creo que ese niño tiene ya mucho de hombre, y que nos ha de dar que hacer.

—¿Para qué, pues, le habeis puesto en mis manos?

—Habeis salido demasiado pronto de la cámara.

—Qué, señor, ¿creeis tan fácil de vencer la pureza que ha imbuido la reina doña Isabel en el alma de su hijo?.... Yo le fascinaré, os lo juro; pero necesito tiempo.... entre tanto, señor, dejadme obrar, todo lo que necesitais es que ese pequeño rey no atraje vuestro camino, y yo os afirmo que no os entorpecerá en vuestros negocios.

—En todo caso.....»

El maestre se detuvo y María tembló.

«Se le encierra en un convento.... no nos han de faltar re-

yes.... por esta razon casi casi estoy pesaroso de haberos empleado tan mal.

—Cómo, señor, ¿me creeis mal empleada?

—Cierto; sois demasiado hermosa para nodriza.

—Sin duda: vos creeis que seria mejor....

—Para amiga de un noble caballero que enloqueciese con vuestros encantos, y os hiciera rica y feliz: debe ser muy difícil de llevar la viudez á los veinte y cuatro años.

—Es que yo, señor, soy demasiado exigente, demasiado dura, para que no sea necesario un gran amor de parte de quien pretenda dominar mi carácter.

—Quereis decir que se necesitaria de una gran paciencia....

—Qué quereis, señor; yo no soy una de esas mugeres que se venden al interés ó al orgullo: si alguna vez prescindo de mis creencias y de mi decoro, necesitaré estar loca, y para enloquecerme seria necesario mucha abnegacion, mucha fé, muchos servicios en el hombre que me amase.

—De modo que sois una fortaleza inespugnable.

—Hasta ahora, señor, nadie ha podido dudar de mi honra.... mañana acaso, un amor insensato me estravie; pero no conozco aun á nadie que pueda inspirarme ese amor.

—¡Ah! ¡malditos cincuenta años! esclamó el maestre.

—¿Os pesan?

—Me pesan por vos.»

María se soltó bruscamente del brazo del maestre.

«Me habeis ofendido don Pedro, y de una manera á que no he dado ocasion.

—Perdonad, perdonad, señora; pero el que os hayais ofendido no impedirá el que yo sienta por vos un deseo voraz, inmenso, que no he sentido jamás; estoy seguro que este deseo se convertirá en amor, y que este amor será terrible, como el de un hombre que ama por primera vez.

—¿Y ese amor seria bastante para haceros pedir una dispensa al Papa, para haceros dejar vuestro maestrazgo, y ofrecerme el nombre de vuestra esposa?

—Creo que no seriais tan exigente para con el rey.

—Yo os he ofrecido envenenar su alma, no ser su manceba.

—Necesitamos entendernos, señora.

—Procurad vos que nos podamos entender.

—¿Hasta cuando, doña María? dijo el maestre dándola la mano para entrar en una litera que la esperaba á la puerta de la casa del obispo.

—Mi casa estará siempre abierta para vos, don Pedro.

—Aprovecharé ese ofrecimiento señora, para veros con frecuencia, dijo el maestre besando una mano á María, que entró en la litera.

—¡Oh! es necesario mucha paciencia y mucha astucia para facilitarme el camino que se me abre, pensó la jóven á punto en que se ponia en movimiento la litera: esa gente no quiere rey, sino un fantasma que los autorice.... bien.... adormezcámoslos... confiémoslos, y acaso á caso, yo haré de ese niño un hombre y de ese hombre un héroe.»

Cuando llegó María á la casa que la habia procurado don Ferrante, encontró á este y Mosen Pierres de Peralta, en una cámara magníficamente alhajada.

«Os presento, hermosa señora, la dijo el abad, al enviado de la reina doña Juana Enriquez: quiero que vos misma le digais lo que puede esperar de vos.

—Decid á su alteza que estoy dispuesta á servirla, contestó María, sosteniéndose en una línea de prudente reserva.

—Pero el rey, señora.... dijo Mosen Pierres.

—El rey me ama como á una madre....

—El rey que ahora es niño, y á quien ella hará que sea hombre antes de tiempo la amará como á una amante... decidlo así á la reina, Mosen Pierres.

—¿Y el maestre de Calatrava?.... insistió el navarro.

—¡Oh! el maestre de Calatrava me ha pedido permiso para visitarme.

—Es cuanto deseaba saber, señora, dijo Mosen Pierres, y como supongo que estareis cansada, os dejo: mañana tendré la

honra de venir á presentaros una espresion del aprecio con que os mira la reina mi señora.»

Dicho esto, Mosen Pierres de Peralta saludó profundamente á María y salió con don Ferrante.

«¡Oh! me tratan como á una ramera cuyos ojos son bastante poderosos para corromper á un niño, y para enloquecer á un viejo impuro.... es la primera vez que siento vergüenza y la devoro.... que Dios perdone á los padres que me abandonaron, porque su abandono ha perdido á su hija.»

La jóven estaba en una de esas situaciones que engrandecen el alma, ensanchando el círculo de esos deseos que regeneran y que hacen que la vergüenza del pasado haga mas enérgicos, mas decididos los actos del porvenir; María se sentó en un sillon, reclinó la cabeza en una de sus manos, y quedó profundamente pensativa.

Entre tanto decia el abad á Mosen Pierres.

«Acontece mejor de lo que pudieramos desear: apostaria mi beneficio á que esa loca está enamorada del rey: por lo que he observado, el maestre de Calatrava siente por esa muger uno de esos amores que dan al traste con un hombre, singularmente cuando no ha amado nunca, y está acostumbrado á que se realicen sus deseos. María cometerá cuando menos se piense una torpeza, porque no hay muger enamorada que no sea imprudente: los celos del maestre, harán mas que lo que pudieran hacer todos nuestros esfuerzos: la venganza de María será terrible si llega el caso que presumo: un poco de espera: el tiempo necesario para que don Alonso pueda ser amante de hecho: tres años, y todo está concluido: el infante y el maestre no nos estorbarán.»

Tras esto, el conspirador y el mensajero de la reina de Navarra se encaminaron á la casa del obispo, y entraron en ella por un postigo escusado.

FIN DEL LIBRO TERCERO.

LIBRO IV.

María.

CAPITULO I.

Que es muy corto porque solo se ocupa en relatar compendiosamente lo que pasó durante seis meses en Castilla.

ERA el año de 1466 y por el mes de enero.

Durante los seis meses que transcurrieron desde el dia de la escandalosa destitucion de Avila, Castilla estuvo entregada á la anarquía. No habia partidos ni opiniones fijas: á medida que las mercedes del rey ó las rivalidades de los caballeros de los respectivos bandos venian á alterar los acontecimientos, variábanse ó mudábanse con ellos las opiniones, los juramentos y hasta las costumbres de los nobles: aquello era un vergonzoso mercado en que una espada, por mas ilustre que fuese, se vendia al que la daba mas precio.

Lo que acontecia respecto á los grandes, acontecia con las ciudades: pedian estas concesiones sobre concesiones, fueros sobre fueros: tan pronto alzaban pendones por don Enrique como por don Alonso. La reina viuda y la infanta doña Isabel andaban de Castilla á Portugal pidiendo socorros al rey don Alonso, en pro del rey don Enrique. En Navarra, el conde de Lerin, renovaba amistades con el ya condestable Mosen Pierres de Peralta, y olvidaba sus compromisos con el bando beamontes, escitado por la ambicion de casarse con doña Leonor, hija bastarda del rey don Juan. Por resultado de estos conciertos, y como de rechazo, Navarra y Aragon hacian la guerra á Portugal, estorbando de esta manera que el rey don Alonso prestase una ayuda eficaz á su cuñado don Enrique: el almirante don Fadrique continuaba con los confederados viviendo tan pronto en la corte de su cuñado el rey don Juan, como en la de don Alonso.

Por la parte de Granada, muerto el rey Ebn Ismail, que generalmente habia sostenido la paz con Castilla, le sucedió su hijo el infante Abou 'l-Hhassan, que feroz y valiente de suyo, escitado ademas por las sugestiones de la sultana Zoraya (Isabel de Solís ó Blanca, como mejor queramos), tenia en contínuo movimiento y rebato sobre la frontera al condestable don Miguel Lúcas de Iranzu, que residia generalmente en Jaen, y á don Martin de Córdoba que se aposentaba en Ecija.

Al par de estas guerras esteriores dábanse cercos, encuentros y batallas entre los dos bandos opuestos: encontrándose frente á frente dos reyes y dos pendones reales en un mismo reino que se desangraba destrozado por la guerra civil.

Sucesivamente tomaron los rebeldes á Peñaflor, y cercaron á Simancas, cuyos defensores arrastraron á los mismos ojos del arzobispo de Toledo su estátua, como desagravio de la afrenta hecha al rey don Enrique en Avila, y seguidamente hicieron levantar el cerco á los confederados, que fueron batidos en su retirada sobre Tordesillas. Con este revés se trató de avenencia y se vieron, precedidos seguro por ambas partes, el rey don Enrique y el marqués de Villena. Redújose el rey á licenciar su ejército acosado por la falta de dinero, y el marqués de Villena pactó que el in-

fante don Alonso dejaria el nombre de rey, que se casaria con la infanta doña Juana, y se reduciria al poder de su hermano, siempre que se ajustase el casamiento de la infanta doña Isabel con el maestre de Calatrava.

Este concierto que era enteramente opuesto á los intereses de doña Juana Enriquez, que dominaba de una manera absoluta á su marido el rey de Navarra, fue causa de que viniese de nuevo á Castilla Mosen Pierres de Peralta, y encendiese de nuevo la guerra que continuó con mas fuerza. El infante don Alonso, cansado de cuerpo y de alma, acosado ya en su primera juventud por las pasiones, estaba retenido y como preso entre los confederados que le impedian de este modo el que huyese para someterse á su hermano.

Pero á pesar de todos los esfuerzos de Mosen Pierres de Peralta para deshacer estas paces, estaba demasiado en los intereses de la faccion de don Juan Pacheco el casamiento de la infanta doña Isabel con don Pedro Giron, para que el concierto no se llevase á cabo.

Llevóse en efecto, aunque los confederados, á pesar de haberse reunido con el rey en Valladolid, conservaron en rehenes, y siempre con el título de rey, al infante don Alonso. Desterróse de la corte á Beltran de la Cueva y á don Pedro Gonzalez de Mendoza, la reina viuda doña Isabel fue enviada á Arévalo, la infanta su hija quedó en poder del rey, y la reina doña Juana de Portugal fue enviada en guarda al castillo de Alaejos.

Con estas alteraciones el pueblo estaba cada vez mas miserable y hambriento, mas ofendida la justicia en los tribunales, poblados los campos de bandidos: parecia que llegaba el acabamiento del reino.

En tal estado se encontraba Castilla á principios del año de 1466.

CAPITULO II.

De cómo volvieron en su provecho el amor de María, el abad de san Martín y el condestable de Navarra.

«¿Y qué decis á esto, don Ferrante? esclamaba con muestras de mal humor Mosen Pierres de Peralta, que se paseaba al mediar el dia 5 de enero en una galería del alcázar viejo de Valladolid en compañía del abad de san Martin de Madrid.

—Digo que las cosas han llegado á punto de sangre. ¿Quién habia de pensar que ese rey de bastos se allanase á dar la infanta doña Isabel á un hombre tal como don Pedro Giron? esto es llevar la debilidad hasta un punto vergonzoso.

—Decid la cobardía.

—Pero nos queda un medio.

—¿Cuál?

—Venid conmigo.»

El corpulento abad tomó la galería adelante; siguióle Mosen Pierres, subieron unas escaleras, y llamaron á la puerta de una torrecilla.

«Quién vá, dijo desde adentro la robusta voz de un soldado.

—San Lázaro y Castilla, contestó el abad.»

La puerta se abrió, el guarda saludó á los dos personajes como si se hubiera tratado de dos infanzones, dando un golpe con su lanza en el escudo, y pasaron.

«¿Quién creeis que será ese que hace la atalaya y tiene tan calada la visera?

—Algun noble, partidario de don Juan Pacheco.

—Por lo menos un escudero de buena casa.

—¿Es decir que se tiene preso á don Alonso?

—En la apariencia esta es una guarda de honor; pero os aseguro que nadie, ni el mismo don Enrique pasaria sin rendir la seña.»

Bajaban á la sazon una estrecha espiral; al fin de ella atravesaron una galería, y al aproximarse á su estremo otra voz esclamó:

«¿Quién va?

—San Pedro y Villena, contestó el abad.»

Pasaron del mismo modo junto á otro atalaya, que tenia como el primero cerradas las vistas del yelmo.

«¡Ah! dijo Mosen Pierres: esta es una prision en forma: atalayas y señas dobles.

—Las cosas andan muy delicadas, amigo mio: guardamos como oro en paño á nuestro don Alonso.... la infanta doña Isabel está solicitada por todos lados: por parte de la Inglaterra el rey Eduardo IV intriga cuanto puede para que su hermano el duque de Gloucester se enlace con doña Isabel: Luis XI se opone pensando en este casamiento para su hermano el duque de Guiena: entre los pretendientes tercia el rey de Portugal don Alonso, y vuestros reyes parecen obstinados en que el elegido sea el infante don Fernando: hasta ahora parece que quien lleva la mejor parte, como que se hace sentir mas de cerca, es el maestre de Calatrava, y se esfuerza cuanto puede: ya cuenta con la dispensacion de sus votos por el Papa, y muy de prisa será necesario que andemos para atajarle en el camino; así es que aquí se ejerce sobre todos una gran vigilancia: don Juan Pacheco es hoy un carcelero real: como está preso don Alonso, están presos el rey y la infanta; nadie les impedirá que salgan de sus cámaras, que vayan adonde quieran; pero nunca reyes han sido mas honrados ni mas servidos: con pretesto de honrarlos siempre va con ellos una nube de señores, partidarios todos de don Juan Pacheco: no hay palabra que ellos pronuncien que no llegue á sus oidos, ni mirada de que no tenga noticia: en Castilla los reyes desde hace

mucho tiempo se han encontrado con frecuencia en esta situacion. Pero nunca ha faltado alguien, como ahora, que por sus intereses ó los de otros no haya sido una fuerza opuesta al poder dominante.»

Don Ferrante y Mosen Pierres se habian detenido en una antecámara desierta y hablaban en voz baja.

«Paréceme dijo el navarro , que esto concluirá con una guerra abierta, en que el pendon del rey mi señor entre á sangre y fuego por la frontera.

—En situaciones como la presente, no es la fuerza la que prevalece, Mosen Pierres, sino la astucia. Todo está previsto: si Navarra, Aragon, Francia y Portugal rompiesen por las costas y las fronteras, para disputar con las armas á don Pedro Giron la mano de la infanta, don Juan Pacheco hallaria modo de aterrar al rey, á quien domina, y de obligar á la infanta á un casamiento que haria inútil de todo punto la guerra.

—¡Ay entonces de don Pedro Giron!

—Caeria herido de un ballestazo ó de un puñal: bien lo sé: no faltará un hombre, si le pagaban bien, que se prestase á dejar viuda la infanta; pero como quiera que ese lance ha de llegar, ¿no seria mejor hacerlo antes?»

Brillaron de una manera decidida y lúgubre los ojos de Mosen Pierres de Peralta.

«Sí, dijo, indudablemente; ese seria el camino mas corto: pero los medios.....

—A buscarlos venimos.

—¿Y están aqui?

—Si.

—¿Y cuáles son esos medios?

—¿Habeis olvidado ya á cierta dama á quien hicisteis un regalo en nombre de doña Juana Enriquez de Avila?»

Mosen Pierres suspiró.

«¡Ah, doña Maria! dijo:

—Paréceme que la teneis mas presente de lo que yo creia.

—Os confieso que no he podido olvidar los ojos y los cabellos de esa muger.

—Pues despacio, despacio, señor condestable; servios en buen hora de ella: pero que no os acontezca lo que á los cazadores inespertos de pájaros, que se pegan los dedos en la liga. Utilizaos de ella, pero evitad el enamoraros, no sea que esa muger pretenda sacar partido de vos.

—¿Y está aqui?

—Desde entonces no se separa del jóven don Alonso,.... y escuchad: está enamorada, loca por él de la manera mas desinteresada del mundo, cosa estraña en una cortesana: el amor que profesa á don Alonso, es nuestro arma: ponderémosla el peligro en que se pondrá la vida de ese niño, si se realiza el enlace de don Pedro Giron con la infanta, como que es un obstáculo para que doña Isabel sea reina, y os juro que don Pedro Giron es hombre muerto: porque habeis de saber que el maestre, como vos, no ha podido ver sin enamorarse á María.

—¡Ira de Dios! me repugnan de una manera invencible estas luchas sordas, en que es necesario poner por primera partida el honor, sin contar con lo que es necesario lastimarse el corazon; yo preferiria como os he dicho las armas de acero, á el arma muger.

—La inteligencia es la primera de las fuerzas, Mosen Pierres, y la inteligencia es la astucia: todos los medios son buenos, pero los mejores son los que llevan de una manera mas segura al objeto. Ahora, que ya sabeis lo que habeis de hacer, entremos.»

El abad levantó un tapiz y entró en otra antecámara donde se paseaba un maestresala en conversacion tirada con un paje.

«Decid á su señoría, que don Ferrante de Silva, abad de san Martin de Madrid, necesita verle, dijo el abad al maestresala, que anunció en el momento.»

Don Ferrante y Mosen Pierres fueron introducidos.

La cámara estaba desierta, y harto pobremente alhajada para un rey, por mas que fuese un rey de farsa: sobre la mesa habia abierto un libro manuscrito que era la traduccion en romance de la Eneida de Virgilio, hecha por don Enrique de Aragon, primer marqués de Villena, á quien el vulgo llamaba entonces el nigro-

mante: conocíase que don Alonso no habia perdido su gusto al estudio, pero que le abandonaba por otra ocupacion mas grata acaso.

Cuando entraron los dos conspiradores en la cámara, percibieron á través de las habitaciones interiores, el dulce y lánguido sonido de un laud, con el que se acompañaba una voz fresca, dulce, armoniosa, que cantaba con una mágia inesplicable, un romance de amores.

«He ahí á vuestra doña María, dijo el abad, ved como aprovecha la enseñanza que yo la hice dar para que me distragera: canta como una sirena: notad cuánta pasion: de seguro, hasta que el romance se concluya, no tenemos príncipe. ¡Gracias á Dios ya concluyó!»

Poco despues se levantó un tapiz y apareció en la cámara María.

Mosen Pierres de Peralta palideció de emocion. Nunca la jóven habia estado tan hermosa, á pesar de que no llevaba sobre sí ni una joya y de que su trage era sencillísimo; pero bajo aquella túnica azul de cielo, ancha, flotante, de un corte elegantísimo, se detallaban sus formas de una manera vaga é incitante. Estaba preciosa con la palidez de la pasion y parecia lánguidamente fatigada.

«¡Ah, señores, sois vosotros! dijo con acento indolente: en verdad que no os esperaba: el maestresala solo habia anunciado á dos nobles, y el rey mi señor, que está reposando, me envia.... pero tratándose de vosotros.....

—Es ciertamente una buena aventura, doña María, el que hayais salido sola á nuestro encuentro; necesitamos hablaros.

—Sentaos, pues, caballeros; dijo María dejándose caer modestamente en un divan á la morisca, y señalando dos sillones á sus visitantes, que los aproximaron al divan y se sentaron.

—Estamos en el caso, María, de ser claros y esplícitos, dijo el abad: la posicion que ocupais me la debeis.

—¡Oh! y os la agradezco, señor, esclamó María, cruzando sus manos sobre su magnífico seno y levantando los ojos de una

manera suspirante: os lo agradezco, porque me habeis abierto el cielo.

—¡Ah, ah! esto es decir que nos sois rebelde, esclamó sonriendo Mosen Pierres de Peralta.

—¡Rebelde, señor condestable! ¿y por qué?

—Paréceme que os habeis aficionado harto bien de don Alonso, para que no sirvais mal á la reina de Navarra.

—¡Ay, Dios mio! no, por el contrario; su alteza me debe un gran servicio!.... Yo he hecho hombre y he enseñado á amar á don Alonso.

—Hé ahí en lo que consiste vuestra rebeldía: en amarle hasta el punto de haberle hecho hombre. Seamos francos; no es esto lo que se esperaba de vos, señora.

—Este hombre lo echará á perder, pensó el abad.

—Vos creeis, sin duda, Mosen Pierres, que amando yo con toda mi alma á ese niño procuraré hacerle ó ayudaré á que se haga rey. Os engañais: le amo demasiado para que mi amor se sobreponga á mi ambicion. Otra muger diria: yo quiero ser la favorita del rey, la reina de hecho: quiero mandar apilar tesoros, ser poderosa, tener castillos y banderas: yo no quiero eso, porque para ello seria necesario jugar su vida; y hablo así, señores, porque me conozco y os conozco: yo era una pobre muchacha perdida, sin padres, á quien don Ferrante aleccionó, porque segun su dicho, no le gustaba tener por manceba una hermosa bestia..... me preparó para ser un instrumento dispuesto á todo..... hasta al asesinato (y María al pronunciar esta palabra bajó los ojos y se sonrojó), me arrebató el pudor, me endureció el corazon, y cuando me necesitó me arrojó junto á ese real mancebo, en cuya alma habia ya arrojado una funesta luz el maestre de Calatrava: la hermosura, el candor, la pureza, la grandeza de alma de don Alonso, han deshecho la obra de don Ferrante; el amor me ha purificado, me ha devuelto el corazon, me ha regenerado: aleccionada por la esperiencia de mi pasado, he comprendido demasiado bien que el trono no era para don Alonso mas que un lecho de espinas que le conducirá en un breve tránsito á la muerte, porque existen muchas poderosas

ambiciones que tienen un gran interés en que don Alonso no crezca y se robustezca sobre el trono: yo quiero para él un lecho de flores que comparta conmigo, y al paso que le he hecho amarme con toda su alma, le he arrancado lo que en ella pudiera tener de ambicion: quiero que sea mio, enteramente mio; y ser yo suya, enteramente suya: el pensar en que ese mancebo pueda ser un rey de hecho, me estremece; porque sé que se perderia. Sirvo, pues, demasiado bien y por mi propio interés á su alteza la reina de Navarra. Parece que se tiene un gran empeño en allanar el camino del trono de Castilla á la infanta doña Isabel..... yo os prometo que cuando sea necesario, don Alonso renunciará sus derechos en su hermana á despecho del reino y de las córtes, y de la nobleza, y del Papa, porque nadie puede obligar á ser rey al que no lo quiere ser. Don Alonso se satisfará con su cualidad de príncipe y con su maestrazgo de Santiago..... yo con ser su manceba..... dejadme, pues, preparar el dia en que pueda abrirme los brazos del príncipe; dejadme que yo le ligue con votos sacerdotales para que no pueda casarse con otra..... esta es toda mi ambicion: si no me creeis, si temeis que yo os engaño..... siempre tendreis lugar de matarnos á los dos.

—Confieso que os habeis transformado de una manera estupenda, María, dijo el abad, y os felicito por vuestra buena eleccion: siempre es mejor ser manceba de un maestre que abadesa..... pero os anuncio que aun teneis que trabajar mucho para llegar á vuestro propósito: por mucho que repitais lo que acabais de decirnos, á don Juan Pacheco, que es sútil y suspicaz como una serpiente, no os creerá, prenda mia: por el contrario, se persuadirá de que obrais por cuenta propia, os tendrá miedo y romperá por todo.

—¿Y qué puede hacer el marqués de Villena que no haga yo antes que él? esclamó María cuyos ojos mostraron la espresion feroz de la leona que teme la roben sus cachorros.

—Sois flaca de memoria á lo que veo, María. Cuando estábamos en Madrid y no conociais aun al infante.... hace de esto siete meses.... recordad que os dí oro, y os encargué buscáseis un tósigo.... le buscásteis por medio de no sé que médico judío,

y envuelto en un papel y un paño seda, me entregásteis aquel veneno. ¿Sabeis á quien se destinaba?»

María palideció.

«Pues bien, se destinaba al infante don Alonso para cuando fuese necesario deshacerse de él.... porque estorbase.... el veneno está en poder de don Pedro Giron, y ha llegado el caso de que estorbe don Alonso, porque como sabeis muy bien, está ajustado y próximo á celebrarse el matrimonio entre la infanta y ese noble señor.

—La infanta no casará con don Pedro Giron, esclamó la jóven con energía.

—La infanta cederá á su honra sino cede al temor, esclamó Mosen Pierres de Peralta, porque Enrique IV es capaz de todo, hasta de abrir á media noche la cámara de su hermana al maestre.

—Pero para eso hay un medio, dijo sombríamente María: los muertos no pueden moverse de sus tumbas.»

Don Ferrante lanzó á Mosen Pierres una mirada de inteligencia que podia traducirse por:

«¿No os lo decia yo?

—Y en verdad, dijo Mosen Pierres, que eso no seria mas que una justa prevencion: matarle para que no mate.

—Pues bien, señores, matad.

—¿Y os parece tan fácil eso? dijo con acento sútil el abad: la posicion que ocupa en este momento don Pedro Giron le hace vivir demasiado prevenido; de seguro lleva siempre una cota á prueba, debajo de sus brocados, y es ademas, fuerte y valiente, lo que basta para estar seguro de un asesino.

—El médico judío que me vendió aquel tósigo, puede venderos otro tanto; vive en el coso de Madrid.

—Don Pedro Giron habrá tenido buena cuenta de proveerse de un cocinero cuya lealtad habrá comprado á peso de oro.

—Es decir.....

—Que para llevar á cabo ese pensamiento, era necesaria una persona que pudiese mucho en el alma de don Pedro.

—¿Y habeis venido á buscar aqui esa persona?

—Sí, porque esa persona sois vos.

—Yo.

—Don Pedro está locamente enamorado de vos.

—Estálo tambien de doña Mencía de Padilla.

—Doña Mencía de Padilla, aunque ha sido tan hermosa como vos, no es la deslumbrante belleza que necesita la sensualidad de don Pedro: tiene ya canas, en una palabra: empieza á ser una hermosa vieja. Ademas, anda demasiado ocupada en sus asuntos particulares con el duque de Alburquerque, don Beltran de la Cueva, y con tal de que no reine doña Juana la Beltraneja, le importa muy poco que reine don Pedro Giron por medio de la infanta doña Isabel, ó el infante don Alonso, ó el soldan de India: por otra parte, está vendida en cuerpo y alma á don Juan Pacheco, que es pariente de su marido. No tenemos nadie mas que vos; dar este golpe os interesa tanto como á nosotros: elegid, pues, entre matar ó morir.

—¡Oh! desde que amo me repugna el asesinato; luego me seria necesario fingirme enamorada de don Pedro..... servir sus placeres..... no, no..... no lo haré jamás.

—Tened presente el ejemplo de la muger fuerte de la Escritura. Betulia estaba amenazada y Judith no tuvo reparo en ocupar el lecho de Holofernes, con tal de apoderarse de su cabeza.»

María inclinó la frente profundamente pensativa.

«¿Y decis que si no muere don Pedro Giron, muere don Alonso? dijo al fin.

—Indudablemente, contestó el abad.

—¡Que muera antes él! esclamó levantándose enérgicamente María. Eso era necesario que alguna vez sucediese. Disponed de mí.

—Será necesario que prepareis al infante para una ausencia de algunos dias.

—¿Dónde está don Pedro Giron?

—En su villa de Almagro.

—¿Y creeis que me dejará salir del alcazar don Juan Pacheco?

—Teneis una imaginacion satánica, María, dijo el abad, y

no os faltará un pretesto. Empeñad con el marqués de Villena una ágria disputa. Eso os será muy fácil.

—¡Oh! sí, y por resultado de esa disputa, una fuga, tras la cual iré á ampararme de don Pedro Giron.

—Bien decia yo, que no tardariais en encontrar un medio.

—Y escelente á fé, dijo Mosen Pierres: el maestre que, segun vos decis, os ama.....

—Creo que don Pedro Giron con toda su esperiencia me es mas fácil de manejar que ese niño real, que suspira á mis pies. ¿Y cuándo, señor condestable?

—Cuanto antes, señora; preparaos y avisadme por medio de don Ferrante.

—Os avisaré.

—Espero que no vacilareis.

—Una vez resuelta, no hay nada que me vuelva atrás.

—¿Decis que ese médico judío vive?.... dijo don Ferrante.

—En el Coso de Madrid.

—Dadme para él una carta en que le digais que puede fiarse de mí.»

María fue á la mesa y escribió algunas líneas en un pergamino, que entregó al abad.

«Ahora, señora, adios.

—Adios, pues; avisadme cuando me necesiteis y estaré pronta.

—Que Dios os proteja, señora, esclamó Mosen Pierres, fijando una mirada codiciosa en María.»

El abad y el condestable de Navarra salieron.

«Ved, ved lo que yo os decia: esa es una muger de raza pura; un corazon que ama, vive Dios: han amenazado á don Alonso, y matará, no lo dudeis: torced por aquí, si es que hemos de ir á la cámara de la infanta doña Isabel, en la cual entrareis solo. Os advierto que procureis presentaros á ella de una manera noble y franca, porque doña Isabel es ya lo que ha de ser, aunque no cuenta mas que diez y siete años. ¡Qué reina! ¡qué reina, Mosen Pierres!

—Haga Dios que no busquen para ella el tósigo de Blanca

de Navarra; en los tiempos presentes no podemos asegurar si el que vive hoy vivirá mañana.

—Teneis razon, Mosen Pierres; pero hé aqui la cámara de la infanta: voy á introduciros y despues os esperaré en el convento de la *Cara de Dios*, donde debo una medianeja celda al guardian.»

Despues de esto entrambos entraron por una puerta inmediata.

CAPITULO III.

De como entre sus encargos traia Mosen Pierres de Peralta á Castilla, el de hacer que la infanta doña Isabel se enamorase del infante don Fernando, lo que prueba que no hay oficio, por degradante que sea, que no se haya ejercido algunas veces por altos personajes.

Una vez dentro de la cámara el señor condestable de Navarra, despues de haber fruncido levemente el gesto y tragado alguna saliva, como aquel que se halla á punto de acometer una empresa que le desagrada, procuró suavizar un tanto lo agreste de su semblante con una sonrisa particular, y se inclinó profundamente ante una dama jóven que acompañada de otras dos bordaba con oro un riquísimo repostero.

Aquella dama era la infanta doña Isabel: las que la acompañaban doña Mencía de Padilla y doña Beatriz Fernandez de Bobadilla.

Al ceremonioso saludo del condestable, que iba vestido de etiqueta, como diriamos hoy, frase que no se conocia en aquellos tiempos, la infanta levantó la cabeza y le miró profundamente:

«¿Sois caballero, segun me han anunciado, el condestable de Navarra, Mosen Pierres de Peralta.

—Respetuoso criado de vuestra señoría, contestó inclinándose de nuevo Mosen Pierres.

—¿Venis de Navarra?

—Si, noble señora.

—Sentaos.

—¿En vuestra presencia, señora? dijo el condestable mirando

á las damas de la infanta, que á la aparicion de un estraño en la cámara se habian puesto de pié y colocado á espaldas del sillon de su señora.

—Creo que sois un embajador, dijo doña Isabel.

—En efecto.... si.... vengo como embajador.... pero embajador particular revestido de ciertos poderes y trayendo por credenciales....

—¿Qué?

—Una carta particular para vuestra señoría del noble infante don Fernando de Aragon.

—¡Una carta particular para mí de su señoría! observó la infanta ruborizándose.

—Asi es, señora, y el infante al escribirla no esperó sin duda que esta carta dejase de ser leida.

—¿Bajo qué aspecto os presentais á mí, caballero?

—Bajo el aspecto de..... un criado leal que sirve á su señor....

—Pero que no ha podido llegar hasta mí sino valiéndose de industrias.

—No podia ser de otro modo, dijo Mosen Pierres, cuya sonrisa se eclipsó por un momento, cuando se tiene presa á vuestra señoría.

—Su alteza el rey me guarda, caballero; de esto á estar presa hay una gran distancia.

—Segun se dice, no solo en Castilla sino en toda Europa, su alteza el rey guarda ó retiene á vuestra señoría para entregarla á don Pedro Giron.»

La infanta palideció de cólera, pero de una cólera que solo se espresó en aquella palidez, al escuchar el nombre del maestre pronunciado en aquellas circunstancias.

«¡Bueno! pensó Mosen Pierres: ya tengo algo que decir al infante; esto es: que doña Isabel es mas hermosa que su retrato; que tiene dignidad y fuerza de carácter; que aborrece al maestre, y que este casamiento, aunque don Pedro escape de las manos de María, no se hará.»

La infanta habia guardado silencio por algunos instantes y

habia dejado espacio á Mosen Pierres de formular el anterior pensamiento.

«¿Y creeis que con un hombre tal, de tan baja estirpe, de tan oscuros hechos, piense formalmente mi hermano en casar á una infanta de Castilla? Pensar eso es un absurdo, es un imposible; para vencer el mal seria necesario un milagro: esto es, que yo dejase de ser lo que soy.

—El rey, señora, está preso como vuestra señoría, dominado, ciego: será lo que quiera que sea don Juan Pacheco.

—¿Y no contais para nada con mi voluntad?

—Acaso, señora, se valgan de medios infames.»

Ruborizóse densamente doña Isabel.

«Es horroroso, infame, lo que quereis darme á entender... acaso yo comprenda mal.... pero como me indicais un peligro, quiero conocerlo clara y terminantemente para evitarlo: hablad, caballero, hablad: yo os lo permito.

—Podrá suceder, señora.... y se piensa en apelar á ese medio.... el que se recurra á una violencia.... á una violencia personal..... despues de la cual no quedase otro recurso á vuestra señoría para conservar la honra, que darse la muerte, ó casarse con don Pedro Giron.

—¡Oh! ¡sí! los que han tenido corazon para que falte pan, ropas y fuego á la viuda y á los hijos del rey don Juan, serán capaces de todo, esclamó la infanta, á cuyos hermosos ojos brotaron lágrimas de despecho.

—Eso no lo permitirá Dios, ni yo tampoco, esclamó con ímpetu doña Beatriz Fernadez de Bobadilla; y si ese caso llega, juro á Dios trino y uno, hundir este puñal en el vil corazon de ese hombre (1).»

Y la jóven marquesa de Moya, en su generoso arranque, mostró desnudo un pequeño puñal que llevaba oculto debajo de sus ropas.

«Eso no es posible que suceda, dijo doña Mencía de Padilla, que hasta entonces se habia contenido en los límites de una

(1) Histórico.

prudente reserva; y si se intentase, tendriamos cien nobles espadas desnudas en el momento para estorbarlo: ese casamiento no se hará, porque no puede hacerse, contando con la firmeza de vuestra señoría: por lo demas, nadie pasará los dinteles de vuestra cámara, á quien vos no hayais dado licencia.

—¡Oh! ¡gracias, gracias, mis nobles amigas! esclamó conmovida doña Isabel: vuestra lealtad me alienta. ¡Oh! ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡yo creo en vos y en vuestra infinita misericordia! ¡vos no permitireis que la iniquidad aniquile á los débiles, y sin embargo, esos hombres me han hecho dudar, no de Dios, sino del derecho que yo pueda tener á su amparo.... mi madre, mi pobre madre está escarnecida; han lanzado á mi inocente hermano á la rebeldía; le han arrastrado á que se llame rey, cuando vive su hermano..... y yo..... yo..... me veo insultada, amenazada.... acaso sea este el castigo de una falta mia.... porque yo no puedo creer, no, que Dios sea injusto.»

Mosen Pierres de Peralta se templó al tono religioso de la infanta.

«Dios, señora, solo quiere robustecer vuestro corazon con dolores para que mañana seais pura y digna reina de ese pueblo.

—De algun tiempo á esta parte parece que no solo las gentes que me rodean, sino tambien las que como vos me ven por primera vez, han tomado por empeño hacer nacer en mí una ambicion que no tengo.... ¿conviene esto á los intereses de alguno?

—Es, señora, que á la sola vista de vuestro semblante, de la noble y digna magestad que le distingue, se comprende que vuestra señoría está predestinada.

—¿Y es el conocimiento de esa predestinacion la que ha inspirado esa carta, de la que os decis portador, al infante don Fernando?

—El infante don Fernando, señora, ama á su vez á la muger, no á la reina.

—¿Y á qué valerse de medios ocultos para hacerme conocer ese amor?.... ¿á qué no pedirme directamente al rey mi hermano?

—Ese camino, señora, está ya andado de la única manera

que podia andarse: se han hecho insinuaciones.... pero ó no han llegado al rey atajadas por el señor Beltran de la Cueva, ó si han llegado han sido combatidas por los hombres que rodean á su alteza. Los reyes, mis señores, prefieren que este matrimonio se lleve á cabo por sorpresa, contando con vuestro asentimiento, á hacer una proposicion formal, que á ser desatendida produciria una guerra; esa guerra seria fatal para el corazon del infante don Fernando, porque vuestro decoro, señora, os impediria enlazaros á un príncipe que hubiera traido la guerra al reino en que habeis nacido, y porque á hacerse una paz bajo la condicion de que se efectuase ese enlace, podria creerse que habiais cedido al temor, á la conveniencia, no al amor. El infante don Fernando quiere mereceros, no obligaros.

—¿Y no ha encontrado el infante en Sicilia, de donde acaba de venir, una princesa que llene cumplidamente su corazon? dijo doña Isabel, cuya voz era un tanto insegura al hacer esta pregunta.

—La carta de que soy portador, señora, dijo Mosen Pierres sacando una de su escarcela y mostrándola á la infanta, dirá mas á vuestra señoría que todas mis palabras, en cuanto al amor de don Fernando.»

Doña Isabel vaciló, pero al fin tomó la carta y la leyó. Durante su lectura, Mosen Pierres creyó notar cierta conmocion en el semblante de doña Isabel.

La carta era enteramente una carta de enamorado.

Decia asi:

«Noble y hermosa señora, infanta de Castilla, doña Isabel: »hace algun tiempo, cuando por mi edad y mi condicion de prín»cipe heredero de dos reinos, los reyes mis padres y señores »pensaron en casarme, volvieron naturalmente los ojos á Cas»tilla, porque en ella, oculto en la soledad de una villa, habia »un trono de discrecion, grandeza y hermosura. Ese tesoro lo »sois vos, señora: mi madre, mi buena madre, envió mensa»jeros con proposiciones á su alteza la ilustre reina viuda doña »Isabel, y esas proposiciones dieron por resultado el cambio de »nuestros retratos: desde el dia en que ví el vuestro, puede de-

»cirse que dejé de ser lo que era, para transformarme en otro »hombre: hasta entonces solo habia pensado en ayudar con to- »das mis fuerzas al señor rey mi padre, á quien sus dolencias, »especialmente la de la vista, hacen difícil el gobierno. Pensé en »vos, y me transformé: de repente una noble ambicion se apo- »deró de mí, la de hacerme digno por cuantos medios están al »alcance de un príncipe, de la felicidad de poderos llamar mia. »Cuanto tiempo me han dejado libre la espada ó el consejo, lo he »consagrado á contemplar vuestra imágen, noble y pura belleza »que no puede verse sin conmocion. Cuanto de grande y de su- »blime pertenece al amor, me lo habeis hechos entir, señora. Por »vos he nacido á una segunda vida, á la vida del alma. A pesar »de la conveniencia de proyectos entre la reina vuestra madre, »y los reyes mis padres, una consideracion de no pequeña monta »me habia impedido el dar el paso que al fin me obliga á dar »vuestro amor. Esa consideracion era la de que pudieseis creer »que no el amor, sino la conveniencia me impulsaban á vos. Un »acaso puede sentaros en el trono de Castilla, aunque ese acaso »está distante. Sin embargo, ¿cómo evitar el que por el estado »de corrupcion en que se encuentran esos reinos, por los desa- »fueros de la nobleza, acostumbrada á ver por doquiera trai- »ciónes y codicias, no temiéseis que mi demanda perteneciese »mas á la ambicion, que al noble y santo amor que me inspi- »rais? Espero, señora, que este pensamiento no tendrá cabida en »vuestra alma, y sobre todo, el estado en que por vos me en- »cuentro, me hace arrostrar cuantas consecuencias puedan so- »brevenir de vos para mí. Espero, dudo, anhelo y tiemblo. Una »negativa vuestra seria para mí el desaliento, el cansancio de la »vida. Acoged mi amor, señora, ó al menos dadme licencia para »que yo pueda procurarme unas vistas con vos. La pluma es in- »suficiente para espresar lo que el alma suspira. Los hombres »no han encontrado todavía un lenguaje para el amor, mientras »los ojos suelen á veces exhalar en una sola mirada el alma en- »tera. Acoged, pues, señora, mi demanda. El buen condestable »de Navarra, Mosen Pierres de Peralta, á quien envio junto á »vos, podrá espresaros como testigo, el estado de ansiedad en

»que me encuentro. Sea él el portador de mi felicidad ó de mi »esperanza. De Pamplona á 24 de diciembre del año de 1465.= »El infante de Aragon, *don Fernando*.»

La infanta quedó profundamente pensativa despues de la lectura de esta carta. Mosen Pierres de Peralta, hombre por su edad ducho en cuanto á interpretar el estado del espíritu por la espresion del semblante, comprendió, á vista del de doña Isabel, que si el infante no era amado, era por lo menos atendido, que se pensaba en él, y que por lo tanto estaba dado el primero y mas importante paso del amor, que como toda pasion no es otra cosa que un pensamiento fijo. Conveniale el buen desenlace de sus negociaciones para que no se alegrase del buen estado que presentaba el asunto, y la alegría aguzó su ingenio, y se preparó á sacar todo el partido posible de las circunstancias, pensando por supuesto, antes que todo, en su porvenir.

Pero luchaba con una rigidez de costumbres, con una pureza y una reserva incontrastables. La infanta doña Isabel plegó lentamente la carta, y se la devolvió.

«Llevad esa carta á su alteza la reina mi madre, caballero, ya que segun decís no puede contarse para esto con el rey mi hermano; dijo con dignidad doña Isabel.»

Habia tal acento de firmeza en estas palabras, que Mosen Pierres comprendió serian inútiles todas sus réplicas. Sin embargo, decidido á no retroceder sino despues de haber apurado todos los medios, se aventuró á decir.

«Yo respeto, señora, esa noble sumision á la voluntad de su alteza la reina doña Isabel; pero en ciertas circunstancias....

—Las circunstancias se vencen, caballero, cuando hay perseverancia y fuerza de voluntad para vencerlas.

—¿Podré trasmitir esas palabras al infante mi señor?

—Esas palabras no tienen importancia alguna particular: esas palabras se refieren á vos.

—¡Ah! vuestra señoría cree que con perseverancia y fuerza de voluntad podré yo allanar el camino de ese feliz enlace, dijo el testarudo Mosen Pierres.

—No, no es esa mi intencion, dijo con impaciencia doña Isa-

bel: el infante solicita: á él corresponde vencer las dificultades: no soy yo quien debe resolverlas: pienso que creeis difícil apersonaros con la reina doña Isabel mi madre, que es la única persona, en las circunstancias presentes, que puede decidir este asunto: en cuanto á mí, la obedeceré, sea cual fuere su resolucion.

—La reina está cercada, espiada, por las gentes de don Juan Pacheco.

—Y bien, caballero, dejadlo: el infante encontrará, sin duda con menos dificultades, una esposa que valga tanto como yo.

—El infante don Fernando, señora, será una existencia destinada á un acerbo sufrimiento si vuestra indiferencia no cede.

—Estais empeñado, Mosen Pierres, en descubrir algo que creeis oculto en mi corazon, y es en vano. Estoy libre, enteramente libre.... como hija de rey, seré esposa de quien pueda traer con mi enlace ventajas al reino en que he nacido. Una vez esposa, amaré á mi esposo; y si lo que Dios no quiera, mi destino me sentencia á vivir unida á un hombre tal, á quien sus cualidades me impidan amar, aceptaré este sacrificio como una prueba á que me condene Dios.»

El condestable de Navarra se convenció de que nada recabaria de la infanta, la saludó profundamente y salió.

Fuera le esperaba don Ferrante.

«Y bien, ¿qué tenemos? le dijo.

—¡Oh, qué reina! ¡qué reina! esclamó profundamente Mosen Pierres; esa niña será grande, inmensamente grande, don Ferrante: ¡cuánta prudencia! ¡cuánta dignidad! ¡y á sus años! Cuando yo cuente al infante don Fernando la plática que he tenido con ella, se va á enamorar de veras. ¿Y sabeis que es una doncella como un pino de oro? si no fuera por el inesplicable sentimiento de respeto que inspira, creo que me hubiera enamorado de ella.

—Pero en fin.....

—En fin, me voy como vine: no sé nada, ó por mejor decir, no puedo decir nada.

—¡Cómo!

—Me ha devuelto la carta del infante: ¡una carta que habia escrito con tanto cuidado la reina doña Juana Enriquez! Pues no; no me parece que el orgullo del infante ha de quedar muy bien parado. ¡Mostrársele indiferente una segundona por mas que sea doña Isabel de Castilla! Pues mejor, mucho mejor; esto le obstinará, y la union de las coronas de Aragon y Castilla se hará.

—Pero un hombre como vos debe haber descubierto si hay ó no aficion en la infanta hácia don Fernando.

—Por el momento crei descubrir cierta conmocion: pero ¡bah! ¿qué doncella de diez y siete años no se conmueve cuando la hablan de maridaje?

—¿De modo que estais á oscuras?

—Enteramente á oscuras. Y lo que es peor, sentenciado á conquistar á una vieja.

—Pues no os entiendo.

—Quiero decir; la infanta me ha contestado que los asuntos de su matrimonio, á falta de su hermano, pertenecen á su madre.... que hará lo que la reina doña Isabel quiera que haga.

—¿Os ha dicho eso?

—Con todas sus letras y con una indiferencia que me quemaba la sangre.

—¡Cómo se vé que no conoceis el terreno que pisais! La infanta doña Isabel ama ya al infante don Fernando, con ese amor de los seres desgraciados que necesitan apoyo y consuelo.

—Pues lo teneis hecho todo.

—No lo creo.

—Escuchad: habreis notado que doña Isabel posee una fuerza de carácter incontrastable: si no amara á don Fernando, os hubiera dicho no, no, y cien veces no, como ha acontecido respecto al rey de Portugal, al duque de Guiena, al de Glocester y á don Pedro Giron: el acto de someterse doña Isabel para su enlace con el infante don Fernando á la voluntad de su madre, debe tomarse como una declaracion de amor.

—Bien; pero esa dignidad, esa firmeza de carácter me sentencian á ocupar un lugar para el cual no traigo poderes: la vanidad de los reyes de Navarra, creyó que la infanta acepta-

ria con júbilo este enlace, que no seria necesario mas que un golpe de mano, unas vistas y unas bendiciones. Despues debian concluir el negocio las lanzas aragonesas. Ahora es distinto: la reina viuda doña Isabel está amaestrada por veinte años de lucha; será un contrato el que se haga, no una sorpresa: se nos obligará, se nos atará, y se nos dictarán condiciones.

—Os repito que no conoceis el terreno que pisais. Idos á la reina viuda doña Isabel, y ya vereis cuán franco, cuán aceptable encontrais el camino. La reina viuda procurará dejar bien puesta la dignidad de su hija y la dignidad del reino: tened ademas presente que, si se declara incapaz de suceder á la infanta doña Juana, si muere el infante don Alonso, y, por consecuencia, doña Isabel es reina de Castilla y Aragon, á pesar de la union de las dos coronas por el casamiento proyectado, no tendrá influencia ninguna sobre Castilla, ni podrá disponer de sus huestes sino como dispondria de las de un reino aliado; esto es: con su cuenta y razon; lo habeis dicho muy bien: doña Isabel será una gran reina, pero una reina independiente. Si lo que únicamente se quiere es apoderarse de Castilla, decid á vuestros reyes que se han engañado. Si lo que quereis es cobrar un buen precio por vuestras negociaciones, esto es diferente; llevadlas á cabo.

—Bien, sí.... pero lo que por ahora importa es ver de qué modo podriamos llegar hasta la reina doña Isabel.

—Si no es mas que eso, ahí teneis á doña Mencía de Padilla, que por su parte tiene á su marido Hernando de Carrillo.

—¡Siempre mugeres!

—¿Y qué quereis? la muger, si se considera bien, es el punto de parada adonde van todas las ambiciones del hombre, si esceptuamos los casos en que obra impulsado por el orgullo ó por la avaricia: ello es necesario valerse de los medios conocidos; y pues teneis ese á mano, aprovechadle.

—Hé aquí un nuevo trabajo, una nueva conquista.

—El hombre por sí solo es nada si no tiene quien le ayude: este incidente os hará esperar algo mas; pero paciencia y perseverancia, y Dios dirá.»

El abad y el navarro se perdieron á lo largo de las galerías.

Entre tanto la infanta doña Isabel, sola en su recámara, escribia con muestras de gran interés una carta: su hermoso semblante estaba conmovido como al impulso de profundas sensaciones.

Abandonada á su corazon, sin testigos importunos, dispensada de ese violento aspecto de reserva que hace necesario el decoro, sin el cual no se puede exigir respeto á la sociedad, su semblante representaba alternativamente el amor, la ansiedad, el temor: la situacion en que se encontraba doña Isabel era una de esas que no dan espera: el maestre de Calatrava se ocupaba ya en los preparativos de sus bodas, y venia, como suele decirse, á marchas forzadas. Este casamiento representaba á la vez para el claro entendimiento de doña Isabel, la muerte de su hermano y la ignominia del trono: era necesario evitar entrambas cosas, y á ello se encaminaba la carta de la infanta.

«Cuando os escribo esta carta, madre mia, no sé si llegará á »vuestras manos, por la triste y afrentosa situacion en que nos »encontramos; pero el suceso que ha tenido lugar esta mañana »me obliga á avisaros. (En este lugar doña Isabel referia á su madre la escena que habia tenido con Mosen Pierres de Peralta, y la espresaba la situacion neutral que habia adoptado, y las razones que habia tenido para ello). «Viniendo ahora á mi cora»zon, continuaba, debo deciros, madre mia, lo que siento y que »jamás habia sentido: no sé si es amor; pero sí, que desde que »ví el traslado del infante don Fernando, sin que toda mi vo»luntad haya sido poderosa á evitarlo, me persigue, me acosa »un recuerdo tenaz: mis sueños se han hecho inquietos, me »siento mal y algunas veces lloro.... á solas: cuando delante de »las gentes que me rodean pronuncian su nombre, se enrojece »mi rostro, porque creo que todos han de notar la sensacion que »ese nombre me produce; y luego parece que han tomado por »empeño el hacerme grato al infante: si se habla de su persona, »los que le conocen dicen que es gallardo, gentil, hermoso: »cuando de su valor, se relatan hazañas maravillosas en un jó»ven de quince años: cuando de su prudencia, dejan atrás á Nes-

»tor; elogian su piedad, su respeto filial, la magestad de su »porte.... y estos elogios se infiltran en mi alma como un vene- »no, y muchas veces, sin poderme contener, aunque dudo si »esto ofende á mi recato, me encierro en mi recámara, y me pongo »á contemplar su traslado. Parece que aquella noble mirada, in- »móvil y muda, se anima y se posa en mí de una manera singu- »lar; me agradan, no sé por qué, las formas y la espresion de su »semblante y.... madre mia, yo creo que amo á don Fernando, »si el amor hace sentir lo que os digo que siento: creo que no »podré ser dichosa con otro que con él, y que á ninguno otro »amaria. Yo me he sostenido del mejor modo posible delante de »Mosen Pierres de Peralta, que creo ha salido confuso de mi cá- »mara: pero á vos, mi buena madre, abro mi corazon. Ese hom- »bre irá á veros, y os verá no sé por qué medios; pero tengo fé »en ello. Haced vos, señora, lo que creais que deba hacerse sin »contar para nada con mi voluntad: pero si creeis que podeis »cumplirla, haced de manera que pueda ser feliz la amorosa hija »de vuestra alteza=*La infanta Isabel.*»

Despues de haber leido muchas veces esta carta, de haberla añadido, y quitado, y copiado varias veces, la infanta se decidió al fin por aquella cuya copia hemos dado á nuestros lectores; la cerró cuidadosamente, la selló, y despues de haber roto en menudísimos pedazos los otros ejemplares, llamó á doña Mencía de Padilla, que se presentó al momento.

«Es necesario que esta carta llegue cuanto antes á su alteza la reina mi madre, dijo con el firme acento de mandato que fue siempre peculiar á doña Isabel la Católica.

—Será necesario valerse de mi marido, señora.

—Advertid al señor Hernando de Carrillo que se deje matar antes que permitir que pare esta carta en otras manos que las de la reina.

—Mi marido lo arrostrará todo, señora; ademas es esperto en esto de intrigas, y por otra parte, don Juan Pacheco confia en él demasiado para que sospeche.

—Sea como quiera, pero pronto; acaso en esta carta consiste el que nos libremos de don Pedro Giron.

—¡Oh! aunque eso no fuese, mi marido reventaria tres caballos para llegar cuanto antes á su alteza. ¿Y cuándo ha de ser, señora?

—Al momento si es posible.

—Ya oscurece, y me será fácil burlar la vigilancia de los atalayas.

—Id con Dios, doña Mencía, y procurad traerme buenas nuevas.»

La infanta fue á su reclinatorio, se arrodilló ante un Crucifijo, y se puso á orar. Doña Mencía de Padilla salió de la recámara, se puso un manto, y pasó despues de atravesar la galería por delante de los atalayas, que ó no tenian órdenes severas, ó la tomaron en vista de lo modesto de su trage por de la baja servidumbre del alcázar.

Doña Mencía se encaminó á la cámara del rey, pero antes de llegar á ella se le atravesaron por delante dos bultos, que tales eran, merced á la densa sombra de las galerías, producida por el estado de miseria en que se encontraba el alumbrado del alcázar.

Doña Mencía se hizo prudentemente atrás, no conociendo á los que se la interponian.

«A pesar de las tinieblas en que tiene su casa el buen rey don Enrique IV, dijo una voz áspera, y de vuestro humilde trage, no puede desconocerse á la hermosa doña Mencía.

—¡Ah! sois vos, don Ferrante, dijo con cierto asomo de impaciencia doña Mencía.

—Vuestro humilde servidor, noble dama, que acompañado de Mosen Pierres de Peralta, rondábamos por el alcázar en espera de una feliz casualidad que nos pusiera á vuestro paso: Dios ha escuchado nuestros ruegos y al fin os tenemos delante.

—Y..... ¿para qué me buscábais, caballeros?

—Vos sois el alma de vuestro marido, dijo Mosen Pierres.

—¡Ah! y como necesitais sin duda el cuerpo del señor Hernando de Carrillo, quereis poneros en inteligencia con su alma.

—Queremos que nos sirva de introductor para con su alteza la reina doña Isabel.

—¡Ah! ¿pensais llevar vuestra embajada, Mosen Pierres, se-

gun la determinacion de su señoría la infanta, hasta la reina su madre?

—De una manera decidida, señora, aunque para ello sea necesario esperar mucho.

—Pues bien, seguidme, señores; yo tambien iba á buscar á mi marido; veremos si el cuerpo se halla dispuesto á servir al alma.»

Y siguiendo adelante, entraron por una puerta inmediata, que era la de la cámara del rey.

Al amanecer del dia siguiente, dos ginetes salieron de Valladolid, á buen paso, en direccion á Arévalo. Ocho dias despues entraron y se encaminaron á la cámara de la infanta. Mosen Pierres de Peralta hincó una rodilla en tierra y la saludó como reina de Aragon y de Navarra, dándola una carta.

En aquella carta, la reina doña Isabel espresaba á su hija la conveniencia de su enlace con el infante don Fernando, y la prevenia que podia contestar de una manera favorable á su carta de amores.

Aquella noche, Mosen Pierres de Peralta tuvo en su poder aquella carta; pero como con esto no habia terminado por entonces su mision en Castilla, se dirigió, acompañado del abad de san Martin, á la cámara de don Alonso, y departió durante algun tiempo con María.

Al cabo de tres dias, la jóven, despues de una ágria disputa con don Juan Pacheco, se fugaba de Valladolid acompañada de Mosen Pierres de Peralta.

CAPITULO IV.

De cómo el hombre propone y Dios dispone.

Don Pedro Giron estaba ocho dias despues sentado junto á una mesa en la cámara de honor de su castillo de Villarubia.

Era cerca del oscurecer: la noche se habia adelantado á causa del cerrado y negro celaje de nubes que cubria la tierra: lloviznaba incesantemente, y un violento huracan azotaba las torres del castillo.

El maestre estaba solo, y leia y releia una carta que estaba ajada como si en un momento de furor la hubiese estrujado entre sus manos.

Aquella carta era de don Juan Pacheco, y solo contenia algunas líneas.

«Ven cuanto antes hermano, decia; hay quien ha visto en »la corte, y aun dentro del alcázar, al condestable de Navarra »Mosen Pierres de Peralta: dícese que ha ido á visitar en Aré»valo á la reina viuda. La actitud del rey de Aragon es amena»zadora. La infanta doña Isabel está cada dia mas rebelde. Ven, »no tardes, porque acaso todo depende de un momento.»

Cada vez que don Pedro Giron leia esta carta, lo que habia sucedido muchas veces, se levantaba, paseaba por la cámara, se embravecia, acusaba de inepto, de torpe y de imbécil á su hermano: revolvia la vista en torno suyo como buscando un objeto en que cebarse, y en fin, estraviado por su ambicion, habia llegado á ser, en toda la estension de la frase, un lobo.

Cuando mas entregado estaba á sus furores, se levantó el tapiz de una puerta, y un escudero dijo desde ella temblando, porque la exacerbacion á que habia llegado el carácter del maestre le hacia terrible:

«Señor, ahora mismo acaban de traer para vuestra señoría estas letras de la villa.»

El maestre se acercó al escudero y le arrancó de las manos una carta que traia.

«Señor, decia aquella carta; nunca he podido olvidar el »afecto que me habeis mostrado, y vengo á vos en la hora de la »desdicha. Vuestro hermano el marqués de Villena me ha insul»tado, me ha amenazado, acaso porque me tomo demasiado in»terés en vuestros negocios. He temido, y me acojo á vos. Re»cibidme, señor, sino por compasion, por vuestro propio inte»rés. = *María de Castro.*»

«Mi hermano ha insultado á doña María porque se toma demasiado interés en mis negocios, y doña María huye de él: mi hermano ha sido siempre irresoluto; lo que ha hecho hoy, lo deshará mañana..... ¡oh! esto es horrible.... veinte años de lucha, y me encuentro ahora que toco al fin, como al principio: solo.... que entre esa dama.»

Poco despues entró María cubierta con un manto y se detuvo á pocos pasos de la puerta; cuando hubo desaparecido el maestresala adelantó y se arrojó á los pies de don Pedro Giron, echándose atrás el manto.

«Protejedme, señor; defendedme, esclamó María mostrando en su semblante una espresion tal de espanto, que el maestre creyó que se trataba de un peligro próximo.

—No tembleis, señora, la dijo levantándola entre sus brazos; estais á mi lado, en mi cámara: nadie aqui se atreveria á vos.»

María en vez de separarse del maestre, permaneció en sus brazos y le lanzó una mirada suprema que el maestre recibió por decirlo asi á quema ropa.

«¿Me amais aun? le dijo ella, haciéndole sentir su aliento.»

El maestre que, como hemos dicho, estaba enamorado de

María, vaciló y bajó los ojos dominado por la mágia satánica que emanaba de la jóven, y no se atrevió á contestar de una manera esplícita, contenido por las circunstancias en que se encontraba.

«¡Oh! esclamó ella separándose bruscamente de sus brazos, y yendo á sentarse en un sillon; ya no me amais.... ó por mejor decir, no me habeis amado nunca: ¿qué hubiera sido de mí si hubiera dado crédito á vuestros galanteos?

—De seguro debeis estar en una situacion muy triste cuando recurris á mis amores, señora.

—Es que todos me han vendido; es que necesito un apoyo, un corazon que se una al mio y le sostenga.

—¿Y me habeis buscado?

—Es que yo creia, señor, que un hombre que á vuestra edad se muestra tan enamorado, tan loco como un niño, siente lo que dice: y vos me deciais uno de esos amores que si se sienten una vez no se olvidan jamás.

—¿Y quién os ha dicho que yo no os ame todavía? esclamó como quien pronuncia con trabajo palabras que cree imprudentes.

—¿Quién me lo ha dicho? vuestra conducta. No hace mucho tiempo, si yo hubiera permanecido en vuestros brazos, como acabo de hacerlo, hubiérais enloquecido de alegría. Pero ¡ya se ve! entonces estaba mas distante vuestro casamiento con la infanta doña doña Isabel, era muy dudoso, y no os habiais alzado de la esfera de rico-hombre. Ahora es distinto: ese casamiento es cosa segura, y os tratais ya como rey: el interés vence al deseo, y veo que me considerais como una cosa enfadosa.

—Os equivocais, señora; como pensaba entonces pienso hoy: mi casamiento con la infanta no es otra cosa que una necesidad: una seguridad en la situacion en que me encuentro; necesito levantarme muy alto sobre mis enemigos para no ser hombre perdido; pero esta necesidad material, esta necesidad de defenderme, no escluye otra necesidad tambien imperiosa en mí: la de que me ameis.... no sé.... no sé, porque desde el momento en que os ví en Avila no he podido olvidaros.... á través de mis

negocios os veo ; os veo en mis veladas, en mis sueños, en todas partes: á los cincuenta años creia estar libre del amor, yo que nunca he amado.... pero parece que Dios ó el diablo han dicho: no pasarás sin recorrer al menos en el último dia de tu vida ese amargo y áspero camino que la muger cubre de flores, bajo las cuales se ocultan los abrojos que ensangrientan nuestros pies; y qué sé yo.... pero parece que el que nunca ha amado, si llega á amar en la edad en que deben estar muertas ciertas pasiones, ama con mas fuerza que los niños, y comete mas necedades que ellos. Esto es lo que me sucede.... me contengo por dignidad, por vergüenza.... pero si pudiera mostraros mi corazon, os espantaria la lucha que sostengo en él.

—¡Luchais!

—¿Y cómo no luchar? ¿No os pareceria ridículo el que yo que nunca he sido bello, ni conozco el lenguaje de amor, que estoy destrozado por los años y por los cuidados, alimentase la esperanza insensata de ser amado por una muger tal como vos? hubo momentos en que dominado por la influencia que ejerceis sobre mí, he arrastrado mi amor, mi amor de viejo á vuestros pies.... pero despues la fria razon, ó por mejor decir el orgullo, me han aconsejado que no os ofrezca en homenaje el goce de mi sufrimiento.... he callado primero y luego he huido de vos porque creia que debia huir.... y esto es todo.... pero sois para mí mas preciosa que el primer dia que os ví, porque representais para mi corazon un imposible, una felicidad no lograda, un amor sin esperanza.»

Habia pronunciado el maestre este razonamiento con esa calma que representa el cansancio, pero con una profunda espresion de verdad.

«Exigiais de mí, señor....

—Lo que si fuera exigido por el infante don Alonso....

—¡Cómo, señor, un niño!....

—Un niño hermosísimo, que es rey ó puede serlo, y que no ha amado todavía á nadie mas que á su madre.

—Y que por lo mismo no tiene para mí mas que ese amor de la infancia que busca una madre, no una querida.

—Tras lo uno vendrá lo otro.

—No vendrá, porque el infante es una cabeza sentenciada, bien lo sabeis.

—¿Y quién se atreverá á asegurar que no se salvará ese niño? La muerte de mi hermano, que es ya viejo; un cambio en las cosas de Castilla, una eventualidad cualquiera, pueden hacer que ese niño sea rey: y entonces vos podreis llegar á ser muy feliz: una favorita, como ha habido muchas, que han tenido sujeto á su brial á un poderoso rey, y entre sus manos la suerte de un reino.»

María se hallaba en una de esas situaciones que se llaman con razon delicadas: el maestre tenia tanto interés como don Juan Pacheco en la muerte del infante, y una palabra imprudente podia dar al traste con todo.

«Don Alonso, como os he dicho ya, es una cabeza sentenciada, señor, y sin embargo, don Alonso es la causa de que yo haya huido de don Juan Pacheco.

—¡Cómo! yo creia.....

—¿Que mi afecto al infante era el que me habia producido un choque con el marqués de Villena?

—Las mugeres teneis mas corazon que cabeza, y no era estraño....

—¡Oh! bien sabia yo que desconfiariais de mí.

—¡Desconfiar de vos, señora!... en verdad no os comprendo.

—Vos lo habeis dicho: las mugeres tenemos mas corazon que cabeza y he ahi porque yo me he levantado, acaso de una manera imprudente, contra vuestro hermano.

—Y decidme. ¿Qué ha sido ello?

—¿Qué, no os ha escrito vuestro hermano?»

Don Pedro Giron miró profundamente á María, y en vano buscó en su semblante cándido y apesarado un vestigio de ficcion.

«Nada sé, señora, pero debe ser grave.

—Vuestro hermano, don Pedro, tiene un pensamiento inquieto, inseguro, y no es el acierto la mejor de sus cualidades.

—¿Mi hermano ha querido hacer un desacierto?

—Tal como concluir de una vez con don Alonso.

—¡Oh! ¡oh!

—La torpeza de este paso salta á los ojos.

—Sí, sin duda: la muerte del infante, cuando no están previstos los resultados, podia producir un cambio en los bandos; cambio cuyo rumbo es difícil de preveer.... eso hubiera sido un disparate imperdonable.... debe esperarse.... á veces la impaciencia destruye los planes mejor combinados; mi hermano acabará por echarlo todo á perder.

—En momentos en que Navarra tiene en Castilla un hombre tal y tan intrigante como Mosen Pierres de Peralta..... yo me opuse con todas mis fuerzas pensando en vos.

—¿Pensando en mí?

—Cierto..... ¿creeis mucho en la fé del rey don Enrique?

—Don Enrique es un hombre que cede siempre á la fuerza mayor.

—¿Y creeis que no sean terribles las influencias de los pretendientes á la mano de la infanta doña Isabel?

—Indudablemente; cualquiera de ellos puede mucho, si las cosas le ayudan.

—Ahora se considera á doña Isabel en el reino como una infanta y nada mas, entre la cual y el trono está colocado un príncipe jóven, robusto, que promete larga vida: muerto don Alonso, el reino, ó por mejor decir los nobles que, por envidia á Beltran de la Cueva sostienen con una tenaz oposicion que la infanta doña Juana sea declarada de nuevo heredera, ofrecerian la corona á la infanta doña Isabel. En ese caso, vuestros proyectos, ó, por mejor decir, los nuestros, se desharian como el humo, porque seria muy difícil que un vasallo lograse asir la mano de una reina.

—¡Y mi imbécil hermano se ha obstinado!....

—Hasta el punto de amenazarme, de calumiarme, porque me opuse con todas mis fuerzas, y me constituí en guardadora del infante, hasta el punto de convertirme en su cocinera y de guardar su sueño. Pero sabeis que vuestro hermano cuando piensa en una cosa.....

—Se fija en ella.....

—Y como en Castilla hay hombres para todo, me he visto amenazada, he tenido miedo ante lo terminante de las palabras del marqués de Villena; he comprendido que yo era un obstáculo para sus proyectos, y he huido antes de que me hiera.

—Y decidme, señora, y sedme franca: en esa oposicion á la voluntad de mi hermano, ¿no entraba por nada vuestro interés hácia el infante?

—¿Si tuviera interés por él, le hubiera dejado abandonado? ¿y qué me importa ese niño? ¿creeis que yo no tengo corazon mas que para lo hermoso? Os engañais, señor, yo amo antes que todo, lo fuerte, lo noble, lo valiente.... y vos lo sois todo..... si os he rechazado es porque....

—Os repugnan mis amores.

—Lo que se adquiere con facilidad, dijo María levantando tímidamente los ojos hasta la mirada del maestre, se abandona pronto: por el contrario, cuando nos hemos visto obligados á superar dificultades, no podemos olvidar, porque hemos contraido la costumbre de desear; y ese deseo, es tanto mas permanente, cuanto mas se ha dilatado su logro: el hierro que ha estado mas tiempo al fuego conserva por mas espacio el calor.... sé que me amais, señor.

—¡Ah! doña María, creo que estoy loco por vos.

—Sin embargo, aun hubiera pasado mucho tiempo sin que yo hubiera cedido de mis desdenes, sin que os hubiera dejado ver mi corazon, á no haber sobrevenido las circunstancias que me han obligado á valerme de vos.

—Bien hayan esas circunstancias, señora, que os arrojan en mis brazos.

—Qué, ¿tan enamorado estais que os alegra mi venida, á pesar de las causas que la han motivado?

—Mi hermano, por mas que piense mal, sabe demasiado lo peligroso de apresurar la muerte de don Alonso; meditará antes de dar un paso decisivo, y no lo dará. En vez de enojarme con él, debo agradecerle el que se haya contrapuesto con vos, porque de este modo me ha procurado la inefable dicha de veros, de escucharos, de saber que os interesais por mí.

—¡Y lo habeis dudado, señor! qué, ¿tan novicio sois en amores que no los conoceis á través de los desdenes de una muger?»

María tenia un interés en fascinar al maestre, en apoderarse de él de un manera rápida, puesto que necesitaba dar un golpe de mano instantáneo, seguro, y tal, que la fuese posible cubrirse con la sorpresa que causará este golpe: una palabra imprudente, un dia perdido, podian ser fatales. María que era ya una cortesana, atropelló por todo, hasta por el decoro que hasta entonces habia opuesto á los galanteos de don Pedro Giron.

«¿Y decis, don Pedro, que vuestro hermano no consumará ese desacierto? dijo despues de algunas palabras de amor demasiado significativas que se habian cruzado entre ella y el maestre.

—En primer lugar, María, dijo este, que hasta entonces habia estado de pié, tomando un sillon y acercándose mas de lo conveniente á María; en primer lugar, don Juan Pacheco, que no es tonto, tiene una gran esperiencia; conoce la manera de llevar un negocio y si hasta ahora puede decirse que no hemos adelantado gran cosa, consiste en que se nos ha hecho traicion por los hombres de que nos hemos visto obligados á valernos: ademas, mi hermano, nunca se arrojaria á un hecho de tan gran trascendencia sin habérmelo consultado, y aun nada me ha dicho. Al leer la carta que habeis enviado delante de vos, temí que se tratase de otra cosa. Don Juan Pacheco sin duda quiso preveniros; saber si podia contar con vos antes de obrar. Por lo tanto, señora, debeis estar enteramente tranquila: yo cortaré las diferencias que existen entre vos y mi hermano, como debe ser entre personas que casi puede decirse pertenecen á una familia. Ahora, pensemos en nosotros mismos. Os tengo en mi poder, y contando con lo que me habeis hecho sufrir, es muy justo que yo piense en aprovechar mis ventajas.

—¡Oh! ¡don Pedro! esclamó fingiendo temor María: ¿seriais capaz?

—¿De obligaros á que prescindiéseis de esos miramientos mugeriles que desesperan á un enamorado?... sí, ciertamente... sois desde ahora mi prisionera, señora.»

Y el maestre la asió una mano que ella no retiró, con-

tentándose, para cubrir las apariencias, con una débil resistencia.

—«Espero, señor, que seais hidalgo conmigo y que respeteis los sagrados derechos de la hospitalidad.

—Creo, María, que mi hospitalidad, será por las circunstancias una hospitalidad estraña.

—¡Cómo, señor!

—Será necesario que finjamos algo. ¿Habeis venido encubierta?

—Encubierta vengo desde Valladolid.

—¿Y quién os ha acompañado?

—Mi valor, un bolsillo de castellanos de oro y algunas joyas.

—¡Cómo! ¿no habeis tenido alguien que os acompañe?

—No me he atrevido á fiarme de nadie. Huí del alcázar de noche; me refugié en un meson, y partí con un traginero, á quien el oro hizo que no tuviese curiosidad, y asi he llegado aqui: el traginero ha seguido su camino, yo he preguntado por vuestra morada, me han indicado este castillo, y he venido sola.

—¿Y encubierta?

—Encubierta.

—¿De modo que nadie os ha visto el rostro?

—Nadie.

—Y habeis hecho bien, señora; una muger tan hermosa como vos hubiera escitado la curiosidad, tras la curiosidad hubieran venido las hablillas, las conjeturas, las calumnias, y tengo un gran interés por ahora en que no se hable acerca de ciertas cosas de mí: por lo tanto, me veré obligado á daros hospitalidad por esta noche en mi misma cámara, para que no seais vista.

—Eso, don Pedro, dará lugar á que se piense mal de mí. ¿Qué dirán si notan que no salgo habiendo visto que he entrado?

—¿Y quién piensa en que no salgais? Saldreis delante de toda mi servidumbre, acompañandoos yo, y volvereis á entrar sin que nadie os vea. Y como querria que no se notase que permaneceis aqui demasiado tiempo....

—Teneis todo el cuidado de un hombre que está á punto de

casarse con una muger tal y tan virtuosa como la infanta doña Isabel; dijo María, dando á su acento una ligera entonacion de despecho.

—Si ese casamiento no se hace, juro á Dios no acercarme á otra muger que á vos, María. ¿Pero qué os importa eso? Yo supongo que sois celosa, y para sentir celos es necesario amar mucho.

—¿Aun dudais del amor de una muger que viene á ampararse sola de vos sin tener otra defensa que vuestra hidalguia?

—¡Ah, señora, señora, acabareis por volverme loco! dijo el maestre levantándose.

—¡Ah! ¿es preciso que salgamos ya?

—Eso apresurará el momento de que nos veamos enteramente libres; cubrios con vuestro manto y seguidme.»

María se cubrió, se asió al brazo del maestre que habia tomado un sombrero, una espada, una capa, y una llave, y salió con él, atravesando sucesivamente cámaras y galerías por medio de una numerosa y espléndida servidumbre; bajó á la plaza de armas, se hizo abrir la porterna y calar el rastrillo, y salieron sin que nadie los acompañase.

En silencio y de prisa, el maestre se encaminó á la villa, torció por sus estrechas callejas, llegó en una plazuela oscura é irregular, á una casa de apariencia destartalada y sombría, metió la llave en su puerta y abrió.

—¿Adónde me traeis, señor? dijo María encontrándose poco despues encerrada con el maestre en un espacio tenebroso.

—Esto no es mas que una casa deshabitada, que es una puerta del castillo. Por aqui volveremos á mi cámara, María.

—¡Por aquí!

—El castillo de Villarubia es de moros, y estos, que son muy previsores, no construyen jamás una fortaleza sin horadarla con minas y salidas secretas para en el caso de ser necesario escapar en un cerco apurado. Esta casa es la entrada de una de esas minas.»

Entre tanto, el maestre buscaba por el tacto algo en aquel espacio, y poco despues se oyó un golpe seco del que brotaron al-

gunas chispas: despues María aspiró el olor del azufre, y al fin brilló una luz en una mecha; con ella el maestre encendió una bugía de cera que estaba en una linterna y María vió que se encontraban en un gran zaguan. El maestre asió de nuevo á María, se dirigió á una rampa, la bajó, abrió un pequeño postigo con la misma llave que habia abierto la puerta esterior, y entró en un subterráneo en que la humedad se hacia sentir con un olor desagradable y un ambiente denso. Siguió y entró por una mina abovedada, y pendiente; asi anduvieron un gran espacio, subieron unas escaleras ruinosas, y una vez en lo alto de ellas, don Pedro Giron apretó un hierro clavado en una ensambladura de tablas que giró sobre un eje, dando paso á la recámara ó dormitorio del maestre, que cerró la ensambladura, y dijo á María.

«¿Quién puede sospechar que aquí hay una puerta?

—En efecto, señor, está perfectamente entapizada y unida á la pared; yo no la encontraria.

—Sin embargo, es fácil si se tiene presente la corona del escudo de mis armas que está bordado en la tapicería.»

Don Pedro Giron apagó la linterna, que ya era inútil alli, y María se abstuvo de preguntar mas acerca de la salida secreta.

El maestre la señaló su lecho que estaba ostentosamente adornado con pabellones de seda bordados de oro.

«Ahí podeis reposar, señora, la dijo: habeis apelado á mi hidalguía y nadie entrará aqui, ni aun yo mismo, sin vuestra licencia.

—¡Ah! señor, no podia esperar menos de vos.

—Pero como por mas que esteis cansada necesitareis de alimento, permitidme que tenga el placer de cenar con vos.

—¡Cómo! ¡y vuestra servidumbre!

—Mi servidumbre cubrirá la mesa, y saldrá despues: quedaremos solos, enteramente solos.

—¡Ah! ¡de ese modo!....

—¿Y de cuál otro modo pudiera ser? descansad en mi prudencia, señora, como yo descanso en vuestra lealtad. Voy á disponerlo todo. Procuraré ser breve para que no os fastidieis mucho tiempo.»

El maestre salió dejando encerrada á María, que apenas se vió sola se arrojó de rodillas delante de un reclinatorio que por lujo, sin duda, tenia don Pedro Giron en frente de su lecho, y esclamó con la espansion de la mayor ansiedad juntando las manos y fijando sus hermosos ojos en un magnífico Crucifijo colgado bajo un dosel negro.

«¡Señor! ¡Señor! dadme fuerzas para que pueda salvar al infante don Alonso.»

Despues de esto se levantó, compuso su semblante y esperó serena á que volviese el maestre.

CAPITULO V.

De como se le indigestó la cena al maestre de Calatrava.

Una hora despues María y don Pedro Giron estaban sentados uno frente á otro, teniendo en medio una mesa redonda cubierta de manjares. Dos hermosos jarrones de plata cincelada y dos copas del mismo metal, estaban en contínuo ejercicio, trasladando con una rapidez maravillosa el vino que contenian á los estómagos de aquellos dos personajes. Entrambos procuraban embriagarse: él para hacer mas fácil su conquista amorosa, auxiliado por los vapores del vino; ella para poner fuera de combate al maestre.

Pero uno y otro, por su intemperancia habitual, eran dos atletas invencibles; y á pesar de que la cabida de los jarrones era monstruosa, parecia probable que antes de que llegase la embriaguez se agotaria su contenido. Sin embargo, el maestre se habia puesto hablador y María necesitaba de todos los esfuerzos de su razon para no cometer una imprudencia.

La desventaja estaba de parte del maestre, porque se encontraba sujeto á la doble influencia del vino y de las miradas fascinadoras de María; asi es que al poco espacio sus ojos mostraron una ardiente espresion de cansancio, se hicieron vagos, y perdieron su acostumbrada espresion de reserva. María media paso á paso, por decirlo asi, el terreno que perdia el maestre, ¡y cosa estraña! á medida que se estraviaba la mirada de aquel,

parecia fijarse é iluminarse con un poder infernal la mirada de la jóven.

«¿Sabeis, María, decia el maestre apoyados los codos en la mesa, y fija en la jóven su mirada, que me parece que no estoy sobre la tierra?

—¿Pensais en el cielo, señor?

—No sé en lo que pienso; por mejor decir, no pienso en nada: estoy como sobre una nube que me arrastrase consigo detrás de vos que huyérais.... que huís.... ¡Diablo! este vino de Peralta es un soberbio encantador: os veo multiplicada en muchas mugeres que giran en derredor mio, y que me lanzan de sus ojos un veneno dulce, mas dulce que el vino.... pues no..... no recuerdo haber sentido nunca un placer mayor; bebamos, María, bebamos.... creo que estoy camino del cielo y quiero llegar cuanto antes.»

El maestre pronunciaba ya con suma dificultad sus palabras, vacilaba próximo á la embriaguez, y María se consideró ya apoderada de él.

«¡Ah! don Pedro, esclamó la jóven, pues sois verdaderamente feliz.

—¡Como nunca!

—¿Quereis serlo mas?

—Indudablemente, y espero serlo.

—Consistirá en mi voluntad.

—Por lo que veo os sobra voluntad, señora.»

El maestre se levantó, pero vaciló y cayó de nuevo sobre el sillon.

«¡Diablo! dijo; ¡nunca me ha sucedido esto!.... pues bebamos, María; bebamos, lleguemos al fin....»

Y llenó de nuevo las copas.

«Esperad, señor, esperad, dijo María: puesto que tanto deseais ver el cielo, dejad que os abra la puerta.

—¿Teneis, pues, la llave?

—En este frasquito, señor, contestó María sacando del seno un pomo de oro y dominando lo convulsivo de su voz.....

—¿Y en ese frasquito?.....

—Está guardado el licor de cierto mago que tiene la virtud de arrebatar el espíritu fuera de la tierra.»

Don Pedro Giron estaba enteramente confiado, casi ébrio, y presentó con alegría su copa á María.

«Será uno de esos licores que adormecen en sueños deliciosos, ¿no es verdad?

—En efecto, este licor produce un sueño de paz.

—Pues verted, señora, verted.... si de paz se trata, yo la necesito, y mucho; estoy sediento de ella, como que hace veinte años que vivo en guerra.

—Pues bien, señor, descansad; dijo María vertiendo el contenido del pomo en la copa del maestre, que bebió hasta apurarla.»

María estaba pálida, convulsiva; un copioso sudor corria por su frente, y su mirada estaba fija, de una manera sobrenatural, en el semblante del maestre.

«¡Oh! qué hermosa estais, señora, dijo el maestre poco despues de haber bebido; no recuerdo haber visto otra muger tal como vos, si no una vez, y de esto hace ya veinte y cuatro años.

—¿Y aun os acordais de ella?

—Sí, algunas veces.... no por amor.... porque yo nunca la amé, sino por deseo.... y ella me amaba.... ¡oh! ¡y cuánto me amaba!

—O tal vez os engañaba; las mugeres poseemos el fingimiento....

—¡Oh! ¡no! ¡no! aquella muger me dió una hija, y la pequeñuela se me parecia mucho en el aire á pesar de que Dios habia hermoseado en ella mis formas....

—¿Habeis tenido una hija.... ó la teneis?....

—La tuve.

—¿Y qué habeis hecho de ella?

—No soy yo el que he hecho, si no ella la que ha hecho de sí.

—¡Cómo!.... ¿salió de vida alegre?....

—Como que hace cuatro años se escapó del convento de Santo

Domingo el Real de Madrid, dijo el maestre cuya voz ya casi entorpecida se dejaba escuchar con dificultad.»

Una luz siniestra, terrible, iluminó de repente el alma de María; un estremecimiento mortal recorrió su cuerpo, ahogó un grito de dolor, y avanzó al maestre.

«¡Oh! ¡oh! ¿venís á abrirme el cielo?.... esclamó este sonriendo de una manera soñolienta.

—No, no; vengo á preguntaros, señor, respondedme. ¿De qué edad pusisteis en santo Domingo el Real á esa niña?

—De edad de cuatro años; pero ¿qué nos importa eso?

—Acaso mas de lo que pensais, señor.... acaso yo sepa el paradero de vuestra hija..... contestó con angustia la jóven. ¿Cómo se llamaba?

—María.

—¿Y no lo conociais, señor?

—No, me bastaba saber que vivia; enviaba de una manera secreta una pequeña renta á la abadesa, y esperaba tener ocasion mas adelante.... ¿Creeis que un gran maestre de Calatrava puede ostentar públicamente sus vicios?

—Arzobispos hay, señor, que reconocen sus hijos.

—Pero María era hija de una cómica.....

—De una muger perdida sin duda: de una muger que tendria otro amante... del cual, y no de vos, sin duda, seria aquella niña.

—Os engañais, María, contestó el maestre mas trabajosamente aun; aquella muger era una de esas bailarinas que van con los comediantes, y aunque desvergonzada por oficio, era..... era... una joya de pureza y de candor.... y muy jóven.... yo la ví..... la deseé.... la requerí..... y me rechazó..... yo tenia veinteiseis años, era poderoso, tenia vasallos y.... la hice robar.... una noche me la trageron aqui, á esta misma cámara... para evitar escándalos la hice entrar por la mina.... y estuvo aqui un año encerrada conmigo..... ahí, en aquel mismo lecho nació María.... y he ahi por qué la protejí.... porque no podia tener duda de que era mi hija... nadie vió á Angela mas que yo en el tiempo que estuvo en el castillo.... luego.... luego á los

cuatro años murió y yo hice llevar la niña á santo Domingo el Real.... durante veinte años la asistí; pero llegó un dia en que mi secretario Alvar Perez se volvió con el trigo y con los escudos que yo enviaba á la abadesa.... esta no habia admitido la paga porque mi hija habia desaparecido.

—¿Y no la buscásteis? esclamó anhelante María.

—Sí, la busqué..... pero no la hallé..... y oid, doña María, no hablemos mas de esto; habeis conseguido entristecerme y aun me habeis puesto malo; siento unas punzadas aqui.... en la cabeza.... ¡oh! y crecen.... ¡ay!»

El maestre lanzó un agudo grito de dolor.

«¡Oh! ¡Dios mio, Dios mio! esclamó María; y ese horrible veneno es mortal!.... mortal de todo punto.

—¿Qué hablais.... de.... venenos.... señora?.... esclamó el maestre; acaso sí.... Dios mio: os han enviado á matarme, ¡socorro!»

Y el maestre queria levantar la voz, y la voz se perdia débil, opaca, apenas salida de su boca; María, anonadada, trémula, replegada sobre sus rodillas, temblaba de terror, como sintiendo la mano de Dios levantada sobre ella para castigar aquel parricidio involuntario.

De repente el maestre se levantó desencajado, pálido, se lanzó fuera del sillon, se asió á la mesa, vaciló, y cayó sobre sus rodillas.

Era aquella una lucha repugnante por lo horrible, en que se agitaban al par todas las pasiones: el miedo, la cólera, la desesperacion; veia desvanecidas de una manera inesperada y brusca todas sus esperanzas; derribada por el pié su ambicion cuando iba á tocarla; deshechos sus afanes de veinte años: y sobre todo esto los gritos ahogados, los rugidos de dolor, todo el aspecto espantable de una agonía lenta y rápida al mismo tiempo: la muerte avanzaba de una manera segura sobre su presa y á cada paso que daba hácia ella descomponia mas su semblante, hacia mas profundos sus gemidos, mas desesperadas, mas blasfemas sus imprecaciones, y entre tanto se arrastraba y se revolvia como una serpiente herida, clavaba sus dedos en la alfom-

bra, se asia á los muebles, se levantaba un momento por un esfuerzo desesperado, y volvia á caer inerte.

Hubo un momento en que convencido de la impotencia de su lucha, pensó en su venganza: allí estaba su asesino, replegado en el mismo sitio donde habia caido, en silencio, como si la enormidad del hecho hubiese coartado su voz: el maestre volvio hácia ella arrastrándose como un tigre moribundo, devoró sus dolores y comprimió sus gritos, temeroso de avisarla; y avanzaba lentamente, pugnando por desnudar su daga que, oprimida demasiado en la vaina, resistia á sus esfuerzos; al fin, en el momento que llegaba á María, logró desenvainarla, se levantó sobre sus rodillas y la hirió en la espalda, pero de una manera tan débil que apenas tocó á su carne, volviendo á caer desfallecido.

A aquella ligera sensacion de dolor, María se volvió; el maestre, que tenia fija en ella la vista, se levantó de nuevo procurando herirla otra vez, pero María contuvo su brazo y esclamó:

«¿Quereis añadir á un horrible crímen, otro crímen mas horroroso, señor, cuando vais á aparecer en presencia de Dios?

—¡Oh! ¡mis fuerzas! ¡mis fuerzas por un momento! esclamó rugiendo el maestre.

—Para asesinar á vuestra hija, dijo con un acento de profunda desesperacion María.

—¿Mi hija? esclamó el maestre aterrado.

—¡Sí, yo soy! gritó María con un sentimiento desgarrador; yo soy la hija de la cómica, de la bailarina, que abandonada por vos murió de hambre en las puertas de santo Domingo el Real, sin que se la permitiera ver á su hija.»

María representaba entonces para el maestre el castigo de la Providencia que caia sobre él acompañado del remordimiento, y aquel fué el último y mas terrible golpe que hirió su alma.

«¡Dios! ¡Dios! yo creia que no habia Dios, esclamó recibiendo la luz de la fé al sentir aquel castigo providencial.

—Sí, Dios, contestó María. En vos y en mí castiga el asesinato: vos habeis arrollado cuanto habeis encontrado al paso..... y yo..... vuestra hija, hija maldita, sin duda, en la cuna, soy el

instrumento fatal: ¡oh! esto es horroroso, desesperado: el infierno no debe guardar tormentos mayores que los que me despedazan.....»

María volvió á caer de nuevo de rodillas, subyugada por lo terrible de la situacion, y obedeciendo á su conciencia, no á su amor filial, sostuvo la cabeza del maestre que se revolvia ya espirante.

«Una palabra no mas, señor, esclamó la jóven viendo que la muerte se apoderaba rápidamente del maestre, una palabra no mas..... yo no sabia que érais mi padre.... yo queria salvar al infante don Alonso, porque es mi esperanza, porque le amo.... perdonadme, señor, y no me maldigais.

—¡Oh! ¡perdonar á quien me asesina! ¡á quien me roba mis últimas y mas hermosas esperanzas.... pero es mi hija.... mi pobre hija.... ¡Dios mio, Dios mio! ¡perdon para los dos!»

Tras estas palabras el maestre, cuyas fuerzas se habian agotado, dejó caer inerte la cabeza sobre el regazo de la jóven. María apuró todo el horror de dos horas de una dolorosa agonía: los espantosos efectos corrosivos del tósigo, los mil detalles de una de esas espantosas muertes cuyo recuerdo no se pierde jamás.

Y luego, cuando se encontró sola con el cadáver, á la luz de bugías que se estinguian, sobre una mesa cubierta con los restos de un banquete, sintió un terror fantástico, por decirlo asi; parecíala ver brotar sobre las tapicerías tropas de amenazadores espectros, mas terribles, mas fatales que los que soñó el Dante en su *Divina Comedia*..... sus ojos escandecidos recibian por do quier la impresion de la sangre, y sus fauces respiraban fuego.... tuvo necesidad de huir, y para huir se vió obligada á arrostrar un nuevo horror: se sobrepuso á su pavor, llegó al cadáver del maestre y abrió su escarcela, donde habia notado que guardó la llave de la puerta de la mina; la tomó y con una de las bugías que ardian sobre la mesa, fué á la recámara, encendió la linterna que habia dejado el maestre sobre un mueble, y luego fue al lugar de la tapicería en que estaba bordado el blason del maestre y buscó bajo su corona el resorte, le oprimió,

se abrió la puerta, pasó, cerró, bajó las escaleras y se internó en la mina.

El pavor apresuraba su paso; huia llevando consigo en su pensamiento el objeto que la hacia huir; llegó á la casa deshabitada, atravesó sus lóbregos ámbitos, tocó la puerta y metió la llave en la cerradura: entonces apagó la linterna, se envolvió en su manto, abrió, salió, tornó á cerrar, guardó cuidadosamente la llave, y se aventuró por las oscuras calles de la villa.

Era cerca del amanecer, llovia copiosamente, y de tiempo en tiempo un silencioso relámpago rasgaba las tinieblas inflamando la inmensidad: el suelo estaba fangoso y resbaladizo, y el agua, á través de sus ropas, destilaba sobre las carnes de María, cuya cabeza abrasaba la fiebre.

Al llegar á la plaza un hombre que estaba guarecido bajo un soportal, adelantó hácia ella.

«¿Sois vos, señora, la dijo?

—Yo soy, Mosen Pierres, contestó María.

—Me teniais horriblemente inquieto. He pasado toda la noche esperándoos; va á amanecer y temia.

—¡Oh! no ha sido vuestro temor en vano, porque el infierno me guarda sin duda para mas.

—¡Señora!

—¡Oh! no me hableis mas de esto por compasion. Básteos con saber que podeis decir á doña Juana Enriquez que don Pedro Giron no se casará ya con la infanta doña Isabel.»

Mosen Pierres de Peralta respetó la voluntad de María y la condujo en silencio á un casaron situado en un ángulo de la plaza, en que parecia no existir alma viviente. Dió la vuelta, llegó al postigo de una tapia, abrió, entraron, atravesaron un huerto, y al fin María se encontró en una habitacion destartalada y fea, en la cual solo habia un lecho, una mesa, un cofre, y algunas sillas y á la que prestaba una agonizante luz una lámpara de hierro.

«Os suplico que me dejeis en libertad de mudarme estas ropas, Mosen Pierres, dijo María.

—Pero contad con que entre tanto voy á mandar cabalgar á la gente para partir antes de que amanezca....

—Partir.... y me estoy muriendo.

—¿Creeis mas bien, señora, que á pesar del misterio con que estamos en esta casa desde antes de anochecer que llegamos, es prudente permanecer aqui? mis hombres pueden cometer una imprudencia y dejarse ver, y entonces inútil de todo punto hubiera sido el que nos prestase esta casa el abad de san Martin. Ademas, dentro de poco se sabrá lo sucedido, saldrán corredores á noticiarlo á don Juan Pacheco, y es necesario hacer un esfuerzo maravilloso para que esta noche misma os presenteis en la corte.

—Esos corredores tardarán en salir, porque.... porque don Pedro Giron ha quedado encerrado en su cámara.

—A pesar de vuestra repugnancia de que se hable de este asunto, repugnancia que comprendo muy bien, permitidme, señora, que os suplique que me refirais el hecho: una pequeña circunstancia puede servirnos de mucho para determinar lo que hemos de hacer.»

María refirió simplemente el hecho á Mosen Pierres.

«¡Ah! ha habido cena, dijo este despues de haberla escuchado: los médicos de las pequeñas villas, si los hay, son unos animales: la muerte del maestre pasará por una indigestion. Ademas, si se ha quedado encerrado, su servidumbre, que sabe que es montaraz, no se atreverá á llamar á su puerta, sino cuando esta permanezca cerrada por un largo espacio: para ello se necesitan al menos diez horas; los corredores que salgan, de seguro no se tomarán tanto interés como nosotros, ni podrán hacer mas jornadas que las que naturalmente pueden pedirse á un caballo; yo lo he previsto todo, tengo de trecho en trecho, en las ventas del camino y en los pueblos del tránsito, caballos de refresco que reventaremos para llegar con la velocidad del rayo á Valladolid.

—Sin embargo, algo hay que no habeis previsto. Sea como fuere, podrá decirse en esas ventas y en esos pueblos, que una

dama, acompañada de diez hombres de armas, habia hecho la via desde Villarubia á Valladolid.

—Hace mucho tiempo, señora, que ando en la corte y he aprendido á ser prudente: vinísteis encerrada en una litera, y se dijo que érais un caballero preso: nadie os vió el rostro: antes de llegar á esta nos apartamos del camino, esperamos á que cerrase la noche y los habitantes estuviesen recogidos en sus casas: pusimos trapos en los cascos de nuestros caballos y entramos sin ser sentidos: nadie cree que la casa en que estamos esté habitada desde antes de anoche: anoche salísteis encubierta y llegásteis al maestre sin que nadie os haya visto el semblante: despues os vieron salir, y nadie os ha visto volver á entrar: os lo aseguro, la muerte del maestre pasará para sus servidores por una indigestion, y si don Juan Pacheco sospecha un asesinato, no sabrá buenamente á quien atribuirlo, porque no habeis dejado rastro detrás de vos. Y ved si soy previsor: suponiendo el trance en que nos encontramos, he hecho desgastar un almete, unos brazales y unas grevas, cuyo peso no os molestará: lo demas que falte de la armadura, lo cubrirá una ancha y larga veste de infanzon: sabeis montar á caballo, teneis buena estatura; los blasones de vuestra veste, los de la mia, y los de los hombres de armas que nos resguardan son estraños, y pasareis por un príncipe estrangero que viaja encubierto, porque llevaremos las viseras caladas. Pero para esto es necesario partir cuanto antes; pronto amanecerá y es necesario que nos vea el dia una legua al menos de Villarubia.

—Pues con toda vuestra prevision no habreis tenido presente hasta qué punto podreis confiar en esos hombres de armas.

—Son, señora, gentiles hombres de Aragon y de Navarra, interesados á cual mas en servirme, y que por otra parte nada saben ni sabrán, porque como nos hemos recatado de otros, nos hemos recatado de ellos.

—¡Ah! ¡de ese modo!....

—Es pues necesario, señora, que consintais en que yo os sirva de escudero.

—¡Oh, Dios mio! ¡Dios mio! y la calentura abrasa mi cabeza, apenas podré tenerme á caballo.

—Haremos un esfuerzo, señora: el presentaros esta noche en la corte nos servirá de mucho: en todo caso ahí está aun la litera.

—Haced lo que gusteis, dijo María, como una persona que se entrega á circunstancias que no puede vencer.»

Mosen Pierres de Peralta salió, y á poco volvió á entrar cargado con un medio arnés y algunas ropas. María se resignó. Entró en una habitacion inmediata, con algunas de aquellas ropas, y salió poco despues vestida de hombre: entonces Mosen Pierres empezó á desempeñar su oficio de escudero, en el cual sin duda hubiera recibido algunas impresiones, atendida la hermosura de María, á no ser porque el semblante de esta estaba horriblemente contraido y pálido.

Cuando estuvo acabada de armar, ó por mejor decir de disfrazar, su estatura, aventajada para muger, quedó reducida á una mediana estatura de hombre; despues de esto se caló la visera, y acompañada de Mosen Pierres, bajó y se encontró entre algunos hombres de armas que se paseaban ó dormian.

«Poned las *sorderas* á los cascos de los caballos, y á cabalgar, dijo Mosen Pierres.»

Los que se paseaban despertaron á los que dormian y salieron: poco despues un pequeño escuadron, delante del cual marchaban Mosen Pierres y María, salió silenciosamente de la villa. Las pisadas de los caballos, apagadas por los trapos en que iban envueltos sus cascos, y á los que el navarro, valiéndose de una espresion de su tiempo llamaba sorderas, no se dejaban sentir sobre el terreno: cuando estuvieron á alguna distancia de la villa, se quitó aquel embarazo, y se emprendió una violenta marcha á la carrera: al amanecer, segun el cálculo de Mosen Pierres, estaban á mas de una legua de Villarubia.

Del mismo modo, segun la prevision de Mosen Pierres, las gentes del castillo respetaron hasta pasado el medio dia la clausura de la puerta de la cámara del maestre: á aquella hora su secretario creyó conveniente llamar de cierto modo.

Nadie contestó: entonces se constituyó en consejo con el guarda mayor, el escudero, el alférez y demas gefes de la alta servidumbre: en el consejo se pasaron dos horas y se volvió á llamar; el mismo silencio: antes de proceder á una medida que segun ellos, podia producir una esplosion en el maestre, se tomaron lenguas en la villa y en los alrededores: nadia habia visto á don Pedro Giron. Al fin, en vista de esto, y á las doce de la noche, forzaron la puerta de la cámara del maestre, y entraron. En aquel mismo punto, despues de haber reventado treinta caballos, que Mosen Pierres de Peralta pagó generosamente á cuenta de la reina de Navarra, entraba María en Valladolid por un postigo del muro, con la ayuda de don Ferrante de Silva que la esperaba. Ella y la gente de su acompañamiento, habian corrido sesenta leguas en diez y ocho horas; bien es verdad que habian pasado como una tempestad sobre el camino, ensangrentando los acicates en los hijares de los brutos: y era tan comun en aquel tiempo el ver á un escuadron pasando como alma que lleva el diablo, que nadie reparó en ello.

Entre tanto, la servidumbre del maestre rodeaba aterrada el cadáver de su señor. Como lo habia previsto Mosen Pierres, llamaron al físico de la villa, que era á un mismo tiempo albeitar, barbero y boticario. Examinó el cadáver, forzado por los servidores del maestre, hizo una grosera autopsia cadavérica, y en vista de la enorme cantidad de alimento y vino contenida en su estómago declaró solemnemente que el don Pedro Giron habia muerto *entripado*, lo que debia entenderse por una muerte por indigestion. El veneno habia pasado desapercibido para la ignorante inteligencia del médico, y por lo demas, nadie reparó en que junto á la mesa habia dos sillas, y sobre ellas dos platos, dos jarrones y dos copas, correspondiendo al lugar de dos personas. En los primeros momentos de confusion todo se habia revuelto, y los vestigios del crímen habian sido borrados por los mismos que los habian tenido al alcance de su mano.

Aun tardaron algunas horas en salir los corredores con esta noticia, y aunque creyeron haber caminado con gran rapidez, no llegaron á Valladolid sino siete dias despues que María.

Imposible le hubiera sido á don Juan Pacheco sospechar que la jóven habia sido el instrumento de la muerte de su hermano. Para ir á ella se habia separado de la cámara del infante don Alonso, con pretesto de hallarse atacada de una fiebre maligna, y la impresion que la habia causado la terrible escena del asesinato del maestre, y la violenta fatiga del viaje, produgeron en ella una enfermedad tal, que estuvo durante un mes entre la vida y la muerte.

Quedó envuelto en los abismos del misterio aquel horrible crímen, y la historia no ha podido decir otra cosa sino que don Pedro Giron murió de una enfermedad repentina y aguda, por principios del año de 1466.

Esta muerte casi providencial, alteró radicalmente el estado de las cosas, como podrán ver nuestros lectores en los capítulos subsiguientes. Díjose por aquel tiempo vulgarmente que: *las plegarias muy devotas de la infanta, que aborrecia este casamiento, alcanzaron de Dios que por este medio la librase* (1).

(1) Mariana, *Historia de España*, libro vigésimo tercio, cap. IX.

CAPITULO VI.

De la batalla de Olmedo.

Con los acontecimientos anteriores cambió enteramente la concordia que existia entre el rey y los confederados; agravóse por esta razon mas y mas el estado lamentable del reino; empezó á sentirse el hambre; á impulso de esta se aumentó de una manera espantosa el número de los bandidos, y fue necesario se uniesen las ciudades y resucitasen, como una necesidad del momento, la antiquísima institucion de la Santa Hermandad, que siendo un poder popular habia contrapesado, siempre que se la habia armado, el poder real, y habia sido siempre disuelta por este.

La Santa Hermandad, era pues, una especie de ejército municipal, puesto que estaba mantenida á costa de las ciudades, con fueros, esenciones y preeminencias, enteramente agenos del poder real. Su único instituto era guardar los caminos y perseguir á los malhechores. Tenia para estos leyes aparte que eran severísimas; que verdaderamente, segun el dicho enérgico de un ilustre historiador de nuestros tiempos (1), estaban escritas con sangre. Las leyes decretadas en varias ocasiones por las cortes del reino para la Santa Hermandad, están recopiladas en un código que se sancionó en 1485 en las cortes de Torrelaguna. La imposicion de la pena capital se hacia por delitos comunes y que en otras circunstancias se castigaban con poco rigor, y esta pena se ejecutaba asaeteando al reo. La mutilacion de un miem-

(1) William H. Prescott.

bro, la quema de ojos, los azotes á sangre, se imponian por un leve robo, sobreviniendo prision perpétua.

A pesar de los beneficiosos resultados que inferia para la seguridad pública é individual la Santa Hermandad, la nobleza, que veia levantarse en ella del fondo del pueblo un poder rival y contrabalanceador de sus fueros señoriales, hasta el punto de ponerles freno, puesto que la mayor parte de ellos se fundaban en una costumbre envejecida, pues por su brutalidad no podian decentemente apoyarse en una ley, la nobleza, decimos, se opuso fuertemente á la Santa Hermandad; las ciudades cuya era, se resintieron, y lo que se habia restablecido para reprimir simplemente el bandidaje, vino á convertirse en un nuevo bando: el bando popular.

Don Juan Pacheco aprovechó cuanto pudo este estado, se separó violentamente del rey, influyó con los caballeros de la órden de Santiago y con el Papa, y se hizo nombrar gran maestre de aquella órden, á pesar de que, como hemos dicho anteriormente, se habia conferido al infante don Alonso, y de tenerla en administracion el mismo rey.

Entonces todo se hacia de una manera turbulenta y sediciosa, y nadie se asombraba de ello; pues la continuidad de los abusos habia constituido la ley de los abusos.

Por su parte la reina y Beltran de la Cueva, alejados de la corte por la influencia de don Juan Pacheco, volvieron á ella; reconocióse de nuevo á la infanta doña Juana, y empezó otra vez la guerra: en vano el rey, que era apocado de espíritu, tuvo vistas con don Juan Pacheco en Coca y en Madrid. No hubo manera de avenimiento. Viéronse de nuevo en Plasencia, y los nobles que andaban con el rey, disgustados de esta contínua humillacion de la corona, decidieron en la balanza y se encontraron otra vez dos ejércitos beligerantes uno en frente del otro.

El rey se retiró á Segovia, y don Juan Pacheco con los nobles confederados se posesionó de la villa de Olmedo, que le fue entregada por el capitan Pedro de Silva que la tenia en resguardo: la Mota de Medina estaba por el arzobispo de Toledo, y los mo-

radores de entrambos pueblos estaban de contínuo molestados por exacciones y tropelías.

El rey, ó por mejor decir, Beltran de la Cueva, no pudo sufrir con paciencia tanto desacato, y mandó hacer grandes levas de gente, llamando en particular á los nobles. El conde de Haro, que se habia puesto de parte del rey, acudió con sus mesnadas á aquel llamamiento: del mismo modo acudieron el conde de Medinaceli, el obispo de Calahorra, el duque del Infantado y otros. A pesar de esto, el rey tenia tal miedo á los confederados, que entregó al duque del Infantado su hija la infanta doña Juana para que la tuviese en resguardo en la villa de Buitrago. La ayuda de estos grandes, costaba al rey mercedes y mas mercedes, porque aquellos revoltosos señores, que habian ya perdido el decoro, aprovechaban aquellas circunstancias para aumentar en cuanto podian sus arcas y sus estados.

Reunida una enorme hueste, el rey tomó el camino de Medina del Campo que estaba cercada por parte del ejército de los confederados: para llegar á aquella villa tenia que pasar necesariamente por Olmedo, en donde estaba la mayor fuerza de los rebeldes.

Era el veinte de agosto de 1467 á la una de la madrugada: hacia una noche diáfana y calorosa; á la falda del monte Iscar, á media legua de Olmedo, la luna blanqueaba las tiendas de un campo, y hacia brillar los arneses de los atalayas que le guardaban.

En el centro del real habia una gran tienda, oscura y cerrada, delante de la cual se paseaban dos atalayas: mas adelante se paseaban tres hombres vestidos con sayos cortos: era el uno Beltran de la Cueva, el otro Mosen Pierres de Peralta, y el tercero el gruñon cronista Enriquez del Castillo.

«Pero, señor, esas gentes están empecatadas, decia el clérigo, ¡ponerse como una barrera delante de su rey!

—¿Acaso es la primera vez que lo han hecho? dijo con desprecio Beltran de la Cueva; esos hombres necesitan de un duro escarmiento, y por quien soy, que no ha de tardar mas de lo

que tardare en amanecer el dia. ¿Y el rey, Mosen Pierres? añadió despues de un momento de silencio en que nada se ocurrió que decir al cronista y al navarro.

—El rey duerme tranquilo, despues de haber departido largo rato sobre lo incómodo de su lecho.

—César durmió la víspera de la batalla de Farsalia, dijo con cierto punzante sarcasmo Enriquez del Castillo.

—El imperio de la costumbre, dijo Mosen Pierres: don Enrique sabe que se lo han de dar todo hecho.

—Y como que, segun dicen, esclamó Beltran de la Cueva con intencion, no faltan á su lado ciertos oficiosos consejeros.....

—Ya: esta, mas que lucha de armas, es lucha de astucia; ¿no habeis querido decir esto, señor conde de Ledesma?

—Digo, señor condestable de Navarra, que me voy cansando de servir de puntal á don Enrique, y si os he de hablar en verdad, me siento desalentado, sin fuerzas: lo que menos me importa son las armas: estoy seguro de vencerlos siempre en el campo como los venceré mañana..... pero las asechanzas, las intrigas..... ¡oh! esto me asesina, me desespera..... sé de donde me viene el golpe, y me falta valor para cortar la mano.»

Beltran de la Cueva salió de nuevo, y los tres continuaron paseando en silencio por delante de la tienda del rey.

Poco despues se oyó un ¿quién va? en la línea de atalayas que rodeaban el centro del real, y seguidamente se presentó á Beltran de la Cueva un capitan armado de todas armas.

«Señor, le dijo, un rey de armas de los rebeldes, demanda hablar con vuestra señoría en secreto.

—¿Dice de parte de quién viene?

—No señor.

—Preguntadle.

—Se le ha preguntado ya, y ha contestado que solo á vuestra señoría dirá la causa y la persona por quien viene.

—Hacedle llegar.»

El capitan saludó respetuosamente á Beltran de la Cueva, y se perdió entre las tiendas. Poco despues volvió á aparecer con un rey de armas vestido con su cota y armado de todas piezas.

«Ya es tarde, caballeros, dijo Beltran volviéndose al cronista y á Mosen Pierres de Peralta, y habreis necesidad de descansar el poco tiempo que resta hasta que hayamos de salir contra los rebeldes.»

Esta era una cortés despedida á que nada tuvieron que contestar; estrecharon las manos de Beltran, le saludaron, y se encaminaron á una tienda inmediata.

Entonces Beltran se volvió al capitan y al rey de armas á quien dirigió la palabra.

«Vos sois, segun me han dicho.....

—Leon, rey de armas del noble y escelente rey don Alonso, mi señor, y respetuoso criado de vuestra señoría.

—¿Venis de parte de don Juan Pacheco?

—El mensaje que traigo para vuestra señoria, requiere ser dicho á solas.

—Retiraos, dijo Beltran de la Cueva al capitan, que obedeció: ahora, hablad, señor rey de armas.

—El señor arzobispo de Sevilla, don Alonso de Fonseca, me envia de secreto, bajo la fé del honor de vuestra señoría, á avisarle de un peligro.

—¡Ah! ¿se trata de un peligro..... mio?....

—Asi es, señor.

—¿Y en qué consiste ese peligro?

—En que cuarenta gentiles-hombres de la casa del rey don Alonso, y de la del arzobispo de Toledo, han hecho voto solemne de buscar todos y cada uno de ellos á vuestra señoría en la batalla, hasta matarle, prenderle, ó perder la vida en la demanda: y el señor arzobispo de Sevilla, como amigo de vuestra señoría, le ruega que, para evitar una malaventura, no salga al campo con armas ni empresa conocida, sino como un cualquiera de los caballeros de menos monta.

—El señor arzobispo don Alonso de Fonseca, me consuela con su aviso, porque creia no tener ya un solo amigo en el mundo, dijo Beltran de la Cueva; responded á su señoría, que aunque apartado de las banderas del único y legítimo señor de Castilla, yo le agradezco en gran manera su buen oficio, y se lo

tendré presente; pero que considere que en casos como el en que nos encontramos, la honra pende del peligro, y conviene por lo tanto que el que es buen caballero no le rehuya, antes le afronte, presentándose como á la nobleza y al valor se debe, con el pecho señalado delante de sus enemigos; y para que vos como oficial de armas podais certificar á esos cuarenta gentiles-hombres del voto, de las señales con que saldré á la batalla, venid conmigo.»

Beltran se encaminó, seguido del rey de armas, á una magnífica tienda que estaba á la derecha de la del rey, guardada por gentes de su casa, y entró: se habia apurado en ella un indescribible lujo en tapices, paños y alfombras, cuya riqueza se veia á la clara luz de una lámpara de plata, de cuatro mecheros, colocada sobre una mesa; á los dos lados de ella, puesta en un pié portátil, estaba su bandera, y al otro lado, sobre otro pié, un arnés trenzado: un poco mas allá habia algunos cofres, y en un ángulo un magnífico lecho de campaña.

«En primer lugar, señor rey de armas Leon, decid á esos caballeros que se han conjurado para prenderme ó darme muerte en batalla, que mi bandera, que es la que teneis delante, irá contínuamente á mi lado: miradla bien, añadió el duque, asiéndola por un estremo y desplegándola: la distinguirán bien por su brocado verde y por el escudo de mis armas; ademas, tiene el asta y las borlas rojas, y el hierro de oro: mirad mi arnés; reparad sobre el almete esa serpiente alada, esmaltada de verde y ensangrentada; es el animal parlante de uno de los cuarteles del blason de mi linaje: quiero ademas que veais mi sobreveste (y Beltran abrió uno de los cofres y sacó un brillante ropon); es asimismo de brocado verde como mi bandera: porque nada os quede que referir, ved la cobertura de mi caballo; es de hojas de Milan, matizadas de verde, á manera de escamas de serpiente, y en la testera tiene dos alas de basilisco, entre las cuales hay un penacho de plumas azules, clara señal de una lealtad decidida á destruir cuanto se rebele contra el rey mi señor: conviene que conozcais estas armas y preseas y que las sepais blasonar para que por ellas me conozcan y sepan quién es el duque de Alburquerque.

—Pero permítame vuestra señoría que le diga que esa es una empresa temeraria.

—Nunca es temerario sostener la honra intacta, señor Leon, y tal lo comprendeis asi, que á pesar de no tener seguro ni salvo conducto, os habeis presentado á mí con las divisas de vuestro oficio, por mas que las empleeis mal en pro de rebeldes y que hayais venido de secreto. Ahora podeis marchar libre, tal como si yo por mi palabra y fé os hubiera asegurado.»

Beltran se encaminó á la puerta de la tienda.

«Vuestra señoría tendrá la dignacion de esperar un momento, dijo el rey de armas.

—¿Aun no habeis concluido vuestro mensaje?

—El señor arzobispo de Sevilla habia previsto la contestacion que daria á su aviso vuestra señoría, y me ha ordenado que en ese caso ponga en sus nobles manos estas letras.»

El rey de armas sacó una carta de su escarcela y la entregó á Beltran de la Cueva.

«Y ahora, señor, usando de la generosa concesion de vuestra señoría, me pongo á su mandado y parto á recogerme á Olmedo.

—Id y no olvideis las señas de mis armas.

—Necesario será, señor, que esos gentiles hombres las conozcan, puesto que yo no he venido aqui como espía.

—Pero sois rey de armas y podeis llevar á esos hidalgos el cartel de un caballero.

—¡Señor!....

—Tomad mi manopla, arrojadla á los pies de esos que han hecho voto de matarme, y decidles que el duque de Alburquerque desprecia y denosta á los que han menester reunirse en cuadrilla para medirse con él en combate.

—¿Vuestra señoría me manda que sea su rey de armas para retar á esos caballeros?

—Asi es, y podeis por lo tanto, sin menoscabo de vuestra honra, llevarles estas señas que para ellos escribo.»

Y Beltran de la Cueva fue á la mesa, tomó un pergamino, escribió en él un jactancioso reto, poniendo por bajo las señas de

su arnés y de sus preseas, firmó y selló el pergamino, y lo entregó al rey de armas.

«Y como no quiero que lleveis encargo ó reto mio, le dijo, sin que podais mostrar por una señal bastante que habeis cruzado vuestra palabra en estos asuntos con el duque de Alburquerque, tomad.»

Y le dió una magnífica sortija que el rey de armas aceptó, porque asi era costumbre en aquellos tiempos.

Beltran de la Cueva hizo acompañar fuera del real al rey de armas, y cuando estuvo solo, rompió con emocion el sello de la carta.

A la primera ojeada conoció la letra de doña Mencía de Padilla; por mas que esto se hiciese estraño á don Beltran atendida la situacion en que se encontraban colocados los dos antiguos amantes, al ver aquellos caractéres que en otro tiempo habia contemplado con delicia, del fondo de su corazon brotó á su pesar un sentimiento de ternura instintivo, y leyó aquella carta poseido de cierta fascinacion.

«Hace algunos dias, decia, antes de partir el rey de Sego»via, algunos hijo-dalgos de la casa del arzobispo de Toledo, »juraron mataros en la primera batalla en que os encontrasen. »Yo, que estoy atenta á todo, que veo y oigo por ojos y por oi»dos que me sirven cuando me importa, he sabido el peligro que »correis y os aviso de él. Os he jurado guerra á muerte, pero »mis armas no son de las que hieren el cuerpo; me habeis heri»do en el alma, y vuestra alma es lo que yo combato. Nece»sito que vivais. Por lo mismo procurad entrar en batalla en»cubierto y en un lugar en que no pueda sospecharse que se »coloque un capitan. Guardaos, si sois valiente para luchar con»migo, porque debeis haber conocido que la guerra que os hago »es mucho mas terrible que la que pueden haceros toda la no»bleza de Castilla contrapuesta á vos con todas sus lanzas. Me »perteneceis y os reclamo. Por lo mismo no huyais cobardemente »de mí esponiéndoos á un peligro que para arrostrar el cual se »necesita infinitamente menos valor que para arrostrar mi ven»ganza. = *Mencía de Padilla.*»

La lectura de esta carta causó una impresion profunda en don Beltran: generoso, noble y grande lo bastante para apreciar en su verdadero valor lo miserable de aquella guerra de partido en que nada suponia lo justo y lo conveniente, posponiéndose, por el contrario, todo á intereses miserables y repugnantes; sentenciado á servir de sosten á un rey débil, contra una nobleza, en su mayor parte infame; encadenado á los dolorosos amores de doña Juana de Portugal; arrastrado por su amor de padre á sostener la honra de su hija la Beltraneja; blanco de la envidia de los cortesanos y de los ambiciosos, herido de una manera doble en su amor á la reina y á la infanta, cuyos nombres por su causa rodaban vilipendiados entre el vulgo; cansado, desalentado, casi muerto, necesitado de consuelo, no vió en la carta de doña Mencía el refinado pensamiento de venganza de una muger que teme que la muerte le arrebate su presa, sino el delicado amor de una muger que herida en su dignidad no se atrevia á decir que temblaba, que se estremecia ante el pensamiento de su peligro, y ocultaba su ansiedad y su deseo de libertar á su amante, aunque amante ingrato, de un peligro. Beltran vió en esto una nueva prueba de amor, y, como hemos dicho, combatido por su destino, desesperado, fue para él un nuevo motivo de desesperacion, lo que creia amante generosidad de la muger de sus primeros amores.

«Y bien, dijo despues de un largo espacio de meditacion: parece que cuantos me rodean se han encargado de hacerme odiosa la vida.... hasta esta muger.... ¡oh! ¡Dios castiga de una manera terrible mi ambicion! á cada paso que adelanto estoy mas ciego, mas desorientado: cada nuevo dia se agravan mis dolores.... Doña Mencía.... la amo aun.... la he amado siempre; pero sobre su amor está el amor de otra muger.... y mi esposa.... abandonada.... Blanca sacrificada.... los dolores que estos recuerdos me hacen sentir son horribles.... yo crei ser grande, poderoso.... tendí las alas mirando al sol y he caido en un cenagal.... pues bien.... qué importa, hay cuarenta hidalgos entre los rebeldes que ansían matarme, no seré yo quien me oculte de ellos.... pienso adelantarme al puesto mas peligroso de la batalla,

y si no muero será porque Dios ó el diablo me guarden para mayores pruebas.»

Despues de esto llamó á un escudero, le encargó le despertase una hora antes del amanecer y se arrojó en el lecho.

El escudero le llamó á la hora convenida, y Beltran de la Cueva hizo que sus trompetas y todas las del real tocasen á cabalgar, y empezó á armarse en seguida con el arnés que habia mostrado al rey de armas Leon, poniéndose sobre él la ostentosa veste de brocado que habia sacado de sus cofres delante de aquel.

Apenas alboreaba cuando Beltran, dispuesto ya á la batalla, entraba en la tienda del rey: Enrique IV, soñoliento y maldiciente porque le habian obligado á levantarse temprano, se dejaba armar por su alta servidumbre.

«¡Ah! ¿eres tú, don Beltran? dijo viendo entrar al favorito: espero que hoy nos quitaremos de delante ese estorbo: es necesario vencer, aunque no sea mas que para que podamos descansar mañana en Olmedo: esto es brutal: todavía hay estrellas en el cielo: no sé por qué nos hayamos de levantar como labriegos.

—De otro modo, señor, los rebeldes nos hubieran atacado en nuestros mismos reales.

—¡Ah! es verdad: me olvidaba de que el buen arzobispo de Toledo es madrugador.... y bien, ¿has pensado ya en el modo de presentar la batalla?

—Ellos son los que nos la presentan, señor; segun nuestros corredores están ya estendidos delante de Olmedo.

—¡Ah! ¡ah! ¡tienen impaciencia! ¡creen sin duda que nos van á arrollar al primer empuje!.... pues veremos, veremos..... el obispo don Pedro Gonzalez de Mendoza, diz que ha estado en oracion toda la noche, lo que junto con los puños de nuestras gentes, creo que pondrá de nuestra parte al cielo.... pero ved ahí donde viene el señor condestable de Navarra.... ¿qué nuevas traeis Mosen Pierres de Peralta?

—Las lanzas de vuestra alteza y su buen capitan Hernando de Carrillo os esperan con impaciencia, señor.

—¿Sabes, Beltran, que no dejará de ser curioso el que se en-

cuentren en batalla el buen arzobispo de Toledo y su sobrino mi feroz capitan de la guarda morisca?

—No creais, señor, que el arzobispo se ponga al alcance de las lanzas, dijo Mosen Pierres, del mismo modo que vuestra alteza no debe.....

—¡Oh! ¡oh! yo siempre he ido á salvo: nadie se mete conmigo: estoy seguro de que á unos y á otros les hago falta, dijo con cinismo el rey: y sino reparad si pasa una sola saeta ó una pelota de lombarda junto á nuestro estandarte real: esa gente no sabe bien todavía á qué atenerse y todo en un caso se reduciria á que me prendiesen: si esto aconteciera todo podria ser variar de carcelero.

—Perdone vuestra alteza, dijo Beltran; pero os encontrais enteramente libre entre nosotros.

—¡Libre, y os habeis empeñado de todo punto en empeñar una batalla, cuando podiamos caer sobre Medina del Campo, sin tropiezos, solo con apartarnos un tanto del camino!

—Lo que daria alientos á los rebeldes y desalentaria nuestras huestes con el temor de que, puesto que se evitaba un choque, fuesen muy superiores las fuerzas de los rebeldes: esto podria producir un seguimiento de parte de ellos, y una fuga por la nuestra.

—Pues bien, si lo crees conveniente, Beltran, despleguemos cuanto antes nuestro estandarte real, y concluyamos de una vez.

—Vuestra alteza, señor, no trae consigo bastantes hombres de armas de su casa para desplegar con decoro el pendon real, dijo Beltran de la Cueva; y ademas, tratándose de rebeldes, es escusado que haya banderas: solo se desplegará una....

—¿Y cuál?

—La mia, señor.

—¡Ah! tú quieres para tí esta jornada.... pues bien, como quieras Beltran.

—Si mi bandera se despliega, señor, no es sino para que sirva de señal á ciertos caballeros del bando contrario que se han juramentado para matarme.

—¡Ah! ¿y sin duda por esto te has puesto tan abigarrado,

duque? bien, muy bien; pero yo creo que esta es una empresa temeraria.

—Lo temerario, señor, seria querer sostener la honra sin afrontar el peligro.

—Hé aqui una cosa que no entiendo bien.... pero en fin, tú sabes mejor que yo sin duda lo que debes hacer, como el señor coronista Enriquez del Castillo, la causa de las señas que me está haciendo hace algun tiempo; hablad de una vez, amigo mio.

—El señor arzobispo de Sevilla está revestido, y espera para celebrar la misa, señor.

—¡Ah! pues vamos, no me agrada hacer esperar á nadie; y mucho menos cuando de una cosa tan santa como de la misa se trata: vamos, caballeros, vamos.... continuad á mi lado, señor condestable de Navarra; quiero teneros junto á mí: vuestra buena conversacion me distrae. Vamos.

—Tened cuidado con ese hombre, don Beltran, dijo el duque del Infantado á su yerno mientras salian, señalándole á Mosen Pierres de Peralta.

—Descuidad, señor; sé muy bien á lo que ha venido á Castilla, y por lo mismo, puesto que las lanzas del rey no entrarán en batalla, le he aconsejado que retenga junto á sí al navarro: ya veis, va asido á su brazo.

—Le quisiera mejor á vuestro lado, entre vuestros escuadrones.

—¿Y qué puede acontecer estando al lado del rey?

—No sé, pero me hace sospechar una artería: tiene el rostro de traidor.

—En todo caso, ello se reducirá á que enseñemos á Navarra lo que somos quedándonos con la cabeza de su enviado.»

En esto llegaban á un altillo, donde, á la puerta de una tienda, habia levantado un altar de campaña. A sus pies estaban tendidas en formacion cerrada, las gentes de guerra de los caballeros que socorrian al rey en aquella empresa: don Enrique, Beltran de la Cueva, Mosen Pierres, el cronista y los altos oficiales de la casa real, se colocaron á la derecha del altar, despues de lo cual y apenas acabado el marcial estruendo con que todos los instru-

mentos de las mesnadas saludaron al rey, apareció el arzobispo de Sevilla revestido con sus vestiduras pontificales, y empezó á celebrar la misa, ayudado de dos obispos como diácono y subdiácono.

Nada mas sublime, nada mas poético que la conmemoracion del divino sacrificio de Jesus, reproducido sobre la cumbre de una colina, teniendo por bóveda los cielos, y por lámpara el sol naciente, que parece brillar mas ante la presencia de Dios humanado por el hombre.

Y luego, ver doblando humilde la rodilla ante un altar, á un ejército que poco despues ha de cebarse en la matanza y el estrago..... Para apreciar bien los profundos pensamientos que se desarrollan ante este espectáculo, es necesario haberle visto.... lo sublime de la religion se engrandece, y su inmensa mansedumbre produce un violento contraste con las ideas de esterminio que escita una muchedumbre armada para la muerte.

Aun no se habia concluido la misa cuando se vieron avanzar de la parte de Olmedo las batallas de los rebeldes en órden de arremetida: aquella multitud parecia una cinta de acero estendida al pié de los muros de la villa, sobre la cual reflejaban los rayos del sol naciente.

Por este motivo, demasiado por sí solo para abreviar el oficio, el arzobispo de Sevilla y sus ayudantes apresuraron el rezo mas de lo justo; terminóse, como suele decirse, á la carrera; levantóse el altar, plegáronse la tiendas, cabalgó el ejército y el fardaje se dejó en resguardo á las lanzas del rey que no debian entrar en batalla.

En aquel momento, y mientras los enemigos estaban aun á media legua de distancia, el rey, por consejo de Beltran de la Cueva, adelantó al frente de sus batallas, que le rodearon agrupándose, y habló de esta manera:

«Caballeros, mesnaderos, gentiles-hombres: vosotros todos, »mis leales vasallos, á quienes veo el arnés sobre el hombro y »las lanzas en las manos cumpliendo con lo que á vuestro nom»bre y á vuestra lealtad debeis: mucho me contentaria de es»cusar esta batalla, en que han de herir el amigo al amigo, el

»hermano al hermano, el padre al hijo, y de la cual no puede »resultar otra cosa que el acrecentamiento de los ódios y de los »bandos que, por mala ventura nuestra, tienen de antiguo des»pedazada con la guerra civil á Castilla; pero si yo esquivara ese »paso que, tan insolentemente, y con tan rebelde demasía nos »atajan, levantando delante de nos á nuestro querido hermano, »de cuyos pocos años se prevalen para lanzarle á que se llame »rey con quebrantamiento de las cosas divinas y humanas, seria »acrecer la soberbia del arzobispo de Toledo y de los otros gran»des y caballeros que delante de vosotros se muestran con la es»pada desnuda contra mi servicio. Y puesto que su avilantez cre»ce, y que á pesar de mis esfuerzos por traerles á la lealtad y »honra de que se han descaminado, perseveran en sus dañados »intentos y nos retan saliendo sacrílega y vilmente al campo »contra el ungido de Dios, su señor natural y legítimo, quiero, »contra mi grado, permitir el rompimiento que hoy se espera. »Y pues que vosotros, aconsejados por vuestra lealtad, anhe»lais castigarlos viniendo á las lanzas con ellos, yo, conformán»dome con vuestro animoso deseo, os doy mi consentimiento, »pero protesto y pongo á Dios por juez y testigo, que me es do»loroso, y que á costa de cualquiera sacrificio, salvas mi honra »y dignidad, quisiera evitar este durísimo trance, en que san»gre castellana ha de ser vertida por manos castellanas. ¡Dios »perdone á los que á tal y tan angustioso punto han traido las »cosas! Por lo demas, espero en Dios, y en nuestro patron el »apóstol Santiago, que hoy quedarán los rebeldes vencidos y es»carmentados y vuestra lealtad triunfante y enaltecida. Ordenad, »pues, vuestras batallas y cerremos con ellos. Son muchos, »pero la traicion siempre es cobarde.»

Acabadas de decir estas palabras, Beltran de la Cueva se levantó sobre los estribos y gritó:

«¡San Lázaro y Castilla! ¡Viva el rey!

—¡Viva! gritó en una aclamacion informe todo el ejército.»

Seguidamente el conde de Haro con sus mesnadas, adelantó hácia los enemigos. Llevaba tres batallas: á la derecha iban sus hermanos, don Sancho y don Luis de Velasco con trescientos

buenos rocines, y á la izquierda su primo don Juan de Velasco, señor de Siruela, al frente de ochenta ginetes: el cuerpo que constituia el centro, bajo las órdenes del mismo conde, constaba de trescientos veinte hombres de armas. Segun el número que á cada lanza daba la costumbre de aquel tiempo, la mesnada del conde de Haro constaba por lo menos de mil trescientos caballos entre hombres de armas y ginetes, y dos mil cuatrocientos ballesteros. Tras esta fuerza marchaba el marqués de Santillana, duque del Infantado, don Diego Hurtado de Mendoza, á quien acompañaban sus hermanos el obispo de Calahorra, y don Juan y don Hurtado de Mendoza con doscientos hombres de armas, quinientos cincuenta ginetes y ochocientos peones. Añadiéronse á este número, por ir mal armados, trescientos ginetes del comendador Juan Fernandez Galindo. Despues, en el centro, iba Beltran de la Cueva llevando bajo su conducta á don Pedro de Velasco, hijo del conde de Haro, reuniendo bajo su bandera verde ciento cincuenta hombres de armas, trescientos ginetes y seiscientos peones de su casa, y doscientos rocines de la del conde de Haro.

Ultimamente, un poco mas adelante del sitio en que habia estado el real, quedó el rey á retaguardia del ejército, acompañado de Mosen Pierres de Peralta y de Hernando de Carrillo, con cincuenta lanzas de la guarda morisca y cien ballesteros que resguardaban el fardaje.

El ejército del rey constaba, pues, de setecientos hombres de armas, mil cuatrocientos ginetes y mil ochocientos peones, á los que hay que añadir ocho lombardas gruesas que iban en el centro de la batalla de Beltran de la Cueva.

Desde el momento en que los rebeldes vieron que no se podia escusar la batalla, y que las gentes del rey iban á pasar en derechura por el lugar en donde se encontraban puestos en campo, se ordenaron y adelantaron en formacion de combate: en el centro de su línea iba el infante don Alonso con vestiduras de rey, acompañado del arzobispo de Toledo y del conde de Luna don Diego de Quiñones. Llevaba ciento cincuenta hombres de armas, trescientos rocines y seiscientos ballesteros, en medio de los cua-

les habia una lombarda armada. Iban asimismo como cabos de esta batalla, el conde de Rivadeo y Pedro de Ontiveros, capitan del conde de Plasencia, con doscientos ginetes. En la misma línea marchaba don García de Padilla, clavero de la órden de Calatrava, con cuatrocientos hombres de armas y ochocientos peones. Seguia don Hernando de Fonseca, hermano del arzobispo de Sevilla, con quinientos cincuenta rocines que habian enviado varios caballeros. Habia ademas en pequeñas escuadras al mando de algunos hidalgos de solar, trescientas lanzas, quinientos ginetes y casi seiscientos ballesteros.

El ejército de los confederados era superior al del rey en cuanto á los hombres de armas, puesto que el número de estos llegaba á ochocientos cincuenta, é igual con poca diferencia en ginetes y peones: tenian sin embargo las lanzas del rey la ventaja de estar mucho mejor armadas, y de ir bajo el mando de capitanes valientes y esperimentados.

Avanzaron á buen paso el uno hácia el otro los dos ejércitos, hasta ponerse á tiro de ballesta: en aquel momento los confederados se detuvieron, y adelantaron de sus filas dos frailes franciscos con los cuales iban un heraldo y un trompeta con una bandera blanca.

Aquellos hombres llegaron á Beltran de la Cueva y le pidieron ver al rey: pero fue inútil, las batallas se aproximaban; los peones tendian ya las cuerdas de sus ballestas, y los hombres de armas con las lanzas en ristre adelantaban á media rienda. Los frailes, el trompetero y el heraldo, despedidos ágriamente por Beltran, hubieron de volver á los confederados á toda la carrera de sus cabalgaduras.

Inmediatamente los ballesteros de una y otra parte lanzaron una nube de venablos que se cruzaron en el aire y fueron á romperse contra las líneas de hierro de los ginetes; en aquel momento todas las trompetas tocaron arremetida, estallaron con horrible son las lombardas, y los hombres de armas apretaron los acicates á sus caballos, se encontraron los ejércitos con un estruendo formidable, y rompieron sus lanzas los unos contra los otros, despues de lo cual echaron mano á las espadas.

Entonces al clamor de la pelea se unió el alarido de los que habian sido desmontados en el encuentro y á quienes pisaban los caballos; de los heridos, de los que acometidos por los de á pié eran muertos á mansalva entre la confusion por el falso de los arneses: las líneas se desordenaron, y solo se vió en medio de la llanura un remolino de hombres que se martilleaban con las espadas entre una nube de polvo, y á lo lejos, sobre una eminencia, el rey que habia quedado solamente con cuatro ginetes y con Mosen Pierres de Peralta, puesto que Hernando de Carrillo habia cargado con la restante fuerza para ayudar á Beltran de la Cueva.

La acometida habia sido bizarra, bastante á mostrar el claro valor de los caballeros que contendian; la gente que mandaba el conde de Haro habia embestido las batallas del arzobispo de Toledo, y delante de ella, solo y á buen trecho, don Juan de Velasco, su primo, embistió rompiendo á lanzadas y pasando al otro lado, á la parte de la villa, y al pasar derribó al alférez del arzobispo, le arrancó el pendon y le llevó consigo. En pos de él entró el conde de Haro y se encontró de frente con el arzobispo.

«¡Ah, mal clérigo! gritó afianzándose sobre los estribos, y abalanzándose á él lanza en ristre: toma por el engaño de Madrid: sangre por sangre,» y le descargó una lanzada que le falseó la adarga, le desguarneció la guarda del brazal izquierdo, y sacó la punta por el otro lado, atravesando con una ancha herida la carne; Juan de Velasco prendió sobre su palabra al conde de Luna, don diego de Quiñones: el duque del Infantado rompió con sus ginetes por el ala izquierda, desbaratando la escuadra del comendador Juan Fernandez Galindo, y acorralándola entre las barreras de la villa y algunas iglesias cercanas.

Pero por la derecha, por donde habia entrado Beltran de la Cueva, el combate se habia hecho encarnizado; desde el momento en que se vió el pendon verde del duque de Alburquerque, su blanco caballo de batalla, y el penacho y las preseas con que iba señalado, cargaron sobre su gente mas de quinientos ginetes, delante de los cuales se veian cuarenta caballeros,

á juzgar por sus divisas, que todos en tropel cargaron sobre Beltran, acosándole y comprimiéndole á grandes voces á que se diese á prision.

«¡Ah! ¿sois vosotros? gritaba el duque derribando á cada intimacion á uno de ellos con un bote de lanza; ¿quereis prenderme? veamos cómo. ¡Tomad, tomad! ¡vive Dios, que venis armados con arneses de pergamino, y habeis empleado toda vuestra fuerza en baladronadas!»

Y se revolvia entre ellos ayudado por su gente, y aqui derribaba á uno, alli malheria á otro, como un toro que se defiende acosado por perros de presa.

Pero cada vez cargaba mas y mas gente sobre él: sus soldados caian á centenares: él se resistia como un roble en medio de la tempestad: su penacho, sus divisas, sus preseas rodaban por el suelo: su arnés estaba roto y abollado en mil partes, y su brazo no podia sostener ya su pesada hacha de armas, ni su caballo se revolvia bien, herido y fatigado. En aquel punto fue cuando el rey envió en su ayuda á Hernando de Carrillo, y cuando su suegro el duque del Infantado voló á su socorro, viéndole en aprieto: con aquella ayuda Beltran se rehizo, logró desembarazarse de sus enemigos, y empezó de nuevo con terrible ardor la pelea. De los cuarenta que le habian cercado, solo quedaban diez en los arzones; en particular uno de ellos le acosaba con una tenacidad inaudita: hubo un momento en que un terrible mandoble de Beltran rompió las vistas de su yelmo, las abrió, y quedó en descubierto su semblante: al verle, el duque lanzó un grito de cólera.

«¡Ah! ¡eres tú, esclamó; tú, Hernando de Fonseca, tú, á quien yo quité las tercias del castillo de Maqueda que habias usurpado con engaño á la reina doña Juana, á quien has calumniado por venganza! ¡toma, alevoso, toma tu precio!»

Y le dió un golpe en el rostro con la espada por cima de la babera del almete, que le hirió mortalmente, de cuya herida murió á los cuatro dias.

Entre tanto la batalla, personal como todas las de aquellos tiempos, se mostraba indecisa y revuelta; por muchas partes las

gentes del rey cejaban, y por otras acontecia lo mismo con las de los confederados: el rey, poco esperto, sentia miedo: sabia demasiado que si caia en manos de los enemigos, estos, que se habian atrevido á destituirle en estátua en Avila, no vacilarian en hacerlo en persona en Olmedo, despues de lo cual podia tener por segura una prision, dentro de la cual era cosa probable una puñalada ó un tósigo: Enrique IV, como todos los espíritus débiles, no era hombre que sabia disimular el terror, y Mosen Pierres de Peralta, que aunque ostensiblemente aliado del rey, era en su corazon y segun las instrucciones de sus reyes, favorecedor oculto de don Juan Pacheco, del arzobispo de Toledo y de sus parciales; hombre acostumbrado al trato cortesano, conoció á primera vista el estado del alma del rey, y audaz por naturaleza y por cálculo, se apresuró á aprovechar aquel pánico, exagerando el peligro.

«¿Qué os parece, señor, de la batalla? dijo acercándose al rey.

—Parecerme.... en verdad, no sé.... alli hay un revoltillo de cien mil diablos; unos corren para un lado y otros para otro... no sé..... pero me parece..... indudablemente si ganamos.....

—Creo, señor, que los rebeldes han salido con ventura de Olmedo.

—¡Cómo! ¿creeis?....

—Creo que dentro de media hora los tendremos aqui, persiguiendo á nuestras gentes fugitivas.

—¡Diablo! esclamó el rey palideciendo profundamente; ¿estais seguro de lo que decis, señor condestable?

—Mirad, señor; nuestros guardas huyen hácia aqui: el costado izquierdo está completamente desbaratado, el centro ceja, el ala derecha se revuelve.

—Sí, pero en cambio el conde de Haro los mete por otra parte á lanzadas en la villa.

—Dios guarde al buen conde de una celada. ¿Podreis asegurar, señor, que ha salido al campo todo el ejército de los confederados?

—¡Oh, oh! ¿qué gente es esa que viene á toda rienda hácia aqui? dijo el rey visiblemente tembloroso.

—Ya os lo hice notar, señor; son las gentes de las guardas que huyen.

—¿Y qué pensais que debemos hacer?

—Tenemos todo en junto cuatro hombres, señor, que aunque fueran cuatro Hércules.....

—¿Segun eso, debemos huir?

—Creo prudente que vuestra alteza se retire á lugar mas seguro.

—Pues retirémonos, Mosen Pierres.»

Apenas dichas estas palabras, el rey, que solo necesitaba un leve pretesto, volvió las riendas, y acompañado de Mosen Pierres y seguido de los cuatro hombres de armas, se dió á huir á través de campos y montes, y no paró hasta media legua de allí, en una miserable aldea llamada Pozal de Gallinas.

Mosen Pierres contaba con que la huida del rey decidiria de la victoria en favor de los confederados; pero en el mismo punto en que esto acontecia, Beltran de la Cueva, que habia encerrado en la villa á las escuadras con quienes habia combatido, socorrió á las gentes de las guardas y las rehizo, pero no pudo evitar que el conde de Rivadeo y Pedro de Ontiveros que andaban sin combatir con algunas gentes sobre el campo, se apoderasen del fardaje, y mirando mas á su interés que á su honra, como dice un rígido cronista de aquel tiempo (1), lo pusiese á saco y llevase la mayor parte de él á Olmedo.

Entre tanto, el rey se paseaba sudoroso y acongojado en las eras de Pozal de Gallinas, sumido en tristísimos pensamientos, y Mosen Pierres de Peralta meditaba la manera de apoderarse de él de suerte que le fuera provechoso, en el caso del vencimiento de la batalla; para saber lo cual habia dejado de trecho en trecho de atalayas á los cuatro ginetes, lo que queria decir que estaba enteramente solo con el rey, cuya corte se reducia por el momento á algunos peones miserables, que miraban embobados á gran distancia el arnés dorado del rey y su ostentosa túnica de escarlata.

(1) Enriquez del Castillo.

Ninguno de los dos, ni don Enrique ni Mosen Pierres, hablaba una palabra: se paseaban un trecho; cuando se cansaba el rey, se sentaba sobre una piedra, y el condestable seguia paseándose y meditando.

Asi pasó una hora. Al fin de ella oyóse tropel de caballos por la revuelta de las tapias de la aldea, y el rey se levantó azorado.

«¿Quién va? gritó Mosen Pierres con voz ronca al primer ginete que desembocó.

—¡San Lázaro y Castilla! contestó un hombre que apareció seguidamente ginete sobre una mula negra.»

Aquel hombre era el cronista Enriquez del Castillo que venia acompañado del capitan Hernando de Carrillo y de algunas lanzas de la guarda morisca.

«¿Cómo es esto, señor? dijo con acento de reprension; ¿cómo los reyes que son vencedores, y por quienes pelea Dios, se retraen asi de su hueste, que tan bravamente lidia por el triunfo? Venid, señor, que sois vencedor, y vuestros enemigos que no muerden el polvo, huyen vergonzosamente del filo de las espadas leales.»

Quedóse el rey suspenso un momento por la alegría, y luego dijo:

«Mi buen coronista: si tan sano como el vuestro tuviera el corazon para aconsejarme el señor condestable de Navarra, ni yo me hubiera apartado de donde estaba, ni vos hubiérais tenido el trabajo de buscarme. Mas bien clara se conoce la distancia que hay de la lealtad al amaño.

—Señor..... esclamó Mosen Pierres, vuestra alteza, como yo, creyó.....

—Creí que podia fiarme de vos, sin acordarme que venis de Navarra.

—Navarra, señor.....

—Navarra querria lo que vos sabeis bien, y lo que, mediante Dios y las lanzas de mis caballeros, no será. Y bien, Enriquez, ¿cómo ha sido ello? ¿cuántos han caido en nuestro poder?

—En cuanto á eso, señor, la leccion ha sido demasiado

dura; el que llaman pendon real del infante don Alonso, está en nuestro poder; Hernando de Fonseca ha sido herido de muerte; preso y herido el alférez mayor Diego de Merlo, y del mismo modo el conde de Luna, don Enrique Enriquez, Pedro de Ontiveros y el conde de Rivadeo; esto sin contar con gran número de hidalgos muertos y presos, y el destrozo de gente menuda, que ha sido horrible.

—¿Y su señoría el arzobispo de Toledo?

—Allá va, que le nacen alas con los restos de su gente.

—Lástima que no hubiera sido testigo de nuestro triunfo el señor marqués de Villena.

—Pero creo que teneis á la mano persona que vaya á llevarle la noticia á Ocaña, donde se halla ocupado en los negocios de su nuevo maestrazgo.»

El cronista acompañó esta indicacion con una significativa mirada á Mosen Pierres de Peralta.

«En efecto, dijo el rey comprendiendo aquella mirada, pues que tanto os cuidais de nuestro servicio, señor condestable de Navarra, podeis ir á veros con el maestre, relatarle lo que habeis visto y oido, y decirle de nuestra parte que si tal acontece que cae en nuestras manos, podrá ser que no le dejemos en disposicion de nuevas rebeldías.

—Vuestra alteza, pues, me despide de su corte, dijo con altanería Mosen Pierres.

—No, no os despido, pero quisiera en verdad que mi primo el rey de Navarra hubiese enviado junto á mí un hombre que tuviese el ojo mas seguro para juzgar de una batalla.... confesad que sois un tanto torpe, Mosen Pierres.»

El navarro no contestó: fue al árbol donde estaba su caballo, montó, y dijo pasando al trote junto al rey:

—Adios, señor, adios: don Juan, el rey mi dueño y señor, sabrá por mí la indigna manera con que, merced á los amaños de viles palaciegos, se trata en estos reinos á los embajadores de Navarra.»

Dicho esto picó el caballo, y á toda rienda se encaminó á Olmedo.

El rey hizo un ademan que indicaba su pensamiento de hacerle detener.

«¡Cómo, señor! dijo el cronista; ¿quereis en estas circunstancias dar un pretesto de guerra á Navarra?

—Teneis razon, Castillo, teneis razon. Es necesario sufrir hasta que Dios fuere servido. Pero una vez que hemos triunfado, vamos á gozar con la vista del campo de batalla.»

Despues de esto montó á caballo y salió al encuentro de Beltran de la Cueva, con el que entró poco despues en Olmedo al repique de las campanas.

Solo encontraron en la villa algunos presos y algunos heridos. El arzobispo de Toledo, con el infante don Alonso y los restos del ejército, huia hácia Medina. Al lado del infante, cubierta con un velo, galopaba una dama sobre una hacanea: aquella dama era María.

CAPITULO VII.

De cómo el cronista del rey fue á meterse en la boca del lobo.

Tiempos verdaderamente calamitosos eran aquellos. La ambicion de la nobleza habia creado en el reino una situacion embarazosa, por cima de la cual marchaba bamboleando la máquina del estado. Ni leyes, ni dinero, ni fuerza. Era de esperar un dia en que, enteramente disuelto por los abusos el órden social, se diseminase en pequeños pedazos aquella estendida monarquía, que en espacio de mas de seis siglos se habia estendido desde el peñon de Covadonga hasta las fronteras del reino de Granada.

Entonces una victoria del rey sobre los rebeldes no significaba nada, puesto que lo que ganaba por un lado lo perdia por otro, porque lo que podia llamarse entonces espíritu revolucionario parecia empeñado en sostener á todo trance el equilibrio entre la impotencia real y la agresion de los bandos.

La batalla de Olmedo, en que habia sido batido el gefe de la faccion enemiga, y ahuyentado el infante á quien decian rey, no tuvo, por la índole de los tiempos, ni aun siquiera una influencia moral: atribuyeron los confederados la pérdida á causas enteramente materiales, como la flojedad de sus tropas, su mal armamento, y los accidentes de la batalla: esto para ellos no significaba otra cosa que un lance perdido que podia subsanarse con otro afortunado, y acaso en esto tenian razon. En cuanto al rey, no conoció por el momento otra ventaja que las aclamacio-

nes, las fiestas y las luminarias con que le acogió la villa de Medina del Campo, cuyo cerco habia levantado; pero poco despues una nueva adversidad vino á enturbiar aquella alegría y á desvanecerle las esperanzas halagüeñas que habia concebido.

Aquella nueva habia venido de Segovia.

Hé aqui lo que habia acontecido en aquella ciudad.

Era el oscurecer de un dia, seis despues de la batalla. En la misma cámara en que en otra ocasion presentamos á los infantes doña Isabel y don Alonso y á doña Mencía de Padilla, se hallaba esta con la infanta, su señora, asomada á una gran ventana bizantina, desde donde se veia un áspero sendero que terminaba en un postigo abierto sobre la caba. Los últimos rayos del sol iluminaban el lánguido y dolorido semblante de doña Mencía, que no era ya la resplandeciente hermosura de otros tiempos. De dia en dia se demacraba su semblante, y alguna importuna ruga se marcaba ya sobre él sin que, á pesar de esto, perdiesen su mágia ni su belleza sus magníficas formas; sus ojos habian adquirido una profunda espresion de languidez, que los hacia mas poderosos, y en su cabellera se multiplicaban las canas: el sufrimiento habia adelantado para ella la vejez, y el fuego que devoraba su corazon habia blanqueado su cabeza. La infanta, por el contrario, estaba mas hermosa, mas brillante, mas encantadora; en su rostro purísimo se habia marcado, acaso por el sentimiento del amor, una espresion melancólica, grave, que representaba la concentracion de su espíritu: podia decirse que la infanta doña Isabel era entonces la doncella mas hermosa de Castilla.

En el aspecto de entrambas damas habia ansiedad: doña Mencía devoraba con una mirada tenaz el trecho de sendero que se veia desde la ventana, y la infanta, retirada un tanto al interior, sin duda por reserva, se mostraba inquieta.

«¡Oh, cuán molesto es esperar, cuando de la espera pende una esperanza! esclamó al fin con acento en que se traslucia algo de despecho doña Mencía.

—Acaso aun no sea tiempo, contestó con voz contenida la infanta.

—Sin embargo, señora, estaba convenido que si no podia llevarse el plan á cabo, se dejaria ver sobre aquel mojon, en el término de la senda, un montero. El sol se ha puesto, y ese hombre no ha aparecido. Mosen Pierres de Peralta, segun se ha convenido, debia ya estar aqui.

—¿Quién sabe lo que puede acontecer en estos tiempos de revueltas?

—¡Maldiga Dios á los que son causa de ellas!

—¡Ah! doña Mencía, ved que nosotras mismas estamos entrometidas en los bandos. ¡Perdónenos Dios si obramos mal!

—Vuestra señoría hace lo que debe hacer: antes que vivir presa en compañía de esa reina sin honra y sin fé, debeis preferir estar junto á vuestro hermano.

—¡Ah, pobre hermano mio! ¿Quién sabe si como le han tomado á él por pretesto me tomarán mañana á mí?

—¿Habeis olvidado, señora, que sois ya casi princesa de Aragon?»

La infanta palideció intensamente al escuchar las últimas palabras de doña Mencía.

«Mi enlace con el príncipe don Fernando, ofrece por el momento graves dificultades, la menor de las cuales es una guerra con Aragon y Navarra.

—Ese casamiento, señora, se hará porque está escrito en los cielos: me lo dice el corazon.

—¡Oh! no sé por qué dudo y tiemblo: me parece que hay interpuesto un velo de sangre entre Aragon y Castilla.

—Sangre de la cual no caerá ni una gota sobre la conciencia de vuestra señoría.

—¡Oh! líbreme Dios de cometer jamás una accion de que tenga que acusarme gravemente; y sin embargo, estoy inquieta: me parece que cometo un crímen en buscar mi libertad entre los enemigos del rey..... esto es como patrocinar sus hechos cuando los repruebo.

—Obraran los nobles con mas hidalguía, y su causa seria santa; el reino no puede tolerar sin deshonrarse la mancilla del tálamo real, y que sea llamada al trono la hija de un crímen.

—¿Y en qué pruebas patentes se apoya la ilegitimidad de mi sobrina? dijo con dulce severidad doña Isabel: ¿acaso los amaños cortesanos no pueden hacer que aparezca como impuro lo mas noble, lo mas digno?

—Acordaos, señora.....

—¿Acordarme? ¿de qué?

—Hace tres dias, contestó con ronco acento doña Mencía, fatigada por el calor la reina doña Juana, se durmió en aquel sillon: vuestra señoría rezaba sus oraciones en un breviario, y yo bordaba un repostero. ¿Recordais, señora, las palabras que pronunció entre el sueño la reina, y que os hicieron sonrojar?

—¡Oh! ¡estravíos de la razon!

—Pero cuando soñamos de una manera apenadora, es siempre á impulsos de un pensamiento fijo: he ahi por qué yo me encierro para dormir. ¡Oh! seria cosa de que no me consolaria, el que mis penas se revelasen á gentes estrañas, en el abandono del sueño.

—Y bien, acaso la reina luche, acaso no sea culpable.

—Amame siempre, Beltran, decia la reina: no ovides nunca á nuestra hija: defiéndela..... esclamó doña Mencía con una desgarradora calma.»

La infanta se ruborizó.

«Pero, añadió insistiendo: ¿no se dan casos de que en los sueños se dé por hecho lo que en realidad no existe?

—Estas cartas no se separan jamás de mí, señora, prorumpió como quien rompe al fin de una confianza difícil doña Mencía sacando una bolsa de seda de su limosnera, y de ella dos cartas: leedlas, señora, leedlas, porque asi podreis sobreponeros á vuestros escrúpulos, y conocer que esa á quien llamais vuestra sobrina no lo es, y que por lo tanto seria una usurpacion su reinado en Castilla.»

Doña Isabel tomó las cartas y las leyó sucesivamente: su mano temblaba de conmocion.

«En efecto, es la letra de doña Juana.

—Y no solamente su letra, sino el grito de su corazon desesperado impreso sobre el papel: oid, señora, oid. «Ven, no

»puedo vivir sin tí, que eres mi alma, mi pensamiento, mi ale-»gría: ven á consolarme de las importunidades de este misera-»ble rey que me encuentra al fin hermosa y me asedia y me »martiriza. No he sido suya y nunca lo seré. Ven, Beltran mio, »una sola mirada de tus ojos recompensará mis sufrimientos.» ¿Y quereis mas, señora? añadió doña Mencía desdoblando la otra carta; ¿quereis asombraros en fuerza de la liviandad, de la audacia de la locura de esa muger? pues escuchad: «Creo que ya no »me amas, Beltran mio: te has atrevido á reprenderme por mi »carta anterior, cuando yo esperaba que volases á mis brazos, »con el pretesto de que cometo una imprudencia, espresando de »mi mano, sobre un papel que puede perderse, cuanto te amo, »cuanto estoy sin juicio por tí: ¡ingrato! esto mismo debia ha-»certe comprender la grandeza de mi amor: ¿qué me importan »el rey, ni la herencia de nuestra hija, ni mi buen nombre, »cuando estoy desesperada, cuando te apartas de mí por correr »tras de tu ambicion? Y luego todo el mundo dice que soy tu »dama: díganlo en buen hora: si yo me avergonzara de ello, no »te adoraria como te adoro. Dime: ven conmigo, y abandono »esta miserable corona que me abrasa la cabeza y por la que yo »trocaria una corona de rosas entretejida por tus manos, para »ir á vivir contigo, sola contigo en un reino estraño donde nadie »nos conociera, donde nadie pudiera servir de obstáculo á nues-»tro amor. ¡Oh! ¡y cuánto te amo, y cuán desgraciada soy por »amarte!»

Doña Mencía, que habia leido penosamente estos dos períodos, plegó las cartas, las guardó en la cartera y puso esta de nuevo en su limosnera, cuyos cordones apretó cuidadosamente.

—Y bien señora, dijo despues de esto dirigiéndose á doña Isabel, que contrariada en su pureza habia fijado la vista sobre la alfombra y estaba encendida de rubor: en vista de estas pruebas ¿dudará aun vuestra señoría del deber que tiene como hija del rey en oponerse en cuanto le sea posible, á que el trono de Castilla sea mancillado por una hija de la traicion y de la liviandad?

—¿Pero cómo habeis adquirido esas cartas, doña Mencía?

dijo la infanta levantando la vista de la alfombra y fijando con severidad sus hermosos ojos garzos en su camarera mayor.

—El dia que el duque de Alburquerque fue despedido de la corte, tuve ocasion de que uno de sus criados, en la confusion de la marcha, se apoderase de un cofrecillo, donde por mis espías sabia yo que guardaba sus papeles mas importantes: sospechaba que entre ellos habria alguno de la reina, y no me engañé.

—Pero ese hombre que acusa de imprudente á doña Juana, debió haber destruido esas pruebas.

—El duque de Alburquerque es demasiado cortesano para no conocer que si un dia llega á ser reina la Beltraneja, estas cartas le servirán de mucho, y las ha guardado..... para que yo se las robe; porque ha de saber vuestra señoría que yo soy uno de los mayores enemigos de don Beltran.

—¡Enemigo personal!

—Soy demasiado leal á vuestra señoría y á su ilustre hermano, el príncipe don Alonso, para que no procure por cuantos medios están á mi alcance, que nadie les robe la herencia de sus padres.»

La mirada de la infanta, fija en la de doña Mencía, se iluminó hasta el punto de hacer bajar la vista á la antigua conspiradora; en aquella mirada destellaba una inteligencia segura de las causas verdaderas de la enemistad de doña Mencía con Beltran de la Cueva. A pesar de esto, la infanta no pronunció ni una sola palabra bastante á demostrar su pensamiento.

«Si no os habeis engañado en vuestros buenos oficios, doña Mencía, la dijo; si llego á convencerme de que efectivamente es ilegítima la infanta doña Juana, os afirmo por mi honra, que me opondré con las fuerzas que tenga á que mi noble hermano sea desheredado del reino de su padre: y si es necesario, pediré ayuda á los reyes de la cristiandad nuestros hermanos.

—Por el momento tiene vuestra señoría las lanzas de los nobles que, si bien se levantan por su ambicion, la encubren con un manto de dignidad y de zelo por los fueros del reino y por la justicia.

—Y bien, entre dos estremos, el de vivir presa y vilipendiada entre las gentes de mi hermano, ó autorizar con mi presencia los planes de los confederados..... prefiero lo último..... ademas, tiemblo por la seguridad de mi hermano don Alonso, y quiero estar á su lado, no separarme nunca de él..... me han dicho que don Juan Pacheco tiene contínuamente junto á él una muger de rara belleza, que se llama noble y viuda, pero á quien nadie ha conocido hasta ahora..... tiemblo..... esa gente es capaz de todo.

—Ademas, entre los confederados, dijo doña Mencía, podreis esperar que os sea mas fácil una vista con el infante don Fernando.»

La infanta miró severamente á doña Mencía.

«¿Y quién os ha dicho que yo, una vez decidida á eligir para esposo entre mis pretendientes al infante don Fernando, me apresure á concluir un asunto que él debe terminar, no yo?

—Creia, señora, que amábais ya á vuestro primo.

—Si vuestra esperiencia os ha hecho suponer en mí inclinacion hácia el infante, tened en cuenta, doña Mencía, que nada os he dicho, que nada me habeis oido en sueños, ni teneis una sola carta mia que de ello trate.

—¡Oh, gracias á Dios! esclamó doña Mencía, que se habia acercado á la ventana huyendo la reprimenda de la infanta.

—¿Qué es ello?

—Un ginete que sube por el sendero.

—¿Será Mosen Pierres de Peralta?

—Pues si es él viene en mula y disfrazado de clérigo. ¡Ah! trae mozos de espuela. Llama al postigo. Es casi oscurecido y no se ve bien.»

En efecto, un bulto, que tal podia llamarse, montado en una mula, y acompañado de otros dos á pié, llegó al postigo, llamó, abrióse en él un ventanillo, mediaron entre los de adentro y los de afuera algunas contestaciones, y al fin se abrió el postigo, y el de la mula y los mozos entraron.

Era ya de noche y doña Mencía pidió luces. Poco despues

un maestresala levantó el tapiz de la puerta de entrada y anunció:

«Señora: el señor Enriquez del Castillo, coronista de su alteza el rey, solicita ver á vuestra señoría.

—¡Cómo! ¿aqui está el coronista Castillo?

—En persona, señora.

—Que entre pues.»

Desapareció el maestresala, y poco despues entró un personaje alto, flaco, pálido, que miró en derredor suyo con recelo, y luego viendo sola á la infanta con doña Mencía, adelantó hasta ponerse dentro del área iluminada por la luz de las bujías.

Aquel hombre era en efecto el cronista Enriquez del Castillo que venia vestido con una hopalanda raida, y traia debajo del brazo, suspendido del hombro derecho por un cordon, á modo de bandolera, un enorme cartapacio, henchido voluminosamente, y contra el cual, como si se tratase de un tesoro, oprimia su brazo izquierdo.

«Ah, ¿con que sois vos? dijo la infanta.

—Yo soy, señora.

—¿Y cómo os atreveis á venir cuando sabeis sin duda que las gentes de la ciudad?....

—Tratan de levantarse contra el rey..... eso no importa, señora; traigo seguro del arzobispo de Toledo y del infante, y vengo á recoger lo mio que me dejé en el alcázar cuando salí de él con su alteza, pensando que nunca llegaria el caso de que la ciudad de Segovia faltase de una manera tan manifiesta á la lealtad que debe á sus reyes.

—Cuidad no os oigan, señor coronista, dijo doña Mencía riendo, al clérigo; esto podria daros un mal rato.....

—Yo creo que en la cámara de su señoría....

—Decis bien, Castillo, hablad cuanto querais. Vuestra lealtad os honra. Sois un buen servidor: sin duda por eso al llegar á la ciudad no habeis vacilado en venir á verme. Me acuerdo aun con mucho placer de nuestras disputas sobre Virgilio.

—Vuestra señoría posee un clarísimo ingenio, una imagi-

nacion viva y profunda, y conoce perfectamente las bellezas y los defectos de los escritos gentílicos; pero.... permítame vuestra señoría: lo mio, que ya tengo aqui, vale muy poca cosa para que yo arriesgue por ello mi pellejo, y en verdad que á no ser por vuestra señoría no hubiese puesto los pies en Segovia.

—¿Venis, pues, á otra cosa?

—Sin duda, señora, vengo de embajador de su alteza.

—¡Ah! pues si os envia en su representacion el rey mi hermano y señor, sentaos: vendreis cansado.

—¿Como que vengo, señora? contestó el cronista sentándose en un sillon, despues de una profunda reverencia; asendereado y molido, por llegar pronto; esto es, á tiempo.

—Qué, ¿amenaza algun peligro?

—Y un peligro enormísimo.

—¿Contra mí?

—Contra vuestra señoría.

—¿Y de qué parte viene ese peligro?

—De parte de los confederados.

—No os entiendo.

—¿Por qué, pues, tratan de levantarse en la ciudad?

—Los bandos se encarnizan mas que nunca, Castillo.

—Tiene razon vuestra señoría, se encarnizan de tal modo que nada respetan: por de contado cuentan con vuestra señoría.

—¡Conmigo! esclamó levantándose con altivez la infanta.

—Perdonadme, señora; sin duda yo no he sabido espresar bien mi pensamiento; sábese en Medina del Campo, que esta noche, ó mañana á mas tardar, el alcaide del alcázar, Pedrarias de Avila, entregará la fortaleza y la ciudad á los enemigos.

—Lo que quiere decir que el rey ha sido vencido, y vos preso, puesto que venís con seguro, dijo la infanta.

—¡Cómo! ¿no sabe vuestra señoría el gran vencimiento con que la misericordia de Dios ha favorecido á su alteza?

—Aqui nada sabemos, señor coronista; estamos presas..... cuando no está el señor Beltran de la Cueva para cuidar de nuestro carcelaje, lo encarga á alguno de los suyos, cuando no deja como ahora á su propia esposa doña Mencía de Mendoza.

—¡Ah! ¡ah! hé aquí lo que no comprendo. ¡Don Beltran de la Cueva deja guardando á su alteza la reina doña Juana y á sus señorías doña Isabel y doña Juana, á su esposa la duquesa de Alburquerque! pues esto es algo..... sí, ciertamente.

—Creo haberos oido decir que el rey mi hermano y señor ha vencido á las gentes de don Juan Pacheco.

—Tanto como lo digo: fue un destrozo completo, en el cual, sin embargo, perdimos el fardaje.

—¡Cómo! ¿fuísteis vencedores y perdísteis?

—¡Qué quiere vuestra señoría! estas son cosas que solo se ven en estos tiempos..... pero de ello nadie tuvo la culpa mas que su alteza que se fió de ese bribon de Mosen Pierres.....»

Una voz que sonó tras el tapiz de la puerta heló las palabras en la boca del cronista.

«El señor condestable de Navarra, habia dicho á la puerta el maestresala.»

Doña Isabel, á pesar de su gravedad, no pudo menos de morderse los labios para contener la invencible risa que le causó la fea catadura del cronista al escuchar el nombre del navarro.

«Que entre ese caballero, contestó la infanta al maestresala, y vos, seguid, señor coronista; deciais que se habia perdido el fardaje porque.....

—Cabalmente: porque se le habia abandonado.

—¡Ah! perdóneme vuestra señoría si me maravillo, dijo Mosen Pierres de Peralta..... ¿es al fin de los nuestros el señor coronista Enriquez del Castillo?

—Vos sois quien debeis perdonar, caballero, dijo el coronista; yo vengo aqui con seguro del arzobispo de Toledo y de sus caballeros para recoger lo mio que me dejé olvidado.

—Digísteis ademas que veniais como embajador.

—En efecto, señora, dijo el clérigo que trasudaba, porque conocia claro que su cualidad de embajador desvirtuaba su seguro que no le habia sido otorgado para aquello.

—¡Ah! el señor Enriquez del Castillo viene como embajador.

—Lo que significa que no diré delante de vos mi embajada.

—Pero yo que la adivino, señor coronista, voy á contestaros

en presencia de un caballero que viene de los reales de los confederados, y de este modo reuniré en una dos audiencias. Su alteza el rey me manda sin duda que os siga.

—Señora, balbuceó el cronista.

—Responded.

—Su alteza el rey quiere que vuestra señoría, del mismo modo que su alteza la reina y que la señora infanta doña Juana acompañen la corte.

—En cuanto á la reina y á la infanta estarán á su voluntad, siguiendo la corte ó quedándose en Segovia; en cuanto á mí, puesto que presa estoy aqui, y presa estaré allá, prefiero una prision al lado de mi muy amado hermano. Pero si yo, no pudiendo arrancarle del poder de los confederados, voy á buscarle entre ellos, que no se interprete este paso; no seré yo quien me rebele contra el rey mi señor: donde quiera que esté le prestaré obediencia y le ayudaré con mis oraciones ya que no puedo con mis fuerzas. Decid esto al rey mi señor, Enriquez del Castillo. Haced entender lo mismo á don Juan Pacheco, señor condestable de Navarra.»

Los dos mensajeros se quedaron igualmente turbados á la terminante declaracion de neutralidad de la infanta.

«En cuanto á mí, señora, dijo Mosen Pierres, mi comision se reduce á resguardar á vuestra señoría mientras las gentes de armas del rey don Alonso se apoderan de la ciudad.

—¿Qué, acaso corre aqui algun peligro su señoría? dijo doña Mencía de Padilla.

—Pudiera acontecer que la reina doña Juana y la duquesa de Alburquerque tuvieran algun medio de evasion y obligasen á su señoría. La presencia aqui del señor coronista con anticipacion á la llegada de nuestras gentes, demuestra que todo se sabe en Medina, sin duda porque hay entre nosotros traidores, y que se trata de ganarnos por la mano. Pero esto me parece evitado....»

El condestable se detuvo.

«¡Con prenderme! esclamó angustiosamente el cronista: ¿no es eso lo que íbais á decir, caballero?

—Si eso hiciera, no haria mas que desagraviarme.

—Os suplico, dijo con dignidad la infanta, que me dejeis libre para pensar lo que debo hacer. Dentro de un momento os llamaré.»

Enriquez del Castillo saludó profundamente á la infanta, y se apresuró á salir. Seguíale Mosen Pierres, pero le detuvo doña Mencía á la puerta.

«Dicen que la mortandad de la batalla ha sido horrible, caballero, le dijo en voz baja. Decidme los nombres de las principales personas que han muerto.

—Hernando de Fonseca á manos del duque de Alburquerque.....

—¿Y el duque?....

—El duque está á salvo y sano en Medina á estas horas, aconsejando al rey como puede.

—Decian que el arzobispo de Toledo... prosiguió doña Mencía mas por disimular que por interés.

—Ha sido herido..... pero dispensadme, señora..... creo que se me escapa ese cuervo de coronista, y por otra parte la infanta os espera. Aconsejadla bien.

—¡Oh! en cuanto á eso, descuidad.»

Doña Mencía se volvió y desapareció por la puerta de la recámara de doña Isabel. Mosen Pierres de Peralta alzó el tapiz y salió á la antecámara.

CAPITULO VIII.

Continuacion del anterior.

Por mas que Mosen Pierres de Peralta buscó por los ámbitos de la oscura antecámara la escuálida figura del cronista Enriquez, no pudo dar con ella. El bueno del clérigo habia sin duda puesto un razonable espacio entre su persona y la del condestable, temiendo, y no sin causa, que hallándose este en posicion, se cobrase cumplidamente de los buenos oficios que tuvo para él en las eras de Pozal de Gallinas seis dias antes.

Y no se habia equivocado Mosen Pierres. Por lo tanto, se dió al diablo, y ya salia en demanda de su hombre, cuando se le atravesó á la puerta un moceton greñudo y fornido, aunque vestido con ropas de noble.

«¡Ah, señor Pedrarias! me venis como llovido del cielo. Mandad cerrar inmediatamente las puertas del alcázar, y no solo ellas, sino tambien las de la ciudad.

—Aviso inútil.....

—¡Cómo! ¿se ha escapado ese hombre?

—Yo no digo que se haya escapado hombre alguno, sino que están cerradas todas las puertas de mi jurisdiccion, y á mas con un fuerte resguardo en cada una. Ya veis, venia á tomar órdenes de la reina.

—¿Y desde cuándo están cerradas las puertas?

—Desde hace media hora.»

Respiró recio el condestable.

«¡Ah! pues entonces no ha salido mi hombre.

—¿De qué hombre hablais?

—Del coronista Enriquez del Castillo. Tengo grandes deseos de pagarle una deuda.

—¡Cómo! pues buen deudor sois. No se encontrarán otros dos, ni aun uno como vos.

—Se trata de una deuda de insultos.

—¡Ah! ¿y se los quereis pagar á cintarazos?

—¡Pluguiera á Dios que no fuera sacerdote!

—¡Ah! es verdad..... lástima.

—Pero eso no quita el que se le encierre.

—Tampoco puede ser eso.

—¿Y por qué?

—Porque trae seguro de su señoría el arzobispo de Toledo.

—Pero indudablemente no se le ha dado ese seguro para que venga subrepticiamente á persuadir á la infanta doña Isabel para que escape con él en busca de su hermano.

—¡Ah! ¡diablo! ¿y ha venido á eso el bueno del clérigo?

—De eso trataba con su señoría cuando entré en la cámara.

—Pues esto es distinto; voy á mandar llevar un gergon al calabozo mas alto de la *Torre de don Juan*; desde allí podrá por algun tiempo disfrutar á su sabor de la vista del cielo á través de las saeteras.

—Antes será preciso saber si no se nos ha escurrido por alguna rendija.

—Os juro que no ha salido nadie desde que llegó el señor Hernando de Carrillo..... esto es, desde hace mas de media hora.

—¡Cómo! ¿está aquí el señor capitan del rey?

—El capitan de doña Mencía de Padilla, querreis decir. Sabreis que esa muger es una gran muger.

—Sí, indudablemente. ¿Pero á qué ha venido aquí el señor Hernando de Carrillo?

—Llamado por su muger.

—Os advierto que no me fio mucho de esa cortesana.

—Podeis fiaros mientras esté al lado del rey don Beltran de la Cueva.

—¡Ah!

—En cuanto á su marido, hace lo que ella quiere. Si le dice: Hernando, desnuda tu espada contra el rey, obedece; si por el contrario, le manda ponerse como un parapeto delante de don Enrique, se da de cuchilladas con el diablo. Esto me augura.....

—¡Qué!

—Que cuando doña Mencía trae á nuestro bando á su marido, á quien *á pesar de todo* parece amar, no tardará mucho en venírsenos el rey.

—Y habrá nuevo arreglo y nueva farsa, y se ajustarán nuevos casamientos, y volveremos á las andadas. Tened presente Pedrarias que antes que todo sois de Navarra, que cree haberos comprado á buen precio.

—Despues que privó con el rey Beltran de la Cueva, he dejado de ser de su bando. Por lo demas, mientras las puertas de Segovia no se abran, ni los rastrillos del alcázar se levanten sin órden mia, podeis estar seguro de que nadie obligará á la infanta.

—¿Y á qué vienen, pues, esas guardas en las puertas de la ciudad?

—¿Estais seguro de que llegarán nuestras gentes esta noche?

—Es indudable.

—Pudiera acontecer un lance imprevisto. Por lo mismo, como las cosas de hoy están menos fijas que una veleta, es necesario cubrir las apariencias; ademas, aunque vengan vuestras gentes á punto, siempre será prudente hacer un aparato de pelea y de cerco. Por lo tanto, voy á ver á la reina, ó mejor dicho, á la duquesa de Alburquerque.

—Mejor seria que buscásemos á nuestro clérigo.

—Os aseguro que no se escapará.

—Sin embargo, para mí las mejores seguridades son un calabozo fuerte y guardado, y unas buenas prisiones de hierro de Vizcaya.

—Mirad, todo se puede componer. Hé aquí al señor Hernando de Carrillo, que conoce demasiado todas las entradas y revueltas del alcázar, y os ayudará.

—¿De qué se trata, caballeros? dijo el capitan del rey adelantando.

—¡Ah, ah! mi buen Carrillo, contestó Mosen Pierres, se trata de buscar á cierto pájaro que debe estar escondido en algun mechinal.

—¿Y qué pájaro es ese?

—El coronista del rey.

—¿Alonso de Palencia?

—No: Enriquez del Castillo.

—¡Cómo! ¡pues si le dejé en Segovia laboriosamente entretenido con su crónica!

—Pues ahi vereis; se nos ha venido con seguro del arzobispo de Toledo á robarnos la infanta doña Isabel.

—Nunca me ha gustado ese clérigo.

—¡Oh! es mordaz y maldiciente.

—Pongámoslo á la sombra.

—De eso se trata.

—Pues os acompaño en su busca.

—Esperad; voy á mandar llamar á mi llavero y á dos ballesteros con su correspondiente perro de presa.

—¡Cómo! ¿creeis que vamos á dar caza á algun oso? dijo con desprecio Hernando de Carrillo.

—No, pardiez, pero nunca está demas el terror; ese hombre conoce las intenciones del rey, y si se le amedrenta, podrá servirnos de mucho.

—Sea como gusteis.»

Pedrarias llamó á un escudero y le dió algunas órdenes.

«Seguid á este hidalgo: señores, les dijo, tened en cuenta que el aposento que ocupaba el buen coronista en el alcázar, es la tercera puerta, á la derecha de la galería de *Moros*. Id, id, volved. Necesitamos aconsejarnos. Adios.»

Pedrarias entró en la cámara, y el capitan y el condestable siguieron al escudero, que se proveyó de las personas indicadas por el alcaide; esto es, de un llavero y de dos ballesteros, uno de los cuales llevaba asido de una cadena un monstruoso y feroz perro de presa.

Subieron y bajaron escaleras, atravesaron cámaras y salones, y llegaron al fin á la galería de Moros, á cuya tercera puerta, á la derecha, llamaron.

Nadie contestó.

«Pues hemos errado el golpe, dijo Mosen Pierres.

—Por el contrario, hemos acertado.

—¿Quereis decir que está dentro Enriquez del Castillo?

—Yo no afirmaré que esté dentro el coronista; pero sí que esta puerta se ha abierto recientemente: mirad, sobre el polvo de este travesaño, están impresas cuatro señales de dedos: ademas, la tela que habia tejido una araña en el ojo de la cerradura, ha sido rota para adentro. Luego ahi se encierra alguien. ¿Tiene otra salida esta cámara?

—No señor, dijo el llavero, á quien se habia dirigido Hernando de Carrillo.

—¿Ni ventanas?

—Tienen rejas.

—Puesto que no nos contestan, dijo Hernando de Carrillo despues de haber llamado con fuerza dos veces, echemos la puerta abajo.

—Llamemos aun, dijo Mosen Pierres.

—Sea como vos querais, contestó Carrillo repitiendo sus golpes, á los que nadie contestó.

—Levantad vuestras ballestas y dejadlas caer sobre la puerta, dijo el capitan á los soldados.»

Pero antes de que esto tuviese lugar, se abrió aquella y apareció Enriquez del Castillo, grave y sério, y sin conmoverse ante aquel tremendo aparato de prision, esclamó:

«¿Qué buscais en mi aposento, caballeros?

—A vuestra persona, contestó el condestable de Navarra.

—¿Y qué quereis de mi persona?

—Tenemos órden de ponerla á buen recaudo.

—¿Sabeis que soy coronista de su alteza?

—Segovia no obedece al rey.

—En ese caso, tengo aqui un seguro de su señoría don Alonso Carrillo.

—Mostrad.

—He aquí.»

—.....«Por la presente aseguramos, para que pueda ir á recoger lo suyo,» leyó Mosen Pierres.

«Ya veis, señores, he venido á recoger lo mio.

—¿Entra en lo vuestro tambien la infanta doña Isabel?

—Una vez en el alcázar, he creido de mi deber presentarme á su señoría para besarla la mano.

—Y una vez asida la mano, llevárosla con vos, para cuyo efecto habeis dejado algunas lanzas fuera.»

Mosen Pierres de Peralta no sabia si el cronista habia venido solo ó acompañado; pero, fundándose en probabilidades, no habia vacilado en asegurar la existencia de las lanzas, y habia acertado: juicio en el cual se afirmó al ver la palidez que cubrió el semblante del clérigo.

«No sé de qué lanzas hablais, caballero, dijo Enriquez, á no ser que hayais tomado por mio un escuadron que vi al paso bajo los arcos del acueducto.

—¡Ah! ¿con qué vuestras lanzas están en el acueducto? dijo con su ruda franqueza Hernando de Carrillo.»

El cronista conoció entonces que habia cometido una torpeza y se apresuró á repararla.

«No sé, no estoy seguro si eran lanzas ó bueyes de carreta, porque estaba oscuro; pero en fin, caballeros, ¿qué quereis?

—En primer lugar, que nos trateis como á caballeros se debe, recibiéndonos de una manera mas decorosa: reparad que estamos á la puerta de vuestra vivienda, dijo Mosen Pierres de Peralta.

—¡Como venis acompañados de un perro de presa!.... dijo el cronista permaneciendo tenazmente asido á la hoja de la puerta, que solo habia abierto á medias.

—¿Qué quereis? cuando se trata de una prision en que se puede encontrar resistencia.....

—Esto es indigno, caballeros, dijo montando en cólera Castillo, cosa que regocijó en estremo al capitan de la guarda morisca; aunque no considerarais en mí otra cosa que mi estado...

—Del cual os prevaleis.....

—Del cual uso para ser leal.

—¿Qué quereis decir con eso?

—Yo nada digo, señor Hernando de Carrillo, sino que como por mi cualidad de sacerdote no he aprendido á danzar, se me alcanza muy poco, ó, por mejor decir, nada se me alcanza en esto de hacer mudanzas.»

Hernando de Carrillo se puso alternativamente rojo y lívido, y avanzó un paso hácia el cronista.

«Ya sé, ya sé, dijo este notando el ademan del capitan del rey, que sois hombre que no se detiene ante nada.

—Y mucho menos cuando se trata de un vicho tan venenoso como vos. Hace mucho tiempo que tenia ganas de sentaros la costura.

—Mal sastre hareis, señor Carrillo.»

Repitióse en el semblante del capitan otra espresion de impaciencia; él y el cronista se miraban del mismo modo que se examinan dos gallos de riña antes del combate. Llegaba el caso de que se desagraviara de los insultos pasados Mosen Pierres, y gozaba y se divertia de una manera inmensa con los visajes agresivos del cronista, y con los que causaban en el semblante de Carrillo los esfuerzos por contener su cólera.

«Todo esto es inútil, amigos mios, dijo el condestable; os insultais, os zaherís, y todo de una manera inútil, puesto que vuestro carácter sagrado, señor coronista, contiene y debe contener los ímpetus del señor capitan.

—¡Que mi carácter le contiene!... ¡encontrado habeis la verdad! hace mucho tiempo que el señor Carrillo.....

—En efecto, hace mucho tiempo que vuestra lengua de hacha me tiene horriblemente dispuesto.....

—A atropellarme, á maltratarme..... sí..... lo sé bien..... sois un animal feroz.»

A estas palabras, harto significativas y directas, Hernando de Carrillo avanzó de una manera tan brusca hácia el cronista, que Mosen Pierres tuvo necesidad de interponerse.

«Evitemos dicterios, dijo, y vamos á lo que importa. Señor

Enriquez del Castillo, hacednos la merced de franquearnos la puerta.

—¡Franquearos yo mi puerta! esclamó soltando su voz en su mas chillona estension el cronista; ¡no lo verán vuestros ojos! Antes me dejaré atarazar por vuestro perro, que someterme á tan bárbara violencia. Abusais de la fuerza y me poneis preso. En buen hora..... será lo que querais, puesto que para defenderme no tengo mas que ese seguro, á cuya fé faltais. ¡Pero dejar que allaneis mi morada!.... ¡No, no, y no!»

Y diciendo esto, quiso dar con la puerta en las narices, como suele decirse, á sus prendedores.

«¡Oh! no permitiremos que de tal manera falteis á la cortesía que se nos debe, señor coronista, dijo Mosen Pierres de Peralta, deteniendo con un brazo vigoroso la puerta y abriéndola de par en par. Si vos no quereis acompañarnos hasta el interior de vuestra habitacion, nosotros entraremos. Para apoderarnos de vuestros papeles, ya conoceis que no os necesitamos.

—¡Apoderaros de mis papeles! esclamó furioso el coronista; ¿sabeis lo que decis, señores? ¿sabeis que los únicos papeles que siempre llevo conmigo son los de la corónica de su alteza?

—Corónica que quemaremos, dijo Hernando de Carrillo, puesto que en ella.....

—Se dice la verdad..... Teneis razon, señor capitan; en estos tiempos decir la verdad es un delito que debe castigarse á fuego.»

En esto Mosen Pierres y Hernando de Carrillo estaban ya en lo que podia llamarse cámara del cronista del rey, que no era otra cosa que un gran salon destartalado, dividido en tres departamentos por tabiques que no pasaban de la mitad de la altura de las paredes, y desde cada uno de los cuales se veia enteramente el pesado techo de pino, labrado en profundos casetones góticos y denegrido por el tiempo. El espacio del centro, al que se llegaba inmediatamente despues de pasar un callejon, era ni mas ni menos un recibimiento desnudo, en el que solo habia dos escaños. El de la izquierda, al que se penetraba por una puerta cubierta con un tapiz viejo, servia de dormitorio.

El de la derecha, cerrado por una mampara de cuero, era su estudio, y allí fué adonde, conocedor del terreno que andaba, se encaminó sin vacilar Hernando de Carrillo; el bueno del cronista les habia seguido murmurando ágriamente su diatriva, y se echó á temblar cuando vió que Hernando de Carrillo, descargando un furioso golpe con su mano armada de una formidable manopla, forzaba la puerta haciendo saltar la cerradura.

—Pero, señor, señor, ¿adónde vamos á parar? esclamó perdiendo ya enteramente los estribos el cronista; no se ha hecho tal ni tanto en la irrupcion de los vándalos.

—He ahí el cartapacio, dijo Mosen Pierres señalando la enorme mochila de cuero que poco antes llevaba pendiente de los hombros Enriquez del Castillo y que estaba sobre la mesa.»

El cronista se avanzó á ella, como una madre sobre un hijo que pretenden robarle, y la asió con sus manos crispadas.

«No, no, la abrireis; no vereis lo que hay dentro, á menos que no hagais entrar á vuestros sayones y á vuestro perro de presa, gritó con la voz ahogada por la cólera y por el despecho.

—¡Líbrenos Dios de tal ultraje! dijo con un respeto burlon el condestable de Navarra. No será necesario tanto.»

Y miró de una manera significativa á Hernando de Carrillo, que asió al cronista de la cintura, mientras Mosen Pierres de Peralta le arrancaba la bolsa, de la misma manera que se arranca un pedazo de carne de las patas de un cangrejo.

Enriquez del Castillo comprendió que todos sus esfuerzos, todas sus protestas, todas sus palabras eran inútiles, y replegándose en ese último recurso de la impotencia, que se llama fuerza de inercia, se sentó en un sillon, estendió las piernas, cruzó los brazos sobre su vientre, y echó la cabeza sobre el respaldo del sillon, dejando ver en su semblante una colérica é indescribible espresion de desprecio. El pobre cronista se habia desesperado y estaba resuelto á todo.

Entre tanto los dos hidalgos abrian la colosal cartera y sacaban de ella papeles, con la precipitacion y el ánsia febril de un merodeador que se entrega al saqueo. Verdaderamente aquello era innoble.

«Corónica del señor rey don Enrique el IV de este nombre, »por su capellan y coronista Diego Enriquez del Castillo;» leyó Mosen Pierres de Peralta en la cubierta de uno de los pergaminos.»

El cronista seguia inalterable.

«De cómo la villa de Valladolid, que estaba en poder de los..... ¡de los traidores! esclamó con arranque Mosen Pierres que, habiendo abierto á la ventura un cuaderno, leia el título de de un capítulo, lanzando una furiosa mirada al cronista: ¡con que llamais traidores, señor Castillo, á los buenos castellanos que!....

—Solo pueden llamarse buenos para desafueros y rebeldías, contestó Castillo, no pudiendo resistir el placer de lanzar un insulto en desagravio de la violencia que se le hacia.»

«De cómo, continuó Mosen Pierres de Peralta leyendo el epígrafe de otro capítulo, sin hacer caso al parecer de la invectiva del cronista; de cómo el rey don Enrique IV despidió bizarra»mente al condestable de Navarra despues de la batalla de Ol»medo.»

Aqui no pudo contenerse el navárro.

«¿Es decir que os habeis empeñado en morir de mala manera, clérigo? esclamó con ronca voz.

—Muerte ó vida, todo lo que venga de vosotros tiene necesariamente que ser malo.

—¡Hola! esclamó Mosen Pierres; ¡hola, capitan!»

Entró á poco el llamado.

«Haced traer un brasero con fuego de llama, y pronto.»

Enriquez del Castillo se estremeció y dió por seguro un auto de fé en su persona: pero alentado por esa fuerza imponderable que se llama orgullo, continuó en su aparente impasibilidad, á pesar de que le andaba la procesion por dentro, como suele decirse, de una manera horrible.

Hernando de Carrillo no adivinaba para qué queria el condestable el brasero, y como era mas hombre de accion que de mala intencion, miraba con cierto interés de lástima al cronista.

Mosen Pierres de Peralta, como hombre de córte acostum-

brado á lances de aquella naturaleza, hojeaba minuciosamente los papeles uno por uno; al fin, cuando ya quedaban pocos que registrar, cayó de un cuaderno, al abrirle, una carta sellada con las armas del rey: aquel era un verdadero hallazgo, y el condestable de Navarra se apresuró á utilizarle, abriendo la carta y devorando su contenido.

El rey ofrecia á Pedrarias de Avila perdon por sus faltas pasadas, si hacia de modo que fingiéndose partidario de los confederados, atraia á la ciudad y prendia á don Juan Pacheco, al arzobispo de Toledo, al infante don Alonso y los principales caballeros del bando rebelado: se le recomendaba especialmente la custodia de la infanta doña Isabel y la prision del condestable de Navarra: la carta en fin, á mas de ser un precioso aviso de las intenciones del rey para los confederados, probaba que el cronista no habia ido á Segovia simplemente á *recoger lo suyo*. sino como agente de Beltran de la Cueva.

«¿Y esto? preguntó con una calma feroz Mosen Pierres al cronista presentándole la carta.

—Eso es una prueba de lealtad, señor condestable..... una prueba de valor que debe demostraros.....

—¿Hasta qué punto es necesario ser rigoroso con vos? ¡Ah! ya tenemos aqui el brasero..... ¿qué pensais de esto, señor coronista? ¿no os parece que en agosto no debe ser para calentar el destino de esa hornilla?»

A la vista del fuego, el terror pegó la lengua á la boca de Enriquez del Castillo que no contestó, mientras Hernando de Carrillo se decidia heróicamente á oponerse á todo tratamiento brutal con el cronista.

«¿Os acordais de Pozal de Gallinas? dijo Mosen Pierres de Peralta.

—¿Y qué? ¿pretendeis culparme de haber avisado al rey mi señor de una traicion?

—Vuestros malos intentos merecian que al menos se os quemasen las uñas de los pies..... pero Dios ha hecho que seais sacerdote..... y que yo sea cristiano..... afortunadamente vuestra crónica embustera no ha recibido órdenes, y va á morir de

muerte de fuego. ¡Eh! avivad bien esos tizones; haced que levanten llama, dijo Mosen Pierres dirigiéndose á los ballesteros que habian traido el brasero, y que ignorantes del uso á que se le destinaba, habian traido fuelles y unos ciertos hierros de formas horribles.»

Bien pronto las rajas de encina que llenaban el braserillo se inflamaron, y Mosen Pierres delante del capitan, de los ballesteros y del perro de presa, esto es, en auto público, quemó uno á uno los cuadernos de la crónica que Enriquez del Castillo veia desaparecer en cenizas, con una calma espantosa por el horrible sufrimiento que encubria. Veia desaparecer, devorados por la implacable llama, los trabajos de largo tiempo, sus apuntes, sus datos, en una palabra, todo un tesoro de historia contemporánea: entonces no habia periódicos ni gacetas, publicaciones que hoy guardan diseminada la historia; no tenia, pues, nada á que apelar sino á sus recuerdos, que no eran bastante fuertes para conservar la rigidez de las fechas y lo minucioso de los hechos. No le quedaba otro arbitrio para rehacer lo destruido por aquella quema bárbara, que apelar á la crónica que por aquel tiempo escribia su antagonista Alonso de Palencia: esto repugnaba altamente al orgullo de nuestro cronista, por lo que hubiera preferido á la quema de sus escrituras, la mutilacion de un miembro, esceptuando la mano derecha.

Hernando de Carrillo, que no tenia contra el cronista mas que una de esas antipatías, por decirlo asi espontáneas, llegó á tener lástima del angustioso gesto del escritor ajusticiado en sus obras: pero Mosen Pierres de Peralta, que no podia olvidar el lance de Pozal de Gallinas, y sobre todo, que Castillo se habia atrevido á llamarle traidor en su historia, gozaba de una manera indescribible.

«Ya veis, señor coronista, le decia con cierta sonrisa irritante, lo imprudente que es hacerse enemigos de cierto género; hemos quemado, sin embargo esos papelotes, en obsequio vuestro, puesto que si el marqués de Villena ó el arzobispo de Toledo hubieran conocido lo que os permitiais en vuestra crónica contra ellos, de seguro lo hubiérais pasado muy mal: lo que hubiera

sido en daño de sus almas, puesto que sois sacerdote: del mismo modo para evitar que pueda aconteceros alguna desgracia ulterior, hemos determinado archivaros por ahora, esto es, encerraros en la torre del rey don Juan, hasta nueva órden: así, pues, tened la dignacion de seguir al capitan que está presente y á estos honrados ballesteros, en tanto que el señor Carrillo y yo nos ocupamos de acabar de registrar vuestro aposento..... Esperamos encontrar en él grandes pruebas de lo que vos llamais vuestra lealtad.

Solo entonces Enriquez del Castillo alteró la posicion que habia tomado al sentarse en el sillon, esto es, descruzó los brazos, levantó la cabeza, plegó las piernas, y al fin se alzó, pero lento, fatídico y solemne, como pudiéramos figurarnos la parodia de la figura de Jeremías sobre las ruinas de Jerusalem.

Y en verdad, á sus pies revolaban, impelidas por el viento que penetraba por las ventanas, las pavesas, ruinas de sus manuscritos, y el fatal fuego destructor chascaraba, como demandando insolente nuevas víctimas.

«Habeis destruido de una manera brutal mi obra, dijo estendiendo los brazos hácia ellos, con acento profético, y conteniendo á duras penas el llanto que se agolpaba á sus ojos: habeis cometido conmigo uno de esos actos vergonzosos, que careciendo de justicia, de conveniencia, de razon, se apoyan en la fuerza; pero dejais la obra incompleta sino destruis mi cabeza (y el cronista se la golpeaba furioso); de aqui, de aqui, volverá á salir mi crónica, pero enriquecida con la noticia de este hecho indigno..... sabrán las generaciones venideras, que caballeros que se decian nobles, y casi letrados, no han vacilado en esterminar las obras del pensamiento, porque en esas obras se acusaban sus rebeldías, sus ambiciones, sus desafueros..... la posteridad juzgará de esto como debe, porque el porvenir es el juez sin pasion y sin ódio del pasado..... por lo tanto, caballeros, en vez de matar mi obra, debísteis haberme muerto..... viviendo yo, vive ella, mejorada, corregida y aumentada..... tened cuenta con no olvidar vuestro perro de presa, capitan, y vamos.»

Y con un ademan que hubiera honrado á un actor trágico,

inmenso con su desesperacion, furioso, adelantó y salió seguido del capitan y de los ballesteros, que le condugeron á un calabozo situado en la parte mas alta de la torre de don Juan, y le dejaron encerrado y á oscuras.

«He aqui un nuevo servicio al rey; un servicio acaso el mas costoso que pudiera haberle hecho: ¡mi crónica! ¡mi pobre crónica! ¡Oh! ¡esos hombres no tienen corazon! ¡no saben lo que es robar un hijo á su padre! En cuanto al rey, me pagará como siempre..... mal..... horrorosamente mal..... mandándome dar un albalá miserable en cambio de mis soldadas atrasadas; esto es si no se doblega á sus enemigos, que yo por mi lealtad he echado sobre mí, y me sacrifica á sus ódios, á sus amaños. ¡Oh, yo debia haberlo previsto esto! ¡ha sido una torpeza imperdonable! ¡creer en la fé de don Alonso Carrillo! y sobre todo, ¡venir á meterme desarmado en la boca del lobo!....»

El cronista se detuvo por un ruido que sonó en la puerta y que le estremeció: era el crugir de los cerrojos: veiase luz tras las rendijas, y al fin la puerta se abrió, y antes de que apareciese ninguna persona, se oyó una sonora voz de muger que dijo á los que la acompañaban:

«Esperadme al pié del caracol.»

Seguidamente aquella muger, cubierta con un manto y con una lámpara de hierro en la mano, adelantó hasta el centro del calabozo, dejó la lámpara sobre un poyo de piedra que parecia destinado á un tiempo á mesa y asiento, y antes de dirigir la palabra al cronista cerró cuidadosamente la puerta.

CAPITULO IX.

En que se sabe el estado del corazon de cierta noble dama de nuestra historia.

Al ver aquella figura femenil, á quien su luengo manto no podia robar la esbeltez del talle ni lo gallardo de la apostura, el buen Enriquez del Castillo, que era escrupuloso y sumamente rígido en cuanto á la moral, creyó que aquella fuese una añagaza de sus enemigos para presentarle de una manera ridícula en una sorpresa preparada; el cronista era suspicaz de suyo, y por lo demas tenia formada una idea desventajosísima de los hombres que tan duramente le habian tratado; para que pensase mal de ellos les bastaba servir á los confederados, porque la lealtad de Castillo no encontraba incapaz de ninguna bajeza á hombres que por miras miserables y ambiciosas se habian atrevido á levantar sus banderas contra el estandarte real; sobre todo, Hernando de Carrillo le era odioso por la contínua movilidad de sus opiniones, y nos parece inútil añadir que despues de la quema de sus manuscritos, el condestable de Navarra habia dejado de ser en su mente un hombre bueno ó malo, para convertirse en un animal feroz y dañino, de especie desconocida, puesto que era un aborto del ódio del cronista.

Por lo tanto, á medida que la tapada adelantaba hácia Enriquez del Castillo, este retrocedia, no hácia el lecho, que era lo que tenia mas próximo, sino de una manera diagonal hácia un oscuro ángulo del calabozo. La fantasma adelantaba y seguia

la lenta retirada del cronista; al fin, la tapada dijo con voz entre triste y sarcástica:

«¿Creeis en los aparecidos?»

El terror de Castillo, que era supersticioso, varió de rumbo: creyóse entregado á un ser sobrenatural por mas que su conciencia le dijese que no habia hecho víctima alguna que tuviese derecho á levantarse delante de él en aquel negro calabozo.

«¿Que si creo en los aparecidos? respondió balbuceando; ¡y tanto como creo! yo soy, ante todo, católico, apostólico, romano, y se que Dios puede permitir este y otros milagros mayores.

—¿Y creeis del mismo modo en la desesperacion del alma?»

El cronista creyó que se le hacia un cargo por no haber sabido sufrir con resignacion su reciente desgracia, y esclamó:

«Indudablemente, la desesperacion es una flaqueza, mas que flaqueza, un pecado. Pero ¿cómo no desesperarme cuando acaban de reducir en un momento á cenizas mi corónica, la corónica del señor rey don Enrique el IV de Castilla y de Leon, un precioso trabajo, fiel, verídico, justo, obra de cuatro años de vigilias y de sinsabores? Solo un santo hubiera resistido con paciencia esta desgracia, y yo soy harto pecador.

—¡Os desesperais porque os han destruido unas cuantas hojas de papel llenas de palabras!.... ¿Qué hariais si os hubiesen deshojado una á una todas las queridas ilusiones del corazon, si os hubiesen reducido á una venganza estéril, si solo os hubieran dejado un amor de los infiernos, soberbio como Satanás, sediento de felicidad como lo está de gloria el espíritu condenado?»

Al escuchar la palabra amor, el cronista perdió la idea de un ser fantástico, y volvió á sus primeros temores.

«¿Con que sois una muger? dijo, no ocurriéndosele otra frase.

—¡Qué! ¿tan fuera de vos estais, señor Enriquez del Castillo, que no me habeis conocido?»

El cronista se llamó á cuentas, recordó, se sobrepuso al estado escéntrico en que se encontraba, y al fin dijo con acento casi estúpido, reconociendo á la dama que se habia echado el manto á la espalda:

«¡Ah! es la hermosa y discreta señora doña Mencía de Padilla.

—Sí, yo soy, que vengo á poneros en libertad fuera de estos muros.

—¡Ah! ¡sois mi ángel! señora, dijo algo mas animado Castillo.

—Angel ó demonio, poco importa esto, dijo doña Mencía sentándose en el lecho destinado al cronista; ¿habeis estado en la batalla? es decir, ¿habeis asistido personalmente á ella?

—De antiguo, señora, los coronistas asisten á todos los lances de guerra en que entra el rey ó su estandarte, para poder dar noticia circunstanciada de cuanto ocurra. He estado en Olmedo, cerca de la persona del señor duque del Infantado, y he tenido la honra de ir con él al socorro de don Beltran de la Cueva, á quien se habian empeñado en asesinar cuarenta de los traidores.

—¡Iba señalado!

—Galan, bizarro, cubierto de preseas que valian un tesoro, y acompañado, á mayor abundamiento, de su bandera, para que no se pudiese dudar del lugar que ocupaba en la batalla.

—¡Oh, valiente! ¡valiente siempre! esclamó con entusiasmo doña Mencía, ¡ó quién sabe si desesperado!

—¡Desesperado! ¡es verdad! ¿quién no ha de desesperarse si se ve precisado á mandar en estos tiempos de maldicion en Castilla? es necesario tener tantas leyes como enemigos; y aun á veces inventarlas á cada momento..... es necesario halagar á los unos, reprimir á los otros, dormir poco y esto con un ojo abierto, trabajar mucho, y aun asi con desaliento. El duque de Alburquerque está desalentado, desesperado.

—¿Le tratais de cerca?

—Como á su mesa la mayor parte de los dias..... y acaso, acaso le debo mas de alguna confianza.

—Dicen que se ha hecho muy reservado.

—Desconfia..... y esto es natural: en Castilla, el que sirve hoy al que manda porque le paga, le abandona si otro le ofrece mas y pone á la cuenta sus secretos..... pero lo que mas destroza á don Beltran, no es lo azaroso del mando..... sino una

idea fija..... dicen que una idea fija, el amor de una muger, fué la que llevó al patíbulo á don Alvaro de Luna.

—¿Y creeis que sea una muger la idea fija de don Beltran de la Cueva?

—¡Oh! sin duda..... cuando yo le he propuesto un medio eficaz, decisivo, esto es, el corte de algunas cabezas de revoltosos, me ha contestado moviendo fatídicamente la suya, y algunas veces le he oido murmurar, como olvidado de mi presencia: ¡ella!.... ¡siempre ella! ¡esa muger me perderá!

—Pues, la reina doña Juana, esclamó con ímpetu doña Mencía; la reina que le tiene loco.

—¡La reina! ¿sois vos tambien, señora, de los que creen?...

—Creo que doña Juana de Portugal es la manceba.....

—Callad por Dios, señora.

—Y que la infanta doña Juana la Beltraneja.....

—Pues bien, señora, por mas que eso sea cierto, no conviene darle cuerpo..... es necesario cortar el escándalo.

—Escándalo que está reconocido por una fé de escribano en una informacion judicial: escándalo que hizo se jurase príncipe heredero al infante don Alonso: escándalo que produjo la destitucion de Avila, que sostiene la guerra civil, y que pondrá en el trono á la infanta doña Isabel, bien lo sabeis.

—Pero Dios no puede permitir.....

—Dios permite á veces lo que no debe ser para que sea lo mejor, aunque esto se presente de una manera sangrienta..... pero sin embargo, es necesario que los que tenemos alguna virtud en el alma procuremos evitar el derramamiento de sangre, que acaso Dios permite por un castigo..... vos que conoceis tanto los negocios del reino, como que los escribís, ¿no alcanzais un recurso para terminar esta guerra civil que nos destroza?

—¿Encontrar un medio? ¡Hay mil medios! por ejemplo, enviar la cabeza del condestable de Navarra al rey don Juan, ó mejor dicho, á su esposa doña Juana Enriquez: encerrar en un castillo de por vida, para que no haga mas mudanzas, á vuestro esposo Hernando de Carrillo y.....

—Ved que eso equivale á decir que me encierren en un convento, porque mi esposo no hace sino lo que yo le mando.

—Acaso, señora, seria para vos un remedio eficaz la clausura.»

Doña Mencía de Padilla miró fijamente al cronista, como pretendiendo conocer por su semblante la intencion de sus palabras. Ya sabemos que el cronista, en ocasiones dadas, era audaz, y no se detuvo.

«Os digo que seria para vos un remedio eficaz la clausura... dijo Castillo con profunda intencion, porque.....

—¿Por qué?

—Porque eso os apartaria de los bandos, y las cosas pasarian como debian pasar.

—Aunque yo me sepultase, Castillo, nadie cortaria ya el fuego.

—¿Con que segun vos?....

—Segun yo, no tan solo no reinará la Beltraneja.....

—La infanta doña Juana, señora, la infanta doña Juana.

—Importa poco el nombre: os digo que no tan solo no reinará la Beltraneja, sino que la corona está mal segura en la cabeza del rey.

—¿Y en todo esto anda revuelto el duque de Alburquerque?

—Beltran de la Cueva, al declararse por la reina, ha herido cruelmente á una mujer.

—¡Bah! ¿y qué tiene que ver aqui una muger? dijo con cierto desprecio intencionado el coronista.

—Es que esa muger puede mucho; es que esa muger ha agrupado tempestades sobre la cabeza de ese hombre, y si no le ha esterminado el rayo, es porque el amor de esa muger le ha contenido.

—¡Ah! ¿con que esa muger es amante de don Beltran?

—Y enemiga.

—¡Amor y ódio á un tiempo! he ahi una cosa que no entiendo bien.

—No es estraño: perteneceis á la iglesia, sois morigerado; no os pareceis á la mayor parte de ese clero que exije de todo

punto con sus escesos una reforma, y por lo tanto nada se os alcanza del amor.

—Líbreme Dios de entender de ello ni un tantico. Me basta con el amor de Dios.

—Dichoso vos que estais satisfecho con ese santo culto de los corazones sencillos. Pero no porque vos os hayais acercado á la perfeccion, es menos cierto que existen pobres corazones atribulados, combatidos por miserias que se conocen, y sin embargo se aman. Si como os decia, conociérais el amor, no os asombraria el ver unidos el amor y el ódio: ¡los celos! ¡oh! ¡los celos! El desdichado que los siente, sufre en la vida anticipadamente el infierno á que le arrastran los crímenes motivados por ellos. En cuanto á mí, os aseguro que si me encontrase celosa y despreciada por un hombre, á trueque de vengarme de él, no me detendria ni ante la ruina de un pueblo entero.

—¡Ah! ¿con que no estais celosa?

—¡Celosa yo! ¿y de quién? ¿acaso mi marido no me ama? ¿no le amo yo?

—¡Ah! ¡amais á!.... ¡pues no lo hubiera creido!.... ¡no! todos creiamos en la corte que os habiais casado con el señor Hernando de Carrillo por.....

—Me casé como se casan la mayor parte de las mugeres.... por conveniencia.

—No sé: vos rica, él pobre..... vos nobilísima, él gentilhombre apenas..... vos hermosa, él.....

—¡El! y bien; á no mediar ciertas circunstancias, que vos conoceis tanto como yo, nunca me hubiera casado ni con él ni con ninguno.... pero fué preciso, y he hecho lo que pocas mugeres hubieran hecho en mi caso; he apreciado sus sacrificios, he comprendido cuánto amor significaba su completa sumision á mis caprichos, y le he amado.... creo que en este momento es el marido mas feliz de Castilla, á pesar de mis canas y de mis arrugas.

—Esas arrugas, por ligeras que sean, y aunque escasas esas canas, demuestran que habeis sufrido mucho; sois jóven aun, señora, y en otro estado estariais aun mas resplandeciente que lo estais.»

Doña Mencía ahogó un suspiro y contuvo sus lágrimas, herida en el alma por la intencion del cronista, que parecia querer la decir: vuestra hermosura no se hubiera marchitado si fuérais esposa de don Beltran de la Cueva.

«Es cierto, dijo; he sufrido el contínuo embate de los bandos; he visto salir vilmente ultrajada de Castilla á la princesa doña Blanca de Navarra, á quien Dios dé tanta gloria en el cielo como penas permitió para ella en la tierra; hoy, una pobre niña á quien amaba, sufre una suerte infeliz en el reino de Granada, en el que arrastra cadenas de oro; y otra pobre jóven, doña Mencía de Mendóza, la esposa de ese hombre, sufre y gime y se ve obligada á vivir junto á su rival, junto á esa reina que le ha robado el corazon de su esposo.

—¡Ah! ¿y es esa la muger á quien ha herido cruelmente el duque de Alburquerque, la que tanto puede, la que ha amontonado tormentas sobre la cabeza de su esposo?.... dijo el cronista dejando libre salida á doña Mencía por aquel portillo que ella misma se habia abierto. Pero ya se entendian, y esto era bastante.

—Sin duda, contestó doña Mencía.

—De ese modo, dijo el cronista, si la señora duquesa cree que la reina y el duque se aman, lo que yo tengo por una suposicion harto aventurada.....

—Os concedo esa suposicion, á pesar de que se tienen evidencias.

—En la corte no se debe creer sino lo que se vé, y aun asi, lo que se vé de una manera clara, indudable; en la corte no se tiene honra propia, ni basta el que miremos escrupulosamente por nuestro decoro..... la calumnia alcanza á todo, á lo mas alto, á lo mas noble..... la calumnia sabe revestirse con la vestidura de la verdad, robustecerse con pruebas, con testigos; pero las unas son generalmente tan falsas como los otros; en una palabra: en lo que menos debe fiarse en la corte es en las apariencias, porque, casi absolutamente, sucede que los buenos pasan por malos, y los malos por buenos.

—Vuestra defensa es noble, señor coronista; pero si os viérais precisado á convencer á todos los que están persuadidos....

—He ahí los efectos de la calumnia..... son incurables..... pero volviendo á doña Mencía, nada tiene de estraño que su amor la arrastre á dar crédito á esas mentiras..... de todos modos, es admirable que tenga bastante poder sobre sí misma para sonreir contínuamente á la que cree su enemiga.

—La venganza se encubre casi siempre bajo el aspecto de la amistad, cuando es una venganza de buena ley..... á mas, doña Mencía ha tenido el talento de hacerse la ignorante, y Beltran de la Cueva, que conoce su virtud, se vale de ella para tener un guarda constante al lado de la reina.

—¿Y cuál es el objeto de esa muger?

—Beltran de la Cueva es esencialmente ambicioso, y doña Mencía sabe demasiado que, matando su poder, reduciéndole á la vida privada, hiriéndole, desengañándole, se arrojará cansada en sus brazos á buscar en ellos un consuelo á sus desgracias.

—Doña Mencía, á pesar de todo lo acontecido, perdonaria aun á don Beltran, dijo el cronista permitiéndose una mirada medio intencionada.

—¿Conoceis alguna muger que olvide su amor por sus celos?

—Ya me habeis concedido, señora, mi ignorancia en amor.

—¡Cuántos hay que creen indiferente para ellos un objeto mientras nadie se lo disputa, y le defienden y se adhieren á él y sienten que su amor estaba solamente amortiguado, en el momento en que ven que una mano estraña quiere apoderarse de lo que creen legítimamente suyo! Los celos robustecen el amor, y no hay muger que ame y no perdone.

—De modo que lo que quiere doña Mencía es reducir á tal estremo á don Beltran, que se vea precisado á recurrir á ella.

—Lo que quiere doña Mencía de Mendoza es matar en el corazon de su marido todo lo que hace sombra á su amor.

—Y permitidme, señora: yo creo que no me habeis hecho en valde esta revelacion.

—Soy amiga de doña Mencía, y la he prometido ayudarla.

—¿Y para ello me habeis buscado?

—Sin duda.

—Me atribuís un poder que no tengo.

—Vos por vos mismo no hareis nada, pero podeis servir de mucho: estais siempre al lado del rey.

—Pero en tercer ó cuarto lugar.

—Aguzad vuestro ingenio.

—Héle aguzado ya tanto, que creo que le he perdido.

—Contestadme solamente si puedo disponer de vos, y yo os iluminaré.

—¿Y qué quereis hacer de mí?

—Un aliado que prepare al rey, que le convenza, ayudado de otros, hasta el punto de que se pase al bando del arzobispo de Toledo.

—¡Al bando del arzobispo! ¡al bando de ese hombre sin fé que me da en vez de un seguro una carta de prision! ¿Y creeis que estaré yo muy seguro en medio de esa gente?

—¿Dónde creeis encontraros ahora?

—Es cierto: estoy preso..... á merced de ellos.

—Podeis estar libre.

—Pero yo no sé faltar á lo que prometo, y estoy seguro de que no saldré de aqui sino sujeto á condiciones, por las cuales me veré precisado á volver si vuelve el rey.

—Pero si volveis con él, todo se os habrá perdonado.

—¡Cómo! ¡perdonado, señora!

—Quiero decir que los que ahora son vuestros enemigos serán vuestros amigos..... no se os pide que hagais una traicion al rey, sino que vengais con él; no se trata de que para traerle le engañeis, sino que le convenzais.

—Para que yo le convenciese seria preciso que yo estuviese convencido.

—Lo estais demasiado para no saber que dentro de muy poco la reina será repudiada ó desterrada, destituido Beltran de la Cueva, escluida definitivamente la infanta doña Juana, y otorgado testamento por el rey en favor de la infanta doña Isabel.

—¿Y por qué no del infante don Alonso?»

Doña Mencía movió tristemente la cabeza en sentido negativo.

«Ese pobre niño, dijo, será sacrificado tarde ó temprano.

—¡Cómo! ¿se atreverán?....

—Conocen que es un carácter indomable del cual no podrán hacer el rey que querian, y le matarán.

—Es necesario defender á todo trance á su señoría.

—¿Creeis que sea fácil arrancarle á las manos de don Juan Pacheco? Desde la muerte de su hermano don Pedro Giron, su audacia ha crecido y su ambicion se ha sublimado. Es astuto, fuerte; manda hoy en España.

—Ayudad al duque de Alburquerque en vez de combatirle, y os juro....

—Si don Beltran se ve sin rivales, se convertirá en un tirano: tendrá recelos de todo lo que pueda hacer sombra á la Beltraneja, atentará á los derechos de los hijos del rey don Juan, y esto traerá una guerra de devastacion con Navarra.

—¡Amenazas por todas partes!

—En esa guerra, vos que os habeis hecho enemigos, si escapais de los que os tienen en las manos, estareis amenazado á cada paso, cuando por el contrario, si conseguimos que don Beltran de la Cueva caiga, que sean reconocidos por herederos los hermanos del rey, todo se reducirá á una guerra de sucesion que durará poco tiempo, y en la que el rey de Portugal, que tomará la demanda por su hermana y por su sobrina, será vencido por Castilla, Aragon y Navarra, coligados.

—Verdaderamente lleva muy adelante sus celos doña Mencía.

—Doña Mencía ha jurado vengarse ó morir en la demanda.

—Pero doña Mencía hubiera hecho muy bien en no acordarse para ello de mí.

—Os encuentra prisionero, sabe que vuestra vida está en peligro.....»

El cronista dió un salto.

«¡Se atreverian....!

—No digo yo que diesen un escándalo..... pero pueden apelar á un tósigo.

—Desconfiaré de sus manjares.

—Os veriais precisado á no comer, y el resultado seria el mismo: moririais de hambre.

—Pero yo no he hecho mal á nadie..... esto es brutal.

—Sois demasiado valiente para escribir vuestras crónicas, y temen por su fama.

—Que la defiendan obrando bien.

—Era lo mas razonable que podian hacer; pero ni lo han hecho ni lo harán. Esto los reduciria á la condicion de vasallos, y quieren ser señores.

—¿De modo que no hay para mí escape?

—Sí, con las condiciones antedichas.

—¿Y cuáles son esas condiciones que no conozco?

—¿Prometeis cumplir lo que os encargue?

—¿Y hasta dónde podrán llegar las consecuencias?

—Hasta hacer que el rey se una á nosotros y abandone á Beltran de la Cueva.

—¿No habrá muertes?

—Ni una sola.

—¿Se perdonará?....

—A todo el mundo.

—Dejadme de respiro....

—Ni un momento. Si tardamos, todo es inútil. Para procuraros vuestra evasion, me ha sido necesario comprar á peso de oro al alcaide de los alcázares, Pedrarias de Avila. Pero de un momento á otro se esperan á los nobles confederados, y entonces no habrá medio.

—He aqui que yo venia á dar caza á la infanta doña Isabel, y en vez de conseguirlo me veo obligado á dar caza al rey.

—¿Qué quereis? cosas del mundo.

—¿Pero cómo quereis que yo haga para reducir al rey, despues de la victoria de Olmedo, cuando los confederados están en derrota, y alentados los leales?

—Dentro de un momento la ciudad de Segovia recibirá aclamándole como rey al infante don Alonso. Esto significa que el rey no solamente perderá la ciudad, sino los tesoros que tiene en ella. Ademas, cuanto le habeis de decir, está contenido en esta carta.»

El cronista, acordándose del mal trance en que le habia

puesto la carta que traia para la infanta doña Isabel, se negó redondamente á recibir aquella que se le entregaba para el rey.

«Llevadla al menos con vos, dijo doña Mencía; leedla por el camino, aprendedla de memoria, y deshaceos de ella antes de llegar á Medina.

—Sea como vos querais, señora, dijo el cronista suspirando y guardando la carta: pero por la Pasion de Nuestro Señor, tened en cuenta el servicio que os hago para si alguna vez necesito de vuestra ayuda.

—Podeis estar seguro, Castillo, de que nada os acontecerá mientras nos ayudeis; pero si nos haceis traicion, no respondo de lo que podrá suceder: ahora, vamos. Ante todo quiero sacaros de aqui.»

Enriquez del Castillo no se atrevió á contestar una sola palabra, temeroso de que se desprendiese de ella alguna nueva exigencia, y siguió á doña Mencía de Padilla hasta su cámara, sin que nadie se atravesase á su paso; parecia que todo estaba previsto de antemano.

Hernando de Carrillo estaba esperando á doña Mencía, con la que habló en silencio durante un largo espacio. Al fin el cronista encontró su libertador en el mismo que habia ayudado al auto de fé de sus crónicas, y salió con él por el mismo postigo por donde habia entrado, y fuera del cual encontró su mula y algunas lanzas, que por cierto no eran las mismas que habia traido.

Al sentir libremente sobre su rostro las brisas del campo, respiró por primera vez con libertad el cronista despues de su prision: el placer de ver asegurada su vida, por la que habia temblado, se sobrepuso en él al dolor de la pérdida de sus escrituras.

«¡Oh! ¡qué muger! ¡qué muger la vuestra, señor Carrillo! dijo hablando por primera vez á su acompañante el cronista.

—Mi esposa vale un reino, señor Enriquez, y para vos algo mas: á no haber sido por ella, no sé, no sé lo que el señor condestable de Navarra hubiera hecho con vos.

—Pero debeis conocer, amigo mio, repuso Castillo, á quien

habian suavizado las circunstancias, que yo no he hecho otra cosa que cumplir con mi obligacion.

—¿Y quién sabe cuál es su obligacion en estos tiempos? Tan buenos son unos como otros: en cuanto á mí, me lavo las manos: yo no soy otra cosa que lo que quiera mi muger que sea. ¿Un rey ú otro, qué me da? Al fin y al cabo todos son hijos del rey don Juan, y tan bien nos mandará el uno como el otro.»

El seco estampido de una lombarda que retumbó hácia la parte de la ciudad, interrumpió al capitan de la guarda morisca.

«¡Ah! ¡ah! esclamó con cierto temblor el cronista. ¿Qué es eso?

—Eso es que Pedrarias, antes de abrir la ciudad al infante don Alonso, finge una pequeña resistencia.

—¡Qué tiempos! ¡qué tiempos, señor!

—Tiempos de andar de prisa y de no dormirse en las pajas: por lo mismo, apretad los talones á vuestra mula, como yo los aprieto á mi caballo, y procuremos poner entre nosotros y la ciudad un razonable espacio. Ya os habrá dicho mi muger que importa el secreto, y que paseis por fugado.»

Dicho esto, Hernando de Carrillo, el cronista, y los hombres de armas, partieron al galope y se perdieron bien pronto á lo lejos entre las tinieblas.

CAPITULO X.

De lo que aconteció en Segovia despues de la salida del maestre.

Segovia habia sido atacada á un mismo tiempo por todas las puertas. Pedrarias de Avila habia fingido una defensa obstinada por espacio de una hora, en la que no murió nadie. Aquello era una farsa: se dispararon algunos tiros de lombarda, se lanzaron saetas desde los muros, se cegó la caba con maderos, se aplicaron petardos á las puertas, y al fin la ciudad y el alcázar se abrieron al infante don Alonso, ó como decian sus parciales, al rey don Alonso XII, que entró acompañado del arzobispo de Toledo, de los condes de Plasencia, Luna y Rivadeo, del merino mayor de Asturias, y de otros caballeros. Don Juan Pacheco se hallaba aun en Ocaña ocupado de los asuntos de su maestrazgo.

Como quiera que siempre el que vence es el mejor, el pueblo de Segovia, parte por adhesion, parte por temor, parte por cubrir las apariencias, asomó luminarias á todas las ventanas, colgó en ellas las colchas de los dias festivos, repicaron las campanas, y un numeroso enjambre de pillos y desocupados precedió al rey faccioso, gritando, aclamando y alborotando hasta las puertas del alcázar.

Aquello era un verdadero triunfo: el despique ventajoso de la rota de Olmedo. Enrique IV perdia su ciudad favorita, en la que tenia sus tesoros y en donde estaba la reina. Los confederados habian dado un golpe seguro, despues del cual era inevitable para el rey el venir á un acomodamiento en el cual acabaria de perder los últimos girones de su andrajoso manto real.

El primer cuidado del arzobispo de Toledo fué encaminarse á la cámara de la reina, pero la encontró vacía: los camareros le dijeron temblando que su alteza y su señoría la duquesa de Alburquerque se habian refugiado desde el principio del combate en la catedral. No era aquel un lugar ante el cual se detuviese un arzobispo, y don Alonso de Carrillo se encaminó en el momento á ella, con la diferencia de que, si en otras ocasiones habia entrado en tales lugares bajo pálio, revestido de ornamentos pontificales y rodeado de su clerecía, entonces entró armado de punta en blanco, haciendo resonar sus espuelas bajo las sonoras bóvedas, y seguido de una turba de rebeldes armados hasta los dientes y dispuestos á todo. Habia acontecido ya diferentes veces que el solemne silencio de un templo hubiese sido turbado por el crugir de las armas y profanado por el derramamiento de sangre humana. Si los confederados hubiesen encontrado á la reina defendida por algunos hombres, no les hubiera contenido lo sagrado y lo solemnemente misterioso de aquella gigantesca catedral, en cuyas oscuras ojivas parecia suspendida la cólera de Dios.

El arzobispo atravesó rápidamente la nave principal, y llegó al tabernáculo; en él, delante de dos almohadones que parecian recientemente hollados por una persona, habia un lienzo blanco: el arzobispo le levantó, hizo aproximar las antorchas, y vió que aquel objeto era un riquísimo pañuelo de cambray perfumado, en cuyos cuatro ángulos, alternando entre sí, estaban bordados los blasones de Castilla y las cinco quinas de Portugal.

Era indudable que la reina habia estado allí: imposible por lo tanto que hubiese escapado, puesto que la catedral estaba cercada. El arzobispo hizo venir ante sí al guardian ó alcaide de la iglesia, porque entonces las catedrales eran castillos, y le hizo abrir todas las puertas de esos estrechos caracoles que taladran las gigantescas pilastras de las catedrales; de esos pasadizos oscuros que horadan el espesor de los muros: esparció por ellos sus gentes, bajó al panteon, buscó por todas partes: iluminó una á una y por un momento las blancas y sombrías está-

tuas yacentes de reyes, arzobispos y canónigos: reconoció las tumbas, temeroso de que en alguna de ellas se le ocultase su presa, y se detuvo mas de lo necesario delante de la del cenobita Cenon, varon piadoso, muerto en olor de santidad, á quien doscientos años antes se habia hecho el honor de sepultar entre reyes y prelados. Golpeó sus mármoles, que resonaron huecos, y con su acostumbrado imperio dijo á los hombres de armas que le acompañaban:

«¡Eh, jayanes! ¡romped por aqui! y golpeaba con su baston ferrado el lado anterior de la tumba.

—Mire vuestra señoría lo que hace, dijo el alcaide.

—¡Quién se atreve á advertirme! esclamó el arzobispo volviéndose colérico.

—El pueblo de Segovia tiene en gran veneracion esta tumba: todo el que acude á ella con una dolencia, sana.

—Romped, repitió el arzobispo.»

Los soldados se acercaban empuñando sus pesadas mazas de armas, cuando de repente giró aquel frontal, se abrió una entrada, y precedido de dos pajes con antifaces y antorchas, apareció subiendo por las escaleras un bulto negro; los soldados se hicieron atrás despavoridos, y aun el arzobispo retrocedió.

Para que sepamos quienes eran aquellas personas, nos será preciso volver atrás.

Una hora antes, la catedral estaba silenciosa y oscura: sus altísimas columnas, envueltas en las sombras, parecian grupos de gigantes, cuyas cabezas se perdian en un caos: el apostolado de piedra se replegaba en sus nichos con las informes figuras de sus santos, y solamente delante del tabernáculo ardia una lámpara opaca, sobre la cual revolaban algunas lechuzas. Al fin aquella lámpara se apagó bajo el vuelo de las aves nocturnas, y solo quedó en el templo la incierta luz de alguna lamparilla puesta delante de un cuadro orlado de milagros de cera, es decir, de esas figuritas que atestiguan el favor del cielo respecto á un enfermo, representados en toscos remedos de piernas, brazos y ojos. Entre estos ex-votos solia verse la cabellera rubia ó

negra de una muger, alguna muleta, y aun en otros lugares un puñal ó una espada.

Nada mas imponente para ciertas organizaciones que un templo gigantesco, oscuro y solitario. La catedral era entonces uno de esos terribles y fantásticos lugares donde se levanta mas poderosamente lo misterioso de la tradicion cristiana.

De repente se desprendió de las bóvedas un sonido retumbante, que vibró en el espacio despertando todos los ecos en los ángulos del templo: era el toque de queda; retumbó por un momento, y despues volvió el silencio.

Despues de un pequeño espacio, volvió á retumbar en la catedral otro sonido mas débil, mas irregular, pero impaciente, en el que se adivinaba la mano del hombre: llamaban á una de las puertas, y volvian á llamar: por resultado de aquel llamamiento, se abrió una pequeña puerta que correspondia á la sacristía, y salieron por ella cinco hombres, en cuyo aspecto habia una disonante mezcla de soldadesco y clerical, lo que acontecia de igual modo respecto á sus trages, que eran unas hopalandas negras entre dalmática y sotana, sobre las cuales se ceñian talabartes de cuero, de los que pendian espadas anchas y cortas. Uno de estos hombres llevaba asido de una cadena un enorme perro, que se abalanzaba atirantando la cadena y lanzando roncos ladridos; otro de ellos llevaba una enorme linterna; el tercero un haz de llaves, y el cuarto un enorme arcabuz. Ultimamente, el guardian ó alcaide que caminaba delante, era un hombre atlético, ceñudo, torvo, en cuya mirada habia algo de hipócrita y forzada humildad.

En esta guisa y á paso lento, atravesaron la catedral, llegaron á la puerta, y abrieron un ventanillo.

«¿Qué se les ofrece? dijo el guardian con voz seca.

—Abrid á su alteza la reina, contestaron.»

Notóse un ademan de arrepentimiento en el alcaide por haber hablado con dureza, y procuró, á fuerza de actividad, borrar el mal efecto que podia haber producido lo descortés de sus escasas palabras.

«Abrid, Jimeno, abrid al momento á su alteza, dijo diri-

giéndose á uno de sus acompañantes; y vos, Fernan, id corriendo; que mi muger os dé los cogines régios: su alteza debe venir á orar durante el combate, para que Dios libre á Segovia de los rebeldes. ¡Noble y digna señora!»

La enorme puerta de la catedral se abrió rechinando, y poco despues entraron en la iglesia, cubiertas con sus mantos y temblando, dos mugeres.

Un capitan con algunos hombres de armas quedó de guarda, y solo dos damas y dos pajes con antorchas acompañaron á las encubiertas, que se encaminaron al altar.

Fernan habia colocado ya delante de él los dos cogines, y habia encendido seis blandones. Las dos mugeres se arrodillaron, y oraron por un momento en silencio, y las dos damas y los dos pajes quedaron al pié de la gradería.

Luego las encubiertas se levantaron, y la mas alta de ellas se encaminó á las sillas del presbiterio y se sentó en una de ellas: la otra dama permaneció de pié á alguna distancia.

«Acercaos, duquesa, acercaos y sentaos, dijo la primera.

—Señora..... contestó la otra con respeto.

—¿No somos iguales? murmuró la mas alta.

—¡Iguales! esclamó la preguntada con acento lúgubre.

—Mas que iguales, puesto que me guardais, doña Mencía.

—Sirvo á vuestra alteza, contestó con acento un tanto impaciente la duquesa de Alburquerque, que ella era.

—Y me servis tan bien, que me habeis obligado á salir del alcázar, cuando poco me importaba estar presa en manos de don Juan Pacheco, ó en las del conde de Ledesma.

—De seguro, señora, mi marido cuidará de venir personalmente á guardar á vuestra alteza.»

La reina bajó la cabeza, dominada por el acento de reproche de Mencía de Mendoza. Beltran de la Cueva se habia convertido en un tirano para con la pobre jóven, y contando con sus celos, la habia puesto como camarera mayor al lado de la reina, de quien él á su vez estaba celoso. Corrian sordos rumores de que la reina, durante su prision en el castillo de Alahejos, habia tenido unos amores misteriosos, de los cuales habia resul-

tado un hijo. Pero esta acusacion estaba de todo punto desprovista de pruebas: podia ser una calumnia del bando enemigo al rey, y sin embargo Beltran no habia podido dominar su recelo. Mencía de Mendoza amaba á su marido con el amor de toda muger celosa, y Beltran habia supuesto fundadamente que su deseo de presentar á la reina de una manera despreciable á sus ojos, la haria desplegar la mas sagaz vigilancia. La reina comprendia perfectamente las intenciones de su favorito, y sufria y callaba atada á su amor.

Pero esto no impedia el que contínuamente se cruzasen palabras amargas, henchidas de intencion y de veneno entre aquellas dos mugeres que se aborrecian de una manera tanto mas profunda é irreconciliable, cuanto mas encubierta en las formas: entrambas sufrian un infierno que atribuian respectivamente la una á la otra. Aquellas dos mugeres se hubieran hecho pedazos á no mediar la razon social que las contenia.

Despues de aquel breve diálogo, Mencía de Mendoza se sentó á alguna distancia de la reina, y no se volvió á cruzar una sola palabra entre ellas: doña Juana de Portugal estaba sobrescitada: escuchaba con una atencion profunda y con una agitacion febril el ruido del combate, que debilitado por la distancia, se escuchaba á lo lejos como un zumbido: Mencía de Mendoza parecia desalentada, entregada á su destino, sin esperanza.

Asi pasó algun tiempo. Al cabo volvieron á resonar golpes en la puerta de la catedral, que despues de un ligero altercado se abrió, entrando por ella una dama encubierta, acompañada de dos pajes con antifaces, y de un escudero. Aquella muger atravesó rápidamente la catedral, llegó al presbiterio, y al llegar á su última grada, dijo con acento dulce:

«¡Prima mia!»

Al oir aquella voz, doña Mencía de Mendoza se levantó, corrió á la dama, y la abrazó.

«¡Ah! eres tú, Mencía, la dijo; ¿qué nuevas hay? ¿está libre? ¿vence? ¿combate á sus enemigos?

—Los rebeldes acaban de apoderarse de Segovia.»

La reina escuchó estas palabras desde su sillon, y se estremeció.

«Pero él, él, mi marido.....

—El duque de Alburquerque está en Medina del Campo con el rey, y hé aqui este seguro para que vayas á reunirte con él.

—El me ha puesto al lado de su alteza.

—Pero hoy mandan aqui los confederados.

—¡Ay! no me atrevo, prima.

—¿Y qué puedes tú hacer sola contra nosotros?

—Partid, doña Mencía, partid, dijo la reina con voz ronca; aunque buena observadora, sois sin embargo bastante honrada para no mentir, y lo que se quiere es dejarme abandonada entre miserables sin fé, capaces de sostener una calumnia, sin que haya una sola persona de valer y de virtud que pueda desmentirla.

—Yo, señora, solo soy vuestra camarera, dijo con rubor doña Mencía.

—Cabalmente, por eso no servis: se necesita un denunciador: creedme, partid, duquesa: si no lo haceis de grado, os vereis precisada á hacerlo por fuerza: pero antes de partir, antes de dejarme abandonada, reparad cuán infeliz soy, y no me tengais ódio.

—¡Ah, señora! esclamó con dolor doña Mencía de Mendoza.

—He aqui juntas tres mugeres que se harian pedazos, y que sin embargo se salvan las unas á las otras, dijo doña Mencía de Padilla..... ahorremos, pues, de palabras inútiles, prima mia. Parte con mi escudero. Este seguro te abrirá las puertas de la ciudad. Fuera te aguardan una litera y un resguardo, y dentro de poco tiempo podrás abrazar á tu marido.»

La duquesa de Alburquerque vaciló un momento; despues besó friamente obedeciendo á su deber la mano de la reina: abrazó á su prima, la besó en la boca, tomó el seguro, y se dirigió al escudero.

«Vamos, dijo.»

Ella y él partieron, quedando solas y frente á frente la reina y doña Mencía.

«Al fin nos vemos una vez frente á frente, reina; la dijo esta.

—¡Que nos vemos frente á frente! ¿y con qué derecho os atreveis á mí? esclamó con dignidad doña Juana.

—¿Con qué derecho? ¿os atreveis á preguntármelo? ¿quién ha empalidecido mis mejillas, quién las ha arrugado, quién ha encanecido mis cabellos? los celos, la desesperacion. Pero..... estoy loca..... cuando os veo no me puedo contener..... y sin embargo, es preciso acordarse de que he venido á salvaros.

—¡A salvarme vos!

—Sí: quiero vengarme..... lo ansío, pero quiero vengarme con grandeza: si el arzobispo de Toledo que en estos momentos os busca por todos los rincones del alcázar, sabe que estais aqui y viene y os encuentra..... ¡oh! entonces os podreis dar por perdida..... yo no quiero, si moris, que Beltran crea que he apelado á un medio infame para deshacerme de vos..... para satisfacer mi ódio..... si eso quisiera..... cuarenta hidalgos se habian juramentado para matarle en Olmedo, y yo le avisé.

—¡Le avisásteis..... le salvásteis!.... esclamó la reina adelantando hácia doña Mencía y asiéndola las manos con efusion: ¡oh! lo que acabais de decirme destruye todos los insultos que me habeis dicho..... ¡Le habeis salvado!

—Se ha salvado él mismo.

—Pero sin embargo, estaba avisado: os le debo..... y os lo agradezco: ¿por qué me aborreceis, señora? ¿acaso cuando él en una situacion solemne llegó á mí salvándome de una deshonra cierta, sabia yo que vos le amábais? ¡Ah! ¡doña Mencía, cuán injusta sois! ya veis que yo no os aborrezco, por el contrario, quisiera que nos convirtiéramos en una sola..... porque yo tambien sufro y no puedo culparos..... Si él os vió antes que á mí, y le parecísteis hermosa..... escuchad..... hablando con vos... recordadlo, siento una pena..... sufro de tal modo, ¡y no os aborrezco..... no..... creo habéroslo demostrado á pesar de que sois cruel..... muy cruel..... me habeis deshonrado..... habeis robado el trono á mi hija!»

Doña Mencía se contuvo, porque la generosa franqueza de la reina que era mas desgraciada que criminal, merecia respeto. Devoró la cólera que hervia en su corazon, y dominándose dijo:

«Os he tratado con generosidad, señora, á pesar de que os debo mis dolores, por involuntario que haya sido en vos el causármelos. Si he combatido y si combato, meditad que la venganza es un tesoro que se guarda tenazmente cuando ella es el único bien que nos queda. Pero olvidemos esto por el momento. Es necesario huir, necesario de todo punto.

—¡Huir! ¿y por dónde?

—¿Teneis valor?

—Me le ha dado la desgracia.

—Pues venid, señora, venid.»

La reina siguió á doña Mencía, que se encaminó, precedida de los pajes que la alumbraban, á un costado del crucero, en donde esperaba con sus gentes el guardian de la catedral.

«Encaminaos al panteon, señor Ginés del Encinar, le dijo.»

Como subordinado á un poder superior, el alcaide con sus gentes tomó por la nave lateral de la izquierda, seguido de la reina, que se habia estremecido al saber al lugar á que se la conducia, de doña Mencía de Padilla, de las dos damas, y de los dos pajes.

Ginés del Encinar se encaminó á una lúgubre capilla, abrió su verja, entró, tomó las llaves de manos del llavero, y separó una reja puesta en el suelo en un ángulo, no sin la ayuda de dos de sus hombres. Despues de la reja se vió una negra y pendiente escalera.

La reina siguió temblando á doña Mencía, y poco despues se encontró en otra catedral subterránea, chata, de bóveda húmeda, sobre cuyo quebrado pavimento se escuchaba el áspero chocar de las escamas de los reptiles que se arrastraban sobre él.

A derecha é izquierda, en todas direcciones, se veian calles de severas tumbas, sobre las cuales, ya tendidas, ya de rodillas, cubiertas con sus mantos de piedra, ceñidas las cabezas con coronas ó mitras, se veian fatídicas estátuas sepulcrales. Ginés del

Encinar, tan sereno como si se encontrara en una cámara del alcázar, se volvió á doña Mencía.

«¿Y adónde vamos, señora? la dijo.

—Al sepulcro del venerable Cenon.

—¡Ah! dijo el alcaide, como quien comprende perfectamente de qué se trata con solo escuchar una sola palabra, poniéndose en marcha.»

Atravesaron todo lo largo del panteon, y al fin llegaron al mismo sepulcro que habia mandado abrir el arzobispo de Toledo. Pero Ginés no tuvo necesidad de mandar que se forzase su frente, sino que se acercó á él, oprimió un resorte, y la losa giró, dejando practicable otra escalera.

«¿Y adónde se va por aquí? dijo la reina.

—Fuera de la ciudad, por una mina que da al acueducto, contestó doña Mencía; entrad vosotros, dijo á los pajes: vos y vuestra gente, retiraos cuando haya entrado su alteza y estas damas, y si viene el arzobispo de Toledo, haced de manera que no sepa por donde ha salido su alteza.

—¿Pero si el señor arzobispo sube?....

—Entretenedle.»

Doña Mencía dió un bolsillo á Ginés, y entró, la siguió la reina, y tras ellas las damas. Seguidamente la puerta se cerró, y poco despues se encontraron en una mina, por la que adelantaron.

Despues de un cuarto de hora de marcha llegaron al estremo, donde encontraron una puerta; la abrió doña Mencía con una llave que sacó de su limosnera, y entró en una casa destartalada, en la que se paseaba un mancebo armado de todas armas, ceñida la cabeza con un gorro de mallas, sobreforrado de tela de oro.

«Señor Jofre Tenorio, dijo doña Mencía, he aquí á su alteza.»

El jóven se descubrió respetuosamente, dejando flotar sus cabellos castaños, y posando en la reina una profunda mirada.

«Soy muy afortunado en poder servir de algo á una reina tan hermosa y tan desgraciada como su alteza, dijo inclinándose con un ademan lleno de gracia y distincion.

—No conozco á este caballero, dijo la reina á doña Mencía, nunca le he visto en la corte.

—Acaba de venir de Sicilia, donde ha estudiado leyes al arrimo de un rico pariente, y despues ha hecho la guerra bajo las banderas del infante don Fernando de Aragon.

—Es decir que este caballero es partidario.....

—De la hermosura y de la desgracia, señora; dijo don Jofre con acento dulce é insinuante.

—¿Teneis confianza en este hombre, dijo la reina en voz baja á doña Mencía?

—Le creo leal, valiente y noble, y por eso le he elegido entre ciento para servir de guarda á vuestra alteza.

—¿Y habeis pensado ya adónde he de ir? dijo la reina afrontando una situacion en la que se habia colocado imprudentemente y que no podia ya evitar.

—Al alcázar de Madrid: en él encontrareis al mariscal Pelayo de Rivera, que está por el rey, y os defenderá.

—¿Estais dispuesto? dijo la reina dirigiéndose á Tenorio.

—Cuando querais, señora. Los caballos están enjaezados y la gente pronta.

—¿Podemos, pues, partir al instante? dijo la reina que se encontraba inquieta en aquel negro aposento.

—Sí por cierto, dijo Tenorio; voy á dar las órdenes.»

Y haciendo á la reina una profunda reverencia, salió.

«¿Y no vendrá conmigo ninguno de mis pajes?

—No sabemos de quien podemos fiarnos, señora: si los confederados saben el lugar adonde os refugiais, no estareis segura: el rey no tiene fuerzas para defenderos.....

—Ni acaso voluntad.

—Por lo mismo, confiad en mí: don Jofre es recien llegado á Castilla, es inmensamente rico, está todavía en la edad de las acciones generosas, y os defenderá con todas sus fuerzas.

—¡Ah, doña Mencía, ese hombre tiene el rostro de traidor!

—¿Creeis que yo os he tendido un lazo?

—¿Y seriais capaz de ello? esclamó la reina, exhalando en aquella sola pregunta todo su temor.

—Os he tenido cien veces en mi poder, señora.....

—¡Ah! perdonad doña Mencía: bien sé que sois una enemiga generosa, perdonadme: pero creia que ese hombre me habia mirado de una manera particular: con codicia, con alegría.... la situacion en que me encuentro me hace recelosa.

—Pues armaos de valor, señora: desde este momento me veo obligada á dejaros sola.

—¿Cómo no venís conmigo?

—Hago falta en Segovia.

—Haced lo que querais, esclamó la reina con desesperacion; puesto que nada puedo, y una vez que lo que ha de suceder es ya inevitable, partid; me siento con valor para todo: hasta para morir.

—Adios, señora, adios. Sé que al separarme de vos quedais con una horrible sospecha que me ofende; pero dentro de muy poco podreis juzgarme, á no impedirlo razones poderosas.....

—¿Qué mas razones que vuestro ódio?

—En verdad que deberia haberos dejado abandonada á los insultos del arzobispo de Toledo, que hubieran sido mucho mas intolerables que todo lo que os pueda acontecer con don Jofre. En verdad que no sé por que os aterrais. Es hermoso como el amor y valiente como un Cid..... Seguramente estareis mejor á su lado que lo estuvísteis en el castillo de Alahejos.»

La reina palideció y dió un paso hácia doña Mencía, que la miró por un momento con una sombría fijeza.

«Me esperan en el alcázar, dijo; adios, señora, acordaos de mí.»

Tras estas palabras, dejando á la reina aterrada, salió; cerró la puerta, y en silencio, con paso rápido, alumbrada por los dos pajes, atravesó la mina, subió las escaleras, y salió por la tumba del venerable Cenon á punto que mandaba forzarla el arzobispo de Toledo.

Al verle doña Mencía de Padilla adelantó hácia él.

«Alejad á esa gente, le dijo sin descubrirse.»

Don Alonso Carrillo hizo una seña á los que le rodeaban, que se retiraron á una respetable distancia.

«¿Quién sois, señora? la dijo.

—Doña Mencía de Padilla, contestó ella, sin descubrirse aun.

—¡Ah! sois doña Mencía. Mi sobrino ha contado siempre, y contaba mucho con vos. ¿Qué es de la reina?

—¿Conoceis á don Jofre Tenorio?

—¿Un mancebo de diez y ocho años, galanteador audaz, aventurero y valiente, digno sobrino de su tio el que fue arzobispo de Toledo?

—La reina está en poder de ese hombre.

—¡Una muger tan hermosa y tan liviana, en manos de un Tenorio!..... ¡ah! no en vano don Juan Pacheco os tiene en mucho.

—¿Hubiérais hecho vos mas?

—Desconfiemos sin embargo, señora: hubiera sido mucho mejor encerrar á la reina en una torre, formarla un proceso, poner claro su adulterio con don Beltran de la Cueva y.....

—Eso vendrá despues mucho mejor sobre un nuevo escándalo.

—Desconfiad, desconfiad..... la reina es demasiado sagaz para no burlarse de un niño y convertirle en su provecho.

—Esperemos: el tiempo dirá.

—Sea. ¿Quereis que os sirva de caballero hasta el alcázar?

—Sí, sí, me siento mal y necesito descansar.

—Vamos pues; asios á mi brazo.

—Señor arzobispo de Toledo, dijo doña Mencía de Padilla asiéndose á él, sino triunfamos esta vez, no triunfamos nunca.

—Triunfaremos si vos quereis ayudarnos, dijo don Alonso de Carrillo poniéndose en marcha.

—¿Y no os ayudo?

—Sí, pero sois una aliada sospechosa.»

Al concluir estas palabras llegó el arzobispo á sus gentes y guardó silencio. Y asi salieron de la catedral, atravesaron la ciudad desierta y silenciosa y entraron en el alcázar.

CAPITULO XI.

De la impresion que causó Tenorio en solos tres dias en la reina doña Juana de Portugal.

El cuidado de la reina se convirtió en pavor desde el momento en que quedó sola. El lugar no era lo mas á propósito para tranquilizarla. Una cámara desnuda y ennegrecida en una casa deshabitada, por cima de la cual se oia un ruido sordo que doña Juana no podia esplicarse. Fuera de esto dominaba cerca y lejos el mas profundo silencio. Una lámpara de hierro puesta sobre el afeizar de una ventana, y combatida por el viento, era la única luz que detallaba á medias la sombría desnudez de aquella casa.

La reina se asomó á aquella ventana, pero la encontró defendida por una reja. Fuera, la oscuridad era densa y nada se veia: luego fue á las dos puertas y las encontró cerradas y fuertes. Estaba, pues, presa en manos desconocidas, abandonada, escarnecida por la venganza de su rival, que era en verdad poco noble, poco generosa. ¿Pero qué podia esperar de una muger á quien habia herido en su amor y en su orgullo? Acaso ella en iguales circunstancias, despreciada de Beltran de la Cueva por otra muger, hubiese llevado su venganza á un límite espantoso.

Estas reflexiones no impedian el que la reina estuviese horriblemente irritada: sucesivamente se habia visto abandonada de todos; separada de su hijo, deshonrada para con su esposo y

para con el reino, pospuesta despues á la ambicion por Beltran, y al fin entregada á su mas cruel enemiga.

En esta situacion, maldijo el momento en que don Juan Pacheco habia ido á Portugal para hacerla esposa de Enrique IV, maldijo el dia en que habia conocido á Beltran, y el momento en que le amó. Humillada, celosa, rugiente, quiso llorar y no pudo: la cólera evaporaba sus lágrimas: habia momentos en que un pensamiento de suicidio pasaba por su mente, pero la faltaba valor. En este estado se abrió la puerta y apareció don Jofre Tenorio.

La edad de este, como habia dicho don Alonso de Carrillo, era de diez y ocho años, y á esta juventud vigorosa parecia ayudar, para hacerla mas resplandeciente, una maravillosa hermosura. Su talante, sus maneras, su espresion, todo era altivo, pero con esa altivez que no ofende, sino que es el resultado de la conciencia del poder propio, de un corazon audaz que todo lo halla pequeño, que sueña despierto con gigantes que no encuentra en la vida, y que dominador y poderoso, pasa como sin reparar entre las turbas que miran con ceño aquel desden soberano que las humilla. Su trage era el de un noble acostumbrado al fausto, y sus maneras la de una persona avezada al mas escogido trato de gentes. Todo en él parecia natural, necesario, como una emanacion legítima de un ser privilegiado. Don Jofre era un representante de esa soberbia y antigua raza que produjo á don Juan: á ese don Juan que debia resumir en sí todos los gérmenes de grandeza diseminados en la familia de los Tenorios. Don Jofre no era aun lo que debia de ser aquel, pero sí uno de los últimos descendientes de aquella raza que se perfeccionaba marchando á un momento en que se representase en uno de ellos el hombre poema.

En cuanto á su semblante, nada habia visto la reina mas noble ni mas hermoso. Su fuerte virilidad se unia sin disonancia á las formas dulces y puras de la muger, á esa mate y delicada blancura que parece el esmalte de una azucena, á esos lábios húmedos y rojos como la abertura de una granada: sus anchas y arqueadas cejas negras coronaban sus ojos garzos, elocuen-

tes, magníficos, sombreados por largas y convecsas pestañas negras: en el foco de aquellos ojos brillaba un deseo recóndito, inquieto, tenaz, que hacia presumir una fuerza de voluntad á toda prueba, y su profunda mirada transparentaba un alma volcánica, audaz, sublime. La reina percibió en una sola y rápida mirada mas de lo que nosotros pudiésemos decir en muchas páginas respecto á la parte moral y física de don Jofre, y comprendió que se habia llevado la venganza hasta el punto de arrojarla al paso una tentacion irresistible.

Veia que el jóven, si bien la contemplaba con respeto, no se cuidaba de disimular el efecto que causaba en él su hermosura. No habia en su aspecto ni admiracion ni audacia, sino una espresion inequívoca de bienestar. Jamás habian temblado ni vacilado los Tenorios, y la reina comprendió que se las habia con un enemigo formidable.

Su ódio á doña Mencía de Padilla se sublimó hasta hacerse inmenso; pero ni una sola oscilacion de su alma subió á su semblante; tuvo fuerza bastante para dominar su nerviosa organizacion, y no tembló, ni palideció, ni vaciló su mirada: contemplaba al jóven con arreglo á su situacion, como una reina que al huir de un bando rebelde, no considera en el generoso noble que se ofrece á salvarla ni mas ni menos que un vasallo leal.

La hermosura de la reina era verdaderamente régia, si se nos tolera esta frase: solo tenia veinte y ocho años, y su belleza, como hemos dicho en otro lugar, en vez de palidecer, de agostarse, se habia desarrollado: deliciosamente blanca, rubia como el oro, con sus ojos azules y sus labios rojos: noble y simpática en su ademan y en sus maneras, digna y pudorosamente vestida con una túnica de damasco rojo y blanco á dos colores, bordada de oro y plata: con una toquita de encaje sobre los cabellos, sin joyas ni flores, sencilla, elegante, esbelta; era una beldad semejante á la personificacion del sueño de amores de un poeta: era, mejor dicho, una dulce y bella poesía muger, con su dulzura, sus encantos, su pureza y su tranquila paz. ¡Paz mentida! ¡sublime esfuerzo de un alma generosa y grande, que luchaba á un tiempo con la desgracia y con la traicion!

Del mismo modo que la reina habia comprendido á don Jofre, este comprendió á la reina: vió su lucha, su temor, y al verlos, un pensamiento generoso brotó del fondo de su alma: parecióle horrible abusar de la debilidad de una dama que sabia afrontar con tanta dignidad su desgracia, é infame el prevalerse de ella para faltarla al respeto. Pero por una fatalidad invariable, lo que antes habia sido un sentimiento de curiosidad en el jóven, se transformó en un principio de amor desde el momento en que se vió obligado á respetar lo grande y lo noble de la reina. Esto era lo que podia suceder peor á doña Juana. Un hombre grosero y audaz hubiera sido su mejor defensa; un caballero generoso, jóven, galan, valiente, dispuesto á sacrificarse por ella, era un verdadero peligro. El primer paso estaba dado. Entrambos se habian comprendido. Doña Mencía de Padilla, al poner delante de la reina al jóven, lo habia comprendido tambien. Sabia que es muy raro encontrar una virtud que resista á las fatalidades, y habia arrojado á la reina en brazos de la fatalidad.

«¿Teneis dispuesta vuestra gente? dijo la reina un momento despues de haberse presentado don Jofre en la habitacion.

—Sí señora; pero tengo el sentimiento de decir á vuestra alteza, que como este paso ha sido precipitado, me ha sido imposible procurarme una litera.

—¿De modo que habré de ir descubierta, á la vista de vuestros soldados?

—Afortunadamente, señora, yo traigo conmigo mi antifaz de cuero, que puede servir por el momento á vuestra alteza.

—¿Y con qué antifaz cubriremos los castillos y los leones de mi saya y de mi brial?

—¡Ah, señora! no faltará en una aldea un trage de dia de fiesta de villana.

—¿Habremos de marchar de dia?

—Imposible será hacer en lo que queda de noche las catorce leguas que hay desde Segovia á Madrid.»

La reina bajó la cabeza pensativa, y despues de un momento esclamó con resolucion, envolviéndose en el manto:

«Vamos, pues.»

Don Jofre tomó la lámpara, abrió la puerta, y salió delante de la reina: bajaron unas escaleras, atravesaron un zaguan, y entraron en un espacio al aire libre. Allí se oia mas distinto el sordo rumor que habia percibido la reina en la habitacion alta.

«¿Qué ruido es ese, caballero? preguntó á don Jofre.

—Es la corriente del acueducto, señora.»

La reina guardó silencio, y siguió al jóven hasta un sotechado, á uno de cuyos pilares de madera estaba atado un caballo.

«¿Qué es esto? dijo doña Juana viendo que Tenorio desataba el caballo y le acercaba á ella. ¿Me ofreceis un caballo con caparazon de guerra, caballero?

—Pero ya ve vuestra alteza que sobre la parte anterior de ese caparazon hay un cogin de terciopelo.

—¡Ah! ¿y el lugar que queda vacío detrás, es para vos?

—Ignoraba si vuestra alteza se atreveria á cabalgar en mi caballo ó en cualquiera de los de mi gente, que son animales de brio.

—Sea lo que vos querais, dijo la reina poniendo su pequeño pié sobre la rodilla de don Jofre y luego sobre su espalda para montar. El jóven se estremeció á aquel dulce peso, y la reina notó su temblor con disgusto.»

Cuando ella estuvo asegurada sobre el arzon, don Jofre sacó de su escarcela un antifaz de cuero, forrado de seda.

«Si vuestra alteza cree oportuno cubrirse..... la dijo.

—Me basta con mi manto, caballero, dijo la reina rechazando el antifaz.

—¡Ah! procuraré hacerme con uno que no haya servido á nadie en el primer lugar adonde lleguemos, dijo don Jofre montando á caballo, y asegurando por la cintura á la reina, que se estremeció de pudor al sentir sobre sí un brazo estraño. Os suplico, señora, que no os asusteis si se inquieta mi caballo; asíos á mí: es un vicho demasiado botador; ¡ha sido esto tan imprevisto!....»

La reina se resignó, rodeó un brazo á la cintura cubierta de hierro de don Jofre, que seguidamente picó al caballo, y salió por un portalon que una mano invisible habia abierto.

Asi rodearon algunas calles del arrabal y salieron al camino. La reina notó que nadie los acompañaba.

«¡Vamos solos! esclamó con algun cuidado.

—El incógnito que debe guardar vuestra alteza, exige que mis gentes vayan delante y detrás, á gran distancia. Pero el toque de mi corneta reunirá en un momento junto á nosotros cien buenos hombres de armas. Hé aqui que voy á darles la señal para que se pongan en marcha.»

Don Jofre llevó á los labios un objeto, que lanzó por tres veces en el espacio un agudísimo punto sostenido, despues de lo cual siguió á buen paso.

—Creo que tendreis marcada vuestra ruta, caballero, dijo la reina.

—Antes del amanecer llegaremos á la frontera que divide ambas Castillas, y un poco adelante podrá vuestra alteza descansar en Navacerrada.

—Pues picad, caballero, picad, y lleguemos pronto.»

De entonces mas, la reina no habló por decoro ni don Jofre por respeto. El caballo devoraba la distancia, la reina parecia una estátua; ni un suspiro, ni una indicacion de impaciencia, y sin embargo se revolvia un infierno en su alma: procuraba desechar los penosos pensamientos que la aquejaban, y la era imposible sobreponerse á la rabia de verse entregada por su rival á merced de un hombre, por mas que este hombre la tratase con un profundo respeto; y luego, sin voluntad, sin saber por qué, la reina pensaba en él de una manera vaga: se esforzaba por creer que aquel hombre á quien habia sido entregada era un infame, pero su conducta desmentia esta sospecha. Tenia curiosidad por ver de qué manera se habia procurado doña Mencía aquel mancebo, y callaba por orgullo. Las ocho horas que mediaron desde la salida de Segovia hasta llegar á Navacerrada, fueron para doña Juana ocho siglos de tormentos.

Antes de entrar en el pueblo, don Jofre dirigió la palabra á la reina.

«Si vuestra alteza no quiere caminar de dia..... la dijo.

—De ningun modo, esclamó la reina con viveza.

—Entonces será necesario permanecer aqui.

—Permanezcamos siempre que no pueda ser conocida.

—No servirá á vuestra alteza nadie mas que yo, señora.

—Pues encaminad adonde ha de ser, caballero.»

Don Jofre rodeó las tapias del lugar, y llegó á un edificio aislado que tenia todas las apariencias de fortaleza. Sonó por tres veces su corneta, se oyó en seguida crugir un rastrillo, y luego las huecas pisadas del caballo retumbaron sobre el puente: pasó bajo una sombría arcada, entró en un patio oscuro y allí desmontó, ayudó á bajar á la reina, abandonó el caballo, y la condujo á un ángulo en el que habia una puertecilla por donde entraron y que don Jofre cerró tras sí inmediatamente; detrás de la puerta encontraron un caracol estrecho, y en su primer peldaño un candelero de plata con una bugía de cera encendida. Todo demostraba que aquellos sucesos estaban previstos y preparados de antemano.

Subieron el caracol, abrió don Jofre una puerta, en cuya cerradura encontró como en el postigo del patio puesta una llave, atravesaron algunas pequeñas habitaciones y entraron en una cámara donde no solo se notaba comodidad, sino tambien lujo.

Las paredes estaban cubiertas de paños de Flandes, alfombrado el suelo, dorados y matizados los muebles y perfumado el ambiente. Sobre una mesa de mármol habia búcaros con flores, y sobre ella un magnífico espejo de acero, que por los adornos de su moldura demostraba su procedencia árabe. Frente á la puerta de entrada habia un agimez con contraventanas góticas de vidrios de colores, y á los costados dos puertas cubiertas con tapices. La de la derecha correspondia á un magnífico dormitorio; la de la izquierda á un gabinete equivalente á lo que ahora se llama tocador.

La reina se sentó cansada en un sillon, y don Jofre permaneció de pié, descubierto, á una respetuosa distancia de ella y en silencio.

«¿Cuándo podremos partir, caballero? dijo la reina que estaba ansiosa por llegar al fin de su viaje.

—Empieza á amanecer, contestó el jóven, y vuestra alteza ha espresado su repugnancia á caminar de dia.

—Quiero decir que si no es este el lugar donde hemos de parar, añadió la reina.

—Si vuestra alteza lo desea.....

—Ya sabeis que yo ahora no tengo voluntad: ¿me conduciríais adonde yo quisiera?

—Llevaria á vuestra alteza al cabo del mundo si tal era su voluntad.

—No creo que sean tales las órdenes que traeis.

—¡Ordenes! esclamó con un desden mal reprimido Tenorio; yo no recibo órdenes de nadie.

—¡De nadie! ¿sois pues tan poderoso, que estais dispensado de obedecer?

—Con un corazon firme, un brazo fuerte, y un pensamiento audaz, no solo se puede ser libre, sino llegar adonde se quiera.

—Y si tan independiente sois, ¿por qué os habeis encargado de llevarme presa á Madrid?

—Yo no llevo presa á vuestra alteza: por el contrario, la salvo y la acompaño.

—¿Tendreis la bondad de decirme cómo ha sido el que hayais llegado á este punto conmigo?

—Acababa de llegar de Sicilia y me trasladé al punto donde estaba la corte: el rey partió poco despues. Como yo no sabia de parte de qué bando estaba la razon.....

—¡Ah! ¡sois hombre de razon!

—Jamás desnudaré mi espada para servir ambiciones ni para sostener injusticias.

—Seguid.

—Me quedé en Segovia; soy jóven, y mi propension al trato galante me hizo buscar amistades que no me fueran enfadosas. Pregunté á mi huésped cuál era la muger mas hermosa entre las que estaban en Segovia.

—¿Y qué os contestó?

—Mi huésped era un canónigo tio mio que entiende poco en estos asuntos, y me relegó á su paje de cola, que es mancebo

de alguna fama en esta parte. A él acudí con mi pregunta. «La dama mas hermosa de Castilla, me dijo, es su alteza la reina.»

—¡Ah! dijo con algo de disgusto doña Juana.

—Pero como yo no era príncipe, continuó don Jofre, hube de preguntar aun. «Despues de la reina, la mas hermosa es la infanta doña Isabel.» Era aun una dama demasiado alta para mí y pregunté aun. «Pues entonces, repuso el paje, la mas hermosa despues de su alteza y de su señoría es doña Mencía de Padilla, camarera mayor de la infanta doña Isabel.» Al dia siguiente doña Mencía recibió mi declaracion de amor.»

La reina frunció ligeramente el entrecejo: su amor propio de muger y su ódio á su rival, se sobreponian á su dignidad de reina.

«Y doña Mencía como acostumbrada á galanteos.....

—Doña Mencía tiene el corazon seco y la esperanza muerta. Para doña Mencía no hay amor. Me resigné, pues, á un buen trato con una dama que es demasiado discreta, demasiado instruida para que no se pasen con placer algunas horas á su lado.

—Y tal ha sido su habilidad, que á vos, al hombre libre, al hombre sin ley, os ha hecho.....

—Me ha hecho buena y sencillamente su amigo.

—Y como á tal os ha confiado.....

—Que vuestra alteza estaba en peligro, que necesitaba un corazon desinteresado que la salvase; y como yo no soy del uno ni del otro bando, y por otra parte me agradan las aventuras arriesgadas y singulares, acepté.

—En verdad que esta es una estraña sucesion de casualidades. Creyéndoos, como se os debe creer, espero poder contar con vos.

—Por mucho que me pida vuestra alteza, no puede pedirme mas que la vida, y el sacrificio de ella es cosa que no debe agradecérseme, porque la aprecio en poco.

—Sois sin embargo demasiado jóven para que esteis cansado de la vida: descendeis de una poderosa familia: sois rico: pareceis dotado de un pensamiento inquieto y ambicioso: debeis

anhelar el dia en que podais estender las alas y llegar á vuestro deseo.

—Ayer era una jóven águila que recorria sin temor el espacio; pero ayer tambien miré por primera vez frente á frente al sol, cegué, y caí. Ya no tengo esperanza. La esperanza es la vida del alma; cuando aquella se estingue, esta queda sepultada como un cadáver, sin libertad y sin fuerza, dentro de una tumba, en la cárcel de carne que se llama cuerpo.

—¿Habeis perdido la esperanza?

—Sí, noble señora, la he perdido desde que amo un imposible.»

Se estrechaban las distancias, y la reina no se atrevió á provocar con una pregunta indiscreta una nueva audacia.

«Hay que agradeceros mucho, caballero, dijo la reina; el que sin esperanza, muerta el alma como vos decís, os hayais prestado á servir de ayuda á una pobre reina desamparada, calumniada.

—¡Señora!.....

—Y sin embargo, añadió interrumpiéndole la reina, todo parece indicar que, á pesar del desinterés que mostrais, estais perfectamente de acuerdo con esa hermosa doña Mencía. La magnificencia de esta cámara, la manera como hemos sido recibidos, todo revela un plan concertado.....

—Para que no sea demasiado dura á vuestra alteza la huida á que la obligan sus enemigos; es cierto. Este castillo, que está á pocas leguas de Segovia, ha sido comprado por doña Mencía al conde de Fuensalida, y preparado para que su nueva dueña pueda vivir en él algunas temporadas, sin echar de menos sus comodidades de costumbre.

—¿Y sabeis por qué doña Mencía ha adquirido esta propiedad?

—Creia, segun me ha dicho, que el rey reprimiria á los rebeldes por algun tiempo; que durante él moraria en su ciudad querida, y por lo mismo doña Mencía.....

—Creyó necesario buscar no lejos de la corte un verdadero

nido de amor, esclamó la reina mordiéndose el labio inferior, y cediendo imprudentemente á su despecho.

—De amor ó de hastío: aun no he comprendido bien el carácter de esa dama.

—¿Y la servís?.....

—Os repito, señora, que solo sirvo á vuestra alteza, y que....

—Gracias, don Jofre, gracias..... os estoy obligada como reina y como dama, y procuraré demostraros mi agradecimiento. Pero debeis estar como yo cansado, y no quiero molestaros mas. Podeis retiraros. Os agradeceré que me dejeis á cubierto de observaciones importunas.

—Todas las puertas de esta cámara, señora, tienen cerrojos por dentro; ¿cuándo querrá vuestra alteza que se la despierte?

—Al medio dia.

—Guarde Dios á vuestra alteza, señora.

—El vaya con vos, don Jofre.»

El jóven se inclinó profundamente y salió. Ya hacia largo espacio que se habia alejado, y aun creia verle la reina en el mismo sitio, en que de pié, sereno, sin conmoverse, se habia atrevido á dejarla ver de una manera tan cortés y tan discreta, un amor de que no podia ofenderla, puesto que al revelarse se declaraba sin esperanza.

Si otro hombre se hubiera atrevido á tanto, su audacia hubiera dado por resultado el enojo de la reina, que como hemos dicho, á pesar de las calumnias y de las infamias de su tiempo, se conservaba pura en el fondo, aunque criminal en la apariencia. La historia de todos los tiempos y de todos los paises ha sido hecha bajo el influjo de las pasiones humanas, subordinada al fanatismo, y viciada por la mala fé. Si fuera posible hacer retroceder al pasado y leer en la conciencia de los que fueron, se encontraria una verdad, que daria por resultado innegable otra verdad que está fuera del alcance de la demostracion: esto es, que la historia, escepto en algunos hechos de gran bulto, es una mentira.

Por algun tiempo, la reina permaneció inmóvil en su sillon, en la misma actitud en que la habia dejado don Jofre, y con la

vista fija en el lugar por donde habia desaparecido, como sujeta á una fascinacion. Por la primera vez, su pensamiento, despues de diez años, habia salido del círculo forzado en que la encerraba el amor de Beltran de la Cueva: hasta entonces nada habia encontrado superior ni aun igual á su amante; pero al ver á don Jofre Tenorio, sin que tuviese en ello parte su voluntad, la habia impresionado su hermosura: despues, el talento de seduccion del jóven, la habia hecho vislumbrar un alma enérgica, entusiasta, llena de abnegacion y de amor. El recuerdo de Beltran de la Cueva no habia empalidecido en la reina, ni esperimentaba hácia don Jofre un sentimiento determinado. Pero por decirlo así, una niebla sútil se habia interpuesto entre su alma y Beltran, y no podia desechar de su pensamiento la imágen de don Jofre, ni de su memoria el eco de sus palabras.

Doña Juana se levanto al fin, fue á las puertas, las cerró, entró en el dormitorio, se desnudó y se metió en el lecho.

Vió desde él iluminarse ténuemente con la naciente luz del alba la vidriera del agimez, detallarse despues sus figuras pintadas, y transparentarse al fin con una luz fuerte y diáfana sus colores.

Llegó el medio dia, esto es, la hora en que habia mandado á don Jofre que la despertarse, y á pesar de su cansancio no habia logrado dormir un solo momento. Se levantó y se vistió. Poco despues llamaron á la puerta; la reina reconoció la voz de don Jofre, y le abrió.

El jóven venia pálido, mas pálido que de costumbre: podia sospecharse que tampoco habia dormido. A pesar de esto, ni su mirada, ni la espresion de su semblante indicaban el deseo de ponerse en inteligencia con la reina: estaba naturalmente sereno, respetuoso, ni mas ni menos que un servidor desinteresado. La reina aseguró al jóven que habia descansado completamente, y le pidió la comida.

Don Jofre salió y volvió con una gran batea en que venian, entre un servicio completo, un escaso número de platos, pero delicados y escogidos. El jóven la sirvió de trinchador y copero, y se retiró sin hablar otras palabras que las necesarias para

contestar á las preguntas indiferentes de la reina. Salió y quedó de nuevo sola. Pasó la tarde, tarde horriblemente larga, y llegó la noche, tan oscura como la precedente. Don Jofre se presentó de nuevo, trayendo un equipo completo, no de aldeana, sino de dama hidalga, de dama de villa, modesto aunque elegante. La reina quedó sola, se despojó de su espléndida vestidura, se cubrió con su nuevo equipo, se puso un antifaz que habia encontrado entre él, y llamó otra vez á don Jofre, que se presentó dispuesto á marchar. La reina le siguió. En el patio del castillo encontró una litera, entró en ella y se puso en marcha.

Aquella noche anduvieron cinco leguas, y dos horas antes de amanecer pararon en una alquería cerca de la aldea de las Matas. En ella encontró la reina un aposento cómodo y elegante. Su breve sueño fue inquieto.

Cuando al dia siguiente entró en el alcázar de Madrid, se encerró en su cámara, y su alma comprimida hasta entonces, se deshizo en lágrimas.

Tres dias habian bastado á don Jofre Tenorio para hacerse amar de la reina doña Juana de Portugal.

CAPITULO XII.

De cómo hicieron tácitamente un pacto de sangre doña Mencía de Padilla y don Ferrante de Silva.

La pérdida de la ciudad de Segovia, mas que los forzados oficios de Enriquez del Castillo, hicieron una revolucion en el ánimo del rey. Desconfiado y receloso se retraia igualmente de amigos y enemigos, y se mostraba como loco, segun el dicho de los historiadores de aquel tiempo. Tan pronto se decidia por la guerra, como se allanaba á una composicion vergonzosa. Beltran de la Cueva, si no habia perdido su gracia, podia decirse que habia perdido su influencia, y hubo vistas y tratos con el marqués de Villena, en los cuales, á despecho de sus caballeros, el rey se prestó á cuanto quisieron los confederados. Viéronse primero en Coca, en donde nada decisivo se trató, y viéronse por segunda vez en Segovia, en donde el rey entró desamparado de los suyos, y como de oculto un mes despues de los acontecimientos anteriores. Alli se contrató que la reina fuese entregada como presa al arzobispo de Sevilla, y la infanta doña Juana en tutela al duque del Infantado que la guardaria en su villa de Buitrago; que la ciudad y el alcázar de Segovia se entregasen al infante don Alonso, permitiéndose al rey que sacase los tesoros que alli tenia, pero con condicion de que se guardasen en el alcázar de Madrid. Ultimamente, que Beltran de la Cueva fuese desterrado de la córte, despues de cumplido lo cual, y en el término de seis meses, los grandes restituirian al rey el gobierno y se pondrian en sus manos.

¡Vergonzosas condiciones y miserable estado del reino! dice Mariana con su acostumbrada energía; ¡cuán torpe cosa que los vasallos para allanarse pusiesen leyes á su príncipe y tantas veces hiciesen burla de su magestad!....

El rey cumplió por su parte con esceso lo pactado: la reina fue conducida de nuevo al castillo de Alahejos; la infanta doña Juana á Buitrago; permaneció la infanta doña Isabel con su hermano don Alonso, que para evitar el mal efecto que debian producir dos reyes enemigos en una misma ciudad, fue llevado por don Juan Pacheco á Avila, lugar de su encumbramiento. Pero los confederados no cumplieron en nada lo establecido en el avenimiento: mintióse de nuevo acerca de la reina; díjose que se habia entregado con escándalo á los amores de don Jofre; se tomó esto como asidero para que los nobles llevasen adelante su rebeldía, y el rey se vió precisado á huir de nuevo de Segovia y á ampararse del conde de Plasencia, á quien fue necesario comprar su ayuda.

Doña Mencía de Padilla adelantaba en tanto rápidamente en su venganza contra Beltran: desde el dia en que puso á la reina en poder de Tenorio, habia recibido un diario circunstanciado, al que acompañaban algunos objetos.

Por ejemplo, al dia siguiente á aquella noche, recibió una nota concebida en estos términos:

«Desconfiad, señora, de don Jofre: trata á la reina con un »respeto tal, que mucho me engaño si no hay de por medio »amor: está triste, alejado del trato: se ha transformado: ella »parece circunspecta, pero lucha con la impresion que le ha »causado la hermosura del mancebo: creo que pronto tendre»mos un asidero para poder probar una nueva liviandad. Os en»vio las ropas que la reina se ha dejado en este castillo al mu»dar de trage.»

Esta carta no tenia fecha ni firma; á ella, en el discurso de algunos meses, se sucedieron muchas: era indudable que habia un espía al lado de la reina: en fin, á mediados de junio de 1468, recibió el siguiente aviso:

«La reina se ha apoderado enteramente de don Jofre; le ha

»vencido: hoy, que estamos á quince de junio, no ha amanecido »en el castillo nuestro hombre: se ha encontrado una cuerda »pendiente del adarve, y al medio dia Perucho ha venido á de»cirme que ha pasado por delante de su alquería un caballero »solo, con la visera calada, ginete en un caballo negro: por las »señas del caballo y del talante del caballero, es indudablemente »don Jofre, que de cierto se dirige á Portugal ó á Alburquerque, »donde está desterrado don Beltran. Os aviso, advirtiéndoos que »temo un golpe de mano.»

Tampoco tenia firma esta carta.

Doña Mencía no esperó para obrar un solo momento: hizo un paquete con las ropas y con las prendas que habian sido robadas á la reina, entre las cuales estaba un retrato de Beltran de la Cueva: llamó á sí á don Ferrante de Silva, que acompañaba como una sombra al infante don Alonso y no perdia jamás de vista á María, que no habia podido librarse de su influencia; y era tal la maña del abad, que sin olvidarse de la mitra que anhelaba, recogia cuanto le venia á las manos en el doble juego de corte á que se habia dedicado. Doña Mencía era dueña de don Ferrante hasta cierto punto, como este lo era de la hermosa María. En una palabra, la cortesana pagaba y el abad servia.

Doña Mencía, como camarera mayor de la infanta doña Isabel, la habia acompañado á la ambulante corte de su hermano, y, como hemos dicho, estaba por este tiempo en Avila; en una cámara del castillo de aquella ciudad fué donde el abad fue recibido por doña Mencía.

«Y bien, don Ferrante, le dijo al entrar; ¿cómo nos hallamos?

—Creo que ahora mas que nunca nos será necesario un golpe de mano.

—¿Mas que nunca?.....

—El rey está enteramente cansado; no se fia de nadie; los nobles están cansados tambien, porque las promesas de don Juan Pacheco se dilatan, y no hacen otra cosa que andar arriba y abajo gastando sus rentas: todos se alegrarán si ese hombre cae, porque están desengañados de sus vanas promesas, y él mismo

prueba los recursos extremos: ha llegado Castilla al último estado de miseria posible: las rentas reales apenas bastan á sostener los gastos del rey, que ha reducido su servidumbre, y no hay noble que no esté empeñado. Yo mismo, añadió el abad con acento insinuante, estoy apurando mis últimos recursos y me veré precisado á apelar al fin á los judíos. Por lo mismo, es preciso.....

—¿Y creeis que Beltran de la Cueva no estará trabajando cuanto pueda?....

—No solo lo creo sino que lo veo. Sus parciales se introducen por todas partes y el duque del Infantado, su suegro, los acoje, los alienta: en algunas villas se ven señales de descontento: los judíos de Toledo andan demasiado desvergonzados para que no se tema un nuevo alboroto. Beltran de la Cueva tiene una verdadera corte en su villa de Alburquerque, en la que mantiene un ejército, y desde la cual anda en tratos con el rey don Alonso de Portugal. ¿Sabeis de lo que se trata ahora?

—Todo lo sé. Para interesar en favor de su hermana al rey don Alonso, le ha ofrecido la mano de la Beltraneja, y con ella el reino de Castilla.

—Las circunstancias no pueden ser mas desesperadas. Anda el oro del rey de Portugal y el del duque de Alburquerque, entre la nobleza. Don Alonso de Portugal apellida alrededor de su pendon real á la nobleza de su reino; don Juan de Aragon, acerca á la frontera un formidable ejército. Luis de Francia, despliega en el Rosellon su oriflama, y los ginetes del rey Abou l' Hhassam, talan los campos fronterizos al reino de Granada. Sin embargo, la misma gravedad de las circunstancias nos favorecen: está muy próximo el dia en que la nobleza, olvidando los ódios por el peligro del momento, se una para evitar la disolucion del reino, y estad segura de que no se unirán bajo las banderas del duque de Alburquerque, ni bajo las del marques de Villena. Esos dos hombres estorban, y es necesario dar con ellos al traste. Encargaos vos de don Beltran: yo me encargo de don Juan Pacheco.

—Para eso os he llamado. ¿Por qué creeis que Beltran de la Cueva sostiene con tal empeño la causa del rey?

—Por ambicion.

—Así parece, ó á lo menos él se esfuerza por hacerlo creer. Beltran de la Cueva lucha por amor.

—¡Por amor al rey! ¿acaso, se puede tener afecto á ese hombre?

—No, pero se puede adorar á su muger.

—¡Ah! yo no daba tanta importancia á esos amores.

—¿Olvidais que está por medio la Beltraneja?

—¡Ah! repitió mas profundamente el abad.

—Beltran de la Cueva está cansado: si su amor de amante y de padre no le obligasen á cumplir un deber, hace mucho tiempo que se hubiera retirado de este cenagal: creo conocerle bien: es valiente, generoso, leal: su carácter altivo se doblega mal á las infamias cortesanas: el dia que se persuada de que la reina es indigna de su amor, y se le den tales muestras de liviandad y de hipocresía de parte de ella que se vea obligado á dudar de todo, hasta de si es su hija la Beltraneja, Beltran de la Cueva volverá desalentado á buscar un corazon que le perdone y le ame de veras: que solo aliente para él.

—Y ese corazon.

—Ese corazon, es..... el corazon de su esposa.

—¿Y me necesitais para hacer esos buenos oficios á doña Mencía de Mendoza? dijo con cierta intencion sútil el abad.

—Quiero que vos mismo vayais á Alburquerque, con el pretesto de ofrecer vuestra ayuda al duque: pero antes que vos, y de una manera oculta, ha de ir un mensajero que entregue este cofre y esta llave á don Beltran.

—Os procuraré un mensajero fiel que haga inútil el que yo vaya.

—Ese cofre encierra tales pruebas, que el duque aborrecerá á la reina, ó al menos pensará en vengarse: si encuentra junto á sí un hombre como vos, que va de un lugar donde debe suponer se tienen buenas noticias, os esplorará: vos podeis hacer mucho.

—Indudablemente; pero el duque es un señor demasiado poderoso para que no me esponga á perderme si doy un golpe en vago.

—Seamos francos, ¿vos quereis saber á cuanto llegará vuestra recompensa?.....

—En verdad, señora, que deberia sonrojarme, protestar..... pero yo os comprendo demasiado bien, para saber que debemos entendernos con claridad: entrambos tenemos un objeto, tras el cual nos afanamos hace mucho tiempo, y nada mas natural ni mas conveniente que el que nos ayudemos. Vos necesitais por venganza ó por amor, que don Beltran de la Cueva.....»

El cinismo del abad produjo una espresion de disgusto en el semblante de doña Mencía.

«Creo decir una verdad, aunque algo ruda, prosiguió el abad: en cuanto á mí, señora, hace mucho tiempo que deseo ser algo mas que abad: las rentas de un monasterio benedictino no bastan para satisfacer todas las necesidades de esta miserable vida; y una prueba de ello es, que he gastado los ahorros de diez años en el tiempo que ando en la corte; y aun hoy, difícilmente puedo dar medio sueldo á mis lanzas que, como son aventureras, me abandonarán en el momento en que no pueda satisfacer cumplidamente el trato bajo cuyas condiciones me sirven, por lo tanto.....

—¿Necesitais el obispado de Sigüenza?.....

—O el de Osma, ó el de Burgos..... me es igual. Son tres pingües beneficios.

—Para ello ya conoceis que es necesario.....

—Derribar á don Juan Pacheco, poner en temor al arzobispo de Toledo, y apoderarse de don Beltran de la Cueva..... pues bien, señora, todo será.

—Cuando sea, vos sereis obispo.

—¿Cuando hemos de principiar?

—Desde el momento.

—Creo oportuno empezar por don Juan Pacheco.

—¿Y con qué medios contais?

—Con su querida doña Luz de Osorio.

—¡Ah! ¿y en qué pensais que nos puede ser útil esa muger?»

El abad frunció lúgubremente el ceño, y contestó.

«Dadme ocho dias solamente, y os prometo poner fuera de combate á don Juan Pacheco.

—Os los doy, pero ved lo que haceis.

—El golpe será seguro, mortal, os lo afirmo.

—Tened siempre presente, que yo, en cuanto al maestre de Santiago, ni tengo participacion con vos, ni sé, puesto que os obstinais en recatármelos, los medios de que os valdreis.

—Caigan sobre mí los hechos que yo practique con el maestre, del mismo modo que caerá sobre vos lo que hagais con la reina. Y adios, señora, en la corte es necesario saber aprovechar el tiempo. Voy á desplegar mi plan de campaña. No estrañeis si en algun tiempo estoy retirado, porque acaso me sea preciso.

—Id con Dios, don Ferrante, id con Dios.»

El abad saludó profundamente á doña Mencía, y salió. Esta quedó profundamente pensativa.

«Paréceme haber visto pintado el asesinato en el rostro brutal de ese hombre, dijo al fin estremeciéndose doña Mencía: y bien, ¿qué importa? aun cuando el maestre caiga, no estará cumplidamente satisfecha la justicia de Dios: solo tiene una vida para pagar tanta sangre como ha vertido. Caiga en buen hora.

Despues de esta resolucion, el rostro de doña Mencía se serenó, se levantó del sillon y fue á una puerta tras la cual se perdió: aquella puerta comunicaba con la cámara de la infanta doña Isabel.

Antes de llegar á ella, parecióle escuchar la voz de don Juan Pacheco que hablaba con la infanta de una manera al parecer acalorada; pero cuando se puso á escuchar, solo alcanzó estas palabras pronunciadas con firmeza por doña Isabel:

«No quiero que se me hable mas de esto: si sigo á mi hermano don Alonso, no es por cierto por mira alguna, sino por amor. Decid, pues, á esos nobles, que cuanto hagan será inútil, y que les prohibo que tomen mi nombre para nada, del mismo modo que os prohibo os volvais á atrever á darme tales consejos.»

Despues de esto, doña Mencía notó que la infanta se retiraba

con enojo, y se retiró precipitadamente de la antecámara, para evitar que la viese al salir don Juan Pacheco.

Este en efecto salió, pálido, irritado, ceñudo, murmurando á media voz:

«¡Por San Lázaro y todos los santos del cielo, que no sé qué hacer ni qué partido tomar! ¡ni don Enrique, ni don Alonso, ni doña Isabel! ¡Doña Isabel!.... franqueémosle el camino, hagámosle llano á sus escrúpulos..... con un poco de habilidad.... sí..... sí..... luego, Dios dirá.»

Despues de esto se perdió tras otra puerta, y la antecámara quedó desierta.

CAPITULO XIII.

De cómo enredó don Ferrante en la tela de araña de sus intrigas, á doña Luz de Osorio.

«Heme aqui en una situacion demasiado difícil, decia don Ferrante á la sazon, atravesando pasillos y galerías del castillo de Avila: es una verdadera calamidad el verse obligado á servirse de las mugeres para asuntos de importancia: un secreto partido con ellas, es como un cartel puesto en una esquina; se necesita por lo tanto mucha atencion, mucho disimulo, mucha maña: recordemos: ella amaba ó estaba enamorada, ó empeñada, por ese buen mozo, por Beltran de la Cueva. El la halagó mientras la necesitó, y la despreció despues. Doña Luz tiene rabia porque hay ciertas cosas de que las mugeres jamás se olvidan. ¡Si yo aprovechara esta buena disposicion! pero, ¿qué hay de comun entre el empeño de doña Luz por el conde de Ledesma y don Juan Pacheco?.... ¡vive Dios que no me entiendo! pues bien, lo mejor es no pensar en nada, y presentarnos con la cabeza libre delante de ella..... la conversacion dirá..... he ahí la puerta de su cámara. No es esta hora de que esté con ella don Juan Pacheco, que por otra parte está harto de su querida: adentro.»

Don Ferrante se entró por una puerta inmediata, tras de la cual le salió al encuentro un paje.

«¿A quién busca vuesa merced? le dijo.

—Mi merced desea ver á doña Luz, contestó el abad.

—Es el caso que doña Luz está encerrada con doña María de Castro.

—¡Oh! pues mejor, mucho mejor; tambien necesito ver á doña María.

—Es el caso, que.....

—Id, id, mi rubio paje, dijo don Ferrante poniéndole un cruzado de plata en las manos; decid á esas damas, que don Ferrante de Silva espera su licencia para ponerse á su mandado.»

Poco despues el abad estaba en un pequeño retrete, amueblado con ese lujo que hace tener lástima del bolsillo del hombre que le costea: era el medio dia, y esa fuerte luz de los calorosos dias de verano estaba atenuada por dobles tapices colgados delante de las ventanas: sentadas en dos sillones en el fondo del retrete habia dos mugeres: doña Luz y María; la primera era siempre la interesante morena de mirada chispeante y fisonomía atrevida, aunque entonces un profundo velo de disgusto cubria su semblante; en cuanto á María, el abad, que hacia mucho tiempo estaba retirado de su trato, no la reconoció: de tal modo se habia transformado: nadie hubiera reconocido en ella á la cortesana envilecida: por el contrario, la apasionada melancolía de su hermosísimo semblante, la noble espresion de su mirada, la compostura de su actitud y lo severo de su trage, junto á lo clásico, por decirlo asi, de su hermosura, recordaban una de esas dignas y severas matronas romanas, cuyo tipo nos han legado los buriles antiguos.

Al presentarse en el retrete don Ferrante, aquella muger no se conmovió; parecia que entre ella y su pasado se habia abierto un abismo de olvido.

«¡He aqui un milagro del amor! dijo para sí don Ferrante: por él y solo por él la mesalina se ha transformado en vestal. Buenos dias, mis queridas hijas, dijo en alta voz asiendo de un sillon y sentándose en él con su familiaridad antigua, de que no queria descender á pesar de todas las transformaciones: ¿y cómo os va, mi hermosísima María? ¿qué es de vos, mi alegre doña Luz? Paréceme que estais mas tristes que en otros tiempos, y esto en verdad os favorece: estais mas hermosas.

—En otros tiempos, señor, dijo María bajando los ojos con empacho, estábamos abandonadas á nosotras mismas; por el contrario hoy.....

—Hoy estais dominadas.

—Hoy tenemos algunos años mas, y hemos visto mucho.

—Habeis visto, por ejemplo, lo que un infante vale....

—Lo que vale un hombre á quien se ama y á quien se respeta.

—¡Ah! ¡ah, María! ¿amais y respetais? He ahi dos sentimientos que nunca hubiera sospechado en vos.

—Qué quereis; antes, ya os lo he dicho, estaba abandonada á mí misma, no tenia cuidados ni sabia lo que era bueno ni lo que era malo. Despues han pasado por mí cosas horribles.

—¡Ya! esas cosas os han desesperado; os han secado el corazon, y cansada del mundo, os estais ya preparando para desempeñar grave y dignamente vuestro oficio de abadesa.»

María se estremeció imperceptiblemente.

«No sé á qué me preparo, señor, le dijo; camino á ciegas entregada á mi suerte. ¡Sea lo que Dios quiera! estoy resignada á todo. Pero vos venis á ver á doña Luz, y no quiero interrumpiros: adios, amigo mio. Te espero esta tarde.... cuento contigo.

—Iré.

—Adios, señor; soy como siempre vuestra servidora.

—No quiero deteneros, María: ¡quién sabe cuánto podria continuar! Id con Dios y procurad ser feliz.

—¡Feliz! ¡feliz! ¿dónde esta la felicidad?»

Tras esto besó á doña Luz en la boca, saludó á don Ferrante y salió.

«Esa muchacha está enferma, dijo el abad á doña Luz en cuanto quedaron solos.

—Creo que esa muger está enferma de ambicion.

—¡Oh! ¿habrá llegado á creer?.... dijo don Ferrante devorando la alegría que le causaba el acento de envidia de doña Luz.

—¿Y qué muger, cuando se ve amada, no cree que podrá apoderarse enteramente del hombre de su amor?

—No conozco el hombre que ame á María.

—¿Creeis que el rey don Alonso no es ya un hombre?

—Es cierto, cuenta catorce años, ha crecido, se ha robustecido.... en efecto, puede llamársele un hombre. Debe ser muy feliz con una manceba tan hermosa.

—¡Manceba! he ahi que no conoceis á María: hace mucho tiempo que no vive en la misma cámara de don Alonso, y no poco que se recata de él, y le hace sufrir, escaseándole su vista: desde la muerte del maestre de Calatrava, María es otra. ¿Y no sabeis por qué? Porque ha soñado en ser reina.

—¡Ah! ¡ah! ¿reina ella? ¿una muger cuyos padres no se conocen?

—Ya sabeis que en Castilla no es necesario ser para parecer: si don Alonso, desesperado, enamorado, loco, se empeña, ya harán de modo que se encuentre algo de sangre real, aunque no sea mas que una gota, en las venas de María: se la hará ricahembra, se la reconocerá infanzona, y despues á poco trabajo, con pagar unas cortes, la tendremos reina..... reina legítima, reina soberana de Castilla, de Leon y de los Algarbes.

—¿Sabeis que parece mentira que hableis de tal modo de una muger á quien acabais de besar con tanto cariño en la boca?

—¿Y qué quereis? ¿somos siempre libres de obrar segun nuestros pensamientos?

—Admiro vuestra prudencia, doña Luz: sois buena cazadora: tratais ya de antemano de apoderaros del alma de una muger que puede ser reina.

—¿Creeis que consiste en eso mi aparente amistad á María?

—¿Y en qué otra cosa pudiera consistir?

—Siempre será bueno, por lo que pueda acontecer, que se me tenga por su amiga. Los bandos están encarnizados, y si mañana sucediera una desgracia á esa señora, pudieran creer.....

—¿Y qué ha de acontecer?..... vuestros temores son infundados..... creeis tan fácil.....

—Don Juan Pacheco no sabe ya lo que se hace.

—¡Ah! de ese modo nada tiene de estraño que una muger de tanto ingenio como María de con él al traste. Lo que si sucediera.....

—Si sucediera ¿qué?

—¡Oh! ¡Dios mio! Precisamente caeria don Juan Pacheco. Ya sabeis que don Alonso es indomable, que se plega mal á ciertas cosas. Es un cachorro de leon á quien su madre la reina viuda doña Isabel ha imbuido ciertas ideas muy difíciles de desarraigar. Acordaos cuando la ciudad de Toledo quiso hacerle aprobar algunos actos de violencia que habia cometido: ¿recordais lo que contestó á vuestro viejo amante don Juan Pacheco?

—María se ha hecho su consejera, y á ella es á quien se debe la contestacion de que jamás cometeria, conociéndola, una injusticia.

—Muchas veces, espontáneamente, cuando ha sufrido algun desafuero de la nobleza, se le ha oido esclamar pálido de cólera: *es preciso llevarlo en paciencia hasta que tenga mas años.*

—Esa muger, y siempre esa muger.

—Sea como querais. Pero creo que sobran brios al mancebo.

—¿Y quién es él? esclamó con desprecio doña Luz.

—¡El! vosotros decis á voces lo que es: uno de los dos reyes que se disputan la corona de Castilla.

—Ese mancebo loco es como un pájaro en nuestras manos: á nuestro arbitrio está abrir ó cerrar.

—No puedo creer sino que la cólera os hace desvariar, doña Luz. Vamos, no os arrepintais de haberlo dicho: bien sé á donde llega vuestra lealtad, y sobre todo la lealtad de don Juan Pacheco. No hablemos mas de esto, estais irritada y se os va la lengua. He venido á buscaros y hasta ahora no os he dicho el objeto de mi venida. Su señoría el maestre anda harto ocupado, y con lo grave de sus ocupaciones se le ha agriado el genio de tal manera, que prefiero hablaros á vos.

—¿Tan importante es?

—Importantísimo. Ya sabeis que los grandes se retiran á bandadas de la liga.

—No tienen dinero para sostener en guerra sus mesnadas, y prefieren retirarse á sus castillos á reponer sus rentas, comiendo jigote y bebiendo vino del mas barato.

—Por el contrario, los grandes abandonan al que se ha

empobrecido, y se vuelven al que trae dinero fresco y abundante.

—¿Y quién es esa providencia de la grandeza?

—¿Quién ha de ser, sino el rey don Juan de Navarra?

—¡Ah!

—Si conforme su heredero es un infante, fuera una infanta, todo estaria en pro de don Alonso: le casarian con ella.....

—Eso quiere decir, que casan de una manera decidida á don Fernando con doña Isabel.

—Eso se pretende: pero en vuestra mano está el evitarlo.

—¡Evitarlo! ¿y cómo? ya habeis dicho, y es verdad, que no tenemos dineros.

—Buscad otra providencia.

—¿Y dónde está, señor, dónde está?

—En el castillo de Plesis le Tours, bajo la figura de Luis XI de Francia.

—¡Ah!

—Pues bien: me alegro que me comprendais: el lobo francés no puede mirar sin cuidado el que se robustezca el leon de España, y abrirá su bolsa de avaro, con tal que la infanta se enlace con su hermano el duque de Guiena.

—Pero en último caso, siempre estará demas el infante don Alonso.

—Que gane en méritos para con Dios, lo que pierde de poder en la tierra.

—No os comprendo.

—Todo se reduce á tonsurarle y á hacerle vestir el sayal penitente en la abadía del Cister.

—No será el primer rey que haya ido á sacar del claustro la nobleza española.

—Ya han pasado los tiempos de Bermudo el Diácono, y de Ramiro el Monge. Si tanto cuesta hacerlos reyes perteneciendo al siglo, ya podeis calcular cuanto mas difícil seria asentarle una corona de rey sobre la corona sacerdotal. Esto produciria ademas un escelente resultado para María. Muerto don Alonso.....

—¡Muerto! esclamó dilatando los ojos con espanto doña Luz.

—Muerto para el mundo; María no encontrando fácil su introduccion en un claustro de hombres, volveria con mas fuerza á su antigua vocacion y seria abadesa..... en Santo Domingo el Real: es monasterio que ya conoce.

—¿Pero de dónde sabeis que sea mas conveniente ahora que otras veces la union de doña Isabel y don Fernando?

—¡Cómo! ¿ignorais que Mosen Pierres de Peralta se fue harto ofendido de Castilla? ¿que antes de que partiese mediaron audiencias secretas con la infanta? ¿que el infante ha sido llamado de Sicilia: y que en fin, las huestes navarras ocupan los castillos fronterizos?

—Lo que no acierto, es qué interés teneis.....

—Mi abadía es demasiado pingüe, para que no me la soplen si entraran en el gobierno influencias estrañas.....

—¡Ah! ¿y habeis querido hacernos un servicio?

—Solo he querido demostraros que estoy mas por los de adentro que por los de afuera.

—¿Y por qué no os habeis visto con don Juan Pacheco?

—Don Juan Pacheco sabe esto, pero vos no lo sabiais: don Juan Pacheco, anda irresoluto, convencedlo, determinadlo vos... vos, á quien esto interesa en gran manera.

—Pues bien, lo haré, don Ferrante: yo me he desengañado, y aunque el maestre sea viejo y feo, solo á su sombra podré ser algo y alcanzar un marido jóven: hemos dado tantos escándalos.....

—Ya veis que os conviene aseguraros.

—Por supuesto.

—No vacilar en los medios.

—No vacilaré.

—De otro modo es imposible triunfar.

—Triunfaremos.

—Os dejo, pues, escelentemente dispuesta: cuidad de vuestra privanza y de mi abadía.

—Descuidad.

—¿Cuándo volveremos á vernos?

—Cuando querais.

—Dentro de quince dias todo estará concluido.

—Pues bien, señora, hasta dentro de quince dias.»

Don Ferrante salió, y doña Luz quedó profundamente pensativa.

«¡Muerto! ¡muerto! esclamó estremeciéndose. Muerto para el mundo.....»

Tras esto, inclinó la cabeza sobre las manos, y su semblante marcó una espresion mucho mas elocuente, mucho mas terrible que pudieran haberlo sido las mas elocuentes palabras.

Un cuarto de hora despues, entró don Juan Pacheco en la cámara, venia pálido y malcarado.

«Y bien, dijo doña Luz.

—La infanta se niega de todo punto á aceptar la corona de Castilla mientras vivan sus hermanos, dijo lúgubremente don Juan Pacheco. Y no es posible pasar adelante. Tenemos encima á Navarra, nos reta Portugal; el moro bravea en la frontera, y todos nos abandonan; nos vamos quedando solos.

—No ha mucho me decia lo mismo don Ferrante.

—¿Cómo, ha estado aqui el abad de San Martin?

—Acaba de dejarme.

—¿Y creeis que podremos contar con ese hombre?

—Su interés le pone de nuestra parte.

—¡Haber muerto cuando mas falta nos hacia mi hermano don Pedro, y haber muerto de aquel modo! Estamos rodeados de traidores. Mi hermano no murió de buena muerte.

—¿Y quién pudo matarle? se le encontró solo en su cámara.

—No sé, no sé: pero creo que existe junto á nosotros un poder oculto que da al traste con todos nuestros proyectos. A no haber muerto don Pedro, doña Isabel seria nuestra.

—¿Y quien os ha dicho que no pueda serlo?

—¿Y qué hariamos con ella? ¿quién nos ayudaria?

—Luis XI.

—¡Ah! pero para eso nos estorba el infante don Alonso.

—Encerrémosle en una clausura.»

Brillaron de una manera lúgubre los ojos de don Juan Pacheco.

« ¡Ponerle en clausura! en una clausura bien estrecha..... no es mal pensamiento. Pues bien: sí, es necesario ocuparse de ello. ¿Ha estado aqui doña María?

—Sí.

—¿Y cómo se muestra?

—Enamorada, loca.

—Pues bien, doña Luz, vigilad á esa muger.

—La vigilaré. Pero, ¿os vais?

—Sí, necesito estar solo. Adios.

—El os guarde, señor.»

Don Juan Pacheco, salió por una puerta lateral y la cerró por dentro; doña Luz permaneció aun en su sillon mas pensativa que antes.

CAPITULO XIV.

De lo que hacia en Alburquerque Beltran de la Cueva.

Algunos dias despues, el treinta de junio de 1468, un ginete llegaba á los muros de la villa de Alburquerque. Las pardas torres del castillo estaban aun veladas en la vaga luz del crepúsculo, y no se oia otro ruido que el canto de algun gallo madrugador, ó el ladrido de los perros campestres.

El ginete adelantó, rodeó las tapias, trepó por un escarpado sendero y se acercó al castillo. Cuando llegó á cierta distancia, pudo percibir que estaba cuidadosamente guardado por numerosas atalayas, y al volver un ángulo, vió el reflejo de una luz tras las abiertas ventanas de la torre del homenaje.

Aquel hombre meditó un tanto antes de aproximarse al rastrillo, pero al fin sonó una corneta, á la cual contestó un ¿quién va? desde las almenas.

«Traigo unas letras para su señoría el duque de Alburquerque, contestó el preguntado.

—¿Letras de quién? insistió el atalaya.

—Venid á recogerlas, y ellas dirán de quién son, contestó el caballero.

—Esperad á que sea hora.

—Os anuncio que cuando sepa vuestro señor que se han detenido letras tales como las de que soy portador, no se satisfará con un trato de cuerda.»

Aquel anuncio pareció hacer mella en el ánimo del atalaya que se hundió tras las almenas.

«Mucho se recata el señor duque de Alburquerque, dijo para sí el ginete: sin duda se teme á los espías..... y se vela: paréceme que pronto tendremos testarazos: ¡ah, señor Beltran, señor Beltran! Cuidad de guardaros bien, porque el terreno en que os habeis colocado es peligroso. Vamos, ya cruje el rastrillo. Parece que mi aviso no ha sido en balde. Ya es este demasiado miedo: ¡hacer cabalgar un escuadron para salir al encuentro de un caballero solo!»

En efecto, un ginete adelantaba hasta el recien llegado al frente de cuarenta hombres de armas. Cuando estuvo á alguna distancia, mandó avanzar al incógnito.

«¿Decis que traeis unas letras para su señoría el duque de Alburquerque? le preguntó aquel hombre.

—Asi es.

—Mostrad.

—Helas aqui, dijo el otro sacando de su escarcela una carta sin sobrescrito.

—¿Necesitais contestacion?

—¡Vive Dios! no se traen diez dias de jornada, ni se anda á cuchilladas por el camino, para volverse con las manos vacías.

—¿Venis solo?

—Enteramente solo.

—Seguidme.»

Revolvióse el ginete, siguióle el viajero, pasaron sobre el puente, levantaron con estruendo el rastrillo, desmontaron en una pequeña plaza de armas, y el recien venido fue llevado á una especie de cuerpo de guardia donde se le hizo esperar.

Tendidos acá y allá sobre jergones y armados de todas armas, habia como cien hombres, durmiendo bajo una bóveda ennegrecida, á la que daban luz algunas candilejas de hierro clavadas en los muros. Ademas de estos hombres, dormitando en un banco habia otro que despertó á la llegada del incógnito, que no se habia levantado la visera.

«¡Voto va! esclamó: esa veste no es de casa, dijo restregándose los ojos: ni conozco esa empresa. Buena apostura. ¡Eh! camarada, ¿cómo diablos os habeis aparecido aqui?

—Vengo de Castilla, esclamó con acento breve el otro.

—¡Ah! ¿y os han preso?

—Curioso despertais.

—¿Qué quereis? no hace mucho se han preso dos hombres que se introdujeron en el castillo, con apariencia de frailes, y no eran otra cosa que dos bribones, dos asesinos, dos bandidos enviados por don Juan Pacheco.

—Aqui rayamos muy alto, camarada.

—¡Ah! perdonad: pero estos son malos tiempos.

—¿Y cómo sabeis que esos religiosos?....

—¡Bah! preguntadle al señor duque á quien han herido en un hombro; y si su señoría no fuera tan valiente.....

—De ese modo, no me estraña que se tomen tantas precauciones.

—Y si no, fiaos..... no ha mucho se nos metió del mismo modo un moro, que fue ahorcado.

—De la misma manera que yo me he visto villanamente acometido por tres veces en el camino.

—¿Es decir que os han acometido en cuadrilla?

—Y de tal modo, que me he visto obligado á dar rodeos para evitar nuevas celadas que me avisaron mis asesinos vencidos con tal de que les perdonase la vida.

—Pues si de tal modo os han tratado viniendo á buscar á su señoría, sereis muy su amigo.

—Si no lo soy de él, lo soy de la persona que me envia.

—El rey.....

—El rey ó la reina, ó la infanta ó el demonio, ¿qué os importa?

—Perdonad, caballero, perdonad; no creí ofenderos.

—No me habeis ofendido; pero para estos tiempos sois demasiado pregunton, amigo mio.»

El alférez, que tal era á juzgar por sus preseas, volvió á reclinarse en su banco, y murmurando: con vuestra venia, pareció que volvia á entregarse al sueño interrumpido.

«Dos frailes y un moro, dijo el encubierto paseándose á lo largo de la galería: ¿y quién podrá ser? Navarra..... acaso: ¿don Juan Pacheco?..... es mas probable.. .. estas cosas tienen que

acabar necesariamente mal..... y esa muger..... me ama, y sin embargo guarda fidelidad á ese hombre..... muere por mí..... y como para quitarme toda esperanza me envia con una carta á su amante..... ¡la muger!.... la muger es incomprensible.»

Siguió paseándose en silencio el caballero, y poco despues el mismo que habia salido á recibirle se presentó en la galería y le dijo:

«Su señoría os pide mil perdones por haberos hecho esperar, caballero, y me manda á suplicaros le honreis con vuestra presencia.

—¡Ah! esto es ya distinto, y este lenguaje se hace entender mucho mejor que el primero: vamos, amigo mio.»

El introductor era un hombre como de cuarenta años, de fisonomía marcial, franca, aunque un tanto ruda y enérgica: por la banda roja que se cruzaba sobre su pecho se conocia su cargo de capitan, y por la facilidad con que llevaba su pesado arnés, que alcanzaba grandes fuerzas.

Dos pajes con antorchas les precedian: salieron de la plaza de armas y entraron en un patio inmenso: el recien llegado reparó, y no hubiera podido menos de reparar, en que en el tal patio, que, como hemos dicho, era enorme, se apiñaban en columna cerrada algunos escuadrones, cuyos hombres á pié tenian los caballos del diestro y cuyas lanzas formaban un espeso bosque.

«No os admire lo que veis, dijo el capitan al incógnito: en estos tiempos es necesario estar prevenidos: habeis llegado en mal dia: los portugueses con su rey al frente están en la frontera, y acaso la pasen al amanecer.

—Y como don Beltran, es á pesar de su destierro un tan leal servidor del rey, estará dispuesto sin duda á estorbarles que pisen la Estremadura.»

El capitan eludió una respuesta y dijo:

«No os admire por lo tanto el que para recibiros se hayan tomado tantas precauciones, mucho mas cuando esta misma noche ha habido conatos.....

—Ya sé que dos frailes.....

—¿Quién os ha dicho?....

—Un alférez en el cuerpo de guarda.

—Ese Juan Dávalos es un hablador.

—Paréceme que no sois vos muy reservado, puesto que me decis lo mismo, dijo el incógnito sosteniendo una audacia de que no habia dejado de dar muestras.

—Existe la diferencia de que yo sé quien sois, y de que él ignoraba con quién las habia.

—¡Ah! sabeis.....

—Que os llamais don Jofre Tenorio.

—¿Y vos?.... me parece justo que nos conozcamos mútuamente, dijo el jóven levantándose la visera.

—Yo me llamo Pero Lope, y soy capitan de armas y montero mayor de su señoría.

—Y su privado, segun parece.

—El señor duque me honra con su confianza.

—Tendremos hoy, segun me parece, montería.

—Tendremos justicia.

—¡Ah! ¡ah! ¿los frailes?

—No son tales religiosos, sino dos bribones que han declarado en el tormento que eran enviados por don Juan Pacheco para matar á su señoría: el secretario Perdavio ha tomado certificacion de sus declaraciones, y don Beltran para escarmiento ha mandado preparar ocho potros.

—¡Hola! ¡habrá descuartizamiento!

—En cuanto salga el sol. He aquí la cámara de su señoría.»

Mientras habia corrido el anterior diálogo, habian subido unas magníficas escaleras, habian pasado por hermosas galerías de piedra, llenas de hermosas pinturas en tabla, y alfombradas en el centro. Don Jofre, sin dejar de atender á las palabras de Pero Lope, habia reparado en la magnificencia, mas que régia para aquellos tiempos, que se ostentaba por doquier en el castillo de Alburquerque, y en las redobladas atalayas que se estendian en el interior, hasta la puerta donde se encontraban.

Pero Lope entró, invitó á que pasase á don Jofre, y, á través de algunas magníficas antecámaras, le introdujo en una cámara donde sentado en un sillon delante de una mesa, alumbrado

por un velon de plata, escribia á pluma tendida Beltran de la Cueva.

Don Jofre no le conocia y le miró con una intensa curiosidad, dominándose para que no saliese á su rostro la oscura espresion de ódio y de celos que le inspiraba aquel hombre; porque como han podido comprender nuestros lectores, don Jofre sentia por la reina un amor, de que difícilmente se libraban los que la conocian.

Beltran de la Cueva era un hombre entonces como de treinta y tres años; su varonil hermosura parecia marchita, quemada por el dolor: sus ojos tenian la espresion del cansancio, y su boca habia fijado, por decirlo así, una contraccion apenada, violenta: á pesar de todo, brotaba de aquel semblante una noble y caballeresca franqueza, un valor indómito y una energía á toda prueba. Don Jofre, á despecho de sus pasiones, se sintió interesado por él, y no le fue violento el dar á su semblante una espresion de benévola cortesanía.

«He aquí al caballero portador de las letras que tuve el honor de presentar ha poco á vuestra señoría, dijo Pero Lope.

—¡Ah, caballero! dijo Beltran levantando su semblante que tenia inclinado sobre el escrito, y mirando rápida y profundamente á don Jofre: perdonadme que siga por un momento ocupado en esta escritura; es demasiado urgente. Acercad á este hidalgo un asiento, y esperad.»

Don Jofre se sentó, y Beltran de la Cueva escribió una llana, rasgueó con energía su rúbrica, selló á su pié, cerró, selló de nuevo, puso sobrescrito, y entregó la carta á Pero Lope.

«Tomad cien lanzas, y partid á rienda suelta á Campo Mayor: entregad estas letras al rey don Alonso de Portugal; decidle que espero.»

Pero Lope se inclinó y salió.

«Ahora soy enteramente vuestro, caballero; la reina mi señora, me dice en las letras que me habeis entregado, con las que venian otras para su hermano el rey de Portugal, que he transcrito en esa carta que acabo de enviar; me dice, repito, que puedo fiarme de vos; que acabais de llegar de Sicilia; que no

perteneceis á los bandos, y sobre todo que sois valiente y leal; para creer esto, basta saber que teneis sangre de los Tenorios en las venas, y yo os ofrezco desde este momento mi amistad.

—Hónrame en demasía para que yo no la aprecie en lo que vale.

—¿Y cómo dejais á su alteza, don Jofre?

—Triste y apesarada, en el castillo de Alahejos, donde la sirve de tirano el obispo de Sevilla.

—El buen don Alonso de Fonseca sirve demasiado bien la mala causa de los rebeldes. Pero traeis el arnés desclavado por mas de una parte. ¿Habeis venido solo?

—No he podido venir de otra manera, y aun así me ha sido necesario descolgarme por un adarve del castillo, y comprar armas y caballo en la primera villa que he encontrado.

—De suerte, que la reina está presa.

—¡Ah, señor! su alteza acabará por volverse loca.

—¡Loca! esos hombres son capaces de todo. Vos mismo sois una prueba: la reina al recomendaros á mí, me dice que os habeis trocado en uno de sus mas leales servidores, á pesar de que, segun ella, se os habia puesto á su lado para que fueseis su verdugo.

—¡Oh! no en verdad: una noche doña Mencía de Padilla....»

Palideció levemente Beltran.

«¿Ha sido doña Mencía la que os ha puesto al lado de la reina?

—Se esperaba de un momento á otro que los rebeldes se apoderasen del alcázar de Segovia: si la reina hubiera caido en manos de don Juan Pacheco.....

—Era perdida, es cierto..... y doña Mencía.....

—Se valió de mí; me avisó, la esperé, me la entregó, y con cien buenas lanzas la conduje con seguridad á Madrid. Despues, cuando por órden del rey, su alteza fue entregada al arzobispo de Sevilla, me eligió de entre los de su servidumbre para acompañarla; me nombró su guarda mayor, y he tenido la honra de partir con su alteza la prision en el castillo de Alahejos.

—La reina teme un golpe de mano.

—Lo tememos todos, y no debeis dudar de que si sobreponiéndoos al forzado mandamiento del rey que os tiene desterrado de la corte, adelantais con vuestras lanzas á Castilla y estableceis algun gobierno, os lo agradecerán, primero el pueblo que está esquilmado, y despues la nobleza que está cansada.

—¿Creeis que se puede establecer un gobierno en medio de tantos intereses encontrados? No, lo que se puede hacer, y lo que haré, es romper por todo, libertar de su cautividad á la reina, dar fuerza al rey, presentar de nuevo batalla á los confederados, procurar vencerlos, y si los venzo, reducir á la razon al infante don Alonso; rehabilitar en sus derechos á la infanta doña Juana, y casarla con su tio el rey de Portugal.

—¡Ah! pensais en casar á doña Juana.....

—Es el único remedio. Pero para esto será necesario sostener una guerra con Navarra, guerra á cuyo frente se pondrá el infante don Fernando. Venís, segun me dice la reina, de Sicilia, donde habeis hecho la guerra bajo los estandartes de ese real mancebo. ¿Qué juicio habeis formado de él, don Jofre?

—El infante don Fernando es astuto, prudente, emprendedor: piensa mucho antes de obrar; pero cuando obra, obra sobre seguro.

—Sí, sí, ya sé que da esperanzas de ser un gran príncipe; pero su valor personal, su talento para la guerra.....

—El infante don Fernando, á pesar de sus pocos años, es un gran capitan.

—Bien, será necesario apretar los puños y los acicates. ¿Y qué noticias teneis de la corte?

—¿De qué corte? ya sabeis que hay dos cortes en Castilla.

—Dadme noticias de las dos.

—Don Enrique no sabe que hacer: el asunto de que mas se trata ahora en Plasencia, segun me han informado, es del casamiento de la infanta doña Isabel. Parece que todos creen que tarde ó temprano ha de venir á ella la corona de Castilla.»

Frunció levemente el entrecejo Beltran de la Cueva.

«¿Y por quién parece decidido el rey?

—¿Acaso el rey se decide por nadie? Los pretendientes se

multiplican; todos son poderosos, y el rey teme decidiéndose no hacer otra cosa que contentar á uno, echándose encima el descontento de los demas.

—¿Y en la otra corte?

—En la otra corte se trata tambien de doña Isabel.

—¡Ah! ¿don Juan Pacheco está descontento con su rey don Alonso, y quiere destituirle?

—Don Juan Pacheco está tan vacilante como don Enrique: pero los nobles de su bando han pensado ofrecer la corona á doña Isabel.

—Doña Isabel no aceptará, lo conozco bien: es una digna hija de doña Isabel de Portugal. Si mañana la mala suerte de la princesa doña Juana hiciese imposible poner la corona en su cabeza, y muriese ó hiciese abdicacion el infante don Alonso, sostendría con todas mis fuerzas la causa de doña Isabel por conveniencia al reino; pero Dios dirá. Ya es de dia, debeis venir cansado; y por otra parte, como probablemente marcharemos hoy mismo sobre Castilla, será bien que tomeis algun reposo. ¡Hola!»

Apareció á la puerta un escudero.

«Llevad á este hidalgo, le dijo, á la cámara grande de la Torre del Viento; prepárale almuerzo, y que queden con él los servidores necesarios. Dispensadme si no os acompaño; veo en la puerta á mi físico, que viene á curarme un rasguño que debo á los buenos oficios de don Juan Pacheco.

—En efecto, he oido decir á vuestras gentes que han querido asesinaros.

—Dios y mi fortuna me han protegido. Son dos bribones, dos aventureros, con los que pienso dar un escarmiento á mi gente.

—Cuento con que me hareis llamar para acompañaros á ese descuartizamiento, dijo don Jofre con cierta ferocidad que repugnó á Beltran.

—Vos podeis verlo si quereis: en cuanto á mí, la dura necesidad de evitar por medio del terror el que matándome destruyan

un brazo que puede ser útil al rey y á mi patria, es lo que me impide perdonar.

—¡Oh! sois demasiado generoso, don Beltran, y Dios lo tendrá en cuenta para daros al cabo alguna felicidad. Adios, pues; cuando me necesiteis, me encontrareis dispuesto.

—Id, y que Dios os dé buen sueño, don Jofre.»

El jóven salió, y apenas estuvo solo Beltran, su semblante antes sereno se nubló.

«No se por qué, pensó, una voz secreta me dice que desconfie de ese hombre.... la carta de doña Juana me parece afectada en la parte que me toca, y demasiado transparente en los elogios que hace de ese hombre..... Dios mio, ¿será verdad? ¿y habré yo sacrificado la paz de mi alma, la paz de mi conciencia, por una muger miserable que no sabe resistir al influjo del galanteo de un hombre como ese? ¡Oh! al fin muger. Y luego, antes de amarme, ¿no amó á Juan Rodriguez del Padron? ¡Esto es horrible! Si llego á convencerme de que me falta su fé, de que es indigna del amor de un caballero, ¡oh! ¡entonces, entonces, mi venganza será horrible!»

Y diciendo esto se paseaba apresuradamente por la cámara, sin reparar en el físico, que de pié, á pocos pasos de la puerta, guardaba un respetuoso silencio.

Al fin aquel hombre, viendo el estado de escitacion de su amo, se atrevió á hablarle.

«Vuestra señoría se agita demasiado para el estado en que se encuentra.

—¡Y bien! ¿crees tú que un arañazo pueda traerme fatales consecuencias, mi buen bachiller? Pluguiera á Dios que la herida de mi corazon no fuese mas profunda. Si tienes remedio para el mal del alma, dámelo, Sansueña, dámelo; habrás hecho mas que si me hubieras cerrado la mas horrible herida.

—Solo Dios y la razon que viene de él pueden curar los males del espíritu, señor.

—¡Dios, la razon! creo que entrambos me han abandonado, que tengo el alma perdida y el cerebro loco.

—Sobrevendrá la fiebre, y una herida que en sí nada vale, podrá darnos que hacer.

—No te he llamado para la herida: mayores que estas las he desatendido, y se han curado por sí solas. Siéntate; tengo que consultarte otra cosa de mas importancia: tú eres algo astrólogo, Sansueña.

—He estudiado la astrología judiciaria, pero.....

—¡Qué!

—Estudiándola me he convencido que es una ciencia vana.

—No todos dicen lo mismo.

—Es que yo no soy charlatan.

—¿Luego no creerás que puede hacerse á una persona mal de ojo?

—¿Qué entendeis por mal de ojo, señor? porque yo no lo comprendo.

—¡Mal de ojo! esclamó Beltran con cierto terror supersticioso: estar enfermo de mal de ojo, es á mi ver estar sujeto, encadenado á la persona que nos lo causa; no tener voluntad propia, querer y no poder, aborrecer y amar á un tiempo.

—Pues eso, señor, no es otra cosa que el resultado de una pasion insensata que repugna á la razon.

—¿Y crees tú que en ello no haya maleficio?

—¿Sospechais, señor, que os hayan dado algun bebedizo?

—No sé..... pero existe una muger cuyo recuerdo me espanta, y cuando pienso en su mirada, que nunca se aparta de mis ojos, me estremezco: la ódio con toda mi alma, y mi alma entera es suya. La desea mi amor, un amor sin fin, y la rechaza mi ódio, un ódio sin límites. Esto no es natural, no. Es una contradiccion; esa contradiccion me despedaza..... yo he oido decir que hay medios para curar las hechicerías.....

—¿Quién es la muger que causa ese efecto en vuestra señoría? ¿la conozco yo?

—Sí, es la muger mas hermosa de Castilla, es.....

—¡La reina!

—No, esclamó con disgusto Beltran de la Cueva como si hu-

biese temido que alguien oyese aquella esclamacion: no hablemos de la reina: es doña Mencía de Padilla.»

Pronunció en acento tan bajo y tan lúgubre estas palabras Beltran de la Cueva, que apenas las oyó el médico.

«¡Doña Mencía de Padilla hechicera! su hechizo está en su hermosura; su poder en lo grande y fuerte de su alma: esto se esplica perfectamente, señor: la habeis amado, la amais aun: la habeis abandonado arrastrado por la fascinacion de otra muger: ella os ha acometido de frente, os ha hecho sentir su venganza por mil caminos: os habeis irritado: vuestro orgullo y vuestra dignidad se hallan ofendidos: vuestra conciencia os dice que la habeis abandonado y que su venganza es justa, y no podeis dejarla de amar: pero los medios de que se vale para vengarse os obligan á aborrecerla. Esto es todo. Estudiad vuestro corazon y vuestras pasiones, y no llameis mal de ojo ni hechizos á lo que es porque debe ser.

—¿De suerte que no hay remedio?

—¡Quién sabe! el amor lo perdona todo, lo olvida todo. El amor cura las heridas que hace, y una muger que de tal modo se venga, os ama.

—¡Sansueña! entre esa muger y yo hay un abismo representado por otra muger.

—Entonces, señor, apelad á Dios y no al médico.

—Pero es horrible..... si un hombre se hubiese puesto en mi camino como se ha puesto esa muger.....

—Pues bien, matad.

—¡Oh! eso seria mil veces peor.... ¿no te he dicho ya que no puedo olvidarla? ¿que su recuerdo vive conmigo?

—Entonces, vuestra herida es incurable, señor.»

Beltran de la Cueva calló y siguió paseándose á lo largo de la cámara.

«Vete, dijo al fin deteniéndose delante de Sansueña.»

El bachiller se inclinó y salió. Beltran se acercó maquinalmente al sillon, y se dejó caer en él, despues de lo cual apoyó la frente entre las manos.

«Lo que me sucede es horrible, dijo: todas las pasiones del infierno se revuelven en mi alma: si hace quince años un hechicero me hubiera presentado ante los ojos mi porvenir, hubiera ido á encerrarme en un claustro. ¡La ambicion! ¡el orgullo! heme aqui que puedo levantar mi frente con altivez y decir: soy el primer grande de Castilla: puedo volver á Úbeda y hacer que pisen las huellas de las herraduras de mi caballo á los que me insultaban cuando era pobre. Pero el precio ha sido horrible. ¡Y bien, Sansueña tiene razon!.... la pobre Mencía se ha visto vilmente abandonada: ha visto un padre que huia de su hijo, y se ha vengado en el amante y en el padre. ¡Y Juana!... ¡Juana!... ¡el ángel de mi amor..... deshonrada! deshonrada mi hija..... ¡Dios mio! es necesario concluir de una vez, aniquilar á lanzadas esa miserable nobleza..... matar, matar hasta que la sangre ciegue nuestros ojos y hasta que nuestros gritos de venganza enronquezcan nuestra garganta. Basta ya de hidalguías..... mi hija ha de ser reina..... mi amante ha de tener un hombre honrado, y aunque despues caigan mi privanza y mi orgullo, y me vea reducido á ir á arrastrar mi miseria al verjel del Galgo Cojo entre la rechifla de la canalla de Úbeda.»

Apenas acaba Beltran de formular este pensamiento, cuando el son de una bocina retumbó fuera, y poco despues entró un escudero.

«Señor, le dijo: un hombre montado en una mula ha llegado á la poterna, ha sonado su bocina, ha dejado junto á la caba un cofre y esta bolsa, y ha huido á toda la carrera de su cabalgadura.

—¿Y qué contiene esa bolsa?

—No sé, señor.

—Dame.»

Beltran de la Cueva la abrió y encontró dentro de ella una pequeña llave.

«Recoged ese cofre, y traedle.»

Salió el escudero y tornó, pasado un corto espacio, con un cofre de medianas dimensiones de baqueta negra claveteado de acero.

Beltran de la Cueva se quedó solo, y abrió sin temor el cofre: en aquel tiempo no se conocian las máquinas infernales ni esas horribles preparaciones que estallan y esterminan al que abre una caja ó una carta: no era frecuente tampoco que se usasen esos formidables venenos que matan por la aspiracion, y que son escelentes recursos para los dramáticos que no saben matar á sus personages de otra manera.

Lo mas que podia haber alli era una coleccion de víboras.

Beltran de la Cueva, sin embargo, abrió la caja, y halló dentro de ella una envoltura sobre la cual habia un paquete de cartas.

Beltran las leyó: á medida que adelantaba en su lectura, su rostro palidecia densamente: aquel era un diario completo de infamia: despues desló la envoltura y no pudo dudar: alli habia ropas de la reina; alhajas que él mismo la habia regalado, y entre ellas su retrato. Se acusaba á don Jofre, á aquel hombre cuya vista tan desagradable impresion le habia causado. Su cólera estalló, cerró violentamente el cofre, llamó á uno de sus escuderos, le hizo cargase con él, y le dijo:

«A la cámara donde duerme el caballero que ha venido esta mañana de Castilla.»

¡Ah! ¿sois vos, mi noble huésped? dijo sonriendo.

CAPITULO XV.

En que empieza á fijarse el carácter de don Jofre.

La puerta estaba cerrada por dentro, y Beltran de la Cueva dejó caer tres veces sobre ella la empuñadura de su daga.

Abrió uno de los pajes que servian á don Jofre, y Beltran se precipitó en la cámara; pero antes de llegar á la recámara, donde era de suponer estuviese durmiendo el jóven, se detuvo, comprendió que no convenia á su carácter ni á sus intentos el presentarse tan descompuesto, y envió delante de sí al paje; pero cuando llegaba al tapiz se levantó este y apareció don Jofre desarmado, arreglándose con un peine su sedosa cabellera.

«¡Ah! ¿sois vos, mi noble huésped? le dijo sonriendo. Sin duda esperábais encontrarme durmiendo; pero no habia menester descanso, puesto que he pasado gran parte de la noche en Torremocha, de donde salí muy temprano.

—Conócese que sois activo en demasía, y que sabeis aprovechar el tiempo; dijo Beltran de la Cueva, en cuyo acento, á pesar de sus esfuerzos, se notaba una sarcástica amargura.

—No comprendo bien la causa de vuestra observacion, dijo don Jofre: pero sin duda debe haber sucedido algo estraordinario en el corto espacio que ha transcurrido desde que nos hemos separado, porque vuestro semblante demuestra disgusto y cólera.»

Beltran, que creyó haberse cubierto de una manera impenetrable, vaciló bajo la mirada de águila del mancebo.

«Entrad, entrad, señor duque, dijo don Jofre sin dejar de

peinarse: veo que teneis grandes desos de quedaros á solas conmigo: que entre tambien ese escudero y deje ese cofre, que sin duda está destinado á parar aquí.»

Beltran entró, siguióle el escudero, dejó el cofre en la recámara, y salió. Don Jofre siguió cuidando de su atavío delante de un espejo de acero, ni mas ni menos que una dama. Su glacial serenidad irritó á Beltran de la Cueva.

«Vengo á pediros consejo, caballero.

—¿Sobre qué? contestó indolentemente don Jofre.

—Sobre una muger.

—¡Ah! ¿se trata de mugeres?

—Dios ha hecho que ellas se interpongan al paso del hombre, sea cualquiera la posicion en que se encuentre.

—No comprendo que una muger pueda interponerse mas que al paso de los tontos.

—¿No creeis, pues, en el amor?

—Creo que el amor es la enfermedad de los débiles.

—La historia ofrece mas de un ejemplo, en que héroes han sucumbido al amor de una muger.

—Eso quiere decir que no eran héroes completos.

—Segun vos, puede dominarse al amor.

—Segun yo, puede impedirse el que se apodere de nosotros.

—¿Y cómo?

—Procurando no dar cuerpo al deseo que le causa.

—Pareceis muy filósofo.

—Soy un hombre desengañado.

—¿Con el cual nada puede la muger?

—¿Quién os ha dicho que yo no tenga el corazon como otro cualquiera?

—Segun vuestras palabras, podria asegurarse que no habeis amado.

—Os engañais, he amado y amo: creo que en adelante amaré tambien.

—¿Y habeis sido siempre correspondido?

—Yo no puedo amar sino soy amado. Mi amor es una especie de agradecimiento, una consecuencia de otro amor. Pero

nunca paso de los límites convenientes. Es decir, nunca me pongo á merced de una muger.

—Es decir, que subordinais el amor á la razon.

—Cabalmente.

—¿Y cómo habeis hecho para constituiros en esa ventajosa costumbre?

—Estudiando el alma de la muger é imitándola.

—Segun eso, la muger no ama sino de cierto modo.

—Hay escepciones: por ejemplo, existen mugeres que aman con la misma locura, con la misma insensatez que la mayor parte de los hombres; pero en general la muger jamás olvida por su amor sus intereses.

—¡Ah! ¿vuestro amor es interesado?

—Mi amor es razonable.

—No comprendo la razon aplicada á las pasiones.

—Si practicárais el principio del dominio propio, me comprenderiais.

—Os confieso que me causa hastío el medir por pulgadas las espansiones del corazon.

—Me admira, don Beltran, que pensando como pensais, no hayan dado con vos al traste vuestros enemigos mucho tiempo hace.

—De modo que, segun vos, para gobernar es menester tener el corazon seco.

—Enteramente seco.

—Sí, es verdad; para pasar por todo, para convertirlo todo en nuestro provecho, es necesario, indispensable no pensar en otra cosa que en sí mismo; ¿y habeis estudiado tambien en la muger vuestro profundo disimulo? dijo Beltran de la Cueva, cuyo acento se hacia cada vez mas agresivo.

—La reserva es una virtud, caballero, que no todos poseen. Solo un necio se deja conocer á primera vista, y yo creo no ser necio.

—Acabaremos por encontrar en vos un hombre completo..... y ya no me admira el que seais demasiado afortunado para ciertas personas.

—Concluyamos, don Beltran, dijo volviéndose á él el jóven: ¿habeis venido á pedirme consejo ó ha dirigirme un ataque?

—He venido á preguntaros la conducta que debo seguir respecto á una muger.

—Y bien, os escucho.

—Antes es necesario que sepais cuanto he hecho por esa muger.

—Lo supongo: os habreis sacrificado de una manera completa, y ella debe pagaros muy mal, porque así es como pagan las mugeres los sacrificios.

—¿Qué creeis que debe hacerse respecto á una dama, que á los doce años de un amor á que nunca se ha faltado, se entrega sin fé al primer aventurero que encuentra en su camino?

—Debe creerse, que en esos doce años ha hecho lo mismo lo menos veinte y cuatro veces.»

Beltran palideció densamente.

«Esa muger ha dado pruebas.....

—De conoceros: de saber por que lado no veis.

—¿De modo que creeis que esa muger, que es impura hoy, lo fue ayer?

—¿Es casada esa muger?

—Sí.

—Pues ya veis que para amaros engaña á otro.

—Estaba casada por razones de conveniencia.

—Lo creo bien; ya os he dicho que las mugeres jamás olvidan el cálculo. Algunas hay que se proveen de una manera doble: marido y amante de conveniencia.»

Beltran de la Cueva comprendió que era necesario para poner á salvo su orgullo desorientar á don Jofre, y convertir aquella escena, que habia tomado un ridículo colorido de rivalidad, en una confianza: por lo mismo se apresuró á salirse de la línea de ataque y á procurar salir con habilidad del terreno falso en que le habia puesto la cólera.

«En efecto, puede ser que tengais razon, don Jofre, le dijo: las mugeres por lo general tienen la virtud de cegar al imprudente que las ama de una manera distinta á como vos amais, es

decir, bajo el imperio de la razon. Pero siempre es tiempo de volver á ella. Voy siendo de vuestra opinion. Y luego, ¿qué vale una dama que solo puede darnos un amor bastardo, en cambio del enloquecimiento que nos produce nuestra imprudencia?

—Una dama puede ser tal, que sirva de apoyo, de arrimo, aun de escalon para el poder, para los honores.

—Ni aun para eso sirve. Ademas, que jamás me ha pasado por el pensamiento el servirme de una muger.

—Habeis hecho mal, muy mal: á veces la astucia de una muger vale mas, mucho mas que el pensamiento de un hombre, por discreto, por sagaz que sea.

—Yo he obrado siempre por mí mismo.

—Pero será necesario que dejeis de obrar asi si no quereis perderos.

—A eso os contestaré con la sentencia que siempre tienen los árabes en la boca: lo que está escrito, se cumplirá.

—Y si creeis en esa sentencia, ¿por qué me pedis consejo?

—¡Qué quereis! cuando vacilamos, cuando tenemos el corazon despedazado, las palabras rebosan involuntariamente de nuestros labios y buscamos una ayuda en la persona que tenemos al lado, si esa persona nos inspira confianza.»

Beltran de la Cueva habia podido al fin dominarse y logró hacer vacilar el pensamiento de don Jofre.

«¿Y decis que la muger que asi os contraría es una simple dama?

—Es la esposa de uno de los que están bajo mi servicio.

—¡Ah! pues mirad, yo habia creido.....

—¿Qué?

—Que se trataba de una alta persona.

—¡Callad, callad por Dios! dijo Beltran palideciendo: no sabeis cuanta infamia rebosa de esa maldita corte. Puesto que estais al lado de la reina, observadla bien; es un ángel. ¿Creeis que doña Juana pueda ser lo que se dice de ella? Es cierto que soy su partidario, pero es porque la justicia está de su parte. La amo, como se ama á la inocencia calumniada, escarnecida; y puesto que he tenido la desgracia de que mi nombre se haya

unido tan vilmente al de esa noble señora, creo de mi deber sostenerla, sacrificarme por ella: estoy resuelto á todo, y caeré sosteniendo los derechos de su hija.

—Vuestra conducta es noble, don Beltran, dijo don Jofre tendiéndole la mano y estrechándosela, y la aprecio tanto mas, cuanto he tenido la desgracia.....

—¿De enamoraros de su alteza? dijo Beltran de la Cueva de una manera tan natural que desconcertó á don Jofre.

—Os confieso que no he podido ver sin conmoverme su régia hermosura, su inmensa desgracia, la resignacion con que la sufre. Si no fuese por mi costumbre de dominarme, seria un hombre perdido.... porque ella.... ó mucho me engaño, ó me ama.»

Don Jofre miró atentamente á Beltran, pero ni un solo músculo de su semblante se contrajo: tenia demasiado orgullo para hacer gozar ni por un solo momento á su rival la alegría del triunfo; y aunque los celos y la rabia rugian contenidos dentro de su alma, tuvo fuerza bastante para mostrar su indiferencia.

«¡La amais y os ama! esclamó: sedla pues muy leal, don Jofre; porque, creedlo, cuanto se dice de ella es una calumnia, y la prueba de ello es, que yo que tengo fama de esforzado y colérico, os escucho esas revelaciones de una manera serena.

—Si yo no hubiera creido vuestras palabras, jamás os hubiera hecho revelaciones que podrian tomarse por una provocacion; mas aun, por un insulto.»

A pesar de que el doble sentido de estas palabras eran un insulto audazmente arrojado á la cara de Beltran de la Cueva, este no se conmovió; y como su valor era problemático, logró hacer vacilar al jóven.

«¡Ah, don Beltran! dijo probando aun un ataque mas rudo: ¿y cómo no ser leal á ese ángel? ¿Creeis que se puede ser indiferente á su amor? A pesar de mi acostumbrada circunspeccion con las mugeres, creo que en mí no es otra cosa que orgullo el creer que me domino cuando no pienso en otra cosa que en ella, cuando no vivo bien sino entre sus brazos..... ¡ah! perdonad, ya veis si estoy loco..... hay confianzas que jamás deben hacerse; que ofende á aquel mismo á quien se hacen.

—¡Ah! habeis llegado á vencer la dura virtud de la reina, dijo con una admiracion perfectamente fingida Beltran; debeis ser muy feliz.

—¡He tenido celos!

—¡Celos! ¿de quién?

—De vos, esclamó profundamente don Jofre.»

El ataque no podia ser ya mas directo, y sin embargo Beltran de la Cueva le resistió.

«¡De mí! esclamó: ¡y habiendo estado al lado de la reina, habiendo conocido como debeis haber conocido la fuerza de su alma, porque estoy seguro de que su posesion os habrá costado desesperados esfuerzos, habeis desconfiado de ella hasta el punto de creerla corrompida!.... Ved hasta donde llega la influencia de la calumnia.»

Estas palabras, dichas de una manera sentida, pero tranquila, desconcertaron enteramente á Tenorio; mas aun, le hicieron dudar. Si bien es cierto que habia conocido el amor fatal que inspiraba á la reina, tambien era verdad que doña Juana no habia dado motivo alguno á sus esperazas. Y luego no podia suponer que existiese un hombre que tuviese sobre sí mismo el dominio, que á ser amante de la reina debia suponerse en Beltran de la Cueva. Es cierto que doña Mencía de Padilla le habia hecho concebir de una manera indirecta ciertas esperanzas, que la voz pública acusaba de liviandad á la reina, que parecia notoria la impotencia del rey: pero todo esto podria no pasar de la apariencia y de la calumnia. Don Jofre, como todos los hombres, conocia el corazon humano por el suyo propio, tenia un buen concepto del valor de Beltran de la Cueva, y sabia demasiado que en su caso él no se hubiera contenido. Don Jofre era demasiado jóven y no habia llegado á conocer que el orgullo, ó por mejor decir la vanidad, pueden llegar hasta el estremo de hacer milagros.

«Sí, sí, teneis razon, dijo al fin con un acento de verdad que no era fingido; la calumnia es la víbora de veneno sutil cuya mordedura no se cura; pero yo os afirmo que llegaré hasta el

punto de perder la vida por compensar á fuerza de sumision y de lealtad las desgracias de esa noble señora.

—Creo haberos oido decir, que á las mugeres de cierta clase no debe amárselas sino por cálculo.

—He mentido. La vanidad á veces nos hace decir lo que no pensamos.

—Por lo mismo, conocereis que no son aplicables vuestras observaciones á la muger que me tiene loco. Creo que los dos estamos en el caso de apelar á los consejos de otro que tenga menos corazon ó mas ciencia. Nos hemos encontrado dos enamorados celosos. Con la diferencia de que vos amais á una muger digna, y podeis tener esperanzas de ser feliz, y yo amo á una muger perdida, sin fé, indigna de respeto. Ya es inútil que os muestre lo que encierra ese cofre. ¡Hola, Alvar!»

Apareció á la puerta el escudero.

«Lleva eso á mi cámara, le dijo.»

El escudero cargó con el cofre y salió.

«Ahora, y puesto que no habeis menester descanso, y estais vestido, tened la bondad de honrarme almorzando en mi compañía.»

Si alguna sospecha podia tener don Jofre, el aplomo de Beltran la destruyó.

Y sin embargo, jamás habia sufrido tanto: nunca habia sentido sobre sí de una manera tan implacable la venganza de doña Mencía: lo siniestro, lo horrible de su pensamiento estaba en una perfecta armonía de contraste con lo afectuoso de su semblante, de sus palabras y de sus maneras para con don Jofre. El jóven llegó á tener remordimiento de haber pensado ofender á un caballero tan noble y tan cumplido, y Beltran de la Cueva cogió al menos el estéril fruto de su sacrificio: esto es, la consideracion y el respeto de su rival, que de otra manera se hubiera gozado en su humillacion. ¡Miserable triunfo de la mentira sobre la verdad!

Durante el almuerzo, que fue largo y espléndido, como convenia á un grande tal como Beltran de la Cueva, no salió este

en un solo punto de la conducta que se habia trazado: estaban solos, y se mostró con el jóven esplícito y confiado, le reveló su plan de campaña contra los confederados, desplegó á su vista todos sus recursos, se dejó ver como buen general y hábil político, y llevó su disimulo hasta el punto de trazarle la conducta que debia seguir con la reina.

Acabado el almuerzo, Beltran convidó á don Jofre á presenciar la ejecucion de los dos asesinos que le habia enviado don Juan Pacheco. El espectáculo de una ejecucion de muerte en aquellos tiempos bárbaros, era una diversion como otra cualquiera. Beltran de la Cueva, que era mas ilustrado que su tiempo, no hubiera asistido á aquella terrible ejecucion en otras circunstancias; pero estaba furioso, sediento de sangre, y hubiera visto con placer aniquilarse el mundo entero, aunque hubiera perecido en sus ruinas.

Beltran y don Jofre salieron poco despues del castillo en dos magníficos corceles, rodeados de una espléndida servidumbre: precedíales el pendon señorial del duque, y seguíales un escuadron de lanzas maravillosamente equipadas.

Las gentes de la villa veian pasar con admiracion el ostentoso acompañamiento de Beltran, que por la blandura de su carácter era amado en gran manera de sus vasallos, que indignados por la nueva de que dos miserables se habian introducido para asesinarle en el castillo, le aclamaban ruidosamente y prorumpian en gritos de venganza.

En una pradera situada á algunos tiros de ballesta á los pies del castillo, se habia levantado un estrado cubierto de tapices, con dosel y gradería. A los pies del dosel habia una mesa con tapete, recado de escribir y papeles. Alrededor del tablado habia un escuadron de lanzas, y en la pradera, á alguna distancia, ocho potros cerriles con arneses de tiro, tenidos del diestro por ocho sayones, cada uno de los cuales mostraba un fuerte látigo en la mano.

Beltran, don Jofre, los altos servidores del señor duque y el escribano de su señoría, subieron al estrado: poco despues se oyó el son de un atabal, y lentamente llegaron entre algunas

lanzas los dos reos á pié y despojados de los hábitos de que se habian servido para inspirar confianza. Un escudero llevaba bajo el brazo aquellos hábitos y dos puñales, como cuerpos de delito, y, finalmente, el ejecutor de alta justicia feudal seguia tras los reos, vestido de rojo y con un largo espadon al hombro. En último término se veian dos verdaderos religiosos del convento de San Francisco de la villa, y bajo pálio venia otro con el Santísimo Sacramento, y acompañantes con luces.

Los reos llegaron al pié de la gradería, y por órden de Beltran subieron, y permanecieron aterrados y cavizbajos á poca distancia del dosel.

«¿Cómo os llamais? les preguntó con cierta noble dulzura Beltran.

—Yo me llamo Pedro Quirós, dijo el uno.

—Y yo Juan del Pino, dijo el otro.

—¿Sois nobles?

—Somos ballesteros de su señoría el maestre de Santiago, dijo Quirós.

—¿A qué habeis venido á mi castillo de Alburquerque?

—Si vuestra señoría nos ofrece misericordia, declararemos todo lo que sabemos.

—¿Qué misericordia quereis que se use con vosotros? Mostrad esos hábitos y esos puñales, dijo Beltran volviéndose al escudero, que los estendió sobre la mesa del secretario; habeis cometido felonía y traicion, y habeis intentado en nos, hasta el punto de herirnos, un asesinato.

—Todo eso es verdad, señor; pero si se nos promete merced, declararemos mas, que vuestra señoría no sabrá de otro modo.

—Si lo que revelais merece que se os haga gracia, la tendreis.

—Podemos probar que no somos asesinos.

—¿Cómo?

—Desearíamos hablar en secreto con vuestra señoría.

—Adelantad.»

Adelantó Pedro Quirós hasta un punto donde de nadie podia

ser oido sino del duque, y descosiendo el forro interior de su sayo, le mostró un pergamino.

Era una órden terminante del rey, escrita al parecer de su puño y sellada con sus armas, en que se mandaba á los ballesteros Pedro Quirós y Juan del Pino hacer justicia de la persona del duque de Alburquerque, como traidor al rey.

«¿Quién os dió esta órden? dijo Beltran.

—Su señoría el maestre de Santiago don Juan Pacheco, dijo el ballestero.

—¿Y estais seguro de que esta órden es real y verdaderamente del rey? ¿no sabeis que don Juan Pacheco está apartado de su obediencia, que es un rebelde?

—Su alteza y el maestre andan en avenimientos secretos.

—¡Ah! sin embargo, os han engañado; esta órden es falsa.

—Se nos han mostrado ordenamientos y cédulas de su alteza, y la firma es exactamente igual.

—No es la primera vez que don Juan Pacheco falsifica documentos.

—Nosotros no lo sabiamos ni podiamos saberlo.

—¿Y decis que el rey y el maestre andan avenidos?

—Sí señor.

—¿Y por medio de quién se entienden?

—Por medio de su señoría el conde de Plasencia.

—¿Deciais que teniais que revelarme mas?

—Sí señor: el maestre nos habia mandado, que despues que cumpliéramos la sentencia, que fuésemos á Buitrago, robásemos al duque del Infantado la infanta doña Juana, y se la entregásemos.

—¡Ah! ¡ah!

—Ya ve vuestra señoría que le revelamos.....

—Eso puede ser una mentira.

—Aun hay mas.

—¿Qué?....

—El maestre ha llevado de Madrid á Cardeñosa, donde ha trasladado desde Avila al infante don Alonso y á su hermana doña Isabel, un astrólogo judío que tiene gran fama de envene-

nador. Yo mismo fui por él; y recuerdo que al acercarme á ver una caja negra que tenia pintadas encima unas letras encarnadas, me dijo: «No seais curioso, mancebo, porque el olor de esa caja mata.»

Quedó pensativo por algun tiempo Beltran de la Cueva; su semblante se contrajo y se dilató de una manera sombría. El ballestero le miraba temblando. Al fin levantó la cabeza, y mirando severamente á Quirós, le dijo:

«Lo que acabas de revelarme dilata vuestra sentencia: si es verdad lo que me has dicho, no solo quedareis libres, sino que os premiaré. ¡Hola! que se retiren el ejecutor y los potros: llevad estos hombres á la torre del Viento, y que nadie los vea ni hable con ellos. Hemos concluido.»

Cumpliéronse las órdenes de Beltran, retiróse descontento el populacho porque le defraudaban dos descuartizamientos, y toda la comitiva con su señor y don Jofre á la cabeza volvieron al castillo.

Apenas estuvieron en él, cuando Beltran de la Cueva se encerró en su cámara: entonces toda la cólera que habia contenido durante tanto tiempo, estalló: una vez á solas, sin testigos, se entregó á su furor de una manera espantosa: parecia enteramente abandonado de la razon: reia y lloraba, pero su risa era tan horrible como su llanto. De repente fue á la mesa y se puso á escribir una carta larga, improvisada por la situacion en que se encontraba. Luego escribió otra, pero corta, meditada. Despues las cerró y las selló. En la cubierta de la mas larga escribió: á doña Mencía de Padilla; en la de la mas corta: á su alteza la reina doña Juana.

Entonces se oyó llamar respetuosamente á la puerta de la cámara, y una voz que dijo tras ella:

«Abrid, señor, soy yo: vuestro servidor Pero Lope que necesita veros con urgencia.»

Beltran se levantó y abrió la puerta.

«Y bien, ¿qué hay? le preguntó.

—Su alteza el rey don Alonso de Portugal ha pasado conmigo la frontera y me sigue á una legua de distancia.

—Pues bien, á caballo otra vez, Pero Lope: toma (y le dió un enorme bolsillo lleno de oro): no repares en el gasto: revienta caballos y lleva estas dos cartas: la primera á doña Mencía de Padilla, en Cardeñosa: por cada hora que ganes, cien doblas de oro. Luego á Alahejos. Al momento, al momento á caballo. Avisa á mis escuderos y que entren.»

Antes de que estos entrasen á armar á su señor, estaba ya Pero Lope corriendo sobre el camino de Castilla. Una hora despues, Beltran de la Cueva acompañado de don Jofre y seguido de toda su hueste, salió al encuentro del rey don Alonso de Portugal.

CAPITULO XVI.

De cómo no se detenia ante nada el maestre don Juan Pacheco.

Era el cinco de julio de 1468. Desde por la mañana la villa de Cardeñosa habia mostrado gran agitacion. Un corredor de la frontera de Portugal, habia llegado cubierto de polvo y de sudor, con la nueva de que el rey don Alonso de Portugal y el duque de Alburquerque al frente de una poderosa hueste venian con banderas desplegadas hácia Castilla, levantando la tierra y apellidando por el rey don Enrique y por la infanta doña Juana.

En el momento de oir estas nuevas don Juan Pacheco, salió del castillo, se encaminó á la villa, llegó á una casa de humilde apariencia, llamó y entró, encerrándose con un hebreo viejo y repugnante.

«¿Sabeis lo que acontece, padre? le dijo.

—Lo ignoro.

—¿De qué sirve, pues, vuestra ciencia?

—Me seria forzoso construir un planetario y levantar una figura.

—No tenemos tiempo para tanto. Beltran de la Cueva y el rey de Portugal, deben estar muy cerca de la villa.

—¿Y qué diablos han hecho vuestros ballesteros?

—Mis ballesteros son unos imbéciles que sin duda han errado el golpe: pero esto no importa; ellos para defenderse habrán mostrado la órden que llevaban, y toda la culpa recaerá sobre el rey.

—Pero por lo pronto sois hombre perdido.

—No tanto como creeis: todo se reduce á dar un golpe de mano, pero pronto, rápido: voy á enviaros á mi repostero Pero Ponce.

—No, no, y cien veces no. Allá vos. Bueno es que yo os ayude, pero no hasta el punto de meter las manos en el fuego: de otro modo no haré nada.

—Sea como vos querais, padre. ¿Y tendré qué esperar mucho?

—No tal: ya tenia yo previsto este caso y estaba preparado. Tomad.»

El judío entregó á don Juan Pacheco una cajita de plata que sacó de un armario.

«¿Y este talisman es seguro?

—Inevitable.

—Cuidad si me engañais.

—¿Acaso no me teneis preso tras los muros de esta villa?

—Preparaos para partir.

—Tendré dispuesta mi mula. ¿Y cuándo podrá ser?

—¿Está noche á las doce podrá haberse verificado el encanto?

—Sin duda alguna.

—Pues bien, esta noche á las doce partiremos.»

Y sin decir mas, dejó una bolsa al astrólogo y salió.

«Miserable lobo, esclamó el judío examinando la bolsa: veinte Enriques por una vida: ¿y quién será? ¿qué me importa? si mañana vienen á pedirme otro talisman, como dice ese hombre, para él, y me le pagan, le tendrán. Un hombre no vale mas que otro animal á quien matamos para alimentarnos.»

Dicho esto, el sábio guardó las monedas en una caja, y reposadamente se puso á estudiar en un grueso infólio.

La alarma de la noticia que habia llevado á Cardeñosa el mensajero de la frontera, cundió hasta las cámaras de los infantes don Alonso y doña Isabel, que á penas habian podido meditar en ella, cuando fueron llevados por don Juan Pacheco á una torre, con pretesto de asistir al consejo.

La hermosa María sintió un presentimiento fatal; quiso, prevaliéndose de la influencia de que gozaba, asistir á aquel

consejo, pero fue rechazada. Buscó á doña Mencía de Padilla, y no fue recibida; acudió á doña Luz, y esta la rechazó.

Volvióse, pues, triste y afligida á su cámara.

Y pasó la mañana: vió desde sus ventanas las precauciones que se tomaban en el castillo: redoblarse las atalayas, agruparse en los patios los ginetes, sacarse pólvora y pelotas de los almacenes, y armarse lombardas en los muros: capitanes, alféreces y corredores entraban y salian á cada momento en el castillo; y sin saber por qué, todos aquellos preparativos la estremecian. Esperó que á la hora de la comida volveria el infante á su cámara y envió á informarse á una de sus doncellas, pero los infantes comian con don Juan Pacheco: el consejo, por lo cercano del peligro era permanente, y no se permitia acercarse á nadie.

Entonces un terror vago, inesplicable, un presentimiento lúgubre se apoderó del alma de María: tuvo miedo y rezó; pero su rezo no tranquilizó como otras veces su espíritu. Pasó la tarde entregada á una agonía lenta, replegada en sí misma, esperando con ánsia. Al fin, ya entrada la noche, un page que habia enviado á la cámara del infante, la dijo que este habia vuelto á ella y que la esperaba.

El corazon de María se dilató: salió precipitadamente de su aposento, y se trasladó al del infante.»

Don Alonso estaba ocupado con algunos camareros en arreglar su equipaje, y cuando entró María, la dijo sonriendo:

«Ya veis, señora, si tenemos buena suerte; el noble don Beltran de la Cueva, y mi amado primo el rey don Alonso de Portugal, nos arrojan de este horrible nido de cuervos, como vos decís.

—¿Marchamos, señor? dijo María.

—A la media noche cabal. Huimos, aunque don Juan Pacheco dice que nos retiramos.

—¿Y dónde vamos, señor?

—Iremos á Avila ó á Segovia. No sé..... en fin, adonde podamos ir.»

El infante despidió á su servidumbre, y se quedó solo con María.

Era ya un magnífico mancebo: la magestad real se unia en él á la fuerza de una juventud vigorosa: habia nobleza en aquella frente despejada y pensadora, y la mirada de sus ojos se habia hecho profunda. La espresion con que le miraba María demostraba que su amor habia llegado á la adoracion; y sin embargo, habia en su mirada pureza y respeto. Don Alonso se habia acostumbrado á su presencia, y no sabia vivir sin ella: la amaba ardientemente, y sin embargo habia respetado su posicion de rey, hasta el punto de no haberla indicado su amor con una sola palabra.

Pero aquella noche, María encontró su mirada mas elocuente, mas espresiva, mas alegre.

«Teneis por lo que parece risueñas esperanzas, señor, le dijo María.

—Magníficas, señora; y no esperanzas, sino realidades.

—¿Pues qué sucede?

—Que ya no soy rey.

—¿Y eso os alegra?

—Pues no; dejando de ser rey, dejo de ser esclavo.

—Pero..... ¿cómo es eso?

—Oid, doña María: desde hace algun tiempo, veo que el mal de Castilla no tiene remedio: por mas que yo me esfuerze por gobernar con justicia mis reinos, nunca podré hacer nada, porque no hay hombres de quien valerse: si me plego á sus deseos, me veré precisado á cometer infamias: si los resisto, harán conmigo lo que hacen con mi hermano don Enrique: se rebelarán, me disputarán la corona, me obligarán á sostener una guerra miserable, á transigir con bajezas..... no, no..... prefiero la oscuridad de la vida privada: allí al menos podré alcanzar alguna felicidad.

—¡La vida privada, vos, por quien se ha vertido ya sangre!

—No, María, no; por mí no se ha vertido una sola gota: se me ha tomado por pretesto: desde hace algun tiempo, mi pensamiento se ha esclarecido, se ha fijado: yo no tengo poder, todo lo hacen ellos, y todo lo que hacen es infame..... mi hermana acaso podrá gobernar el reino mejor que yo.

—¿Y os ha dicho eso la infanta, señor?

—No, al contrario: mi buena hermana me ha animado, me ha sostenido: cuando la he propuesto una renuncia en su favor, ha resistido: esto es un pensamiento mio, enteramente mio, y lo llevaré á cabo.

—¿Y qué razones teneis para ello?

—El bien del reino.

—¡Cómo, señor! ¿creeis que su señoría la infanta doña Isabel será mas justa que vos en el gobierno de estos reinos?

—No, María, no; lo que creo es que tiene mas poder.

—¡Mas poder una dama!

—Pero una dama que muy pronto será muger de un poderoso príncipe, que para domar á los rebeldes de Castilla tendrá las lanzas de Aragon y de Navarra.

—¿Y habeis dicho algo de esto en el consejo?

—Hubiera sido una imprudencia, María; en el consejo solo se ha tratado de huir: no tenemos fuerzas bastantes para resistir á las gentes del rey de Portugal y de don Beltran de la Cueva, que se nos echan encima: yo debo huir antes con un resguardo.

—¿Y quién os resguarda?

—El capitan Hernando de Carrillo.

—¡Ah!

—Y como el buen capitan obedece ciegamente á su muger, y como doña Mencía de Padilla es una dama noble y leal, ha escuchado las observaciones que yo la he hecho al salir del consejo, sabiendo que debia acompañarme su marido.

—¿Y se ha prestado doña Mencía?

—Doña Mencía, como yo, conoce la razon: no hay otro medio: para salvar á Castilla, es necesario que cada uno pongamos algo de nuestra parte: bien sabeis que yo no tengo ambicion, María: para llevar mañana dignamente mi nombre de príncipe, siempre tendré la buena espada de mis abuelos para desnudarla por el reino, ayudando á mi cuñado don Fernando de Aragon..... me parece que veo levantarse á Castilla de su ignominia, hacerse fuerte, poderosa y grande: la veo ya lanzándose sobre el reino de Granada, llevando hasta esa rica y

ponderada Alhambra el pendon de la Cruz y las leyes de Castilla..... mi hermana podrá hacer todo eso: yo no podria; me sobra valor, pero me faltan medios: me casarian con la hija de algun rico-hombre rebelde; Aragon y Navarra continuarian sembrando la zizaña entre nosotros; seguiria la guerra civil, y el reino, esquilmado, empobrecido, debilitado, se haria pedazos. No, yo no he nacido para ser rey, mi suerte no lo quiere: por fortuna, como os he dicho, como sabeis bien, no tengo ambicion, añadió con acento de lánguida tristeza el noble jóven, y me alegro, porque dejando de ser rey, dejo de ser esclavo..... asi podré satisfacer la sed de mi corazon.

—Habeis hablado, señor, de la union de la infanta doña Isabel con el infante don Fernando de Aragon.

—Esta es cosa resuelta que yo os confio bajo sigilo: por muy diestros que anden mi hermano el rey don Enrique y mi tutor don Juan Pacheco, ese matrimonio se hará. Yo tambien pienso casarme, señora, dijo con temblorosa conmocion el príncipe.»

María palideció intensamente.

«¿Que os casais?

—Sí; si la muger á quien amo consiente en pagarme con su amor la corona que pierdo.

—¡Ah, señor! ¿y quién es esa dama? ¿Ha andado en ello doña Mencía de Padilla?

—¡Oh! no, María, no; esto no lo sabe nadie, nadie mas que yo, que no se lo he confiado á nadie mas que á vos.»

El infante habia acabado de arreglar su equipaje, en cuya ocupacion le habia ayudado María, y la tomó dulcemente de la mano, la llevó á un sillon, tomó un escabel, y se sentó á sus pies.

«Voy á pediros consejo, María, la dijo. Vos sentenciareis, pero de antemano os anuncio que pienso obedeceros ciegamente, y que en vuestra sentencia están mi vida ó mi muerte: lo que quiero hacer no es una locura, sino un pensamiento largo tiempo meditado, y á cuya ejecucion no me he decidido sino cuando mi corazon y mi cabeza me han dicho: hazlo, porque lo debes hacer.

—¿Y quién es esa dama? Alguna infanta sin duda.

—Yo no conozco ninguna infanta: es cierto que don Juan Pacheco me hizo ver, meses pasados, el retrato de madama Ana, la hija mayor del señor rey de Francia.

—Dicen que esa princesa es hermosa, discreta..... observó temblando María.

—Pero en su semblante hay una espresion de astucia, de reserva, que me hicieron daño.

—Defectos tal vez del pintor.

—No; don Juan Pacheco dice, ponderando su talento, que es un Luis XI con brial: ya me habeis oido hablar algunas veces de ese rey: me repugna, es un lobo; me gusta mas, mucho mas el duque de Borgoña, Cárlos el Temerario.... pero dejemos esto que nada nos importa, puesto que yo protesté á don Juan Pacheco que ningun poder humano me uniria á la princesa Ana, y volvamos á la dama á quien pienso hacer mi esposa. ¿Qué pensais de ello, María?

—¿Qué quereis que piense, señor, si no la conozco?

—Pues la teneis muy cerca de vos.

—¡Muy cerca de mí! esclamó María alentando apenas.

—Sí; alli, dijo el príncipe señalando un gran espejo de acero, en el que se reproducia enteramente la figura de María: ¿no veis alli una dama? ¿no os parece admirablemente hermosa y digna de ser amada?

—¡Cómo, señor! esclamó María toda trémula, levantándose del sillon, y señalando de una manera maquinal el foco del espejo: ¿amais á aquella desdichada?.... es decir, ¿quereis uniros conmigo?

—Hace tres años que os conocí, tres años que estais contínuamente á mi lado, María, que habeis sido á un tiempo mi madre, mi hermana, mi consuelo. Al principio, el amor que sentia por vos era tranquilo, sin mas ambicion que la de veros, la de escucharos, la de teneros á mi lado. Pero á medida que la palabra de don Juan Pacheco ha ido rasgando el velo de ignorancia que envolvia mi alma, os he considerado de distinto modo: hoy pienso ya como pensaré dentro de veinte años: mi

vida de azares, de peligros, de lucha, me ha hecho avanzar de un modo horriblemente rápido en la carrera de la vida; apenas he cumplido quince años, y ya arden en mi corazon las pasiones del hombre, gracias á vuestra dulce hermosura, á vuestra cándida virtud, que han sido para mí un escudo contra la corrupcion á que ha procurado incesantemente lanzarme don Juan Pacheco: os debo tanto como á mi madre, María; he conservado mi virtud: he vivido primero para mi reino, despues para vos. Hoy que el reino no me necesita, quiero ser vuestro, enteramente vuestro.....

—¿Pero no medis, señor, la inmensa distancia que nos separa?

—El rey don Juan el segundo de Aragon, á quien iremos á ampararnos resguardados por nuestro buen Hernando de Carrillo, facilitará nuestro enlace, porque le conviene demasiado: él me imposibilitará para reclamar en adelante mis derechos: sois noble, y podreis ser rica-hembra: una vez rica-hembra, solo habrá un paso que nos separe, y será corto..... le pasaré.

—¿Y por mis amores, señor, renunciais un reino?....

—Si yo pudiera hacer la felicidad de ese reino, me hubiera sacrificado, María: me hubiera apartado de vos en silencio, sin dejaros entrever mi amor..... pero bien sabeis que el rey don Alonso no puede hacer la felicidad de Castilla, ni aun sostenerla en un estado tolerable. Hé aqui por qué renuncio con alegría la corona: la dejaré en manos mas fuertes, y podré ser feliz.

—Pero ese matrimonio es imposible, señor, esclamó María pálida como un cadáver.

—¡Imposible! ¿y por qué?

—Porque yo os amo demasiado para engañaros.

—¡Para engañarme! esclamó el infante cuyo rostro se descompuso.

—Pero si no puedo ser vuestra esposa.....»

María se detuvo avergonzada.

«Hablad, señora, hablad, esclamó el infante.

—Si no puedo ser vuestra esposa, puedo ser vuestra esclava..... entregaros esta infausta hermosura, y recibir como una honra, cuyo peso me agobia, vuestros amores.

—Toda muger noble y pura, esclamó con arranque don Alonso, es digna de unirse á un emperador: la primera alcurnia es la virtud.

—Es que, señor, yo no soy pura..... ni honrada.»

El infante cayó desplomado sobre el sitial, como si le hubiese herido un rayo. María guardó un silencio en que tenia tanta parte el terror como la venganza.

«¡Me engañais, María, me engañais para apartarme de vos! esclamó con ansiedad el infante, y me habeis herido de muerte.

—¡Señor, señor! esclamó María asustada por la horrible palidez de don Alonso..... perdonadme; yo no podia creer que me amáseis tanto..... será lo que vos querais..... ¿acaso no he contenido yo durante tres años un amor funesto, mortal?.... Dominaos, señor; sed fuerte..... ¿qué importa una muger, vaso frágil que rompe un leve impulso, comparada con vos, que sois la esperanza de un pueblo?.... Si quereis, confesaré que os he engañado..... os diré que soy un tesoro de virtud, de pureza, de inocencia.

—¡Ah! yo os creo.... yo no puedo creer en vos nada malo.... habeis querido deshonraros por mí, porque creis salvarme de ese modo..... y la sola indicacion de vuestra deshonra, me ha herido de una manera cruel: no sé lo que siento aquí (y el infante se apretaba la cabeza con ambas manos), pero tengo fuego, creo que me vuelvo loco.»

Llegó el momento de que María se aterrase de una manera mortal. El rostro del infante presentaba la misma descomposicion, la misma palidez que habia visto en el maestre de Calatrava, la noche que le envenenó en el castillo de Villarrubia; los temores que la habian torturado durante todo el dia se realizaban; á juzgar por todos aquellos horribles síntomas, el infante habia sido envenenado, y la conmocion causada por las palabras de María, habia apresurado la accion del tósigo.

«¿Habeis comido con don Juan Pacheco? le preguntó fuera de sí.»

El infante no la contestó, la miró con estupor, dió un horrible grito, y se arrojó en sus brazos.

Para decir lo que sucesivamente tuvo lugar en la cámara del infante, nos seria preciso reproducir la mayor parte de los detalles de la muerte del maestre. No es nuestra culpa el que la sangrienta historia de aquel tiempo nos obligue á ennegrecer nuestras páginas á trueque de faltar á la verdad. Como han podido comprender nuestros lectores, los ambiciosos de entonces no se detenian ante nada; todo se arrostraba, por cima de todo se pasaba para llegar á un objeto. La historia de don Juan Pacheco es un horrible tejido de crímenes y de infamias. Su último y mas horrible asesinato, fue el del infante don Alonso.

María le veia morir, con el corazon deshecho, loca, frenética: sabia demasiado que el tósigo era de efecto seguro, irremediable, mortal, y cayó, y procuró ahogar los gritos de dolor del infante: temia que don Juan Pacheco no hubiese contado con ella para arrojarla el crímen, y no la importaba morir, pero si morir sin venganza.

«¡Oh! ¡infame! ¡infame, y mil veces infame! esclamaba llorando en su furor. ¡Me le arroja muerto, me le roba!..... pues bien, maestre. Yo no gritaré, no pediré socorro..... nadie sabrá que ha muerto asesinado..... entonces yo caería con él..... y tú..... tú cogerias el fruto de tu traicion..... no..... no..... aun me queda de este tósigo, y no serás tú, miserable, el que le sobrevivas.»

Despues de esto calló: apuró en silencio su amarga desesperacion: bebió trago á trago, por decirlo así la agonía de don Alonso, y cuando todo acabó, cuando de aquel noble mancebo no quedó mas que un cadáver, le asió, le puso en el lecho, lloró sobre él desoladamente, y luego salió de la cámara por una puerta secreta.

Cuando entró en su aposento, se arrojó delante de su reclinatorio y juró á Dios por la salvacion de su alma, no descansar un momento hasta vengar con la muerte de su asesino al ser de sus primeros y de sus últimos amores.

CAPITULO XVII.

De cómo acabaron de una manera lastimosa algunos de los personajes de nuestra historia.

Eran cerca de las doce de la noche, cuando un ginete cubierto de polvo y de sudor echó pié á tierra en la puerta de un meson de la villa. El hostalero, al ver lo noble de su talante y lo rico de su veste, se apresuró á asir del caballo, que entregó con gran solicitud á un mozo, y se dirigió, capezura en mano, al viandante que ya habia penetrado en el zaguan y adelantaba pero sin levantarse la visera.

«¿Viene solo vuestra señoría? dijo con alguna estrañeza.

—Dadme un aposento, dijo el encubierto sin contestar á su pregunta.

—Inmediatamente, señor.

—Guiad.»

El hostalero tomó un haz de llaves de una espetera, encendió una vela de sebo, y subió por unas estrechas escaleras delante del incógnito, deteniéndose en un corredor alto, delante de una puerta que abrió.

«Entrad, le dijo el armado.»

El hostaleró entró, despues de lo cual el encubierto corrió el cerrojo de la puerta, y se puso á mirar de hito en hito á su acompañante, á través de las barras de su yelmo.

Despues de aquella inspeccion, detenida y profunda, como la de quien quiere asegurarse por el semblante de la confianza que

debe tener en una persona á quien no conoce, el incógnito se sentó en un sillon de baqueta, y sin tomarse el trabajo de invitar al hostalero á que tomase asiento, le dijo mirando en torno suyo los accesorios del aposento en que se encontraban.

«Paréceme, maese, que vuestra posada no es de las mejores de estos reinos.

—En cuanto á la casa, señor, dijo con un tanto de miedo el hostalero, ha estado mejor en otros tiempos, cuando habia alguna paz y no andaban tantos aventureros por el mundo: pero hoy es necesario tenerlo todo escaso y malo: así es menor la pérdida en caso de un robo.

—Decid mas bien, que esas guerras que han traido á esos aventureros, y esos aventureros que se ocupan del robo y de los desafueros, os han puesto en el caso de no poder reponer los utensilios de vuestra posada.

—Asi es verdad, señor.

—Pues ved aquí que algunas veces son útiles las guerras para las gentes de vuestro oficio. ¿Qué decis á esto, maese?

Y el caballero sacó de la escarcela una bolsa de mallas y de ellas un ciento de coronas de plata que estendió con su ancha manopla sobre la mugrienta mesa.

«Digo, señor, contestó el hostalero, que con esa cantidad tendria lo bastante para dar una buena vuelta á mi meson.

—Pues á ganarla, amigo.

—¿Y de qué modo, señor?

—Empecemos. He sabido en el camino que esta mañana llegó al castillo un mensajero, y que inmediatamente se levantaron los puentes y se cerraron los rastrillos.

—Asi es, señor.

—Y que en todo el dia no ha salido nadie.

—Es verdad.

—Que han entrado como doscientas lanzas que estaban en los alrededores.

—Tambien es cierto.

—Y que no se permite entrar en el castillo, sino mediante cierto santo y cierta seña.»

Miró con cierto recelo el hostalero al incógnito.

«Pero es casi seguro que alguno de los buenos aventureros de don Juan Pacheco, no dejará de burlar su vigilancia.

—Abajo hay dos, á quienes han dejado salir sus camaradas de la guarda, para ver á sus mozas, con las cuales departen amigablemente en despedida, porque se susurra que su señoría el maestre de Santiago deja esta noche el castillo.

—¡Le abandona!

—Se murmura tambien que el rey de Portugal y su señoría el duque de Alburquerque vienen á buen paso á caer sobre Cardeñosa.

—¡Ah! se dice eso. Pues bien, si haceis que llegue esta carta á manos de doña Mencía de Padilla, camarera mayor de la infanta doña Isabel, es vuestra esa cantidad.

—Convenido: por acaso, tengo que llevar algunas provisiones de viaje al maestre y de camino.....

—Ayudaos de esos dos soldados que están en vuestra casa si son de fiar.

—Si tuvieran esperanza de ser bien recompensados, creo que se podria contar con ellos.»

El encubierto sacó algunos florines de oro de su escarcela, y los unió á las coronas.

—Negocio hecho, señor. Dadme la carta.

—Tomad. Pero tened en cuenta que si la estraviais ó haceis mal uso de ella, os corto la cabeza, incendio vuestro meson y arrojo entre las llamas vuestro tronco para que no quede ni un resto de vos.

—Descuidad, señor, por acá se quiere mal á don Juan Pacheco. ¿Con que decis que esta carta ha de entregarse?....

—A doña Mencía en persona.

—¿Y cuándo?

—Al momento.

—¿Y no quiere el buen caballero tomar un refrigerio entre tanto?

—Sí, pardiez: haced que me traigan algo sustancioso, y un par de azumbres de buen vino.»

El hostalero fue á salir.

«Os dejais algo olvidado, maese.

—¿Qué, señor?

—Ese dinero.

—¡Ah!

—Yo soy buen pagador, pago adelantado: pero del mismo modo nunca dejo de cobrar una picardía que se me haga.»

El hostalero recogió aquellas monedas, salió, bajó las escaleras y entró en un aposento bajo, donde alrededor de una mesa habia dos hombres malcarados y dos mugeres no muy bien parecidas.

«¡Hola, mis buenos mozos! ¿estais en estado de llevar á cabo una aventura arriesgadilla? les preguntó el hostalero; quiero decir, ¿no os habeis bebido mas que una azumbre de vino cada uno?

—¿Ha caido faena? preguntó el uno de ellos sesgando la boca.

—Y mejor de lo que pudiérais pensar, contestó el hostalero golpeando la bolsa de piel que le servia de escarcela, dentro de la cual resonaron las monedas del encubierto.

—¿Y qué hay que hacer? dijo levantándose con una ánsia innoble el otro que no habia hablado todavía.

—Poca cosa, lobeznos mios, dijo el hostalero, cuando se trata de hombres como vosotros: con entrar ahora mismo en el castillo y entregar esta carta á doña Mencía de Padilla, habremos ganado este dinero.»

Y golpeó de nuevo su bolsa.

El primero de los matones que habia hablado se rascó la estremidad de la oreja derecha.

«Eso no es tan fácil como piensas, Tomás, dijo.

—Si lo fuera, Juan, no hubiera yo venido á partir esta moneda con vosotros.

—¿Y como cuánto habrá? dijo el segundo.»

El llamado Tomás desembuchó en la mesa su bolsa, de la que solo salieron sesenta coronas; las otras cuarenta y los florines de oro habian desaparecido.

«Tocamos á veinte coronas, Tadeo, dijo Juan á su compañero.

—Con esa cantidad bien podremos poner una taberna, dijo una de las mozas.

—O darla á usura, dijo la otra.

—¿Qué entendeis de eso, palomas mias? Con ello hay para pagar el sueldo de un mes á diez buenos camaradas, dijo Juan; la guerra civil cunde, y con tomar partido por el rey, ó por el infante, ó por el diablo, podemos sacar dinero largo á las justicias de los pueblos ó á los viandantes..... sin contar con que podemos.....

—Antes es preciso trabajar.

—¿Y quién lo duda?

—Si yo pudiera entrar con mis provisiones..... pero es el caso que tengo órden de no llevarlas hasta el amanecer. Es preciso que lo hagais vosotros.

—Pero nosotros hemos salido sin saber la seña, valiéndonos de Pedro que estaba de guarda en un sitio retirado y que nos dejó descolgarnos por el adarve.

—¡Ah! pecador de mí; pues si ya sé de qué manera podremos entrar, ó sino entrar, hacer que esa carta llegue á doña Mencía.

—¡Cómo pues!

—Un escudero del señor Hernando de Carrillo, que es amigo mio, me ha dicho que su señor sale esta noche en punto de las doce por el postigo del norte con cincuentas lanzas.

—¿Y adónde va ese señor? dijo Tomás.

—¿Y qué nos importa eso? Lo que verdaderamente importa es que salga. Dame esa carta.

—Cuenta con lo que se hace con ella.

—Ya sabes que soy un muchacho honrado: con que arriba, Tadeo. No hay que perder tiempo. Quedaos con Dios, princesas..... creo que poco tiempo estareis solas.

—¡Ah! no os volvais sin la contestacion.

—Si no viene con nosotros, será porque no nos la den. Ven y ábrenos por el corral, Tomás.»

Poco despues aquellos dos hombres se encaminaban á la parte del norte del castillo, al que se acercaron recatadamente protejidos por la oscuridad de la noche; cuando estuvieron á una distancia tal que sus pasos podian ser oidos por los atalayas, se echaron en tierra y adelantaron arrastrándose sobre sus manos sin producir mas ruido que el que causa el viento al pasar entre los jaramagos.

Asi llegaron hasta un pequeño postigo del muro y se ocultaron entre la maleza que crecia al borde de la descuidada cava, permaneciendo inmóviles y en silencio.

Pasó algun tiempo. Al fin se escuchó ruido de voces contenidas, y se vió resplandor de antorchas tras las almenas del adarve. Luego rechinaron ásperamente los cerrojos del postigo, se abrió este, calóse el rastrillo, cayó con estruendo el puente, y salieron algunos ginetes: tras ellos, montada en una hacanea, salió una dama enteramente cubierta con un manto, á cuya derecha marchaba un ginete armado de todas armas: últimamente, salió otro grupo de ginetes, y el postigo, el rastrillo y el puente, volvieron á cerrarse.

La comitiva se dirigió inmediatamente al camino que conducia á Avila. En aquel momento, Juan, el aventurero, se levantó, adelantó rápidamente, y llegando á poca distancia del caballero que acompañaba á la dama, dijo á media voz:

«Señor capitan Hernando de Carrillo.»

El ginete revolvió su caballo, vió un bulto entre lo oscuro, y cargó hácia él echando mano á la espada.

«¡Quién va! esclamó.

—Un humilde criado de vuestra señoría.

—No tan alto, no tan alto, señor criado. ¿Qué me quereis en este sitio y á estas horas?

—Acérquese mas, un tantico mas, vuesamerced: lo que tengo que deciros, no es cosa para que la oigan todos.»

Acercóse mas Hernando de Carrillo.

«¿Qué es ello?

—Traigo una carta para la noble dueña doña Mencía de Padilla, vuestra esposa.

—¡Una carta para mi muger! ¿y de quién?

—Acaban de traerla ahora mismo al meson de Tomás en la villa.

—¿Sabeis quién la ha traido, ó de donde viene?

—No señor; pero debe ser muy importante, porque para que se entregue á esa noble señora en el momento, se nos han ofrecido sesenta coronas.

—No es mala costa. ¿Y qué diablos quereis que haga yo?

—Vuesamercé puede volver al castillo con pretesto de haber dejado algo olvidado.»

Hernando de Carrillo meditó un momento.

«La carta, segun parece, dijo para sí, es para mi muger: lo que mi muger haga, estará bien hecho. ¿Y de quién será la tal carta? del diablo sea. ¿Qué me importa? Mostrad esa carta, amigo, añadió en alta voz.»

Juan se la entregó.

«Volved pues, y decid á quien os envia....

—No puedo volverme sin la contestacion.

—Pues si no podeis volveros, esperad.»

Hernando de Carrillo revolvió su caballo, y fue á unirse á la dama.

«Será necesario que por algun tiempo marcheis sin mí, señora, la dijo.»

La dama pareció estremecerse bajo su manto.

«¡Cómo! ¿me abandonais, caballero? ¿Ignorais que don Juan Pacheco me arrojó del castillo, que es un hombre de mala fé, y que solo podria tener confianza descansando en vuestro honor?

—Mi alférez Gil Marquez, señora, es tan bueno ó mejor que yo. ¡Hola, señor Gil Marquez.»

Adelantó un caballero de entre un grupo de ginetes, y se inclinó sobre el arzon para recibir las órdenes de su capitan.

«Seguid la marcha despacio, le dijo; no abandoneis el lado de esta dama, pretejedla hasta perder la vida, si fuese necesario, y esperadme sobre el camino de Avila.

—Muy bien, señor.

—¿Y es de todo punto preciso?.... dijo aun la dama.

—Si no lo fuera, señora, no me separaria un punto de vuestro lado. Pero nada temais. Redoblad vuestro natural cuidado, señor Gil Marquez, y adios. Piénso encontrarme ántes de mucho á vuestro lado.»

Dicho esto, y como quien teme entorpecimientos y contestaciones, el buen capitan revolvió bruscamente su caballo, y partió hácia el postigo del castillo, llegado al cual, hizo sonar por tres veces su corneta.

Despues de algunas palabras con el atalaya, volvió á franquearse el postigo, y Hernando de Carrillo entró despues de haber rendido una seña.

La carta estaba ya dentro del castillo, y poco despues estuvo en la cámara de doña Mencía, que recibió á su marido sin dejar el lecho.

«¿Qué es esto, Hernando? le dijo, ¿no ha salido todavía doña María?

—Doña María va camino de Avila, harto triste, silenciosa y asustada. Me da lástima esa pobre muger. De seguro la acontece algo terrible, porque cuando fuí con ella á su cámara, estaba llorosa y pálida como una muerta.

—Debe serla muy sensible el que se la separe tan bruscamente de su real amante.

—Es verdaderamente cruel el separar á dos personas que se quieren bien, yo lo juzgo por mí, Mencía; nunca me separo de tí sin que tenga que hacer un terrible esfuerzo para resignarme. Bien es verdad que pocos amarán tanto como yo te amo. ¿Sabes que estás muy hermosa, mi Mencía? Casi, casi me alegro del motivo que me trae; nunca me canso de verte.»

Doña Mencía sonrió lánguidamente á Hernando de Carrillo, que se estremeció de felicidad: otro menos confiado que él, hubiera notado que aquella sonrisa era forzada.

«¿Y qué es ello, en fin? dijo doña Mencía.

—Al salir por el postigo del norte, un bulto, porque no puedo dar mas señas de él, me ha entregado esta carta para tí.

—¡Una carta para mí! ¿de quién? esclamó doña Mencía.

—La acaban de traer á la villa, sin que quien me la ha entregado sepa nada acerca de la persona que la trajo.

—¡Una carta á estas horas con tal urgencia! acaso sea de Navarra. Dame, Hernando, dame. Enciende en la lámpara una bugía... pero no... no... añadió trémula, notando por el tacto que las armas del sello eran las de Beltran de la Cueva, que tan bien conocia. Llama á mis doncellas, y espérame en mi retrete.»

Hernando de Carrillo estaba acostumbrado á que su muger, á quien no habia podido domesticar enteramente, le tratase de aquel modo y aun peor, y sin replicar fue á una puerta, llamó á las doncellas, y luego fue á otra y desapareció por ella.

Poco despues entraron dos doncellas, vistieron á doña Mencía, y la dejaron sola.

Entonces se acercó á la mesa y rompió temblando el sello de Beltran de la Cueva. Nadie habia que pudiera observarla, y al ver la letra de Beltran, se conmovió, se la cerraron los ojos, y besó con pasion la carta.

«¡Oh, cuántos años hace, cuántos que no veo una letra de su mano! ¡con tal de que no sea para insultarme! veamos.»

Y leyó estremecida lo siguiente:

«¡Mencia! ¡mi adorada Mencía!»

El efecto que causaron en ella estas palabras, fue inesplicable; dió un grito agudo, dejó caer la carta, y se oprimió el pecho con las manos, temerosa de que estallase de placer su corazon. A aquel grito apareció Hernando de Carrillo á la puerta por donde habia desaparecido, y las doncellas á la de entrada. Doña Mencía se repuso instantáneamente.

«Nada, no es nada, dijo á las doncellas: una araña..... que ha pasado sobre la mesa. Retiraos, necesito estar sola.»

Las doncellas se retiraron, y Hernando de Carrillo, dándose por comprendido en aquella órden, se retiró murmurando.

«Es estraño: nunca he visto á mi muger asustarse de tal modo por una araña.»

Doña Mencía recogió la carta, se preparó armándose de valor y siguió leyendo:

«Te escribo despues de doce años de silencio, sin saber si »eres la misma muger á quien tanto debo, á quien tanto he he»cho padecer. Te escribo con el corazon desgarrado, y vuelvo á »tí como el hijo pródigo al regazo que nunca debia haber per»dido. Acaso me engañe, pero creo que aun me amas. No es »esta ocasion de disculpas: la fatalidad hizo que otra muger, »muger liviana é impura, se pusiese en nuestro camino. Esa »muger á quien yo habia sacrificado mi corazon y mi concien»cia, esa muger que me habia fascinado, aparece en fin á mis »ojos como debia haber aparecido siempre. Por ella he gastado »mi corazon; por ella he luchado, he sufrido, he pasado por »ambicioso: por ella he sostenido la guerra civil que destroza al »reino, y creo que por ella he perdido mi alma. Entre tanto tú, »que me has tenido cien veces en tus manos, que has podido »vengarte, que en vez de hacerlo has velado por mi vida, has »sufrido el mayor de los ultrajes, el abandono de un hombre »que era todo tuyo, el tormento de los celos, la rabia de la de»sesperacion. Pero del mismo modo que el sol aparece mas ra»diante, mas puro despues de la tormenta, el amor que tú ha»bias labrado en mi alma despierta con mas fuerza. Al sentirme »vilmente engañado, al necesitar consuelo, he vuelto los ojos á »tí, y tu solo recuerdo ha sido para mí un bálsamo de los cielos »que ha curado mis heridas. Sé bien cuanta felicidad va para tí »en esta carta, y gozo con ella. No debiamos habernos separado »jamás, y sin embargo creo que jamás hubiéramos conocido la »intensidad de nuestro amor á no haberle puesto á tan dura »prueba. Tengo de tal manera lleno de tí el corazon, que por »mas que me esfuerzo en espresar mi sentimiento, no encuentro »frases bastantes á significar ni aun el pálido reflejo de lo que »pasa en mi alma. Necesito verte, contemplarte, leer mi felicidad »en tus ojos y morir despues perdonado por Dios y por tí. Hoy »mismo parto, rompiendo mi destierro, y llevando conmigo al »rey don Alonso de Portugal. Es necesario que concluya de una »vez el estado en que nos encontramos: que el rey sea rey y que »esos turbulentos nobles sientan al fin la mano de un señor.

»Pocas horas despues de haber recibido esta carta me tendrás á »tus pies; pero para ir sin ansiedad, dá tu contestacion á mi »mensajero.—Despues de haber hablado de nosotros, justo es »que te hable de los demas. Anoche, dos miserables enviados »por don Juan Pacheco, estuvieron á punto de asesinarme, y aun »me hirieron levemente. El temor de la muerte ha hecho decla»rar á esos hombres. Su declaracion ha sido un terrible rayo de »luz. Antes que todo debemos ser leales: los hijos del rey don »Juan el II están entregados á tu custodia, Mencía, y es nece»sario que veles por ellos, que los sirvas de escudo. No pierdas »de vista ni un momento al infante don Alonso: está amenazado, »y plegue á Dios que cuando llegue á tus manos esta carta no »sea tarde. Defiéndele con su hermana: pon en juego los admi»rables recursos de tu imaginacion, y sostente mientras yo llego »con mi bandera. Que no haya mas asesinatos. Si la sangre de »don Alonso se vertiese, creeria que en cierto modo esa sangre »debia caer sobre mi cabeza. Guárdale, defiéndele, Mencía. Yo »no puedo hacer mas que aguijar á mis ginetes. Si está vivo »cuando yo llegue, aun tienen remedio nuestros males. Adios.= »*Beltran de la Cueva.*»

La última parte de aquella carta hizo olvidar á doña Mencía las impresiones que la habia causado la primera. Se levantó violentamente y olvidándose de que quedaba esperándola su marido, cosa que en verdad sea dicha, no le hubiera detenido mas si se hubiera acordado, salió á la antecámara, luego á las galerías y se encaminó á la cámara del infante don Alonso.

La puerta estaba cerrada: todos dormian al parecer tras ella: doña Mencía llamó y tornó á llamar, y al fin apareció un camarero soñoliento.

«Abrid, le dijo:

—¿A quién?

—A la camarera mayor de la infanta doña Isabel.»

El camarero abrió.

«¿Dónde está el rey?

—Recogido en su cámara.

—¿Duerme?

—No puedo en verdad contestaros, porque desde el principio de la noche su alteza no ha llamado á nadie.

—¡Cómo! ¿y no habeis estado atentos á si le ocurria algo? ¿no sabeis que pueden suceder accidentes desgraciados?

—Está con su alteza doña María de Castro, y cuando esa señora está en la recámara nos está prohibido el entrar.

—¡Qué está con el rey, doña María, decis! eso es imposible; doña María de Castro está á estas horas lejos de Cardeñosa.

—Habrá salido por una ventana, señora.

—Cómo, ¿no la habeis visto salir?

—Os aseguro que no.

—Entrad, entrad, veamos que sucede ahí dentro, esclamó doña Mencía en un acento que aterró al camarero, pasando las antecámaras y llegando á la puerta de la cámara.

—Os suplico que espereis un momento, señora, dijo aquel hombre; voy á anunciaros á riesgo de ser despedido.»

Y levantando el tapiz de la puerta, esclamó:

«La noble señora doña Mencía de Padilla.»

Nadie contestó. El camarero repitió una y otra vez su anuncio, y sucedió el mismo silencio.

«Apartad, apartad, esclamó doña Mencía; no veis que ahí dentro sucede algo estraordinario.»

Doña Mencía apartó bruscamente al camarero, y entró atravesando rápidamente la cámara. Poco despues se la oyó gritar de una manera desgarradora.

«¡Luces! ¡luces! ¡aquí todos!»

Un momento despues, el guarda mayor del rey, los donceles de la guarda, los camareros, los maestresalas y los pajes de servicio, entraron alumbrados por hachas de cera, y llegaron hasta el lecho del infante, en el cual vieron un espectáculo horrible.

Don Alonso, desencajado el semblante, lívido, orlados los labios de una espuma sanguinolenta, estaba atravesado mas bien que tendido en el lecho. Su varonil y vigorosa hermosura habia desaparecido enteramente, y aun alteraba su faz la contraccion de una dolorosa agonía.

Doña Mencía le contemplaba atónita, con el semblante lívido, desencajado á impulsos del horror: no concebia que la maldad humana pudiese llegar á tanto.

«Ya lo veis, señor García de Albornoz, dijo dirigiéndose al guarda mayor; su alteza ha sido asesinado.»

Nadie contestó, pero se dejó oir un lúgubre murmullo como si todas las bocas hubiesen repetido con horror la palabra *asesinado*.

«Que nadie salga de esta cámara, esclamó enérgicamente doña Mencía; á vos hago responsable de esta órden, señor guarda mayor.

—Nadie saldrá, señora.

—Que ninguno hable con los de afuera.

—Me pondré yo mismo de guarda en la puerta.

—Solo ocultando por algun tiempo este crímen, podrá descubrirse á su infame autor. Id, id, señor García de Albornoz y vigilad la salida.»

El guarda mayor salió, y la servidumbre quedó allí silenciosa, pero con el silencio de la consternacion.

«¿Quién ha entrado esta noche en la cámara de su alteza?

—Doña María de Castro, contestó el camarero que habia introducido á doña Mencía.

—¿La ha visto salir alguien?»

Nadie contestó.

«Esa dama no ha salido por la puerta, y estos aposentos no tienen mas que una salida, repuso el mismo camarero.

—Registrad.»

Toda la servidumbre se estendió por las habitaciones inmediatas; se registró todo, hasta detras de los tapices, y nada se halló: por otra parte, las ventanas eran demasiado altas para que pudiera suponerse que habia escapado nadie por ellas, no contando con una ayuda.

«Presos quedais, hasta que este misterio se aclare. Entre tanto, procurad que por ningun medio se sepa que el rey ha muerto.»

Y tras estas palabras, doña Mencía salió de la cámara de

don Alonso, y entró en la suya, calenturienta, fuera de sí: tomó un papel y rasgueó en él las siguientes palabras.

«Tu aviso ha llegado tarde, Beltran: el infante ha sido en»venado. Creo tener el hilo de esta infame trama. Apresúrate, »ven pronto, y acaso lograremos castigar al criminal. Del cas»tillo de Cardeñosa, á 5 de julio de 1468.=*Mencía de Padilla.*»

«¿Estás ahí, Hernando? dijo despues de haber cerrado y sellado aquella carta, yendo á la puerta de su retrete.

—Sí, aquí estoy, querida esposa, y por cierto demasiado impaciente.

—Pues bien, Hernando, á caballo; da esta contestacion al que te entregó la carta que has traido. Ademas; ve, busca á doña María de Castro, y traela de grado ó por fuerza aquí.

—¿Aquí?

—Sí, á mi cámara; pero al momento.

—¿Es decir que ya no llevo á esa dama á Avila?

—Estamos perdiendo el tiempo, esclamó impaciente doña Mencía. A caballo, Hernando, á caballo. Esa carta á su destino. Doña María aquí; muerta ó viva.»

Hernando de Carrillo no tuvo por conveniente responder ni una sola palabra, y salió murmurando:

«¡Vive Dios, que mi muger no varia! Me sucede esta vez lo que siempre: no sé una palabra de lo que se trata. Pero pues ella lo hace, tendrá razon.»

Poco tiempo despues, Juan el aventurero llevaba al meson la respuesta de doña Mencía, y la entregaba al hostalero, que á su vez la traspasaba al incógnito; y por otra parte, María, á pesar de sus protestas y de sus súplicas, entraba en calidad de presa en la cámara de doña Mencía, con quien la dejó sola Hernando de Carrillo.

«¿Dónde habeis estado esta noche? señora, la dijo doña Mencía.

—En la cámara del rey, contestó temblando María.

—De la que habeis salido maravillosamente, puesto que no teniendo mas que una sola puerta nadie os ha visto salir.

—He salido por una puerta secreta que comunica desde la cámara del rey á la mia.

—¿Sabeis que el rey ha sido envenenado?»

María rompió á llorar.

«Ha muerto en mis brazos, señora.

—¿Y sin duda por eso no habeis querido que os vieran salir por donde habeis entrado?

—Temí que se me acusara de un crímen que no he cometido.

—Huis, sin embargo.

—Bien sabeis, señora, que he salido del castillo por una órden espresa y reservada de don Juan Pacheco, y aun asi, cubierta con un manto.

—¿Y por qué si ha muerto el rey en vuestros brazos no habeis llamado, no habeis pedido socorro?

—El veneno era mortal: pedir socorro hubiera sido avisar al asesino, la acusacion hubiera recaido sobre mí, no hubiera podido defenderme, se me hubiera sentenciado, y muerta yo, engañada la justicia humana, nadie hubiera podido vengar al rey.»

Doña Mencía conocia demasiado el lugar en que se encontraba colocada poco antes María en el corazon del infante: habia seguido paso á paso aquellos misteriosos y purísimos amores, y por otra parte su perspicacia mugeril no podia engañarse en cuanto á lo acerbo del dolor de la jóven.

«¿Y sospechais el nombre de quien se ha atrevido?....

—Sabeis su nombre tambien como yo, esclamó María; y me estais torturando inútilmente.

—Si le supiera de seguro no os le preguntaria.

—¿Qué no le sabeis? ¿pues quién otro puede ser que el marqués de Villena?

—¡El marqués de Villena! ¿Estais en vos, María? ¿qué ventajas pueden resultar de este crímen á don Juan Pacheco? El rey era su sosten: muerto el rey no es nada.

—Se asirá á la infanta doña Isabel.

—La infanta es demasiado noble, demasiado virtuosa, para

no castigar al asesino de su hermano. El dolor os estravia..... meditad..... recordad bien.

—¡En verdad que parece imposible que el marqués!....

—No pensemos mas en eso.

—Pues entonces, señora, dijo María rompiendo á llorar de nuevo, no sé quién pueda ser el asesino.

—Lo sabré yo, os lo juro, dijo doña Mencia, y ese crímen se vengará..... como pueda vengarse.

—¡De una manera pública por la mano del verdugo!

—No, no, es necesario no dar un escándalo. Tened mucha cuenta con vos. Castilla se horrorizaria de saber que hay en ella quien asesina reyes; don Alonso aparecerá como muerto de los amagos de la peste que se nota en Cardeñosa..... y eso dirá la historia..... acaso, acaso haya quien trasluzca la verdad.

—Pero al menos, señora, haced prender al repostero que sirvió la comida.

—¿Y qué haremos con eso?

—El tormento le arrancará una confesion.

—Acaso eso seria conveniente: pero ademas deben haberse valido de otra persona.

—Prended á don Ferrante de Silva.»

Movió la cabeza en ademan de duda doña Mencía.

«No creo al abad capaz de tanto.

—Sí, pero frecuenta el trato de doña Luz de Osorio, y esa muger.....»

Quedó profundamente pensativa doña Mencía.

«¡Oh! he hecho bien en haceros venir, esclamó; yo nunca hudiera sospechado..... Hernando, Hernando.»

El capitan del rey entró, y su muger habló con él en silencio algunas palabras: el rostro de Hernando se animó con una espresion feroz.

«Otro tunante en mis manos, dijo: afortunadamente este no es como aquel: con este se puede concluir limpiamente á estocadas sin tener necesidad de despeñarle por unas escaleras.

—Ten muy en cuenta no prevenirle; dile simplemente que

yo le necesito armado de todas armas: en cuanto al repostero, obra como mejor quieras; pero siempre evitando el que pueda sospechar nada.

—¿Y doña Luz?

—Doña Luz, no..... ahora no..... tiempo nos queda: seria imprudente.

—¿Y dices que tenemos encima al rey de Portugal y al duque de Alburquerque? Dios quiera que no tarden. Voy á despachar tu encargo. De seguro esta noche hay cuchillada que enciende fuego, añadió el capitan saliendo; pues bien, no importa..... me alegro..... ahorcaremos ó degollaremos algunos bribones, y tomaremos fuerzas para seguir adelante.»

El capitan se perdió en las galerías. Las dos damas quedaron solas; la fiebre devoraba á María: sus palabras empezaban á ser incoherentes, y doña Mencía la llevó á su lecho y la obligó á acostarse. Poco despues sintió en la cámara la voz de Hernando de Carrillo.

«Mi esposa os necesita, señor repostero, decia, para que le prepareis algunos manjares con que piensa sorprender á ciertos amigos que espera. Mi esposa es una buena señora, á quien se le ocurrren de súbito ciertos pensamientos estraños, y tiene la costumbre de realizarlos al momento.

—En verdad, señor, que no ha sido muy cariñoso el modo de avisarme.

—¡Bah, señor Gaspar! yo sé que sois demasiado afecto al lecho, y que no os sacaria buenamente de él sino en brazos de cuatro de mis mancebos. Afortunadamente habeis elegido para vivienda una torrecilla solitaria, harto distante de las demas habitaciones; de otro modo hubieran podido escuchar vuestros gritos desesperados: eso hubiera sido inutilizar la sorpresa con que cuenta mi esposa. Pero hela aqui: os dejo con ella, que os informará.

—¿Y el abad, Hernando? le preguntó al pasar doña Mencía.

—Le dejo armándose para venir á verte.

—Seria bien que tuviese quien le observase.

—¡Bah! don Ferrante trabaja por su cuenta, y de seguro que no irá al marqués de Villena antes de saber á qué debe atenerse.

—¿Tienes apercibidos tus ginetes?

—Al pié de sus caballos en la plaza de armas.

—Bien, sal, y no te retires de la antecámara.»

Quedó solo Gaspar el repostero con doña Mencía, que le embistió, por decirlo asi, de frente.

«¿Cuánto os han dado, miserable, le dijo, por poner el tósigo en el plato del rey?

—¡Por poner un tósigo en el plato de su alteza! esclamó con espanto el repostero.

—Os pregunto cuánto precio ha sido bastante para que asesineis á un rey.

—Mandadme ahorcar, señora, pero no me atormenteis acusándome de un delito que me horroriza.

—¿Quién ha condimentado los manjares que se han servido en la mesa del marqués de Villena donde ha comido hoy su alteza?

—Yo, contestó temblando Gaspar.

—El rey ha muerto envenenado.

—¿Y cuándo ha muerto el rey?

—Su alteza no ha tomado ni aun agua desde que comió con don Juan Pacheco.

—Esperad, esperad, señora: creeis que esa dama que acompaña la corte sea capaz.....

—¿Doña Luz Osorio, ó doña María de Castro?

—Doña Luz Osorio.

—Hablad.

—Yo asistia á la comida, y ví que esa dama entregaba á un paje un plato de truchas..... el paje las sirvió al rey, que las comió con apetito: ese plato no se habia hecho en mis cocinas; puedo probarlo con la declaracion de mis marmitones..... que se les prenda como á mí; que se les traiga aqui; que se les pregunte fuera de mi presencia, y consiento de buen grado en

que se me ahorque, si hay uno solo que diga que han entrado hoy truchas en mis cacerolas.

—¿Y sereis capaz de sostener vuestro dicho?....

—Delante del mundo entero.

—Su señoría don Ferrante de Silva, dijo un paje á la puerta.

—Ocultaos tras aquel tapiz, dijo doña Mencía al repostero, que obedeció; que entre su señoría, añadió volviéndose al paje.»

Doña Mencía compuso su semblante, y el abad entró, adelantó, y se inclinó profundamente ante ella. Venia armado de todas piezas, y en su semblante se notaba cierta espresion de cuidado.

«Sentaos, señor abad, le dijo doña Mencía; mi esposo.....

—Vuestro esposo me ha dicho que me necesitábais armado de todas armas: al pasar por las galerías, he visto ginetes en el patio: ¿se trata de una espedicion?

—Sí por cierto; el rey, á quien han gustado sobremanera las truchas que le hicísteis servir hoy por medio de doña Luz Osorio en la mesa del marqués de Villena.....»

Aquella estraña salida sorprendió de tal manera al abad, que esclamó con indignacion:

«Os juro, señora, que me calumnian.

—Pues el rey, desde la eternidad, os pide cuentas del precio de esa trucha para pagárosla en buena y limpia moneda.»

La cólera del abad estalló.

«Este es un lazo infame que se me tiende, esclamó poniéndose de pié y adelantando hácia doña Mencía, que se habia levantado.

—No, no se os tiende un lazo, esclamó doña Mencía, creyendo encontrar una prueba en la descompostura del abad; vuestra palidez, vuestra turbacion, vuestras palabras, que barbota el temor, dicen bien claro que vos sois el asesino. ¡A mí, Hernando, á mí! esclamó doña Mencía, hácia quien adelantaba rechinando los dientes el abad.

—¡Eh, mi noble envenenador! esclamó Hernando de Carrillo cayendo de un salto sobre el abad y haciéndole volver vigo-

rosamente: dejad de amenazar damas, y veamos si sois tan fuerte con los soldados.

—Repito que esto es una traicion, esclamó furioso el abad.

—No alboroteis, amigo mio, porque si lo meteis á barato, hago entrar á la gente que tengo en la antecámara, y os cuelgo como mereceis de una almena; pero entonces seria necesario decir á son de clarin por qué se os habia ahorcado, y hay un grave interés en que no se conozca por ahora el asesinato de don Alonso. Está aqui su hermana, que duerme descuidada en su cámara y á quien haria un horrible mal la vista del cadáver, sin otras razones de gran peso que no habeis menester saber.

—En verdad que estais locos, dijo el abad conteniéndose, en atribuirme un delito cuya existencia ignoraba, y que deploro como vosotros.

—Abreviemos tiempo, Hernando, esclamó doña Mencía en un acento tan terrible como jamás le habia oido Carrillo: ese hombre pertenece á la justicia de Dios..... matadle en buena ley.»

Y sin decir mas salió rápidamente de la cámara, dejando solos en ella y armados sin ventaja, al capitan del rey y al abad de San Martin.

Hernando de Carrillo desplegó entonces una serenidad heróica, sin inmutarse, sin poner mano á la espada, aunque el abad habia desnudado la suya, se dirigió á él con el acento mas reposado del mundo.

«¿Conocísteis al arcediano don Gonzalo de Arévalo, que fué limosnero de la reina? le dijo.

—No comprendo á qué venga esa nécia pregunta en esta situacion, contestó el abad.

—¿No lo comprendeis?.... os aclararé mi intencion. Vos creereis, como todos, que el buen arcediano murió por un desgraciado resbalon, despeñado por unas escaleras; pero no sabeis que yo fuí quien le empujó: aquel era un cobarde zorro: mi muger tuvo sus razones para darle salida para el otro mundo, y yo le despaché como me era posible, sin escándalo y de una manera que no me negareis fue ingeniosa. Vos sois un lobo bas-

tante fuerte para que sea necesario valerse de mas artes que de una espada: sois valiente, bien lo sé; pero yo no soy cobarde: acogotais de una puñada á un toro; yo os prometo partiros de un solo mandoble vuestro yelmo de Milan.....

—Si os dejan en posicion de hacerlo, señor Hernando de Carrillo, esclamó una voz detras de él, mientras una puñalada se abria paso en sus espaldas. Era el repostero, á quien el miedo hacia cometer un horrible asesinato.

—¡A mí, á mí, lebreles mios! esclamó el capitan del rey vacilando sobre sus rodillas..... ¡á los asesinos! ¡á los traidores!»

No pudo decir mas, y cayó desvanecido á punto que sus soldados entraban en la cámara por una puerta, mientras doña Mencía entraba por la otra.

Entonces tuvo lugar una de las terribles escenas tan frecuentes en aquellos tiempos de hierro: los soldados, al ver tendido por tierra á su capitan, embistieron con los dos hombres que encontraron en la cámara, escitados por la voz de doña Mencía rugiente por el dolor.

El repostero cayó atravesado por diez partes á un tiempo; pero el combate del abad fue horrible: replegado al hueco de una ventana, apellidando socorro y traicion á grito herido, se defendia con la tenacidad de la desesperacion; á cada momento se aumentaban á su alrededor los soldados, y los resistia como el toro que se ve rodeado de perros de presa; algunos hombres se revolvian tendidos á sus pies, mientras los otros, escitados de contínuo por la terrible voz de doña Mencía, le acosaban mas y mas: entre tanto, el ruido del combate habia puesto en alarma el castillo: el marqués de Villena y el arzobispo de Toledo, armados y al frente de sus soldados, avanzaban hácia la camara de doña Mencía, cuando don Ferrante, cansado ya, dejó caer la espada y se resignó á morir, lo que no tardó en suceder..... Su cadáver destrozado fue arrojado por la ventana al foso á punto que entraban en la cámara don Juan Pacheco, el arzobispo de Toledo y sus hombres de armas.

Pero antes de que hubiesen tenido lugar de dirijir la palabra á doña Mencía, sonó fuera trabado crujir de combate, que

solo duró un momento; por mucho cuidado que el guarda mayor, García de Albornoz, habia tenido en que los que estaban dentro de la cámara del infante no se comunicasen con nadie, los donceles, indignados por aquel horrible asesinato, tuvieron medio de descolgar por una ventana á uno de ellos, que llevó la noticia á las demas gentes del castillo: el resultado fue eléctrico; armáronse los que no lo estaban; apellidaron venganza, escepto los pocos soldados que habian recogido á su paso el arzobispo y el marqués de Villena; forzaron la guarda; corrieron á la cámara de la infanta doña Isabel, la arrebataron consigo y la llevaron en hombros á la villa, á punto que entraban por ella las huestes del rey de Portugal y de Beltran de la Cueva.

La infanta, herida en el corazon por la muerte de su hermano, que se atribuyó á la peste, dió aquella noche la primera muestra de la varonil energía con que mas adelante pasó por cima de las situaciones mas difíciles: habló al rey de Portugal como á un igual á quien se tiene derecho á exijir ayuda, y á Beltran de la Cueva como una reina que manda á su vasallo; y cuando sedientos de venganza se encaminaron las dos huestes al castillo, no hubo poder humano que la impidiera ir á su frente.

El pasajero ruido del combate que por la parte de afuera habia sorprendido al arzobispo y al maestre, era la irrupcion de aquel ejército en el castillo. La misma confusion salvó á los dos nobles rebeldes. Seguidos de algunos soldados adictos, salieron por una galería; bajaron al postigo y escaparon á campo atraviesa á toda la carrera de sus caballos.

Cuando se vieron frente á frente Beltran y doña Mencía, era horrible el cuadro que los rodeaba: Hernando de Carrillo espiraba en el lecho de su esposa, adonde habia sido conducido; fuera se oian los gritos de los moribundos heridos por la espada de don Ferrante, y María, pálida, con la mirada estraviada, convulsa, parecia la estátua de la fatalidad.

«He llegado tarde, muy tarde; esclamó Beltran apoyándose tristemente en el pomo de su espada.

—Pero no habeis llegado tarde para recibir mi última voluntad, esclamó débilmente Hernando de Carrillo: vos sois la causa,

la única causa de todo lo que está sucediendo hace tanto tiempo; si vos no hubiéseis abandonado á mi muger por la reina, yo no hubiese llegado nunca á marido, mi muger no hubiera tenido necesidad de vengarse y de intrigar, y se hubiera ahorrado mucha sangre. Puede ser que yo me hubiera cansado alguna vez de hacer el papel de simple..... pero ese hubiera sido asunto nuestro, señor duque. Dios ó el diablo lo han hecho de otro modo. Afortunadamente yo me muero, y podrá suceder que mañana se muera tambien doña Mencía de Mendoza, con lo que quedais los dos libres; casaos, y de este modo podrá suceder que tenga alguna paz el reino. Ahora, dejadme morir en paz.»

Lo que llamaba su última voluntad Hernando de Carrillo, podia tomarse por una maldicion. Fue necesario que llegase la muerte, para que aquella víctima del capricho conyugal demostrase que no habia sido tonto, sino sufrido. Enlazado á una muger que era mucho mas fuerte que él, sucumbió en la lucha, de la misma manera que se romperia un cántaro de arcilla puesto en contacto con otro de hierro.

El capitan de la guarda morisca del rey murió al amanecer, asistido por doña Mencía que no se separó un momento de su lado, y que vertió por él sinceras lágrimas, aunque no tan desesperadas como las que derramaba la infanta doña Isabel sobre el cadáver de su hermano.

Con los acontecimientos relativos á Beltran de la Cueva variaron enteramente sus intentos, y con la muerte del infante don Alonso y la huida de los rebeldes, la faz de las cosas públicas.

Doña Mencía y Beltran de la Cueva se entendieron al fin, y Enrique IV pudo creer, por un momento, que habia terminado la guerra civil.

Lo que vamos á decir, puede considerarse como el epílogo del libro cuarto.

La reina doña Juana de Portugal recibió en el castillo de Alahejos, casi al mismo tiempo que acontecia la muerte del infante don Alonso, la siguiente brevísima carta de Beltran de la Cueva.

«Todo ha muerto entre nosotros. El amor que os tuve, de-

»bido sin duda á hechizos y malas artes, se ha cambiado en »desprecio. En vuestra conciencia teneis la razon justísima que »me asiste, como yo tengo entre mis manos al bello don Jofre »Tenorio.= *El duque de Alburquerque.*»

Este rudo golpe, tan injusto, tan inmerecido, aniquiló la razon, ya vacilante de la reina, que permaneció abandonada, loca, en el castillo de Alahejos, despreciada por todos, hasta por su mismo hermano.

En cuanto á don Jofre Tenorio, recibió por recompensa de su traicion un alto cargo en Sicilia, dado por el rey don Juan de Aragon á instancias de doña Mencía.

María, la desdichada María, apenas repuesta de la grave dolencia que la causó la pérdida de don Alonso, partió sedienta de venganza á Coca en busca de doña Luz Osorio; pero esta, por órden de don Juan Pacheco, se encontraba presa en el convento de Santo Domingo el Real de Madrid, donde la obligaron á profesar, y la tuvieron en una estrechísima clausura. Allí la buscó María, y poco despues se encontró á doña Luz muerta al pié de un altar del claustro.

En cuanto á María, diz que se hizo una monja tétrica y penitente, y que andando el tiempo se la encontró muerta en su celda, teniendo entre sus manos crispadas el retrato del infante don Alonso.

En cuanto á la muerte de este príncipe, se duda todavía si fue por tósigo, ó por efecto de la peste que por aquel tiempo afligia á Castilla.

FIN DEL LIBRO CUARTO.

LIBRO V.

La union de las dos coronas.

CAPITULO I.

De lo que aconteció desde el final del libro anterior, con otros particulares.

ERA el mes de setiembre de 1469, es decir, mas de un año despues de los sucesos en que termina el libro anterior. Antes de seguir adelante debemos, como narradores históricos, decir lo que pasó en Castilla en el discurso de aquel año.

Con la muerte del infante don Alonso, cambiaron enteramente las facciones: la mayor parte de los nobles se redujeron al servicio del rey don Enrique. Burgos y Toledo que se habian rebelado, se sometieron por los buenos oficios del conde de Haro: en Madrid el arzobispo de Sevilla, el conde de Benavente y otros grandes, rindieron de nuevo al rey pleito homenaje. Los que

quedaban mal contentos al bando de don Juan Pacheco, perdido el pretesto del desventurado infante, volvieron la vista á doña Isabel y fueron á encontrarla á Avila, encargándose el arzobispo de Toledo de persuadirla á que aceptase la corona. La contestacion de la infanta fue noble y digna de su virtud y de la fuerza de su carácter:

«Yo os agracezco, les dijo, lo que por mí quereis hacer, y deseo poderos pagar algun dia vuestros buenos oficios: pero por buena que sea vuestra voluntad, considerad que lleva en sí una declarada rebeldía contra vuestro señor legítimo y natural. Ya en la desastrada muerte de mi infeliz hermano, podeis conocer el enojo de Dios, á que de nuevo quereis esponeros. Lo que deseais no puede dar otros resultados que traer nuevas alteraciones sobre estos reinos tan trabajados, tan combatidos, tan necesitados de paz y de gobierno. Ni es posible, ni natural, ni justo, que haya dos reyes en un mismo pueblo. En cuanto á mí, deseo que tarde mucho en ceñirse á mi cabeza la corona, porque la vida del rey sea mas larga, y su magestad mas durable. Mientras él viva no espereis que yo consienta en llamarme reina. Poneos, pues, bajo la obediencia del señor rey mi hermano, y restituid asi la paz al reino en que habeis nacido, y este será el mayor servicio que podreis hacerme.»

La magnanimidad que representaba esta respuesta, admiró á los mismos rebeldes, que se vieron obligados á reconocer la razon, y, desesperados ya, se fueron á encontrar al rey, asiéndose á un acontecimiento que parecia poner la razon en sus manos.

La reina doña Juana habia escapado del castillo de Alahejos con ayuda del alcaide Luis de Mendoza, y se habia ido á Buitrago desesperada, loca, á unirse con su hija, y procuró alzar pendones por ella. Los confederados, cansados ya de la guerra, se asieron á este pretesto, y fueron bajo seguro á verse con don Enrique, y ayudados de Beltran de la Cueva, que se habia vuelto enteramente, de Andres de Cabrera y de otros señores adictos al rey, se asentó la paz con las siguientes condiciones.

«Que la infanta doña Isabel seria declarada y jurada princesa heredera del reino, dándole para su acostamiento las ciudades

de Avila y Úbeda y las villas de Medina del Campo, Olmedo y Escalona, con condicion de no poder casarse sin consentimiento del rey.

»Que el rey se divorciaria de doña Juana de Portugal con beneplácito del papa, y que ella y su hija serian enviadas á Portugal.

»Que se otorgaria perdon á los grandes confederados, y se les volverian todos los bienes, oficios y cargos que durante el tiempo de las revueltas se les hubiesen quitado.

»Que para efectuar todas estas cosas, se daria un plazo de cuatro meses.»

Pero estas capitulaciones encontraron una oposicion decidida en la poderosa familia de los Mendozas, que creian les era mas provechoso tener en su poder á la pretendida princesa doña Juana. Hubo nuevas alteraciones, nuevos capítulos, y al fin se concertó que el rey se viese con los conjurados en el monasterio de los Toros de Guisando, á la mitad del camino de Madrid á Avila, entre las villas de Cadalso y Cebreros. Tratóse mucho, se exigió su demasía por los grandes, resistióse el rey cuanto pudo á condiciones onerosas, y al fin en una entrevista con don Juan Pacheco, de que el viejo y astuto cortesano supo aprovecharse para aumentar su estado, se convino en que se cumpliesen las capitulaciones anteriores; el obispo Antonio Veniero, nuncio del papa, absolvió á los rebeldes del homenaje prestado al infante, se echó tierra sobre su muerte, que se atribuyó á la peste negra que andaba entonces en Castilla, y se juró princesa heredera del reino á la infanta doña Isabel á diez y nueve de setiembre de 1468.

Perdonóse á todos escepto á Pedrarias de Avila y á su hermano, á quienes el rey, que no habia podido olvidar la pasada pérdida de Segovia, les quitó la ciudad y los alcázares de que estaban apoderados, y los entregó á su mayordomo Andrés de Cabrera.

A pesar del ódio que debia suponerse entre el duque de Alburquerque y el marqués de Villena, entrambos señores se convinieron: don Juan Pacheco se apoderó de nuevo de la privanza

Lith. de Bonora.

Dª ISABEL LA CATÓLICA.

del rey, y Beltran de la Cueva, á quien habia dejado viudo la peste negra, llevándose á la pobre Mencía de Mendoza, se hizo al parecer indiferente á todo, y volvió con mas fuerza que nunca y de una manera desembozada á los amores de doña Mencía de Padilla.

La situacion habia cambiado enteramente, y debia suponerse que no habiendo motivos de descontento se asegurase la paz, y tal debia haber acontecido á no haber andado de por medio el marqués de Villena, que vuelto á la privanza empezó á apoderarse de todo con mengua del rey y disgusto de los grandes, hasta el punto de persuadir á doña Isabel á que le acompañase á Ocaña á principios de enero de 1469.

La causa de esta sumision de la princesa era efecto de la industria del arzobispo de Toledo, que conocedor de sus amores al infante don Fernando de Aragon, la habia hecho vislumbrar que lejos de la corte la serian mas fáciles unas vistas con su prometido. Pudieron en esto mucho la persuasion de doña Mencía de Padilla y los ruegos de doña Beatriz Fernandez de Bobadilla, su confidenta y su amiga.

Esto no habia sido mas que una artería del arzobispo contra don Juan Pacheco, que para evitar el casamiento de doña Isabel con don Fernando, que de ningun modo le convenia, queria casar á la princesa con el rey don Alonso de Portugal, y á su propuesta vino como embajador de aquel rey el arzobispo de Lisboa don Alonso de Noguera. Sabedor el rey de Aragon de ello, envió de embajador al mismo tiempo á Mosen Pierres de Peralta para pedir la mano de doña Isabel para don Fernando de Aragon, que por muerte de su madre y por la avanzada edad de su padre, habia sido nombrado rey de Sicilia por las córtes de Zaragoza, prévia cesion del rey, su padre, para que con aquella alta investidura pudiese ayudarle mejor en el gobierno de sus reinos.

Para que el rey don Enrique anduviese ademas perplejo é irresoluto, el cardenal Atrevatense vino como embajador de Luis XI de Francia, á pedir la mano de la princesa para su hermano Cárlos, duque de Berri. El rey despidió á los embajadores

sin una negativa, pero tambien sin una contestacion positiva, y Mosen Pierres de Peralta tuvo medio y habilidad de interesar al arzobispo de Toledo en favor de don Fernando, rey de Sicilia.

Pero la infanta resistió la boda de Portugal de una manera tan franca y enérgica, y se dió tal maña el arzobispo de Toledo, que don Juan Pacheco, que queria tener un asidero seguro, se decidió como siempre por los medios estremos; y si contemporizó por el momento, no fue sin el mas decidido propósito de apelar á la violencia cuando las circunstancias lo exigiesen.

Por este tiempo, Beltran de la Cueva, que parecia haberse retirado de los negocios, acaso de concierto con doña Mencía, aconsejó al rey, que puesto que habia paz en el reino, revolviese contra el enemigo comun, esto es, contra el reino de Granada. Bajo este pretesto se encubria una medida política. Andalucía andaba revuelta. Por la muerte del duque de Medina Sidonia, habia entrado á poseer su herencia su hijo bastardo don Enrique, que con ella heredó los ódios y las parcialidades de su padre. Seguian su partido el conde de Arcos y don Alonso de Aguilar, y estos caballeros tenian levantada la tierra en nombre de la infanta doña Isabel. Las circunstancias especiales en que se hallaba esta, el empeño con que pedian su mano grandes príncipes, y el amor que la profesaba la mayoría del reino, debido á las noticias que se tenian de su prudencia, de su talento, de su valor y de sus virtudes, hicieron temer al rey, que si un partido poderoso avanzaba hasta ponerla en el trono, seria para él el reino cosa perdida. Beltran de la Cueva, amaestrado ya en las intrigas cortesanas, demasiado conocedor de la precaria situacion en que se encontraba, separado, ó por mejor decir, repelido por sus celos y por su dignidad de la reina, se doblegaba á las circunstancias, fingia adhesion á la infanta, pero sin comprometerse gravemente: se dejaba llevar por el aluvion, y esperó un momento en que pudiera resucitar los pretendidos derechos de su hija la Beltraneja. Para esto le era necesario apoderarse de doña Mencía, en cuyas manos podia decirse que estaba por entonces la corona de Castilla. Indicarla á que satisfecha su venganza contra la madre no la trasmitiese á la hija era

difícil, y mas que difícil, arriesgado. Beltran de la Cueva por lo tanto, fingia y esperaba.

Pero por lo bajo, en silencio, sostenia á su suegro el duque del Infantado, y á toda la familia de los Mendozas, al bando de madre y de la hija. La guerra civil, por lo tanto, no estaba mas que suspendida, y esto, que se vislumbraba, tenia á la nobleza atenta, esperando la primera chispa para dividirse de nuevo en bandos, que debian ser tanto mas terribles, cuanto mas se estrechaban las distancias. Los Mendozas llegaron hasta el punto de aconsejar á la reina doña Juana que apelase para hacer valer el derecho de su hija al tribunal del Sumo Pontífice; y segun el cronista Alonso de Palencia, pusieron una noche en la puerta de la morada de doña Isabel, un cartel en que se protestaba del tratado de los Toros de Guisando. Don Juan Pacheco, doble é irresoluto siempre, al par que apoyaba las pretensiones del rey de Portugal á la mano de doña Isabel, sostenia á socapa la influencia de los partidarios de la Beltraneja y parecia adherirse á ella. Lo cierto del caso era, que nada habia tan contrario á los intereses de don Juan Pacheco, como un enlace entre las familias de Castilla y Aragon, porque habiendo pertenecido á la última los estensos dominios de su marquesado, temia perderlos si se efectuaba aquel enlace y se establecia en Castilla alguno de aquella real casa.

La resistencia de Isabel á contraer matrimonio con otro que con su primo don Fernando de Aragon, la puso á punto de que la violencia decidiera de su suerte; pero las revueltas de Andalucía, que apretaban cada vez mas, decidieron á Don Juan Pacheco á marchar con el rey, y esto fue, como suele decirse, la tabla de salvacion para la princesa.

Esto acontecia en enero de 1469. El estado de Castilla era cada vez mas lamentable; las leyes habian quedado enteramente reducidas á una letra muerta; la insubordinacion de la nobleza habia llegado al último límite; la administracion de justicia era un perenne escarnio de la ley; la seguridad individual estaba entregada al acaso; y en fin, para marcar el estado de decadencia del reino, basta establecer una comparacion entre el guaris-

mo de las rentas reales en los primeros tiempos del reinado de Enrique IV, y el de los últimos del mismo. En 1455 las rentas de la corona ascendian á mas de sesenta millones de maravedises de aquel tiempo, ó lo que es lo mismo, á mas de veinte y tres millones de reales de vellon: en 1469 habian quedado reducidas á tres millones quinientos cuarenta mil reales. El resultado de esta comparacion dice por sí solo mas de lo que pudiéramos escribir en muchas páginas. Faltaba, pues, á la corona, el prestigio de la opinion, la ayuda de la fuerza y los medios de sostenerse. En cambio la nobleza habia crecido de una manera escandalosa, y no era el rey, sino ella, la que á su placer hacia ó deshacia en el reino.

CAPITULO II.

De cómo mal escarmentado el cronista Enriquez del Castillo, volvió á meterse en la boca del lobo.

Era el anochecer de un nebuloso y triste dia de otoño. Las calles de la villa de Madrigal estaban solitarias, abrillantadas por la lluvia, y azotadas por un friísimo viento norte. Del mismo modo las avenidas del casaron que se llamaba alcázar estaban silenciosas y abandonadas. Solo se veia algun ballestero que de tiempo en tiempo se acercaba al postigo de la gran puerta y miraba con cierta espresion de vigilancia, despues de lo cual volvia á ocultarse como huyendo del soplo del viento.

Si se consideraba atentamente el estado de la villa, se notaba cierta animacion interior de mal agüero, de la cual solian dejarse ver algunas señales por fuera, tales como las de algun hombre armado que atravesaba de una parte á otra, ó algun ginete que salia del alcázar, atravesaba al paso la villa, y se lanzaba á media rienda en el camino.

Poco antes de oscurecer, un hombre montado en una mula negra, completamente rebujado en una ancha caperuza, y una capa de paño pardo, acompañado de diez ginetes, que llevaban echados sobre los cascos los capuces de sus tabardos, llegaron á la entrada de la calle Real por la parte del camino de Andalucía.

El hombre de la mula se detuvo al llegar á las casas, y sin desembozarse dijo con una voz breve y chillona:

«¡Alvar!»

Adelantó uno de los ginetes.

«¿Recordais bien las señas de la casa en que vive el señor arcipreste de Sigüenza.

—Sí señor, contestó el soldado. En la plaza, al lado izquierdo de la iglesia, pegada á su muro: debe tener en uno de sus balcones una palma bendita.

—Pues id, buen Alvar, y decid á su merced que hemos llegado.»

Partió el ginete, y el de la capa y la caperuza se apartó un tanto del camino, para guarecerse detrás de unas tapias, del viento que á cada instante se hacia mas fuerte y mas frio. Un cuarto de hora despues volvió el ginete acompañado de un hombre cuyo aspecto tanto era de escudero como de sacristan.

«Y bien, dijo el hombre que esperaba al que venia: ¿no hay impedimento?

—Vuesamercé puede seguirme sin cuidado, porque no se mueve una mosca en la villa.

—Bien se os puede creer, porque mal tiempo de moscas hace, pero no seria estraño que estuviese algun lobo en acecho. Brava noche se presenta; algo daria yo al que dentro de media hora se vea los dedos de la mano en la calle.

—Pues mejor, dijo el escudero-sacristan.»

En seguida se pusieron en marcha, atravesaron algunas calles, y durante el tránsito, el hombre de la mula se mostró avizorador y receloso. Pero nada vió; nada escuchó. Parecia aquella una poblacion cuyos habitantes hubiesen muerto.

—*Malum signum*, dijo para sí el hombre de la mula: paréceme demasiado profundo este silencio para que no oculte alguna emboscada: ello es que siempre me encargan de comisiones peligrosas, y mucho será que no me encuentre tan apurado como en el lance de Segovia. Paro, ¡bah! el señor Hernando de Carrillo está en los infiernos, pensando prudentemente, y debe hallarse muy lejos de aqui Mosen Pierres de Peralta. Sobre todo, he tenido buena cuenta de no traer conmigo mis crónicas, y esto es ya un cuidado menos. Adelante.»

Por el anterior monólogo sin duda ha conocido ya el lector

al cronista Enriquez del Castillo. En efecto, él era; poco despues se detenia en una plazuela irregular, súcia y negra, formada por el muro de piedra de una iglesia gótica, por la fachada pintorreada de un casaron pegado á ella, y por algunas casucas miserables.

Abrióse la puerta del casaron, y el cronista y los ginetes, precedidos de su guia, entraron en un ancho zaguan cuya lobreguez alumbraban dos criados con hachas. La puerta se cerró: los ginetes pasaron por otro portalon á un patio inmediato, y el cronista guiado por el mismo hombre, subió unas escaleras, atravesó una galería y entró en una cámara donde ardia en una descomunal chimenea medio pino.

Solamente en aquella atmósfera templada con el calor del hogar, fue donde el cronista se atrevió á desembozarse y á despojarse de su caperuza, dejando ver su cabeza cubierta por un gorro negro: arrojó la capa sobre una silla y quedó en hábito talar con una especie de sotana sobre la que se ceñia un talabarte del que colgaba una mediana espada, que al costado del cronista no era otra cosa que un signo vano.

A su llegada se levantó del hogar un hombre alto, flaco, como de cincuenta años, de semblante duro, mirada rápida, profunda y desconfiada, cuyo semblante naturalmente bravío, se dulcificó á la presencia del cronista.

«En buen hora vengais á esta vuestra casa, le dijo: arrimad un sillon, Baltasar, y dejadnos solos.»

Baltasar arrimó un sillon al hogar colocándole entre él y una mesa servida, á la que miró con cierta aficion el cronista.

«Sentaos, sentaos y descansad, le dijo el hombre alto: reponeos del frio y confortad vuestro estómago. Hace un horrible dia: el invierno se nos presenta harto duro.

—¡Quiera Dios que no llueva sangre! don Lope, dijo Castillo estendiendo con placer sus manos hácia la llama.

—¿Y cómo habeis tardado tanto? yo os esperaba lo menos cuatro horas antes, dijo don Lope.

—¿Y quién se atreve á asegurar que en estos tiempos un hombre que anda un largo viaje, llegue á buen tiempo? Gracias

que la ballesta de un bandido no le ataje en la mitad de su camino, que no le envenenen en una venta con sus malditos guisos, ó que no le hagan cautivo algunas de las partidas que tan sueltas andan por todo el reino. He andado fielmente todos los dias las jornadas que se me han prefijado, pero hoy he tenido que permanecer agazapado y oculto en Arévalo, para evitar una de las susodichas desgracias.»

Entre tanto el cronista habia embestido con bizarro apetito á la cena, que se componia de un buen gigote, de un guisado de liebre, de un trozo de pernil, y de algunas groseras conservas, á las que hacian compañía un frasco de estaño lleno de vino, y un enorme pan candeal.

«¡Cómo! ¿hay gente maleante por estos alrededores?

—Maleante no, mal intencionada sí: suponed que estais desvelado, que ois pasos de cabalgaduras y voces de hombres, que matais la luz, os asomais á una ventana, y veis al resplandor de antorchas, de que se sirven para guiarse entre lo oscuro de la noche, algunos escuadrones.

—¡Ah! ¿escuadrones que llevaban en su bandera un escudo barreado de sinople en gules, con tres lobos en el mar, y el sombrero del pescador al timbre?

—Esas serian las armas del arzobispo de Sevilla, y de seguro que yo no me hubiera recatado de su señoría. Ví ciertamente dos banderas: pero la una estaba acuartelada con castillás de oro en azur, banda de veros, orla de aspas y yelmo de bastardía con corona real, y la otra con jaqueles negros en lonsange sobre campo de oro, orla de lobos rampantes, y sombrero pastoral al timbre.

—¡Ira de Dios! esclamó el arcipreste; esto es: las mesnadas del almirante don Fadrique Enriquez, y las del arzobispo de Toledo don Pedro Giron.

—Cabalmente.

—¿Y eran muchas las lanzas?

—Por cima de quinientas.

—¿Completas?

—Con sus correspondientes ginetes y peones.

—Pero siendo asi, debian ya haber llegado.

—Despues que partieron tomé lenguas y supe que en vez de dirigirse á Madrigal, se habian encaminado á San Cristóbal por caminos de atraviesa.

—¡Pues! para apoderarse del castillo que es demasiado fuerte, y tener un punto en que quedarse á la vista si les sale mal el golpe.

—Acaso tengais razon.

—Y como el alcaide Nuño Artal, solo tiene para la defensa diez ballesteros, se habrá visto precisado á entregarse.

—Pues no es lo peor eso. Por el camino he sabido que los rebeldes han enviado mas lanzas á Olmedo, á Ragama, al Fresno y á Medina del Campo.

—Eso quiere decir que estamos cercanos.

—Pero tambien es cierto que el arzobispo de Sevilla debe estar ya muy cerca: se le ha visto ayer por la mañana con cuatrocientas lanzas en Alba de Tormes.

—¡Ah! de ese modo..... ¿pero no habeis notado el aspecto silencioso de la villa?.... Desde hace algun tiempo suceden aqui cosas estraordinarias; no cesan de entrar y salir del alcázar ginetes encubiertos: cuando se presenta en las calles la infanta doña Isabel, eternamente acompañada de su mayordomo Gutierre de Cárdenas, á quien Dios confunda, y de su cronista Alonso de Palencia; cuando se presenta, repito, la miran ya como reina, y los muchachos entonan con la mayor desvergüenza cantares al casamiento de don Fernando y de doña Isabel, y mi señor, el obispo de Burgos, sobrino de don Juan Pacheco, apenas sabe á qué atenerse con las relaciones contradictorias de los criados de la infanta á quienes ha comprado. Todo depende de un golpe de mano, tanto mas cuanto hace dos dias que descaradamente se anda paseando por las calles Mosen Pierres de Peralta.»

Suspendió el cronista su comida y se puso pálido.

«¡Cómo! esclamó, ¿está aqui el señor condestable de Navarra?

—Revestido de plenos poderes. Los camareros de la infanta dicen que pasa horas encerrado con ella, escribiendo y dispu-

tando, y aunque no han podido descubrir qué escriben ni de qué disputan.....

—Es fácil adivinarlo; se trata no menos que de las capitulaciones matrimoniales..... Pero ¡bah! os digo que segun se encuentran las cosas, no es tan fácil ni tan pronto ese matrimonio..... falta la dispensa del papa..... que no la dará, porque oyendo á la justicia está decidida por la infanta doña Juana.

—No se hasta donde pueda contenerlos ese inconveniente. El arzobispo de Toledo es hombre que no se detiene en barras, y la reina viuda doña Isabel, á pesar de sus dolencias....

—Dicen que está loca.

—En efecto, hay algo de eso. Ha sufrido mucho, ha luchado mucho para que pueda estrañarse su locura. Pero como que su pensamiento dominante solo es que su hija ciña la corona, esa misma locura la hará mas audaz, mas atrevida.

—No importa, don Lope, no importa: para que os tranquiliceis bueno será que sepais á lo que he venido de oculto á vuestra casa. Se trata de dar un golpe de mano.

—¿Contra quien?

—Adivinadlo.

—¿Contra la infanta?

—Sí y no. El objeto es ella, pero la persona á quien se quiere prender es otra.

—¿Al conde de Treviño?

—No tal, es una muger.

—Pues no os comprendo.

—Se trata, en fin, de doña Mencía de Padilla.

—¡Ah! ¡doña Mencía de Padilla!

—Exactamente. Es la primera intrigante de Castilla: mientras esté al lado de la infanta, no tendremos paz ni sosiego.

—Pero señor, si esa dama no entra jamás en el alcázar sino cuando la toca una guarda, ni hace mas que mirarse en los ojos del duque de Alburquerque con quien dicen que se casa.

—¿Qué? se casa doña Mencía con.....

—Con don Beltran de la Cueva.

—¡Oh! ¡oh! he aqui una preciosa noticia para mis crónicas;

¡he aqui lo que esplica perfectamente la matanza de Cardeñosa! ya se ve, el buen Hernando de Carrillo estorbaba..... Pero dejando esto á un lado, los amores de ese hombre con esa muger, que son muy antiguos, no impiden el que ella continue en sus intrigas; por el contrario, las producirá mas y mas..... ¿no sabeis de coro como todo el mundo las infames calumnias que atribuyen la paternidad de la infanta doña Juana á don Beltran de la Cueva? Doña Mencía está celosa, sin motivo, pero cree en esas calumnias; y si sirve de una manera tan decidida á la infanta doña Isabel, no es por otra cosa sino por robar á la infanta doña Juana la corona, creyendo vengarse de este modo del duque de Alburquerque. Doña Mencía ha conspirado, conspira y conspirará, y he ahi lo que nos salva; he ahi por que podremos apoderarnos de ella.»

Movió el arcipreste la cabeza en un ademan de negativa lastimosa.

«¿Fiais algo en la perspicacia del señor obispo de Burgos? dijo el cronista picado por el mudo sarcasmo de don Lope.

—Y tanto, que creo que si estos asuntos tienen un feliz término, se debe á su señoría.

—Pues bien, el obispo ha visto, ha sabido algo, que nos sirve á las mil maravillas. Por ejemplo, ¿conoceis á un hebreo rico que se llama Enoch?

—Sí pardiez: es uno de esos bribones de la *mala sangre*, que siguen á los príncipes por donde quiera que van, como el gato montés sigue al lobo, y que esperan la ocasion de ser necesarios para prestarles una miserable cantidad con una enorme usura.

—¿Y habeis entrado alguna vez en la casa de ese judío?

—Vive retirado como una comadreja, y jamás se deja ver de nadie. Ademas, tiene su casa cerrada á piedra y lodo.

—Ya veo, don Lope, que vos no servis ni para paje de don Juan Pacheco; pero suponia que el obispo os tuviese mas al corriente.

—¿Al corriente de qué?

—De las interioridades y aun de las esterioridades de la casa de Enoch.

—¿Y creeis que su señoría sepa mas que yo?

—¡Bah si lo creo! De seguro vos no sabreis que ese hebreo tiene una hermana.

—No en verdad.

—Que esa hermana es lo que se llama una muger hermosa, á propósito para volver el seso al hombre mas prudente.

—Pero señor, ¿cómo ha podido saberse eso?

—Cuando sabe gastarse el oro á tiempo, se alcanzan resultados maravillosos. Suponed que don Beltran de la Cueva es un hombre demasiado notable para que no se le tenga perpétuamente observado. Que por resultado de esa observacion se descubre que con frecuencia un esclavo negro le espera á la salida de su casa y le entrega un billete, que segun el misterio con que se da y el placer con que se lee, no puede ser otra cosa que un billete de amores. Añadamos que se le echa el guante al esclavo, se le amenaza, se le ofrece, y que á fuerza de maña se le hace hablar, y se sabe que los billetes que recibe don Beltran son de una Ester de diez y siete años, que enamorada del hermoso señor, que hace tanto tiempo está siendo el Benjamin de las damas de Castilla, se le declara y le cita: que el duque galanteador, sin dejar de atender á su negocio ni á sus amores con doña Mencía de Padilla, encuentra muy divertido, muy grato el jugar algun tiempo con los amores de la judía, que acude á sus citas y entra de noche por el postigo de un huerto en la casa de Enoch, que duerme sobre sus arcas repletas.

—Y suponiendo todo eso, ¿de qué nos sirve?

—¡De qué! ya se conoce que no sabeis hasta dónde pueden aprovecharse las pasiones humanas para los asuntos de gobierno. Yo, á mi pesar, lo he aprendido en la corte, y estoy en el caso de que pueda utilizárseme. La única comision que yo traigo es prender á doña Mencía de Padilla, cuya influencia al lado de la infanta doña Isabel, se teme con razon.

—¿Y de qué medio os valdreis?

—¡De los celos!

—¡Ah! esclamó con acento de conviccion el arcipreste.

—¡Pues! traigo instrucciones seguras: sé adonde me he de dirigir para sorprender una cita de la judía con don Beltran..... el señor obispo de Burgos nos ha remitido en este pliego (y el cronista sacó uno de su escarcela) preciosas instrucciones. Hoy es sábado, dia que los hebreos, como sabeis, destinan al descanso y á la contemplacion, y en los que generalmente son engañados por las hebreas: á la media noche, cuando Enoch esté entregado á sus contemplaciones religiosas, Ester recibirá loca de amor á don Beltran, y yo haré que.....

—..... doña Mencía, valiéndose del poder que tiene en la corte, sorprenda á su amante.

—Poco me importa que le sorprenda ó no: lo que yo necesito es que doña Mencía se lance á la calle á media noche con poco acompañamiento, como es de suponer lo haga yendo á un asunto de amores, y en una villa en que ningun temor debe tener por el momento. Vos me prestareis algunos de vuestros criados, que juntos con mis diez ginetes, son suficientes para que yo me apodere de esa muger. Una vez presa, diez hombres y una litera escapan por cualquier parte. Encierro á la dama en un castillo de la frontera, del que me constituyo alcaide, robo de este modo á la infanta el diabólico pensamiento de su camarera, desconcierto á don Beltran de la Cueva, doy lugar al golpe de mano, esto es, á que atortolados con esa pérdida, no puedan defenderse del arzobispo de Sevilla, que estará mañana aqui con sus lanzas y que se llevará á la infanta, que será encerrada, aterrada, violentada, casada en fin con el rey de Portugal; el rey de Sicilia y su padre el de Navarra, y su condestable Mosen Pierres de Peralta, se quedan mirando á la luna, su señoría el obispo de Burgos atrapa el capelo, y vos y yo.....

—¡La mitra!

—Cabal; veo que comprendeis perfectamente la importancia del caso. En cuanto á mí, he llegado á tiempo. Es sábado: son las ocho: hasta las doce no va don Beltran á ver á Ester; nos quedan cuatro horas: en ese tiempo hay lugar sobrado de hacer

llegar á doña Mencía un billete que ya traigo preparado y escrito. ¿Teneis una persona de confianza?

—Nadie mejor que Baltasar.

—Pues llamadle, don Lope, llamadle.»

El arcipreste llamó á su escudero, y una vez presente, el cronista le dirigió la palabra con gran autoridad.

«Se exige de vos un gran servicio de órden del rey, le dijo.»

Púsose todo trémulo el sacristan escudero, y no acertó á contestar una palabra.

«Lo que quiere decir, continuó Castillo, que la fortuna se os entra de rondon por las puertas.

—¿Y qué hay que hacer, señor?

—Nada, muy poca cosa; entregar este billete á doña Mencía de Padilla.

—¡A doña Mencía de Padilla! eso no es tan fácil como creeis, señor, porque esta mañana he visto entrar la litera de esa señora en el alcázar, lo que por razones que yo me sé significa que está de guarda.

—¿Y es ese alcázar algun castillo encantado?

—No, no, señor; pero es muy difícil que entre en él un hombre que como yo sirve á don Lope de Acuña.

—Cabalmente, seria necesario que no os viese doña Mencía. Tomad la carta, buen Baltasar, poneos un antifaz y envolveos en una cumplida capa; id al alcázar, llamad al capitan de la guarda, y entregadle ese billete espresamente para doña Mencía. Vos pudiérais no entrar, pero la carta entrará.

—Pueden detenerme.....

—Se os sacará.

—¡Ay señor! esas gentes tienen garras de gerifalte: por bien que suelten una presa, siempre se han de quedar con alguna carne.

—¿De modo qué vos quereis ser eternamente escudero.....

—¡Señor.....!

—Y que os es indiferente el llegar ó no á ser limosnero de un obispo.

—¡Señor! ¡señor!

—No, no; si teneis reparo no faltará quien lleve esta carta: yo mismo iré.

—No he dicho, señor..... dijo Alvar tendiendo la mano hácia el billete.

—No, no, dijo el cronista; no quiero que se me sirva á disgusto.

—Creo, señor, que lo que vuesamercé quiere es muy hacedero.

—Miradlo bien.

—No tengo inconveniente.

—Pues bien, tomad, y no olvideis lo del antifaz y la capa.

—¿Y cuándo, señor?

—Ahora mismo, de una manera urgente.

—¿Y de quién diré que es este billete?

—No teneis que hacer nada mas que decir: dad esto á doña Mencía de Padilla, que la interesa.

—Muy bien, señor. ¿Y pido contestacion?

—Por el contrario, apenas lo entregueis os quitareis de en medio.

—Muy bien, señor.

—Pues id, os espero de vuelta antes de media hora.»

Alvar salió, se preparó, se puso en camino y llegó al alcázar. Pero antes de que saliera, una muchacha como de diez y siete años que habia estado escuchando tras el tapiz de una puerta, salió tambien de la casa por el postigo de un huerto, y llegando á una casucha vecina, llamó á su ventana.

«¿Quién es? preguntó una voz gruñona desde adentro.

—Soy yo, Inés; dijo la muchacha en voz baja y temblorosa.

—¡Ah! eres tú, hija mia, dijo la voz con mas dulzura abriendo la ventana.

—Sí, buena madre.

—¿Y qué quieres, hermosa?

—¿Está ahí vuestro hijo Cristóbal.

—Sí.

—Pues que vaya al momento en casa de doña Mencía.

—¡Ah! es verdad; la noche es oscura, á propósito para enamorados.

—Que diga á Gonzalo, que le espero al momento por la tapia del huerto.

—¡Ah! por fin se ablanda la paloma.... haces bien, hija mia: el señor escudero es un mozo demasiado garrido para que se le desespere..... ¡Cristóbal! ¡eh! ¡Cristóbal! dormilon, ven acá.»

Poco despues asomó la greñuda cabeza de un muchacho á la ventana.

«Escucha lo que necsita esta buena señora, nieto.»

Inés volvió á repetir su mensaje al muchacho, añadiéndole una moneda de plata.

Poco despues, la jóven volvia á entrar por el postigo del huerto, y el muchacho atravesaba á buen paso las calles de la villa.

Entre tanto, el arcipreste y el cronista levantaban, al calor de la lumbre, magníficos castillos en el aire.

CAPITULO III.

De como se intrigaba en Madrigal en la cámara de la reina doña Isabel.

Al mismo tiempo que esto acontecia en casa del arcipreste, se encontraban reunidos en una cámara del alcázar, la reina doña Isabel, su hija la infanta, doña Mencía de Padilla, y Mosen Pierres de Peralta; lo que motivaba aquella reunion era una carta que los vecinos mas ricos de la villa habian recibido del rey y que estos habian trasmitido á la reina viuda.

Antes de que digamos el contenido de aquella carta, nos permitirá el lector, que volvamos á hacernos cargo del aspecto de aquellas cuatro personas, puesto que han pasado algunos años desde que las describimos por primera vez.

La reina doña Isabel, rigorosamente vestida de blanco, color de luto en aquellos tiempos, no era ya la magnífica hermosura que habia venido á Castilla á reunirse con el débil don Juan el II veinte años antes: á pesar de no esceder su edad de los cuarenta, los profundos dolores que habian pasado por ella, la terrible lucha que habia sostenido sucesivamente desde su union con el rey, ya contra el condestable don Alvaro de Luna, ya contra don Beltran de la Cueva, ó contra las facciones de don Juan Pacheco y del almirante Enriquez; los rudos golpes de la muerte de su esposo y de su hijo, y la prodigiosa actividad de su pensamiento la habian gastado, dándola una de esas vejeces prematuras, que deberian llamarse mejor juventudes destrozadas; sus cabellos habian encanecido, su palidez se ha-

bia hecho fantástica, por decirlo así, sus formas se habian pronunciado, y solamente sus ojos, sus magníficos ojos garzos conservaban el brillo de la juventud y la fuerza de espresion que los hacia irresistibles: pero en el fondo de su mirada habia algo de vago y de insensato que estremecia: estaba flaca y sus manos, tan bellas y tan mórbidas en otro tiempo, se habian puesto diáfanas.

Su hija la infanta doña Isabel habia crecido en hermosura: parecia que por un privilegio de su organizacion la robustecia la lucha: su semblante habia adquirido ya la espresion de dulce y pensadora languidez que le distingue siempre: los retratos que de ella nos quedan, se hacen notables por una simetría de facciones que indica severidad de carácter, y armonía entre las cualidades intelectuales y morales. Algunos años despues, el capitan Gonzalo Fernandez de Oviedo, decia hablando de doña Isabel, ya reina: «*En hermosura, puestas delante de su alteza todas las mugeres que yo he visto, ninguna vi tan graciosa ni tanto de ver como su persona, ni de tal manera é sanctidad honestísima.*» Si á esto se añade su dignidad y su modestia, se podrá tener una idea remota de lo que era la infanta doña Isabel.

Por aquel tiempo contaba diez y siete años y era de estatura algo mas que mediana, puramente desarrollada, blanca, levemente pálida, con profusos cabellos rubios y ojos azules de hermosa forma, y espresion dulce, pensadora y tranquila: alguna vez su firmísimo carácter, y su sentimiento invariable de justicia, hacian que á la presencia de un desafuero ó de un esceso, aquel semblante se nublara palideciendo densamente, y que partiera de aquellos ojos, generalmente tan dulces, una mirada profunda, enérgica, elocuente, incontrastable, que mas de una vez en el discurso de su vida hizo palidecer de terror á mas de un bravío y feroz soldado. Esto no era otra cosa que la reproduccion del carácter de su madre, que á haberse unido con otro hombre menos inútil que don Juan el II, hubiera hecho en su reinado la revolucion política y social de Castilla, que hizo despues su hija enlazada con Fernando V.

Su trage por la muerte de su hermano era asimismo de luto,

en lo que se armonizaba con las dos princesas, como persona de la corte, doña Mencía de Padilla.

Esta señora parecia haber vuelto en cierto modo á sù antigua belleza, con el logro de su venganza contra la reina doña Juana. Habia recobrado la morbidez de sus formas, lo brillante de su mirada, lo seductor de sus maneras, y arrancadas las importunas canas que habian producido en ella los acerbos dolores de sus celos, su cabellera se mostraba aun voluminosa y brillante.

Solo el hábito de conspirar habia impreso en su semblante cierta espresion de desden y de sarcasmo, en que habia un ligero tinte de amargura, y es que las heridas del corazon suelen cicatrizarse en la superficie pero jamás se curan en toda su profundidad: cualquier accidente puede abrirlas de nuevo y de una manera mas sangrienta.

Mosen Pierres, de luto tambien, por respeto á las ilustres princesas, era siempre el mismo cortesano, rudo é insinuante á un tiempo, el mismo hombre que subordinaba lo conveniente á la natural ferocidad de su carácter, pero en el que á pesar de sus esfuerzos se vislumbraba el feroz instinto del lobo.

La reina y la infanta estaban sentadas en sillones al lado de una chimenea, oyendo profundamente pensativas la lectura de la carta de que hemos hecho mencion, por Mosen Pierres de Peralta, que estaba de pié junto á una mesa en que ardian dos bujías, no lejos de un lugar en que sentada en un escabel estaba doña Mencía de Padilla, que prestaba una atencion mas profunda aun que la de las princesas.

La carta decia así:

«Don Enrique, por la gracia de Dios rey de Castilla, de »Leon, de Toledo, de Galicia, de Sevilla, de Córdoba, de Mur»cia, de Jaen, de Algeciras y del Algarve, señor de Vizcaya y »de Molina, á los buenos hidalgos y mesnaderos de la mi villa »de Madrigal, salud: Ya sabeis por cuan distintos modos y ca»minos, mis enemigos y los vuestros, que tales son los que de »antiguo empobrecen y azotan estos reinos con la guerra civil, »han procurado y procuran amenguar mi dignidad, para tira»nizar, robar y acrecer sus estados, tanto con mis rentas,

»como con los pechos y usurpaciones que cada dia son contra »los pueblos. Despues de muchos y graves daños, de escánda- »los, de ruinas, de muertes y de desafueros; parecia que con »las capitulaciones de los Toros de Guisando, estaba asegurada »la paz en estos reinos. Pero la resistencia á obedecer los pre- »ceptos en la noble y escelsa señora la infanta doña Isabel, mi »hermana, las ambiciones de la reina doña Isabel, mi madrasta, »que ya en otros tiempos probó su declarada rebeldía contra el »poder de su legítimo señor y esposo, el señor rey don Juan »el II mi padre (de gloriosa memoria), los amaños y arterías del »rey de Navarra, y el desafecto de algunos señores principales »de estos reinos, que mas sirven al dicho rey de Navarra, que »á su señoría mi noble hermana: todas estas razones, y mas »que por prolijas no enumero, han hecho que la dicha señora »infanta se haya apartado de la obediencia que por la ley di- »vina y humana me debe como señor y hermano, y se atreve á »tratar de su casamiento, contra los conciertos que para el te- »nemos empeñados con un noble y poderoso rey, y que se atre- »va á recibir con muestras de autoridad enviados del rey de Si- »cilia. Por ello, y por mas que omito, deseando yo no verme »obligado á usar de rigor con mis buenos y leales vasallos de »esa mi buena villa de Madrigal, os aviso para que no deis fa- »vor ni acojais contra mi mandato, á las gentes que ahi están ó »estuvieren contra mi servicio: que no obedezcais, ni oigais, ni »oculteis cualesquier mandamiento que en daño de mis derechos »ó prerogativas reales fuesen hechos por las dichas señoras, »reina é infanta, ó cualesquiera otras personas, sino que por el »contrario, os ayunteis, ayudeis, y favorezcais á los que por »órden mia ahí fueren enviados, á impedir é inutilizar las tra- »mas que contra mí se hacen. Y si lo contrario de lo que esta mi »carta real os mando hiciéseis, os notifico: que os tendré por »mis enemigos declarados, y os trataré como tal, enviando »gente que os castigue y os reduzca á mi obediencia; que casti- »garé á sangre, con perdimiento de bienes é infamia, á los que »contra mi delincan, y si fuese preciso, haré arrasar esa villa »por el pié, para que no quede ni aun la señal del sitio, en que

»osó levantarse vuestra rebeldía. Pero si por el contrario, me »diéreis ayuda y prendiéreis á los que ahí son contra mi auto»ridad y fuero real, os lo tendré á buen servicio y os lo remu»neraré. Dada y fechada en mi alcázar de Córdoba á quince de »setiembre, año del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo de mil »ochocientos y sesenta y nueve años.—*Yo el rey.—Yo Fernan»dalvarez de Osorio, secretario y del consejo y cámara del rey, la »refrendé por su mandado.*»

Esta carta estaba escrita en pergamino rodado y pendia de ella el sello de plomo del rey.

Apesar de encontrarse Mosen Pierres de Peralta en presencia de tan altos personajes, no pudo contenerse al concluir la lectura del ordenamiento.

«Esto ha llegado á un punto de que no se puede pasar, esclamó con energía: tienen la avilantez de decir que vuestra señoría ha faltado á los capítulos del tratado de los Toros de Guisando, cuando ellos son los que no los han cumplido.

—Es necesario tener paciencia aun, mi buen Mosen Pierres, dijo la infanta con acento severo y grave.

—Pero la paciencia en ciertos momentos es la dilacion, y la dilacion cuando es necesario obrar con energía, produce males irrecusables, dijo la reina doña Isabel.

—Es necesario no culpar al rey, repuso la infanta: tiene malos arrimos; mientras viva ó ande suelto el marqués de Villena, no habrá fé, ni paz, ni concierto.»

Mosen Pierres notó que la mirada de la infanta resplandecia con la peculiar espresion de firmeza que hemos marcado, como una de las cualidades de su carácter.

«Si vuestra señoría me permite.... dijo Mosen Pierres.

—Hablad, hablad lo que creais conveniente, dijo la reina: vuestra cualidad de enviado del rey de Sicilia os autoriza, y esta reunion debe considerarse como un consejo de familia, puesto que los conciertos están harto adelantados para que podamos volver atrás.»

Al oir la palabra consejo, doña Mencía se levantó como para retirarse.

«¡Oh! no; permaneced con nosotros, mi buena amiga: para que os demos este título con justicia, os abonan los buenos servicios que me hicísteis, en los tiempos de mi difunto esposo el rey mi señor, y los que habeis hecho y haceis por mi hija la infanta doña Isabel. A mas que vuestro consejo podrá sernos muy útil.»

Volvióse á sentar Doña Mencía.

«Proseguid, Mosen Pierres, ¿qué creeis que debemos hacer en estas circunstancias?

—El rey ha faltado á su fé, sea por sí mismo, sea por instruccion de don Juan Pacheco. Ni uno solo de los capítulos se ha cumplido. La infanta doña Juana y la reina su madre, están aun en el reino, el divorcio no se ha llevado á cabo, y se tiraniza á su señoría la infanta doña Isabel: con mengua del decoro real, nobles señoras, se os vigila, se os prende casi: y don Luis de Acuña, obispo de Búrgos, corrompe á los criados del alcázar, y se apodera de secretos que es imposible ocultar á la servidumbre. Ademas ¿no tenemos aquí al duque de Alburquerque? ¿qué hace aquí ese hombre?»

La reina miró á doña Mencía que habia palidecido intensamente.

—Don Beltran de la Cueva, caballero, es noble y leal, dijo la reina, se ha separado de las cosas del gobierno, y segun noticias, le retiene en nuestra corte cierto afecto.

—Sí, se dice, que anda concertado cierto matrimonio, dijo con su ruda franqueza Mosen Pierres, que solo se espera á que pase algun tiempo para hacer disculpable el olvido de dos difuntos.... pero yo creo que bajo esa apariencia se oculta....

—Creo que no habeis podido olvidar cierto duelo que tuvísteis hace algunos años con el conde de Ledesma, en la abadía del Abrojo.

—En estos tiempos, señora, es muy frecuente que dos nobles enristren las lanzas uno contra otro, y despues se tiendan las manos con lealtad, con verdadera amistad: yo no aliento ódio alguno contra el duque de Alburquerque, pero....

—Concluid de una vez, señor condestable, dijo la reina

doña Isabel, contamos demasiado con los buenos oficios de don Beltran, para que no nos sea muy costoso el dudar de él.

—Hay palabras, señora, que se hacen difíciles cuando se habla con ciertas personas.... baste que yo os diga que don Beltran, si afecta cara de amigo, no es entre nosotros mas que un servidor del rey.

—Creo que sois demasiado suspicaz, Mosen Pierres, dijo doña Mencía, procurando mostrarse indiferente hácia Beltran.

—Ese hombre sabe demasiado, que el arzobispo de Sevilla viene á buen paso sobre Madrigal....

—Pero no sabeis, que don Beltran de la Cueva sabe tambien que el arzobispo de Toledo y el almirante don Fadrique tienen á estas horas tomados los castillos de los alrededores.

—¡Ah!

—Por lo mismo, Mosen Pierres debeis ser justo. Vos quisiérais que don Beltran, al asomo del peligro, hubiese montado á caballo, y se hubiera puesto al frente de los guardas de la reina... esto hubiera sido inútil y solo hubiera servido para avisar al obispo de Búrgos de que se conocia el golpe, para que lo diese mas sobre seguro.

—¿Decis que don Beltran sabe que las lanzas de don Fadrique Enriquez y de don Alonso Carrillo vienen en nuestro socorro?

—Sí, Mosen Pierres, y puesto que vos no lo sabiais y que nadie lo sabe, escepto las personas necesarias, no debeis recelar.... si tanto se os alcanza en previsiones, y tanto deseais servir á su señoría, debiais tener mas vigilancia y saber que tenemos de incógnito, en Madrigal, uno de los del consejo de su alteza.

—¿Y quién es ese hombre?

—Segun las señas que me ha dado uno de los criados del arcipreste don Lope de Zúñiga, en cuya casa está, no es ni puede ser otro que el coronista Enriquez del Castillo. Ya sabeis que su alteza se vale con frecuencia de él para asuntos arriesgados.

—¡Ah! sin duda ese viejo cuervo ha sido el que ha traido esta carta para los vecinos de Madrigal.

—El coronista ha entrado esta noche á la oracion, y el ginete que trajo esa carta, se volvió á los reales del arzobispo de Sevilla.

—¡Ah! doña Mencía, esclamó la infanta doña Isabel, que hasta entonces habia escuchado en silencio, mucho os debemos: ¿sin vos que seria de nosotras?

—Dios vela sobre la virtud, señora, y aunque es grave el conflicto en que nos encontramos, su poder nos sacará de él.

—¿Y qué creeis que debemos hacer, Mosen Pierres? le preguntó la reina.

—Voy á contestaros, señora, lo que contestaria á vuestra alteza el rey de Sicilia mi señor. Las capitulaciones están concluidas: el rey, faltando á lo capitulado en los Toros de Guisando, ha dejado libre de su pleito homenaje á su señoría la infanta doña Isabel. Vos su madre creeis conveniente este matrimonio que unirá en uno dos reinos poderosos; gran parte de la nobleza nos ayuda, el reino está cansado de turbulencias, y una vez efectuado ese matrimonio, le aprobarán todos, escepto los pocos hombres que están ligados con el marqués de Villena.

—¿Y si ese paso produjese nuevas guerras, si se creyese ver en mí proyectos ambiciosos? dijo la infanta.

—Todo el mundo sabe, señora, que vuestra señoría ha rechazado las proposiciones de la nobleza que la ofrecia la corona.

—Y sobre todo no hay que perder tiempo, dijo doña Mencía; si hoy vemos el golpe que nos amenaza y podemos prevenirlo, mañana acaso lo sentiremos cuando ya sea inevitable.

—¿Y se atreveria el rey? esclamó la reina viuda.

—Don Juan Pacheco se atreverá á todo. Lo peor que puede avenirle es el matrimonio de don Fernando y de doña Isabel. Es necesario obrar con cautela; engañar, puesto que esta es una guerra de engaño. Vos, segun mi opinion, debeis partir esta misma noche, Mosen Pierres.

—¿Y adónde?

—A Cataluña, donde se encuentra el rey de Sicilia. Debe abandonarlo todo, venir encubierto, y tener sus vistas con su señoría.»

El navarro se sentó sin ceremonia en un escabel.

Doña Isabel estaba pálida de emocion y un hechicero rubor teñia sus megillas.

«¿Pero habeis olvidado el cercano parentesco de su señoría, y del rey mi amo?

—El Papa apoya la causa de la Beltraneja y jamás, ó al menos por ahora, no dará su dispensa. Pero.... ahí está el primado de las Españas, que se encargará de ello: los príncipes muchas veces están dispensados de ciertas cosas á que están sujetos los súbditos. Creo que sin perder tiempo, su alteza debe escribir una carta para el rey de Sicilia, y vos partir al momento con ella, dijo doña Mencía.»

La reina y la infanta conferenciaron un momento, y al fin se decidió que se escribiese una carta al rey don Fernando, en la que se le avisase que debia venir de incógnito, con la mayor urgencia posible. Las nobles señoras entraron en su recámara y quedaron solos Mosen Pierres y doña Mencía.

El navarro se sentó sin ceremonia en un escabel junto al fuego, y miró con cierta espresion de afecto compasivo á doña Mencía.

«¿Decis, esclamó esta, que don Beltran de la Cueva, me es traidor?

—Yo no he dicho, señora, que os sea traidor don Beltran, ni que sea traidor á nadie; lo que digo, lo que afirmo es, que ayuda la causa de su hija la princesa doña Juana.

—¿Y qué pruebas teneis de ello?

—Hace algunos dias ha llegado á Madrigal una de las damas de la servidumbre de la reina. ¿No sabiais esto? añadió el navarro viendo que doña Mencía se ponia pálida, es que yo tambien tengo mis espías: si no lo se todo es porque esto es una red de intrigas y de ambiciones: todo consiste en que vos habeis tomado un camino y yo he tomado otro.

—Pero podemos ayudarnos mútuamente, dijo doña Mencía variando de posicion en su taburete, inclinándose con un hechicero abandono hácia Mosen Pierres, y posando en él una profunda mirada; vos como yo teneis una ambicion: mejor dicho, ninguno de los dos servimos desinteresadamente á nuestros señores.

—¡Ah! indudablemente todas las acciones humanas tienen un móvil.

—Creo adivinar el vuestro, Mosen Pierres.

—Acaso, señora.

—Sabeis demasiado que la infanta doña Isabel tiene razones poderosas para estar muy mal preparada contra el marqués de Villena. Sabeis tambien que por enérgico que sea el rey de Sicilia, su energía tiene que ceder, primero al amor que le inspira la infanta, segun vos decis.....

—¡Ah! señora, don Fernando no vive para otra cosa que para doña Isabel.

—Aqui para entre los dos, confesad, que el amor que siente por él doña Isabel, requeria otra persona mas digna.

—¡Señora!

—La infanta será feliz como reina, pero como muger..... en sus pocos años el rey don Fernando ha dado bastante muestra de sí, para que se le tenga por un marido envidiable..... es propenso al galanteo.

—¿Y qué hombre no lo es..... sobre todo en su juventud?

—La infanta es decorosa hasta un punto exagerado, y el rey no cuida gran cosa del misterio de sus aventuras.

—El ejemplo de la virtud de su esposa le moderará.

—Hay ademas incompatibilidad de caractéres: doña Isabel es perspicaz, inteligente, activa; don Fernando es astuto, lento, tenaz: doña Isabel es sincera, franca, vehemente; don Fernando es solapado, rencoroso, frio y calculador: el valor de la infanta es un valor de arranque, hijo de la indignacion, del sentimiento de lo justo; el de don Fernando es un valor medido exactamente por las consecuencias que deba producir: en una palabra, doña Isabel jamás sufrirá un insulto, una injusticia ó un desafuero, aunque para evitarlos ó castigarlos se esponga á una derrota en que lo arriesgue todo, hasta la vida; don Fernando por el contrario, embestirá con poca razon que tenga, cuando esté seguro de vencer, y disimulará y sufrirá, aunque esté toda la razon de su parte, si el éxito es dudoso. Yo no se que sea mejor para gobernar, si la virtud ó la malicia, cuando esta está di

rigida por un claro entendimiento: á veces vemos que la virtud sucumbe sin poder hacer nada provechoso, y que la astucia, el disimulo y el engaño de los que gobiernan, suelen hacer fuertes, ricos y poderosos á los pueblos: esto consiste acaso en que el mal no puede vencerse sino con el mal. En fin, don Fernando es hijo de don Juan de Aragon y de doña Juana Enriquez: él ha sido ella, y ella no se ha detenido en nada para aportar una corona que destila sangre y tósigos sobre la cabeza de su hijo. Doña Isabel es hija de un poeta, y de una muger que ha sido un ángel de virtud, de sufrimiento y de fortaleza. Doña Isabel ha reunido en sí todo lo bueno de sus padres, y es oro puro.

—Y ved ahi, á pesar de eso se aman.

—Eso consiste, Mosen Pierres, en que los enamorados no ven con los ojos de la razon. Por lo mismo, á obrar bien, si nosotros no tuviéramos un grave interés, cada cual por su parte en este enlace, no sucederia; porque, bien mirado, á nuestros esfuerzos, á nuestros amaños se debe.

—Alto allá, doña Mencía, alto allá, en cuanto á lo de que no obramos bien uniendo á sus señorías: si Castilla supiera alguna vez lo que hemos hecho, cosa que yo por mi parte me guardaré muy bien de decírselo, nos levantarian estátuas; buscados á luz de candil, no podrian encontrarse dos príncipes mas á propósito para hacer la felicidad de los reinos puestos bajo su mano.

—¡Ah! ¿creeis que el bien y el mal son esencialmente necesarios para producir una suma de bien, mayor que el mal?

—Las virtudes de doña Isabel, os lo repito, moderarán el carácter de don Fernando: es mas, le modificarán: la astucia de don Fernando y su frialdad de cálculo serán un escelente regulador de la energía y de la valiente franqueza de doña Isabel. Es cierto que dentro del alcázar, en lo profundo de su recámara, como matrimonio, habrá luchas sordas, sostenidas..... pero esto se quedará para ellos, en tanto que las determinaciones que salgan del consejo añadirán una gloria á otra, una prosperidad á las prosperidades de España: llegará un dia en que desde el Pi-

rineo á las Columnas de Hércules no haya mas señores que don Fernando y doña Isabel, y que rechazados los moros de su último baluarte de Granada, sean perseguidos en Africa.

—Pero dejando eso, que no es mas que adelantarnos al tiempo, levantemos nuestro edificio sobre los cimientos qre tenemos: doña Isabel es una joya bastante preciosa para que su marido no enloquezca en los primeros meses con su posesion: yo tengo una gran influencia con doña Isabel, y podria acontecer que pasen á vos por merced los ricos estados que tiene en Aragon el marquesado de Villena.

—En verdad, señora, hablándoos con franqueza, dijo Mosen Pierres cuyos ojos se animaron de una manera notable, en verdad que no habia pensado en tanto; me hubiera contentado con el feudo del castillo de Ortéz: pero, como segun pareceis indicar, está en vuestra mano que esos estados sean mios, y no me los dareis de valde, deseo saber las condiciones.

—Yo amo hace muchos años, no he amado mas que una vez, y he sido muy desgraciada: me he vengado á medias, pero quiero vengarme de una manera completa.

—¿Por mi medio?

—Podeis ayudarme: del mismo modo que yo tengo mucha influencia sobre doña Isabel, vos la teneis sobre don Fernando. La Beltraneja está á punto de contraer un enlace con el heredero presunto de la corona de Francia.

—¿Con el duque de Berri?

—Es necesario impedir á toda costa ese enlace.

—Es verdad; Luis XI, aunque combatido por el Borgoñon, por el conde de la Mark y por otra media docena de revoltosos nobles, que le traen punto menos que los suyos á Enrique IV, á pesar de esto, digo, el tal nieto de San Luis es un monarca demasiado poderoso y demasiado astuto para que no haya contado por mucho con el enlace de una princesa, cuyo derecho, hablando entre nosotros, es harto cuestionable, porque no hay pruebas claras, precisas, del adulterio de la reina doña Juana... el rey Luis podria inclinar la balanza y obligar á doña Isabel á que solo fuese reina de Aragon, de Navarra y de Sicilia. Lo que

quiere decir que en vez de unirse España, la mitad de ella pasaria á ser esclava de Francia. A mas que vos quedariais sin venganza, y sabe Dios adonde irian á parar vuestros proyectos de matrimonio con don Beltran de la Cueva, añadió con cierta sonrisa sesgada Mosen Pierres.

—Es necesario que ese casamiento no se haga.»

Mosen Pierres meditó un momento, y luego se dió un golpe en la frente, y esclamó:

«Os juro que no se hará.

—¿Y con qué medios contais?

—¿Con qué medios? con los que me ocurran en el momento. Es verdad que soy hombre de suerte; cuando la reina doña Juana Enriquez me mandó que estorbase que el obispo de Pamplona se viese con la infanta doña Leonor, no sabia qué hacerme; pero el buen obispo iba descuidado, con poco resguardo, y unos bandidos dieron fin de él en el camino de Tafalla, crímen que me aprovechó mucho para salir de mi apuro, por mas que sintiese la muerte del buen obispo.»

Estas palabras las habia dicho Mosen Pierres de una manera sesgada y lúgubre, y doña Mencía se habia estremecido al escucharlas. Por entonces se hablaba con escándalo del asesinato cometido por el condestable de Navarra, sin que nadie dudase que habia sido él el autor, y hasta el punto de que algunas ciudades enviasen diputaciones al rey de Aragon pidiéndole castigase tan horrible atentado. Sin embargo, don Juan de Aragon contemporizó con los diputados y los entretuvo, cansáronse estos, y Mosen Pierres quedó no solo sin castigo sino insolente, lo que bastaba para que hiciese gala de una tan inícua y vergonzosa hazaña.

Doña Mencía, á pesar de todo, retrocedia ante el asesinato, y se apresuró á decir:

«No, no hay necesidad de que nadie muera: bastará con que Aragon y Navarra se presenten hostiles á este casamiento, alegando los perjuicios que podia causar á los derechos de la inanta doña Isabel: el rey Luis no se halla en el caso de sostener

una nueva guerra, y contemporizaria: entre tanto era muy posible hacer que el duque de Berri se persuadiese de lo ilegítimo del nacimiento de la Beltraneja, para que se retrajese de un enlace con ella: cuento, pues, con vos: yo no puedo asistir á todas partes: arreglaos vos con Navarra, y los estados aragoneses son vuestros.....

—Como vuestro don Beltran de la Cueva.

—Callad, se acerca alguien.»

Mosen Pierres fué á la antecámara donde resonaban pasos, y encontró en ella un capitan de la guarda que revolvia en las manos un pliego.

«¿Qué buscais, hidalgo? le dijo.

—¡Ah, señor! vuestra señoría me viene como llovido del cielo, contestó el capitan, porque sin duda me podrá decir si está en la cámara de su alteza doña Mencía de Padilla.

—Y bien, ¿qué quereis?

—Entregarla esta carta.

—Dádmela.

—Perdóneme vuestra señoría, pero quien me la ha entregado, me ha encargado que se la dé en su mano propia.

—Esperad.»

Mosen Pierres volvió hácia doña Mencía, á quien informó de lo que acontecia. Ella salió.

«¿Teneis una carta para mí? dijo al capitan.

—Sí señora, y héla aqui, contestó aquel inclinándose y entregándosela.

—¿De quién es? preguntó doña Mencía, no conociendo la letra del sobrescrito.

—Lo ignoro, señora; me la ha entregado un hombre encubierto, que dice ser muy urgente el asunto de que se trata.

—¿Y espera ese hombre?

—Ha partido á buen paso apenas me ha entregado esa carta.

—Debísteis haberle detenido. En estos tiempos es necesario no dejar pasar nada desapercibido. ¿Y no pudísteis conocer quién era?

—No señora.

—Sin embargo, sois capitan de la villa, y debeis conocer á todos sus habitantes.

—Venia demasiado encubierto para que pudiera ser conocido.

—En adelante prendedme á todo el que venga preguntando por mí. Entendedlo bien.

—No lo olvidaré, señora.

—Y no tengais inconveniente en hacerme llamar, aunque esté en la recámara de su alteza.

—Muy bien, señora.

—Retiraos.»

El capitan salió y doña Mencía entró en la cámara, se acercó á la mesa, y mientras Mosen Pierres se calentaba en silencio, rompió la cera que cerraba el pliego.

«No confieis en el amor de don Beltran, señora, decia en el »interior; os engaña como ha engañado á la reina. Seguidle, y »os podreis certificar de la verdad de este aviso. Todos los sá»bados á las doce de la noche, aprovechando el tiempo que el »judío Enoch consagra á las oraciones de su ley, entra por el »postigo del huerto en su casa, y permanece en ella hasta el »amanecer. Enoch tiene una hermana hermosísima que se llama »Ester.»

La carta era breve, pero bastante para haber hecho estallar el carácter violento de doña Mencía si hubiese estado sola, pero entonces se ahogaron las imprecaciones en su garganta, y aun su semblante se contuvo. La repugnaba el carácter cáustico de Mosen Pierres, y no quiso darle ni aun la satisfaccion de que gozase con la espresion mas leve de conmocion.

«Hé aqui en el estado en que se encuentra Castilla, dijo con el acento mas tranquilo del mundo: raro es el dia en que un mendigo disfrazado no venga á dejar una carta inoportuna, obligando á su lectura con el pretesto de urgente, de importante: siempre una familia que perece; como si tuviéramos un bolsillo inagotable.»

Y con la mayor indiferencia arrojó la carta al fuego, que la

destruyó instantáneamente: solo la muerte hubiera podido borrar de la memoria de doña Mencía su contenido, que habia quedado grabado en ella con caractéres de fuego.

Sentóse en un escabel y permaneció en silencio algun tiempo.

«Me habiais dicho, preguntó al fin á Mosen Pierres, que estaba en Madrigal una dama de la reina doña Juana.

—Asi me han informado las gentes de que me valgo.

—¿Y sabeis dónde para?

—En casa de un judío que se llama Enoch.

—¿Y fundábais en ello vuestras sospechas de que don Beltran no fuese á nuestro lado mas que un instrumento del rey... ó de la reina?

—Es la consecuencia mas prudente que puede deducirse de las contínuas idas y venidas del duque de Alburquerque á la casa del judío.

—¿Va, segun eso, todas las noches?

—No, no en verdad..... se quiere dar cierto aspecto de amores al asunto, y hacer como que se aprovechan las devociones del hebreo para burlar su vigilancia. Don Beltran va todos los sábados á media noche, y antes del amanecer sale un ginete de la casa del judío.»

Doña Mencía se movió impaciente en el escabel.

«¿Y no podeis haberos engañado?

—¿Qué es engañarme? Cuando yo tiro mis redes, no es para sacar piedras, sino buena y abundante pesca. Tengo servidores comprados entre los esclavos de Enoch.

—Dicen que ese Enoch tiene una hermana hermosísima que se llama Ester.

—En efecto, doña Leonor de Sese es muy hermosa, aunque no tanto como vos, y en casa de Enoch viste una brillante túnica hebrea y se hace llamar Ester, aunque todo este disimulo es inútil, puesto que jamás sale á la calle sino cubierta con un velo, siguiendo la costumbre de su raza.

—Y si tanto se recata esa muger, ¿cómo sabeis que es doña Leonor de Sese?

—Cuando una persona á quien importa conocer no sale á

la calle, se la busca en su casa, y eso es lo que yo he hecho: procuré que me introdujesen en sus habitaciones, y la ví oculto tras uno de los tapices. Entonces la reconocí por haberla tratado mucho en la corte del rey de Castilla.

—¿Y cómo supísteis que esa muger habia llegado á Madrigal?

—Porque hasta en la servidumbre de la reina tengo espías pagados á buen precio.

—¿Y estais seguro de no equivocaros?

—De ningun modo.

—¿Y vuestras indagaciones no han llegado hasta el punto de averiguar de qué tratan don Beltran y doña Leonor?

—No era fácil: lo adivinaba por otra parte, y me limitaba á hacer esperar en el camino á los ginetes que salian de casa de Enoch; ninguno de ellos ha vuelto con el mensaje, ni se ha sabido lo que ha sido de él.

—¿Y no se ha encontrado nada encima de esos hombres?

—Eran todos hidalgos y valientes. Sin duda llevaban instrucciones terminantes, y las cumplian comiéndose las cartas.

—Es necesario saber de qué se trata en esa casa.

—Si lo deseais terminantemente, lo sabreis.

—Sí lo sabré, porque iré yo misma. Cuento con vos.

—Será necesario avisar con tiempo á los esclavos que me sirven en casa de Enoch.

—Tened presente que esta noche es sábado.

—Es verdad, pero faltan dos horas para la media noche. Entrareis, si os place, en esa casa, doña Mencía.

—¡Oh, y cuánto tardan su alteza y su señoría!»

En aquel momento, como si la hubiera evocado el deseo de doña Mencía, la reina apareció en la puerta de la recámara.

«Acercaos, Mosen Pierres de Peralta, le dijo, y tornad.»

Mosen Pierres adelantó, hincó una rodilla en tierra, y recibió un voluminoso pliego que la reina le entregaba.

«Alzad, señor condestable, alzad, dijo la reina tendiéndole una blanquísima mano, que Mosen Pierres besó. Ahi llevais una carta para el rey, vuestro señor, y nuestro hijo.....

—¡Ah, señora! ¡cuán feliz haceis á su alteza! esclamó sin poderse contener el condestable.»

La reina sonrió lánguidamente y prosiguió.

«A mas de esa carta llevais tambien las capitulaciones matrimoniales; partid, y llevad buena ventura mientras yo quedo rogando á Dios llegue un dia en que pueda recompensaros segun vuestros merecimientos.»

La reina desapareció detrás del tapiz, y Mosen Pierres apretando el pliego entre sus manos se retiró murmurando.

«Aqui llevó una infanzonía, y los estados aragoneses del marqués de Santillana.

—Paréceme que vuestras buenas dichas os hacen olvidaros de vuestros aliados, le dijo doña Mencía viendo que se encaminaba á la puerta.

—¡Ah! es verdad, señora, esclamó Mosen Pierres, volviendo atrás; me habia olvidado de que todavía queda algo que hacer por Castilla.

—Eso es: por el momento poneros en inteligencia con los esclavos de Enoch.

—Es verdad, señora. Esperadme, que no tardaré.»

Y el condestable tomó mas que á paso la salida.

Doña Mencía quedó sola y pensativa en la cámara, por la que paseaba á largos pasos entregada á un furor reconcentrado.

«¡Toda mi vida, decia, toda mi vida gastada, primero en elevar á un miserable y luego en luchar con él! ¡y cuando pienso coger el fruto de tanto desvelo, de tanto sufrimiento, de tanta sangre vertida, coger el fruto deseado, vuelve otra vez ese hombre á sus malditos amores! ¡Oh, esa muger debe tenerle hechizado! ¡Y la ama! ¡sí, la ama hasta el punto de decirme amores como en los tiempos en que su ambicion solo se cifraba en mí! ¡Oh! ¡ese hombre conoce mi poder, me teme y me engaña.... por ella! ¡yo debia romper por todo..... matarle.....»

Aqui se detuvo doña Mencía y cerró los ojos horrorizada.

«¡Oh! ¡no podria..... no!.... ¡le amo..... le amo mas cada dia!.... ¡mas, á medida que él se retira mas de mí!.... yo seré

la que moriré, porque siento que mi razon se estravia, y mi corazon se rompe.... ¡Oh! ¡estoy cansada, desalentada!... ¡ni aun lágrimas tengo!..... ¡esa muger!....»

Doña Mencía se detuvo de nuevo y se puso pálida.

«¿Y qué culpa tiene esa infeliz?.... la culpa es suya, del infame.... y mia..... mia, que debí haber conocido sus amores cuando aun era tiempo, y haberle separado de ella..... entonces otro hombre hubiera dado hijos al rey, y la infanta doña Isabel no reinaria..... porque yo..... yo he sido la que he deshonrado á doña Juana..... pero estoy loca..... ¿qué me importan á mí doña Isabel, ni doña Juana, ni todos los reinos del mundo? ¡Oh! ¡esto es horrible, desesperado! no sé que hacer ni que partido tomar.

—¡Doña Mencía! dijo á la puerta de la cámara la dulce voz de la infanta doña Isabel.»

Aquel acento de ángel despertó de su sueño de furor á doña Mencía, que dominándose se encaminó á la infanta, que la dió una carta.

«Tomad, enviadla en el momento, la dijo, al hidalgo que nos ha hecho conocer la carta del rey, en que amenaza á los vecinos de la villa si nos prestan ayuda: en ella les decimos que no queremos ser fatales á los buenos habitantes de Madrigal; que por lo mismo, partimos mañana al amanecer para Avila.

—¿Y con quién contamos para resguardo? señora.

—Dios proveerá, dijo lacónicamente la infanta. Haced al momento lo que os encargo, y como su alteza y yo queremos reposar, haced que entren las camareras. Dios os dé muy buenas noches.

—El guarde á vuestra señoría.»

La infanta desapareció tras el tapiz y doña Mencía de Padilla se quedó meditando á poca distancia de la puerta.

«No me he engañado acerca del carácter de la infanta: su valor no conoce la reserva: su lealtad no cree que puedan ser traidores los que han hecho un servicio, porque no conoce la maldad del corazon humano. Enviar esta carta á su destino seria lo mismo que publicar á son de clarin nuestra partida, y echar-

nos encima á las gentes del arzobispo de Sevilla que deben estar cerca. ¡Al fuego, al fuego con esta carta! poco importa que los villanos de Madrigal sepan si se les agradece ó no su aviso y quiere aliviárseles el miedo.»

Acompañando la accion á la palabra, doña Mencía arrojó la carta de la infanta á la chimenea, y llamó á las camareras que un momento despues entraron en la recámara.

Al retirarse la reina y la infanta á su dormitorio, autorizaba á doña Mencía, segun la etiqueta de aquel tiempo, á retirarse á la habitacion destinada en el alcázar á las damas de servicio. Doña Mencía necesitaba encerrarse y estar sola para abandonarse á sí misma: hay momentos en que la soledad es el mejor compañero que podemos tener, y doña Mencía se hallaba en uno de ellos. Atravesaba la antecámara cuando se le cruzó al paso el capitan que la habia traido el mensaje anterior, y la dijo:

«Tenemos un preso.

—¡Cómo! ¿ha venido á buscarme alguien mas?

—Sí señora, un mancebo que está en la galería.

—¿Viene tambien encubierto?

—No señora.

—¿Ha dicho quién es?

—Dice que se llama Gonzalo.

—Hacedle entrar al momento.»

El capitan salió volviendo á punto con un jóven buen mozo, de fisonomía simpática é inteligente, y escudero, á juzgar por su trage.

«Cuando entrare en el alcázar Mosen Pierres de Peralta, dijo doña Mencía de Padilla al capitan, llevadle á mi cámara. Cuando este mancebo salga, dejadle ir libre. Sígueme.»

Gonzalo siguió á doña Mencía, que le llevó, precedido por dos pajes con hachas, á una habitacion situada en el ángulo de una galería inmediata á la cámara de la reina, en cuya puerta habia un ballestero de guarda, y dentro de la cual quedaron solos.

«¿Qué sucede? le dijo doña Mencía.

—Inés me ha llamado esta noche, contestó el jóven.

—Y bien.

—Inés ha oido una conversacion muy importante entre el arcipresto don Lope y un caballero que ha llegado esta noche de Andalucía, y que se llama el cronista..... el cronista.....

—¿Enriquez del Castillo?

—Eso es, el mismo señora.

—¿Y tan importante es esa conversacion? ¿De qué hablaban?

— Inés tiene mucha memoria, pero yo no la tengo tan buena. Ella me ha contado un ciento de cosas, pero las que me ha encargado Inés que conserve mejor en la memoria, no las he olvidado.

—Veamos.

—En primer lugar, ese hombre, que ha venido de Córdoba, quiere prender á vuestra merced.

—¡Prenderme!

—Ni mas ni menos.

—¿Y ha oido Inés el medio de que quieren valerse?

—Sí señora, escribiéndola una carta en que se dijese que el señor duque de Alburquerque iba todos los sábados á las doce de la noche.....

—Bien, bien, adelante, ya sé eso..... ¿y pensaban acometerme en el camino?

—Eso es.

—¿Y se sabe con qué gente contaban para ello?

—Com diez ginetes que ha traido ese caballero y con algunos mozos de la casa del arcipreste.

—Bien, ¿y qué era lo otro?

—Que el arzobispo de Sevilla debe llegar dentro de cuatro horas á Madrigal con mucha gente á prender á la infanta.»

Doña Mencía dió un salto sobre su sillon.

«¿Y qué mas?

—Lo otro no lo conservo bien; pero no debe ser tan importante, porque Inés solo me repitió muchas veces, para que lo aprendiese de memoria, lo que he dicho á vuestra merced.

—Bien..... Gonzalo, bien; eres un servidor leal. Toma (y sacó un pesado bolsillo de un cajon de una mesa inmediata). Con

ese oro bien puedes casarte con Inés. Vé y entrégaselo; ten en cuenta que debes olvidar enteramente lo que me has dicho, porque si lo revelas á alma viviente, del mismo modo que te he dado este bolsillo, puedo hacerte dar una puñalada.»

El jóven escudero salia, asustado por una parte y trastornado por otra con la posesion de tanto dinero, cuando doña Mencía reflexionó y le detuvo.

«No, no, dijo para sí, lo mas seguro es no perderle de vista. Espera, Gonzalo, espera.»

Y doña Mencía le señaló la puerta de una habitacion que no tenia salida. Despues llamó á uno de los alféreces de la guarda.

«Poneos aqui de resguardo, caballero, le dijo; no dejeis entrar á nadie, ni salir á un jóven que hay dentro. Ni hableis con él, ni le permitais hablar.»

El alférez saludó profundamente, desnudó su espada, y se puso á pasear delante de la puerta. Doña Mencía salió, y en la puerta esterior tropezó con Mosen Pierres de Peralta.

—Ya está preparada vuestra introduccion en la casa de Enoch, señora, dijo el condestable.

—Bien; pero ante todo, ¿cuánta gente de armas se podrá reunir en la villa?

—Mil ginetes....

—Esos los necesito por el momento..... además de ellos.

—Las lanzas de don Gutierre de Cárdenas, y las del conde de Treviño; los ballesteros y los ginetes de estos señores, y los guardas de la villa, á que se pueden reunir dos cuadrillas de la Santa Hermandad, porque creo que no debemos contar con las gentes del duque de Alburquerque, ni con las del obispo de Búrgos.

—En cuanto á las del primero, la ocasion lo dirá: en cuanto á las del segundo, es preciso prenderlos con su señor en sus posadas.

—¿Pero qué sucede?

—Dentro de cuatro horas.... antes, porque debe hacer mas de una que se recibió esta noticia, tenemos en Madrigal al arzobispo de Sevilla.

—¡Ira de Dios!

—Y si yo no me prevengo, soy presa al ir á casa de Enoch por el cronista Enriquez del Castillo, que solo á eso ha venido á Madrigal.

—Pues con prender al señor Diego Enriquez del Castillo, hemos concluido; en cuanto á la reina y á la infanta, las hacemos cabalgar al momento, encargamos de su custodia al conde de Treviño y al comendador don Gutierre de Cárdenas, y con doscientas buenas lanzas las hacemos tomar el camino de Valladolid; despues, que vengan cuando quieran las del señor arzobispo de Sevilla.

—Pues bien, id vos á avisar al comendador y al conde: yo voy á levantar á las princesas y os espero al momento.»

Mosen Pierres tomó por un lado de la galería y doña Mencía por otro. Una hora despues en el oscuro patio del alcázar se agrupaba un pequeño ejército, y dos damas rebozadas en mantos bajaban por la escalera principal acompañadas de dos caballeros armados de punta en blanco.

Al mismo tiempo, por un póstigo del alcázar, salia otra dama apoyada en el brazo de un caballero atlético. Fuera esperaban veinte ginetes y como cien ballesteros.

La dama entró en una litera que se adelantó sola á gran distancia acompañada únicamente de cuatro ballesteros. Luego sin disminuir la distancia siguieron los restantes, y despues, llevando á su frente al caballero en cuyo brazo se habia apoyado la dama, marcharon los veinte ginetes.

Aquella estraña comitiva se perdió por las revueltas, estrechas y oscuras callejas de la villa.

CAPITULO IV.

De como doña Mencía dió claras muestras de valentía, con otros particulares no menos interesantes que verá el que leyere.

Cerca de los muros, por la parte sur de la villa, en una plazuela sin salida, ni mas entrada que una calleja oscura y tétrica que en aquellos tiempos se llamaba la calle del Duende, habia una casa de un solo piso, casi oculta entre un bosque de árboles frutales, y defendida por una tapia de poca altura que formaba la circunferencia de la plazuela, en cuyo fondo habia un pequeño postigo.

Conocidas ligeramente, la plazuela, las tapias y la casa, conozcamos la calleja.

Era larga, de terreno desigual, de casas ennegrecidas, ruinosas y deshabitadas, por la doble causa de la escasez de pobladores de la villa, y del terror que infundia la fama de miedos, maleficios y hechicerías, que se murmuraba de tiempo inmemorial habian acaecido en ella, por cuya razon se la llamaba la calle del Duende; ninguna otra la cortaba, ni tenia mas entrada que por otra plaza enorme, mas que plaza campo, adonde iban á confluir la mayor parte de las avenidas mas pobladas de la villa.

Un poco antes de que tuviesen lugar los últimos acontecimientos detallados en el capítulo anterior, en aquella especie de campo ó plaza desembocaron por la parte del Norte dos hombres, ginetes en mulas, seguidos á poca distancia de diez ginetes y de otros tantos peones. Una vez dentro de la plaza, cuyo piso formaba en miniatura colinas, barrancos, valles y

montañas, los dos caballeros á mula se detuvieron y miraron en torno suyo, como reconociendo el sitio. Llovia de una manera silenciosa, espesa y sostenida; de una de esas maneras que hacen pensar en el diluvio universal, y los dos ginetes á quienes sin duda no agradaba el azote de la lluvia y del viento, se retiraron debajo de un soportal, y entablaron el siguiente diálogo.

«Ya estamos aquí, don Lope.

—Eso es evidente, señor Enriquez del Castillo.

—Ella vendrá; estoy seguro de ello, la conozco bien: ¿pero de qué parte vendrá?

—¿No decis que estaba en el alcázar?

—Ya lo oísteis á vuestro sacristan.

—Entonces debe venir de aquel lado, dijo el arcipreste señalando al Oriente.

—Por lo mismo debemos dejar franca aquella entrada. ¿Cómo se llama?

—El callejon del Muerto.

—¿Sabeis que tienen unos nombres poco agradables estos sitios? El callejon del Duende, el del Muerto, la plaza de la Picota..... en fin, nada importa esto. Dejemos franco el callejon del Muerto, y ocultemos nuestra gente de modo que no puedan ser vistos sus bultos, en las callejas del rededor: aunque la noche es oscura, nunca está demas la prudencia.

—¿Y á qué efecto esta ocultacion? Hay mas que esperar y al paso.....

—Tenemos poca gente, observó sutilmente el cronista: vos habeis querido que sea enteramente nuestra la gloria de esta prision, á lo que yo no me he opuesto; pero suponed que doña Mencía, que es ladina como ella sola, huele el lazo y se viene con una especie de ejército, que haga muy posible, si nos dejamos caer, que de prendedores nos convirtamos en presos.

—Pudiera suceder.

—Pues cabalmente lo que puede suceder es lo que se debe evitar. Supongamos que ocultos en las avenidas de los alrededores, dejando francos el callejon del Muerto y el del Duende, vemos aparecer la dama que debe venir en litera. Si trae poco

acompañamiento, nos echamos encima de improviso, la prendemos, prendemos á los defensores, les tapamos las bocas á ella y á ellos, y negocio concluido: si trae mucha, nos deslizamos silenciosamente y meditamos otro golpe mas seguro.

—Siempre os he tenido por consumado en la prudencia.

—La prudencia es una de las mayores virtudes. ¡Hola, alférez!»

Adelantó un ginete, y Enriquez del Castillo le dió algunas órdenes en voz baja; despues, divididos en pequeños grupos, fueron á tomar las avenidas de la plaza, quedando uno de ellos con el arcipreste y el cronista.

Apenas habia podido ejecutarse esta maniobra, cuando por la embocadura del callejon del Muerto se vió resplandor de antorchas, y Enriquez del Castillo temblando, no de miedo, porque tenia demostrado que no era cobarde, sino de impaciencia, dijo al arcipreste.

«Ya está ahí.

—Sí.... sí.... ya lo veo, ya está ahí una litera, contestó el arcipreste dando diente con diente; no de frio, aunque lo hacia agudo, sino de miedo; una litera con dos criados con hachas y uno, dos, tres, cuatro ballesteros que vienen asaz descuidados; detrás deben venir los otros.

—Pues no, no vienen, dijo el cronista, despues de un momento de espera, durante la cual llegaron los que atravesaban la plaza al centro de ella. Viene sola.... pues este es el momento, ¡á ellos! hijos mios ¡á ellos!»

Y tocó un silbato.

Pero en vez de avanzar los grupos que estaban apostados en las callejas, se oyó un ligero ruido de lucha en cada una de las avenidas tomadas, al mismo tiempo que por el callejon del Muerto adelantaban á media rienda algunos ginetes, que siguieron hasta rodear la litera que se habia detenido en el centro de la plaza. El ojo perspicaz del cronista descubrió que el callejon del Muerto habia quedado cubierto por algunos soldados.

Despues de esto sucedió el mas profundo silencio, como si las gentes que estaban en la plaza no fuesen otra cosa que fantasmas.

«Hé aquí lo que hemos ganado con querernos apropiar la gloria de esta prision, dijo lloroso el arcipreste.»

Enriquez del Castillo no contestó, sino que con su actividad natural rodeó su mula y se lanzó para huir hácia la calle por donde habia desembocado en la plaza; pero antes de llegar á ella se revolvió con una velocidad admirable: la habia visto tomada por un grupo compacto de bultos.

Lo mismo le aconteció en la calleja inmediata y en las sucesivas; los que ocupaban el centro de la plaza permanecian inmóviles, como si estuviesen seguros de que no podia escapársele el cronista: en cuanto al arcipreste, habia permanecido agazapado en los soportales.

De repente vió el cronista que de todas las avenidas se destacaban los grupos que las cubrian, y trayendo por delante á sus veinte soldados maniatados, se estrechaban en un círculo, dentro del cual se encontraba ya comprendido el cronista, y que le obligaba á retroceder hácia los ginetes colocados en el centro.

Era imposible escapar, y el cronista adquirio aquel valor verdaderamente espartano, aquella serenidad sublime de que le vimos dar pruebas nada equívocas en el alcázar de Segovia, cuando la quema de su crónica, y resignado á todo, se encaminó á un ginete que por su cabalgadura, su vesta, su arnés y su talante, parecia el gefe de aquella gente.

«Y bien, ¿qué significa esto? dijo con cierta altanería y en el diapason mas desapacible de su chillona voz, ¿con qué derecho sorprendeis á mis gentes, y me acorralais, caballero?

—Con el derecho que tiene todo hombre de castigar á un zorro, tal como vos, dijo la voz áspera de Mosen Pierres de Peralta ahuecada por las barras de la visera.»

La cólera ardió en el corazon del cronista y se le subió á la cabeza al escuchar la voz del condestable de Navarra.

«De vos habia de venir esta felonía, esclamó perdiendo los estribos de la paciencia.

—No he hecho mas que prevenir una felonía vuestra, dijo el condestable, apoderándome por la espalda de los puestos que habia imaginado tomariais para cometer una traicion: pero os

tengo en mi poder, y no os escapareis como la vez anterior, que se me os escurrísteis de entre las manos, merced á la caridad de cierta noble señora, á quien queriais vilmente pagar el favor que entonces os hizo en daros libertad perdonándoos. Yo hubiera podido, para daros una leccion, hacer el asunto un poco sangriento; pero importa que no se haga ruido, para no avisar á ciertos pájaros que duermen confiados. Apuesto á que no se ha enterado de esto ninguno de los vecinos de la plaza. Soy yo admirable para la caza de pájaros recelosos. Ni uno solo de los vuestros queda para dar aviso. Pero abreviemos que el tiempo corre. ¿No decis que todas las casas del callejon del Duende están deshabitadas? añadió Mosen Pierres volviéndose á uno de los soldados.

—Si señor, contestó aquel.

—Pues bien, adelantád y forzad sin estruendo la puerta de la que sea mas capaz de que estemos todos dentro sin ser notados.»

Algunos ginetes partieron en direccion de la calleja del Duende.

«Vos, señora, podeis partir, dijo el condestable llegando á la litera: teneis cubierta la retirada; si os amenaza algo allá adentro, sonad el silbato que os he dado y soy al momento con vos.»

La litera, acompañada de los cuatro ballesteros, pero sin antorchas, adelantó hácia el callejon del Duende y desapareció en la sombra. Poco despues volvieron los soldados que habian ido á forzar la puerta y con el aviso de que ya habia una casa practicable.

«Seguidme, pues, señor cronista, dijo el condestable, sois mi prisionero.»

Enriquez del Castillo, sin contestar una palabra, espoleó su mula y siguió á Mosen Pierres; detrás de él iba el arcipreste rezando apresuradamente entre dientes algunas oraciones.

A los lados, formando calle, y llevando dentro de ella á los demas cautivos, iban los cien ballesteros, y despues los veinte ginetes.

Asi entraron por el callejon del Duende, dejando la plaza de-

sierta, y poco despues nada habia que turbase el silencio ni la soledad de aquellos sitios: Mosen Pierres, sus prisioneros y sus gentes, habian desaparecido dentro de un casaron.

Si algun vecino al sentir pasos de cabalgaduras en la plaza asomó la cabeza á su ventana, al ver el estraño aspecto de aquellas gentes, la retiró aterrado creyendo de buena fé, en atencion á ser sábado, que las brujas y los duendes habian tomado la figura de soldados, y habian venido á celebrar su aquelarre en la plaza de la Picota, llevando en una litera al gran *macho cabrío*.

Entre tanto Mosen Pierres se instalaba con sus dos principales prisioneros, esto es, con el cronista y con el arcipreste, en un salon destartalado, ruinoso, húmedo y frio. Enriquez del Castillo, decidido á todo, callaba; el arcipreste aventuraba algun monosílabo, y el condestable estudiaba la pregunta por donde debia empezar su interrogatorio. Al fin, despues de mil vueltas, no encontró otra cosa mejor que decir al cronista:

«¿A qué diablos habeis venido aqui, señor Enriquez del Castillo?

—A hacer una prision de órden del rey.

—¿Sabeis que hace mucho tiempo que andais en estos pasos, y que estoy tentado de trataros mas como alguacil que como sacerdote?

—Ya sabemos que el sacerdocio os importa poco, Mosen Pierres, dijo con acritud el cronista. Dígalo sino don Nicolás, obispo de Pamplona.

—Mucho confiais en mi paciencia, repuso Mosen Pierres palideciendo de cólera, cuando asi os atreveis á impacientarme.

—Yo nada tengo que ver con vos.

—En buen hora, nada me importa: impida yo vuestras picardías y lo demas que se lo lleve el diablo. Ya no vereis la luz hasta que estén casados don Fernando y doña Isabel.

—¡De veras! pues entonces larga prision tengo.»

La serenidad con que dijo estas palabras el cronista, desconcertó á Mosen Pierres, que tenia mas de un motivo para estar sobresaltado.

«Sí, sí, dijo: ya sé que don Luis de Acuña, obispo de Búr-

gos, anda en ello: que el arzobispo de Sevilla viene sobre Madrigal.

—Pues ved ahi, dijo Enriquez del Castillo con una admirable serenidad, yo no sé nada de eso.

—Vos teneis un saco lleno de picardías, señor cronista, pero aunque aqui no haya braseros ni potros, tenemos las cuerdas de las ballestas de nuestros hombres para apretaros los pulgares hasta que desembucheis todo ese saco.

—Ya sabeis que conmigo no valen esos medios, dijo con orgullo el cronista.

—De modo que si no valen con vos, valdrán con el señor arcipreste, á quien veo ahi temblando de miedo en un rincon.

—¡Ah! señor, esclamó el amenazado; ¿y seríais capaz?....

—¡Capaz! ¡capaz de todo! aun me creo terriblemente predispuesto á colgaros de una de estas vigas.

—Pero no hay necesidad de eso, dijo don Lope. ¿Qué quereis saber?

—Acordaos, señor arcipreste, de que sois sacerdote, dijo montando en cólera Enriquez del Castillo, de que servis una causa justa, y de que debeis morir por la justicia con el valor de los mártires.

—Veo que será necesario poneros una mordaza para que no digais necedades, esclamó Mosen Pierres. El señor arcipreste en lo que menos piensa por ahora es en morir. ¿Qué seria de su mitra entonces? ¿Habeis visto que se haga alguna vez obispo á un muerto?

—Teneis razon, caballero, dijo don Lope; y en fin, yo no sé porqué nos hemos de oponer á los adelantamientos de la infanta doña Isabel..... ello es.....

—Que teneis miedo, un miedo asqueroso, don Lope; esclamó rojo de furor el cronista.

—¡Hola, Gutier! gritó Mosen Pierres.»

Al llamamiento del condestable el arcipreste sintió que al carne se le despegaba de los huesos, y el cronista empezó á doblegarse al miedo: por mas que fuese enérgico y violento, era al fin hombre, y no hemos conocido ninguno al que no haga

siempre gran impresion la idea de una muerte próxima. La fama del asesinato del obispo de Pamplona habia dado á Mosen Pierres el carácter de una bestia feroz.

Cuando se presentó Gutier, Mosen Pierres tomó una antorcha que estaba clavada en una hendidura del muro, y dijo al recien llegado.

«Guardadme bien á ese hombre (y le señalaba al cronista), si se os escapa, me respondeis con vuestra cabeza. Vos seguidme don Lope.»

El condestable y el arcipreste se encerraron en otra habitacion, donde el segundo, parte por miedo, parte por brillantes ofertas, reveló cuanto sabia. Una hora despues él y Enriquez del Castillo fueron conducidos á una torre fuerte del alcázar; en ella encontraron al obispo de Búrgos, que habia sido preso con sus gentes, antes de que hubiese tenido tiempo de defenderse, y algunos ciudadanos afectos al rey.

No quedaba un solo enemigo de quien recelar en Madrigal, y todo esto se habia efectuado tan en silencio, que nada sabian los habitantes de la villa.

Antes de la media noche, un ginete llegó al alcázar, se presentó á Mosen Pierres y le dijo:

«Su alteza y su señoría están seguras y á buen recaudo en Ornajo, en donde han encontrado las lanzas del almirante.

—¡Oh! ¡oh! pues esperad: voy á escribiros dos solas líneas, con las cuales vais á partir al momento.»

Y el condestable escribió lo que sigue:

«Noble y escelente señor almirante de Castilla: tengo presos »en el alcázar al obispo de Búrgos, al cronista Diego Enriquez »del Castillo, y á otras personas de importancia. Pero quiero »prender tambien al arzobispo de Sevilla, que viene sobre Ma»drigal, para lo cual no tengo bastante gente. Haced que su al»teza y su señoría sigan la ruta á Avila con un buen resguardo; »enviad un aviso al señor arzobispo de Toledo y venid, venid al »momento: tal vez en esto consista el que vuestro sobrino el rey »de Sicilia se ciña la corona de Castilla.=El condestable de Na»varra, *Mosen Pierres de Peralta.*»

«Partid, partid al momento, dijo al alférez mensajero del almirante, y entregad este pliego á vuestro señor.

—¿Teneis algo mas que mandarme?

—Nada, sino que monteis á caballo y procureis evitar caer en manos de enemigos.

—Descansad, señor, que os guarde Dios.»

El alférez salió, y Mosen Pierres de Peralta quedó paseándose en la misma cámara que habia ocupado la reina, y en la que por la precipitacion de la marcha, que podia llamarse fuga, quedaban aun sus efectos. El ademan y el continente de Mosen Pierres eran los de un caudillo que acaba de ganar una plaza por un atrevido golpe de mano y espera alcanzar aun mayores ventajas.

«Sí, sí decia, armaré con Madrigal una ratonera, donde caerán todos, todos. Nadie podrá salir de la villa sino quien yo quiera, y esos que salgan serán lo que el queso para el raton. Calculemos: estamos á mediados de setiembre, no nos será difícil, dejando la masa preparada en manos del arzobispo de Toledo, que es un escelente señor para estas cosas, hacer que el rey se engañe y que nada sepa hasta mediados del mes que viene. Entonces nada podrá hacer porque ya estará hecho el casamiento. Indudablemente doña Mencía y yo valemos mucho.»

El condestable despues de estas palabras, siguió paseándose impaciente.

CAPITULO V.

De lo que oyó doña Mencía escondida en casa de un judío.

Volvamos á doña Mencía.

En el momento en que la litera llegó al estremo de la calle del Duende, la dama salió de ella, dejó atrás á los hombres que la acompañaban, y llegó al pequeño postigo de la tapia, al que llamó levemente tres veces con la palma de la mano.

En el momento se abrió la puerta y una voz respetuosa dijo tras ella en mal castellano:

«¿Scis vos, señora?

—Yo soy, respondió doña Mencía.

—¿Quién os envia?

—El condestable de Navarra.

—Entrad, señora, y asíos á mi capa.»

Entró doña Mencía, se cerró el postigo, y entonces la litera y los ballesteros fueron á ocultarse en uno de los senos entrantes producidos por la irregularidad de la plazuela.

Doña Mencía siguió asida á la capa del hombre que la guiaba á lo largo de un huerto; dió vuelta á una casa, y entró en ella por un postigo.

«Tened mucha cuenta con no hacer ruido, señora, la dijo el hombre.

—Seguid, seguid, replicó impaciente doña Mencía.»

Subieron á oscuras una escalera de caracol, siempre guiando

el hombre y asida doña Mencía á su capa. A gran altura torcieron por un callejon estrecho, y el hombre abrió la puerta de un zaquizamí oscuro, á cuyo fondo se veia el reflejo de una luz á través de una claraboya.

«Seguid hácia la luz, señora, le dijo en voz baja el hombre: junto á la ventana encontrareis un sillon, en el sillon un ropon de paño, y á los pies una piel de oso para que podais abrigaros. Desde esa claraboya se ve enteramente el aposento de la dama de que me ha hablado el señor condestable.

—¿De Ester?

—Asi se la llama desde que vino, y pasa por hermana de nuestro amo; pero aunque nunca habla delante de nosotros y está vestida á lo hebreo, no deja de parecer una hermosa dama castellana.

—Bien; ¿y estará ahora en su aposento?

—Es muy posible.

—No os separeis de la puerta, dijo doña Mencía entrando.

—Descuidad, señora, velaré en ella con la mano puesta en mi puñal.»

Doña Mencía adelantó hasta la claraboya, que no era otra cosa que uno de esos estrellones calados que se ven en el centro de las ojivas de los aposentos góticos, que habia perdido los vidrios, y desde la cual se veia enteramente una cámara amueblada con gusto y lujo, y alumbrada por tres lámparas de seda pendientes de la bóveda: en el costado paralelo á aquel en que se ocultaba doña Mencía, habia otra claraboya exactamente igual: desde la cornisa, sobre la cual se levantaba la bóveda, las paredes estaban cubiertas hasta la alfombra de ricos tapices orientales; sobre un divan de damasco ricamente bordado de sedas, teniendo delante una copa con fuego, apoyada en una mesa redonda, muy baja, cubierta con tapete de seda, y en las que se veian una escribanía de plata y algunos papeles, habia una dama jóven y hermosa, ostentosamente vestida con una espléndida túnica hebrea, desnudos el cuello, los hombros y los brazos, peinado el cabello en trenzas, con perlas, y abandonada en una actitud de impaciente espera.

Doña Mencía la miró profundamente, y despues de algun tiempo de observacion, esclamó:

«Sí, es ella; doña Leonor de Sese: en verdad que ese trage y ese tocado aumentan su hermosura y la hacen tomar un aspecto desconocido: pero sí, es ella: un tanto mas gruesa, mas bella..... no, esa muger obra por cuenta propia.... si la hubiese enviado la reina, no se cubriria de esos afeites y de esas galas: esa muger quiere agradar.... y él.... él es enamorado, se paga de la afectacion, del fausto, pero debe conocer á esa muger, debe haberla visto, y la ha visto sin duda en la servidumbre de la reina..... ¡quién sabe si se ha enamorado de ella y la ha hecho venir!.... ¡oh! estoy sufriendo horriblemente; ¡cuánto tarda Beltran!»

A pesar de la impaciencia de doña Mencía, el tiempo no apresuró su paso; por el contrario, le parecieron dos siglos las dos horas que transcurrieron desde su llegada hasta que sonaron en el reloj del alcázar las doce de la noche: entonces doña Leonor, que habia estado abandonada y medio dormida, adoptó una actitud voluptuosa, echó algunos granos de una materia contenida en una caja de oro en el brasero, del cual se levantó un humo blanco y oloroso.

Poco despues se oyeron rechinar algunas puertas, se levantó un tapiz, y apareció en la habitacion Beltran de la Cueva, sencillamente vestido, y armado con una ligera cota de mallas.

Aquel fué un momento supremo para doña Mencía: lanzó toda su alma á sus ojos y á sus oidos, y esperó.

Beltran de la Cueva tomó un sillon, le acercó á la copa, removió el fuego, y dijo con acento de fastidio:

«Buenas noches, doña Leonor. Hace frio, un frio desagradable; el invierno se adelanta mas de lo justo: no sé como podeis estar asi tan descubierta: os vais á pasmar á pesar del calor de esta habitacion.

—Será un servicio mas hecho á su alteza: ya sabeis que paso por vuestra amante, que me llamo Ester, y que para engañar á los esclavos que os introducen, creyendo engañar á ese

viejo usurero Enoch, es preciso que vean en mí una muger que se prepara á recibir á un amante.

—Verdaderamente haceis un enorme servicio á la reina, señora, y un servicio inútil.

—¿Inútil, señor duque?

—De todo punto.

—¿Es decir?....

—Que esta es la última vez que nos vemos. Creedme, volved á Buitrago, decid á esa señora que no habeis logrado verme.

—Eso es imposible, dijo doña Leonor, puesto que ya la he escrito que os he visto.

—Habeis hecho mal, muy mal; permitidme que os reprenda, señora.

—Me reprendeis injustamente, don Beltran, puesto que no he dicho mas que la verdad.

—No, no; estoy seguro de que no habreis dicho á la reina que si he venido algunas noches ha sido solo por no desairaros con una negativa cuando me suplicábais que viniese: estoy seguro de que no la habreis dicho.....

—Estad seguro de todo lo que querais: la he dado esperanzas.

—Pues habeis hecho doblemente mal: entre esa señora y yo, todo está terminado; somos el uno respecto al otro, dos cadáveres.

—Pero esto es indigno, señor duque; mas que indigno, increible.

—Ahorremos réplicas enfadosas, doña Leonor, dijo Beltran de la Cueva; lo que os he dicho, no es hijo de otra cosa que de una determinacion profundamente meditada, y por lo tanto irrevocable. Creedme, partid: sois demasiado conocida para no estar en peligro. Os aviso á tiempo. ¿No veis que vengo armado? mis ginetes me esperan en el patio de mi casa al pié de los caballos, y es muy posible que esta noche haya sangre en Madrigal. Se sabe que estais aqui, y mas que á otra cosa he venido á avisaros.

—¿Que teneis apercibidos vuestros ginetes, don Beltran? ¿y

en pro de quién? sin duda en pro de vuestra hija la infanta doña Juana.

—Os engañais. Yo estoy aqui como un simple particular que se aleja de la corte, y me sostendré en mi posicion neutral mientras me sea posible; pero si veo que la infanta doña Isabel necesita de mi ayuda, la ayudaré con todas mis fuerzas.

—Mucho habeis cambiado, dijo dolorosamente doña Leonor.

—Los desengaños, la desgracia.....

—¡Oh! desdichada de mi señora; la habeis puesto loca, y la matareis.

—¡Que la he puesto loca! ¡loca! y os atreveis á disculparla, dijo con acento mesurado Beltran. Esto os honra, doña Leonor; pero la causa de la reina no tiene defensa. ¿Podreis negar que de un don Jofre Tenorio ha tenido hijos en el castillo de Alhaejos?

—Esa es una infame calumnia, esclamó levantándose con indignacion doña Leonor; una calumnia inventada por una muger que se ha propuesto perder á mi señora.

—La perdicion de la reina doña Juana es obra de ella misma: ha habido un tiempo en que he estado ciego, fascinado, loco, creo que sujeto á un hechizo.

—¿Y podeis decir que no lo estais ahora?

—Ahora vivo en paz: estoy alejado de la corte, encuentro consuelos en la amistad....

—Y en el amor de satanás de doña Mencía de Padilla.

—Esa dama, señora, estará sin duda muy agena de la mala voluntad que la teneis, puesto que no debia esperarlo de vos.

—¡Ah! sí, es verdad: doña Mencía me abrió las puertas de la corte para que admirara esa mártir real, que ha tenido la desgracia de tener por rival una muger tan terrible.

—Os suplico que no hablemos de doña Mencía.

—¡Oh! ¡cuánto la amais señor duque!

—Y bien, suponiendo eso, los dos somos libres.

—¡Libres de una manera horrorosa! ¡Hernando de Carrillo muerto á cuchilladas en la misma cámara de su esposa!

—Aquella fué una funesta casualidad, señora.

—Doña Mencía de Mendoza, muerta de una manera oscura.

—Muerta indudablemente de pestilencia.

—Sí, ya veo que vuestro amor, que os hace ver tan culpable á la reina, está enriquecido de disculpas para doña Mencía.

—Si doña Mencía hubiera cometido alguna falta, seria disculpable en ella, porque ha sufrido tormentos horribles. Sin embargo, doña Mencía se ha conservado pura....

—Enviando un infame, un demonio tentador al lado de la reina.

—Confesais al fin que don Jofre....

—Su alteza ha sufrido, ha dominado la locura, ha resistido á la prueba y se ha conservado pura.

—En otro tiempo, lo que acabais de decirme para disculpar á doña Juana, me hubiera desgarrado el corazon: hoy nada me importa; me he dominado, en fin, me he curado enteramente: no tengo á la reina ni ódio ni amor.

—¡La habeis olvidado! cuesta trabajo oir esto, causa horror.... Un hombre que olvida á la madre de sus hijos, es capaz de olvidar á Dios, de olvidarse á sí mismo.

—¿Y quién se atreverá á asegurar que esa desdichada á quien llaman la Beltraneja es hija mia?

—¡Oh! callad, callad don Beltran, esclamó con un generoso arranque doña Leonor: creo que es mejor perder la esperanza, que oiros blasfemar de ese modo de mi pobre señora: veo que todo está concluido, enteramente concluido.

—Mejor hubiera sido que no hubiese empezado.

—Pero, señor, es imposible que sintais lo que decis: imposible de todo punto, que querais hacer estensiva la desgracia de la madre á la hija.... vos podeis mucho, señor.... no dejeis por Dios que el mundo deshonre á la infanta doña Juana: arrojad de vos la fascinacion que os ciega.

—En primer lugar, doña Leonor, si yo desconfio de que doña Juana sea mi hija, tengo razones para ello: doña Juana ha estado contínuamente rodeada de admiradores.

—Sin embargo, sabeis, don Beltran, que jamás esos hombres....

—Yo he sido demasiado confiado con la reina, demasiado ciego.

—No hay error mas incurable, señor duque, que el que nace de nuestra voluntad.

—No, no es error, es pensar como deberia haber pensado. La infanta doña Juana no tiene un solo rasgo de mi semblante, ni de mi carácter.

—La infanta es un retrato completo de su madre.

—A mas de eso: suponiendo que el respeto haya contenido á los cortesanos de la reina, aun nos queda el rey.

—¡El rey! esclamó con estrañeza doña Leonor.

—El rey, señora, añadió Beltran de la Cueva, fijando una mirada en el semblante de doña Leonor, no ha mucho tiempo tuvo una hija bastarda de una hermosa dama á quien conoceis demasiado: esto, señora, lo sabeis mejor que yo.»

Doña Leonor quiso sostener la mirada de Beltran de la Cueva, pero vaciló, inclinó los ojos á la alfombra y se cubrió de rubor.

«Si yo hubiese tenido siempre en la corte los ojos tan atentos como los he tenido últimamente, no se me hubiera engañado. En fin, para contestar de una vez á vuestras objeciones, os diré, que no creo ni en el amor ni en la virtud de la reina: que me he curado enteramente del amor que me inspiraba; que no sabiendo de quién es hija la infanta doña Juana, y siéndome notoria la legitimidad de la infanta doña Isabel, estoy resuelto á sostener su derecho con todas mis fuerzas.

—Que Dios os perdone, duque de Alburquerque, dijo doña Leonor levantándose y volviéndose solemnemente á Beltran. Yo no puedo perdonaros, y deseo que llegue un dia en que el remordimiento despedace vuestra alma.»

Tras estas palabras, doña Leonor atravesó rápidamente la cámara y salió temblorosa y convulsa.

Beltran de la Cueva se levantó á su vez, y atravesó la cámara en sentido opuesto, murmurando en un tono que pudo oir doña Mencía sus palabras:

«He estado duro, cruel; pero era necesario concluir: además no he dicho mas que la verdad, lo que siento....»

Y se perdió tras los tapices.

Doña Mencía permaneció algun tiempo en el sillon agoviada de felicidad: estaba segura de que Beltran de la Cueva no mentia al decir que se habia curado del amor de la reina, y tenia la certeza de ser amada: sin embargo, aquella felicidad estaba amargada por un agudo remordimiento, que se revolvia implacable en el fondo de su alma. Veia á la reina loca, deshonrada, escarnecida, hecha pedazos, por una horrible venganza.

Doña Mencía ahogó un gemido y levantó los ojos al cielo: era un ángel caido.

Poco despues, guiada por el esclavo, salia por el postigo, llegaba á la litera, y decia con voz segura á sus hombres:

«Al alcázar.»

CAPITULO VI.

De cómo Mosen Pierres convirtió en ratonera la villa de Madrigal.

Cuando doña Mencía llegó al alcázar, encontró paseándose aun en la cámara de la reina á Mosen Pierres de Peralta, cuyo semblante resplandecia de satisfaccion.

«¿Paréceme que estamos de albricias, señor condestable? le dijo.

—Como que soy enteramente dueño de la villa, y tengo bajo mis llaves á todos los espías del rey. Pero vos tambien teneis el semblante alegre.

—Y el corazon que no me cabe en el pecho. El duque de Alburquerque es nuestro.

—¿Habeis hablado con él?

—Le he oido hablar.

—Eso á veces es mejor.

—Se engaña uno menos.

—En fin.....

—La reina es una muger desahuciada.

—De modo que os casareis cuando se case la infanta doña Isabel.

—¿Y qué es de esa noble señora? dijo doña Mencía desentendiéndose de la pregunta de Mosen Pierres.

—¿Qué ha de ser, sino que está perfectamente segura entre las lanzas del arzobispo de Toledo?

—¿Y qué se sabe del de Sevilla?

—Nada mas que lo que se sabia: pero dentro de poco debe

llegar: por lo mismo, puesto que contamos de una manera segura con él.....

—Tan de seguro, como que está armado de vesta y tiene apercibidos sus ginetes.

—Que son cien magníficas lanzas que nos pueden servir de mucho.

—¿Y qué pensais hacer?

—Dar un golpe seguro, segurísimo, que honre mi penetracion. Quiero dejar enteramente á oscuras al rey.

—No os comprendo.

—Tengo armada una ratonera al arzobispo de Sevilla y á su gente.

—¿En dónde?.... andaos con tiento.

—Esa ratonera es ni mas ni menos la villa de Madrigal.

—¡Ah!

—Veo que me comprendeis..... he tomado todas las puertas..... no he dejado salir á nadie; he amenazado á muerte al arzobispo de Búrgos, y he logrado que me escriba una carta para el arzobispo de Sevilla, en que le dice que la puerta del Sol está vendida á ellos, que puede acercarse, entrar, sorprender la villa, prender á la reina, á la infanta, á vos, á mí, *et cetera*. He enviado esa carta al encuentro del arzobispo con uno de mis escuderos de confianza, á quien he hecho vestir una de las dalmáticas de armas del obispo, y he puesto una guarda de gran confianza en la puerta del Sol: he emboscado en todas las avenidas mi gente, y contando con las cien lanzas de don Beltran de la Cueva y con su ayuda, estoy seguro de que no se me escapará ni uno solo que vaya á llevar la noticia: despues, del mismo modo que he obligado al obispo de Búrgos, obligamos al arzobispo de Sevilla y nos ponemos en correspondencia falsa con el rey; de este modo ganamos el tiempo necesario para que yo pueda ir á todo el correr que pueda á Cataluña, traigo al rey, le caso, y despues..... despues que se tiren de las barbas ó que hagan lo que quieran. ¿Quereis escribir una carta á don Beltran?

—Si tal.

—Decidle que venga al momento con sus lanzas.»

Doña Mencía rasgueó algunos renglones, cerró la carta y la entregó á Mosen Pierres, que la envió á Beltran de la Cueva.

«Y bien, dijo doña Mencía: supongamos que sale bien vuestro plan.

—Mi plan, señora, es seguro; admirable.

—Sin embargo, como la reina y la infanta están fuera de Madrigal, pueden verlas, noticiarlo al rey y todo se destruye.»

El condestable sonrió de una manera triunfante.

«Cuando yo fabrico una red, señora, ato todos los hilos: ya he enviado un mensajero á la reina con una carta previniéndola de lo que debe hacer, y otros tres con cartas para don Diego de Lara, Pedrarias de Avila y Juan de Vivero. El primero está en Arévalo, el segundo en Avila y el tercero en Valladolid. La reina y la infanta irán durante el camino en literas cerradas, y cuando lleguen á cada una de esas poblaciones serán recibidas con gran sigilo en las casas de los caballeros que os he nombrado, que son enemigos del rey, y nadie sabrá que esas señoras han salido de Madrigal, donde el rey las creerá presas. Por lo demas, las lanzas del arzobispo de Toledo y del almirante don Fadrique se perderán dentro de los muros de esta villa, que desde ahora, hasta que se efectue el casamiento, es decir, durante quince dias, seguirá siendo una ratonera; podrá entrar todo el que quiera, pero nadie saldrá sino emisarios leales que nos sirvan bien.

—Pero convenid en que, con que nos venda uno solo de esos emisarios, está todo perdido.

—Hombre sin hombre no es hombre, señora, y sino fuese por eso no habria plan que fracasase. En todo caso tendremos mucho tiempo de delantera, contamos con un ejército respetable, y todo se reduciria á apretar el paso hácia la frontera de Aragon. Lo mas urgente es que no se apodere el rey de la infanta, y eso es lo que estamos evitando. Apodéreme yo del arzobispo y de sus lanzas, y os juro que ya no temo nada.

—Su señoría el duque de Alburquerque, dijo un paje á la puerta.»

Poco despues entró Beltran de la Cueva: venia armado de la misma manera que le habia visto doña Mencía en la casa de Enoch, con la sola diferencia de que habia sustituido un casco sin visera á la gorra de brocado que antes llevaba.

«Guárdeos Dios, señor condestable de Navarra; Dios os bendiga, señora, dijo saludándolos.

—Pláceme, señor duque de Alburquerque, poder contaros entre los nuestros, dijo Mosen Pierres.

—Yo siempre estoy de parte de lo justo, caballero.

—Sin embargo, no ha sucedido asi en todos tiempos.

—Pero puedo aseguraros que cuando he servido una causa la he creido justa.

—Siempre he creido en vuestro honor. ¿Habeis traido con vos vuestras lanzas?

—Abajo están en el patio.

—Espero que me permitais usar de ellas.

—Justo es, puesto que á lo que parece sois el capitan de esta jornada.

—De cuyo plan os instruirá mejor que yo doña Mencía de Padilla, en tanto que yo aprovecho los momentos que son preciosos.»

Mosen Pierres salió, dejando discretamente solos á Beltran y á doña Mencía.

«¿De qué se trata, señora? la dijo afectuosamente Beltran.

—Se trata de que ha llegado el momento de que lo olvide todo.... todo cuanto me has hecho sufrir.

—¿Y á quién debo los buenos oficios que tal os han cambiado, señora?

—A tu amor.... ¡oh! me parece que estoy aun en aquellos hermosos tiempos en que tus cabellos en vez de ceñirse con un almete de acero y oro, se cubrian con una pobre caperuza: para mí siempre eres el mismo, Beltran; es verdad que ahora no soy tan hermosa como antes, y que tú estás cada dia mas bello: pero tu amor me rejuvenece, y ahora te amo mas que nunca.... ¿no es verdad, Beltran, que tú nunca has creido que yo te aborrecia?

—Es verdad, contestó él bajando la cabeza dominado por la emocion.

—Y he luchado con horribles pensamientos.... los celos me han puesto furiosa y he pensado en matarme. ¡Oh! Beltran tu amor me ha costado muchos sacrificios, muchos.... ¿pero tú no creerás que yo he dejado matar á mi marido por tí, ni que he envenenado á tu muger?

—¡Y quién se atreve!...

—Sí, sí, lo dicen, esclamó doña Mencía con un acento ardiente y profundo: mis enemigos se atreven á todo, pero mienten.... ¿no es verdad que tú no los crees?

—Te estoy oyendo, Mencía, y me parece un sueño: me parece que no ha pasado un solo dia desde aquellas deliciosas noches de Ubeda.... ¡Oh! y me pareces mas hermosa que entonces.... infinitamente mas.... si entonces hubieras sido libre como ahora....

—Y bien, libres somos.... ¿quién puede separarnos ya?

—Nadie en la tierra, contestó tristemente Beltran, asiendo una mano de doña Mencía y estrechándola contra su seno: nadie.... pero hemos recorrido el camino de las pasiones de una manera horrible, y nos hemos hecho heridas incurables en el alma.... No, ya no podemos ser enteramente felices, Mencía, hemos empañado nuestra felicidad.

—¡Oh! el infierno contigo, Beltran.... sin tí, nada.

—¡Y los celos!.... ¿crees tú que yo no tengo celos?.... ¿crees que no te has vengado horriblemente de mí?.... ¡obligarme á odiar á aquel salvaje Hernando de Carrillo!....

—Pero mi alma no ha sido de nadie mas que tuya.... mientras tú la has entregado toda á la reina.

—Me fascinó.... me hechizó.... esa muger se valió para conmigo de malas artes.

—El hechizo consistió en tu ambicion, en lo ardiente, en lo insaciable de tu pensamiento; yo no debo culparte, la culpa es mia: por no separarme de tu lado te arrojé demasiado pronto á la corte. Es necesario pensar en eso como en una horrible pesadilla que se desvanece y nada mas.... pensemos en nosotros mismos. ¿No está satisfecha aun tu ambicion, Beltran?

—Quisiera volver á ser lo que era cuando te conocí.

—¡Oh! no; es muy hermoso ser señor de vasallos, tener una poderosa bandera y magníficos castillos defendidos por hombres de armas: llamarse rico hombre, conde de Ledesma y duque de Alburquerque; retirarse jóven de la corte despues de haber apurado todas sus grandezas, y vivir para su esposa y para sus hijos....para hijos de los cuales no se duda.... ¿no es verdad, Beltran? porque no puede dudarse del amor de su madre.»

Beltran palideció.

«¿Y ese hijo lleva el nombre de otro?

—¡Y qué importa! es un nombre noble y honrado.

—Mi herencia pasará á otro....

—Le haremos rico y grande. ¿Crees tú que quien ha hecho poderoso al padre no podrá hacer la fortuna del hijo?

—¡Mencía! ¡Mencía! pidamos á Dios olvido y perdon....

—Y bien, nada hemos hecho que llegue al crímen.... tú has defendido la causa del rey y yo una causa legítima.

—Pero ha habido sangre, asesinatos....

—En los que no han tomado parte ni mi voluntad ni mi pensamiento.

—Una trompa de guerra, esclamó Beltran de la Cueva.

—¿Y qué nos importa? ese es el raton que entra en la ratonera, como dice Mosen Pierres.

—¡Ah esto es una ratonera! pues el raton se defiende.»

En efecto, se oian fuera disparos de arcabuz, crugir de armas y gritos desaforados. El arzobispo de Sevilla habia caido en el lazo que le habia tendido Mosen Pierres de Peralta, y habia entrado en la villa confiadamente, encaminándose en derechura al alcázar. Pero apenas habia pasado de las puertas adentro su último soldado, cuando retumbó el sonido de la trompa que habia oido desde el alcázar Beltran de la Cueva, y de repente habian salido como espectros de entre las tinieblas los soldados de Mosen Pierres, y cogiendo desprevenidos á los del arzobispo, habian cargado sobre ellos.

Trabóse seguidamente una lucha terrible: los soldados se batian á oscuras, porque la noche era muy cerrada y se herian

sin conocerse los unos á los otros: y así revueltos en monton llegaron hasta el alcázar. Beltran de la Cueva reunió en el momento los hombres de la guarda, mandó cerrar las puertas, y, viendo la confusion que causaba la oscuridad, hizo asomar hachones á las ventanas: á su luz se regularizó el combate, y pudo notarse que las fuerzas del arzobispo de Sevilla eran muy superiores en número á las de la villa.

A mas de eso, los habitantes, divididos en bandos, como lo estaba todo el reino, salieron de sus casas y se unieron á las facciones enemigas, guiados cada uno por los gritos particulares de ¡Santiago y don Enrique! ¡San Lázaro y doña Isabel!

Era aquel uno de aquellos horribles detalles en que el reino se hacia pedazos en una guerra civil. Todas las campanas tocaban á rebato, subia á los cielos el alarido de la pelea, y empezaban á arder algunas casas incendiadas por esos hombres que se aprovechan de las revueltas para entregarse al saqueo y á los escesos. Los frailes de San Francisco salieron en vano en procesion, llevando bajo pálio el *Santísimo Sacramento*: tuvieron que retirarse para evitar un sacrilegio: los partidos estaban ciegos: les alumbraba la llama del incendio, respiraban el olor de la sangre, y el furor, el ódio, los embriagaban.

Las gentes de la villa llevaban la peor parte, y estaban acorraladas contra los muros del alcázar, que por órden de Beltran de la Cueva permanecian neutrales, oscuros y silenciosos. Mosen Pierres de Peralta recorria, hacha en mano, tendiendo cadáveres á los pies de su caballo, los grupos enemigos, buscando al arzobispo de Sevilla, que se habia refugiado en una de las casas de la plaza, desde la cual aguijaba con sus voces á su gente. De momento en momento las gentes de la villa se disminuian, y Mosen Pierres cansado, y cansado su caballo, se revolvia mal y estaba á punto de ser preso. Un lobo cogido en sus propios lazos no se hubiera mostrado mas furioso; habia ya llegado á cegar de tal modo, que heria en su misma gente.

«¡Ira de Dios! ¡sosteneos, malsines! gritaba; ¡sosteneos! ¿no ois las trompas del señor arzobispo de Toledo y del almirante?

¡un esfuerzo, y luego podremos hacerlos gigote! ¡ois! esclamó de repente levantándose sobre los estribos; no, pues ahora es verdad. ¡Oid, oid! ¡San Lázaro y doña Isabel!»

En efecto, de repente resonaron en la plaza los triples estruendos de los pasos de los caballos, del son de las trompas y de los gritos de ¡San Lázaro y doña Isabel!

De un solo empuje entraron en la plaza quinientas lanzas flanqueadas por espesas mangas de ballesteros, y se trocó la suerte: ya no hubo combate posible: las gentes del arzobispo de Sevilla se aterraron y fueron presas sin resistencia: el mismo don Alonso de Fonseca fue hallado á punto que se escondia en un desvan, y conducido á una torre del alcázar con gran contento de Mosen Pierres de Peralta, que decia al arzobispo de Toledo y al almirante mientras se limpiaba el sudor que corria en abundancia por su rostro:

«Me hallo en el caso de encender una vela verde al diablo: ¡uf! nunca, que yo me acuerde, he partido mas cráneos, ni me he visto tan apurado. ¡Fuego del cielo! ¡he estado á punto de ser devorado por los ratones!

—Es que no esperábais ver en vuestra ratonera tantos vichos y tan bien armados, mi buen condestable, dijo el almirante; pero en fin, todo se reduce á que descanseis..... y os estireis en la cama durante tres dias.

—¿Qué es descansar? ahora mismo me proveo de oro bastante para poder reventar cuarenta caballos; cabalgo, y parto á Cataluña.

—¿Tan pronto?

—Sin mas tiempo que el necesario para instruiros de mi plan; es seguro, magnífico, y ya está vencida la primera y mayor dificultad.

—Vamos, pues, al alcázar, dijo el arzobispo.

—¡Eh, jayanes! dijo el almirante quedándose un poco atrás á algunos ballesteros; recoged los muertos y los heridos, apagad los fuegos, y aposentaos á discrecion. Corred la voz: si llego á encontrar descansando alguno hasta que esté hecha esa faena, le cuelgo sin compasion.»

Dicho esto, siguió al arzobispo de Toledo y á Mosen Pierres que entraban en el alcázar.

En las escaleras encontraron á Beltran de la Cueva.

«Y bien, señor, ¿tenemos la ventura de contaros entre los nuestros? dijo el almirante.

—Decid á la infanta doña Isabel que me he sostenido neutral únicamente, puesto que el que hayan tomado parte mis lanzas para impedir el que se la hiciese una violencia, no significa otra cosa sino el respeto que me inspiran los hijos del señor rey don Juan el II.

—¿Es decir que os retirais enteramente?

—Sí, señor almirante..... me retiro y me caso.

—¡Os casais! permitid que me ofrezca por padrino de vuestra boda, esclamó no pudiendo ocultar su estrañeza el almirante.

—Lo que importa por el momento, es procurar que este hecho no sea una calamidad para la villa, y despues aprovechar bien las ventajas.»

En este punto entraban en la cámara de la reina, y salia á recibirlos doña Mencía.

«¡Ah, hermosa dama!

—Es la esposa del señor duque, dijo Mosen Pierres de Peralta al oido del almirante. ¡Ya se vé! han quedado libres tan á buen tiempo.....

—Pues mirad, creo que á pesar de mis canas, hubiese yo caido en la red si me la hubiese tendido tan hermosa señora.»

Poco despues estaban reunidos en consejo aquellos poderosos personajes, y fué aprobado en su totalidad el plan de Mosen Pierres de Peralta, que poco despues de amanecer partió solo hácia Cataluña, llevando la carta de la reina doña Isabel y las capitulaciones del matrimonio entre su hija y el rey de Sicilia.

CAPITULO VII.

En que se demuestra que el interés por el prógimo va siempre detrás del interés propio.

Mosen Pierres de Peralta, cambiando de camino, entró en Zaragoza, donde se encontraba don Fernando, el primero de octubre de 1469. Habia andado bizarramente la distancia que separa á aquella ciudad de Madrigal, y se presentó al rey de Sicilia, que le esperaba impaciente, y que nada sabia de los últimos acontecimientos.

El condestable empezó á coger el fruto de sus sagaces manejos: el rey le distinguió, le honró sentándole á su mesa y le prometió mucho: el navarro tocaba ya casi los estados del marqués de Villena, y activó por lo tanto cuanto le fué posible aquel negocio.

El tres llegaron nuevas de que la infanta doña Isabel y la reina su madre, estaban con seguridad en Valladolid, casa de Juan de Vivero, y que Madrigal continuaba siendo una admirable ratonera, desde la cual doña Mencía de Padilla, apoderada de la situacion, en union con el almirante, engañaba con noticias falsas, escritas del puño y letra del arzobispo de Sevilla, á Enrique IV, que continuaba en Andalucía arreglando las diferencias que mediaban entre don Alonso de Aguilar y el conde de Cabra.

Pero á pesar de estas buenas noticias, no habia podido llegar, en situacion mas apurada para realizar sus planes, Mosen Pierres de Peralta. El anciano rey de Aragon se encontraba em-

peñado en una recia guerra contra los catalanes, que se habian sublevado al mando de Juan de Anjou, y en estas críticas circunstancias, estaba á peligro de que su ejército se le desbandase por falta de paga, puesto que no contaba en su tesoro con mas de trescientos *Enriques*. No podia, pues, reunir el dinero necesario para la marcha de su hijo, de todo punto urgente, si se habia de coger el tan anhelado fruto de las tenebrosas intrigas que por tanto tiempo se habian cruzado entre las cortes de Aragon y Castilla: esto es, la realizacion del enlace de don Fernando y doña Isabel. No pudiendo resolver nada por su absoluta impotencia dejó la resolucion del negocio á don Fernando, y este apeló naturalmente á quien tanto y tan bien le habia servido, á Mosen Pierres de Peralta.

Pero este que no era rico, y que habia invertido sus ahorros en sembrarlos, para cogerlos con aumento de mil por uno, se encontró sin un cornado: hubo momentos en que el navarro se desesperó: apelar á un empréstito era cosa de todo punto imposible, puesto que habia pendientes muchos, que aun no se habian pagado, y los judíos no hubieran prestado un florin sobre las rentas juntas de Castilla, Aragon y Navarra: la nobleza adicta estaba siempre muy pronta para recibir, pero dura como una roca para pagar: Mosen Pierres de Peralta se veia á punto de perder el fruto de sus afanes. Era necesario ó que el rey de Sicilia entrase sin proteccion, desvalido como un simple particular en mengua de su decoro y con peligro de ser preso, ó reunir algunos miles de florines para comprar las lanzas que debian protejer su entrada en Castilla. Lo primero era impracticable y don Fernando nunca se hubiera prestado á ello; lo segundo muy difícil, casi imposible, puesto que era necesario levantar un pequeño ejército.

El condestable se dió á todos los diablos, se puso furioso y casi se desesperó: pero hubo un momento en que sus ojos se dilataron, y una sonrisa de inmensa alegría dilató su boca: se acordó de que entre sus ratones de Madrigal, tenia un judío riquísimo, Enoch, y acto contínuo se despidió del rey, diciéndole que iba á buscar dinero; montó á caballo solo, como habia

venido; y con la misma celeridad, sin distraerse en ningun punto, se tornó á Madrigal.

Encontró la villa quieta y tranquila, sus habitantes se habian acostumbrado á la especie de prision en que la tenia el almirante, puesto que no les faltaban los primeros artículos, y la soldadesca, contenida por una rígida disciplina, no cometia escesos. Doña Mencía pasaba todo el tiempo en hablar de amores con Beltran de la Cueva; el almirante amable siempre y bueno, se prestaba á entretener el fastidio de su prision al arzobispo de Sevilla, jugando con él á las tablas, y Enriquez del Castillo, el arcipreste y el obispo de Búrgos, pasaban su tiempo murmurando ágriamente de los que les habian puesto en tal estado. Mosen Pierres de Peralta dió buenas esperanzas á los amigos, estuvo mordaz, caustico é insolente con sus enemigos, y sin decir la verdadera causa de su vuelta, al anochecer del dia treinta de setiembre, se encaminó con gentil talante á la casa de Enoch.

«Ya estamos en camino, decia: ello es indudable que ese viejo usurero de Enoch, tiene doblon que se acuerda del rey Chindasvinto; ¿pero dónde los tendrá ocultos? porque pensar qué el haya de aflojar las correas de la bolsa, es pensar en que el cielo se una con la tierra. Pues señor, ello es preciso. Es necesario inventar un medio. ¿Y cuál? ¿cuál? cuando se trata de un judío, la imaginacion se seca. No se ocurre mas que una idea. Estrangularlo. Pero esto causaria un escándalo. El almirante es hombre metículoso, mirado; y dígase lo que se quiera, el almirante manda aquí. Es necesario, ademas, no cometer un robo: el rey don Fernando jamás me lo perdonaria. Es preciso valerse de la astucia. ¡Ah! ¡Doña Leonor de Sese!... ya la tengo.... sí.... parece que está de Dios que todo lo haya de hacer yo por medio de las mugeres. Eso es.... ella es hermosa, ¡diablo!.... ¿y por qué no?.... yo soy viudo.... no tengo mas que cuarenta años.... en cuanto á hermoso.... vamos, bien puedo pasar en estos tiempos; y sobre todo, soy condestable de Navarra, y mañana seré.... soy un escelente partido.... probemos.»

Estas reflexiones las hizo Mosen Pierres, parado en la desembocadura de la calle del Duende, y frente por frente del pos-

tigo de Enoch; vaciló aun, pero despues se decidió, se acercó al postigo y lanzó un silbido particular.

Pasó algun tiempo y nada sobrevino á aquel silbido: esperó aun el condestable, y continuó el mismo silencio.

«Está visto, esa gente ó se ha dormido ó no me espera: ya ha dado la queda, no saben que he vuelto á Madrigal y nada tiene de estraño; probemos mas fuerte.»

El condestable lanzó otro largo y agudo silbido y esperó.

Por aquella vez, pasado un cuarto de hora se oyeron pasos por dentro, y luego tres golpes recatados en el interior de la puerta.

El condestable contestó con otros tres, y entonces dijo una voz desde adentro:

«¿Sois vos señor?

—Sí, yo soy.

—¿Y qué quereis?

—Abreme.

—Será necesario que vuestra señoría salte las bardas.

—¿Cómo, pues?

—Desde que el almirante no deja salir á nadie de las puertas afuera de Madrigal, mi amo no deja entrar á nadie de las suyas adentro. Es mas, duerme con todas las llaves de la casa debajo del lecho.

—Pero estás bardas son altas como murallas.

—Esperad, voy á buscar una escalera.»

Separóse el que habia hablado dentro, y poco despues le sintió volver el condestable, apoyar un objeto duro en la pared y poco despues le vió aparecer á caballo sobre la tapia. Para que aquella aventura fuese peligrosa, hacia una luna clarísima, y era sabido que el almirante hacia rondar escrupulosamente por la villa. Hubiera contrariado mucho á Mosen Pierres haber sido preso como ladron.

El esclavo, desde su encumbrada posicion, rodeó la escala de adentro á fuera y el condestable subió, montó á su vez en la tapia, rodeó ayudado del esclavo la escala y entrambos bajaron.

«¿Y bien, que desea vuestra señoría?

—Quiero ver á doña Ester.

—¿A doña Ester? esclamó asombrado el esclavo.»

Mosen Pierres le puso en la mano dos escudos, y esto atenuó su asombro.

«Pero doña Ester, señor, es muy recatada y....

—Yo te aseguro que doña Ester no se asombrará.

—¿Espera á vuestra señoría?

—No.

—¿Le conoce?

—Sí.

—Vuestra señoría no sabe que en esto arriesgo mi cabeza.

—¿Quién piensa en eso? así que me hayas introducido en la habitacion de doña Ester....

—¡Oh! ¡oh! no me atrevo, señor.... y luego no es tan fácil.

—En cuanto á lo de atreverte bien puedes: yo te tomo á mi servicio.

—Es que yo soy esclavo, señor.

—No importa; Enoch tiene mas de un motivo para respetarme, y cuando yo le pague tu rescate nada tendrá que decir.

—Pero entre tanto.

—¡Entre tanto!.... entre tanto apenas me hayas introducido en el aposento de Ester te escapas, y vas á presentarte al almirante en el alcázar: le dices que yo te envio y que importa que te proteja.

—¿Y el señor almirante?....

—Te protejerá.

—¿Y seré libre despues?

—Sí.

—¿Libre hasta el punto de poderme volver á Africa?

—Sí, y con las manos llenas.

—¿Bajo la fé de caballero y de cristiano, señor?

—Te lo prometo y te lo juro.»

Meditó un momento el esclavo y luego dijo:

«¿Pero cómo nos introduciremos en la cámara de doña Ester? todas las puertas interiores están cerradas como las este-

riores. Para venir á encontraros me ha sido preciso descolgarme por una ventana.

—Para trepar á esa ventana tenemos una escalera.

—Bien, pero luego encontraremos las puertas cerradas.

—¿No cae al sitio donde está tu aposento el caracol por donde se sube al desvan, desde el cual se ve la cámara de doña Ester?

—Sí señor.

—¿Allí no habrá puertas?

—No señor.

—Pues bien, tenemos un boquete por donde meternos.»

Se echó á temblar el esclavo.

«Si nos sorprenden, señor, soy hombre perdido.

—Y yo no soy hombre, dijo Mosen Pierres, cuyo rostro se nubló horriblemente, de volverme atrás por tus escrúpulos. Ya se el camino, y todo se reducirá.....»

El condestable al pronunciar estas palabras manoseaba su daga.

«¡Ah! no, no, señor..... dijo el esclavo aterrado; estoy dispuesto á serviros.

—Pues bien, carga con esa escala, y vamos.»

El esclavo obedeció, y empezó á andar con la escalera á cuestas delante de Mosen Pierres, atravesaron por algunas calles de árboles despojados, y al fin dieron vista á la casa que estaba silenciosa y como dormida bajo la blanca luz de la luna que la iluminaba con una luz fantástica y clarísima. Mosen Pierres se detuvo á observarla y vió que por aquel frente todas las ventanas estaban cerradas.

«Adelante, dijo.»

El esclavo adelantó temblando, torció por un sendero y tomó la espalda de la casa, que estaba envuelta en la sombra. En la esquina de un pabellon situado en uno de sus ángulos habia una ventana abierta y poco elevada.

«¿Es por ahí por donde te has descolgado? dijo el condestable.

—Sí señor, contestó el esclavo.

—¿Duerme alguien en este lado de la casa?

—No señor: yo solo que cuido del huerto.

—¿Cuánta gente tiene consigo Enoch?

—Doña Ester, cuatro doncellas que la sirven, un esclavo que guisa y yo.

—¿Duermen esas doncellas cerca de doña Ester?

—No señor. Al otro estremo de la casa. Doña Ester gusta de la soledad y del misterio, como que todos los sábados recibia á un gentil caballero.

—¿A quien tú abrias como á mí?

—Me lo mandaba mi amo.

—Pues bien..... nada importa eso. Pon la escala.»

Despues de puesta, el condestable trepó por ella, y luego el esclavo; encontróse en un aposento oscuro, que por su mal olor revelaba la morada de una persona cuya primera cualidad no era el aseo.

«Será necesario que te proveas de una cuerda.

—Es que no la tengo, señor.

—Entonces nada hemos hecho. Recuerda bien.

—¡Ah! la cuerda del pozo.

—Perfectamente. Vé por ella.»

El esclavo salió por la ventana y poco despues tornó con una larga y gruesa cuerda.

«Vamos, pues, dijo el condestable.»

Salieron del aposento, atravesaron una galería, subieron un caracol, entraron silenciosamente en un desvan, y poco despues Mosen Pierres se encontraba asomado á la misma claraboya desde la cual doña Mencía de Padilla habia presenciado algunas noches antes, la escena que conoce el lector entre Beltran de la Cueva y doña Leonor de Sese.

La cámara estaba silenciosa y oscura, señal de que no habia nadie en ella: Mosen Pierres esperó impaciente, y un cuarto de hora despues se oyó ruido de puertas, luego se vió transparentarse un tapiz por una luz que se acercaba, se abrió aquel mismo tapiz y entraron dos personas, hombre y muger. El hombre era viejo, encorvado, de semblante receloso, cabellera cana y barba

súcia y revuelta; vestia una hopalanda raida, sobre cuyo hombro derecho pendia un giron amarillo, y llevaba en la mano una lámpara de cobre que puso sobre la mesa. Aquel hombre era Enoch el judío.

Ella era doña Leonor: vestia trage hebreo pero no tan ostentoso como el que tenia la noche que recibió á Beltran de la Cueva: era una túnica de lana blanca sobre la que caia otra mas corta de seda azul.

Doña Leonor dió tres palmadas, á las cuales entró una doncella con luces, que dejó sobre la mesa, despues de lo cual salió.

La jóven se dejó caer sobre el divan, y dijo indolentemente á Enoch.

«Id y cerrad las puertas: es necesario evitar que nos oigan.»

El viejo salió; oyéronse cerrar sucesivamente una, dos y tres puertas, y Enoch volvió á entrar, y se sentó familiarmente en un estremo del divan.

«Es necesario de todo punto evitar lo que está sucediendo, le dijo doña Leonor.

—¿Y qué sucede, hermosa señora?

—A todas luces cuando el rey no ha venido sobre Madrigal, ó al menos don Juan Pacheco, es porque no saben lo que sucede.

—Es imposible que lo sepan, ya sabeis que nadie sale desde hace quince dias de la villa.

—Lo que no deja de ser peligroso para vos. Suponed que un dia falta dinero al almirante para mantener á toda esta gente, y se acuerda de que vos sois rico y judío.»

Enoch se estremeció ligeramente.

«Ya sabeis lo que en Castilla acostumbra hacerse con los judíos, continuó doña Leonor.

—Podrán hacerme pedazos creyéndome rico, dijo Enoch, pero no conseguirán mas que cargar en conciencia con un asesinato inútil, porque donde nada hay, nada se puede sacar.

—¿Y si con un ligero sacrificio os pusiéseis en el caso de precaveros de una infamia?»

Enoch se preparó para no ser sorprendido, y dijo:

«¿Y de qué se trata, hermosa señora?

—De comprar uno de esos nobles que se envian fuera sin saberse adonde van, de darle una carta para el rey, y de procurarnos por ese medio un pronto socorro.

—¿Y con qué los hemos de comprar, pese á mí? dijo con acento angustioso Enoch. ¿Creeis que uno de esos nobles se contentaria con cien escudos sencillos, que es á lo mas que puede llegar mi dinero? ¿No sabeis que mi comercio de sedas está paralizado por la peste y por la falta de comunicacion con Medina de Rioseco, y con Talavera y con Granada? Hace un año que no vendo una vara de damasco, que vivo de mis ahorros, y que me estoy arruinando. Un noble de esos que decis, en la situacion en que nos encontramos, exigiria por sus servicios un monte de oro.

—Que el rey os pagaria dándoos una villa.

—¡El rey! el rey tiene menos fé que un renegado; y sobre todo, yo no puedo, me es imposible de todo punto: aun vuestra estancia en mi casa me compromete. ¿Quién sabe si don Beltran querrá abusar de la circunstancia de estar escondida en mi casa una amiga de la reina doña Juana para perderme?

—Vuestra lengua de judío no respeta nada. El duque de Alburquerque está furioso contra la reina y se venga de ella, porque cree en calumnias; pero es noble, generoso, valiente, é incapaz de una traicion.

—Y sobre todo hermoso y galanteador.

—¿Qué quereis decir con eso?

—Que si yo fuera él, acaso, acaso podria encontrarse ese monte de oro.»

Doña Leonor miró con repugnancia al judío, que posaba en ella una mirada impregnada de deseo.

«¡Ah! ¿creeis que yo podria ser una prenda?.... dijo secamente la jóven.

—Mucho mejor que una villa.

—¿Es decir que vos?....

—Escuchad, señora; y si quereis salvar á vuestra amiga, aprovechad la ocasion que se os presenta. Casaos conmigo.

—¡Casarme yo con vos! ¡estais loco!

—Es una proposicion que os hago.

—¿Y solamente de ese modo?.....

—Solo asi.

—Pues bien; demostradme primero que me amais, accediendo á mis ruegos, y despues.....

—Despues, la hermosa castellana se burlará del judío viejo y se le reirá en sus barbas..... no..... no..... esa seria una torpeza de muchacho. Por el contrario, cuando seais mi esposa.... esto es cosa del momento: abjurar del cristianismo..... bastan algunas palabras dichas delante de mis hermanos en la judería de la villa: despues los desposorios: cosa de otro momento: el dote entregado en buena y limpia moneda de oro, y del cual podreis hacer lo que querais..... Es cosa que puede hacerse esta misma noche.»

Doña Leonor se volvió despechada y no contestó.

«Pues mirad, dijo Enoch; doncella hidalga hay en Madrigal que no se atreveria á despreciar al viejo hebreo. Pero, pues vos me despreciais, justo es que yo no me sacrifique mas por vos. Hoy cumplen cabalmente dos meses desde que vinísteis, y creo haber pagado demasiadamente con mis servicios los miserables cien florines de oro que se me entregaron. Mañana, pues, saldreis de mi casa, señora, puesto que yo no estoy obligado á mas.»

Doña Leonor no contestó; Enoch esperó un momento, y viendo que continuaba su silencio de desprecio, tomó la lámpara de cobre, y salió lanzándola una mirada de ódio y cólera indescribible.

La jóven quedó sola é inmóvil por un momento, despues rompió á llorar y se cubrió el rostro con las manos: Mosen Pierres tenia el alma inundada de placer: el asunto no podia presentarse mejor: aquella muger necesitaba amparo, y él estaba alli.

Mosen Pierres habia comprendido lo mismo que doña Leonor que el judío habia concebido por ella uno de esos exagerados amores de viejo, que no vacilan en cometer una infamia para

llegar al logro de sus deseos. Sabia demasiado que á pesar de haberla dicho que saliese de su casa, no la dejaria alejarse, constituyéndose por el contrario en un dueño brutal. Esta posicion era mas de lo que podia haber esperado el condestable, y su impaciencia por llegar al resultado, creció.

Doña Leonor se levantó al fin, y recelosa sin duda de todo lo que la rodeaba, salió de la cámara y cerró sucesivamente las puertas que habia abierto el judío, luego volvió, y deteniéndose bruscamente en medio de la cámara, esclamó en voz alta, escitada por su situacion:

«Daria mi alma al diablo por encontrar un caballero que me vengase de ese vil judío.

—Con que se la deis, hermosa señora al condestable de Navarra, dijo sacando la cabeza por la claraboya Mosen Pierres, tendreis el placer que deseais..... y aun mas.....»

Por el momento, doña Leonor se sobrecogió; pero luego, sobreponiéndose, levantó la cabeza y reconoció á Mosen Pierres.

«¿Qué haceis ahi, caballero? le dijo.

—¿Me dais licencia para bajar?

—Creo que no sea muy prudente dejaros caer desde esa altura si no contais con alas de águila.

—Dadme vuestra licencia, y ya encontraré el medio.

—Bajad, pues, caballero, bajad.»

Mosen Pierres se volvió al esclavo.

«¿Te crees con fuerzas para descolgarme? le dijo.

—Descuide vuestra señoría.

—Atame la cintura.»

El esclavo obedeció, y poco despues Mosen Pierres descendia á la cámara, y al fin tocó la alfombra. Doña Leonor miraba aquello con asombro. Parecióle un milagro el que en una casa tan guardada como la de Enoch penetrase un hombre de la manera que penetraba el condestable.

«¿Y qué haré ahora, señor? le dijo el esclavo desde la claraboya.

—¿Me dais licencia, señora?....

—¿Para qué?

—Para que se descuelgue ese hombre.

—¿Y para qué queremos á Maksam?

—Ese hombre, la dijo Mosen Pierres en voz baja, podrá servirnos de atalaya, y podremos evitar ademas el que nos escuche.

—¿Y cómo?

—Dejándole encerrado entre la primera y la segunda puerta que he sentido abrir y cerrar.

—Baja, esclavo, dijo doña Leonor.»

Maksam, que asi se llamaba, no usó de la cuerda; salió por la claraboya, se asió á la cornisa, y á pesar de la elevacion, asiéndose con pies y con manos á los resaltes de los adornos góticos y á los junquillos de las pilastras, bajó como hubiera podido bajar una araña.

Doña Leonor le llevó consigo y le dejó encerrado en un aposento inmediato. El pobre esclavo obedecia al terror que le causaba Mosen Pierres.

«Héme aqui por un estraño acaso encerrada con uno de los mas acerbos enemigos de mi señora, dijo doña Leonor sentándose en el divan, pero en la situacion en que me encuentro....

—Entrambos nos encontramos en una situacion estraña, señora.

—¡Cómo! ¡vos! ¡el favorito del rey de Aragon!

—Pues ahi vereis. ¿Creereis que en los dias que he estado fuera de mi corte me ha birlado el favor de que gozaba con el rey y con su hijo don Fernando ese viejo raposo don Luis de Beamonte, conde de Lerin?

—¿A vos? ¿y cómo? parece increible.

—Pues creedlo. Cuando me he presentado en Zaragoza al rey de Sicilia con una carta de la reina viuda de Castilla y las capitulaciones de matrimonio con doña Isabel, me ha recibido friamente y me ha enviado á ayudar con mis lanzas á su padre don Juan á la guerra de Cataluña.

—¡Y bien!

—Bien, dijo Mosen Pierres paseándose agitado por la cá-

mara: esto significa que he caido en desgracia, que otro se aprovecha de mis afanes; otro que no sirve sino para murmurar y para apropiarse la gloria de los hechos de otro: el caudillo del bando beamontés..... vamos de modo que los reyes no saben jamás pensar sino con la cabeza del último que llega.....»

Mosen Pierres parecia altamente desesperado.

«¿Y por eso os habeis venido á Madrigal?

—Pues no; he venido á deshacer lo mismo que habia hecho.

—¿Y con qué objeto? esclamó con ansiedad doña Leonor.

—Don Juan Pacheco paga mejor.....

—¡Ah!

—Y ademas, me causa compasion esa pobre reina doña Juana de Portugal.

—¡Ay! ¡está abandonada de todos, caballero!

—¡Y ademas!

—¡Qué!

—Yo sabia que estábais en Madrigal.

—¡Lo sabíais!

—Desde que llegásteis. Supe que habia llegado una dama á casa de Enoch, lo estrañé, y por cierto don de adivinar que tengo, adiviné que veníais.....

—¿Enviada de la reina?

—Cabal. Entonces compré á fuerza de oro y de promesas á ese esclavo, y os ví algunas veces desde alli.»

Y Mosen Pierres señalaba á la claraboya.

«¡Ah! juro á Dios para en adelante tener cuenta con semejantes respiraderos.

—Pero ahora os ha sido muy provechoso. Confesad que vos, por premio de vuestros servicios, esperábais de la reina una villa con su correspondiente alcaide, que podria convertirse en marido.

—¡Ah! ¡caballero!

—Hablemos con franqueza. ¿Creeis que yo podria ser alcaide de esa villa?

—Y decidme vos, Mosen Pierres, ¿habeis venido á enamorarme, ó á?....

—He venido á todo, á todo, señora; á vengarme sirviendo á la reina doña Juana, y á servirla uniéndome con vos.

—No creo que esa sea una cualidad necesaria para el servicio.

—Teneis razon, y hablemos solamente del modo de impedir que se efectúe el casamiento de don Fernando con doña Isabel. Yo sé donde está la infanta.

—¡Cómo! ¿no está la infanta en Madrigal?

—La infanta está en Valladolid.

—¡Rodeada de lanzas!

—Escondida en casa de Juan de Vivero.

—¡Dios mio!

—De modo que yo podria, valiéndome de la confianza que tiene en mí el arzobispo de Toledo, salir de Madrigal, asoldar trescientas lanzas aventureras de esas que andan infestando los campos, apoderarme por sorpresa de la infanta, entregarla al obispo de Osma y al duque de Medinaceli, que han sido ganados por don Juan Pacheco, y que la pondrian á recaudo en uno de los muchos y fuertes castillos que tiene la familia de los Mendozas en la frontera, desde Almazan á Guadalajara, deshacer de este modo los proyectos del rey de Aragon, y abrir de nuevo el camino del trono á la princesa doña Juana.

—¡Oh! pues hacedlo, caballero, hacedlo.

—Para eso es necesario que vos me ayudeis.

—¡Que os ayude! contad enteramente conmigo en cuerpo y alma. ¡Dios mio, creo que os amo ya!

—No hareis mas que premiar el amor que os tengo, señora.

—¿Pero qué puedo yo hacer?

—Engañar á Enoch.

—¿Y para qué? esclamó con estrañeza doña Leonor.

—Para hacer todo lo que os acabo de decir, se necesita dinero.

—¡Ah!

—Yo he gastado todo el que tenia en estos pasos: hace muchos años que gasto por mi cuenta en servir á mi señor.

—¿Y cómo creeis que puedo yo engañar á ese judío?

—Fingid que cedeis por interesada á sus deseos; que no os fiais de él, y obligadle á que os enseñe su tesoro. El es viejo, vos sois hermosa; si os empeñais, conseguireis lo que deseamos.

—Pero eso seria un robo.

—Eso será un préstamo forzado á la reina doña Juana, de que yo me haré cargo con mis rentas y castillos.

—¿Préstamo asegurado por un recibo á vuestro nombre?

—Se entiende.

—¡Ah! de ese modo es distinto: le engañaré.

—Cuidad de no vacilar, señora.

—No me siento con valor, con fuerzas.... esperadme aquí.

—¿Adónde vais?

—A buscar á Enoch.

—Tened presente que os quiero para esposa.

—Por todas las reinas del mundo, no faltaria yo á mi honra, caballero.

—¿Podrá ser que atraigais aquí á Enoch?

—Haré lo posible.

—En caso de que vengais acompañada de él....

—Abriré las puertas con estruendo.

—A esa señal yo me ocultaré tras los tapices.

—Adios; pedid al cielo que me ilumine, dijo doña Leonor, y salió.

—¡Pues bien! ¡admirable! ¡cien veces admirable! ante esta estratagema pierde enteramente su valor mi ratonera.... He encontrado dinero, de seguro, y luego, una muger como yo la necesito. Ella afecta gran adhesion á la reina doña Juana.... ella se vende como todos.... esta es una guerra de oro.... es hermosa y honrada, ha rechazado el oro de ese judío.... esta es una prueba... dicen sin embargo, si ha tenido ó no intimidades con Enrique IV. ¡Bah! esto no lo mira nadie mal.... un rey es un señor absoluto.... además siempre es bueno tener favor en todas partes; vamos, podrá suceder muy bien que nos casemos.... dejemos esto para en adelante y echemos cuentas sobre el tesoro de Enoch. No ha necesidad de que el rey don Fernando sepa

como me he procurado, no solo los gastos necesarios para el viaje, sino tambien los cien mil florines del cuño de Aragon que debe entregar á la infanta en buena y limpia moneda, segun un capítulo del concierto matrimonial. Basta que crea que yo los he tomado á usura sobre mi castillo de Tafalla y mi villa de Olite, como en efecto será, aunque por medio de la fuerza. Hagamos, pues, una escritura á ese usurero de ciento diez mil florines. Aquí hay papel y tintero, escribamos.»

Mosen Pierres de Peralta escribió una larga obligacion, con una fé tal, como si tuviese delante los montones de oro que debian entregársele por ella, sacó una copia, buscó cera colorada, que debia existir en el escritorio de doña Leonor, como una cosa necesaria en aquellos tiempos, selló el original y la copia con su sello que llevaba pendiente de una cadena, y esperó. A pesar de haber invertido dos horas largas en la escritura, porque el buen condestable escribia despacio y mal, tuvo que esperar aun otra hora, durante la cual plegó las escrituras y las guardó en su escarcela, examinó minuciosamente la cámara y el dormitorio, pensó y repensó en su plan y tuvo lugar de redondearlo y pulirlo.

Al fin un fuerte portazo indicó á Mosen Pierres que se acercaba doña Leonor, y se ocultó precipitadamente en el dormitorio tras los tapices del lecho. La jóven entró sola, y adelantó hasta el dormitorio.

«¿Estais ahí? dijo en voz baja.

—Sí, señora, contestó el condestable.

—Pues preparaos porque Enoch no puede tardar.

—¿Y sabeis dónde guarda sus doblas ese viejo huron?

—Me ha sido necesario emplear toda mi astucia.... pero silencio, ya está ahí.»

En efecto, se oian tardos pasos en la antecámara; poco despues entró Enoch. Venia mejor vestido, su semblante era mas amable, se adelantó sonriendo hácia doña Leonor, pero esta le tomó rápidamente la espalda y cerró la puerta de la cámara con llave; despues fué al dormitorio y dijo con voz firme:

«Señor condestable de Navarra, salid: el buen Enoch viene á buscaros.»

Inmediatamente y antes de que cesara el asombro del judío, se presentó Mosen Pierres en la puerta del dormitorio, y saludando cortesmente al judío, le tendió la mano, que este no sabiendo que hacer le estrechó maquinalmente con la fuerza del miedo, posando sus ojos espantados en el navarro.

—Perdonad mi buen padre Enoch, le dijo este, si para lograr veros mi esposa y yo, nos hemos valido de una estratajema.

—¿Su esposa? esclamó guturalmente el judío.

—Doña Leonor os ha ocultado esto porque así convenia á nuestros intereses.

—Doña Leonor me ha engañado infamemente, esclamó sofocado por la colera el judío.

—¡Válgame Dios, padre Enoch! ¿no conoceis que de otro modo nos hubiera sido imposible sacaros ciertos dineros prestados que necesitamos para arreglar los negocios de estos reinos?

—¡Dineros prestados! ¿y á quién?

—A mí, Mosen Pierres de Peralta, condestable de Navarra.

—Cuyos estados se reducen á dos castillejos, una aldea y cuatro aranzadas.

—Ya sabeis aquello de las arcas llenas de arena del Cid.

—El Cid era todo un caballero.

—Y yo si no soy el Cid soy bastante para sacaros á redopelo ciento diez mil florines de oro del cuño de Aragon.

—¡Ladrones! ¡á mí! ¡socorro! gritó con todas sus fuerzas Enoch.

—Sí, grita cuanto quieras. ¡Como si Madrigal no fuera ahora mismo una cárcel de que yo soy el alcaide! ¿Qué caso crees tú que harian de un preso que gritase en su calabozo, mi buen padre Enoch?

—Pero esto no puede ser, no se roba así impunemente.....

—¿Y quién trata de robaros?.... aunque bien mirado ya sabeis el proverbio que dice: que el que roba á un ladron..... pero

nada de eso; aqui solo se trata de un préstamo forzoso que es necesario que no parezca tal..... concluyamos, pues. Mi amada doña Leonor, podeis llamar á vuestras doncellas y ocuparos del arreglo de vuestro equipaje; vamos á dejar libre del cuidado de vuestra persona al buen Enoch. Entre tanto, mi anciano padre, enteraos del contenido de estas obligaciones.

—Os juro que yo hallaré leyes.....

—¿Y dónde las ireis á buscar? daos por contento de que doña Leonor y yo no revelemos donde teneis vuestro tesoro, y solo nos llevemos de él, para devolvéroslos religiosamente, esos ciento diez mil florines de oro del cuño de Aragon..... Si os obstinais, será peor..... sabrá el almirante como sé yo que andais en tratos con el marqués de Villena, cosa que seria fácil de probar registrando vuestros papeles, y eso seria cosa que os pondria en gran peligro.

—Pues bien, que hagan lo que quieran de mí, esclamó sudando de congoja el judío: pero pensar que yo he de dar..... lo que no tengo.....

—Os habeis dejado engañar por mi esposa, y la habeis mostrado vuestro tesoro. Ya veis que no os ha valido vuestra astucia de usurero. Si os empeñais, perdereis la cabeza sin fruto, y vuestro dinero por añadidura. Bien sabia yo que vuestra codicia os haria preferible la muerte á entregar uno solo de vuestros talegos. He ahí por qué os he armado una trampa en que habeis caido.»

Enoch conocia que no habia escape posible, que no tenia medios de defensa contra aquel sicario, y rompió á llorar desoladamente.

«Vamos, dejémonos de llantos inútiles, mi viejo Enoch, y venios conmigo, quiero que esto se haga legítimamente: que vos mismo conteis el dinero: aun os autorizo para ir solo: ya sabeis que mi esposa conoce el lugar donde se oculta.»

Enoch, desesperado, pálido, fuera de sí, no resignado, sino arrollado por el miedo y por la fuerza de las circunstancias, estendió heróicamente la mano hácia Mosen Pierres y le dijo:

«Dadme esa obligacion.»

Mosen Pierres se la entregó y el judío salió con ella.

Amanecia ya cuando volvió á entrar trayendo con la ayuda de un esclavo un pesado cofre.

«Ahí teneis, caballero, le dijo con acento tan sereno como sino obrase contra su voluntad, el depósito que mi primo Simuel me dejó para vos.»

Enoch no queria pasar por rico entre nadie, y mucho menos entre sus esclavos.

«Un depósito de ciento diez mil florines de oro, que son el dote de vuestra hermana Ester.»

El judío miró atentamente al condestable, y se estremeció porque creia ver un nuevo engaño en lo que solo era una prosecucion de su fingimiento.

«Dote que queda asegurado con una obligacion mia.

—Procurad cumplirla y acordaos de cómo ha venido á vuestras manos este dote.»

Dicho esto no pudiendo contenerse mas, salió precipitadamente, entró en su aposento, y se arrojó de cara contra su miserable lecho, mordiendo las almohadas para sofocar sus gritos desesperados.

Al salir el sol salian por una de las puertas de Madrigal doscientas lanzas, á cuyo frente iba Mosen Pierres de Peralta: en medio de ellas iba una litera cerrada, y detrás una poderosa mula sobre cuyo lomo iba una pequeña caja de hierro; en la litera se encerraba doña Leonor de Sese, en la caja los ciento diez mil florines de Enoch, entre la litera y la mula llevándola del diestro iba un esclavo negro, aquel hombre era Maksam, en cuyo rostro antes estúpido resplandecia el divino rayo emanado del sentimiento de la libertad.

Es fama que cuando Mosen Pierres de Peralta reveló á doña Leonor que no iban á Andalucía, sino á Zaragoza, y que aquella intriga no habia sido en provecho de la Beltraneja, sino de doña Isabel, halló medio de consolarse, lo que prueba que por grande que sea nuestro interés por el prógimo, va siempre detrás del interés propio.

Es fama tambien, y lo decimos ahora para escusarnos de decirlo luego, que Mosen Pierres de Peralta halló el castigo de todas sus picardías en el casamiento á que mas adelante le obligaron las buenas artes de doña Leonor. Aquel casamiento fue muy feliz..... para ella. En cuanto á él es fama que adoleció de cataratas, con cuya enfermedad vivió los años que Dios fue servido darle, de entonces mas.

CAPITULO VIII.

En que se trata del casamiento de don Fernando y doña Isabel.

Mosen Pierres llegó por segunda vez á Zaragoza el dia dos de junio de 1469, y se presentó triunfante al rey don Fernando: mintióle al entregarle los ciento diez mil florines, que los habia tomado buena y fielmente prestados sobre sus castillos de Tafalla y Olite, y el noble rey don Fernando, despues de abrazar con efusion á un vasallo que le sacaba de una manera tan inesperada de sus terribles apuros, cargó sobre su corona aquel préstamo, aliviando de su peso á su condestable de Navarra, y al mismo tiempo del miedo al prestamista Enoch, que dicen no dejó de llorar por sus florines hasta que supo que estaban afianzados por la fé de un rey, y de un rey tal como don Fernando de Sicilia.

Una vez con dinero ya no fue difícil tener un ejército. Levantóse este en dos dias, valiéndose para ello de los elementos siempre existentes entonces: es decir, de las compañías de aventureros. El dia cinco aquel ejército salió hácia Castilla; y por otra puerta, con direccion á Andalucía, y con poco resguardo, salió una ostentosa embajada del rey de Aragon para el rey de Castilla, que no tenia otro objeto que ocultar la entrada clandestina de don Fernando en aquel reino.

Anochecia el dia siete de octubre cuando entraban por la calle Real de Val del Avellano, entonces pequeña aldea á una jornada corta del Burgo de Osma, seis hidalgos á caballo, ar-

mados á la gineta, sin escuderos ni otra servidumbre que un mozo de espuela que cabalgando en una mula iba algo detras de ellos, en silencio, y como convenia á un criado. A la entrada de la calle Real habia un mancebo que, fuera por casualidad ó de intento, apenas vió la cabalgada cuando echó á andar la calle adelante, y sin detenerse delante de ninguno de los dos grandes mesones que en ella habia, y que estaban llenos de soldados, torció por una calleja, se entró en una plaza con honores de campo, y se paró delante de la puerta de una posada mezquina, en cuyo poyo esterior se sentó, dando las buenas noches á una jóven fresca y rolliza que estaba á la puerta.

Aquel jóven no debia ser del pueblo, puesto que la muchacha le miró con estrañeza y un tanto hosca, y le contestó con un: Dios guarde á vuesamercé, pronunciado entre dientes.

Fuera tambien por casualidad ó de intento, la cabalgata habia seguido al jóven y se habia detenido en la puerta de la posada, con la diferencia de que aquel no habia hecho mas que dar las buenas noches y el otro tras esta palabra de fórmula habia pedido hospedaje.

La muchacha se sonrió con amabilidad, llamó á su padre, que acudió presuroso; los seis hidalgos descabalgaron ayudados por el mozo de mulas y por el otro mancebo que se prestó oficiosamente, como por el interés de una paga ó tal vez por el miserable hospedaje de aquella noche.

Los hidalgos subieron á una especie de desvan destartalado, al que el posadero llamaba enfáticamente cámara, y los dos jóvenes asieron gentilmente de las cabalgaduras, las llevaron á la cuadra, las despojaron de sus jaeces y las pensaron, en cuyas faenas se mostraron inteligentes, como si en su vida no hubieran hecho otra cosa.

Pero habia un no se qué en sus semblantes, que disonaba terriblemente de sus trages y de su oficio: el mozo de espuela era un mancebo como de diez y ocho años, de estatura regular, continente noble, cabeza altiva, frente blanca, aunque algo tostada por el sol, mirada profunda y viva, á veces intencionada y á veces alegre: en la armonía, en sus formas se adivinaba la

fuerza; y sin ser hermoso, podia pasar por tal, en gracia á la feliz proporcion de su persona, y á esa espresion que no tiene nombre ni se define y que decide de lo simpático y antipático de un semblante.

El otro jóven representaba veinticuatro años, era mas alto y mas esbelto que el mozo de espuela, mas bello que él, pero menos simpático y menos noble, aunque poseia mucha nobleza; del mismo modo su mirada, aunque altiva era menos fija y menos penetrante, pero del mismo modo que el otro, parecia perfectamente resignado con su servidumbre; el otro demostraba estarlo con su vida aventurera: el mozo de espuela no llevaba mas armas que un puñal atravesado en un cinto á la espalda: el otro llevaba una larga tizona con empuñadura de hierro, una daga con guardamano y una pequeña rodela colgada de la pretina. Y sin duda debian conocerse y ser amigos, puesto que reian y charlaban alegremente.

«¿Qué te parece de esto, Fadrique? decia el mozo de mulas á su compañero.

—Paréceme, Hernando, que sabes cuidar un animal á las mil maravillas. Bien, al fin tu oficio es descansado, pero por la Vírgen del Pilar, que yo estoy ya algo mas que mohino de aplastar terrones, y que si esto no concluye pronto, tendré que vérmelas con el señor conde de Treviño, que hace su viaje muy cómodamente, tambaleándose dentro de su arnés, dando de espaldarazos á trescientos buenos hombres de armas y llevando por delante su pendon amarillo y verde.

—¡Eh! ya llegará el dia en que descansemos, y de que lleguemos á ser grandes señores como ellos....

—¡Bah! ¡pues si no es mas que eso!....

—¡Eh! ¡silencio, casquivano! ¿no ves que nos está mirando desde la puerta de la cuadra aquella moza de los ojos garzos, y que no seria prudente que nos oyese menospreciar al señor conde de Treviño? ¡Hola, buena moza! dijo poniéndose alegremente junto á ella, ¿no es verdad que el buen amigo parece un loco de atar?

—Por mi santiguada, que en mi vida he visto mozo de espue-

la que tenga las manos tan suaves ni tan atrevidas, dijo la muchacha rechazando á Hernando y mirándole con cierta sonrisa picaresca.

—No hagas caso de él, prenda, la dijo el otro. ¡Tiene novia! y una novia que vale un reino. ¡Eh! ¿no es verdad, Hernando?

—Háganse allá sus mercedes, dijo la muchacha, á quien imponian cierto respeto el talante distinguido de los dos jóvenes que la habian tomado en medio. ¡No, si no que estamos aquí para sufrir bromas de cualquier hidalgo disfrazado! Háganse allá, digo, ó llamo á mi padre.

—¡Eh! ¡Hernando! esclamó uno de los viejos hidalgos que habian llegado á la posada, y que puesto en los corredores habia oido el *revivalo* de la moza, ¿no pensais en otra cosa que en requebrar doncellas de meson? ¿Habeis pensado ya las cabalgaduras?

—Sí, señor Gutierre de Cárdenas, contestó humildemente el mozo.

—¿Y creeis que nosotros somos de peor condicion que las bestias? asid vuestras alforjas y porteadlas acá arriba, porque yo creo que no encontraremos de yantar en la venta.»

Hernando bajó la cabeza, entró en el zaguan de la venta, tomó unas alforjas que habia colgado de una escarpia, y las subió al aposento de los hidalgos, donde ya en una mugrienta mesa habia estendido el posadero un no mas limpio paño: salieron á plaza en cantimploras de lata algunos fiambres, campeó junto á ellos un colosal pan, y un pequeño zaquê ó bota de vino, y Hernando les sirvió lista y puntualmente, sin que en toda la cena, señores ó mozo, se hablasen una sola palabra.

«Id ahora y cenad vos, le dijo el llamado don Gutierre de Cárdenas, y convidad de nuestra parte á ese honrado mozo que os habeis echado de camarada.»

Hernando recogió las provisiones, cargó con las alforjas, bajó y sorprendió gratamente entretenidos á Fadrique y á la doncella, que huyó avergonzada á la aproximacion de Hernando.

«Parece que empleas mejor que yo tu tiempo, le dijo.

—Es una flor, esclamó profundamente el otro; juro á la Vírgen del Pilar, tu patrona, no dejar de venir por aquí cuando tenga mas dinero, y viaje mas descansadamente.»

Sentáronse dicho esto los dos amigos en el poyo, y empezaron á embaular con gentil apetito algunas pechugas de gallina, que remojaban con frecuentes libaciones.

Antes de que hubiesen acabado la comida, asonaron trompas de guerra, y se vieron atravesar por el fondo de la calle las lanzas del conde de Treviño.

«¡Buenas lanzas! ¡brava gente! esclamó Hernando, levantando con valentía la cabeza. Aragon produce buenos soldados.

—No son peores los de Castilla.

—Juntos conquistarán el mundo.

—¡Por ellos! dijo Fadrique empinando el zaque.

—¡Por ellos, primo, y porque pronto desplieguen su doble bandera contra el reino de Granada!

—¡A cabalgar, Hernando! gritó desde una ventana el comendador Gutierre de Cárdenas.»

Cargó de nuevo el mozo de espuela con las alforjas, entró con él en las cuadras Fadrique, le ayudó á enjaezar las cabalgaduras y á sacarlas al soportal, y cuando esto estuvo hecho, dijo á su compañero:

«¡Cuatro leguas todavía! ira de Dios. Al fin esta noche creo que dormiremos. Adios, hermosa, añadió robando un abrazo á la muchacha de paso. Hasta la vista.»

Y entonando un cantar nacional, se echó la espada al hombro y con gentil compás de pies, se alejó de la posada, en la misma direccion que habian tomado las lanzas del conde de Treviño.

Poco despues, pagado por el mozo de espuela el gasto de la posada, y cabalgando los hidalgos, salieron de la posada y luego del pueblo.

Durante el camino, ni los hidalgos hablaron, ni el mozo de espuela adelantó un paso del lugar que le correspondia: poco despues de media noche descubrieron una poblacion, y en lo mas alto de ella un castillo, en cuya torre mas alta lucia entre las almenas una luz.

Los hidalgos apretaron el paso y llegaron en poco espacio á la villa, que era el Burgo de Osma; á la entrada se destacó un bulto y se acercó: era Fadrique:

«¿Hay alguna novedad? preguntó don Gutierre de Cárdenas.

—Ninguna, señor comendador, contestó el jóven.

—Pues adelante.»

Siguieron por las calles arriba, y poco despues llegaron á la caba del castillo.

«¡Quién vá! esclamó el atalaya lanzando una enorme piedra desde el adarve, que pasó rozando junto al mozo de espuela.

—¡El rey de Sicilia, príncipe de Aragon, menguado! esclamó con un indescribible acento de cólera y magestad el mozo de espuela.»

Instantáneamente se oyó ruido de armas dentro del castillo.

«¿Ha causado algun daño ese torpe á vuestra alteza? esclamó el comendador acercándose solícito al mozo de espuela.

—¿Por dónde anda el señor Alonso de Palencia? dijo aquel.

—Aquí estoy, señor, dijo uno de los de la cabalgadura.

—Pues bien, cuando llegueis á este punto en la crónica de su señoría la infanta doña Isabel, poned un capítulo que diga: «de cómo el rey de Sicilia, don Fernando, príncipe de Aragon, yendo á buscar disfrazado de mozo de espuela, á su esposa, estuvo á pique de ser muerto por una piedra que á su llegada al castillo de Osma, le arrojaron desde un adarve.»

—Y por amor mio, dijo el mozo aventurero, poned otro capítulo que diga: «de cómo don Fadrique Enriquez, hijo del almirante, por servir á su primo el señor rey de Sicilia en su entrada en Castilla, se tiró á pata, disfrazado de aventurero, el camino desde Zaragoza á Osma, y de como en Val del Avellano se enamoró furiosamente de una doncella de posada.»

Riéronse los hidalgos, sino por la gracia, en gracia de quien lo decia, y en esto vino el puente á tierra, y precedido de pajes con hachas, apareció armado de todas armas el conde de Treviño, entre dos hileras de soldados, por entre los cuales pasó don Fernando de Aragon, seguido de aquellos á quienes habia

servido durante el viaje, que llevaban los sombreros en la mano: solo don Fadrique Enriquez llevaba puesta su caperuza de aventurero, y marchaba á nivel de su primo.

«Aquí descansaremos hasta el amanecer, señor conde, dijo el rey: tenedlo todo dispuesto para entonces.»

Los dos ilustres jóvenes fueron conducidos á una magnífica cámara, y poco despues dormian á pierna suelta y como hermanos en un mismo lecho.

Al amanecer, dejados ya los disfraces y desplegado el estandarte real, emprendió el rey de nuevo la jornada, llevando de resguardo cuatrocientas lanzas castellanas y aragonesas.

El dia nueve de octubre llegaron á Dueñas, en donde el rey puso sus reales; la nueva de su llegada colmó de alegría á la infanta doña Isabel, á su madre, y sobre todo al arzobispo de Toledo, que creia asegurada con aquel enlace una estable privanza, y se apresuró á ir á Dueñas á cumplimentar á don Fernando.

Entre tanto la infanta segura ya entre sus servidores, á la inmediacion de su esposo, se apresuró á escribir una carta al rey don Enrique, en que le informaba de la llegada del rey de Sicilia, y el matrimonio que pensaba contraer con él: se disculpaba de la conducta á que se habia visto obligada por las asechanzas y las intrigas de que se habia visto cercada: le demostraba las ventajas políticas que resultarian de aquel enlace, y la aprobacion que habia obtenido de la mayor parte de la nobleza de Castilla, y concluia pidiendo al rey que le aprobase, asegurándole tanto de su sumision, como de la del príncipe su esposo.

Durante los dias que mediaron hasta el quince de octubre, se ratificaron las capitulaciones y se prepararon las vistas entre los reales consortes; algunos nobles quisieron persuadir á doña Isabel que exigiese de don Fernando algun acto de homenaje como en señal de primacía de la corona de Castilla sobre la de Aragon: pero doña Isabel se negó con su prudencia característica á aquel empeño, que visto á todas luces hubiera sido impolítico.

En fin, el mismo dia quince de octubre, don Fernando, acom-

pañado de su primo don Fadrique Enriquez, del comendador mayor de Leon don Gutierre de Cárdenas, del conde de Treviño, del de Buendia, señor de Dueñas, del cronista Alonso de Palencia y de otros muchos nobles y caballeros, se trasladó á la cercana villa de Valladolid.

Habia un gentío inmenso: el príncipe iba galan y cubierto de preseas, que aunque no brillaban con costosas pedrerías ni ostentaban el oro, sino muy parcamente, daban realce á su juvenil hermosura y á la noble magestad de su aspecto. Parecia que los cortesanos se habian adaptado á la parsimonia del rey, y se mostraban modestos, pero severos y fuertes; empezaba á vislumbrarse ya aquella pureza de costumbres, aquella dignidad de aspecto, y aquella noble sencillez que caracterizaron á la corte de los Reyes Católicos; hasta el arzobispo de Toledo que se habia adelantado á las puertas de la villa en representacion de doña Isabel, parecia haberse templado al tono general, y no ostentaba su escandaloso fausto de costumbre.

Y asi, entre las entusiastas aclamaciones de los que veian aparecer con aquel matrimonio la aurora de una época de bonanza para Castilla, atravesó Fernando la distancia que mediaba desde los muros hasta las casas de Juan de Vivero, que eran las mismas en que mas tarde se estableció la chancillería: los reyes de armas y los altos oficiales de la casa de doña Isabel, salieron á recibirle al pórtico de palacio, y le precedieron hasta la cámara de la reina doña Isabel, donde estaba la infanta, y donde anunciado por un maestresala entró solo.

Al verle doña Isabel palideció, y los ojos de la reina se arrasaron en lágrimas: se levantó del dosel donde estaba sentada, y dejando á un lado la etiqueta, salió al encuentro del que iba á ser su yerno y le abrazó con efusion. Fernando correspondió con ternura á la demostracion de amor de aquella escelente reina que acaso gozaba entonces su primer momento de felicidad pura y tranquila, y fue á besar la mano á doña Isabel, ante quien hincó una rodilla en tierra. Aquel era un homenaje de tanto mas valor, cuanto que no habia sido exigido, y doña Isabel se apresuró á levantarle.

«Alzad, alzad, por Dios, señor, le dijo conmovida; no es aun rey á quien yo debo tener á mis plantas.

—Vuestra virtud, vuestra hermosura, señora, contestó don Fernando, merecen el homenaje de quien no es mas que un igual á vuestra señoría, y aun le merecieran aunque tuviera todo el poder del emperador Carlo-Magno.»

Despues de esto la conversacion fue grave, como convenia entre personas que se trataban de presente por la primera vez; pero si el amor no se espresó por la lengua, rebosó en los ojos: la infanta que hacia mucho tiempo, por el retrato del príncipe, por sus cartas, por la noticia de sus hechos y de sus hazañas, habia contraido hácia él unos amores romancescos, á su vista acabó de enamorarse. Doña Isabel no era uno de esos seres en los cuales las pasiones tienen un límite. Su alma enérgica no sabia sentir á medias. Si no hubiera amado á don Fernando, no se hubiera unido á él: al consentir en aquella union, al afirmarse en aquel consentimiento, le amaba con toda su alma.

Y sin embargo, en las vistas que duraron dos horas, no se habló una sola palabra de casamiento, nada de gobierno, nada de proyectos; la conversacion giró sobre asuntos esteriores, sobre la guerra de Cataluña, sobre los pasados padecimientos de la reina, y sobre los recientes de la infanta: se trató de los bandos civiles, y al reprobarlos don Fernando, y al emitir su opinion acerca de reprimirlos, se mostró profundamente político. Al fin se separaron contra su voluntad, porque debian separarse los reales contrayentes: doña Isabel quedó triste en Valladolid, y don Fernando se volvió impaciente á sus reales de Dueñas con el acompañamiento con que habia ido á Valladolid. Su impaciencia era tanta que las bodas se hubieran verificado al momento: pero era tal la pobreza de la novia y el estado de apuro del novio, que cada cual por su parte tenian que buscar dinero prestado para los gastos mas indispensables. No hubiera sido decoroso entregar los cien mil florines de oro que eran parte del dote de doña Isabel antes del matrimonio, y por otra parte los restantes diez mil florines se habian invertido en gastos precisos..... ¡fué necesario que aquellos poderosos reyes católicos que

aterraron al mundo, se acordaran de que para casarse se vieron precisados á esperar cuatro dias por las exigencias y el frio cálculo de los usureros! *¡Tales fueron*, dice Prescott, *las humildes circunstancias que rodearon el principio de un enlace destinado á abrir el camino á la mas alta prosperidad y grandeza de la monarquía española!*

En fin, al mediar el dia diez y nueve de octubre de 1469, don Fernando se trasladó de nuevo á Valladolid. ¡Al fin iba á efectuarse el tan anhelado matrimonio! La alegría centelleaba en el semblante de don Fernando, que segun costumbre de aquellos tiempos, llevaba ceñida una magnífica armadura real, en cuyo yelmo se ceñia una corona de oro: su caballo no llevaba gualdrapas costosas, sino un fuerte paramento de hierro; ceñia estoque dorado, y en las manos llevaba un baston de marfil con estremos de oro; sobre la vesta, que era de brocado sencillo, mostraba un manto de púrpura forrado de armiños, llevaba al cuello la órden de San Miguel y calzaba espuelas doradas.

Acompañábale un poco mas atrás don Fadrique Enriquez, con armadura de corte; precedianle trompeteros, reyes de armas, farautes y gentiles hombres, y su alférez con el estandarte real: seguian los caballeros leoneses, castellanos y aragoneses de su bando, y cerraban la marcha dos lucidos escuadrones de lanzas y ginetes y algunas mangas de ballesteros y piqueros, en número hasta de seis mil hombres: el pueblo era numeroso y los vítores frenéticos: parecia que todo el mundo se casaba en Valladolid, valiéndonos de una espresion vulgar. Especialmente delante de las casas de Juan de Vivero, no se veia otra cosa que un mar de cabezas que miraban atentamente á un tablado que se habia puesto á la altura del balcon principal y al que se entraba por él: el tablado estaba cubierto de riquísimos paños de Flandes; en él habia un altar con un Crucifijo de oro, bajo un dosel de damasco rojo alumbrado por seis blandones, y en él, sobre un precioso atril, se veia un riquísimo ejemplar de la Biblia, para el que se habia empleado el descubrimiento de la imprenta, recientemente descubierta por Guttemberg. A los pies de aquel tablado, un poco mas bajo, habia otro que se comu-

nicaba con él por medio de una gradería, y desde este segundo otra gradería llegaba hasta la barrera puesta en el piso inferior, y estaba defendida por hombres de armas y archeros.

Lo restante del palacio estaba cubierto de tapices riquísimos, todo hecho á costa de Juan de Vivero, que empeñó aquel dia sus rentas de un año, y echó, como suele decirse, la casa por la ventana.

La comitiva del príncipe atravesó lentamente la multitud; el rey y su acompañamiento penetraron en el palacio y los soldados se estendieron delante de él: media hora despues apareció en el tablado un rey de armas acompañado de un secretario y de farautes, y dió á son de clarin una grida ó pregon, en que publicaba el casamiento de su señoría la infanta de Castilla doña Isabel, princesa jurada de aquellos reinos, con su alteza el rey de Sicilia don Fernando, príncipe heredero de Aragon. Despues de lo cual y retirado el rey de armas y sus oficiales, aparecieron en el tablado el pendon de Castilla, el de Aragon, el de la Fé y los de las órdenes militares, con otros muchos de infanzones y ricos hombres, como en homenaje y testimonio de que aprobaban y defendian aquel enlace; lo que visto desde abajo, formaba una hermosa vista. Luego apareció la reina doña Isabel sencillamente vestida de damasco rojo con castillos y leones de oro, llevando de la mano á su hija la infanta vestida del mismo modo y con algunas ricas joyas que la habia donado en arras su prometido.

Al ver á la infanta, tan hermosa, tan noble, tan radiante de pureza y de juventud, el pueblo estalló en una inmensa aclamacion que duró algunos minutos, y que no fué tan marcada al presentarse el príncipe: acaso el pueblo tenia celos de aquel hombre que iba á poseer tanta grandeza, tanta hermosura.

Acompañaba al príncipe una corte modesta, pero escogida y noble: no se veia allí otra cosa que semblantes enérgicos, valientes, simpáticos: poco despues apareció el arzobispo de Toledo, de pontifical, acompañado de su clerecía y se adelantó al altar haciendo arrodillar á los reales novios y enlazando sus manos.

Por un movimiento espontáneo el pueblo se arrodilló, y solo quedaron de pié los soldados, que tenian presentadas sus armas y embrazadas sus adargas como en homenaje, y los alféreces que sustentaban los pendones tendidos en el estrado.

El arzobispo rezó las oraciones prescritas por el ritual; la bendicion de Dios cayó sobre los esposos y quedaron unidos en uno, hasta que la muerte desatase los lazos hechos por la religion.

Al levantarse los esposos, estallaron las lombardas que estaban armadas en el campo grande, repicaron todas las campanas de la villa y subieron las aclamaciones al cielo. Retiróse la régia comitiva del tablado, en el mismo órden que habia salido, se dispersó parte de la multitud, y solo quedaron los curiosos que sobreviven, por decirlo así, á todo acto público.

En aquel mismo momento salieron corredores para Madrigal, con órden de abrir la ratonera de Mosen Pierres, que, entretenido acaso en Cataluña con el rey de Aragon, no se encontró en la ceremonia.

El arzobispo de Sevilla se retiró mohino á Andalucía, pero antes que él habia llegado un mensajero de doña Isabel con una carta para el rey, participándole su efectuado enlace.

Este no pudiendo oponerse ya á una cosa que no tenia remedio, y que por otra parte le importaba muy poco, puesto que no era ni sabia ser mas que lo que era su favorito, tomo el heróico partido de resignarse al endiablado humor que aquel acontecimiento desarrolló en don Juan Pacheco, y contestó á los embajadores de Isabel, que daria parte de aquel acontecimiento á su consejo.

FIN DEL LIBRO QUINTO Y ÚLTIMO.

EPILOGO.

I.

El casamiento de don Fernando y de doña Isabel, desconcertó enteramente los planes del marqués de Villena, ya gran maestre de Santiago en propiedad, puesto que habia hecho renuncia de su marquesado, para entrar en posesion de aquel cargo, en su hijo mayor. Entonces recurrió, como siempre, por una parte á las intrigas cortesanas, y por otra á los partidos que se levantaron de nuevo con las armas en la mano. Resucitáronse las pretensiones de la princesa doña Juana, y se aceptaron con gozo las proposiciones de Luis XI, que envió con gran pompa embajadores, para pedir la mano de aquella princesa, para su hermano el duque de Guiena, desdeñado pretendiente de doña Isabel. El objeto del astuto rey de Francia era empeñar en las discordias de Castilla á su pariente, para verse libre de un modo espedito, de las turbulencias que aquel príncipe promoviera en Francia.

En 1470, los embajadores franceses tuvieron vistas con Enrique IV en el valle de Lozoya. Alegóse, que habiéndose casado doña Isabel sin el consentimiento de su hermano, quedaba anulado el tratado de los Toros de Guisando, por el cual se la habia declarado heredera de la corona, y despues de haber jurado el rey y la reina, que doña Juana era su hija legítima, se la declaró heredera del reino, por los nobles que se hallaban presen-

tes que prestaron juramento de fidelidad, y terminó el acto desposando á doña Juana, que entonces tenia nueve años, con el conde de Boulogne, en representacion del duque de Guiena.

A pesar de esto, que parecia ser un formidable obstáculo para las miras que don Fernando tenia sobre la corona de Castilla por su mujer, un fuerte partido se levantó en pro de esta amagando de nuevo remitir á las armas la resolucion del asunto: el arzobispo de Toledo, don Alonso Carrillo, mas influyente por su carácter activo y dominante, que por su alta dignidad y lo pingüe de sus rentas, se habia declarado abiertamente por doña Isabel, si bien su amistad y adhesion podia considerarse como una carga, puesto que al ayudar á los que habia elegido en la apariencia por señores, no tenia otro objeto que apoderarse del mando y gobernar á su sombra: veia con celos, que la nobleza entera de Andalucía, y las provincias del norte de Vizcaya y Guipúzcoa se adherian decididamente á una causa que hubiera querido hacer triunfar por sí mismo sin ayuda de nadie: por lo tanto se multiplicaban las intrigas, y llegó el caso de que don Fernando, cansado ya de los abusos del prelado, le dijese: *que á él no se le habia de llevar con andadores como á muchos de los reyes de Castilla.* El arzobispo que conocia cuanto era necesario en aquellas circunstancias, se dió por ofendido, y fué preciso que el rey de Aragon templase los arranques de su hijo y le hiciese transigir con el prelado, temiendo las consecuencias de la pérdida de un servidor tan poderoso.

Entre tanto y al amparo de esta lucha política, la anarquía, la miseria y los abusos de todo género destrozaban á Castilla: la nobleza dividida en bandos ó escitada por sus mismos intereses, se batia con sus pendones tendidos al frente de verdaderos ejércitos. Por todas partes brotaban estas fatales querellas, que amenazaban la inminente disolucion del reino, y en particular en Andalucía, las casas de Guzman y de Ponce de Leon contendian de una manera encarnizada. La ciudad de Sevilla era cada dia teatro de sangrientas revueltas, y ocasion hubo en que fué necesario que las comunidades y la clerecía de Sevilla saliesen en procesion penitencial, y se pusiesen en medio de los dos ejércitos

para evitar que viniesen á las manos á las mismas puertas de la ciudad, en el campo de la Tablada.

Hubo ocasion en que el duque de Medinasidonia pasó revista á veinte mil hombres, y otra en que se quemaron y arrasaron mas de mil y quinientas casas en Sevilla á los partidarios del conde de Arcos.

Por lo espuesto se ve que la nobleza habia roto enteramente el freno de la ley y de la obediencia, que casi casi se llamaba independiente, que pretendia tener en sus manos al rey y al reino; ¡y dígase despues enfáticamente que en España no ha habido feudalismo!

Este estado de cosas debia necesariamente producir males incalculables: en 1472 y 1473 se dejó sentir un hambre horroroso, quedando sin sembrar los campos por falta de cereales, y en medio de esto ardia la guerra civil, como si el azote de la escasez no hubiese sido bastante.

Inútil es que nosotros nos entrometamos en los detalles ocurridos en los cinco años que pasaron desde el casamiento de don Fernando y de doña Isabel, hasta la muerte de Enrique IV, acaecida la noche del 11 de diciembre de 1474. Créese con fundamento, que causó su muerte la de don Juan Pacheco, acaecida pocos meses antes de una enfermedad aguda, á la que segun la costumbre de aquellos tiempos, en que siempre se acompañaba el fallecimiento de algun magnate con atrevidas conjeturas, se creyó fuese á impulsos de un tósigo.

A pesar de que lo lento de la enfermedad del rey le dió tiempo bastante para arreglar sus últimas disposiciones, murió sin hacer testamento y casi sin señalar sucesor, segun se dijo generalmente.

Este fué un motivo mas para que la lucha empeñada hasta allí creciese y se ensañase. Acababa una guerra civil y empezaba una guerra de sucesion.

Tal y tan estraña omision no era en verdad otra cosa que el resultado del carácter débil é indeciso del rey. Don Juan Pacheco habia sido su alma, y muerto aquel turbulento magnate, no quedó en Enrique IV mas que una sombra degradada que

desapareció, sofocada por el peso de una corona que no podia resistir.

Con Enrique IV (dice Prescott), quedó estinguida la línea varonil de la dinastía de Trastamara, que habia ocupado el trono por mas de un siglo, y que en la série de solo cuatro generaciones, habia presentado todos los grados de la degeneracion de carácter, desde el audaz, caballeroso y emprendor del primer Enrique de aquel apellido, hasta el idiota é imbécil del último.

II.

Don Fernando y doña Isabel fueron proclamados solemnemente en Segovia en 13 de diciembre de 1474, como reyes de Castilla y de Leon: la mayor parte de las ciudades levantaron pendones por ellos, y las cortes del reino sancionaron en el mes de febrero aquella proclamacion.

Sin embargo de esto, el rey de Portugal adelantó pendones por la frontera, en apoyo de su sobrina la Beltraneja, y empezó la guerra de sucesion.

No es nuestro ánimo, ni tenemos espacio para escribir esa guerra: baste decir para conocimiento de nuestros lectores, que despues de cuatro años y medio de alternativas, en que las ventajas estuvieron de parte de la reina doña Isabel, destrozado y roto el estandarte real de Portugal, firmada una alianza con Francia y muerto el rey don Alonso de Portugal, la *escelente señora*, como llaman las crónicas portuguesas á la Beltraneja, entró en el convento de santa Clara de Coimbra, en donde un año despues pronunció los irrevocables votos que para siempre la separaban del mundo.

Por el momento nos llaman algunos personajes de nuestra historia, cuya suerte definitiva desearán sin duda saber nuestros lectores.

III.

Despues de la muerte de Enrique IV, doña Juana de Portugal, su viuda, se encerró en un retiro de Madrid. Dícese que aquel retiro, segun vemos en unos antiguos papeles que tenemos á la vista, era una estrecha vivienda en el convento de san Francisco ; aquella habitacion correspondia á la que fué capilla de la Aurora, en la antigua iglesia, y estaba á la parte del Evangelio. Una tribuna, cerrada con celosías, servia para que la reina asistiese á los oficios divinos, y se entraba en ella por un corredor que iba á dar á una cámara. Esta, un dormitorio, una antecámara con dos aposentos para doncellas y un recibimiento, constituian la última morada de la reina, que no pasaba de ser una celda austera. Allí no habia ni tapices, ni alfombras, ni muebles ostentosos. Una mesa con un Crucifijo, un estante con libros de devocion, unas sillas humildes y un modesto lecho en el dormitorio, era todo el menaje que rodeaba á aquella pobre muger que en otros tiempos habia apurado el fausto en el adorno de sus alcázares.

Su servidumbre era tambien reducida. Dos damas que se habian adherido á su desgracia, y cuyos nombres, dignos de consignarse por su fidelidad eran: doña Francisca de Guzman y doña Inés de Silva, hermosas jóvenes que se habian enterrado en vida con su señora, dos pages, cuatro escuderos, un maestre sala y un repostero.

Su vida era ascética, su vestido un hábito: aquel corazon lacerado, muerto, habia necesitado para no encontrarse enteramente seco, recurrir al consuelo de la religion y espiar con la soledad y el dolor los estravíos de una juventud violenta.

Doña Juana solo contaba treinta y seis años, y sin embargo parecia una anciana: sus cabellos estaban enteramente blancos, sus lábios lívidos, su semblante pálido mate, demacrado: únicamente sus ojos conservaban su brillo y en cierto modo guardaban su juventud; pero una juventud desesperada, atormen-

tada por el remordimiento, por la pena, por una pena sin fin, tras la cual habia un pensamiento fijo, que en vano queria desvanecer recurriendo á la oracion. Y aquel pensamiento era Beltran de la Cueva y su hija, y junto á aquellos objetos su degradacion y su abandono, porque al morir el rey todos la habian abandonado, hasta la poderosa familia de los Mendozas.

Y á aquellos pensamientos de dolor se unian rabiosos pensamientos de celos; veia por donde quiera en sus leves y apenadores sueños, en sus largas y angustiosas vigilias, la imágen de una muger á quien en un tiempo habia llamado amiga, á quien habia honrado y favorecido, y que al fin la habia vendido, la habia deshonrado, la habia robado su vida, porque su vida era Beltran de la Cueva. Y aquella muger gozaba tranquilamente de su amor, de un amor que era suyo y que habia comprado á tan gran precio.

Hacia seis meses desde la muerte del rey, es decir, desde que se habia separado de la corte, que no habia tenido noticias de Beltran. Sabia que su matrimonio con doña Mencía de Padilla se habia dilatado hasta entonces, pero ignoraba si en el tiempo que llevaba enterrada, por decirlo así, en el convento de San Francisco, se habria efectuado. Los celos y el terror que la inspiraban aquel enlace, se lo hicieron dar por hecho: muchas veces queria preguntar á las damas, pero un resto de dignidad la sellaba los lábios, callaba y sufria.

El estado en que se encontraba la reina era demasiado violento para que no se resintiese su organizacion; á los tres meses de su retiro empezaron á hinchársela las piernas, y su cabeza se debilitó, afectada siempre por un dolor agudo; llegó el caso de que la tuviesen que llevar en brazos en una silla á la tribuna para asistir á los oficios, y al fin aquello tambien fue imposible. Cuatro meses despues de la muerte del rey, doña Juana se vió obligada á guardar el lecho, y los médicos afirmaron que la vida de la reina no llegaria al otoño. Estaban entonces á fines de la primavera.

Y en aquel lecho, reducida ya al último estremo, dolorida en el cuerpo y en el alma, aquella pobre muger siguió apurando su

espiacion: muchas veces las damas la oian llorar desconsoladamente como si todo su corazon se hubiese derretido en lágrimas, y sus damas lloraban tambien porque el dolor de la reina las desgarraba el alma.

Y asi pasaron dos meses en una agonía lenta, horrible, agravándose sus dolores y su desesperacion de dia en dia, de momento en momento. Al fin llegó una noche en que toda su servidumbre se arrodilló aterrada en la cámara. La reina se moria. Era la noche del 13 de junio de 1475.

El guardian de San Francisco, venerable anciano, recomendable por su caridad y su mansedumbre, la consolaba: el médico de cámara, de pié, inmóvil á los pies del lecho, en la actitud en que un pintor de talento representaria á la impotencia, devoraba con una mirada atenta y profunda aquella agonía. Dominaba un silencio solemne que solo se interrumpia por el dulce eco de la consoladora voz del sacerdote, y por el llanto de la reina.

De repente aquel silencio se turbó: abrióse la puerta, y un fraile donado dijo con respeto desde ella:

«Una dama que ha sido de la córte de su alteza, desea verla.»

El guardian se levantó para atajar la voz de aquel hombre; pero era tarde, la reina la habia oido.

«¡Una de mis damas! dijo con voz débil; acaso vendrá de la córte.....

—¡Señora!.... esclamó el religioso....»

—¿Quién es? ¿quién es? preguntó esforzándose la reina.»

El guardian hubo de ceder, y se adelantó hácia el donado: pero á punto se oyó una voz sonora en la antecámara.

«Dejadme entrar, dijo: soy yo; doña Leonor de Sese.»

La reina, que estaba profundamente atenta, escuchó aquella voz y aquel nombre, y esclamó alzándose sobre el lecho.

«¡Doña Leonor de Sese! ¡que entre! ¡que entre! quiero verla antes de morir.»

Doña Leonor de Sese entró, adelantó rápidamente hácia el dormitorio, y se detuvo aterrada junto al lecho á la presencia de la reina.

«¡Ay! ¡era verdad! esclamó con un acento arrancado del fondo de su corazon.

—Sí, es verdad, dijo la reina con un acento cada vez mas débil: Dios ha tenido compasion de mí, y me muero, Leonor, me muero.

—¡Oh! señora, pero no morireis enteramente desesperada.

—¡Ay! ¿has venido á traerme un consuelo, Leonor? demasiado tarde, ¿no es verdad?

—No esperaba por cierto encontrar en tal estado á vuestra alteza..... pero es necesario que yo os hable á solas, señora.»

La reina hizo alejar al guardian, al médico y á la servidumbre.

«El señor Jofre Tenorio ha muerto, señora, dijo doña Leonor en cuanto quedaron solas.

—¡Qué ha muerto Jofre Tenorio! esclamó la reina con estrañeza. Y bien, ¿es ese todo el consuelo que me traes, Leonor?

—Os traigo vuestra justificacion para con el duque de Alburquerque.

—¡Ah! esclamó la reina con alegría: ¿y no me podrá despreciar Beltran? ¿y llorará por mi muerte? ¡Ah! ¡gracias! ¡gracias! ¡tú me has abierto el cielo! que me perdone Dios si tan cerca de la muerte vuelvo aun los ojos á la tierra: pero es consolador saber que él, el único hombre á quien he amado, no podrá despreciarme, que al menos él podrá decir que la reina doña Juana de Portugal, pudo ser criminal, pero no impura..... ¡no! ¡eso no! ¡y acaso tambien lo diga la historia! ¡porque las intrigas cortesanas me han deshonrado! ¡yo no he sido mas que de un hombre! ¡de él! ¡siempre de él!

—¡Por Dios, señora, por Dios! ¡os agitais demasiado! esclamó asustada doña Leonor.

—¡Y qué importa! dime..... cuéntame..... Leonor..... aprovechemos el tiempo, porque la vida se me va.

—Hace un mes apareció en Barcelona, donde estaba con mi marido Mosen Pierres de Peralta, el señor Jofre Tenorio, y frecuentó mas de lo justo nuestra casa; mi marido zeloso de suyo, creyó ver algo..... alguna intencion hácia mí en el señor Teno-

rio, y con su carácter brusco, le arrojó de su casa..... tras esto, como era natural, vino un duelo, y en el duelo, la muerte de Tenorio.

—¡Ah! ¿le mató Mosen Pierres?

—Estaba furioso y se habia convertido en un lobo. A pesar de esto, el herido vivió bastante para que su conciencia le acusase de algunas faltas. Entonces llamó á mi marido y le dijo: en una ocasion, estando yo en la córte, conocí á una dama que amaba al duque de Alburquerque y tenia unos horribles zelos de la reina. Aquella muger, de quien yo estaba enamorado, me fascinó y me lanzó á una infamia. Aprovechando una de las revueltas civiles, me entregó á la reina que se veia precisada á huir, y me encargó que la sedujese, que la deshonrase, que la hiciese imposible para Beltran de la Cueva. La reina resistió á la seduccion, luchó, se defendió y venció, pero yo tuve medio de hacerla pasar por mi amante, no solo á los ojos de Beltran de la Cueva, sino á los de la córte, y se dijo que la reina habia sido madre en el castillo de Alahejos. Mi conciencia, cuando voy á morir, me manda que deshaga esa calumnia. Buscad un secretario, y traedle; quiero hacer una declaracion en forma.

—¿Y esa declaracion?.... esclamó anhelante la reina.

—Aquí está, señora, dijo doña Leonor sacando un pergamino de su limosnera.

—¿Y..... nada mas que esto? dijo la reina despues de haber leido la declaracion con trabajo..... ¿no hay mas pruebas de la traicion de esa muger?

—Sí, sí señora, dos cartas de doña Mencía, en que pregunta á Tenorio por el estado de su empresa.»

La reina devoró aquellas cartas.

«Júrame, dijo, que el duque de Alburquerque verá estas pruebas.

—¡Os lo juro, señora! por la salvacion de mi alma, dijo doña Leonor.

—¡Oh! ¡gracias, gracias, amiga mia! Dios te pague el bien que me haces, porque yo nada puedo darte, nada.

—¡Ah! ¡señora!

—¡Solo esta cruz que llevo al cuello! y la reina se quitó con trabajo aquella alhaja que era de oro y brillantes..... era de mi madre, guárdala en memoria mia.

—¡Señora!

—Tómala, tómala. No rehuses esta débil memoria mia, cuando me has traido la resignacion para la muerte. ¡Oh! sí, ahora moriré tranquila, confio en la misericordia de Dios, y en cuanto á él..... él sabrá que le han engañado..... que podré haber sido criminal, que he sido desgraciada, pero nunca impura.»

La voz de la reina se cortó, y su mano cayó inerte sobre la de doña Leonor al entregarla la cruz. Quiso volver á hablar, pero solo produjo algunas palabras ininteligibles.

«¡Oh! ¡esto se acabó! esclamó doña Leonor palideciendo.»

Luego salió á la antecámara, hizo entrar al religioso, al médico y á la servidumbre, y se arrodilló al pié del lecho de la reina.

Su agonía fue larga y delirante, y á la media noche solo quedaba un cadáver de aquella magnifica y célebre hermosura que se llamó doña Juana de Portugal.

Media hora despues, doña Leonor entraba en una triste cámara de una casa de la villa á espaldas de San Andrés. A su llegada, un hombre que dormitaba en un sillon, despertó y se levantó.

Era Mosen Pierres de Peralta, un tanto mas viejo, y mucho mas feroz que cuando le dejamos la última vez.

«Me habeis hecho esperar cuatro horas mortales, la dijo.»

Doña Leonor le miró con desden.

«¡Sí! contestó; ¡decis bien! ¡cuatro horas mortales! ¡cuatro horas de agonía!

—¿Ha muerto?

—Ha acabado de sufrir.

—Segun os veo, apostaria á que se os ha ablandado el corazon y habeis cometido una torpeza.

—¡Es verdad! ¡no he tenido valor para ser torpe..... miserable!....

—Ciertamente no nos ha enviado el rey de Aragon para despenar enfermos, ni hemos venido á mata rocin desde Cataluña para que vos lloriqueeis.

—Decid al rey de Aragon, que para arrancar á una pobre madre moribunda su deshonra y la de su hija, se necesita un corazon de lobo.

—Bien sabeis que si yo os he perdonado el asunto del señor Jofre Tenorio, y os he entregado documentos que la reina debia apreciar en mucho, fue con la condicion de que la reina os cambiara esos documentos con la declaracion de ilegítima de doña Juana la Beltraneja.

—Pues mirad: yo para cumplir una promesa formal hecha á la reina, voy á partir á Úbeda en cuanto amanezca: venid conmigo, y pedid frente á frente al duque de Alburquerque esa declaracion de ilegitimidad: ese negocio es mejor para tratado de hombre á hombre.»

Y doña Leonor volvió bruscamente la espalda á su marido, atravesó una puerta, la cerró de golpe, y se escuchó el rechinar de un cerrojo que se corria.

Mosen Pierres de Peralta quedó en medio de la cámara aturdido por la audacia de su muger, fijando en la puerta por donde habia desaparecido una mirada estúpida.

IV.

En el mismo sitio en que estuvo en Úbeda el casaron desvencijado de don Diego de la Cueva, se veia en 1475 una hermosa y estensa casa: el antiguo blason de piedra berroqueña, habia sido repasado, remendado, y pulimentado; y puesto sobre una portada gótica, y en el zaguan iban y venian con un gran tráfago, pajes, escuderos y criados.

Era el 20 de junio á las once de la mañana.

En el patio de la casa se veia un magnífico corcel con paramento de córte, tenido de las riendas por dos escuderos, y otros

muchos caballos al parecer de gente noble, se veian tenidos del mismo modo por palafreneros cuyos distintos blasones representaban que no servian á un mismo dueño.

Del mismo modo en la plazuela del Marqués, en la antigua casa del marqués de Santillana, que no tenia otras innovaciones que algunos desconchados y notables deterioros, se veia una servidumbre semejante, y entre ella, en el portal, una magnífica litera.

Si hubiérais preguntado aquel dia á alguno de los curiosos que estaban delante de cada una de aquellas casas, á qué venia aquel aparato, os hubieran contestado:

«Es que se casa el alto y poderoso señor duque de Alburquerque, conde de Ledesma, con la noble señora doña Mencía de Padilla, viuda del honrado caballero Hernando de Carrillo, que fue capitan de la guardia morisca del señor rey difunto.»

Al fin llegaba el dia de que aquella muger que tanto habia intrigado por los amores de Beltran, cogiese su fruto; es verdad que le cogia tarde, puesto que contaba ya cuarenta y ocho años: pero por uno de esos privilegios de organizacion que parecen milagros, se conservaba bastante fresca y hermosa, para poder arrastrar al altar á un adolescente, cuanto mas á Beltran de la Cueva que ya pasaba de los cuarenta.

Sin embargo, á pesar de que todo estaba preparado, de que se acercaba el momento de su triunfo, doña Mencía no reposaba aun sobre él: la habia costado demasiado trabajo llegar á aquel punto: Beltran siempre habia encontrado una disculpa plausible para dilatar aquel enlace, ya en los negocios públicos, ya en sus negocios particulares. Fue necesario que muriese la reina para que consintiese, y bien asi como un hombre desesperado, en aquel matrimonio.

Los celos de doña Mencía por lo tanto habian llegado á una exaltacion terrible: cuando en muy poco tiempo supo por sus espías la muerte de su enemiga, su corazon se dilató.

Estaba muerta la reina y aun dudaba.

Por lo tanto activó su atavío, que era en estremo severo y sencillo, y al sonar las doce, hora convenida para la ceremonia,

bajó, entró en la litera, y seguida de sus dueñas y de sus damas que iban en sillas de mano, se encaminó á la colegiata.

Cuando llegó la encontró ocupada por un inmenso gentío; era aquel casamiento demasiado notable para no llamar la atencion pública, y tanto lo habia deseado doña Mencía, que habia querido que se hiciese de la manera mas ostensible, en un gran templo á puertas abiertas y delante de todo un pueblo, que sin haber sido invitado, se estrechaba debajo de la nave.

Doña Mencía pasó radiante de gozo entre aquella multitud, precedida de sus pajes y seguida de sus damas, de sus dueñas y de sus escuderos: llevaba simplemente un trage de terciopelo negro cerrado con herretes de brillantes, un ceñidor de perlas, y una rica gargantilla del mismo género. Llevaba en la cabeza una riquísima diadema de rica hembra, regalo de Beltran de la Cueva, y de ella pendia un velo de seda de un tejido semejante al encaje. Su ventalle ó abanico era una joya de un gusto esquisito y de un precio exhorbitante, y su limosnera de oro y piedras preciosas deslumbrabra.

Beltran de la Cueva aguardaba ya: al verle doña Mencía palideció: el duque estaba rigorosamente vestido de luto, y su semblante estaba mas blanco y mas severo que su trage. Doña Mencía tembló de una manera instintiva, y el pueblo esperó tambien por instinto algo. Era verdaderamente estraño ver á un novio tan fúnebremente vestido, cabalmente en uno de los dias mas alegres de la vida: en un dia de bodas.

Al subir las gradas del presbiterio, al darla la mano Beltran de la Cueva, doña Mencía posó en él una mirada en que se leian su amor inmenso y una terrible ansiedad. Beltran de la Cueva se sonrió lánguidamente, y la dijo algunas amorosas palabras: pero la antigua cortesana conoció que aquella sonrisa era violenta, y aquellas palabras afectadas.

—¿Qué es esto, Beltran? le preguntó con estrañeza doña Mencía, ¿tan violento vienes al altar, tan lúgubre es para tí casarte conmigo que te vistes de luto?

—En conmemoracion de los difuntos que nos han abierto el camino para llegar aquí, Mencía, contestó fatídicamente Beltran.

—¡Oh! mas valiera no haber llegado, esclamó doña Mencía..... porque.....

—Nada temais, señora: al veros he hecho avisar al arcediano, y vedle, vedle ya á la puerta de la sacristía.»

A la vista del sacerdote y de sus acompañantes, doña Mencía se tranquilizó: no podia pensar que ya se la escapase su amor, aquel amor tan pisado, tan combatido, que tantas lágrimas la habia obligado á verter.

Cuando el arcediano les invitó á que se diesen las manos, Beltran notó que la de doña Mencía quemaba, y se agitaba en un temblor intermitente, convulsivo.

A medida que el arcediano llenaba las formalidades del ritual, se nublaba el rostro de Beltran, y se hacia mas lívida su palidez, al par que la mirada de doña Mencía se hacia mas lucida, mas anhelante. Concluyóse al fin la lectura de la Epístola de San Pablo, y el arcediano se volvió á Beltran de la Cueva, y le preguntó:

«Señor don Beltran de la Cueva, duque de Alburquerque, conde de Ledesma, ¿quereis por esposa á la noble señora doña Mencía de Padilla?»

Inmutóse el semblante de Beltran y guardó silencio: los ojos de doña Mencía se nublaron y el vértigo zumbó en su cabeza.

El arcediano volvió á repetir su pregunta.

«¿Me preguntais, dijo Beltran de la Cueva, si quiero por esposa á doña Mencía de Padilla?

—Eso os pregunto, señor duque, contestó con estrañeza el arcediano.»

Beltran pareció vacilar, hizo un penoso esfuerzo, y dijo desasiendo su mano de doña Mencía:

«¡Pues bien! ¡no quiero!

—¿Qué no quereis? esclamó con voz vibrante doña Mencía, olvidándose del lugar en que estaba.

—¡No, no quiero! repitió Beltran con calma mirándola frente á frente.

—¿Y podreis decirme el motivo? esclamó doña Mencía enteramente descompuesta.

—Leed estos papeles que hace dos horas acaba de entregarme doña Leonor de Sese.»

Y Beltran sacó de su limosnera la declaracion de la inocencia de la reina, firmada por el señor Jofre Tenorio, y las dos cartas que habia escrito aquel á doña Mencía.

La infeliz lanzó una mirada á las cartas, otra suprema mirada á Beltran y cayó desplomada, como una res á quien hiere el carnicero, delante del altar.

Beltran escapó por la sacristía, montó á caballo, y se encaminó á su casa á la carrera; al divisarla esclamó con el corazon desgarrado:

«¡Quisiera Dios que jamás te hubieras levantado sobre la barraca de mi padre, y que nunca, nunca, nunca, hubiera yo salido del vergel del Galgo Cojo!»

A pesar de la desesperacion que representaban estas palabras, sin duda á beneficio del tiempo, que tanto destruye las afecciones como los cuerpos, Beltran de la Cueva se casó algunos años adelante con doña Mencía Enriquez, hija del conde de Alba, don García Alvarez de Toledo, y muerta esta volvió á reincidir poniéndose bajo la coyunda matrimonial, con doña María de Velasco, hija del conde de Haro. Sostuvo la causa de doña Isabel en la guerra de sucesion; y despues de haberle servido como un bravo y valiente caballero en la conquista de Granada, murió poco despues en esta ciudad á primeros de noviembre de 1492.

Poco antes habia muerto loca en Toledo doña Mencía. Aquella locura habia durado diez y siete años, desde el momento en que Beltran habia vengado de una manera tan implacable las desgracias de doña Juana de Portugal en la colegiata de Úbeda.

D.n FERNANDO EL CATÓLICO

INDICE

DE LOS CAPÍTULOS CONTENIDOS EN ESTE TOMO.

Pág.

LIBRO TERCERO.—La destitucion de Avila. 5

CAP. I. De cómo se encontraba Beltran de la Cueva nueve años despues de los acontecimientos en que terminó el libro anterior. . . id.

CAP. II. De cómo don Juan Pacheco y don Pedro Giron dieron un nuevo golpe en vago, y del partido que tomaron en consecuencia. 28

CAP. III. De cómo se prepararon grandes fiestas en la villa de Madrid. 50

CAP. IV. De cómo la mala fé obraba de igual manera inspirando idénticos pensamientos á los dos bandos. 63

CAP, V. De lo que aconteció aquella noche dentro y fuera de San Martin. 74

CAP. VI. De cómo acabaron las justas y las fiestas reales. . . . 92

CAP. VII. Lo que eran un abad y una cortesana. 105

CAP. VIII. De lo que hicieron algunos nobles de Castilla con la estátua de Enrique IV en los campos de Avila. 118

CAP. IX. De cómo el maestre de Calatrava cayó al fin bajo la influencia del diablo del amor. 124

LIBRO CUARTO.—María. 133

CAP I. Que es muy corto porque solo se ocupa en relatar compendiosamente lo que pasó durante seis meses en Castilla. . . . . id.

CAP II. De cómo volvieron en su provecho el amor de María, el abad de San Martin y el condestable de Navarra. 136

CAP. III. De cómo entre sus encargos traia Mosen Pierres de Peralta á Castilla el de hacer que la infanta doña Isabel se enamorase del infante don Fernando, lo que prueba que no hay oficio, por degradante que sea, que no se haya ejercido algunas veces por altos personajes. 147

CAP. IV. De cómo el hombre propone y Dios dispone. 161

CAP. V. De como se le indigestó la cena al maestre de Calatrava. 173

CAP. VI. De la batalla de Olmedo. 186

CAP. VII. De cómo el cronista del rey fué á meterse en la boca del lobo 209

CAP. VIII. Continuacion del anterior. 221

CAP. IX. En que se sabe el estado del corazon de cierta noble dama de nuestra historia. 235

CAP. X. De lo que aconteció en Segovia despues de la salida del maestre. 248

Cap. XI. De la impresion que causó Tenorio en solo tres dias en la reina doña Juana de Portugal. 261
Cap. XII. De cómo hicieron tácitamente un pacto de sangre doña Mencía de Padilla y don Ferrante de Silva. 274
Cap. XIII. De cómo enredó don Ferrante en la tela de araña de sus intrigas, á doña Luz de Osorio. 282
Cap. XIV. De lo que hacia en Alburquerque Beltran de la Cueva. 291
Cap. XV. En que empieza á fijarse el carácter de don Jofre . . 305
Cap. XVI. De cómo no se detenia ante nada el maestre don Juan Pacheco. 318
Cap. XVII. De cómo acabaron de una manera lastimosa algunos de los personajes de nuestra historia. 328
Libro quinto.—La union de las dos coronas. 352
Cap. I. De lo que aconteció desde el final del libro anterior, con otros particulares. . . . . id.
Cap. II. De cómo mal escarmentado el cronista Enriquez del Castillo, volvió á meterse en la boca del lobo. 359
Cap. III. De cómo se intrigaba en Madrigal en la cámara de la reina doña Isabel. 371
Cap. IV. De como doña Mencía dió claras muestras de valentía, con otros particulares no menos interesantes que verá el que leyere. 394
Cap. V. De lo que oyó doña Mencía escondida en casa de un judío. 403
Cap. VI. De cómo Mosen Pierres convirtió en ratonera la villa de Madrigal. 411
Cap. VII. en que se demuestra que el interés por el prójimo va siempre detras del interés propio. 420
Cap. VIII. En que se trata del casamiento de don Fernando y doña Isabel. 440
Epílogo. 452

PAUTA

PARA LA COLOCACION DE LAS LÁMINAS DEL PRIMERO Y SEGUNDO TOMO.

TOMO I.

Págs.

¿No hay en esta casa nadie que nos sirva mas que tú, Blanca? . 27
Doña Mencía de Padilla. 73
Don Pedro Giron. 229
Doña Juana de Portugal. 247
¡Mientes tú, perro infiel! gritó Beltran de la Cueva adelantando colérico hácia el moro. 392
Lámina en que hay dos damas y un caballero de rodillas. . . . 432

TOMO II.

Don Beltran de la Cueva. 30
¡Ah! ¿sois vos, mi noble huésped? dijo sonriendo. 305
Doña Isabel la Católica. 354
El navarro se sentó sin ceremonia en un escabel. 379
Don Fernando el Católico. 447

PAUTA

ADVERTENCIA IMPORTANTE

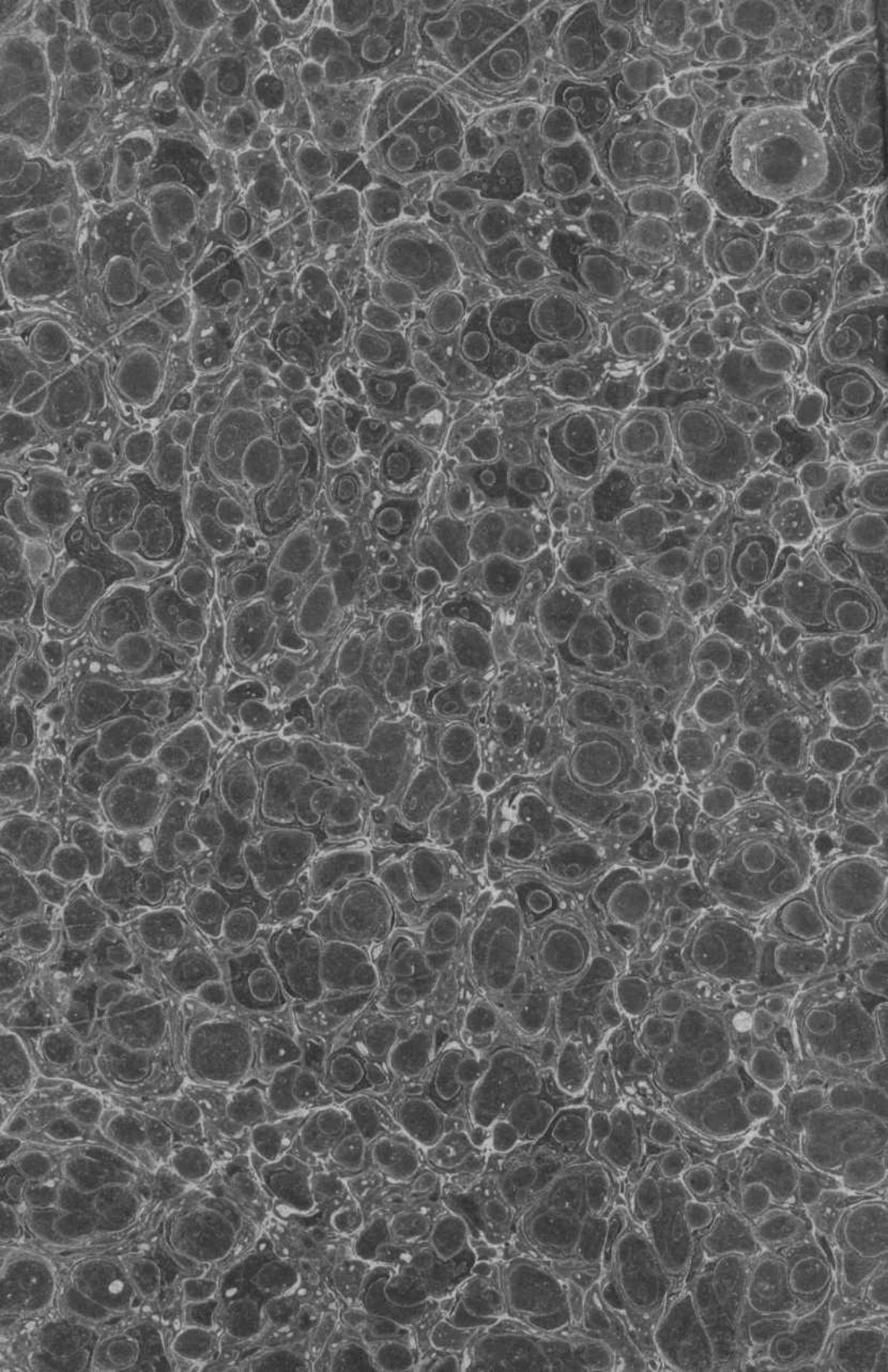
Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA NOVELA TITULADA DOÑA ISABEL LA CATÓLICA.

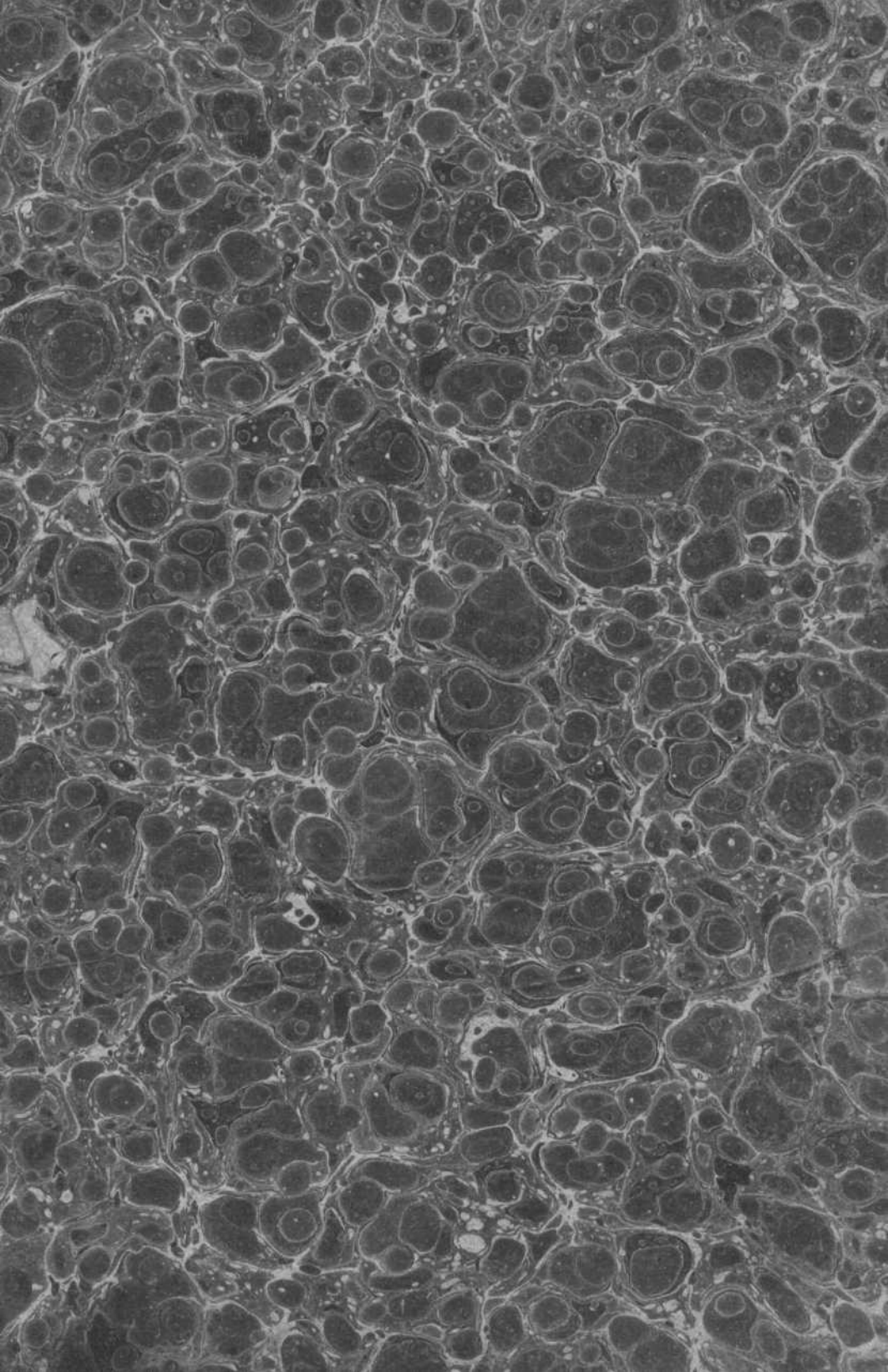
No habiendo jamás faltado en nuestras numerosas publicaciones á los compromisos que hemos contraido con los suscritores, es de nuestro deber consignar en este lugar las causas que, independientes en un todo de nuestra voluntad, han motivado que por vez primera dejemos de cumplir lo que el público tenia derecho á esperar y nosotros obligacion de llevar á cabo.

Al anunciar en el prospecto la presente obra con el título de *doña Isabel la Católica*, lo verificamos escudados con el contrato que celebramos con el autor; mas este, burlando nuestras esperanzas, nos hizo imprimir una novela estraña absolutamente á la época y reinado que nos proponiamos presentar. Se nos argüirá, con razon, que nos quedaba el derecho para repetir contra la persona que tan á las claras faltaba á lo pactado, es cierto; pero considerando los perjuicios que podrian seguirse de llevar á otro terreno, esto es, al de los tribunales, un negocio que por de pronto daria por resultado la interrupcion de la obra, tratamos de recurrir á todos los medios que estuvieron á nuestro alcance para conciliarlo del mejor modo posible; mas nuestros intentos fueron vanos. Es verdad que por medio del prospecto dado en 10 de octubre ofrecimos una novela histórica titulada *Isabel la Católica;* es verdad que existia un contrato con el autor en el cual se obligaba á escribírnosla, pero tambien lo es que al llegar á la entrega 20 hicimos á este la oportuna observacion de que nos hallábamos en la tercera parte de la publicacion, sin que apareciese ni por incidencia el reinado de Isabel I; escarmentados con el *don Juan Tenorio*, original del mismo autor, en cuyo prospecto ofrecimos que constaria de 40 entregas, nos vimos precisados á dar 60, á causa de que á las 20 entregas no habia presentado aun el héroe de la novela. Ademas, concluido el primer tomo de la llamada (por el autor) *Isabel la Católica*, volvimos á repetir nuestras instancias elevando amargas quejas, no solo por el perjuicio que nos resultaba como editores, sino mas principalmente por considerar que faltábamos á nuestros suscritores defraudando las esperanzas que les habiamos hecho concebir; mas á pesar de todo, ni nuestras instancias, ni nuestras justas reconvenciones produjeron el resultado que apeteciamos.

Cúmplenos hacer esta manifestacion: 1.° para que el público juzgue imparcialmente de parte de quién ha estado la culpa, y 2.° para dar una ámplia y cabal satisfaccion á los señores suscritores que constantemente nos han favorecido, haciendo la salvedad de que nunca al publicar una obra nos ha impelido el interés que pudiera reportarnos, (como imprudentemente dice el mismo autor en la novela de *don Juan Tenorio*, tomo II, pág. 359, aprovechando la ocasion de nuestra ausencia y la del impresor), sino el de agradar al público haciendo efectivas nuestras promesas.

Si los señores suscritores desean mas pormenores acerca de este enojoso asunto, les rogamos encarecidamente se dignen pasar á nuestra redaccion, y se los daremos mas detalladamente.





D. ISABEL
LA
CATOLICA

G 41720